




Por la autora
de las
CRÓNICAS
DEL MAGO
NEGRO



TRUDI
CANAVAN
MAGIA
ROBADA



Lectulandia

Olvídate de todo lo que pensabas saber sobre la magia...

Cuando, en un imperio donde la revolución industrial se alimenta de magia, el estudiante de arqueología Tyen desentierra un libro antiguo, se abre la puerta a un reino de misterio y peligro. Entre sus páginas está encerrado el espíritu de Vella, una hechicera cuya sabiduría, acumulada a lo largo de los siglos, incluye información vital sobre el cataclismo que se avecina.

En cambio, la joven Rielle vive en una tierra gobernada por sacerdotes donde el uso de la magia está prohibido. Sin embargo, ella siente que tiene talento para la hechicería y sabe que hay alguien en la ciudad dispuesto a enseñarle a utilizarla. ¿Se atreverá a enfrentarse a la ira de los Ángeles para iniciarse en el aprendizaje de la magia?

Lectulandia

Trudi Canavan

Magia robada

La Ley del Milenio - 1

ePub r1.0

Titivillus 08.04.16

Título original: *Thief's Magic*
Trudi Canavan, 2014
Traducción: Carlos Abreu Fetter

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

Tyen

Los dedos marchitos y agarrotados del cadáver acabaron por ceder y soltar el fardo. Arrancar el objeto de las manos del muerto le parecía a Tyen una falta de respeto, por lo que procedió despacio y le levantó con delicadeza el antebrazo, pero una uña ennegrecida se quedó enganchada en el envoltorio. Había tocado tantos cuerpos de personas que llevaban largo tiempo muertas que ya no le causaban repugnancia o miedo. Su carne reseca había dejado de ser fuente de enfermedades transmisibles años atrás, y él no creía en fantasmas.

Cuando consiguió hacerse con el misterioso fardo, Tyen se enderezó con una sonrisa triunfal. Aunque no era tan implacable en su búsqueda de reliquias como sus discípulos y su profesor, si volvía a casa de aquellas expediciones con las manos vacías, jamás obtendría el título de mago arqueólogo. Ejerciendo la voluntad, obligó a la diminuta llama alimentada por magia a acercarse.

El recubrimiento del objeto estaba tan rígido y seco como el ocupante de la tumba, tras pasar unos seiscientos años oculto allí, según los cálculos de Tyen. Estaba hecho de una piel gruesa oscurecida por el tiempo, desprovista de marcas y adornos de metal o piedras preciosas. Intentó abrirla. La envoltura se desgarró y algo cayó por la abertura. Cuando atrapó el objeto en el aire a Tyen se le aceleró el pulso...

... y el desaliento. Entre sus manos no sostenía un tesoro, sino un simple libro. Ni siquiera se trataba de un libro con joyas engastadas y motivos dorados.

Un libro sin duda podía poseer valor histórico, pero, en comparación con los rutilantes tesoros que los otros dos alumnos del profesor Kilraker habían exhumado para la Academia, era un hallazgo decepcionante. Después de meses de viaje, investigación, excavaciones y observaciones, su trabajo apenas había rendido frutos que pudiera mostrar. Cuando por fin había descubierto una sepultura que no había sido profanada por saqueadores de tumbas, ¿qué había encontrado en ella? Un simple féretro de piedra, un cadáver sin adornos y un libro antiguo.

Por otro lado, los vejestorios de la Academia no se arrepentirían de haber costado su expedición si el libro resultaba ser importante. Lo examinó con detenimiento. A diferencia de la envoltura, las tapas de piel conservaban su flexibilidad. La cubierta estaba en buen estado. De no ser porque acababa de sacarlo de la funda, habría supuesto que el volumen no tenía más de cien años de antigüedad. En el lomo no se leía título ni texto alguno. Quizá se había borrado. Lo abrió. Como no había palabras en la primera página, le dio la vuelta. La siguiente también estaba en blanco, así que pasó rápidamente el resto de las hojas y advirtió que todas lo estaban.

Se quedó contemplándolo con incredulidad. ¿Por qué iba alguien a enterrar un libro sin texto en una tumba tras envolverlo con sumo cuidado y colocarlo entre las manos de su ocupante? Miró al muerto, pero este no le ofreció respuestas. Entonces algo atrajo su mirada de nuevo hacia el libro, que estaba abierto por una de las últimas páginas. Se lo acercó a los ojos.

Había aparecido una marca.

Junto a ella se formó una mancha oscura, y luego docenas más. Se extendieron por la página y se juntaron unas con otras.

—Hola —decían—. Me llamo Vella.

Tyen profirió una palabra que habría escandalizado a su madre si aún hubiera estado viva. La desilusión cedió el paso al alivio y el asombro. Se trataba de un libro mágico. Aunque en casi todos ellos la magia era débil y estaba utilizada de manera frívola, eran tan poco comunes que la Academia los coleccionaba. No había realizado aquel viaje en balde, después de todo.

Pero ¿qué propiedades tenía aquel libro? ¿Por qué solo aparecía el texto cuando se abría? ¿Por qué tenía nombre? Se materializaron nuevas palabras en la página.

—Siempre le tenido nombre. Antes era una persona. Una mujer de carne y hueso.

Tyen fijó la vista en esas frases. Un escalofrío le bajó por la espalda, pero al mismo tiempo lo asaltó una sensación que conocía bien. A veces la magia resultaba inquietante, a menudo inexplicable. A él le gustaban sus aspectos incomprensibles, pues dejaban margen a nuevos descubrimientos. Por eso había decidido estudiar magia además de historia. Ambos campos le brindaban la oportunidad de hacerse un nombre.

Nunca había oído hablar de una persona que se hubiera convertido en libro. «¿Cómo es posible?», se preguntó.

—Soy obra de un mago poderoso —contestó el texto—. Se apoderó de mis conocimientos y de mi cuerpo, y me transformó.

Tyen notó que se le erizaba el vello. El libro había respondido a la pregunta que él se había formulado en la mente. «¿Me estás diciendo que estas hojas están hechas con partes de tu cuerpo?», inquirió.

—Sí. La cubierta y las hojas están confeccionadas con mi piel. Para encuadernar se utilizó mi cabello, trenzado y cosido con agujas talladas de mis huesos, y cola obtenida de los tendones.

Él se estremeció. «¿Y tienes conciencia?».

—Sí.

«¿Oyes mis pensamientos?».

—Sí, pero solo cuando me tocas. Cuando no estoy en contacto con un ser humano vivo, estoy ciega y sorda, atrapada

en la oscuridad y sin noción del tiempo. Ni siquiera duermo. Tampoco estoy del todo muerta. Mi vida discurre así, año tras año, desperdiciada.

Tyen volvió a mirar fijamente el libro. Las palabras, que casi llenaban ya una página, permanecían allí, oscuras sobre la vitela color crema... que estaba hecha con la piel de la mujer.

Aquello parecía grotesco. Sin embargo... la vitela siempre se fabricaba con piel. Si bien aquellas páginas eran de piel humana, no tenían una textura distinta de la piel animal. Eran suaves y agradables al tacto. A diferencia de un cadáver antiguo y desecado, el libro no resultaba repulsivo.

Además, era mucho más interesante. Conversar con él era como hablar con un muerto. Si aquel objeto tenía tantos años como la sepultura, conocería bien la época en que lo habían enterrado. Tyen sonrió. No había encontrado oro ni joyas con las que cubrir los gastos de aquella expedición, pero el libro lo compensaría con información histórica.

Se formaron más palabras.

—Pese a las apariencias, no soy un objeto.

Tal vez no era más que un efecto de la luz sobre la página, pero las nuevas letras parecían un poco más grandes y oscuras que las anteriores. Tyen sintió un ligero ardor en las mejillas.

«Perdóname, Vella. Ha sido una descortesía por mi parte. Te aseguro que no pretendía ofenderte. No me encuentro con un libro parlante todos los días, por lo que no estoy muy familiarizado con el protocolo».

Se recordó a sí mismo que Vella era una mujer. Concluyó que lo mejor sería hacer uso de los buenos modales que le habían enseñado de pequeño. Por otro lado, el trato con las mujeres podía resultar endemoniadamente complicado, incluso cuando se seguían todas las reglas de urbanidad. Sería una grosería iniciar una conversación interrogándola sobre el pasado. La buena educación exigía que primero se interesara por su bienestar.

«Bueno... ¿Y es agradable ser un libro?».

—Cuando me sostiene y me lee una persona agradable, sí — respondió ella.

«¿Y cuando no, no? Me imagino que en tu estado eso debe de suponer un inconveniente, aunque sin duda ya lo habías previsto antes de convertirte en libro».

—Lo habría previsto si hubiera tenido conocimiento de mi destino.

«De modo que no te convertiste en libro por voluntad propia. ¿Por qué te hizo eso tu creador? ¿A modo de castigo?».

—No, aunque tal vez la justicia natural quiso que expiara así mi ambición y mi vanidad. Me empeñé en atraer su atención, y la

recibí en mayor medida de lo que pretendía.

«¿Por qué querías atraer su atención?».

—Era famoso. Me propuse impresionarlo. Creía que así despertaría la envidia de mis amigos.

«Y por eso te convirtió en libro. ¿Qué clase de hombre es capaz de semejante crueldad?».

—El mago más poderoso de su tiempo, Roporien el Astuto.

A Tyen se le cortó la respiración, y un escalofrío le recorrió el espinazo. «¡Roporien! ¡Pero si murió hace más de mil años!».

—Así es.

«Eso significa que tú...».

—Soy aún mayor que eso. Pero en mis tiempos era una indelicadeza hacer comentarios sobre la edad de una mujer.

Él sonrió. «Sigue siéndolo... y sospecho que siempre lo será. Te pido disculpas otra vez».

—Eres un joven muy educado. Creo que me gustará que seas mi dueño.

«¿Quieres que sea tu dueño?». Tyen de pronto se sintió incómodo. Cayó en la cuenta de que ahora consideraba el libro como una persona, y poseer una persona implicaba esclavitud, una práctica inmoral e incivilizada que se había ilegalizado más de cien años atrás.

—Prefiero eso a quedar relegada al olvido hasta el fin de mi existencia. Los libros no duran para siempre, ni siquiera los mágicos. Llévame contigo. Úsame. Puedo proporcionarte un sinfín de conocimientos. Lo único que te pido es que me cojas lo más a menudo posible para que pueda pasar lo que me queda de vida despierta y consciente.

«No sé... El hombre que te creó hizo muchas cosas terribles, como tú misma pudiste comprobar. No quiero que su sombra planee sobre mí. —Entonces se le ocurrió una posibilidad que le puso los pelos de punta—. Perdona mi franqueza, pero su libro o cualquiera de sus instrumentos podría estar concebido con fines perversos. ¿No serás uno de esos instrumentos?».

—No fui concebida para hacer el mal, lo que no significa que no pueda ser utilizada con ese propósito. Un instrumento es tan maligno como la mano que lo empuña.

La máxima le resultó tan familiar a Tyen que lo sorprendió y lo tranquilizó de un modo inesperado. Al profesor Weldan le gustaba. El viejo historiador siempre había recelado de los objetos mágicos.

«¿Cómo sé que no mientes respecto a tu maldad?».

—No puedo mentir.

«¿En serio? ¿Y si estuvieras mintiendo respecto a tu incapacidad de mentir?».

—Tendrás que encontrar la manera de averiguarlo por ti mismo.

Tyen frunció el ceño mientras intentaba idear alguna prueba a la que pudiera someterla, cuando se percató de que algo zumbaba cerca de su oído. Se apartó dando un respingo y luego exhaló un suspiro de alivio al ver que se trataba de Bicho, su pequeña creación mecánica. Más que un juguete, pero no exactamente una mascota, el escarabajo se había revelado como un acompañante útil durante la expedición.

El insectoide, que cabía en la palma de la mano, descendió en picado y se posó en su hombro, plegó las alas de color azul iridiscente y emitió tres silbidos. Era una señal que le advertía...

—¡Tyen!

... que Miko, su amigo y compañero de clase de arqueología se aproximaba.

La voz resonó en el corto pasadizo que conducía hasta la sepultura desde el mundo exterior. Tyen masculló una maldición. Bajó los ojos hacia la página. «Lo siento, Vella. Tengo que irme». Oyó unos pasos que se acercaban a la entrada del sepulcro. Como tenía demasiada prisa para guardarse a Vella en el morral, la escondió debajo de su camisa, apoyándola sobre la cintura del pantalón. Desprendía calor, lo que perturbó un poco a Tyen ahora que sabía que era un ser consciente hecho de carne humana, pero no era un buen momento para detenerse a pensar en eso. Se volvió hacia el pasadizo justo cuando Miko entraba dando traspiés.

—¿No se te ha ocurrido traer una linterna? —preguntó.

—No había tiempo para eso —jadeó su compañero—. Kilraker me ha enviado a buscarte. Los demás han vuelto al campamento para recoger sus cosas. Nos vamos de Mailand.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora —recalcó Miko.

Tyen volvió la vista hacia la pequeña sepultura. Aunque al profesor Kilraker le gustaba referirse a aquellos viajes al extranjero como búsquedas del tesoro, sus colegas esperaban que los alumnos volvieran con pruebas de que la expedición también había sido educativa. Copiar los desdibujados motivos que decoraban las paredes de la tumba les habría proporcionado algo que mostrarles. Tyen pensó con melancolía en los modernos grabadores instantáneos que los profesores más ricos y los aventureros que corrían con sus propios gastos utilizaban para documentar su trabajo. Jamás habría podido permitirse uno con su exigua asignación. Y, aunque hubiera podido, Kilraker se negaba a llevarlos a las expediciones porque eran artilugios pesados y frágiles.

Recogió su morral y abrió la solapa.

—Bicho, dentro.

El insectoide bajó rápidamente por su brazo y se metió en la bolsa. Tyen se colgó la correa del hombro y, con una orden mental, desplazó la llama hacia el pasadizo.

—Tenemos que darnos prisa —declaró Miko, y se encaminó a la salida—. Los lugareños se han enterado de dónde estabas excavando. Debe de habérselo dicho alguno de los chicos a quienes Kilraker pagaba para repartir comida. Un puñado de ellos está subiendo hacia aquí por el valle entre toques de esos cuernos de batalla que llevan.

—¿No querían que excaváramos aquí? ¡Nadie me había avisado de eso!

—Kilraker nos pidió que no te avisáramos. Creía que acabarías por descubrir algo importante, después de todas las horas que habías dedicado a la investigación.

Llegó a la abertura por la que Tyen se había colado en el pasadizo y se apretujó en ella para salir. Su compañero lo siguió y, una vez bajo el brillante sol de la tarde, dejó que la llama se extinguiera. El calor seco lo envolvió. Miko trepó por una pared de la zanja. Mientras Tyen subía tras él, miró hacia atrás y contempló su obra. Aunque no quedaba nada en la sepultura que pudiera interesar a los saqueadores, no quería dejarla expuesta a las alimañas y se sentía culpable por excavar una tumba que los lugareños deseaban que quedara intacta. Tras proyectar la mente e invocar magia, arrastró las piedras y la tierra amontonadas a los lados hacia el interior de la zanja.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Miko con evidente exasperación.

—La estoy rellenando.

—¡No tenemos tiempo para eso! —Lo aferró del brazo y lo obligó a volverse de manera que ambos quedaron mirando hacia el valle. Señaló con el dedo—. ¿Lo ves?

Los márgenes del valle eran precipicios casi verticales, y allí donde se habían desmoronado por la acción del tiempo los materiales desprendidos se habían acumulado contra la pared, formando pendientes escarpadas. Tyen y Miko se encontraban en una de ellas.

Al fondo del valle avanzaba una larga hilera de personas que escudriñaban el pedregal de arriba. Un brazo se alzó y apuntó a Tyen y Miko. Los demás se detuvieron y levantaron el puño.

Un escalofrío de miedo y de culpabilidad sacudió a Tyen. Aunque los habitantes de los remotos valles de Mailand no descendían de la antigua raza que había enterrado a sus muertos en aquellas tumbas, no querían que fueran profanadas por temor a despertar fantasmas. Se lo habían dejado claro a Kilraker tras su llegada, y también a los arqueólogos que lo habían precedido, pero sus protestas nunca habían pasado de las palabras a los hechos, y parecían indicar que consideraban algunas zonas menos importantes que otras. Debían de estar molestos para que Kilraker decidiera dar por finalizada la expedición antes de tiempo.

Tyen abrió la boca para hacer una pregunta cuando se produjo una explosión en el suelo a su lado. Ambos subieron los brazos instintivamente para protegerse la cara del polvo y las piedras.

—¿Puedes escudarnos? —preguntó Miko.

—Sí. Dame un momento...

Tyen absorbió más magia y la usó para inmovilizar el aire que los rodeaba. Casi

todos los actos de los magos consistían en mover o inmovilizar. Calentar y enfriar era otra manera de mover o inmovilizar, pero más intensa y focalizada. Cuando el polvo se asentó al otro lado de su escudo vio que los lugareños se habían arracimado tras una mujer vestida con prendas de colores vivos que oficiaba de sacerdotisa y hechicera de la comunidad. Tyen dio un paso hacia ellos.

—¿Has perdido el juicio? —inquirió Miko.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Estamos atrapados aquí arriba. Simplemente deberíamos ir a hablar con ellos, explicarles que no he...

Otra explosión estremeció el suelo, esa vez mucho más cerca.

—Me parece que no están de humor para hablar.

—No harán daño a dos hijos del Imperio leraciano —alegó Tyen—. A Mailand la beneficia mucho ser una de las colonias más seguras.

Miko dio un resoplido.

—¿Crees que eso les importa a los aldeanos? Esos beneficios no van a parar a sus manos.

—Bueno... Los gobernadores los castigarán.

—Tampoco parecen demasiado preocupados por eso ahora mismo. —Miko fijó la vista en el precipicio que se elevaba detrás de ellos—. No pienso quedarme a averiguar si solo pretenden darnos un susto.

Arrancó a correr por el borde de la pendiente, a lo largo de la pared de roca.

Tyen lo siguió, manteniéndose lo más cerca posible de Miko para no tener que extender demasiado el escudo que los cubría a los dos. Al lanzar una mirada fugaz a las personas de abajo se percató de que ascendían por la cuesta apresuradamente, pero las piedrecillas sueltas frenaban su avance. La hechicera los seguía caminando por el fondo del valle. Él dedujo que, después de agotar la magia de la zona donde se encontraba, la mujer tenía que desplazarse para obtener más. Eso habría supuesto una buena noticia, pues significaría que Tyen tenía un mayor alcance que ella.

La hechicera se detuvo y el aire se crispó ante ella en una onda que salió propulsada hacia él. Al reparar en que Miko se había adelantado Tyen invocó más magia y alargó el escudo a fin de protegerlo.

Hubo un estallido de rocas sueltas a poca distancia por debajo de sus pies. Tyen hizo caso omiso de las piedras y el polvo que rebotaban en el escudo y apretó el paso para alcanzar a Miko. Este llegó a una grieta en la pared de roca. Apoyó los pies en los bordes escabrosos de la estrecha abertura y comenzó a escalar. Tyen echó la cabeza atrás. Aunque la grieta ascendía un largo trecho por el precipicio, no llegaba hasta la cima. En vez de ello, a una altura de unos tres hombres, se ensanchaba hasta formar una pequeña cueva.

—No me parece una buena idea —farfulló. Incluso si no se despeñaran y se partían una pierna, o algo peor, una vez en el interior de la cavidad no tendrían escapatoria.

—Es nuestra única salida. Si bajamos por la cuesta nos atraparán —repuso Miko

con voz tensa y sin dejar de concentrarse en el ascenso—. No mires hacia arriba. Tampoco hacia abajo. Límitate a trepar.

Aunque la grieta era casi vertical, las orillas, irregulares y llenas de hoyos, ofrecían numerosos asideros. Tragando en seco, Tyen se echó el morral a la espalda para no aplastar a Bicho entre su cuerpo y la pared. Tras apoyar los dedos de manos y pies sobre la áspera superficie, comenzó a escalar.

Al principio le pareció más fácil de lo que esperaba, pero al poco rato los brazos y las piernas empezaron a dolerle a causa del esfuerzo. «Debería haber hecho más ejercicio antes de venir. Tendría que haberme unido a un círculo deportivo. — Sacudió la cabeza—. No, ningún ejercicio habría fortalecido estos músculos en concreto salvo trepar por precipicios, y, que yo sepa, no hay círculos deportivos que consideren eso una actividad recreativa».

El escudo tembló detrás de él por un impacto repentino. Él lo reforzó con más magia, intentando no imaginarse a sí mismo chafado como un insecto contra la pared de roca. ¿Estaba Miko en lo cierto respecto a los lugareños? ¿Se atreverían a matarlo, o acaso la sacerdotisa confiaba en que él fuera un mago lo bastante diestro para rechazar sus ataques?

—Falta poco —le gritó Miko desde arriba.

Luchando contra el ardor en los dedos y las pantorrillas, Tyen alzó la vista y vio a Miko desaparecer en el interior de la cueva. «Ya no estoy lejos», se dijo. Obligó a sus doloridas extremidades a contraerse y estirarse para subirlo hacia la seguridad de aquella penumbra. Sin dejar de lanzar miradas hacia arriba, advirtió que se hallaba a un cuerpo de distancia de la abertura y luego lo bastante cerca para alcanzarla con los dedos. Una vibración recorrió la roca bajo su palma y saltaron esquirlas de la pared, a escasa distancia. Encontró otro punto de apoyo para el pie, se izó, se aferró a un asidero, dobló el brazo, notó la fresca sombra de la cueva en el rostro...

... y unas manos lo agarraron de las axilas y tiraron de él hacia arriba.

Miko no dejó de hacer fuerza hasta que las piernas de Tyen estuvieron dentro de la cueva. Era tan angosta que los hombros de este rozaban las paredes. Al bajar la vista, descubrió que la fisura estaba desprovista de suelo. Los bordes simplemente se aproximaban entre sí hasta formar una grieta que se prolongaba hacia abajo. Miko tenía las botas afianzadas en las paredes de los lados.

Ese «suelo» tampoco era del todo plano. Descendía conforme se adentraba en la oscuridad, de manera que Tyen tenía la cabeza más baja que las piernas. Notó que el libro resbalaba por debajo de su camisa e intentó cogerlo, pero los brazos de Miko se interpusieron. El libro se precipitó al interior de la grieta. Tyen soltó una palabrota y creó una llama. El libro había ido a parar a un lugar que habría estado fuera de su alcance incluso si hubiera tenido los brazos lo bastante delgados para poder introducirlos en la abertura.

Miko lo soltó y dio media vuelta con cautela para examinar la cueva. Sin prestarle atención, Tyen se levantó ayudándose con los brazos y se puso en cuclillas. Arrastró

el morral hasta colocárselo sobre el pecho y lo abrió.

—Bicho —siseó. La diminuta máquina se removió, salió correteando de la bolsa y trepó por el brazo de Tyen, que señaló la grieta—. Trae el libro.

El insectoide emitió dos zumbidos afirmativos con las alas y, con un runrún, descendió por el brazo de su dueño hacia la grieta. Tuvo que abrir mucho las patas para colarse en el estrecho hueco en el que había caído el libro. Tyen exhaló un suspiro de alivio cuando Bicho asió el lomo con sus minúsculas pinzas. En cuanto el escarabajo y el libro emergieron de la cavidad, él los agarró a los dos y los guardó en su morral.

—¡Date prisa! ¡El profesor está aquí!

Tyen se puso de pie. Miko miró hacia arriba y se llevó un dedo a los labios. Un tenue sonido rítmico resonaba en aquel espacio.

—¿En el aerocoche? —Tyen sacudió la cabeza—. Espero que se haya enterado de que la sacerdotisa nos está tirando piedras, o el camino de vuelta a casa se hará muy largo.

—Seguro que estará preparado para plantar batalla. —Miko desvió la mirada y prosiguió su avance por la cueva—. Me parece que podemos escalar por aquí. Acércate, y trae esa luz contigo.

Tyen se enderezó y se abrió paso hacia donde le indicaba Miko. Más delante la grieta volvía a estrecharse, pero las piedras desprendidas habían llenado el hueco y formaban una escalera natural, irregular y empinada. Sobre sus cabezas se abría una hendidura de cielo azul. Miko comenzó a escalar, pero los escombros se desplazaban bajo su peso.

—Con lo cerca que está... —dijo mirando hacia arriba—. ¿Podrías elevarme hasta allí?

—Tal vez.

Tyen se concentró en la atmósfera mágica. Hacía mucho tiempo que nadie utilizaba la magia en aquella cueva. Estaba esparcida de forma uniforme y tan quieta como el agua de un charco en un día sin viento. Además, era abundante. Él aún no se había acostumbrado a la fuerza y la disponibilidad que tenía la magia fuera de los pueblos y las ciudades. A diferencia de lo que ocurría en la metrópolis, donde siempre fluía veloz hacia quien hacía un uso más importante de ella, en las zonas menos pobladas la energía se acumulaba y ondeaba con suavidad en torno a él como una ligera bruma. Allí solo había encontrado Hollín, restos de magia consumida que en las ciudades persistían por todas partes, en depósitos pequeños que se disipaban enseguida.

—Parece factible —anunció—. ¿Listo?

Miko asintió.

Tyen respiró hondo. Absorbió magia y la empleó para inmovilizar el aire frente a Miko en un cuadrado pequeño y plano.

—Da un paso al frente —le indicó.

Miko obedeció. Tras reforzar el cuadrado para que soportara el peso del joven, Tyen lo hizo ascender lentamente. Miko soltó una risita nerviosa, extendiendo los brazos de golpe para no perder el equilibrio.

—Deja que me asegure de que no haya nadie esperando ahí arriba antes de que me subas —le pidió a Tyen, que lo miraba desde abajo. Echó un vistazo a través de la abertura y desplegó una sonrisa—. El campo está libre.

Cuando Miko se apeó del cuadrado, se oyó un grito procedente de la entrada de la cueva. Al volverse, Tyen vio a un lugareño trepar por la abertura. Invocó magia con la intención de expulsarlo con una descarga, pero cambió de idea. La caída podría matarlo. En vez de ello, creó otro escudo frente a la entrada.

Miró alrededor y percibió que el ambiente cicatrizaba allí donde la magia se había agotado, aunque ya empezaba a fluir más energía para ocupar su lugar. Tyen absorbió un poco más con el fin de formar otro cuadrado y, esperando que los lugareños no hicieran algo que rompiera su concentración, subió a él y lo elevó.

Nunca le había gustado hacer levitar a personas, incluido él mismo. Si se distraía o se quedaba sin magia, no dispondría de tiempo para crear de nuevo el cuadrado. Aunque era posible mover a una persona en vez de inmovilizar el aire bajo sus pies, un descuido o una disparidad en la velocidad de las distintas partes podía ocasionar lesiones o incluso la muerte.

Cuando llegó a lo alto de la grieta Tyen salió a la luz del sol. Más allá del borde del barranco flotaba una gran cápsula romboidal llena de aire caliente: el aerocoche. Bajó del cuadrado al suelo y se apresuró a reunirse con Miko junto al precipicio.

Mientras el aerocoche descendía hacia el valle el volumen de la cápsula impedía a Tyen ver la carlinga que colgaba de ella y a sus ocupantes. Los aldeanos se habían apiñado bajo la grieta, algunos de ellos aferrados a la pared de roca. La sacerdotisa, que había ascendido un trecho de la pendiente pedregosa, tenía la atención puesta en el aerocoche.

—¡Profesor! —gritó Tyen, aunque sabía que era poco probable que pudiera oírlo con el ruido de las hélices—. ¡Aquí!

El vehículo continuó alejándose del precipicio. Abajo la sacerdotisa hizo un gesto teatral cuyo único fin era impresionar, pues la magia no requería movimientos físicos ampulosos. Tyen aguantó la respiración al advertir que una vibración en el aire subía a toda velocidad, y exhaló cuando la descarga se dispersó debajo del aerocoche con un golpe sordo que resonó por todo el valle.

El vehículo comenzó a ascender. Poco después la parte inferior de la cápsula se hizo visible. Tyen alcanzaba a ver la alargada y angosta carlinga, cuya forma recordaba bastante a una canoa, con hélices sostenidas por unos brazos que se extendían hacia los lados y un timón semejante a un abanico en la parte posterior. El profesor Kilraker iba delante, en el asiento del conductor; Drem, su criado, un hombre de mediana edad, y Neel, otro alumno, se hallaban de pie, agarrados a la barandilla de cuerda y a los listones que sujetaban la carlinga a la cápsula. Cualquiera

de los tres habría avistado a Tyen y a Miko si hubiese mirado en aquella dirección. Por más que él gritaba y agitaba los brazos, ellos continuaron mirando hacia abajo.

—Crea una luz o algo —dijo Miko.

—No la verán —repuso Tyen.

Aun así absorbió más magia y encendió una llama nueva, más grande y resplandeciente que las anteriores, con la esperanza de que resultara más visible bajo aquel intenso sol. Para su sorpresa, el profesor se volvió y los divisó.

—¡Sí! ¡Aquí! —gritó Miko.

Kilraker hizo girar el aerocoche de modo que el morro apuntara al borde del precipicio, entre giros y zumbidos de las hélices. Había alforjas y cajas atadas a ambos lados de la carlinga, lo que parecía indicar que no habían tenido tiempo de acomodar el equipaje en el interior. Un rato después el vehículo sobrevolaba la cima del despeñadero, trayendo consigo una vaharada de olores conocidos. Al aspirar el aroma a tela resinada, madera pulida y humo de pipa Tyen sonrió. Miko asió la barandilla de cuerda tendida en torno a la carlinga, pasó por debajo y subió a bordo.

—Lo siento, chicos —dijo Kilraker—. Hasta aquí llega la expedición. En vista de cómo se han puesto los lugareños, no tiene sentido quedarnos. Preparaos para que se os tapen los oídos. Vamos a subir.

Tyen se echó el morral a la espalda, listo para embarcar, pensando en lo que llevaba dentro. No tenía tesoros de los que alardear, pero al menos había encontrado algo interesante. Tras agacharse por debajo de la cuerda, se sentó en la estrecha cubierta, con las piernas colgando por el costado. Miko se colocó a su lado. El aerocoche comenzó a ascender con rapidez, dirigiendo lentamente la proa hacia su hogar.

Era imposible permanecer desanimado mientras uno volaba con un constante viento de cola en una noche despejada y hermosa. Las vivas tonalidades rojizas y anaranjadas del ocaso habían puesto fin a las pullas que se lanzaban Miko y Neel, y se había impuesto un silencio contemplativo. Belton, capital de Leracia y sede de la Academia, también ofrecía unas puestas de sol magníficas, pero siempre empañadas por el humo y el vapor.

Los sentidos de Tyen le decían que el aerocoche generaba una especie de ola de proa. A diferencia de lo que ocurría en el agua, la ondulación en la atmósfera no estaba causada por el desplazamiento, sino por la supresión de algo: magia. Esta daba paso a la oscura sombra del Hollín, que dejaba una estela similar al humo en pos de ellos. No resultaba fácil describir el Hollín a quienes no podían percibirlo. Se trataba simplemente de la ausencia de magia, pero cuando era reciente, tenía textura, como si la energía hubiera dejado un residuo en su lugar. Además se movía, encogiéndose a medida que la magia fluía para llenar el vacío.

Cuando Tyen absorbió más energía para impulsar las hélices y caldear el ambiente dentro de la carlinga aprovechó la oportunidad para utilizar la magia sin restricciones. Emplearla le producía una sensación agradable, reflexionó, pero no se trataba de un placer físico. «Es más bien como el hormigueo que uno siente cuando lo que está haciendo sale justo como lo había planeado», pensó. Como la satisfacción que había experimentado al crear a Bicho y las pequeñas baratijas mecánicas que vendía para costearse los estudios.

Aunque pilotar el aerocoche no era complicado, exigía concentración. Tyen sabía que sus dotes de mago le habían valido un puesto en la expedición, pues gracias a ellos el profesor Kilraker no tendría que pilotar durante todo el trayecto.

—Está refrescando —comentó Drem sin dirigirse a nadie en particular.

El criado de Kilraker había estado rebuscando en el equipaje un rato atrás, procurando que no cayera nada por la borda, y había encontrado sus chaquetas, capuchas, bufandas y guantes de aeronautas. Tyen se había sentido aliviado al saber que su bolsa estaría en alguna parte de aquel montón y no se había quedado en Mailand como resultado de las prisas por marcharse.

Una mano le tocó el hombro y, cuando alzó la mirada, vio que el profesor asentía con la cabeza.

—Descansa, Tyen. Yo conduciré desde aquí hasta Palga.

Tyen soltó las riendas de la magia, se puso de pie y, sujetándose a la tirante barandilla de cuerda, rodeó a Kilraker de modo que este pudiera ocupar el asiento del

conductor. Se detuvo por unos instantes, planteándose la posibilidad de preguntarle por qué lo había dejado excavar un yacimiento sagrado para los mailandeses, pero optó por guardar silencio. Ya conocía la respuesta. A Kilraker lo traían sin cuidado los sentimientos o las tradiciones de los mailandeses. Lo importante para el profesor era que la Academia confiaba en que él y sus alumnos regresaran con tesoros. En todos los demás aspectos, Tyen lo admiraba y quería parecerse más a él, pero en aquel viaje había descubierto que tenía algunos defectos. Suponía que todo el mundo los tenía. Seguramente él mismo no era una excepción. Miko siempre le reprochaba que se portaba tan bien que resultaba aburrido. Eso no significaba que Kilraker o él no fueran personas agradables. Al menos, eso esperaba.

Miko y Neel balanceaban las piernas por un flanco de la carlinga, en la zona central y más ancha de la cubierta, en tanto que Drem estaba en el lado opuesto, con las piernas cruzadas, haciendo gala de una flexibilidad sorprendente para un hombre de su edad. Tras acomodarse en el mismo lado que el criado, pero a una corta distancia de él, Tyen se quitó los guantes, se los guardó en el bolsillo de la chaqueta y sacó el libro de su morral. Aún estaba tibio. Tal vez antes se lo había imaginado y ahora solo irradiaba el calor corporal que el propio Tyen le había transmitido a través del morral, que llevaba apretado contra el costado. En las horas transcurridas desde entonces casi se había convencido de que el diálogo que había mantenido con el libro era fruto de su fantasía, aunque esperaba que no lo fuera.

Sabía que debía entregárselo a Kilraker, pero el hombre estaba ocupado, y Tyen quería determinar antes qué era exactamente lo que había descubierto.

—Bueno, Tyen —dijo Neel—, según Miko, has encontrado un sarcófago en esa fosa. ¿Había algún tesoro dentro?

Tyen bajó la vista hacia el libro.

—Un tesoro, no —respondió sin pensarlo.

—¿No había joyas, ni fruslerías como las que encontramos en las otras cuevas?

—Nada de eso. El ocupante debió de morir pobre. La tapa del ataúd ni siquiera estaba tallada.

—Nadie entierra a los pobres en sarcófagos de piedra. Seguramente unos ladrones saquearon la tumba. Debes de haberte llevado un buen chasco, después de pasarte tanto tiempo investigando la ubicación del sepulcro.

—Pues eran unos ladrones muy considerados —replicó Tyen, dejando que su voz trasluciera la irritación que sentía—. Volvieron a colocar la tapa sobre el féretro.

Miko soltó una carcajada.

—Más bien tenían sentido del humor. O temían que el cadáver saliera a perseguirlos si no la tapaban.

Tyen sacudió la cabeza.

—Había pinturas interesantes en las paredes. Si algún día volvemos...

—Dudo que nadie vuelva allí durante una temporada. Los mailandeses han intentado matarnos.

Tyen negó con un gesto.

—La Academia encontrará una solución. Además, si me limito a copiar los dibujos de las paredes, sin llevarme nada, tal vez no les parezca mal a los aldeanos.

—¿Sin llevarte nada? A lo mejor cuando seas rico y puedas pagar tus propias expediciones —dijo Neel, y a juzgar por su tono no confiaba en que Tyen llegara a ser rico jamás.

«Él lo tiene todo muy fácil. Es más tonto que un adoquín, pero viene de una familia tan adinerada e importante que aprobará el curso por muy malas notas que saque o muy poco que se esfuerce». Por otra parte, Neel estaba verdaderamente interesado en la historia y estudiaba mucho. Idolatraba a los exploradores famosos y estaba decidido a prepararse para poder sostener una conversación con uno de ellos en cuanto se le presentara la ocasión.

Tyen abrió el libro con un suspiro. Como estaba demasiado oscuro para ver las páginas creó una llama diminuta y la hizo flotar en el aire por encima de sus manos. Para encender una luz así había que mover unas partículas de aire muy deprisa de modo que se calentaran y empezaran a quemar el aire que las rodeaba. Refinarla hasta un tamaño tan reducido requería concentración, pero, al igual que con un paso de danza repetitivo, una vez que lo conseguía podía dirigir su atención hacia otras cosas. Al hojear el libro lo desilusionó comprobar que el texto que había aparecido antes se había esfumado. Sacudió la cabeza, y ya se disponía a cerrarlo cuando un renglón se materializó y se alargó, ondulante, a través de la página. Tyen abrió el libro para leer el nuevo texto.

—Has mentido al no decir que me habías encontrado.

Miró las palabras, pestañeando. Seguían allí.

«No eres lo que ellos considerarían un tesoro. Un momento... ¿Cómo lo sabes? No te había abierto todavía».

—Basta con que alguien me toque para que yo establezca una conexión con su mente.

«¿Puedes leerme el pensamiento?».

—Claro. ¿Cómo si no iba a formar palabras en tu idioma?

«¿Puedes manipular el interior de mi cabeza?».

—No.

«Espero que no hayas mentido respecto a tu incapacidad para mentir».

—No te he mentado. Soy tan transparente para ti como tú para mí. Debo proporcionarte toda la información que me pidas. Aunque para ello, claro está, es necesario que sepas que esa información existe y que yo la poseo.

Tyen frunció el entrecejo. «Era de esperar que utilizarte tuviera un precio, como ocurre con todos los objetos mágicos».

—Así es como obtengo información de forma rápida y veraz.

«En ese caso yo salgo ganando más que tú. Puedes acumular mucha más información que yo, aunque dependerá de los conocimientos que tuvieran las personas que te han tocado. En fin, ¿qué puedes contarme?».

—*Estudias historia y magia. Obviamente, no puedo hablarte de los últimos seiscientos años porque los pasé en esa tumba, pero ya existía desde muchos siglos antes. Me han tenido en sus manos grandes magos e historiadores, así como filósofos, astrónomos, científicos, sanadores y estrategas.*

Tyen notó que se le aceleraba el pulso. ¿Cuánto más fácil le resultaría aprender e impresionar a sus profesores con semejante libro a su disposición? Ya no tendría que investigar en la biblioteca o estudiar hasta altas horas de la noche.

En todo caso, no tanto como hasta entonces. Los conocimientos que ella poseía tenían por lo menos seiscientos años de antigüedad, y durante ese tiempo habían cambiado muchas cosas. Se había producido una revolución en el pensamiento y la práctica de la ciencia. Quizá ella estaba llena de errores. Al fin y al cabo, había obtenido información de personas, e incluso las más famosas y brillantes cometían errores y hacían afirmaciones que resultaban ser incorrectas.

Por otro lado, si los miembros de la Academia estaban equivocados respecto a algo, Tyen no podría valerse de Vella para convencerlos. Para empezar, no darían crédito a una sola fuente, por extraordinaria que fuera. No la aceptarían como prueba hasta haber determinado su fiabilidad, y cuando lo hicieran decidirían darle usos más importantes que el de permitir que un alumno saciara su curiosidad o tomara atajos en su formación.

—*Tus amigos y tu profesor guardan algunos descubrimientos en secreto. ¿Por qué no habrías de hacer tú lo mismo conmigo?*

Tyen miró a Kilraker. Alto y delgado, con el pelo muy corto y un bigote enroscado en las puntas como dictaba la moda, era tan admirado por los estudiantes como por sus colegas. Sus aventuras le habían granjeado respeto académico y lo habían provisto de numerosas anécdotas con las que cautivar e impresionar a la gente. Las mujeres sentían fascinación por él y los hombres lo envidiaban. Era el reclamo perfecto para atraer alumnos a la Academia.

Sin embargo, Tyen sabía que Kilraker no estaba del todo a la altura de la leyenda. Tenía una actitud cínica respecto a su profesión y sus beneficios para la sociedad en general, como si hubiera perdido la curiosidad y la capacidad de asombro que lo habían llevado a dedicarse a la arqueología. Ahora solo parecía importarle encontrar cosas para venderlas o deslumbrar a los demás.

«No quiero ser como él —le aseguró a Vella—. Y quedarme contigo podría significar privar a la Academia de un descubrimiento único y quizá importante».

—*Debes hacer lo que consideres correcto.*

Tyen apartó la vista de la página. El cielo se había oscurecido por completo. Estaba salpicado de estrellas, mucho más brillantes y numerosas allí, lejos del

resplandor y el aire viciado de la gran ciudad. Delante y debajo del aerocoche se divisaban hileras y cúmulos de luces más mundanas que celestiales: la ciudad de Palga. Supuso que tardarían cerca de una hora en llegar.

El libro —Vella— ya había conectado dos veces con su mente. ¿Lo sabía todo respecto a Tyen? En caso afirmativo, cualquiera que la tocara podría averiguar lo que quisiera sobre él. Le bastaría con preguntárselo. Ella había reconocido que estaba obligada a facilitar la información que contenía a quien se la pidiera.

Pero ¿acaso tenía él algo que ocultar? Nada lo bastante importante para que no se atreviera a utilizar el libro; nada que lo disuadiera de correr el riesgo de que otros descubrieran detalles embarazosos sobre él y le tomaran el pelo por ello; nada que no habría revelado de buen grado a cambio de los conocimientos obtenidos a lo largo de los siglos de los insignes personajes que habían sujetado el libro entre sus manos.

Como los «grandes magos» que ella había mencionado. Y el propio Roporien. Volvió a bajar la mirada hacia la página. Aún faltaban varios días para que llegaran a la Academia. Tal vez le perdonarían que no se desprendiera de Vella hasta entonces. Después de todo, quizá Kilraker no tuviera tiempo para examinarla a fondo durante el viaje, pensó. Más valía que aprovechara esos días para aprender de ella cuanto pudiera.

«¿Sabes todo lo que hizo Roporien?».

—No todo. Él era consciente de que para convertirme en un acervo de conocimientos eficaz debía acceder a la mente de quienes me manipularan, pero guardaba secretos que no estaba dispuesto a divulgar. Por eso nunca me tocó después de crearme. Pedía a otros que me formularan preguntas, pero rara vez necesitaba ocuparse de ello en persona.

«¿Porque ya sabía todo lo que había que saber?».

—No. Puesto que un mago puede leer la mente de los que son más débiles que él, y Roporien era el más fuerte de todos, no le hacía falta que yo espicara los pensamientos de los demás. La mayoría de las personas de las que quería obtener información no intentaban ocultársela. Se la proporcionaban por respeto reverencial o por miedo.

Pensar en magos que poseían la capacidad de leer la mente le dio vértigo. Debían de ser sumamente poderosos. «Pero ¿por qué creó Roporien un libro que no podía utilizar?».

—Ah, es que no tenía que tocarme para utilizarme. Al ordenar a otros que me tocaran podía instruirlos y difundir los conocimientos.

«Me parece un acto demasiado noble para un hombre como Roporien».

—Lo hacía por su propio interés. Era un medio de

adiestrar a sus guerreros en las técnicas de guerra, de enseñar a sus criados cómo servirle mejor, de inspirar a los más grandes creadores y artistas para valerse de la magia producida por su inventiva.

«¿La magia producida por su inventiva? Un momento. ¿Estás diciendo...? ¿No estarás insinuando que...?».

—*¿Que su creatividad generaba magia? Sí, en efecto.*

Tyen fijó los ojos en la página, desalentado. «Eso son sandeces supersticiosas».

—*No lo son.*

«Ya lo creo que lo son. Es un mito rechazado por las mentes más privilegiadas de nuestra era».

—*¿Cómo lo han refutado?*

Tyen sintió una punzada de irritación al caer en la cuenta de que no lo sabía.

«Tendré que averiguarlo. Debe de haber documentos. Aunque... también cabe la posibilidad de que simplemente nadie lo haya demostrado».

—*O sea, que si alguien demostrara que es verdad ¿no te quedaría más remedio que creerlo?*

«Por supuesto. Pero dudo que alguien lo consiga. Rechazar las creencias y los temores primitivos, y aceptar solo lo que puede demostrarse es lo que nos ha conducido a una era moderna e ilustrada. La recopilación y el estudio de pruebas, el uso de la razón, ha dado pie a grandes descubrimientos e invenciones que han mejorado la vida de los hombres».

—*Como este aerocoche en el que viajáis.*

«¡Exacto! Aerocoche y aerocarruajes. Trineorraíles y barcos de vapor. Máquinas que fabrican objetos con más rapidez que nunca, como telares que tejen más deprisa que veinte tejedores trabajando a la vez o ingenios que imprimen miles de copias iguales de un libro en pocos días».

Tyen sonrió al pensar en todo lo que había cambiado en el mundo desde la época que Vella había «vivido». ¿Qué le parecerían los avances conseguidos, sobre todo en el último siglo? La impresionarían, de eso no le cabía duda. Una sensación similar al orgullo se apoderó de él. De pronto tenía otro motivo para retrasar el momento de entregársela a Kilraker y la Academia.

Era importante que ella se enterara de los cambios que se habían producido en el mundo. Debía actualizar su acervo de conocimientos. Tendría que ponerla al corriente antes de entregarla. Al fin y al cabo, si ella aún creía en supersticiones, tal vez no solo la declararían una fuente poco fiable, sino también peligrosa.

Al notar un malestar en el estómago que conocía bien, señal de que el aerocoche había iniciado el descenso, alzó la vista. Palga se encontraba ahora mucho más cerca. Cerró el libro y se lo guardó en el morral, que llevaba atravesado sobre el pecho desde que habían huido de Mailand, y dejó que la llama se extinguiera, pero no podía

quitarse a Vella de la cabeza mientras bajaban despacio hacia la pequeña ciudad.

«Supongo que es imposible que sea una fuente de saber fidedigna habiéndose perdido los últimos seiscientos años de progreso y sin más información que la que poseían las personas que la tocaron. Por otro lado, puede ofrecernos una visión fascinante del pasado. A cambio de lo que me enseñe, me parece justo comunicarle los conocimientos que fue concebida para asimilar. A la Academia solo le interesará lo que pueda obtener de ella, así que más vale que lo haga antes de entregársela».

El aeródromo de Palga, como el de casi todas las poblaciones, se hallaba a las afueras, en un campo situado cerca de la carretera principal. Dos aerocoches reposaban sobre la hierba con las cápsulas sujetas a estacas clavadas en el suelo, junto a la carlinga, para que se enfriaran. Mientras Kilraker descendía Tyen se dirigió al frente para coger la cuerda de proa enrollada al tiempo que Drem pasaba por debajo de la barandilla, preparándose para saltar al suelo. Neel había agarrado la cuerda de popa y Miko se encontraba en la parte posterior.

—Ese carro es el de Gowel, ¿no? —preguntó Miko mientras pasaban flotando junto a los vehículos estacionados.

—Ya lo creo. —Kilraker soltó una risita—. Esperemos que haya llegado hace poco, o no quedará ni una gota de osujo bueno en El Ancla. ¿Listos?

Drem y Miko respondieron con gruñidos de asentimiento.

—¡Saltad! —ordenó el profesor.

Cuando los dos se dejaron caer el aerocoché frenó de golpe en su descenso y, al haberse librado de un peso considerable, comenzó a elevarse de nuevo. Kilraker levantó los ojos hacia la cápsula. Unas solapas se abrieron para dejar escapar un poco de aire caliente. El ascenso se ralentizó hasta que el vehículo empezó a bajar de nuevo.

—¡Cuerdas!

Tyen lanzó la soga de proa a Drem, que la atrapó y tiró de ella para tensarla. Formaban un equipo bien coordinado después de haber aterrizado el aerocoché varias veces durante la expedición. Cuando la carlinga se posó en el suelo Tyen dejó caer una armella y se valió de la magia para hincarla en la tierra. Drem pasó la cuerda por la armella mientras Tyen corría hacia la parte de atrás del vehículo para repetir la operación con Miko.

Una vez que el aerocoché quedó bien sujeto Neel y Tyen pudieron apearse. El profesor se alejó con grandes zancadas para concertar el transporte al hotel de la Academia mientras Drem procedía a desatar el equipaje.

—Colocad las cosas que vais a dejar en la carlinga a la derecha y las que os llevaréis al hotel a la izquierda —les indicó Kilraker mientras Drem levantaba el primer bulto.

—A la izquierda —dijo Miko. Cuando el criado comenzó a ordenar el equipaje, añadió—: Date prisa, Drem. Gowel lleva un año en el extranjero. Tendrá historias que contar.

—Voy tan rápido como puedo, joven Miko —respondió Drem—. Y faltan muchas horas para que llegue ese ridículo momento de la noche hasta el que Gowel nos mantendrá a todos desvelados.

—Estoy seguro de que el profesor te dejará retirarte a dormir mucho antes —dijo Tyen—. Alguno de nosotros tendrá que estar lo bastante lúcido para poner en marcha este trasto mañana por la mañana.

—Querrás decir mañana por la tarde —refunfuñó Drem.

Una vez que la cubierta quedó despejada la cápsula se había enfriado lo suficiente para amarrarla al lado de la carlinga. Un carruaje de alquiler se había acercado y Kilraker había regateado con el cochero hasta conseguir un precio razonable. Tyen ayudó a Drem a guardar parte del equipaje en la carlinga del aerocoche y el criado cerró la escotilla con llave. Acto seguido todos cogieron sus bolsas y se dirigieron a toda prisa hacia el carruaje.

Kilraker sonreía mientras se apretujaban en el interior. «Está deseando ponerse al día con su amigo y rival —pensó Tyen—. Me pregunto si...». Tal vez debía volver a meterse a Vella debajo de la camisa. Quizá ella aprendería algo de las anécdotas que los dos arqueólogos aventureros refiriesen esa noche.

La Academia tenía un hotel en cada una de las ciudades y los pueblos del Imperio que valía la pena visitar. Aunque Palga era demasiado pequeña para considerarla una ciudad, a Tyen no le sorprendió que hubiera en ella uno de esos hoteles. Los vientos favorables la convertían en una de las escalas favoritas de quienes viajaban por aire o por mar, entre los que había muchos titulados de la Academia.

Sin embargo, el tamaño del hotel lo había asombrado. Parecía desproporcionadamente grande para aquella población, y muchos de los habitantes trabajaban en él como empleados o proveedores. A pesar de que todo era de una calidad ejemplar, Kilraker les aseguró que los titulados más jóvenes acudían en tropel al hostel El Ancla, situado al otro lado de la calle, para tomar un «bocado» de oscujo y alardear de sus viajes a rincones remotos del Imperio y más allá. También frecuentaban el establecimiento aventureros extranjeros y ajenos al mundo académico, en su mayoría hombres pero también alguna que otra mujer, a menudo dispuestos a relatar un par de anécdotas.

Cuando Tyen entró en la sala común del hostel detrás de Kilraker y los otros alumnos el calor y el ruido lo envolvieron. Era consciente en todo momento del libro que llevaba bajo la camisa de forma que el chaleco lo ocultaba. Drem había insistido en que todos se vistieran con su atuendo habitual de ciudad: camisa, chaleco, pantalón, jubón y gorra, prendas que no habían vuelto a ponerse desde que habían pasado por Palga camino de Mailand, antes de cambiarlas por unos prácticos pantalones y camisas de trabajo color tierra, además de ropa de abrigo: chaqueta de aeronauta, capucha, bufanda y guantes.

Tras entrar en el bar Kilraker colgó el sombrero en uno de los clavos dispuestos en fila en la pared más cercana. Los estudiantes dejaron las gorras en la fila de abajo y siguieron al profesor hacia un grupo de cuatro hombres sentados en torno a una de las mesas de caballetes del hostel. Uno de ellos alzó la vista y al verlos desplegó una sonrisa radiante que contrastaba con el bronceado de su rostro.

—¡Vals! —bramó—. Creía que no tenías previsto volver hasta dentro de un par de semanas.

—Y así era —repuso el profesor, rodeando la mesa para saludar al hombre con palmadas en los hombros—. Hemos tenido un pequeño roce con los nativos. Podría haberme ocupado del asunto si hubiera estado solo, pero no quería exponer a los muchachos a ningún riesgo. —Se volvió hacia Tyen, Miko y Neel—. Creo que ya conocías a Tyen Fundehierro y a Neel Long, pero no al joven Miko Barraverde. Chicos, tenéis ante vosotros a Tangor Gowel, el famoso aventurero.

—¿Famoso? —Gowel agitó la mano—. Solo entre las personas como nosotros, que valoran la fama menos que la amistad. —Señaló a los otros hombres—. Kargen Montaguardia, Mins Speer y Dayn Zo, mis compañeros de viaje. Camaradas, os presento a Vals Kilraker, profesor de historia y arqueología en la Academia. Bueno, siéntate y cuéntame dónde has estado. —Hizo una señal a un camarero que pasaba—. ¡Traiga cuatro copas más!

—Primero cuéntame dónde has estado tú —replicó Kilraker—. Oí que habías cruzado la Sierra Latitudinal Inferior y llegado al Lejano Sur.

Gowel sonrió de oreja a oreja, de modo que el bigote se le tensó.

—Oíste bien.

—¿En ese pequeño aerocoché junto al que hemos amarrado el nuestro en el aeródromo?

—En efecto.

—¿No se enrareció un poco el aire durante la travesía?

Los cuatro hombres asintieron.

—Pero encontramos una especie de collado. Un paso entre las montañas.

—¿Y qué había al otro lado?

El camarero llegó con las copas, y Gowel sirvió una cantidad generosa de cremoso y turbio oscuro en ellas y en las de sus amigos.

—El Lejano Sur es tal como lo describió Lignario el Descubridor —respondió, y entregó una copa a cada uno—. Está poblado por animales extraños y gentes aún más extrañas. El ambiente está cargado de magia y lo que hacen con ella... —Se le iluminó la mirada al recordarlo—. Vimos la legendaria Tyeszal, que Lignario tradujo como «Castillo de la Torre». Es una gran ciudad excavada en un peñasco tan alto como una montaña. Unas plataformas suspendidas suben y bajan a personas y mercancías por el hueco que hay en el centro, y los niños vuelan por el exterior llevando mensajes y artículos pequeños.

Kilraker tomó un buen trago de oscuro sin apartar los ojos de la cara de Gowel.

—Así que no se trataba de una exageración. —A Tyen le pareció que al profesor le temblaba o se le tensaba algún músculo del rostro, dando cierta impresión de envidia—. ¿Cómo son los nativos?

—Civilizados. Su rey es hospitalario con los extranjeros y está abierto al comercio. Los magos, bien instruidos, dirigen una pequeña escuela. Aunque están mucho más atrasados que nosotros en cuanto a invenciones tecnológicas, han desarrollado métodos y aplicaciones que yo nunca había visto. —Se encogió de hombros—. Por otro lado, podría estar equivocado. La magia no es mi especialidad, como bien sabes. No me envió allí la Academia, sino Tor y Brown Asociados, que me encomendaron que buscara recursos sin explotar y mercaderías nuevas, así como una ruta aérea a través de la cordillera.

Kilraker apuró su bebida.

—¿Y encontraste recursos y mercaderías nuevas?

Gowel movió la cabeza afirmativamente y se sacó de la chaqueta una libreta grande encuadernada en piel. La hojeó, y los demás alcanzaron a entrever líneas de texto y esquemas trazados con pulcritud. El aventurero se detuvo en una página para describir las plantas y los animales que había descubierto, tanto domésticos como salvajes. Abrió la libreta por un mapa en el que señaló la localización de los diversos pueblos con los que sus acompañantes y él se habían encontrado. Tyen se fijó en una raya que atravesaba un arco de montañas que bordeaba la parte superior del plano. ¿Indicaba la ruta que habían seguido los aventureros?

Cuando Gowel terminó, Kilraker desplazó la mirada de la libreta a su amigo y sonrió.

—No me digas que eso es todo lo que has traído de allí.

—Oh, además de las muestras habituales de flora y fauna, minerales y textiles.

—¿Ningún tesoro que venderle a la Academia?

Gowel sacudió la cabeza.

—Nada que pudiera lastrar los aerocoches.

El profesor manifestó de mala gana su conformidad con un gruñido.

—El oro y la plata son condenadamente pesados.

—El conocimiento vale más que el oro y la plata —declaró Gowel—. Últimamente gano más dinero con mis libros y conferencias que con los tesoros, aunque los de la Academia me acusen de mentir. O quizá precisamente por eso. —Pasó la vista de Miko a Neel y de este a Tyen—. No dejéis que tan venerable institución os vuelva estrechos de miras, chicos. Salid ahí fuera y decidid por vosotros mismos qué es folclore y qué es verdad.

—Todo eso está muy bien para hombres pudientes como tú, Gowel —repuso Kilraker—, pero la mayoría de nosotros no puede permitirse volver a casa con las manos vacías. Tenemos que justificar los fondos que la Academia destina a costear nuestras expediciones contribuyendo a acrecentar los conocimientos o las riquezas de tan venerable institución. Preferiblemente las riquezas.

—Además, no queremos que nos expulsen de la Academia, como le ocurrió a usted —añadió Neel, clavando en el hombre mayor una mirada desafiante que solo alguien de su posición social se atrevería a lanzar.

Gowel sofocó una risotada.

—Al contrario de lo que afirman las columnas de cotilleos, no me expulsaron: renuncié a mi cargo.

Neel frunció el entrecejo.

—¿Por qué habría de hacer una cosa así?

El aventurero esbozó una sonrisa sombría.

—En cierta ocasión descubrí algo maravilloso, un objeto de escaso valor monetario pero de gran potencial mágico que habría podido beneficiar a miles de personas... Y lo guardaron bajo llave de modo que solo ellos pudieran acceder a él y utilizarlo.

A Tyen el corazón le dio un vuelco. «¿Es eso lo que le harán a Vella? ¿La encerrarán donde nadie la toque? Eso no le gustaría nada». Por otro lado, en cuanto la Academia comprendiera lo útil que podía resultar, sin duda la sujetarían y la leerían a todas horas hombres con más conocimientos e inteligencia que él. ¿Cómo iba a negarle esa oportunidad cuando ella estaba hecha para eso?

—Debería haberme quedado con él —afirmó Gowel, ceñudo, y a Tyen le sorprendió ver que Kilraker asentía—. Según me cuenta Vals, lo tienen olvidado y criando polvo en la cámara de seguridad. Los miembros de la Academia son codiciosos e insolidarios. El saber y los prodigios del mundo deberían estar al alcance de todos, para que cualquiera que desee superarse pueda hacerlo —prosiguió Gowel—. Mi sueño es abrir una gran biblioteca en Belton a la que pueda acudir la gente sin pagar para instruirse sobre el mundo y sus portentos.

Era un sueño admirable, y Tyen sintió una punzada de culpa por su deseo de conservar a Vella. Eso sería egoísta por su parte. Otros debían poder aprovechar lo que ella tenía que ofrecer. Pero si la Academia le dispensaba el mismo trato que al objeto que Gowel había encontrado, ¿cómo iba a ser de provecho para nadie? Y, aunque las palabras de Kilraker sobre la necesidad de justificar las expediciones le recordaron el otro motivo por el que debía entregar a Vella a la Academia, ¿acaso no sería igual de egoísta hacerlo solo para obtener notas más altas?

Con independencia de lo que decidiera hacer, antes tendría que actualizar la información que ella contenía y comprobar si siempre decía la verdad. Eso aumentaría las probabilidades de que la Academia la considerara un objeto valioso y útil, y era lo que querría ella, puesto que su propósito era reunir conocimientos. Además, eso le daría tiempo para determinar su siguiente paso.

Cuanto más tardara en desprenderse de ella, peor impresión daría cuando por fin lo hiciera, de modo que tendría que trabajar a toda prisa y aprovechar cualquier ocasión para ponerla al corriente. Era evidente que decirle que estaba equivocada en algo no bastaría para modificar la información que poseía. Vella se había resistido cuando había intentado rebatir su creencia en la relación entre creatividad y magia. Necesitaba pruebas para convencerla de su error. Y, cuando la entregara a la Academia, debía ser capaz de demostrar que sus conocimientos podían corregirse.

Miró alrededor, deseando poder empezar en aquel momento. Si sacaba a Vella y se ponía a leerla en el hostel llamaría la atención sobre ella demasiado pronto, pero si regresaba al hotel los otros tardarían horas en llegar. A Miko y a Neel les extrañaría mucho que quisiera quedarse sin escuchar las anécdotas de Gowel, y, peor aún, sin beber oscujo gratis, pero había sido una jornada larga y llena de emociones, y él había pilotado el aerocoche durante buena parte de ella, por lo que si afirmaba estar cansado, ellos le creerían. Vacío su copa, la dejó sobre la mesa y bostezó.

—Tendréis que perdonarme —dijo—, pero me retiro a dormir.

Sus compañeros lo miraron perplejos, pero Kilraker movió la cabeza en un gesto de comprensión.

—Ha sido un largo día. Quizá todos deberíais...

—Yo estoy bien —aseguró Neel—. No tengo nada de sueño.

Miko enderezó la espalda y asintió en señal de que estaba de acuerdo. Los dos miraron a Tyen de reojo.

Este titubeó, como si la actitud burlona de los chicos casi lo hubiera disuadido de marcharse, pero acto seguido sacudió la cabeza.

—Seguro que mañana me toca el primer turno para pilotar —contestó en voz baja.

Se puso de pie, dedicó una inclinación cortés de la cabeza a Gowel y sus acompañantes, luego a Kilraker, y se alejó con paso decidido para recuperar su gorra antes de subir los escalones que conducían a la puerta principal.

Salió y cruzó la calle. En el hotel de la Academia reinaba la tranquilidad. Dos hombres mayores leían el periódico en el vestíbulo, y había pocos empleados trabajando. Tyen subió a toda prisa la escalera hasta el dormitorio que compartía con los otros estudiantes. El mobiliario, mucho más sencillo que el de la suite de Kilraker, era de lujo en comparación con el de la habitación que les habían asignado a Miko y a él en la Academia.

Retiró su equipaje de la cama de la que se había adueñado cuando habían llegado y se quitó las botas. Recostado con la espalda contra el cabecero, se sacó a Vella de debajo de la camisa. La abrió por la primera página y aguardó a que se formaran letras.

—*Hola, Tyen.*

«Dispongo de unas horas antes de que vuelvan los demás. ¿Puedo hacerte algunas preguntas?».

—*Por supuesto. Responder a preguntas es mi razón de ser.*

«¿Por dónde empezar? Se me ocurren tantas... ¿De dónde eres? ¿Qué eras antes de transformarte en libro? ¿Por qué te eligió Roporien? ¿Cómo te creó?».

—*Sería mejor que las plantearas de una en una. Cada pregunta nueva invalida la anterior.*

«Perdona, tienes razón. Bueno... ¿De dónde eres?».

—*Nací en la ciudad de Ambarlin, en el país de Amma, en el mundo de Ktayl.*

«¿El mundo de Ktayl? ¿Me estás diciendo que existen otros mundos?».

—*Sí.*

«¿Cuántos mundos hay?».

—*Nadie lo sabe. Ni siquiera el gran Roporien lo sabía.*

«O sea, que hay muchos».

—*Sí.*

Un escalofrío de emoción le bajó por la espalda. La teoría de la existencia de otros mundos se debatía a menudo en la Academia. Aunque muchas fuentes

históricas mencionaban mundos distintos, nadie había podido aportar pruebas físicas de que fueran reales. Algunos eruditos muy respetados creían en ellos. Habían fundado la Sociedad de Plurimundistas, un grupo del que muchos se mofaban, aunque no con tanto desparpajo ni con tanta sorna como de otras asociaciones igual de extrañas.

«¿Tienes pruebas de que hay otros mundos?».

—Puedo enseñarte a viajar entre ellos, si posees la fuerza necesaria, o el alcance, como tú lo llamas.

A Tyen se le aceleró el pulso. Explorar otros mundos... Se haría más famoso que Gowel.

«¿Cuánto alcance necesito?».

—Depende de la cantidad de magia que contenga este mundo. Por lo que he visto de él en tu mente, dudo que esa posibilidad esté al alcance de nadie salvo de los magos más poderosos.

A Tyen se le cayó el alma a los pies. Sabía que su alcance era bueno, pero sin duda había numerosos magos con más capacidad que él.

«¿Podrías demostrar que existen otros mundos aunque yo no poseyera un alcance suficiente para viajar hasta ellos?».

—A juzgar por tu tendencia a desconfiar de mí cuando te digo que la creatividad genera magia, lo dudo.

Tyen rio por lo bajo.

«Cuéntame más cosas de ti. ¿Cómo conociste a Roporien?».

—Cuando era una joven adulta viajé a Uff, una gran ciudad que atraía a artistas y escritores de todo Ktayl. Me hice un nombre como maga encuadernadora, y mis creaciones llegaron a ser tan codiciados que empecé a cobrar fama y fortuna.

«¿Por hacer libros?».

—Sí. Mis libros no solo eran hermosos, sino que se valían de la magia para mostrar, conservar y ocultar su contenido. Emitían un brillo que permitía leerlos en la oscuridad. Utilizaban magia para mantenerse en buen estado y durar más tiempo. Podían protegerse con un candado mágico, o estallar en llamas si alguien se los llevaba muy lejos de su propietario. Mis clientes eran poderosos y acaudalados: magos, artistas de éxito, intelectuales, gentes ricas e influyentes, incluso miembros de la realeza. Así fue como Roporien se enteró de quién era yo. Vio uno de mis libros y se percató de que yo sabía algo que él ignoraba, así que acudió a mí para que le revelara mis secretos.

«¿Y te negaste a desvelárselos?».

—¡Por supuesto que no! Como todos aquellos que se movían

en las altas esferas, yo sabía quién era Roporien. Solo un necio le habría negado lo que pedía. Como él habría podido leerme la mente de todos modos, habría sido inútil intentar ocultarle algo. Mi error fue dejarme llevar por el orgullo. Él me abordó una noche, cuando estaba tomando copas con mis amigos, todos ellos artistas, y vi que su presencia los impactaba y atemorizaba. Quise impresionarlos demostrándoles que no tenía miedo, así que invité a Roporien a mi casa. Él aceptó.

«Pero en realidad tenías miedo, ¿no?», aventuró Tyen.

—Un poco. Sin embargo, él era muy apuesto, al menos así me lo parecía en aquel entonces. Más tarde descubrí que podía modificar su apariencia para acentuar los rasgos que resultaban atractivos a una mujer. Se decía que siempre había valorado a las artistas, por esa razón que tú consideras una superstición absurda.

Tyen leyó de nuevo los dos últimos párrafos.

«¿Me estás diciendo...?».

—¿Que nos hicimos amantes? Sí.

Tyen se quedó contemplando el libro como para recordarse que estaba conversando con un conjunto de hojas cosidas entre sí, no con una mujer de carne y hueso. ¿Hacía eso que le costara menos asimilar lo que Vella acababa de confesarle sin que empeorara su opinión sobre ella? No estaba seguro. «Vivió en una época y en un lugar distintos, incluso en otro mundo, si lo que dice es cierto. Tal vez eso fuera un comportamiento aceptable para una mujer decente en ese tiempo y ese lugar».

—No fue un escándalo, como lo sería aquí y ahora. Pero fue una estupidez.

«¿Porque ocasionó que él acabara convirtiéndote en un libro?».

—No directamente. Pero es peligroso relacionarse con alguien que ha vivido tanto tiempo que ha perdido el respeto por la vida y los sentimientos de los demás.

«¿Era...? ¿Invitaste a un viejo a compartir tu lecho?».

—Sí, pero no fue como imaginas. Roporien había nacido muchos, muchos siglos atrás, pero, como la mayoría de los inmarchesibles, tenía el cuerpo de un hombre en la flor de la vida.

«¿Inmarchesible? Pero si los libros de historia solo lo mencionan a lo largo de un período de unos cincuenta años».

—Habitó en este mundo durante sus últimos cincuenta años de vida. Como ya te he dicho, hay muchos, muchos mundos.

Aunque a Tyen le entraron ganas de hacerle más preguntas sobre Roporien, no

quería que Vella perdiera el hilo del relato.

«¿Y qué fue lo que lo llevó a transformarte en libro?».

—Le enseñé los libros encuadernados por mí, incluidos unos que había creado recientemente y que permitían a quien los sostuviera escribir en las páginas por medio del pensamiento. Sin embargo, mientras los desarrollaba había tenido un momento de inspiración y había descubierto una manera de conseguir que el texto permaneciera invisible hasta que el lector lo hiciera aparecer ejerciendo la voluntad. Eso impresionó a Roporien. Al levantarme una mañana lo sorprendí examinando el libro con detenimiento. Me levantó y me tendió sobre la mesa, pero comprendí demasiado tarde que su propósito no era seducirme. En vez de ello, procedió a crear su propio libro, utilizando partes de mi cuerpo como únicos materiales.

Tyen se estremeció. «Te asesinó».

—No estoy muerta.

«Pero tampoco puedes caminar ni respirar. No estarás contenta con lo que te hizo, ¿verdad?».

—No, pero tampoco estoy descontenta.

«Eras joven y rica, y me imagino que hermosa también. Roporien te arrebató todo eso. ¡Yo estaría furioso!».

—No albergo los mismos sentimientos que si tuviera un cuerpo intacto con el que expresarlos. Sé que lo que me hizo fue cruel e injusto. Soy consciente de la ausencia de mi cuerpo, de la misma forma que un lisiado nota que le falta una extremidad. Pero sin él no puedo enfurecerme ni afligirme.

«¿Sientes dolor?».

—Desde que comenzó la transformación, no.

Desde que había comenzado... «¿De modo que prácticamente no te dolió?».

—En efecto. La tarea le resultó más fácil una vez que bloqueó el dolor.

«¿Y cómo...? No, no quiero saberlo».

—Sí quieres, pero temes que me ofenda si reaccionas con repugnancia o que me perturbe ese recuerdo. No me molesta. Como sabes, que no puedo experimentar esas emociones.

Tyen contempló el libro abierto que descansaba en sus manos y, al fijarse por primera vez en la elegancia de la caligrafía, lo invadió una profunda tristeza. Vella no había pedido que la convirtieran en un libro. Si no podía experimentar emociones, no solo había perdido la capacidad de sentir miedo o repulsión, sino también amor y esperanza. Quizá había vivido mil años, pero no había llevado una vida plena.

Oyó una risotada que le era familiar al otro lado de la puerta y suspiró. Cerró el libro y lo guardó en el morral.

«Más vale que la Academia cuide bien de ti, Vella —pensó—. Has pasado por demasiadas cosas para acabar tu existencia inconsciente y deteriorándote poco a poco en un rincón perdido de la cámara de seguridad».

En algún momento de la noche, en Palga, la provechosa brisa que los había ayudado a escapar de Mailand había dado paso a un vendaval despótico. Las ráfagas propinaban al aerocoche enojosos empujones que los obligaban a ir sentados a horcajadas sobre la cubierta, sujetándose con fuerza, como si de una bestia indómita se tratara. Volaban a la menor altura posible por si tenían que efectuar un aterrizaje apresurado, pero eso los forzaba a esquivar los obstáculos elevados.

Por lo menos el viento soplaba en la dirección correcta. En varias ocasiones Kilraker se planteó tomar tierra y esperar a que amainara, pero si aprovechaban semejante corriente de aire a su favor reducirían la duración del viaje de varias semanas a menos de una. Además, los vendavales así solían durar varios días.

Sin embargo, no se atrevieron a sobrevolar el estrecho del Norte en aquellas condiciones, por lo que aterrizaron en la ciudad de Widport, la más cercana a la isla de Leracia en el continente Occidental, y se resguardaron hasta que llegó un vapor. Una vez a bordo, Tyen, Miko y Neel se turnaron para vigilar el aerocoche en la bodega de carga durante los tres insufribles días que tardaron en arribar a Leracia.

Allí subieron al trineorraíl, cuya línea Este-Oeste había sido ampliada recientemente, y disfrutaron de una etapa mucho más civilizada del viaje de vuelta a casa. Aunque no tan emocionante como el aerocoche, el trineorraíl era el medio de transporte más veloz y confortable que se había desarrollado en el último siglo. También era el más fiable, pues las tormentas que tan peligrosas resultaban para los vehículos aéreos y las embarcaciones no interrumpían su marcha.

Se apearon en la estación leraciana Este-Oeste la tarde siguiente. Mientras Kilraker supervisaba el desplazamiento del aerocoche desde el trineorraíl hasta un carrolargo por medio de una grúa Tyen escuchaba el golpeteo de la lluvia contra los paneles de vidrio del alto techo, no muy seguro de si se sentía aliviado o desilusionado por haber vuelto. Añoraba las comodidades sencillas de su habitación en la residencia de la Academia, pero en cuanto llegaran tendría que entregar a Vella.

¿Podría aplazar ese momento sin que eso lo perjudicara? Desde que habían partido de Palga apenas había tenido oportunidad de hablar con el libro, y aún le quedaba mucho por enseñarle antes de desprenderse de él.

Si finalmente decidía hacerlo.

Se sobresaltó al recibir una palmada en el hombro.

—No es tan práctico como aterrizar el aerocoche en el césped de la Academia, pero al menos estamos sanos y salvos —comentó Kilraker sonriente—. Has hecho un buen trabajo, joven Tyen Fundehierro. Qué duda cabe de que te has ganado tu lugar

en esta expedición. Volvería a viajar contigo como copiloto sin pensarlo. Volar se te da muy bien.

Tyen notó que se le acaloraba el rostro al oír el cumplido.

—Gracias, profesor.

—Bueno, yo iré a la Academia en el carro, pero no hay sitio para vosotros tres. Coged un tres asientos. Me encargaré de que os lleven el equipaje a la habitación. — Su sonrisa se ensanchó—. Nos veremos en clase, compañeros de aventuras.

Tras darse unos golpecitos en el ala del sombrero en señal de despedida se dirigió hacia el carrolargo a grandes zancadas y subió de un salto al pescante, junto al cochero. Mientras el vehículo se alejaba Miko se volvió hacia Tyen y Neel y les posó una mano en el hombro.

—¿Me prestáis el dinero para el viaje, compañeros de aventuras? Estoy sin blanca.

Tyen se encogió de hombros y asintió. Podía permitirse pagar la mitad del pasaje. Sin embargo, se llevó un chasco al ver que Neel negaba con la cabeza.

—Mi madre siempre insiste en que la visite en cuanto regrese de un viaje. Nos vemos luego, en la Academia.

Tras levantarse ligeramente la gorra Neel se encaminó a la entrada de la estación.

Miko le dedicó una mirada de incredulidad, pero guardó silencio mientras echaban a andar tras él. Si Neel hubiera querido, habría podido vivir en su casa y coger un monoasiento que lo llevara y lo trajera de la Academia todos los días —de hecho, lo habrían transportado en el carruaje familiar—, pero había preferido pedir una habitación en la residencia de estudiantes para alejarse de sus padres. «Al menos, eso dice —pensó Tyen—. Tal vez sus padres lo obliguen a alojarse allí, pues saben que nunca iría a clase si no tuviera a los profesores cerca para vigilarlo».

Salieron de la estación al barullo habitual de la ciudad, intensificado por el ruido de la lluvia torrencial y el correr del agua por los desagües. Por fortuna, el chaparrón había mitigado el hedor acostumbrado. Los recolectores de estiércol se apresuraban a recoger los boñigos de los mornis, los animales de delgadas patas que tiraban de los carros de la ciudad, antes de que el agua se los llevara.

Aunque los demás pasajeros del trineorraíl habían ocupado casi todos los coches de alquiler, quedaban muchos monoasientos libres, cuyos cocheros aguardaban montados en mornis de una variedad pequeña, más apta para los vehículos ligeros. Neel se dirigió a paso veloz hacia uno de ellos, subió a él y se alejó bajo la lluvia. Tyen y Miko se colocaron en la fila para tomar un coche de dos asientos, bajo el toldo de la estación. Llegaron cuatro de esos vehículos antes de que les tocara el turno.

Quiso la suerte que la capota del siguiente tuviera goteras y que tirara de él un morni roñoso que parecía a punto de expirar, detalle que Miko señaló cuando intentaba regatear en vano el pasaje. El cochero se negó en redondo a rebajarles el precio. ¿Por qué habría de hacerlo, si, con aquel tiempo tan desapacible, había decenas de pasajeros esperando?

El tráfico era denso en la ciudad. El desbordamiento de las cloacas obligaba a los vehículos a circular por el medio de la calzada, donde apenas les sobraba un dedo de espacio a los lados. Tyen abrió el morral, que llevaba debajo del abrigo, y torció el gesto cuando las ruedas de otros carros le salpicaron las piernas. Las gotas de lluvia rebotaban en los costados de los carruajes y los toldos de los comercios hasta caer en sus regazos con una precisión infalible. Habría podido hacer magia para repeler el agua, pero entonces se habría expuesto a que le pusieran una multa. Solo en el recinto de la Academia se le permitía utilizarla con otro propósito que no fuera defender a su país o a su persona. Fuera de allí, la magia era necesaria para hacer funcionar los trineorraíles y la abundante maquinaria industrial. «Y lo último que querría es ocasionar que un aerocarro o un aerocarruaje se estrellara».

Notaba la energía que lo rodeaba, absorbida aquí y allá para satisfacer las necesidades de la población. Había algo emocionante en la forma en que fluía por la ciudad, descendiendo en volutas desde lo alto antes de arremolinarse en todas direcciones. En cambio, fuera de la urbe la atmósfera mágica apenas se movía y se asemejaba más a un tranquilo lago que a un río impetuoso.

En el momento en que pasaba por su lado un carruaje grande el agua que se le había encharcado en la cubierta se derramó sobre Miko, que soltó un chillido de sorpresa e irritación. Cuando se subió el cuello del abrigo para que no le entrara agua por la nuca la bolsa pog le resbaló de las piernas. Tyen se inclinó para atraparla en el aire, pero solo consiguió agarrar una correa. El macuto cayó de costado y se abrió de golpe.

Lo llamaban «bolsa pog» porque la parte superior se abría hacia arriba como las mandíbulas de una gigantesca criatura de la ciénaga. Un objeto redondo, pulido y reluciente salió rodando de aquellas fauces, centelleando como un caramelo envuelto. Tyen lo recogió antes de que cayera del vehículo y abrió la mano con la palma hacia arriba. Sobre ella descansaba una esfera de oro con motivos grabados.

Miko se la arrebató. Enderezó la bolsa, puso la esfera en el fondo y cerró la tapa de golpe.

—¿Eso era un poible? —inquirió Tyen.

—Sí —respondió Miko, que sujetaba el macuto contra su pecho y miraba a su compañero con el ceño fruncido—. Tú lo tienes muy fácil. Puedes pagarte los gastos de las expediciones con magia. Yo no.

Tyen abrió la boca para replicar que sus habilidades no le ponían las cosas tan fáciles como su compañero creía, pero cambió de idea. «Si apoyo ahora la intención de Miko de ocultarle algo a la Academia, tal vez él me devuelva el favor si descubre que tengo a Vella antes de que me decida a entregarla». Por otro lado, habría sido impropio de su carácter no poner reparos.

—Al menos tú encontraste algo.

Miko entornó los párpados y, al no ver señales de desaprobación, sonrió de oreja a oreja.

—Sí, tú no tuviste suerte con esa tumba.

Tyen suspiró y apartó la mirada.

—Lo único que tengo son los cálculos que hice para encontrarla.

—Si te sirve de consuelo, el profesor seguramente se llevara todo el mérito igualmente. Me imagino que ya estará alardeando con sus amigos de la Academia.

—No les dejaré tocar nada hasta que esté debidamente etiquetado y documentado —le aseguró Tyen—, tarea de la que a buen seguro tendremos que ocuparnos nosotros después de clase.

Miko soltó un gemido.

—Bueno, mientras nos dejen libres las noches de Mercado para visitar el callejón del Néctar...

Tyen entrecerró los ojos.

—¿No decías que estabas sin blanca?

—Pronto lo estaré —dijo Miko a la vez que daba unas palmaditas a su bolsa con una sonrisa.

—Entonces más vale que me pagues este viaje antes.

—¡Claro!

El dos asientos salió por fin de un atasco y aceleró un poco. Se agarraron de los asideros con gritos de júbilo mientras el morni corría entre vehículos más lentos, recuperando el tiempo perdido en las aglomeraciones de las calles próximas a la estación. Al poco rato comenzó a mantener una velocidad más constante, que aminoraba al doblar las esquinas y esquivar algún que otro obstáculo, hasta que las columnas de piedra y la verja de hierro que rodeaban la Academia aparecieron ante ellos. El cochero tiró de las riendas para que caminara al paso y lo condujo a través de las puertas abiertas hasta el patio.

Aparte de algunos estudiantes que se habían resguardado en los huecos de ventanas y puertas no había nadie por allí. El carrolargo que Kilraker había alquilado no se veía por ninguna parte. Tyen supuso que había accedido por uno de los accesos de recepción de suministros. Después de pagar al cochero se apearon. Miko se acercó a Tyen, miró hacia arriba e hizo una mueca cuando la lluvia le cayó sobre la cara.

—¿No estabas escudándonos?

—No —respondió Tyen. Emplear la magia en la Academia era legal, pero su uso frívolo no estaba bien visto.

—¿Por qué tienes que portarte siempre tan bien?

Con un ligero resoplido de indignación Miko se apartó de Tyen y corrió hacia la entrada. Este soltó una risita y lo siguió a paso veloz. Estaba empapado después del trayecto en carro; no valía la pena que intentara protegerse de la lluvia. Mientras avanzaban por el interior del edificio le sorprendió notar que estaba más tranquilo.

«Quizá estoy más aliviado que decepcionado por haber vuelto». Lo reconfortaba encontrarse en un entorno conocido y seguro. Al pasar frente a la biblioteca inspiró profundamente. ¿Cómo había podido pasar por alto antes lo maravilloso que era el

olor de los libros? Enfilaron un pasillo que discurría entre las aulas, impregnado de la fragancia a cera para madera y a polvo. En vez de atravesar otro patio y calarse más, rodearon los laboratorios, de los que emanaban olores y sonidos diversos, agradables y repugnantes en cantidades iguales. Sus sentidos aún no se habían recuperado cuando llegaron a la residencia de estudiantes, por lo que el aroma de la cena que estaban preparando en la cocina no los indujo a detenerse. Saludaron a otros estudiantes que les dieron la bienvenida mientras subían la escalera hacia su habitación. De forma automática Tyen echó un vistazo al refectorio para consultar el gran reloj redondo. Faltaba una hora para la cena. Tiempo suficiente para cambiarse de ropa y deshacer el equipaje.

Los estudiantes más pobres se alojaban en las plantas superiores, pues los ricos preferían evitar la escalera. La habitación de Tyen y Miko se hallaba en el cuarto piso de un total de seis. Cuando llegaron por fin frente a su puerta a los dos les faltaba el aire. Tiraron las bolsas al suelo, se despojaron de la chaqueta y se dejaron caer en la cama.

—Ya estamos en casa —dijo Miko.

—Sí —convino Tyen.

—Tengo hambre.

—La cena no estará lista hasta dentro de una hora.

Miko juntó las manos y tamborileó con los dedos.

—Entonces llevaré mi ropa a la lavandería. ¿Quieres que lleve la tuya también?

—Sí, gracias.

Procedieron a sacar las cosas de las bolsas, y al poco rato Miko se había marchado con un fardo de prendas sucias bajo el brazo. Una vez a solas Tyen contempló el resto de sus bártulos, ahora desparramados sobre su cama. Comenzó a guardarlos en su lugar. Miko había vaciado el contenido de sus bolsas sobre su escritorio, pero el de Tyen estaba cubierto casi por completo de utensilios y piezas para construir insectoides. Había varios escarabajos, sírfidos y arácnidos inacabados rodeados de componentes necesarios para completarlos. Los encargados de la limpieza sabían desde hacía tiempo que no debían tocar nada, por lo que todo estaba recubierto por una fina capa de polvo llena de marcas de dedos que se espesaba conforme se alejaba de la zona central de la superficie de trabajo. Por lo general, Tyen estudiaba y escribía sus ensayos académicos sentado en la cama.

«Me pregunto si Kilraker me obligará a ayudar a catalogar los hallazgos de Neel y Miko. A lo mejor se apiada de mí porque no encontré nada. En ese caso, podré acabar esto». Siempre había personas más que dispuestas a comprar insectoides, sobre todo los que, a petición del cliente, estaban dotados de habilidades especiales como la de interpretar melodías u obedecer órdenes concretas.

—Bicho —llamó Tyen, y en el interior de su morral se oyó un zumbido cuando el insectoide se activó—. Ven.

Un lado de la solapa de la bolsa se levantó, y el pequeño artilugio salió de ella y

correteó hasta el borde de la cama, moviendo de un lado a otro las antenas auditivas.

—Monta guardia en la puerta —le indicó Tyen.

Las alas iridiscentes se desplegaron de golpe y se tornaron borrosas mientras elevaban al insectoide y lo desplazaban hasta la entrada. Se posó en el suelo y se coló en el resquicio de debajo de la puerta. Tyen sonrió. La costumbre de Miko de entrar sin llamar era uno de los motivos por los que había decidido crear el animalillo.

Tras haber guardado buena parte del equipaje se repanchigó en la cama y arrastró el morral hacia sí. Sacó a Vella y caviló sobre dónde debía ponerla.

«¿La escondo? —Con la suerte que tenía, seguro que Miko irrumpiría justo en el momento en que estuviera metiéndola en el escondrijo que se le hubiera ocurrido—. ¿Le hablo a Miko de ella?». Sacudió la cabeza. No era que no se fiara de su amigo, pero este perdía la capacidad de guardar secretos cuando estaba borracho. Por otro lado, no ocurría lo mismo cuando se trataba de secretos propios, así que quizá no se iría de la lengua porque Tyen sabía lo del poible con el que se había quedado.

Y ese era otro punto a su favor. «Si Miko puede quedarse con algo, ¿por qué no yo? Porque Vella no es una mera baratija».

Suspiró mientras le venían a la cabeza los argumentos de siempre. Desobedecer a la Academia lo incomodaba, pero la afirmación de Gowel de que las autoridades dejaban que los descubrimientos se desaprovecharan le preocupaba. Necesitaba tiempo para pensar en ello, y mientras tanto... se comportaría frente a Miko como si Vella fuera un libro común y corriente. Tal vez incluso podría leerla mientras su compañero estuviera en la habitación, aunque tendría que procurar colocarla en un ángulo tal que el otro no fuera capaz de ver las palabras que aparecían en el papel. Quizá le diría a Miko que era un aburrido libro de texto. «No, no se lo creerá si me ve leyéndolo a todas horas». Posiblemente un libro de magia, algo que diera la impresión de ser difícil y complicado. ¿Y si Miko sentía tanta curiosidad que se ponía a investigar? «Tal vez Vella pueda adoptar el aspecto de un libro de texto normal y aburrido».

Tyen abrió la tapa y fijó la vista en la primera página, que estaba en blanco.

—No puedo hacer eso. Sería una mentira, y no me es posible mentir.

«¿Podrías no decir nada, entonces?».

—No. Recuerda que debo responder a las preguntas si conozco la respuesta. Los pensamientos de la gente a menudo cobran la forma de preguntas. Basta con que Miko piense «¿qué es esto?» o «¿por qué está Tyen leyendo un libro sin texto?» para que yo tenga que responderle.

«Entiendo, aunque sería más probable que preguntara “¿A qué hora estará listo el almuerzo?” o “¿Te lo pago luego?”».

—Preguntas ambas cuya respuesta conoce, y, por tanto, yo también, lo que me obligaría a responder.

A Tyen se le escapó una risita al imaginarse semejante conversación. ¿La franqueza de Vella maravillaría a Miko, como a él, o más bien le resultaría desalentadora?

—A juzgar por lo que veo de él en tu mente, le interesa más que las mujeres le ofrezcan interacción física que intelectual.

«Seguramente tienes... tengo razón».

Al menos Miko sabía relacionarse con las mujeres de una manera. «A diferencia de mí... ¿Podría Vella ayudarme con eso?».

—Seguramente, más que nada porque te equivocas al pensar que no entiendes a las mujeres. Las entiendes mejor de lo que crees. La mente masculina no es tan distinta de la femenina como te han inculcado.

«El mundo era diferente antes de que te transformaran. Las mujeres erais diferentes».

—La gente siempre es igual. Solo la cultura cambia: las tradiciones, las ideas sobre lo que está bien y lo que está mal, el concepto de civilización y aquello que la amenaza. Tu sociedad tiene una mentalidad rígida sobre el papel que deben desempeñar hombres y mujeres, sobre las clases sociales, la urbanidad y la ética, si bien por otro lado ha ampliado sus miras respecto a las innovaciones tecnológicas y la comprensión de la naturaleza y el universo.

Tyen asintió. Tal vez esas reglas sociales proporcionaban una sensación de estabilidad y seguridad en medio de una vorágine de cambio, lo que le recordó su obligación para con Vella. «Tengo mucho que mostrarte, pero no me será posible salir de la Academia hasta dentro de unos días».

—Llévame contigo de todos modos. Enséñame la Academia.

«Pero no puedo sacar un libro y ponerme a leer sin más en medio de una clase».

—No hace falta. Basta con que me mantengas en contacto con tu piel para que vea y oiga lo mismo que tú...

Un chillido agudo lo hizo levantar la mirada de la hoja, sobresaltado, y vio a Bicho salir corriendo de debajo de la puerta. El corazón le dio un vuelco al caer en la cuenta de que Miko se aproximaba, pero contuvo el impulso de levantarse. La puerta se abrió y su amigo se agarró del marco con la otra mano para frenarse.

—La cena está lista. ¿Estás leyendo?

Tyen cerró el libro y lo tiró sobre la cama.

—Magia. Estadística. Como mañana volvemos a clase, he pensado que lo mejor sería ir preparándome mentalmente.

Con una mueca, Miko ladeó la cabeza en dirección a la escalera.

—Vamos. Neel ha vuelto y ya tiene público. Estará inventándose historias sobre

nosotros.

—No podemos consentirlo. —Se puso de pie, guardó a Vella en el morral y lo mantuvo abierto—. Bicho, adentro.

El insectoide levantó el vuelo zumbando y se zambulló en la bolsa. Tyen la colgó del respaldo de la silla por la correa y salió de la habitación detrás de Miko.

Por el hueco de la escalera les llegaba el sonido de unas risas, y cuando llegaron a la planta baja encontraron a Neel sentado a una mesa, gesticulando y hablando frente a un corro de estudiantes. Aunque hacía días que no se ponían la chaqueta de aeronauta, Neel llevaba la suya encima de la ropa de calle, con la bufanda apretada bajo la barbilla y las gafas protectoras sobre la frente. Tyen se paró en seco.

—¿Por qué... por qué se ha vestido así?

—Al parecer, para ir a la última moda tienes que ir disfrazado como si acabaras de aterrizar un aerocarro. A las mujeres les encanta.

—Está ridículo.

—Menudo fanteche —convino Miko.

—¿Tenemos que sentarnos junto a él? —preguntó Tyen riendo entre dientes.

—Me temo que sí.

Tyen y Miko entraron en el refectorio sacudiendo la cabeza. «Tal vez lo que escapa a mi comprensión no son las mujeres —pensó Tyen—, sino por qué los hombres hacen tantas tonterías por ellas». Por otro lado, era más probable que Neel pretendiera impresionar a sus compañeros esa noche, pues las únicas mujeres a las que se les permitía estar allí eran las del servicio. Las pocas jóvenes que estudiaban en la Academia se hospedaban al otro lado de los edificios, bajo la siempre atenta vigilancia de las Supervisoras.

Con Vella bien remetida debajo de la camisa, Tyen atravesó la verja de la Academia. Hacía cinco días que no salía del recinto, pero tenía la sensación de que había pasado mucho más tiempo allí dentro, y la expedición se le antojaba ya un recuerdo lejano de meses atrás. Tal como había imaginado, el profesor Kilraker lo había designado a él, junto con Miko y Neel, para que, después de clase, catalogaran los artefactos que habían encontrado en Mailand, lo que los obligaba a trabajar hasta última hora de la tarde. Tyen no disponía de tiempo para instruir a Vella. Kilraker había acabado por ceder a las insistentes súplicas de Miko de que les diera libre el primer día de Mercado para que pudieran atender a sus compromisos familiares y de otra índole.

Tyen dudaba que Miko o Neel tuvieran algo remotamente parecido a una familia o un compromiso al que atender. Como no quería desperdiciar su primera oportunidad de mostrar a Vella los grandes adelantos de la era moderna, Tyen se había escabullido temprano. Había decidido empezar con una visita a un lugar que a ella no dejaría de resultarle familiar pese a que había cambiado mucho.

—¡Tyen, espera! —lo llamó una voz lejana desde atrás.

Él aflojó el paso y acto seguido se maldijo por dar señales de que había oído el grito de Miko. Al percibir pisadas de dos pares de pies que corrían tras él supo que hacerse el desentendido no le habría servido de nada de todas maneras. Además, habría sido desconsiderado por su parte enfadarse con ellos porque buscaran su compañía. Se detuvo y se volvió para esperarlos.

—¿Adónde vas? —preguntó Miko mientras aminoraba la marcha para plantarse frente a Tyen, con un sonriente Neel a la zaga.

—A la imprenta.

—¿Para qué? —preguntó Miko con el entrecejo fruncido.

—Quiero imprimir un panfleto para denunciar que la Academia se dedica a saquear tumbas.

A Neel se le borró la sonrisa de la cara, pero Miko soltó una carcajada.

—En serio, ¿adónde vas? ¿A verte con alguna chica de la que no nos has hablado?

Tyen se encogió de hombros.

—No, de verdad que voy a la imprenta. Para ver cómo funciona todo.

Miko arqueó las cejas.

—Ya sabes cómo funciona.

—En teoría, pero no lo he visto por mí mismo. ¿Vosotros sí?

Para sorpresa de Tyen, Neel asintió.

—Es como viajar a Mailand. Por más que leas sobre algo, no llegas a conocerlo como es debido hasta que lo ves en persona. —Luego, para disgusto de Tyen, se situó a su lado—. Me apunto. Vamos allá.

—De acuerdo, está bien —dijo Miko y sonrió—. Siempre y cuando luego vayamos a ver algo que me interese a mí.

—Me parece justo —contestó Neel, y miró a Tyen con expectación.

Reprimiendo un suspiro, este asintió.

—¿Y tú querrás ir a algún sitio después, Neel?

Este se encogió de hombros.

—Si se me ocurre algo y queda tiempo...

Las imprentas de Leracia estaban a media hora de camino de la Academia, más cerca que la mayor parte de los talleres, porque la institución era un buen cliente, pero no lo bastante cerca para que sus ruidos y olores molestaran a los académicos. Al ver un nombre conocido, Bateplomo e Hijos, Tyen pasó a la recepción y preguntó si sus discípulos y él podían entrar para ver cómo trabajaban allí.

Ansioso por complacer a futuros clientes potenciales, el mismo señor Bateplomo los llevó en una visita guiada del taller. Para empezar, les enseñó unas muestras de papel.

—Nos proveen los mejores papeleros de Leracia Occidental —les aseguró.

—¿Tienen vitela? —preguntó Tyen.

Bateplomo asintió.

—Podemos conseguirla. Rara vez nos la piden, por el precio, y contamos con alternativas de gran calidad. —Se acercó a una cómoda de cajones anchos y hondos, extrajo un pliego pequeño de color marfileño, y retiró de una estantería lo que parecía un libro, si bien en realidad era un muestrario de papel. Tras depositar ambas cosas sobre una mesa abrió el muestrario por el final—. Examinad estos materiales, a ver si conseguís notar alguna diferencia.

Uno después de otro, tocaron la hoja y la página del libro, comparando el tacto y la flexibilidad.

—Soy incapaz de distinguirlos.

El señor Bateplomo señaló con una sonrisa el muestrario.

—El papel puede imitar la vitela, pero para ello requiere un proceso de fabricación más complejo y por tanto más caro. En la mayoría de los casos el papel común y corriente sirve. Además, creo que la gente se ha acostumbrado a la lisura del papel moderno y el modo en que cruje al pasar las páginas. ¿Os gustaría ver las prensas?

—Sí, gracias.

Los condujo hasta una puerta pesada. Cuando la abrió una confusión de ruidos y olores tanto desagradables como conocidos avivó sus sentidos. Entraron detrás de Bateplomo en una espaciosa sala repleta de hombres y máquinas. Tyen se fijó de inmediato en los brazos que se extendían desde cada prensa hasta un eje situado a lo

largo del techo que desaparecía en un agujero en la pared del fondo. Como había algunas máquinas paradas, no todos los brazos estaban enlazados al eje, pero los demás realizaban un incesante movimiento de vaivén. El propietario del taller siguió la dirección de la mirada de Tyen.

—Estamos conectados al mismo motor que otras cuatro imprentas —le explicó en voz muy alta para hacerse oír por encima del barullo. Agitó la mano hacia la pared del fondo—. Ahí detrás.

A Tyen le sobraba esa información. El taller estaba recubierto de Hollín. Si hubiera tenido necesidad de usar la magia le habría costado encontrarla en torno a sí. «Por otro lado, si yo...». Proyectó los sentidos más allá del alto techo y percibió energía que fluía hacia abajo hasta un punto situado detrás de la pared del fondo, no muy lejos.

Eso significaba que allí debía de haber un mago que dirigía el flujo y mantenía el motor en marcha.

«Quizá algún día acabe teniendo un trabajo así».

Como de costumbre, esa perspectiva le producía sentimientos encontrados. Su padre había sido operario de máquinas durante casi toda su vida. Era una ocupación que no requería cualificación, pero que se pagaba bien. Gracias a ello había podido enviar a Tyen a la Academia con la esperanza de que consagrara su don a actividades más interesantes. «El problema es que los usos interesantes de la magia que están bien pagados son contadísimos». Por eso había decidido estudiar historia también. Si no triunfaba como arqueólogo y cazatesoros, ni se le ocurría algo emocionante que hacer con la magia, al menos podría quedarse en la Academia como profesor.

El señor Bateplomo se había detenido junto a una mesa de dos alturas. Un hombre con las yemas de los dedos ennegrecidas extraía tipos de imprenta de unas bandejas diseminadas sobre la mesa y las colocaba en un objeto que semejava un recogedor. Mientras el impresor les describía el proceso de la composición y luego los guiaba hasta las prensas para que presenciaran el entintado y la presión del papel contra la plancha, Tyen se concentró en la sensación del libro que llevaba bajo la camisa, pegado al costado, y se preguntó qué opinaría Vella de todo aquello. «¿Serán demasiado rápidas las explicaciones? ¿Estará ella entendiendo todo lo que nos muestran? Ojalá pudiera sacarla para ver si tiene alguna duda».

A continuación pasaron a las máquinas de corte y plegado, que recortaban las hojas impresas a su tamaño adecuado y las empaquetaban a fin de dejarlas listas para la encuadernación. Una hilera de hombres se dedicaba a coserlas. El señor Bateplomo se los llevó aparte a un rincón del taller donde se respiraba un penetrante olor a cola. Un hombre de cabello cano con un mandil de cuero los miró a través de una lente monocular ceñida por una abrazadera sujeta al ala de su sombrero.

—El señor Balmer es el encargado de elaborar las cubiertas —señaló Bateplomo y se volvió hacia el hombre—. ¿Podrías mostrar a estos futuros académicos cómo se confeccionan las tapas de un libro?

El empleado arqueó las cejas, pero asintió y les indicó por señas que se acercaran a una mesa. Apartó unas pilas de rectángulos de tela rígida, se volvió hacia lo que parecía un cajón de retales y sacó un trozo de tejido verde oscuro.

—La cubierta de tela es algo más que un adorno —aseveró—. Forma la escartivana. Empleamos cartón de dos grosores. Estos son para las tapas... —Cogió dos rectángulos de cartón de un estante, cortados a lo que Tyen supuso que era la medida preestablecida—. Y el lomo se hace con tiras de una cartulina más fina y flexible. —Desprendió un trozo alargado de un rollo grande—. Hay que encolarlo todo en su sitio. —Con una eficiencia fruto de la práctica, sacó un pincel de una lata grande de cola y esparció la pegajosa sustancia sobre el anverso de las tapas. A continuación extendió la tira fina en el centro, cogió los dos rectángulos de cartón grueso y los colocó a cada lado—. Y ahora cortamos. —Valiéndose de un cuchillo, fue tajando hábilmente la tela hasta dejar cuatro franjas de igual tamaño a cada lado del cartón y seccionó las esquinas en forma de cuña. Tras apartar los retazos, sonrió—. Encolar y doblar. —Embadurnó las franjas de los lados y, con un instrumento hecho de hueso, procedió pacientemente a pegar la tela al reverso de los cartones, empezando por las esquinas para plegar las partes sobrantes antes de concentrarse en los bordes—. Hay que secarlo en una prensa para evitar que se alabee. Por supuesto, el resultado es muy sobrio. Podemos añadir relieve adhiriendo una cartulina más fina con formas recortadas antes de aplicar la tela o formar rebordes en torno al lomo con hilo, un adorno que imita un método de encuadernación antiguo. ¿Alguna pregunta?

Tyen abrió la boca, pero Miko se le adelantó.

—¿Cómo se ponen las hojas dentro?

El hombre mayor señaló con la cabeza una mesa alargada en el centro del taller, donde varios empleados manejaban unas máquinas más pequeñas.

—Enseguida lo veréis, pero en esencia las pegamos con cola, y colocamos una hoja de papel grueso al principio y al final.

—¿Hacen cubiertas de piel? —inquirió Tyen.

El encuadernador asintió, y unos surcos diminutos aparecieron en las comisuras de sus ojos.

—Sí, para los libros más valiosos. Es un placer trabajar con ese material.

—¿Preparan la piel ustedes mismos?

—No. —Arrugó la nariz—. El curtido es un proceso desagradable que suele llevarse a cabo lejos de las ciudades. Hay que empapar la piel en lechada de cal y pelarla, estirla y trabajarla para que quede flexible. Según me han contado, huele bastante mal.

—¿Como la cola que usan aquí? —preguntó Miko.

El hombre soltó una carcajada.

—Eso huele a perfume en comparación con las curtidurías.

Tyen hizo una mueca de desagrado. «Debe de haberse habituado a los olores de la imprenta después de todos estos años».

—¿Alguna pregunta más? —dijo Balmer.

Tyen titubeó cuando le vino una a la mente. Sus amigos lo tomarían por loco, pero no podía desaprovechar la oportunidad. Se mentalizó para ignorar las burlas que iba a recibir.

—Somos estudiantes de historia. Me interesan los libros antiguos y raros. ¿Alguna vez ha oído hablar de libros hechos de huesos, piel y pelo?

Las cejas del encuadernador se elevaron.

—No. —Se quedó pensativo—. Pero supongo que es factible. La vitela es piel. El pelo puede hilarse. En cuanto al hueso..., me imagino que si encontraras una pieza lo bastante plana podrías usarlo para la tapa en vez del cartón. No entiendo lo suficiente de huesos de animales para saber si alguno serviría. —Se encogió de hombros—. Eso tendrías que preguntárselo a un carnicero. —Sonrió—. ¿Estás escribiendo un libro sobre eso? ¿Un libro sobre libros?

Tyen hizo un gesto de indecisión.

—Puede. Tendré que ver si el tema da lo bastante de sí.

—Buena suerte, entonces —dijo el hombre riendo.

El señor Bateplomo regresó y los llevó al otro lado de las máquinas que fijaban las cubiertas, hasta unas estanterías en que almacenaba los libros listos para entregar a sus propietarios. Tyen le dio las gracias por dedicar un tiempo a mostrarles el proceso y proporcionarles tanta información útil. El hombre los condujo al exterior, donde brillaba el sol de última hora de la tarde.

Mientras caminaban de vuelta a la Academia Tyen notaba la forma de Vella contra su piel. Estaba ansioso por sacarla para ver qué le había parecido la imprenta. ¿Tendría preguntas que plantearle? ¿Qué querría aprender a continuación?

Esperaba que no le hubiera molestado que le preguntara al encuadernador si había oído de libros hechos de huesos, piel y pelo. «¿Ha sido una pregunta demasiado personal, tal vez? ¿Preferiría ella que yo no conociera los detalles?».

Una mano lo tomó del brazo.

—Bueno, ha sido más interesante de lo que esperaba —comentó Miko, llevándose a Tyen hacia una calle lateral—. ¡Pero esas emanaciones...! Creo que deberíamos parar a tomar una copa para despejar la cabeza.

A Neel se le escapó una carcajada.

—¿Desde cuándo beber te despeja la cabeza?

—Prometiste que después iríamos al sitio que yo eligiera —añadió Miko.

La calle lateral era más bien una callejuela sombría, y Tyen sintió un escalofrío cuando se internaron en ella. Hombres y mujeres vestidos con ropa de trabajo iban y venían a paso rápido, encorvados y ceñudos.

—¿Adónde vamos?

Miko le soltó el brazo y se adelantó para guiarlo.

—Estamos tomando un atajo. Tranquilo, sé dónde estamos. Ya había pasado por aquí antes.

La callejuela daba vueltas y revueltas, sin un solo trecho recto lo bastante largo para que alcanzaran a ver el extremo. Entraron en un portal a fin de dejar pasar a una mujer que llevaba un fardo enorme. Dos niños la seguían, tambaleándose bajo cargas igual de grandes. Unos centenares de pasos más adelante Miko enfiló otra callejuela tan transitado como el anterior, y un hedor familiar le cosquilleó a Tyen en la nariz: la mezcla de olores a perfume dulzón, alcohol barato y desagües atascados. «Me recuerda...».

—¿El callejón del Néctar? —preguntó Neel.

—No —dijo Miko. Volvió la vista hacia atrás con una gran sonrisa—. Su primo hermano más respetable, el patio de las Flores.

—¿Más respetable? —masculló Tyen—. No es eso lo que me han contado.

Neel le dirigió una mirada de curiosidad, pero Miko no dejó de sonreír.

—Lo he dicho antes y me reafirmo: te portas demasiado bien, Tyen.

El aludido soltó un resoplido.

—¿Cuántas veces tendré que acompañarte a sitios como este para convencerte de que eso no es verdad?

Miko soltó una carcajada que provocó un escalofrío de aprensión a Tyen. Gracias a sus amigos, ya había visitado antes lugares como el patio de las Flores, pero nunca en compañía de una mujer..., aunque fuera un libro.

—Aún es de día —observó—. No habrán abierto.

Miko se dio unas palmaditas en el bolsillo del abrigo.

—No les importará atender a unos clientes tempraneros.

—¿Cómo piensas pagar...? —Tyen se interrumpió al comprender que Miko había vendido la baratija—. ¡Eh! Ni siquiera me has devuelto el importe del viaje desde la estación.

Miko le había dado la espalda.

—Te invitaré a una copa —dijo por encima del hombro.

Unos escalones desgastados descendían por el callejón. El olor a humedad se hizo más intenso y el de perfume más penetrante, como para compensar. Tyen oía un rumor de muchas voces que sonaba más fuerte con cada paso que daban. Bajaron el último tramo de escalera, que torcía a la derecha, y salieron a la algarabía y el ajeteo de un patio abarrotado.

Después de echar un vistazo hacia atrás para asegurarse de que sus amigos lo seguían, Miko comenzó a abrirse paso a través de la multitud. En los extremos del patio hombres y mujeres charlaban y bebían, unos de pie, otros sentados en viejos toneles partidos por la mitad o cajas. En el centro la gente caminaba de un lado a otro ocupándose de sus asuntos, y sus caminos se entrecruzaban. Hasta donde Tyen alcanzaba a ver todos los edificios que daban al patio eran casas de bebida. Las macetas colgadas bajo las ventanas de las plantas superiores estaban repletas de flores, pero, a juzgar por los colores chillones y las formas rígidas, eran artificiales.

Tyen y Neel entraron en una de las tabernas, detrás de su amigo. Estaba

amueblada con sillas y mesas robustas, una barra alta y taburetes. Aunque había menos clientes dentro que fuera, el ambiente de tranquila expectación parecía indicar que la calma se debía a la hora y que el local pronto se llenaría. Miko se encaramó a un taburete de un salto e hizo una seña al camarero, que hablaba con una joven delgada de ojos grandes e increíblemente azules.

—Una ronda del mejor oscujo que tengan —pidió.

Tyen suspiró. Sus esperanzas de recuperar el dinero se desvanecieron por completo. No le apetecía mucho tomar una copa tan temprano, pero resistirse habría sido inútil. Miko habría insistido y luego lo habría freído a pullas y reproches por ser un aguafiestas.

El camarero asintió y devolvió su atención a la mujer mientras servía las bebidas. Ella observaba a Miko con expresión calculadora. Miko la miraba fijamente a su vez. Él sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Tyen soltó un gruñido suave.

«Si esto acaba como me imagino... —Era muy consciente del tacto de Vella contra el costado—. De no ser por Miko, nunca habría pisado un antro como este —se dijo. Pero una parte de él no lamentaba que Miko lo hubiera llevado allí; de hecho, se alegraba. Él jamás habría reunido el valor suficiente para acudir allí solo—. Porque mi padre me advirtió que no lo hiciera. —Por otra parte, casi se esperaba de los jóvenes estudiantes de la Academia que disfrutaran todo aquello que ofrecía la ciudad—. Solo... desearía que Miko no hubiera elegido este momento», pensó.

Su amigo se volvió cara a la mujer, que se acercaba.

—Me llamo Gija. Tenéis pinta de estar de celebración —dijo ella mientras el camarero les llevaba las copas.

Miko cogió la suya y se la tendió a la mujer.

—Hola, Gija. Acabamos de volver de un viaje muy provechoso a Mailand.

—¿Ah, sí? ¿Y qué fuisteis a hacer allí?

—Buscar tesoros.

—¿Encontrasteis alguno?

—Ninguno comparable con el que tengo ante mí ahora mismo.

Gija sonrió y bajó la vista. Tyen exhaló un largo suspiro y alargó el brazo para coger su bebida. La sustancia endulzante que le habían añadido no bastaba para enmascarar el sabor amargo del alcohol barato. El mejor oscujo, y un cuerno. Neel lo probó, torció el gesto y despachó el resto de un trago.

—¿Qué os trae por aquí? —inquirió Gija, y se llevó la copa a la boca con delicadeza para tomar un sorbo minúsculo. Deslizando la punta de la lengua por sus labios se inclinó hacia Miko y le susurró algo al oído.

—¿Solo tú? —preguntó este.

Los ojos de la mujer se posaron en Tyen y Neel.

—Espero a unas amigas. No tardarán en llegar.

Tyen dio un golpecito a Miko en el costado con el codo.

—Por mí no te preocupes, no puedo permitírmelo.

Su compañero se volvió hacia él.

—Como bien has dicho, te debo el importe del viaje.

—No era tan caro...

Miko se encogió de hombros.

—¿Es que no puedo hacerle un regalo a un amigo?

«O más bien un favor que tendré que pagarte», lo corrigió Tyen para sus adentros.

No obstante, cuando dos mujeres mucho más atractivas bajaron la escalera a saltitos, avistaron a Gija y se encaminaron hacia ellos tuvo que reconocer que no se mostraría tan reacio si no llevara a Vella consigo. A lo mejor si se la guardaba en el bolsillo del abrigo...

Tras las presentaciones, Miko fue en busca de más bebidas. Tyen acabó con dos copas, por lo que, siguiendo el ejemplo de Neel, se bebió el contenido de una. El líquido le quemó la garganta. Una sensación de calidez le recorrió el estómago y comenzó a propagarse por sus extremidades. Tal vez el oscujo fuera de baja calidad, pero no era flojo.

Miko inició una conversación con una de las mujeres, una morena con cara de pan. Gija centró su atención en Neel, que parecía sentir una fascinación injustificada por ella. «El alcohol siempre se le sube a la cabeza enseguida», pensó Tyen. Contempló la copa que sostenía en la mano, preguntándose si bebérsela o no. Unos dedos estilizados se la arrebataron y, al volverse, advirtió que la más baja de las tres mujeres lo miraba con una sonrisa.

—Tengo algo mejor en mi habitación —le dijo.

Todos se dirigieron hacia la escalera. Tyen estaba ligeramente mareado. No recordaba por qué no había querido participar en aquello. Subieron los escalones dando traspiés hasta la primera planta, donde las chicas tomaron direcciones distintas, llevándose cada una a uno de ellos. Neel no paraba de reír como un lelo. Tyen miró hacia atrás a tiempo para ver a Miko despedirse con la mano, sonriente, y desaparecer por una puerta en pos de la morena. Vislumbró a Neel y Gija, que se alejaban, antes de que un empujón suave lo hiciera entrar en una habitación pequeña, oscura y fragante. Unas manos le agarraron la chaqueta y tiraron de ella para quitársela. Ese movimiento ocasionó que Tyen perdiera el equilibrio, se tambaleara y cayera sobre la cama.

Oyó una carcajada apagada. Se volvió y se incorporó en el colchón, con los ojos cerrados y las manos en la cabeza hasta que esta dejó de darle vueltas. Cuando abrió los párpados la chica se hallaba a un paso de él y le ofrecía una nueva copa con una sonrisa.

—Esto es mejor que lo que sirven abajo.

Tyen extendió el brazo para coger la copa.

—Gracias. Esto... ¿Cómo te...?

—Mia. —Se puso de rodillas y, entre susurros de su falda, se le acercó y se apretó contra sus piernas para tocarle la camisa—. ¿Y tú?

—Oh, Tyen.

—Bebe —le ordenó con afabilidad mientras comenzaba a desabrocharle los botones—. No lo desperdicies.

El muchacho se llevó la copa a los labios y se quedó paralizado cuando unos dedos fríos se deslizaron por su pecho y se detuvieron allí donde tenía a Vella contra el costado.

«Vella». Se le encendió el rostro al recordar por qué se había resistido tanto a aceptar la generosidad de Miko. Una repentina sensación de alarma le despejó la mente cuando ella extrajo el libro. Lo examinó unos instantes antes de encogerse de hombros y dejarlo a un lado, sobre una mesilla cubierta en su mayor parte de ropa.

—Espera.

Tyen se inclinó para coger el libro. Aunque sabía que era una acción extraña en aquella situación, lo abrió y fijó la vista en las páginas, intentando poner en orden sus pensamientos embarullados por el oscujo para transmitir una especie de disculpa.

—Han adulterado el oscujo con una droga. Las prostitutas pretenden robaros a ti y a tus amigos.

Tyen se quedó mirando esas palabras y las leyó una y otra vez. Acto seguido cerró el libro y apartó de sí a la chica con suavidad pero con firmeza, se puso de pie, localizó su chaqueta y la puerta, y salió dando tumbos.

Una vez en el pasillo se detuvo solo con el fin de abrocharse los botones suficientes a fin de asegurarse de que Vella no se le cayera si tenía que usar la fuerza para sacar a sus amigos de las habitaciones. O recuperar las pertenencias de estos de manos de las mujeres. Durante los diez minutos siguientes se oyeron unas cuantas palabrotas, no todas de boca de ellas. Al final Tyen, Miko y Neel, este último apoyándose en los otros dos, se alejaban por el callejón por el que habían llegado al patio de las Flores... o al menos eso esperaba Tyen.

—¿Cómo has sabido que querían robarnos? —preguntó Miko por tercera vez.

—He fingido dormirme y aquella chica ha empezado a hurgar en mi abrigo —mintió Tyen.

—Pero ¿cómo has...? ¿Por qué has fingido que dormías?

—Tenía... tenía la intuición de que se traían algo entre manos.

—¿La intuición? —repitió Miko con incredulidad.

—Un presentimiento.

—Nunca tienes presentimientos.

—No es verdad.

—Por eso no encontraste nada en Mailand. Perdiste todo ese tiempo midiendo y buscando formas lógicas de predecir dónde se habían excavado las cuevas. Deberías haberte puesto a cavar, sin pensártelo tanto, como los demás. ¿A que sí, Neel?

Este sacudió la cabeza. Con la cara pálida y cubierta de manchas rojas, alzó hacia Tyen los ojos desorbitados.

—Gracias por salvarnos —fue todo cuanto acertó a decir.

Entonces se detuvo, se agachó y le vomitó a Miko en los zapatos.

«Entonces, respecto a lo que dijo el encuadernador... ¿Fue así como te hicieron?».

—*Más o menos.* —La escritura en la página aparecía, como de costumbre, trazada con elegancia y seguridad—. *Con piel en vez de tela y papel. Pelo en vez de hilo. Hueso en vez de cartón. Cola hecha de grasa extraída de los tendones.*

«¿O sea, que existe un hueso lo bastante grande y plano en el cuerpo humano?».

—*Es posible moldear y cambiar de forma los huesos por medio de la magia, del mismo modo que se puede modificar el aspecto de una persona, siempre y cuando el mago cuente con los conocimientos, la habilidad y los materiales necesarios. Roporien podía alterar su apariencia para que resultara más atractiva o aterradora a ojos de otros, si consideraba que el esfuerzo valía la pena.*

«Nunca había leído que alguien fuese capaz de hacer algo así, pero supongo que no le hacía falta transfigurarse a menudo en este mundo, pues ya tenía muy impresionada a la gente. Pero dar forma a tus huesos, elaborar cola, curtir la piel... ¿No requirió mucho tiempo todo eso?».

—*El proceso puede agilizarse con magia.*

«Aun así, tú debías de estar...».

—*Consciente, sí, pero no del todo. La parte de mí que se convirtió en libro conservó la conciencia. El resto murió junto con lo que quedaba de mi cuerpo.*

«Imagino que la mayor parte, ¿no?».

—*Sí. Y posiblemente la mayor parte de mi mente.*

«¿Posiblemente? ¿No lo sabes con certeza?».

—*No puedo mentir. Soy incapaz de dejar de acumular información y responder a preguntas. No experimento emociones. Eso significa que perdí facultades, junto con las zonas de la mente que controlaban partes de mi cuerpo que ya no tengo.*

«¿Podrían reemplazarse esas partes? ¿Podrías convertirte de nuevo en mujer?».

—*No conozco la respuesta a eso.*

«¿No lo ha intentado nadie?».

—*Una vez un mago joven lo intentó.*

«Y evidentemente no lo conseguí. ¿Te gustaría volver a ser mujer?».

—*Sé que no soy una persona completa, pero no echo de menos lo que me falta. A pesar de lo que crees, no padezco una angustia terrible.*

«Tal vez porque no la sientes. Me pregunto si en esta era de descubrimientos e invenciones podríamos encontrar una manera de devolvete a tu estado original. Siempre y cuando tú quisieras, se entiende. Lo más seguro es que entonces envejecerías, y morirías, así que no intentaría algo así a menos que tú lo desearas. Por otro lado, perdona que te recalque esto, pero has vivido mucho más tiempo que si no te hubieran transformado en libro».

—*Sí, aunque si solo contamos el tiempo que he pasado consciente, aún no he vivido tanto como muchos humanos.*

«Tal vez si perduras muchos cientos de años más llegarás a tener una vida más larga que la mayoría de las personas. Al fin y al cabo, estás en muy buen estado para ser un libro de mil años de antigüedad. Creo que lo que quiero preguntarte es: si pudieras convertirte otra vez en un humano vivo, ¿lo harías?».

—*Sí, porque bajo mi forma actual soy una servidora, en el mejor de los casos; una esclava, en el peor. Quisiera volver a tener sensaciones, experimentar todo lo que implica ser humana.*

«Me gustaría conocerte como persona completa».

—*Y a mí me gustaría conocerte a ti. ¿Me enseñarías a vivir en esta era moderna, con sus máquinas fabulosas y sus normas extrañas?*

«Sí, sería un honor para mí. Me...».

El libro saltó entre sus manos y comenzó a emitir un zumbido. Con el corazón desbocado, Tyen alzó la vista y se percató de que el ruido no procedía de Vella, sino de Bicho, que se sostenía en el aire detrás de ella. El insectoide soltó un pitido áspero, como si no funcionara bien el silbido sonoro que utilizaba para dar la alarma cuando...

La puerta se abrió de golpe. Miko entró con grandes zancadas y dio de un portazo con el pie. Sobresaltado, Tyen se apresuró a cerrar el libro.

—¿Cómo ha ido la clase de magia? —preguntó Miko, y sin esperar una respuesta añadió—: Como Neel no se ha presentado, me he pasado por su habitación. Según él, aún no se encuentra bien. ¿Qué pasa?

Tyen cayó en la cuenta de que miraba a Miko con fijeza, aún paralizado por la sorpresa. Se sacudió el aturdimiento.

—Nada. Me has asustado.

Bicho voló hasta el escritorio y se posó entre los mecanismos, como se suponía que debía hacer cuando necesitaba una reparación. Miko bajó la mirada hacia Vella y acto seguido la elevó al techo con cara de exasperación.

—¿Otra vez leyendo este libro? De verdad, qué soso eres.

Se acercó para echarle un vistazo. Tyen resistió el impulso de poner a Vella fuera del alcance de su compañero, pues sabía que eso lo convencería de que ocultaba algo. Miko extendió el brazo y le arrebató el libro de las manos.

—Creía que habías dicho que era de estadística o de cuentas... o algo por el estilo. No hay nada escrito en la cubierta.

Tyen se encogió de hombros, aunque tenía el pulso acelerado.

—Es antiguo. El título se ha borrado.

Se inclinó para recuperarlo, pero Miko retrocedió un paso. A Tyen se le hizo un nudo en la garganta cuando su compañero deslizó el pulgar por el borde de las páginas, que se entreabrieron en rápida sucesión. Con expresión ceñuda, Miko abrió el libro. A Tyen se le revolvieron las tripas.

—Está todo en blanco. —Miko meneó la cabeza—. ¿Por qué habrías de...? Aaah.

Tyen reprimió una maldición. Vio que Miko desplazaba los ojos a izquierda y derecha antes de clavarlos en él, desorbitados.

—¡Es un libro mágico!

—Ya te dije que era un libro sobre magia.

—Sobre magia, no mágico.

—No especifiqué tanto. —Tendió la mano—. Devuélvemelo.

La mirada de Miko se había posado de nuevo en la página. Cuando Tyen se levantó e intentó coger el libro él se apartó a un lado.

—Dice que lo encontraste en la tumba. Que no se lo entregaste a los miembros de la Academia a pesar de que sabías que lo querían. —Alzó la vista hacia Tyen con una amplia sonrisa—. Resulta que sí sabes portarte mal, cuando te conviene.

Incapaz de contenerse más, Tyen profirió una palabrota.

—Pero piensas entregarlo tarde o temprano —prosiguió Miko—, cuando lo hayas puesto al día sobre la historia y los inventos de los últimos seiscientos años. ¿Por qué quieres hacer eso? Yo no lo haría.

—¿Dársela a la Academia o ampliar sus conocimientos?

Frunciendo los labios con aire pensativo, Miko le alargó el libro a Tyen.

—Ninguna de las dos cosas, supongo. Averiguaría todo lo que sabe y luego lo vendería. No había oído que existieran libros así. Debe de ser muy poco común.

Tyen recuperó a Vella y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Lo es. Por eso tengo que entregarla a la Academia. —Al pronunciar estas palabras, se le cayó el alma a los pies—. Pero no hasta que esté lista.

—Bueno, mejor eso que quedarte con ella. Con... eso.

Tyen arrugó el entrecejo.

—¿Por qué?

—Los objetos mágicos pueden ser peligrosos. Solo los expertos deben manipularlos.

—Ella no es peligrosa. —Tyen negó con la cabeza. Nunca había imaginado que

Miko fuera supersticioso—. Toda su magia consiste en almacenar información. No es más peligrosa que cualquier libro de la biblioteca de la Academia.

—El conocimiento puede ser peligroso —aseveró Miko con expresión seria—, si la información equivocada cae en manos de la persona equivocada en el momento equivocado. Además, ¿por qué te empeñas en hablar del libro en femenino?

Tyen sonrió.

—En otro tiempo fue un ser humano. Una mujer.

«Pero será mejor que no mencione que Roporien la transformó en libro. Entonces no le cabría la menor duda de que es peligrosa», se dijo.

Miko había enarcado las cejas.

—¿En serio? ¿Te ha enseñado un retrato suyo?

—No.

—¿No se lo has pedido?

—Pues no.

—¿No sientes curiosidad?

—No. Bueno, supongo que ahora sí.

—A lo mejor era guapa. —Miko se dirigió a su escritorio y se sentó delante—. Es lo primero que yo le habría pedido.

Tyen soltó un bufido.

—Claro. Y lo segundo habría sido un retrato de ella sin ropa —se burló, y se retiró hacia su propio escritorio.

—¡Ajá! De modo que esa es la auténtica razón por la que te pasas el día entero mirando el libro. Ahora todo tiene sentido —dijo Miko con una sonrisa de oreja a oreja.

—No es verdad —replicó Tyen.

Suspirando cogió a Bicho. «Debería estar estudiando, pero no creo que tarde mucho en repararlo». Pronto el almuerzo estaría servido, y después Miko y él debían reunirse con el profesor Kilraker para seguir etiquetando y catalogando los objetos hallados en Mailand.

—No le contarás a nadie lo de Ve... lo del libro, ¿verdad, Miko? Al menos espera un poco.

—No sé... ¿Qué me ofreces a cambio de mi silencio?

—No le hablaré a nadie del poible de oro que vendiste.

Para alivio de Tyen, Miko se echó a reír.

—De acuerdo. Tu secreto está a salvo conmigo.

Durante la hora siguiente trabajaron en sus respectivos escritorios en un silencio cordial. Lo único que necesitaba Bicho era que le apretara unos tornillos y lo engrasara un poco, así que cuando se hubo ocupado de ello Tyen se concentró en completar uno de los arácnidos que tan populares resultaban entre los estudiantes aficionados a gastar bromas, y un sírfido musical que un profesor había encargado para su hija.

No le faltaba mucho para concluir este último cuando una campanada tenue señaló la hora del almuerzo. Con Bicho en el bolsillo y Vella en la chaqueta, Tyen bajó la escalera detrás de Miko y se encontró con Neel, que estaba tomando sorbos de una sopa con poca sustancia y mordisqueando un trozo de pan. La droga de la prostituta le había sentado mal a su delicado estómago. Aunque aseguró que se encontraba mejor, a Tyen le dio la impresión de que no era del todo sincero.

—Muy bien —dijo Miko cuando Tyen y él terminaron de comer—. Si estáis en condiciones para almorzar, también lo estáis para etiquetar y catalogar.

Neel torció el gesto.

—Yo...

—Me parece que deberíamos darle otra tarde libre —dijo Tyen con firmeza, propinando una patada a su amigo bajo la mesa—. Una para recuperarse, otra a modo de disculpa.

Aunque Miko parecía dispuesto a discutir, se puso de pie con un suspiro.

—Está bien. Pero solo una noche —le dijo a Neel. Señaló a Tyen con el pulgar y sonrió—. Después de eso me deberás una por dejarme solo con este.

—¡Oye! —protestó Tyen al tiempo que se levantaba.

Neel consiguió esbozar una sonrisa e hizo un gesto como para ahuyentarlos.

—Largaos. Cuanto antes empecéis, menos trabajo quedará por hacer cuando yo vuelva.

Tyen agarró a Miko del codo y salió con él del refectorio antes de ceder a la tentación de llevarse a Neel a rastras a pesar de todo. Recorrieron la Academia hasta el ala de las colecciones, donde el profesor Kilraker los esperaba en el almacén que le habían asignado a su vuelta.

—¿Neel sigue enfermo? —preguntó Kilraker con las finas cejas juntas en señal de preocupación.

—Según él, sí —respondió Miko.

—Sí —terció Tyen—. No tan enfermo como anoche, pero aún está algo indigesto. Kilraker se encogió de hombros y señaló dos cajas sobre una mesa próxima.

—Bueno, no queda mucho por documentar, así que supongo que lo tendréis casi todo listo esta noche.

Abrió la primera caja y entre los tres comenzaron a desenvolver los objetos que contenía. Todos eran esferas con inscripciones antiguas y dibujos grabados, versiones distintas del artefacto que Miko había ocultado y vendido. Unas eran de madera, otras de arcilla, otras de piedra y unas pocas, de metales preciosos.

—Qué raro —comentó Kilraker mientras rebuscaba entre el material que quedaba en la caja—. Estaba convencido de que había otra de oro.

—¿No será esta? —dijo Miko toda vez que alzaba un poible dorado con pocos adornos.

Kilraker negó con la cabeza.

—Recuerdo una más elaborada. Espero que no se haya perdido o caído durante

nuestra precipitada huida.

—¿No se le cayó una caja a Drem en cierto momento? Neel me comentó algo al respecto.

Kilraker miró a Miko con los ojos entornados.

—No.

El chico agachó la cabeza y bajó la vista.

—No pretendía insinuar que Drem sea torpe. Es el criado más competente que conozco.

La mirada del profesor se tornó menos penetrante.

—Le preguntaré si recuerda un poible de oro. Tal vez se... —El sonido de unos golpes lo interrumpió. Levantando los ojos hacia la puerta del almacén, agitó la mano hacia los poibles, las cajas, las etiquetas, los instrumentos de medición, el catálogo y la pluma que descansaban sobre la mesa y se levantó—. Poneos a ello.

Tyen tomó el catálogo y la pluma mientras Miko cogía el poible más modesto, de arcilla sin cocer que amenazaba con desmenuzarse. La puerta se abrió con un chasquido. Al oír una voz conocida Tyen echó un vistazo hacia atrás. El profesor Delly, director del departamento de magia, entró en el almacén.

—Número dos cero nueve —dictó Miko—. Poible de arcilla.

Tyen anotó los datos en el catálogo. Mientras su amigo procedía a medir el diámetro con un calibrador, escuchó la conversación entre los profesores.

—... Tal vez sea una prueba de nuestra teoría —decía Kilraker.

—Tal vez. Tal vez —convino Delly.

—Más vale que no le hablemos a nadie de esto por el momento. Alguien podría intentar destruir las pruebas.

—¿Te refieres a... los radicales?

La respuesta de Kilraker quedó ahogada por la voz de Miko, que empezó a dar a Tyen las lecturas de las medidas. Este las apuntó todas mientras aguzaba el oído para intentar captar más fragmentos del diálogo.

—... Lo que ellos creen.

—Pero ¿por qué habrían de...? —inquirió Delly, que parecía desconcertado.

Miko arrastró la balanza hacia la mesa, impidiéndole oír el resto de la frase.

—Si la magia de esos otros mundos pudiera aprovecharse —dijo Kilraker subiendo la voz—, la aversión de los rebeldes por las máquinas se revelaría como lo que es: miedo a la modernidad y envidia de quienes se han enriquecido gracias a la innovación.

—Pesa nueve plates y tres cuartos —dijo Miko, y tendió el poible a Tyen—. Tú deberías dibujar los motivos. Se te da mucho mejor que a mí.

Tyen cogió el artefacto de arcilla y comenzó a trazar un esquema lateral, procurando copiar las palabras y los dibujos con la mayor fidelidad posible. Miko se inclinó hacia él.

—Esa noche en el hostel El Ancla, Kilraker y Gowel discutieron sobre las

mismas ideas de las que están hablando esos dos —murmuró—. Gowel dijo que deberíamos apagar algunas máquinas para ver qué sucede con la atmósfera mágica de la ciudad, y te juro que Kilraker empezó a echar humo por las orejas. Me parece que Gowel se ha convertido en un radical.

Tyen miró a su amigo. Miko tenía una expresión seria, algo tan insólito que le confería un aspecto extrañamente irreconocible. Oyeron que Kilraker soltaba un gruñido de indignación al otro extremo de la habitación.

—Preferiría destruirlo yo mismo a dejar que caiga en sus manos.

—Bueno, no hará falta que lleguemos a ese extremo, te lo aseguro —contestó Delly.

Se impuso un silencio y, a medida que se prolongaba, Tyen no pudo evitar imaginar que los dos profesores los observaban y se preguntaban qué habían alcanzado a oír. No dejó de deslizar la pluma sobre la página hasta completar el esquema del otro lado del poible. Sopló sobre la tinta para secarla y pasó la página.

—Número dos uno cero —dijo Miko tras sacar otro poible.

A su espalda la puerta se cerró con suavidad y los pasos de una sola persona se acercaron. Al volverse, Tyen vio a Kilraker caminar hacia ellos con una arruga en el entrecejo. Cuando el profesor lo miró a los ojos su expresión se relajó.

—La guerra de ideas es tan peligrosa como las que se libran con armas y magia —sentenció mientras se sentaba—. Pone en juego el mismo número de vidas, si no más. Debemos aplicarnos en la lucha contra la mentira y la superstición.

El profesor atrajo la otra caja hacia sí y comenzó a desembalar su contenido.

El siguiente día de Mercado, al despertar, Tyen y Miko descubrieron que Belton estaba sumida en una de las nieblas impenetrables que daban fama a la ciudad.

«Lo siento, Vella —pensó Tyen mientras cogía el libro—. Aunque reuniera el valor para salir con este tiempo, no podrías ver nada ahí fuera, y como los transbordadores hoy no circulan casi todos los talleres andarán cortos de personal y no estarán dispuestos a mostrar el funcionamiento del local a un estudiante de la Academia».

—¿Qué vamos a hacer? —se preguntó Miko en voz alta.

Miraba por la pequeña ventana de su habitación. Estaba apoyado en la mesa de Tyen, con la mano peligrosamente cerca de una hilera de frágiles alas de papel barnizado.

—Yo pienso ensamblar más insectoides, si no los rompes antes, y después estudiaré.

Miko bajó la vista y retiró la mano. Deslizó los ojos hacia Vella.

—Con que estudiar, ¿eh? Ya sé lo que vas a estudiar. Prácticamente no haces otra cosa.

—Eso no es cierto.

—Ya no estudias tanto como antes... Me refiero a las asignaturas de verdad, no a leer ese libro. —Miko frunció el ceño—. Eso no es normal en ti.

Tyen arqueó una ceja.

—Y no es normal en ti que te preocupes tanto por mis estudios.

La expresión ceñuda de Miko desapareció.

—No. —Cruzó los brazos—. Gracias a ella tienes una ventaja injusta sobre los demás.

Tyen negó con la cabeza.

—No tanto como cabría suponer. La información que posee es tan antigua que tengo que verificarlo todo antes de entregar un trabajo o hacer un experimento. —¿Miko estaba celoso? Le dedicó una sonrisa—. ¿Quieres que le haga preguntas sobre algún tema en particular?

Pero Miko no dio señales de haberlo oído. Volvía a arrugar el entrecejo.

—No puedo creer que lo haya llamado «ella» —dijo sacudiendo la cabeza—, como haces tú. Es como si fuera tu novia. Como si estuvieras enamorado de ella. De un libro. Es de locos. —Sin dejar de sacudir la cabeza, se encaminó hacia la puerta—. Bueno, me voy a la biblioteca. Por fin han dado permiso a las Cofias para que la utilicen cuando quieran.

Tyen sonrió. Las alumnas más resueltas eran conocidas por el nombre del antiguo tocado que habían adoptado para convencer a las Supervisoras de que su necesidad de visitar la biblioteca obedecía a su interés por los estudios y no por los estudiantes varones.

—No des a la Academia un pretexto para echarse atrás. Las chicas jamás te lo perdonarían.

—No se lo daré —le aseguró Miko.

La chispa de picardía que Tyen vio en sus ojos no le inspiró confianza. Suspiró mientras la puerta se cerraba detrás de su amigo. Con la suerte que tenía, Miko no tardaría en volver, expulsado de la biblioteca por ser un incordio.

«Tal vez debería hablar primero con Vella».

Se acercó a la cama, se sentó y colocó la almohada entre la espalda y el cabecero. Abrió la tapa del libro y contuvo la respiración, en espera de que se formaran las palabras.

—Hola, Tyen. No te disculpes. El mal tiempo no es culpa de nadie, y me has enseñado muchas cosas en las últimas semanas. Tal vez hoy podría enseñarte algo yo a ti para variar.

«Me has enseñado bastante, y no podría asimilar una sola clase más de magia y de historia esta semana. Es día de Mercado. Deberíamos hablar de otras cosas».

—¿Hay algo más que te gustaría saber?

A Tyen le vino a la mente la conversación entre los profesores Kilraker y Delly que había oído por casualidad.

«Me has dicho antes que existen otros mundos. ¿Cuántos has visitado?».

—Mil seiscientos cuarenta y nueve.

«¿Conoces la cifra exacta?».

—Sí. Fui concebida para registrar información, así que no me cuesta mucho llevar la cuenta.

«¿Fue Roporien el único que te llevó a mundos distintos?».

—No, de vez en cuando me prestaba a un mago de su confianza, y en cierta ocasión alguien me robó. Desde la muerte de Roporien, sin embargo, no he dejado este mundo. Ninguno de los propietarios que he tenido después ha sido capaz de viajar a otros.

«¿Hay mundos más importantes que otros?».

—Depende de lo que consideres importante. El mundo en el que cada uno nació o se crió tiene una importancia sentimental para él, aunque sea por razones desagradables. Los mundos más importantes para los magos que viajaban entre ellos eran los que contenían una magia más poderosa. Se establecían en esos mundos y dirigían imperios desde ellos. Que esos mundos

sigan siendo importantes depende de si esos magos aún viven... o aún desean vivir allí.

«¿Si aún viven...? —A Tyen el corazón le dio un vuelco. Vella tenía más de seiscientos años—. ¿Insinúas que existen otros magos como Roporien, que no envejecen?».

—Sí.

«¿Cuántos?».

—No lo sé. Unos miles, tal vez.

«Son muchos».

—Y al mismo tiempo muy pocos, si piensas cuántas personas viven en todos los mundos. Cada uno puede tener muchos, muchos millones de habitantes. De todas ellas, quizá una persona cada siglo posee la capacidad de preservar su cuerpo, pero pocas sobreviven el tiempo suficiente para aprender el secreto de la juventud eterna. Los magos suelen llevar vidas peligrosas, y las técnicas para detener el envejecimiento no siempre se comparten libremente.

«Seguro que si un mago fuera tan poderoso, nada podría hacerle daño».

—Por más que conserve la juventud, nada ni nadie es invulnerable, y cuando alguien tiene mucho potencial tiende a relacionarse con personas dominadoras, cuando no a convertirse en una de ellas. La probabilidad de que alguien quiera perjudicarlo se eleva.

Tyen se estremeció. Así que tenía suerte de vivir en ese mundo y de no ser tan poderoso como aquellos magos. La mayor amenaza a la que se enfrentaba era la de acabar con un empleo aburrido como operario de una máquina. Tal vez por eso muy pocos magos poderosos habían viajado a su mundo. Quizá los otros mundos eran más peligrosos, pero también más emocionantes.

«¿Y por qué querría un mago abandonar un mundo que consideraba importante?».

—Los mundos cambian. Los imperios acaban por desmoronarse, por muy poderosos que sean sus gobernantes. La tierra puede dejar de ser fértil o convertirse en un desierto debido a la sobreexplotación o a los cambios en el clima. En algunos mundos las estaciones duran siglos, por lo que los pueblos pasan de la prosperidad al hambre periódicamente. Hay mundos que poco a poco se tornan más fríos, cálidos, húmedos o secos. Es posible introducir plagas, animales y plantas que hagan que el mundo sea menos habitable. Los recursos en los que se basa la riqueza de un mundo a veces se agotan. Las guerras pueden dejarlo en ruinas o despojarlo de magia.

Conozco tres mundos que fueron devastados por rocas gigantescas que cayeron del cielo y otro en el que la tierra tembló hasta abrirse y escupir piedra fundida. Se cuentan leyendas de mundos que desaparecieron, dejando solo un vacío desprovisto de aire y luz al final de los caminos que conducían a ellos.

«¿Caminos?».

Imaginó una franja brillante por la que iban y venían los viajeros. ¿Serían esos caminos lo bastante anchos para que circulara por ellos un carruaje?

«¿Se construyen carreteras entre los mundos?».

—No de la forma que te imaginas. Los caminos entre los mundos no se recorren a pie, pero el tránsito deja una huella, como el paso de muchos pies sobre la hierba. Los caminos que se han utilizado con frecuencia y recientemente permanecen despejados. Los que no se usan se desvanecen poco a poco, del mismo modo que una carretera desaparece a medida que la vegetación vuelve a crecer sobre la superficie.

«¿Igual que la magia fluye para ocupar el lugar del Hollín?».

—Sí, las huellas son muy similares a la ausencia de magia. Algunos creen que se trata del mismo efecto.

Tyen comprendió que podía haber huellas que condujeran a su mundo, pero solo si los magos viajaban hasta allí con frecuencia. Sin duda, si alguno lo hubiera hecho, habría sido algo tan insólito que lo sabría todo el mundo. O al menos los miembros de la Academia.

—Es probable que dichos magos oculten sus poderes a los demás o que solo los revelen a quienes se comprometan a guardar el secreto sobre su identidad.

«¿Por qué lo hacen?».

—Para que los dejen en paz, a fin de vivir en este mundo sin que los traten de manera distinta. La fama puede resultar muy molesta, incluso peligrosa.

Tyen se replanteó las dudas sobre si su mundo sería un lugar atractivo para aquellos magos. «Supongo que podrían venir para esconderse de alguien que quisiera hacerles daño».

—Tal vez. Pero los que no envejecen, no. Necesitan magia en abundancia. Las reservas de energía de este mundo no son muy grandes, y ahora lo son menos que cuando me enterraron.

«¿Están disminuyendo?».

—Sí.

«¿Estás segura?».

—Sí.

«¿Qué pruebas tienes de eso?».

—El Hollín no perduraba tanto como ahora.

Tyen se estremeció. «¿Es posible que se agote la magia en este mundo? ¿Puede existir un mundo sin magia?».

—No lo sé. Nunca he estado en un mundo que careciera por completo de ella. Supongo que yo no podría existir en él, pues necesito absorber energía del ambiente.

Tyen se quedó sin respiración. La perspectiva de un futuro sin magia ya despertaba en él temores de una Leracia desprovista de máquinas, pero no había pensado lo que implicaría para Vella.

«¿Revivirías si te llevaran a un mundo con magia?».

—Depende del tiempo que permaneciera en ese estado. Almaceno un poco de magia para subsistir en los momentos en que no tengo energía alrededor. De no ser por eso, no sobreviviría al pasar por una zona de Hollín. Pero si este mundo se quedara sin magia, yo perecería sin remedio, pues tampoco habría energía disponible para transportarme a otro mundo.

Tyen miró la página con fijeza. «¿Cuánto crees que tardará en agotarse por completo la magia en este mundo?».

—No poseo información suficiente para calcularlo. Si todas las máquinas consumen la misma cantidad de magia que las que he visto hasta ahora, la energía estará reduciéndose a un ritmo mucho más rápido que en los otros mundos que he visitado, salvo los que se habían visto azotados por un conflicto mágico.

Tyen se mordisqueó el labio inferior. Las palabras del profesor Kilraker resonaron en su mente: «Si la magia de esos otros mundos pudiera aprovecharse...». Los profesores no habrían discutido sobre ello si no hubieran sabido que la magia en su mundo se agotaba. ¿Lo que proponía Kilraker era factible?

—Según los datos de que dispongo, se ha intentado en otros mundos, pero sin éxito.

El muchacho sacudió la cabeza. Tenía que haber una manera de reponer las reservas de magia del mundo. Se le hizo un nudo en el estómago al recordar lo que ella había sugerido antes: «Supongo que pensarás que la solución es que todos seamos más creativos para generar más magia».

—Sí, pero no sería una solución sencilla ni rápida. Aunque yo lograra persuadirte de que daría resultado, tú tendrías dificultades para convencer a otros. La gente no renunciará de buen grado a sus maravillosas máquinas.

Tyen suspiró. En esto último, al menos, Vella tenía razón. Pero no estaba dispuesto a darse por vencido. «Vivimos en una era de inventos y descubrimientos. Estoy seguro de que encontraremos un modo. Háblame de esos intentos de extraer magia de otros mundos. Tal vez podríamos conseguir lo que otros no fueron capaces de...».

Un silbido lo interrumpió. Reprimiendo una maldición, Tyen alzó la vista al creer que Miko se acercaba. Sin embargo, cuando la puerta se abrió la persona que apareció era mucho mayor.

—¡Profesor Kilraker! —Tyen cerró el libro y se levantó de un salto. Al ver que entraba otro hombre retrocedió para dejarle sitio—. Profesor Delly.

—Joven Fundehierro —saludó Kilraker en un tono severo. Su mirada descendió hasta las manos de Tyen—. ¿Ese es el libro que encontraste en Mailand? —dijo al tiempo que extendía el brazo hacia él.

A Tyen se le heló el corazón y luego comenzó a latirle a toda velocidad. Bajó la vista hacia Vella. ¿Qué debía hacer? ¿Mentir? «No, sería inútil. Nada impedirá que los profesores le echen un vistazo, y en cuanto lo hagan, descubrirán el secreto».

Respiró hondo.

«Lo siento, Vella. A partir de ahora tendrás un nuevo propietario. Gracias por todo lo que me has enseñado. Espero que a cambio hayas aprendido bastante de mí».

Kilraker se acercó y le arrebató a Vella de la mano.

—¿Lo es? —insistió.

—Sí —reconoció Tyen—. ¿Se ha enterado por Miko?

El profesor examinó la cubierta con las cejas bajas.

—Así es. Le preocupa que el libro tenga dominada tu voluntad de alguna manera. ¿Por qué no me habías hablado de él?

Tyen se encogió de hombros.

—Como puede comprobar, no es un objeto muy impresionante. Creía que no lograría que nadie apreciara su valor.

—¿Un libro mágico? —El profesor Delly no parecía muy convencido—. ¡Claro que es valioso! ¿Por qué no habríamos de...?

—Depende —lo interrumpió Kilraker—. ¿Qué hace?

Levantó los ojos hacia Tyen, deslizándose los dedos sobre la cubierta como si ansiara abrirla pero temiera algún posible peligro.

Tyen extendió las manos a los costados.

—Asimila conocimientos de su propietario y los almacena. También responde a preguntas basándose en la información recopilada de propietarios anteriores.

Delly fijó la vista en el libro con avidez.

—¡Un depósito de información!

—Pero es información atrasada, de hace siglos —repuso Tyen—, ni más ni menos fidedigna que sus propietarios anteriores. —Volvió a encogerse de hombros—. He estado cotejando los datos con los documentos de la Academia, por supuesto.

—Si es una fuente tan poco fiable, ¿por qué has seguido leyéndola? —preguntó Kilraker.

—Resulta interesante por otros motivos. —Tyen hizo una pausa; intentaba encontrar una forma de explicarlo—. En otra época fue una persona..., una mujer. Hablar con ella es como viajar en el tiempo para conocer a alguien del pasado. —Sacudió la cabeza—. Siempre tuve la intención de entregarla a la Academia. Solo quería comprender quién era y en qué la habían convertido.

Mientras Tyen hablaba, las cejas de Kilraker se habían elevaban lentamente. Se frotó el bigote con el pulgar y dirigió una mirada pensativa a Delly.

—Creo que lo más prudente será dejar cerrado este libro hasta que organicemos una sesión para examinarlo —dijo posando la mano en la cubierta. Miró de nuevo a Tyen—. Tú deberás estar presente.

Tyen asintió.

—Por supuesto.

El profesor Delly emitió un leve gruñido de protesta. Kilraker se volvió hacia él.

—Tendremos que interrogarlo sobre el uso que ha hecho del libro antes de que alguien más se arriesgue a leerlo.

Las comisuras de los labios de Delly se curvaron hacia abajo en señal de derrota.

—Sí, supongo que sí. Me encargaré de todo. —Inclinó la cabeza hacia Tyen—. Te informaré del lugar y la hora de la sesión.

—Gracias, profesor Delly —respondió Tyen.

Kilraker salió al pasillo y cerró la puerta tras ellos. Tyen fijó la vista en ella y luego en sus manos. Conforme su pulso recuperaba su ritmo normal, el pánico por haber sido descubierto cedía el paso a una sensación de pérdida. «La pérdida de un objeto —se dijo—. No es más que un libro. Además, iba a entregarlo a la Academia de todos modos».

Pero Vella no era solo un libro. Era una persona. Una mujer que nunca había pedido que la transformaran en un instrumento, que la trataran como un mero objeto útil. Quizá no fuera una mujer completa y normal, pero él disfrutaba conversando con ella y de su compañía. «Es más bien como si perdiera a una amiga —comprendió—. Como si de pronto Miko...».

Miko. Tyen puso mala cara. ¿Dónde se habría metido ese chivato? ¿Cuánto tardaría en volver a la habitación todo compungido, alegando que estaba preocupado por él y que lo había hecho por su bien? O quizá mostraría una actitud de superioridad moral y le diría que no había para tanto. Miko no era muy dado a pedir disculpas.

Por otro lado, debía de creer de verdad que Vella representaba un peligro, pues de lo contrario no se habría expuesto a que Tyen lo delatara por el robo del poible de oro.

«O tal vez estaba celoso. Después de todo, dijo que ella me proporcionaba una ventaja injusta».

Tyen se encontraba frente a la ventana con los puños apretados. Había estado caminando de un lado a otro sin darse cuenta. Al mirar al exterior se percató de que alcanzaba a distinguir detalles. La niebla empezaba a disiparse. «No quiero estar aquí cuando Miko regrese. Podría estrangularlo».

Giró sobre los talones, se acercó al armario con paso resuelto y sacó su abrigo, su bufanda y su gorro.

—Bicho —dijo—. Bolsillo.

Un zumbido suave llenó la habitación cuando el insectoide obedeció y fue a posarse sobre el hombro de su dueño. Sin esperar a que Bicho se acomodara en el interior de su abrigo, Tyen abrió la puerta y salió con grandes zancadas.

Se detuvo unos momentos frente a la verja de la Academia. Aunque no había planeado pasar de allí, aquello no le pareció suficiente. Se arrebujó en su abrigo y se encaminó hacia la ciudad, repitiéndose para sus adentros que sus conocimientos de magia le bastarían para mantener a raya prácticamente a cualquiera que lo atacara. Casi deseaba que alguien lo intentara, pues eso le daría una excusa legal para emplear la magia. Bicho funcionaba con magia, por supuesto, pero solo necesitaba una cantidad insignificante, y mientras permaneciera oculto solo un mago especialmente alerta detectaría ese uso de energía.

Unos centenares de pasos más adelante Tyen empezó a sentirse un poco mejor. «Tal vez solo me hacía falta salir de la Academia. A veces es muy fácil hacer una montaña de un grano de arena». Sin embargo, Vella no era un grano de arena para él.

«Descubrirán que es algo más que un libro en cuanto hablen con ella», se dijo. ¿Qué harían cuando supieran que se trataba de una persona? No estaba bien que una persona fuera propiedad de alguien. Eso era esclavitud. Se detuvo en seco al comprender lo que esto significaba. «¡Es inmoral, quizá incluso ilegal, que Vella pertenezca a la Academia!».

Dudaba que ellos compartieran su punto de vista o que un tribunal aceptara ese argumento como válido. Ella no se consideraba una persona completa. Aunque la ley le atribuyera humanidad suficiente para juzgar su posesión como esclavitud, eso implicaría que Tyen tampoco podría ser su propietario. Nadie podía. La guardarían en algún sitio, relegándola a la inconciencia y el olvido.

Con un suspiro Tyen reanudó la marcha. «Tal vez lo mejor sea que la Academia se quede con ella. De ese modo, conocerá a mucha gente; a personas más inteligentes y cultas que yo. Estará a salvo. Al fin y al cabo, si esa prostituta hubiera conseguido drogarme y robarme habrían acabado vendiendo a Vella a alguien incapaz de valorarla, o incluso tirándola a la basura o lanzándola al fuego».

En la pálida penumbra Tyen oyó una carcajada y alzó la vista para ver si estaba pasando junto a una de las múltiples saladelis (abreviación de «salas de deliberación») que había en los alrededores de la Academia. Se trataba de locales reducidos cuyos clientes eran intelectuales que buscaban hacer vida social fuera del ambiente pomposo de la institución y que seguramente eran responsables de fomentar

el gusto por las bebidas estimulantes y el tabaco entre alumnos y profesores.

Al pensar en bebidas calientes, Tyen súbitamente cobró conciencia del frío y la humedad. Aunque no le gustaba mucho la atmósfera cargada de humo de esos lugares, supuso que no sería mucho peor para sus pulmones que la niebla. A buen seguro no habría nadie en la saladeli que conociera, pero no le importaría pasar un rato a solas mientras tomaba algo. Cuando terminara ya estaría listo para volver a la Academia.

Abrió la puerta y comprobó divertido que el aire del interior solo estaba ligeramente menos cargado que el de la calle. Casi todo el humo parecía proceder de un grupo numeroso de hombres sentados al fondo que acaparaban la atención de dos camareros. Tyen miró en torno a sí, con la esperanza de localizar una silla en una zona donde el aire estuviera menos viciado. En un recoveco cercano estaba sentado un hombre, y Tyen cayó en la cuenta de que lo conocía. Al mismo tiempo el hombre alzó la vista y parpadeó, sorprendido, al reconocerlo.

—Gowel —dijo Tyen tocándose la visera de la gorra a modo de saludo.

«¿Será verdad que este hombre es un radical?», se preguntó al acordarse de la discusión entre el aventurero y Kilraker que Miko le había relatado.

Gowel lo observó con fijeza.

—Eres uno de los chicos de Kilraker, ¿a que sí?

—Sí. Tyen Fundehierro. Nos conocimos en Palga hace unas semanas, en el hostel El Ancla.

El hombre había comenzado a asentir antes de que Tyen terminara de presentarse.

—El alumno que se fue a dormir temprano. Vals alabó tus dotes de piloto y dijo que tal vez fueras su mejor alumno. ¿Qué te ha impulsado a salir en un día tan gris?

Tyen se encogió de hombros y decidió que eso tendría que valer como respuesta.

El aventurero soltó una risita.

—Tienes el aspecto de alguien a quien no le vendría mal un poco de aire fresco.

—Sí. Bueno, he elegido un mal día para ello.

Gowel se echó a reír.

—Ya lo creo. Ah, conozco bien esa sensación. Me invadía a menudo antes de que decidiera abandonar la Academia.

Uno de los camareros apareció al lado de Tyen.

—¿Por qué no me haces compañía? —lo invitó Gowel toda vez que señalaba una de las tres sillas vacías que rodeaban su mesa.

—Gracias.

Tyen eligió un asiento desde donde se veía la ventana y decidió darse el capricho de pedir una jarra de lal, una bebida elaborada con las semillas molidas de un árbol que crecía al otro lado del mundo. Se lo llevaron enseguida, humeante, junto con un plato de jarabe solidificado. Hicieron falta varios terrones para suavizar el sabor amargo de la bebida lo suficiente para las papilas gustativas de Tyen.

Mientras tanto Gowel contemplaba la niebla del exterior en silencio. Las arrugas

que surcaban el curtido rostro del aventurero parecían más profundas que en su encuentro anterior, y en esa ocasión su aspecto denotaba más tristeza que fatiga por sus continuos viajes. Tyen se dio cuenta de que miraba en dirección a la Academia.

—¿La echa de menos? —preguntó.

Gowel apartó la vista de la ventana y esbozó una sonrisa.

—A veces.

—¿Se pasará para ver al profesor Kilraker?

El hombre apretó los labios y desvió la mirada.

—No. Últimamente él y yo tenemos ojos distintos.

Era una antigua expresión, muy popular entre los norteños. Por lo que Tyen recordaba, procedía de un cuento en el que dos desconocidos, al contemplar un paisaje, se fijaban en detalles muy diferentes y llegaban a la conclusión de que la culpa debía ser de sus ojos.

¿Era ese punto de vista distinto tan radical como sospechaba Miko? «¿Hago bien en hablar con él? ¿Y si Kilraker se entera?». Ahora no podía marcharse sin quedar mal con un hombre cuya amistad quizá le sería útil en el futuro, si no era un extremista. Si se quedaba un rato tal vez averiguaría el grado de radicalismo de sus opiniones y sabría si convenía rehuirlo en el futuro. Dejó su jarra sobre la mesa.

—¿No se supone que es bueno para la Academia que haya una diversidad de formas de pensar? Las ideas diferentes incentivan la investigación, lo que lleva a la verdad, ¿no?

Gowel sonrió.

—Sí, pero a la camarilla que manda ahora le asusta tanto que sus temores se confirmen que no se atreve a investigar las pruebas que tiene delante de las narices.

—¿Qué les da tanto miedo?

El aventurero arqueó las cejas.

—Si te lo digo, me etiquetarás como radical.

Tyen miró hacia otro lado. Después de ese gesto tan revelador no sabía qué decir. Se planteó inventar alguna excusa para irse, o por lo menos...

Gowel suspiró.

—A juzgar por tu expresión, ya me han puesto esa etiqueta. Dime, joven Fundehierro: ¿de dónde crees que viene la magia?

Tyen alzó los ojos.

—De la atmósfera.

—¿Cómo llegó allí?

—Procedente del sol o generada por relámpagos.

—Son teorías que nunca han sido demostradas. —Gowel se inclinó hacia delante—. En tu visita a Mailand sin duda habrás notado que la magia de la atmósfera aumenta conforme te alejas de las ciudades, sobre todo de Belton. O tal vez sea mejor expresarlo así: cuanto más cerca estás de una ciudad, menos magia encontrarás. Sea cual sea el origen de la magia, las grandes poblaciones la consumen a un ritmo

demasiado rápido para que se renueve por sí sola. ¿Estás de acuerdo?

Tyen se encogió de hombros.

—Supongo.

—Entonces ¿qué deberíamos hacer al respecto?

—¿Usar menos magia?

Gowel asintió.

—Y crear más.

Al advertir que Tyen intentaba disimular su desánimo el aventurero soltó otra risita.

—Ah, comprendo tu aprensión. No estoy diciendo lo que tú crees. La idea de que la creatividad genera magia es demasiado absurda para ser cierta. Si fuera así, tu abuela la produciría al zurcirte los calcetines. Sin embargo, el hecho de que una idea sea antigua no significa que no pueda tener un fondo de verdad. En otra época la magia era más abundante en las ciudades que fuera de ellas. Eso nos dice la historia. De hecho, sigue siendo más abundante en las ciudades donde no hay máquinas. Por tanto, lo primero que deberías preguntarte es: ¿por qué se conserva más energía en esas ciudades?

Tyen negó con la cabeza en señal de que no tenía respuesta.

—Porque hay más personas. —Gowel recalcó la última palabra con un puñetazo leve en la mesa que sobresaltó a Tyen y lo hizo mirar al aventurero a la cara, pese a sus esfuerzos por evitarlo—. Es fácil de entender que muchos tuvieran la impresión de que la magia se generaba cuando se creaban cosas —prosiguió Gowel—. La gente crea cosas a todas horas, así que ¿por qué no suponer que crea magia también? Es bueno para los negocios. Favorece que los ricos y poderosos hagan más encargos. —Agitó la mano en un gesto desdeñoso—. Lo más probable es que la magia sea una emisión más prosaica, un subproducto de la existencia humana, como el sudor, los excrementos o el calor corporal.

—Pero en Belton vive más de un millón de personas —señaló Tyen—. Tendrían que generar una gran cantidad de... subproducto.

Gowel asintió.

—¿Qué hace que Belton sea tan diferente? ¡Las máquinas! Todas tragan magia más deprisa de lo que incluso esta gran ciudad puede reponerla.

Tyen consiguió apartar los ojos de la intensa mirada de Gowel. Aunque la comparación entre la magia y el sudor o los excrementos no confería un gran atractivo a su explicación, la idea de que esa energía era un subproducto —o emanación— de la presencia humana era de una simplicidad seductora. «Además, supongo que tiene que haber una razón por la que la gente opinaba que los creadores generaban magia, aunque no fuera verdad».

—O sea, que... ¿tenemos que deshacernos de las máquinas? —aventuró.

Gowel soltó una breve carcajada.

—Claro que no. Pero deberíamos utilizarlas de forma más juiciosa. Dejar de

desperdiciar la magia en caprichos. Diseñar máquinas más eficientes.

Tyen asintió. La teoría de Gowel tenía sentido. Estaba basada en pruebas y en la lógica. Los radicales no eran tan insensatos como le habían hecho creer. Al menos aquel no lo era.

—¿Podría demostrarlo? —preguntó.

Gowel suspiró.

—No sería fácil. Para convencer a otras personas tendría que llevarlas lejos de la sobreexplotación de las grandes urbes, hasta las tierras que he visitado, donde las ciudades son ricas en magia.

—¿Por qué no lo hace? ¿Se niegan a ir?

—O bien argumentan que al regresar las tildarían de radicales también.

—Entonces tiene que encontrar otra manera de demostrarlo. O convencer a suficientes personas para influir en la opinión mayoritaria.

Gowel evaluó a Tyen con la mirada. El joven notó que se le encendían las mejillas al percatarse de que estaba mostrándose de acuerdo con un punto de vista radical. «Gowel podría estar mintiendo, claro está. Por otro lado, no se me ocurre por qué habría de hacerlo. Ojalá llevara a Vella conmigo. Entonces podría conseguir que él la tocara y después preguntarle a ella si ha dicho la verdad... ¡Oh!».

Se enderezó en su asiento. En cuanto la Academia comprendiera cómo funcionaba Vella podría utilizarla para confirmar la veracidad de las palabras de Gowel. Siempre y cuando este accediera a sujetarla, claro está. Sospechaba que eso sería lo más fácil. Si la Academia temía tanto a la verdad como afirmaba Gowel, ¿qué posibilidades tenía Tyen de persuadirlos para que lo intentaran? Exhaló un suspiro mientras su entusiasmo se apagaba.

—¿Lo ves? —dijo Gowel torciendo el gesto—. Te he advertido que te asustaría con mis ideas radicales.

Tyen sacudió la cabeza.

—No estoy asustado. Ya sabía que la magia se estaba agotando. Creía tener una manera de demostrar lo que usted dice, pero no estoy seguro de que diera resultado.

—Siempre vale la pena intentarlo —comentó Gowel.

Tyen observó al hombre, pensativo. Quizá estaba en lo cierto.

—Usted tendría que acceder a que le leyera la mente... un libro.

Cuando las arrugas en la cara del aventurero convergieron en una expresión de desconcierto Tyen sonrió. Después procedió a explicárselo.

Para alivio de Tyen el profesor Kilraker lo mandó llamar esa noche después de la cena. El muchacho, ansioso por exponerle su idea, había temido que la oportunidad tardara días o incluso semanas en presentarse. Su alivio se evaporó, sin embargo, cuando el criado enviado para buscarlo lo guio hasta el despacho del rector de la Academia.

Un nerviosismo repentino le hizo un nudo en la garganta a Tyen, que consiguió dar las gracias con voz débil al criado cuando este le abrió la puerta para que pasara. Aunque era una habitación espaciosa, la mirada escrutadora de los cinco hombres que había dentro, junto con el calor intenso que desprendía el fuego del hogar y el humo que emanaba de sus pipas, hacía que a Tyen le pareciera reducida y mal ventilada. Mientras se adentraba en el despacho Kilraker le dedicó una inclinación de la cabeza y una sonrisa tranquilizadora. A su lado se encontraban Cortador, también profesor de historia, Delly y Hapen, un profesor de magia que daba clase a los alumnos de último año. Tanto este como Delly contemplaban a Tyen con el ceño fruncido de desaprobación.

—Tyen Fundehierro —atronó el rector Ophen desde detrás de su mesa—. Venga aquí. —No dejó de hacer señas para que Tyen se acercara hasta que este se detuvo a unos palmos del borde de la mesa. Entonces bajó la mano y cogió un pequeño objeto que el joven conocía bien—. ¿Es este el libro que usted encontró en una tumba, en Mailand?

—Eso creo.

Tyen extendió el brazo para cogerlo, pero el rector lo dejó de nuevo sobre la mesa y apoyó los dedos en la cubierta.

—Cuéntenos cómo lo descubrió.

—Estaba en la sepultura que hallé. Dentro del sarcófago, entre las manos del cadáver, metido en una envoltura.

—Tengo entendido que invirtió mucho esfuerzo en determinar la localización de dicha sepultura. ¿Se tomó tantas molestias porque buscaba algo en particular?

—No. No tenía ningún indicio de que aquella tumba sería diferente de las demás. Lo único que quería era no cavar más de la cuenta.

El rector sonrió.

—Aplicar el pensamiento académico a una tarea para hacerla más eficiente es una idea loable. ¿Cuándo descubrió usted la naturaleza mágica del libro?

—Tras retirar el envoltorio. Me sorprendió ver que las páginas estaban en blanco, pero entonces empezaron a aparecer palabras.

—¿Qué decían?

—Si no recuerdo mal: «Hola, me llamo Vella».

—¿En qué idioma estaban esas palabras?

—En leraciano.

Ophen arqueó una ceja y torció la boca hacia un lado.

—¿Cómo es posible, si el libro llevaba seiscientos años enterrado? Aunque el idioma del texto fuera leraciano, se trataría de una variedad arcaica y casi indescifrable. ¿Sabes leer leraciano antiguo?

—No, pero Vella..., el libro, es capaz de adoptar el idioma de quien la toca.

El rector arrugó el entrecejo.

—¿Cómo lo hace?

—Conecta con la mente de la persona. Así es como obtiene información.

Ophen apartó rápidamente la mano de Vella. Se quedó mirándola antes de alzar la vista hacia Kilraker.

—No me lo había dicho.

—No lo sabía. Sí le advertí que no debía...

—Ya, ya. No lo he abierto —refunfuñó el rector.

Tyen abrió la boca para explicarles que a Vella no le hacía falta que la abrieran para leerles el pensamiento, pero cambió de idea. Parecían demasiado recelosos de ella, y de todos modos el daño, si lo había, ya estaba hecho. Tanto Kilraker como Delly y Ophen ya la habían tocado.

El rector levantó la mirada hacia Tyen.

—Lo ha examinado varias veces desde que lo encontró. ¿Qué ha averiguado?

—Ella tiene más de mil años y proviene de otro mundo. La crearon a partir de una persona, una mujer, y solo está consciente cuando entra en contacto con un humano vivo. Su función era reunir y difundir información. Si se le formula una pregunta, responde en la medida de sus conocimientos, y solo puede decir la verdad.

—Qué ingenioso —murmuró Kilraker y fijó en Tyen los ojos entornados—. ¿Y no te parecía lo bastante valiosa para entregarla a la Academia?

Tyen contrajo las facciones.

—Al principio, no.

—¿En qué momento tomaste conciencia de su auténtico valor?

—Cuando vi... Aunque, de hecho... —Tyen suspiró—. En el mismo momento en que comprendí que no estaba preparada para la Academia.

El rector se reclinó en su silla y cruzó los brazos.

—¿A qué se refiere?

Tyen le sostuvo la mirada.

—Llevaba seiscientos años encerrada en esa sepultura, por lo que la información que atesoraba se había quedado anticuada. Era necesario refutar algunas de sus ideas.

—¿Como cuáles?

Respirando hondo Tyen se armó de valor para revelarles lo que de todos modos

no tardarían en descubrir:

—Como la creencia de que la creatividad genera magia.

Al profesor Delly se le escapó una risita.

—Eso es difícil de refutar, teniendo en cuenta que nadie ha demostrado aún de dónde procede la magia.

—Si ella..., si en el libro constan tantas supersticiones y datos obsoletos, ¿por qué habías de fiarte del resto de la información que contiene? —inquirió Hapen con expresión seria.

—No me fiaba, hasta que la cotejé con otras fuentes —explicó Tyen—. No todos sus conceptos son erróneos. Gran parte de sus conocimientos se basan en la sabiduría del pasado, al igual que los nuestros. Ella se replantea constantemente lo que ha aprendido, como nosotros. Al igual que la biblioteca de la Academia, es solo tan útil como la información que contiene, pero como es portátil puede acumular información con más facilidad y... tal vez instruir a la gente más allá de los muros de la Academia.

—Porque compartir nuestros secretos con el resto del mundo resultaría sumamente beneficioso para todos —comentó Ophen con una expresión ceñuda y un tono que parecían indicar lo contrario.

—Basta con que tengamos mucho cuidado de no imbuirle nuestros secretos —dijo Kilraker en voz baja.

Tyen se encogió. Sabía que debía comunicarles que Vella ya les había explorado la mente, pero vaciló. «Se enterarán en cuanto alguno de ellos la lea. Por otro lado, si no saben que ella posee esa capacidad es porque quizá nadie lo ha intentado aún. Tal vez todos guarden secretos que temen que salgan a la luz. A lo mejor, si me ofrezco a hacerlo en su lugar... ¡Sí!». Eso le permitiría seguir hablando con ella, y la Academia obtendría provecho usándola para aquello para lo que había sido concebida.

—No hace falta que la lean ustedes mismos para valerse de ella —les aseguró—. Roporien tenía a alguien que lo hacía por él.

Cinco cabezas se volvieron en dirección a Tyen, quien maldijo para sus adentros al caer en la cuenta de su error.

—Roporien —jadeó Delly abriendo mucho los ojos.

—¿Has dicho...? —empezó a preguntar Kilraker.

—Bueno, ¿quién si no habría sido capaz de hacer algo así? —dijo Hapen con una risotada grave—. Y encima con el cuerpo de una pobre inocente.

El rector Ophen había apoyado las manos contra el borde de la mesa, como si quisiera empujar la silla hacia atrás para apartarse de Vella lo máximo posible. Sin embargo, la avidez de su mirada parecía denotar tanta fascinación como repulsión.

—¿Cómo sabe que ella tiene que decir la verdad? —preguntó. Alzó la vista hacia Tyen—. ¿La ha puesto a prueba?

—No, no he tenido tiempo de idear un método para eso, pero hasta la fecha no me ha mentado ni una sola vez, ni siquiera en momentos en que le habría convenido.

El rector movió la cabeza lentamente de un lado a otro con un escalofrío de negación.

—No —dijo—. No, no y no. Es demasiado peligroso. Si cayera en manos de los radicales... —Se puso de pie, cogió a Vella y se la tendió a Delly—. Guárdelo bajo llave.

A Tyen se le cayó el alma a los pies.

—Pero si ella solo está consciente cuando...

—Pero, rector... —protestó Kilraker al mismo tiempo.

—No —dijo Ophen con firmeza mirando directamente al profesor y luego a Tyen—. Nadie lo leerá ni lo tocará siquiera sin mi permiso. —Devolvió su atención a Kilraker—. Tampoco se discutirán los usos que se le pueden dar.

Delly se metió con cuidado el libro en el bolsillo.

—Se lo llevaré al bibliotecario.

El rector asintió y se sentó de nuevo.

—Dígale que venga a verme en cuanto lo haya guardado en la cámara de seguridad. —Alzó los ojos hacia Tyen—. En cuanto a usted, me complace que su intención fuera buena, pero no le corresponde a usted juzgar cuándo un artefacto que pertenece a la Academia está preparado para pasar a manos de esta. Debería habernos entregado el libro en cuanto llegó. Es más, debería habérsela dado a Kilraker inmediatamente después de hallarlo.

Tyen agachó la cabeza.

—Tiene razón. Pido disculpas.

El rector exhaló y agitó la mano.

—Ya decidirá Kilraker cuál es el castigo adecuado, pues es a él a quien tendría que haber rendido cuentas. Bien, ahora que hemos zanjado este asunto, pueden retirarse.

Los cuatro profesores, poco acostumbrados a semejantes despedidas, vacilaron unos instantes antes de apartarse de la mesa y dirigirse hacia la puerta. Tyen los siguió, apesadumbrado. Si Kilraker no estaba dispuesto a discutir con el rector, él no ganaría nada con quedarse excepto avivar la ira de ese hombre.

«Ni siquiera se me ha presentado la ocasión de exponer la teoría de Gowel y la manera en que podríamos utilizar a Vella para demostrarla —pensó—. Tal vez si vuelvo cuando el rector esté de mejor humor me escuchará, sobre todo si le describo una forma de usar a Vella en beneficio de la Academia. Y si consigo que Kilraker me apoye...».

Como si hubiera oído su nombre en los pensamientos de Tyen, el profesor se volvió y le sonrió como disculpándose.

—Me temo que tendré que asegurarme de que recibas un castigo apropiado —dijo.

Tyen movió la cabeza afirmativamente.

—Lo sé —respondió, aunque dudaba que pudiera haber peor castigo que saber

que tal vez había condenado a Vella al olvido para el resto de su existencia.

Tres días después Tyen salió a buscar trabajo.

Era una de aquellas mañanas despejadas, frías pero vivificantes, que compensaban con creces los días grises de invierno, pero la luz del sol no lo animó. En un bolsillo del abrigo llevaba la página del *Cronista* en que se anunciaban las ofertas de empleos a los que podía aspirar un joven estudiante de la Academia. En el otro bolsillo había metido a Bicho, por si surgía la oportunidad de conseguir otro encargo.

La sección de anuncios en general era considerablemente más reducida de lo que él esperaba, pero como nunca antes se había visto obligado a buscar trabajo en la ciudad ignoraba por completo qué tamaño debía tener. El castigo que le había impuesto el profesor Kilraker consistía en expulsarlo de sus clases durante lo que quedaba de semestre. Eso significaba que Tyen tendría que repetir el semestre si quería tener posibilidades de aprobarlo.

Kilraker le había asegurado que los otros profesores no habrían aceptado una sanción más leve, sobre todo porque Tyen se las había ingeniado de alguna manera para evitar una censura directa por parte del rector. Él sabía que, en opinión de algunos, tendrían que haberlo expulsado de forma permanente por «robar» un objeto valioso que pertenecía por derecho a la Academia. Evidentemente, no sabían lo común que era esa práctica. Había estado tentado, muy tentado, de revelar la apropiación del poible por parte de Miko. Al fin y al cabo, el delito de su amigo había sido peor que el suyo: no solo había robado un objeto valioso, sino que lo había vendido.

Pero lo único que Tyen habría conseguido con ello era una venganza mezquina que le habría costado su amistad con Miko. Por otro lado, tenía que reconocer que ya no se sentía tan cómodo en su compañía como antes. Todas las mañanas su compañero se escabullía de la habitación muy temprano y adoptaba una actitud culpable o desafiante cuando ambos coincidían allí, despiertos. Por más que Tyen se repetía para sus adentros que Miko había roto su promesa porque le preocupaba el influjo de Vella sobre él, ya no podía confiar del todo en su amigo.

Deseó poder comentar el tema con Vella y masculló una palabrota. Ninguno de los profesores se dignaba hablar de ella con él, y el rector había hecho caso omiso de sus peticiones de que lo recibiera. «La única parte positiva de todo esto es que no importa si tardo semanas, meses o incluso años en sacarla de la cámara de seguridad, pues ella no tiene conciencia del transcurso del tiempo».

Aún no tenía la menor idea de cómo liberarla, pero estaba decidido a conseguirlo.

Siguiendo el consejo que siempre le daba su padre, había dividido su objetivo en tareas más pequeñas. Necesitaba persuadir a la Academia de que le permitiera conversar con Vella. Para ello tendría que convencer al rector de que eso sería tan beneficioso como poco peligroso. Sus posibilidades de que Ophen le prestara oídos aumentarían si contara con el apoyo de Kilraker. Por tanto, debía ganarse de nuevo al profesor convirtiéndose en un alumno aventajado.

Puesto que eso requería que se quedara en la Academia, y su padre apenas había ahorrado lo suficiente para poder enviar allí a su único hijo, lo más urgente para Tyen era ganar dinero con el que pagar seis meses más de alquiler y comida, además de su puesto en otra expedición, pues el viaje a Mailand que le había costado la Academia ya no contaría para la nota final.

Por otra parte, como lo habían expulsado temporalmente de clase, tampoco tenía otra cosa que hacer hasta el final del semestre.

Al doblar una esquina encontró la calle que buscaba. Contempló los edificios bien cuidados y contruidos a intervalos regulares con sus placas a juego, pintadas de dorado, y vaciló unos instantes. Desplegó la página de anuncios y localizó la dirección que buscaba. Las oficinas de Seguros Grand y Pog estaban en el número 36. Él se hallaba frente al número 2, ocupado por Molinero e Hijos, Finanzas e Inversiones. Conforme avanzaba por la calle le quedaba cada vez más claro que allí tenían su sede los principales bufetes y empresas de contabilidad y seguros de Belton. Dudaba que ninguna de aquellas respetables compañías estuviera interesada en dar trabajo a un estudiante de historia y magia, habiendo en la ciudad tantos jóvenes con la preparación adecuada.

Una hora después, tras comprobar que no se equivocaba, estaba a punto de llegar a la Academia cuando un hombre que repartía octavillas se le acercó y le puso una en las manos.

—En la parte de atrás —le indicó.

Tyen siguió adelante y se le revolvió el estómago al ver las palabras de trazo grueso que resaltaban sobre el blanco papel.

«¡LA MAGIA SE AGOTA!».

Cerró el puño y arrugó la hoja, y se disponía a tirarla cuando le vinieron a la mente las palabras del hombre que se la había dado. La alisó y le dio la vuelta.

«Reúnete conmigo en la saladeli».

A Tyen se le encogió el corazón. Tenía que ser una nota de Gowel. El aventurero le había dicho que dejara un mensaje en la saladeli en cuanto hubiera concertado una reunión con la Academia. Tyen no se había atrevido a confesarle que sus oportunidades de ser recibido habían disminuido. Al llegar frente a las puertas de la Academia se detuvo un momento y pasó de largo. Si era Gowel quien lo esperaba le comunicaría la mala noticia. Tyen no quería hacerle perder el tiempo. Además, tal vez el aventurero le sugeriría alguna idea para convencer a la Academia de que le permitiera contactar con Vella.

Cuando llegó a la calle en la que había encontrado la saladeli cayó en la cuenta de que no sabía con certeza dónde estaba el local, pues cuando había entrado la fachada se hallaba oculta tras la niebla. No lo reconoció hasta que echó un vistazo al interior. Estaba atestado y lleno de humo, por lo que, después de entrar, le llevó unos minutos percatarse de que Gowel no se encontraba allí.

—¿Es usted Tyen? —preguntó una voz.

Al volverse vio junto a sí a un camarero.

—Sí.

El hombre le dedicó una ligera reverencia y señaló un rincón.

—Siéntese. No tardará en llegar. ¿Desea tomar algo?

—Sí, lal, por favor.

Tyen se dirigió al rincón y se sentó. Tras observar a las personas que había en la sala intentando no ser muy descarado se puso a examinar la página de ofertas de empleo. Mentalmente descartó los que sabía que nunca conseguiría y consideró de nuevo otros que le habían parecido demasiado modestos o indignos de su posición. Después de todo, solo tenía que trabajar hasta el principio del semestre siguiente.

Al poco rato ya había leído hasta la última palabra de la página, le habían servido el lal y se lo había bebido. Se sacó a Bicho del bolsillo, pero el insectoide atrajo algunas miradas de inquietud por parte de otros clientes, por lo que volvió a guardárselo. Aburrido, extrajo de mala gana el mensaje de Gowel. Este debía de haberle dado una serie de instrucciones al hombre de las octavillas, que había reconocido a Tyen. A menos que el mismo mensaje estuviera escrito al dorso de todas las hojas.

Era un texto tan vago que no habría importado que lo recibiera cualquier otro estudiante. Tyen se preguntó cuántos de sus compañeros habrían ido a una saladeli a ver si identificaban al autor de la misteriosa nota o creyendo que se la había enviado algún amigo. Dio la vuelta al papel.

«Ciudadanos de Leracia —decía—. ¡LA MAGIA SE AGOTA! Nos dirigimos a toda velocidad hacia un FUTURO sin hechicería. Sin SANADORES. Sin DEFENSAS CONTRA INVASORES. Sin MÁQUINAS. La Sociedad para la Conservación de la Magia te invita a informarte sobre este PELIGRO INMINENTE y cómo puede EVITARSE». En la parte inferior de la página estaban garabateadas una fecha y una dirección.

Quizá el mensaje fuera una estratagema para que la gente se guardara la octavilla o la dejara en alguna saladeli al no ver aparecer a nadie, con el fin de atraer a otros clientes a una asamblea de los radicales. Suspiró. Y él había mordido el anzuelo...

—¿Tyen Fundehierro?

Sobresaltado, Tyen alzó la mirada y vio a Gowel de pie, al lado de la mesa.

—¡Ah! ¡Gowel! —Echó una ojeada a la puerta del establecimiento, convencido de que no había oído entrar a nadie, y volvió la octavilla boca abajo—. ¿Me ha mandado usted esto?

—Sí. —Gowel se quitó el sombrero y se sentó enfrente de Tyen—. ¿Cómo estás?

El muchacho se encogió de hombros.

—Bastante bien.

—¿A pesar de tu expulsión temporal? —inquirió el aventurero arqueando ligeramente las cejas antes de relajar el rostro con una sonrisa sombría—. Me lo han contado unos viejos amigos de la Academia. Me imagino que la reunión con los profesores no fue tan bien como esperabas.

Tyen sacudió la cabeza.

—Lo siento. El castigo que han elegido me parece un tanto drástico. En mis tiempos, intentar quedarse con los tesoros era casi una afición de los alumnos de la Academia. Pero tal vez intentan erradicar la costumbre imponiéndote una sanción ejemplar. ¿Te han quitado el libro?

—Sí. El rector la... lo ha guardado bajo llave en la biblioteca con órdenes de no permitir que nadie lo abra.

—Vaya. Qué lástima.

—Sí. Todavía albergo la esperanza de persuadirlos de que le escuchen a usted, pero no tiene mucho sentido mencionar su idea hasta que se fíen de Ve... del libro.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Tyen negó con un gesto.

—A menos... A menos que conozca a alguien que pueda ofrecerme un empleo.

Las cejas del aventurero se elevaron.

—¿Estás pensando en dejar la Academia?

—No. Tengo que pagar el alquiler hasta que vuelva a las clases.

Gowel contrajo el rostro y sacudió la cabeza.

—Hay poco trabajo, incluso para un joven honrado como tú. La magia no te ayudará, pues no te está permitido utilizarla. Las restricciones están obligando a las empresas a trasladar sus talleres a otras ciudades y otros países, por lo que Belton está repleta de hombres con toda clase de cualificaciones que buscan empleo. ¿Tienes familia?

—Solo a mi padre, que vive en Tammen.

—¿Podrías alojarte con él durante una temporada?

—Si me voy de la Academia perderé mi habitación y tendré que alquilar una en la ciudad cuando empiece de nuevo las clases.

—Y, encima de las molestias, pagar el doble —dijo Gowel con un suspiro.

Tyen asintió.

—Necesito quedarme aquí. Conseguir la aprobación de Kilraker sería la mejor manera de recuperar el respeto y la confianza de los demás.

—Y como él y yo ya no nos llevamos tan bien como antes, no te ayudará mucho que te vean conmigo —dijo Gowel—. Pese a que intento distanciarme de la Sociedad para la Conservación de la Magia, tengo amistades allí a las que no estoy dispuesto a renunciar, por más que me perjudique que se me relacione con ella.

Esta confesión descorazonó a Tyen. No se le había ocurrido que reunirse con

Gowel pudiera minar sus posibilidades de congraciarse con Kilraker, y oírlo admitir que mantenía vínculos con extremistas le dejó la moral por los suelos.

Gowel se encogió de hombros.

—Si no quieres que volvamos a vernos, lo entenderé. En caso contrario, quizá pueda conseguir que nos ayuden a recuperar el libro.

Al comprender lo que insinuaba Gowel, el joven clavó los ojos en él.

—No estoy sugiriendo que nos lancemos a hacerlo sin más, sino solo si te quedas sin alternativas y estás dispuesto a atenerte a las consecuencias, naturalmente —añadió Gowel.

La incredulidad de Tyen cedió el paso a la tentación, pero esta se desvaneció enseguida en cuanto pensó en el castigo que recibiría por semejante delito. En el mejor de los casos, lo expulsarían permanentemente por robar un objeto que pertenecía a la Academia. En el peor, lo meterían en prisión.

Entonces recordó algo que lo hizo percatarse de que Gowel estaba tomándole el pelo... o poniéndolo a prueba.

—Está en la cámara de seguridad de la biblioteca.

—Eso no supondrá un obstáculo —afirmó Gowel con una sonrisa.

Tyen enarcó las cejas, sin molestarse en disimular su escepticismo.

—No me crees. —El aventurero soltó una risita—. No puedo explicarte cómo, por supuesto, pero ten por seguro que llevarse a cabo es posible... en un plazo relativamente corto y sin el menor riesgo para ti. Si mis amigos aceptan correr ese riesgo, claro está, querrán tener acceso al libro. ¿Darías tu consentimiento?

«¿Acceder a él o apropiárselo?», se preguntó Tyen. Por otro lado, tal vez sería mejor para Vella acabar en manos de los radicales que quedarse encerrada en la biblioteca de la Academia.

—Sí..., supongo.

—Bueno, en mi opinión lo más conveniente sería encontrar una solución que implicara la cooperación de la Academia —aseveró Gowel—. Y es más probable que lo logres si ellos no se enteran de que tienes tratos conmigo. Veré qué puedo hacer para conseguirte un empleo. Cuando lo encuentre le indicaré al jefe que se ponga en contacto contigo directamente. Mientras tanto sigue buscando por tu cuenta para que nadie se extrañe cuando lo hagan.

Tyen asintió y sonrió con una gratitud que no era del todo sincera.

—Gracias.

—No te garantizo que el trabajo tenga que ver con la magia. —Gowel se levantó con un suspiro—. Espero que no contaras con ganarte la vida practicando la hechicería. Ojalá fuera cierto lo que creen los radicales. Bastaría con dedicarnos a la pintura, por ejemplo, para disponer de toda la magia que necesitáramos. Ha sido un placer charlar contigo, joven Fundehierro.

Tyen se puso de pie.

—Igualmente, Gowel.

Con cierta intranquilidad, Tyen observó al aventurero retirar el sombrero del perchero y salir por la puerta principal de la saladeli, antes de encaminarse de vuelta hacia su habitación.

Durante el trayecto y el resto de la tarde no fue capaz de ahuyentar la inquietud que le había provocado la conversación. Intentando distraerse con el trabajo, terminó tres insectoides y se los llevó a sus compradores. Aunque habría debido animarse por haber ganado algo de dinero, las palabras de Gowel no dejaban de venirle a la mente. En cuanto acabó de cenar volvió a la habitación y, antes de que llegara Miko, despejó un hueco en su escritorio, sacó una libreta y una pluma y elaboró una lista.

1. Gowel no cree que la creatividad genere magia.
2. Gowel tiene amigos en la Sociedad para la Conservación de la Magia que sí lo creen.
3. Gowel dice que la SCM puede sustraer el libro de la cámara de la biblioteca, en teoría el lugar más seguro de la Academia.

A continuación, comenzó a escribir preguntas.

¿Por qué querría la SCM ayudarme a robar a Vella?

La respuesta obvia era que, por el momento, ella coincidía con su creencia de que la creatividad producía magia. Pero ellos no lo sabían. Ni siquiera sabían de su existencia. A menos que Gowel les hubiera hablado de ella.

¿Por qué querría Gowel ayudarme a robar a Vella?

«A fin de convencer a la Academia de su teoría sobre el origen de la magia», se dijo. Sin embargo, no lo conseguiría hurtando el libro. Para que la Academia aceptara esa idea era necesario que confiara en Vella y la utilizara, cosa que no ocurriría si la robaban.

Tal vez no era a ellos a quienes Gowel esperaba convencer. Si un número lo bastante grande de personas ajenas a la institución abrazaba sus ideas, los académicos tendrían que investigar. El aventurero reclutaría a gente poderosa e influyente que podría ejercer presión para que se promulgaran leyes que limitaran el uso de la magia.

Si Gowel estaba en lo cierto, necesitaba que la SCM robara a Vella. Difícilmente se atreverían a dar un golpe tan audaz sin un buen aliciente. Tyen relejó la pregunta anterior.

¿Por qué querría la SCM ayudarme a robar a Vella?

Tal vez Gowel confiaba en que Vella induciría a la SCM a adoptar su punto de vista, pero no pensaba decírselo. Les diría que apoyaba sus creencias. Ellos no la robarían para echar una mano a Tyen, sino movidos por su propio interés. Tampoco

creía que la motivación de Gowel fuera amparar a un joven estudiante. Cuando el aventurero le había asegurado que la operación se llevaría a cabo «sin el menor riesgo» para él quería decir que no necesitaba en absoluto que Tyen se involucrara en el asunto.

Tras repasar lo que había escrito tachó la palabra «ayudarme» en las dos preguntas. Se reclinó en su silla y se centró en el resultado.

Si Gowel tiene razón respecto a que la SCM puede colarse en la cámara de seguridad, tal vez yo esté a punto de perder a Vella para siempre. Lo único que les impedía apoderarse de ella era simplemente que no sabían que podía interesarles.

Gowel sabía que Vella leía el pensamiento, pero la SCM no. ¿Estarían dispuestos sus miembros a utilizarla —a robarla— si lo supieran? Tyen torció el gesto cuando se le ocurrió algo que había pasado por alto hasta ese momento. Aún no le había contado a nadie que bastaba con que alguien la tocara para que ella le leyera la mente, pues temía que el rector concluyera que era demasiado peligrosa para dejar que saliera jamás de la cámara.

Quizá lo era. A juzgar por las palabras del rector y los profesores, y el cuidado con que habían evitado abrir a Vella, estaba claro que tenían un secreto que proteger. Un secreto que Gowel y la Sociedad para la Conservación de la Magia descubrirían si se hacían con el libro.

El corazón le dio un vuelco. ¿Y si la información que Vella había recopilado era tan importante que pondría en peligro a la Academia en caso de salir a la luz? ¿Y si representaba una amenaza para Leracia... o incluso para todo el Imperio leraciano?

Aunque guardaba rencor a las autoridades de la Academia por quitarle a Vella, no deseaba ningún mal a la institución, no solo porque esperaba trabajar para ella en el futuro, sino porque, al igual que muchos leracianos, estaba orgulloso de sus logros y sus nobles objetivos. Se había esforzado mucho por ganarse un lugar allí. Tanto él como su padre habían soñado con que algún día se titulara en la Academia.

En ese momento se percató de que en ningún momento se había planteado en serio robar a Vella, como tampoco había planeado quedarse con ella. Sin embargo, estaba resuelto a no abandonarla. Si estaba empeñado en liberarla era porque deseaba ayudarla a ella tanto como contribuir al progreso de la Academia, pues podían beneficiarse mucho la una de la otra.

Pero eso jamás sucedería si alguien se la llevaba.

Por otro lado, tampoco le vendría mal para recuperar la confianza de los profesores avisarles de que los radicales creían poder entrar en la cámara de seguridad..., ¿cómo lo había expresado Gowel?, «en un plazo relativamente corto».

Un escalofrío le bajó por la espalda. Se fijó de nuevo en la primera lista y reflexionó sobre el tercer punto. Añadió «en un plazo relativamente corto» al final de la frase. Al contemplar las palabras su corazón dejó de latir unos instantes.

¿Cómo de corto podía ser ese plazo? «¿Esta misma noche?».

Tenía que advertírsele a la Academia cuanto antes. Se puso de pie, agarró su abrigo, se guardó la libreta en el bolsillo y salió a toda prisa de la habitación.

Caminaba a paso tan apresurado que no pudo evitar chocar con Miko.

El impacto les arrancó un gemido a ambos, y Miko rio, avergonzado.

—Calma, Tyen. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—Tengo que encontrar a Kilraker.

—Oh, me he topado con él hace un rato. Bueno, no literalmente, como nosotros ahora. Se dirigía a la biblioteca.

¿A la cámara de seguridad? ¿Habría descubierto la amenaza?

—Entendido. Gracias.

Rodeó a Miko en dirección a la escalera, bajó los escalones de dos en dos y atravesó la Academia a toda velocidad. Se cruzó con algunos estudiantes, que no le prestaron atención, y con un profesor, que le lanzó una mirada suspicaz. Cuando por fin irrumpió en la biblioteca varias cabezas asomaron por detrás de las estanterías para averiguar el origen de semejante alboroto. No veía a Kilraker por ninguna parte, pero se encontraba en la planta baja y había cinco más, y solo alcanzaba a ver el ancho pasillo central, con sus mesas de lectura. Tyen empezó a recorrer la sala mirando entre las filas de estantes a ambos lados.

—¿A quién buscas, joven Fundehierro?

Se detuvo de golpe, sobresaltado, al oír la voz justo por encima de su cabeza.

Cuando alzó la mirada vio al bibliotecario acodado sobre la barandilla de la primera planta. Nadie le había dicho a Tyen cómo se llamaba, y su edad resultaba difícil de precisar. Tenía el cabello entreverado de gris, la espalda un poco encorvada y llevaba lentes, pero su rostro no estaba muy arrugado y conservaba los dientes en buen estado.

—Buenas tardes, señor bibliotecario. Busco al profesor Kilraker.

—Ha estado aquí, pero me temo que ya se ha ido. ¿Puedo ayudarte en algo?

Tyen abrió la boca para decir que no, pero titubeó. Podía pasarse toda la noche persiguiendo a Kilraker por la Academia para acabar descubriendo que mientras tanto se habían llevado a Vella. El bibliotecario era el encargado de la cámara de seguridad, por lo que más valía que lo pusiera sobre aviso del posible intento de robo.

—Sí —respondió Tyen. Miró alrededor, preguntándose hasta dónde llegaba a oírse su voz—. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

El bibliotecario arqueó las cejas.

—Mi despacho. Ahora mismo bajo.

Mientras los pasos del hombre en el piso de arriba se dirigían hacia la escalera Tyen se preguntó cómo lo convencería —o cómo convencería a cualquiera de los

profesores— de que sus temores eran fundados. Tampoco estaba seguro de cuánto debía revelar. Aunque prevenir a las autoridades de la Academia mejoraría el concepto que tenían de él, confesarles que confraternizaba con Gowel podía contrarrestar por completo ese efecto.

El bibliotecario descendió la escalera y guio a Tyen por entre dos librerías hasta un despacho diminuto, sin más muebles que una mesa pequeña y dos sillas. Al reparar en la expresión de Tyen, sonrió.

—Necesito un pequeño espacio de trabajo privado —dijo y señaló al otro lado de la puerta—. Si consideramos que mi espacio de trabajo es la biblioteca entera, entonces tengo el despacho más grande de toda la Academia. —Hizo un gesto hacia una silla—. En fin, ¿qué te preocupa?

—No tengo pruebas concluyentes —comenzó a explicar Tyen mientras se sentaba—, solo conclusiones extraídas de indicios que en parte podrían ser casualidades. —Tras una pausa, prosiguió—: Hoy me ha abordado un hombre que no es un radical pero tiene tratos con ellos y se ha ofrecido a ayudarme a robar a Ve... el libro que encontré en Mailand.

Las cejas del bibliotecario se elevaron otra vez.

—¿De verdad?

—Me ha dicho que la Sociedad para la Conservación de la Magia podía entrar en la cámara... y además en un plazo corto.

—Así que le habías dicho que el libro estaba en la cámara.

Tyen notó que se ruborizaba.

—Eh... Pues sí, cometí esa estupidez.

El bibliotecario volvió a sonreír.

—¿Se presentó como un aliado, como una persona atenta y comprensiva? ¿Te ofreció ayuda y te dieron ganas de ayudarlo tú a cambio? —Al ver que Tyen asentía, exhaló un suspiro—. Los mejores embaucadores siempre actúan así, y por menos que eso hombres más inteligentes que tú y que yo han divulgado información mucho más importante. —Se puso de pie—. Tu hallazgo está a salvo.

—¿Seguro? —Tyen se mordió el labio—. Parecía muy convencido de lo que decía.

Al bibliotecario se le escapó una risita.

—Ya veo que no me creerás hasta que te lo muestre.

A Tyen le dio un vuelco el corazón cuando el hombre se puso de pie. Pocos estudiantes habían visto la cámara, pero no porque lo tuvieran prohibido. Se les permitía entrar en compañía de un profesor o del bibliotecario, por lo general con fines de investigación. Tyen se levantó también y, siguiendo al hombre, salió del despacho y caminó por el pasillo central hasta la pared del fondo, en la que había cinco puertas de tamaño y decoración similares. El bibliotecario abrió una de ellas. Una llama mágica apareció ante él y avanzó flotando para revelar una habitación pequeña, de planta circular, abovedada... y desprovista de suelo. Las paredes

descendían hacia la oscuridad. El bibliotecario pasó junto a Tyen y dio un paso hacia la nada...

... pero no se precipitó en el vacío. En vez de ello, se quedó suspendido, como de pie sobre un suelo invisible. Cuando se fijó mejor Tyen vio las ondulaciones en el aire a lo largo de la habitación y percibió el Hollín que se formaba en torno al hombre en un aura de finas líneas radiales.

Al observarla comprendió que el bibliotecario era un mago bastante hábil. Aquella delicada pauta con la que absorbía magia garantizaba que no consumiera de un tirón toda la energía de una zona. Cuanto más finas fueran las líneas, antes se desvanecería el Hollín, cediendo el paso a magia nueva, aunque la cantidad total de energía en la habitación disminuiría hasta que la atmósfera mágica global la equilibrara.

El bibliotecario le hizo señas de que se acercara. Pese al hormigueo de nerviosismo que sentía, Tyen caminó hacia el «suelo». La resistencia bajo sus pies tenía un tacto ligeramente esponjoso, lo que le dio la desagradable impresión de que podía hundirse en cualquier momento. Cuando comenzaron a descender lentamente creyó que eso era lo que ocurría... y soltó un grito ahogado.

—No temas, joven Fundehierro. No estamos cayendo. Eres estudiante de magia. ¿No has aprendido aún a levitar?

—Oficialmente, no.

—¿Y extraoficialmente?

—Me pareció prudente aprender por mi cuenta, ya que iba a pilotar el aerocoche de Kilraker en nuestra siguiente expedición.

—Sabia precaución —comentó el bibliotecario con una risita—. Toca la pared, Fundehierro.

Tyen obedeció. La superficie, sin marcas ni adornos, era tan lisa que resultaba resbaladiza.

—Difícil de escalar.

Como la llama los había seguido en su descenso, la bóveda de arriba había quedado oculta en las sombras. Tyen era incapaz de calcular cuánto habían bajado.

—Ahora giraremos.

Una especie de suelo se elevó casi hasta entrar en contacto con sus pies. Sin embargo, no era plano, sino curvo. Como el interior de un tubo, torcía hacia la derecha y de nuevo hacia arriba.

—Alguien podría sujetar una cuerda a la puerta por la que hemos entrado, pero no habría nada a lo que atarla para subir el siguiente tramo —explicó el bibliotecario. Señaló hacia arriba, a la parte inferior del pasadizo, donde la pared se convertía en el techo a lo largo de un trecho breve. Había un reborde de metal irregular y afilado incrustado en la piedra—. Si alguien usara una cuerda muy larga y lograra lanzar el otro extremo por encima de la siguiente curva, la cuchilla la cortaría. Incluso si se las ingeniaran para proteger la soga o quitar la cuchilla, al otro lado no hay nada a lo que

engancha un garfio, a menos que alguien dejara abierta la puerta siguiente. —La plataforma invisible del bibliotecario los transportó a través de la curva y subió por otra, antes de volver a descender—. La única manera en que un no-mago podría entrar en la cámara sin ayuda de hechicerías o de un golpe de suerte increíble sería que tuviera un cómplice dentro. En cuanto a los magos...

Otro suelo, esa vez llano, apareció debajo. Cuando sus pies se posaron en la superficie el bibliotecario se volvió hacia el contorno de una puerta.

Se sacó de debajo del cuello de la camisa una cadenilla de la que pendía un tubo con varias hileras de orificios. Lo insertó en un agujero de la puerta y le dio varias vueltas hacia un lado, luego hacia el otro y de nuevo en la dirección original.

—La combinación cambia cada vez que la abrimos —le dijo a Tyen—. Solo unos pocos escogidos conocen la fórmula.

Exhalando un suspiro suave la puerta se abrió hacia fuera. Era gruesa como el muslo de un hombre. Entraron en un pasadizo corto y el bibliotecario cerró la puerta a sus espaldas. En la pared del fondo había varios huecos que rodeaban otra puerta. El hombre introdujo la mano en ellos, pero Tyen no alcanzó a ver qué hacía.

—Se trata también de una cerradura de combinación que solo unos pocos pueden abrir, y únicamente si la primera puerta está cerrada —le informó el bibliotecario.

Se oyó un golpe metálico y el hombre retiró la mano. La puerta giró hacia dentro y el bibliotecario guio a Tyen al interior de lo que parecía una biblioteca de dimensiones más modestas. Era una sala única y alargada, dividida en espacios más pequeños por gruesos pilares cuadrados, con vitrinas en lugar de estanterías, y arcones gigantescos en lugar de mesas de lectura. Tan grandes eran los baúles que Tyen no acertaba a imaginar cómo los habían hecho pasar por la puerta.

«Así que esta es la cámara». En otras circunstancias, Tyen habría estado emocionado y lleno de curiosidad. A pocos estudiantes se les presentaba la oportunidad de visitar el recinto más seguro de la Academia y probablemente tampoco eran muchos los profesores que habían tenido una buena razón para aventurarse a bajar allí. Por otra parte, parecía un sitio demasiado frío y solitario para que Vella acabara encerrada en él. Y aunque todas las precauciones que el bibliotecario le había mostrado habrían debido bastar para convencerlo de que ella estaría a salvo, no se quedaría tranquilo hasta que la viera.

Las vitrinas estaban repletas de cajas de diferentes tamaños, y lo único que distinguía unas colecciones de otras eran los números inscritos en pequeñas placas. El bibliotecario abrió una puerta y sacó una caja. Dedicó una sonrisa a Tyen.

—No debes tocar nada, naturalmente.

Abrió la tapa, y a Tyen el corazón le dio un vuelco al ver que Vella estaba dentro. Una almohadilla de tela la separaba de las paredes interiores y en cierto modo le confería un aspecto más limpio y valioso. La llama del bibliotecario bañaba la cubierta de piel en un tono rojizo... o tal vez la habían frotado con aceite protector.

—¿Lo ves? Sigue aquí —añadió el bibliotecario.

Tyen asintió. Era frustrante tenerla tan cerca sin poder librarla de la inconciencia en la que se hallaba atrapada. Por otro lado, lo aliviaba comprobar que estaba donde debía. «Ah, pero ojalá pudiera decirle que está a salvo y que voy a rescatarla». Tal vez ella captaría sus pensamientos si se aproximaba lo suficiente. Proyectó sus sentidos para buscar esa tenue calidez que recordaba, o alguna otra señal de su presencia, pero fue en vano.

Suspirando, hizo el esfuerzo de mirar al bibliotecario y asentir. Este cerró la caja y la guardó de nuevo en la vitrina.

—Bueno, ¿te parecen suficientes nuestras medidas de protección? —preguntó señalando el recinto con un gesto que lo abarcaba todo.

Tyen sonrió.

—Sí. No debería haber dudado que la cámara de la Academia era inexpugnable. ¿Vendrá a echarle un vistazo a Ve... al libro de vez en cuando, por si acaso?

Pero el bibliotecario había desviado su atención. Fijó la vista en un punto situado detrás del pilar más cercano y frunció el ceño.

—Qué raro... —murmuró—. Quédate aquí.

Esa muestra de preocupación repentina provocó un estremecimiento a Tyen. El bibliotecario pasó junto a la columna y se acercó a un arcón. Tenía la tapa entreabierta, y un objeto asomaba del interior. Cuando el hombre la abrió del todo Tyen advirtió que era la esquina de un trozo de tela. Esta resbaló hacia el fondo y, con un suspiro, el bibliotecario se agachó para recolocar algo dentro del arcón. Acto seguido cerró la tapa y regresó junto a Tyen.

—No era nada grave. Algunas personas son incapaces de dejar las cosas como las han encontrado. —Condujo a Tyen hacia la puerta—. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Has hecho bien en decírmelo. Una cámara de seguridad no puede ser inaccesible para los ladrones sin serlo también para quienes necesitan entrar por razones legítimas. Pero la nuestra parece lo bastante segura, ¿no crees?

Tyen movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, lo creo.

Recorrieron el camino de vuelta en silencio. A Tyen no se le ocurría nada que decir ahora que le había demostrado que sus temores eran infundados. En cuanto al bibliotecario, irradiaba una muda satisfacción. Cuando llegaron a la biblioteca el joven le dio las gracias y se encaminó de regreso a su habitación.

Al pasar junto a un reloj le sorprendió un poco ver la hora que era. Aunque solo habían transcurrido dos horas desde la cena, tenía la sensación de que era mucho más tarde. Concluyó que había sido un largo día. Primero la búsqueda de empleo, luego Gowel... ¿Qué diantres tramaba Gowel al insinuar que podía ayudarlo a robar a Vella? ¿Lo estaba poniendo a prueba para averiguar si estaba dispuesto a actuar contra la Academia y tal vez a ingresar en la Sociedad para la Conservación de la Magia? ¿Le habían mentido sus amigos radicales respecto a su capacidad de sustraer objetos de la Academia? Las palabras del bibliotecario le resonaban en los oídos:

«Una cámara de seguridad no puede ser inaccesible para los ladrones sin serlo también para quienes necesitan entrar por razones legítimas».

Eso significaba que los ladrones, en caso de existir, solo podían ser personas que ya tenían acceso a la cámara.

Tyen se detuvo en seco. «¿Intentaba decirme el bibliotecario que es posible que algún profesor trate de robarla?».

Echó una ojeada hacia atrás, aunque ya se encontraba muy lejos de la biblioteca. Seguramente el hombre solo pretendía explicarle que era muy improbable, pero no del todo imposible. Suspirando, volvió la vista al frente y reanudó la marcha. Esa noche le costaría conciliar el sueño. Además de la soledad, la vergüenza y la inquietud habitual por Vella, lo atormentaría el miedo. Deseaba poder hablar con alguien, alguien que le asegurase que se preocupaba sin motivo. ¿Miko? No, la herida estaba demasiado reciente. ¿Neel? No, Neel lo rehuía últimamente, como si temiera caer también en el descrédito por juntarse con él.

¿El profesor Kilraker? No debía molestarlo fuera de horas de trabajo. Por otra parte, tal vez al profesor le interesaría enterarse de lo que había propuesto su antiguo amigo. Además, sabría juzgar mejor si Gowel era capaz de eso o no. «Prefiero arriesgarme a importunarlo que cometer la irresponsabilidad de no decírselo. Si no muestra interés por el asunto, le pediré perdón y me iré». Cambió de dirección y se encaminó hacia la residencia de los profesores.

Se alegró de llevar puesto el abrigo mientras atravesaba el jardín en dirección al edificio donde se alojaba el profesorado dentro del recinto de la Academia. El cielo nocturno estaba despejado, lo que significaba que no había mantos de nubes que aislaran la ciudad, por lo que hacía un frío glacial. Tyen había oído que un túnel subterráneo caldeado permitía a los profesores acceder a los edificios principales y regresar a sus habitaciones privadas sin salir a la intemperie, pero estaba vedado para los alumnos. Al meter las manos en los bolsillos de su abrigo palpó un objeto metálico liso y se preguntó qué era. De pronto se acordó de que había llevado a Bicho consigo en su incursión para buscar trabajo.

Los aposentos de Kilraker estaban en el primer piso. Aunque no había nadie en el vestíbulo ni en la escalera, le llegaban risas e incluso música desde el interior de las habitaciones. Llegó ante la puerta del profesor y llamó con los nudillos. Como no obtuvo respuesta durante un buen rato, comenzó a pensar que había salido. Ya daba media vuelta cuando, sin embargo, oyó un ruido al otro lado de la puerta. Se detuvo y se volvió a tiempo para verla abrirse. Kilraker contempló a Tyen con expresión de extrañeza. El joven retrocedió un paso.

—¿Lo pillo en mal momento, profesor...?

—No. —Kilraker sacudió la cabeza—. Justo ahora estaba pensando en ti, y hete aquí. ¿Qué se te ofrece a estas horas de la noche, Fundehierro?

Tyen resistió el impulso de mirar atrás y poner de manifiesto el carácter secreto de su visita.

—¿Podemos hablar en privado?

Tras titubear unos instantes el profesor abrió la puerta del todo.

—Adelante. —Se dirigió hacia una mesa pequeña flanqueada por dos sillas de juncos entretejidos y se sentó. En una bandeja había una licorera y varias copas. Una de ellas contenía un dedo de líquido turbio—. ¿Un oscujo?

Como ya estaba sirviendo una segunda copa Tyen respondió inclinando la cabeza y encogiéndose de hombros. Tras tomar asiento en la otra silla miró en torno a sí. Las suites de los profesores eran cuatro veces más espaciaosas que las habitaciones que compartían los estudiantes, y contaban con dormitorio y cuarto de baño propio. Sus criados y el servicio doméstico en general vivían en otra zona de la Academia. La sala de estar de Kilraker estaba repleta de objetos que había conseguido en diversas expediciones y que carecían de interés o valor para la Academia. Aun así, había algunos que parecían más valiosos. Tyen supuso que eran comprados y que Kilraker los había pagado de su bolsillo. Costaba concentrarse en aquel entorno, y cada vez que Tyen conseguía dejar de mirar alguna pieza fascinante al instante se fijaba en otra.

—¿Qué asunto querías comentar conmigo? —lo apremió Kilraker.

Tyen apartó la vista de una rudimentaria estatuilla de arcilla que representaba a una mujer desnuda con atributos desmesurados.

—Hoy me he topado con Gowel. He pensado que le interesaría saberlo.

El profesor entornó los párpados.

—Me habían contado que estaba en la ciudad. ¿Qué te ha dicho?

—Se había enterado de mi expulsión temporal y me ha expresado su solidaridad.

Kilraker se reclinó en su silla.

—¿Y qué más?

—También había oído hablar del libro —prosiguió Tyen—. Ha dicho, no sé si en serio o para ponerme a prueba, que podía ayudarme a robarlo para recuperarlo.

Los labios del profesor se curvaron en una leve sonrisa.

—¿Conque eso te ha dicho? Típico de Gowel. ¿Y has aceptado?

—Ni he aceptado ni he rehusado. Estaba demasiado impresionado. Después me he preocupado al pensar que tal vez no estaba exagerando sus capacidades.

—Así que has ido a la biblioteca, y el encargado te ha llevado a la cámara para mostrarte lo segura que es.

—Sí.

—¿Y te ha convencido?

—En gran parte. Pero ha dicho algo...

Lo interrumpieron los golpes de alguien que llamaba. Kilraker clavó de inmediato la vista en la puerta y una arruga de intranquilidad le surcó la frente antes de que adoptara una expresión serena y se levantara para ir a abrir. Tyen oyó el sonido de la puerta y después la voz de Drem.

—¿Está listo, profesor?

—Casi. Tengo visita. ¿Nos dejas un par de minutos?

El criado añadió algo en voz baja. Kilraker dirigió una mirada fugaz a Tyen.

—Enseguida vuelvo, Fundehierro —dijo, y acto seguido salió y cerró la puerta.

Tyen bebió un sorbo de oscujo y dejó la copa en la mesa. Kilraker no parecía demasiado alarmado, y era evidente que en aquel momento su presencia allí le estorbaba. ¿Tenía alguna otra noticia de vital importancia que comunicarle? Reflexionó. «No, será mejor que lo deje en paz». Se puso de pie, pero como no quería inmiscuirse en una conversación privada aprovechó la oportunidad para examinar con más detenimiento la colección de Kilraker. Se acercó a una vitrina, echó un vistazo a la puerta abierta del dormitorio y varias formas rectangulares le llamaron la atención.

Maletas. El profesor iba a marcharse.

¿En otra expedición, quizá? Era extraño que no se lo hubiera comunicado a sus alumnos, aunque, por otra parte, a Tyen lo habían expulsado de clase, así que era lógico que nadie se lo hubiese dicho. Apartó la vista del equipaje, pues no quería que Kilraker regresara y lo sorprendiera fisgoneando sus efectos personales, y la dirigió hacia los estantes. Algunas de las piezas eran tan raras y feas que no entendía que alguien quisiera coleccionarlas. ¿Tendrían algo de mágicas? Buscó los rastros oscuros de Hollín y percibió un vestigio tenue procedente de un objeto metido bajo un colmillo grabado con motivos negros.

Se acercó y se inclinó para examinarlo. Alcanzó a ver el lomo de un libro. Un libro más o menos del mismo tamaño que... Un escalofrío le bajó por la espalda. Su mano se movió por sí sola. En el instante en que tocó el libro, lo supo. El tacto le resultaba muy familiar.

—No —susurró—. No es posible.

En cuanto lo abrió se formaron palabras en la página.

—Tyen. Kilraker quiere tenderte una trampa para que parezca que tú me has robado.

Por un momento Tyen fue incapaz de pensar, respirar o mover un músculo, por lo que, cuando la puerta se abrió, apenas tuvo tiempo de cerrar el libro.

—Ah —dijo Kilraker.

Tyen se armó de valor y alzó la mirada hacia él, esperando que su rostro no delatara el resquemor y el miedo que sentía.

—¿Por qué?

El profesor extendió las manos a los costados.

—Sabíamos que Gowel iba a intentar robarla, así que pusimos una réplica en la cámara de seguridad.

«Mentiroso», pensó Tyen.

De pronto se le ocurrió una posibilidad aún peor. ¿Y si quien estaba mintiendo era Vella? ¿Y si le había mentido respecto a que solo podía decir la verdad? ¿Y si estaba dispuesta a asegurar cualquier cosa con tal de evitar que la encerraran de nuevo?

Kilraker extendió el brazo hacia el libro.

«Si se lo doy y lo que me ha revelado Vella es cierto, él se pondrá a gritar para atraer testigos y luego me acusará de haber robado el libro. Será su palabra contra la mía. Pero si lo que afirma él es verdad...».

—No —dijo sin pensar—. Me lo quedo yo. Iremos al despacho del rector. No se lo entregaré a nadie más que a él.

El profesor lo observó en silencio. Tyen se preguntó qué estaría pasándole por la cabeza. ¿Estaba irritado y perplejo por la rebeldía de su alumno o estaba asimilando la idea de que sus planes de robo habían sido descubiertos? Tyen esperaba de verdad que fuera lo primero, pero de repente comprendió que eso significaría que Vella era un objeto tan peligroso y poco fiable como temía la Academia. Sin embargo, el desencanto era preferible a que Vella tuviera razón, sobre todo si el profesor decidía recurrir a la fuerza para arrebatarse el libro. Tyen dudaba que pudiera impedirselo.

—Haces bien en ser prudente —comentó Kilraker con una sonrisa, y se dirigió hacia la puerta—. Vayamos a verlo, pues.

La propuesta provocó a Tyen una mezcla de alivio y desilusión.

—Gracias —dijo—. Me gustaría confiar en usted, pero he tenido un día muy... —Sacudió la cabeza—. Muy inquietante.

El profesor abrió la puerta para dejarlo pasar. Guardándose a Vella bajo la camisa, Tyen salió al pasillo, donde Drem esperaba. El criado, que llevaba una chaqueta de aeronauta, lo miró con recelo y cuando Kilraker murmuró algo entró en la suite. El profesor parecía tranquilo mientras bajaba la escalera delante de Tyen, pero al llegar a la planta baja giró para continuar descendiendo hasta el sótano.

Tyen se detuvo.

—¿Adónde va?

Kilraker levantó la mirada y sonrió.

—¿No te han hablado de nuestro atajo?

«El pasadizo subterráneo», recordó Tyen. Sintiendo como un tonto, siguió al profesor.

La escalera no desembocaba en un sótano, sino en un largo pasillo decorado con un gusto tan exquisito como los edificios más refinados de la Academia. Había cuadros en las paredes, esculturas en hornacinas y lámparas encendidas cada veinte pasos más o menos. Kilraker esperó a Tyen para caminar a su lado.

—¿Dónde termina el túnel? —preguntó el joven.

—Cerca del vestíbulo.

Lo que resultaría adecuado para reuniones de etiqueta. El aire estaba templado y el espacio bien ventilado. Cada cien pasos, aproximadamente, había una abertura que daba a una escalera de caracol ascendente.

—¿Adónde conducen? —inquirió Tyen, incapaz de reprimir la curiosidad.

—A los jardines de arriba. Son medidas de protección contra inundaciones o incendios.

Tyen vislumbró a lo lejos el final del pasillo, que estaba desierto salvo por ellos

dos y sumido en un silencio absoluto.

Kilraker suspiró.

—Hay algo que debo decirte, Tyen, aunque no sé cómo, pues no pareces muy predispuesto a creerme. La Academia ha decidido destruir a Vella.

Al joven se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Por qué habrían de hacer algo así? Es un objeto valioso y muy poco común.

—Porque contiene secretos de la Academia, gracias a que olvidaste decirnos que podía absorber recuerdos con solo tocarla.

Tyen notó que le ardían las mejillas.

—Ah. Tenía la intención de contárselo, pero... En fin, cuando tuve la oportunidad, ya era demasiado tarde.

Kilraker aminoró la marcha hasta detenerse y se colocó frente a él.

—No estoy de acuerdo con ellos —aseguró por lo bajo—. Por eso la cambié por un facsímil.

Una oleada de satisfacción sacudió a Tyen al oír esa confesión del robo.

—Tyen, ¿me ayudarás a salvarla? —le pidió Kilraker.

El alumno lo miró con fijeza, debatiéndose entre la esperanza y la sospecha.

—Según Vella, usted pretendía cargarme con la culpa. —Parpadeó en un repentino destello de lucidez—. Por eso había algo en la cámara que no estaba donde le correspondía, ¿verdad? Para que el bibliotecario dejara de prestarme atención durante un rato y no supiera si yo había dado el cambiazó mientras estaba distraído.

La sonrisa de Kilraker se desvaneció.

—Ah. Bueno, algo tenía que hacer. Si él jurase que no te quitó ojo en ningún momento, todos le creerían e investigarían quién más había visitado la cámara recientemente. Por supuesto, nunca la encontrarían en tu poder, por lo que no podrían acusarte.

—Pero estaría siempre bajo sospecha. Nadie se fiaría de mí ni me ofrecería oportunidades.

—Un precio pequeño a cambio de su libertad. Si me ayudas, dejaré que hables con ella.

Tyen negó con la cabeza.

—No. Si es verdad que contiene secretos peligrosos relacionados con la Academia, tenemos que devolverla a la cámara de seguridad y después convencer al rector de que es demasiado valiosa para destruirla.

—No hay tiempo para eso. Han acordado eliminarla mañana —aseveró Kilraker con expresión seria—. En Vella tienes una fuente de conocimientos más rica que la Academia y una maestra mejor que todos los profesores juntos. Es un bien demasiado preciado para correr el riesgo de que esos necios no entren en razón.

Tyen se llevó la mano al pecho, donde el libro permanecía en contacto con su piel. «No puedo permitir que la maten». Vella había dicho la verdad sobre las intenciones de Kilraker de tender una trampa a Tyen. ¿Qué debía hacer? Se

desabrochó un botón de la camisa y la sacó. Cuando la abrió, empezaron a aparecer palabras en la página.

—*No te fies de él.*

Una fuerza invisible le sujetó las muñecas y se las apretó con una sacudida tan brusca que el libro estuvo a punto de caer al suelo. Al alzar la vista advirtió que Kilraker tenía los ojos clavados en Vella, con las cejas juntas en un gesto de concentración. Dio un paso al frente con la mano tendida hacia ella.

Tyen aferró la cubierta con más firmeza e intentó recular, pero tenía la mano aprisionada. Los dedos de Kilraker se cerraron sobre las páginas y comenzaron a tirar de ellas. Tyen, al percatarse de que el libro iba a caérsele, invocó magia e inmovilizó el aire que rodeaba el brazo del profesor para enfriarlo.

El aire se heló. Tyen notó que los dedos de Kilraker flaqueaban conforme se le agarrotaban los músculos. La fuerza que le sujetaba el brazo se debilitó mientras la concentración del profesor se disipaba, y una sensación de triunfo invadió a Tyen cuando consiguió zafarse y se tambaleó hacia atrás. Al levantar la mirada, se topó con la de Kilraker. Crispando el rostro, el profesor se abalanzó hacia él.

El ataque fue mágico y físico a la vez. Tyen los desvió ambos con un escudo sólido de aire inmovilizado. Kilraker profirió una maldición cuando sus nudillos chocaron contra la barrera y retrocedió.

De pronto el túnel se llenó de Hollín tras su espalda, y el escudo de Tyen comenzó a temblar y vibrar.

Paralizado, el muchacho amplió su pared protectora, tan horrorizado de que su profesor estuviera lanzándole descargas con fuerza suficiente para matarlo que no sabía qué otra cosa hacer. Nunca se había enzarzado en un combate de magia auténtico, aunque había leído mucho sobre ellos. Entonces la negrura lo envolvió, como una advertencia a sus sentidos que arrancó su mente de aquel estado de conmoción. La magia que lo rodeaba estaba disminuyendo, y si no se desplazaba pronto no podría seguir defendiéndose.

Por lo que recordaba era una situación bastante habitual en batalla. Si un combatiente no lograba vencer al otro valiéndose de su habilidad o de artimañas, acababan por agotar la energía que tenían a su alcance, lo que los obligaba a buscar otra fuente antes de consumir la magia que habían absorbido. En el túnel la única dirección en que Tyen podía moverse era hacia atrás.

El profesor quizá proyectaría la mente de manera que rodeara el escudo del joven para apoderarse de la magia que este tenía detrás. Había dos defensas posibles contra eso: adueñarse de esa energía antes o recular más deprisa. O, mejor aún: hacer ambas cosas.

Echó a andar hacia atrás, despojando el espacio de magia a medida que lo ocupaba. Kilraker lo siguió. Para alivio de Tyen, el profesor había interrumpido sus ataques. Quizá se le había acabado la magia. Tyen se planteó por unos instantes contraatacar con una andanada de descargas. «No —decidió—, sería demasiado

arriesgado. Podría matarlo, y no quiero llegar a eso. No creo que sea necesario todavía. Además, corresponde a la Academia castigar a sus miembros».

—¿Qué ocurre aquí?

Sin desactivar el escudo, Tyen miró hacia atrás. Tres hombres se acercaban a toda prisa. Uno de ellos era Hapen, el profesor de magia que se hallaba presente en la reunión con el rector. Los otros dos pertenecían a otro departamento.

—Él... —comenzó a decir Tyen.

—¡Deténganlo! —gritó Kilraker—. ¡Ha robado el artefacto que habíamos guardado en la cámara!

Los tres hombres bajaron la vista hacia Vella. El profesor de magia arrugó el entrecejo.

—¡Cuánto antes destruyamos esa cosa, mejor!

—Yo no...

La voz de Tyen quedó ahogada cuando una fuerza le ciñó el pecho. Vio las líneas radiales en torno al profesor Hapen. «Estoy atrapado —pensó—. Ni siquiera puedo hablar». Además, las palabras de Hapen habían confirmado la afirmación de Kilraker. Era cierto que la Academia pretendía matar a Vella.

No debía permitirlo. Pero ¿qué podía hacer? Estaba inmovilizado. Entonces recordó la escalera que subía a la superficie. Podría salir por allí, si conseguía liberarse.

Y después ¿qué? ¿Huir corriendo? ¿Perder todo aquello por lo que tanto se había esforzado?

Se le cayó el alma a los pies cuando comprendió que ya lo había perdido. Por el modo en que lo miraban los tres recién llegados, quedaba claro que lo creían un ladrón. ¿Qué posibilidades tenía de convencerlos de que no lo era, si Kilraker declaraba en su contra?

Debía quedarse, luchar por su buen nombre y demostrar que el auténtico ladrón era Kilraker, pero no lo conseguiría a tiempo para salvar a Vella. En cambio, si se marchaba podría encontrar un lugar seguro para ella y regresar para arreglar las cosas.

Si lograba escapar de Hapen.

Estaba rodeado de Hollín, lo que significaba que solo contaba con la magia que había absorbido y aún no había utilizado. A menos que consiguiera llegar más allá.

Respiró hondo y proyectó la mente, que se expandió más allá de las paredes del túnel, por detrás de los cuatro hombres que se le aproximaban, debajo del suelo y hacia el cielo, de donde había percibido a menudo magia que descendía en vaharadas.

Le sorprendió un poco descubrir hasta dónde era capaz de dilatar sus sentidos cuando se esforzaba de verdad.

Entonces absorbió toda la magia. Canalizó una parte para desembarazarse de la fuerza que lo retenía. Con otra parte creó un escudo contra el que impactaron varias descargas mientras corría hacia el hueco de escalera más cercano. El eco de los gritos

que resonaban en el túnel lo persiguió en su ascenso por la escalera, demasiado corta y recargada para facilitar una huida rápida. Una hendidura circular en el techo parecía indicar que allí había una especie de trampilla, pero, al empujarla, Tyen no consiguió que se moviera.

—Menos mal que no se ha declarado una inundación o un incendio —farfulló mientras reventaba la trampilla hacia arriba con magia.

Cuando salió a través de ella se encontró en medio de un macizo de flores, en el que el boquete que acababa de abrir semejava una fea herida. Al oír los pasos de sus perseguidores en el túnel eligió una dirección y se lanzó a la carrera hacia allí. Tropezó con el bordillo del arriate, enfiló un sendero dando tumbos y esquivó a duras penas a dos criados que caminaban a toda prisa.

«Estoy en los jardines, en algún lugar entre la residencia de los profesores y el vestíbulo. ¿Qué hago ahora? ¿Salir de la Academia? ¿Hacia dónde esperan ellos que me dirija?». Hacia la salida más próxima. Por tanto, debía encaminarse a otro lado. El sendero en el que se hallaba conducía a la residencia de los profesores. Ellos no esperarían que fuese allí. Pero era un camino recto, por lo que, en cuanto sus perseguidores asomaran por la trampilla, lo verían. Sin aflojar el paso tomó el primer desvío, una senda más estrecha que rodeaba el edificio hasta la parte posterior.

En una de las curvas alcanzó a vislumbrar la zona hacia la que se dirigía. Se detuvo con un patinazo. Tras la residencia de los profesores se extendía una explanada desnuda sin elementos tras los que guarecerse.

Entonces vio lo que aguardaba allí, con la cápsula inflada y lista para emprender el vuelo.

Conteniendo una carcajada dio un salto y arrancó a correr de nuevo.

SEGUNDA PARTE

Rielle

Las puertas del templo se abrieron y el intenso sol lo bañó todo en un resplandor blanco. Rielle salió detrás de sus compañeras, guiándose sobre todo por el sonido de sus voces. Incluso cuando sus ojos se acostumbraron, le pareció que los colores del patio enlosado se habían disuelto y que las casas enlucidas con barro oscilaban a causa del calor.

—Uf. Estar aquí fuera es insoportable —rezongó Bayla—. Ojalá pudiéramos irnos directas a casa.

—En el mercado no se estará tan mal —aseguró Tareme, su gemela. Se volvió hacia Rielle—. ¿Te apetece venir con nosotras?

Rielle sonrió, agradecida por la invitación.

—Me gustaría, pero no puedo. Mi tía me espera.

—Pero si Ako estará allí. Ha dicho que quería volver a verte. Debes de haberle parecido interesante.

Rielle mantuvo la sonrisa intacta, con cierto esfuerzo. No estaba en absoluto interesada en el hermano de las gemelas. Si le guardaba algún respeto, se lo había perdido por completo cuando había tenido que rechazar sus insinuaciones amorosas durante un ridículo juego de escondite y búsqueda en el jardín el día del cumpleaños de las hermanas. Sin embargo, ellas no lo sabían. No había habido testigos del comportamiento del joven, que sin duda lo negaría todo si ella lo acusaba. Incapaz de explicarles por qué ahora lo despreciaba, solo le quedaba fingir desinterés. No había problema en que las gemelas comentaran los defectos de su hermano, pero se habría considerado una descortesía que una persona que no pertenecía a la familia criticara a un pariente suyo. Sobre todo si esa persona era mujer.

—Me sorprende oírlo —replicó—. Aunque seguramente me ha confundido con otra. Al parecer, creyó que yo era alguien a quien habían contratado para entretenerlo.

Tareme desplegó una sonrisa.

—Suele actuar antes de pensar. Eso forma parte de su encanto. Muestra un gran entusiasmo por la vida, ¿no te parece?

Rielle se encogió de hombros.

«¿Por la vida? No, muestra entusiasmo por algo un poco más concreto. Por otro lado, supongo que no concreta tanto al elegir las mujeres con las que se entusiasma».

—Pasadlo bien en el mercado —dijo—. Nos vemos el próximo cuartodía.

Mientras las dos chicas bajaban la escalera y se alejaban con aire decidido por el patio Rielle sintió una punzada de arrepentimiento. Aunque le hacía ilusión la lección de pintura que su tía iba a darle esa tarde, una invitación de sus compañeras después

de las clases en el templo era algo poco común y superaba las expectativas que tenía desde que había empezado a asistir. Al principio casi todas las conversaciones que las chicas trababan con Rielle versaban sobre la sorpresa y el alivio que sentían porque ella no olía mal.

Todas provenían de las familias más poderosas y adineradas de Fogo. La de Rielle, aunque también era rica, no estaba muy bien considerada debido a la mala reputación que perseguía a quienes se dedicaban al negocio de los tintes. Rielle nunca se había encargado de las tareas más sucias, claro está. Sus padres contrataban a otras familias para que se ocuparan de ellas a cambio de alojamiento y comida, además de un salario. Sus generosos donativos a los templos garantizaban que nadie les hiciera el vacío abiertamente por su desaseada profesión, pero las grandes familias de Fogo tenían formas más sutiles de excluir a las personas a quienes no veían con buenos ojos.

Por desgracia, el detalle más notorio del tintado era que las sustancias que producían los mejores colores eran a menudo también las más repugnantes y malolientes. Entre las peores había orina, heces, extractos de animales marinos, vegetales podridos y larvas de insectos aplastadas. Incluso los mordientes y fijadores resultaban desagradables al olfato... y algunos de ellos eran venenosos. Por todas estas razones era comprensible que la ley obligara a los tintoreros a establecer sus talleres a las afueras de las poblaciones, río abajo.

Lamentablemente, eso significaba que a Rielle le esperaba una larga caminata desde el templo hasta su casa. Se cubrió la cabeza con el velo y se echó las borlas de las esquinas por encima de los hombros. Hacía demasiado calor para atárselo a la barbilla, y casi todas las chicas de aquella pequeña ciudad consideraban que llevar el pañuelo anudado las hacía parecer demasiado mayores. Aun así, tendría que ponérselo bien antes de llegar a casa o su madre le largaría un sermón sobre la modestia.

«De todos modos, no hay nadie por aquí», razonó mientras comprobaba que llevara la talega bien guardada en la parte interior de la falda, bajo la blusa. Atravesó el patio y se encaminó hacia su hogar. Su ruta discurría en gran parte por la vía del Templo, una de las calles principales de Fogo. Solía estar muy transitada, pero a aquella hora de un cuartodía, entre las clases y las ceremonias de culto de la mañana y el mercado de la tarde, se encontraba desierta. Y, como se trataba de la cuarta serie de cuatro días —el final de una mediatemporada—, los ciudadanos más piadosos pasaban la jornada en casa ayunando y rezando.

Curiosamente, eso la hacía sentirse menos segura, como si el peligro de que le robaran aumentara cuando no había testigos. Por lo que había oído, era mucho más probable que eso ocurriera en medio de una multitud, donde todos estaban distraídos.

Más adelante un hombre apareció al doblar una esquina y Rielle se relajó. Era Sa-Gest, el joven y larguirucho sacerdote que tenía visto del templo. Las otras chicas se burlaban de él a sus espaldas. Su túnica gris, oscurecida bajo los brazos y en torno

al cuello por el sudor, lo identificaba como miembro de menor rango de la orden. Enfiló a toda prisa la primera calle lateral. Con curiosidad, Rielle dirigió la vista hacia allí al pasar y lo vio alejarse con grandes zancadas.

Circulaba más gente por las calles secundarias que por la vía principal. Quizá, al estar más sombreadas, hacían más llevadero el calor. Ella había explorado muchas veces el laberinto que formaban en compañía de su primo Ari antes de que él se marchara con el hermano de Rielle para trabajar en el negocio del tintado, en el sector de la importación. Muchas callejuelas estaban resguardadas del sol por toldos, como los de los puestos del mercado, pero con motivos intrincados en el tejido. En las intersecciones había plazuelas y tiendas, y la gente se sentaba en muebles rústicos o bancos adosados a las paredes enlucidas con barro para comer, beber y chismorrear.

En aquella zona de la ciudad, conocida como el barrio de los artesanos, había toldos de hilo negro tejidos por los ocupantes de las casas. Las paredes estaban pintadas de colores intensos y llamativos. Una vez al año se aplicaba una nueva mano de barro y pintura poco antes de la fiesta de los Ángeles. Faltaba una mediatemporada para la siguiente festividad, y casi todas las casas se habían decolorado de forma espectacular en los últimos ocho cuatrodías, en los que el sol del verano había sido más abrasador.

A pesar de su paso tranquilo ya estaba sudando. Anhelaba que soplara la brisa, pero cuando pasó por otra calle lateral y un remolino la rodeó notó que era un aire cálido y polvoriento. Se sintió tentada de andar más deprisa solo para guarecerse del calor y beber agua fresca lo antes posible.

Mientras proseguía su camino avistó, unas calles más adelante, a un sacerdote de más edad que se dirigía hacia ella. A ese no lo conocía, pero su túnica gris azulada indicaba una jerarquía superior; cuanto más se acercaba el color de las vestiduras al de los Ángeles, mayor era el rango. El cabello entrecano del hombre estaba empapado en sudor. Rielle no alcanzaba a distinguir si había reparado en ella o no. A juzgar por su expresión ensimismada, estaba concentrado en asuntos más urgentes.

La joven llegó por fin a la calle de los Curtidores, por la que podría acortar el trayecto a su casa, pues seguía una línea más recta que cortaba una curva de la vía del Templo. Aunque sabía que su madre prefería que no se apartara de la calle principal, su primo le había contado que mucha gente tomaba ese atajo. Así pues, estaría a salvo mientras no se desviara. Vio que había más transeúntes que en la vía del Templo. Sin abandonar en ningún momento la estrecha franja de sombra que había a un lado, procuró mostrarse alerta y segura de sí. Ari le había enseñado que una actitud apocada y temerosa atraía a quienes estuvieran buscando a una víctima fácil.

Unos cien pasos más adelante una masa nebulosa negra brotó de un callejón lateral y se interpuso en su camino.

Se quedó paralizada cuando comprendió lo que era, y acto seguido dobló la pierna y se colocó bien el zapato con la esperanza de que, si alguien la observaba, creyera que se había detenido por eso.

«¡Mancha!». Rara vez la había percibido fuera del templo, y solo después de una procesión. En una de esas ocasiones, Rielle había intentado tocar el rastro persistente que había dejado la magia del sacerdote, y su tía había descubierto que su sobrina menor poseía la facultad de detectarlo.

«Tienes que fingir siempre que no lo ves —le había advertido Narmah—. Y nunca reveles la verdad a nadie, ni siquiera a las personas en quien más confíes. No la pongas por escrito. Ni la menciones en voz alta cuando crees que nadie puede oírte. Si los sacerdotes se enteran, te llevarán lejos». Rielle le había preguntado si eso significaba que llegaría a aprender magia. «Las mujeres no se ordenan. Solo los hombres que cuentan con la aprobación de los Ángeles pueden ser sacerdotes», le había respondido su tía con una severidad tan insólita en ella que Rielle jamás se había atrevido a desobedecer ninguna de esas indicaciones.

Todo el mundo sabía qué ocasionaba la Mancha. Sin duda un sacerdote había utilizado magia... en abundancia. Debía de estar en la callejuela transversal, pues ella no alcanzaba a ver a ningún sacerdote en la calle de los Curtidores.

«Así que no puedo quedarme mucho rato aquí, acomodándome el zapato, o me descubrirá. Tendré que seguir adelante». Eso implicaba atravesar la Mancha. Aunque sabía que no le haría daño, la idea la repelía. Después de todo, se trataba de la suciedad que la magia dejaba tras de sí. Los sacerdotes realizaban ritos secretos de purificación para contrarrestar esos efectos. Ella no poseía tales conocimientos. Por otro lado, si cruzaba la calle resultaría demasiado evidente que lo hacía para evitar la Mancha. Respiró hondo y se forzó a caminar hacia ella. Conteniendo el aliento resistió el impulso de echar una ojeada a la callejuela lateral para averiguar qué estaba haciendo el sacerdote.

De pronto jadeó al chocar con una superficie dura e invisible.

Algo le asió el brazo y tiró de ella hacia un lado. El primer pensamiento que le pasó por la cabeza fue que se suponía que la Mancha no era sólida. El segundo fue que al menos no se había delatado con su jadeo, pues al sacerdote no debía extrañarle que alguien que topara con el muro se diera cuenta. El tercero, que le vino a la mente al mirar al hombre que la sujetaba, fue que no se trataba de ningún sacerdote.

Era un ser harapiento, gris terroso, de mirada enloquecida. En una mano empuñaba un cuchillo, y Rielle dio un respingo cuando se lo acercó a la cara.

—Calladita. No digas nada. Haz lo que te diga —le espetó el hombre—. ¿Me entiendes?

Contemplando el cuchillo con la boca seca y el corazón desbocado, Rielle asintió.

Él dio media vuelta y echó a andar por el callejón, arrastrándola tras de sí. El cuerpo de Rielle reaccionó quedándose sin fuerzas, por lo que estuvo a punto de caer de rodillas, pero el hombre la enderezó de un tirón y continuó caminando. Más valía olvidarse de la opinión de Ari sobre la seguridad en la calle de los Curtidores. ¿Qué debía hacer ella ahora? ¿Qué haría él cuando por fin se detuviera? ¿Atracarla?

La callejuela estaba desierta. Si el hombre se daba prisa podría llevarse su talega

antes de que apareciera alguien. Pero continuaba avanzando. Debía de querer otra cosa. La joven no pudo evitar imaginarse lo peor. Un escalofrío de terror hizo que le flaquearan de nuevo las piernas. Siempre había pensado que prefería morir antes que pasar por algo así, que plantaría batalla. Había imaginado que se quitaría de encima a los agresores, incluso que los llevaría a rastras ante los sacerdotes para que recibieran su merecido castigo. Pero la tenía agarrada con una fuerza increíble y tiraba de ella como si no pesara nada. Pese a su delgadez y a su altura, no muy superior a la de Rielle, era más fuerte.

«Eres más débil, pero quizá también más inteligente —se dijo—. Así que ¡piensa!».

De alguna manera consiguió poner en orden sus ideas y reflexionar sobre lo que sabía de él. Al acordarse de la Mancha se le heló la sangre. No había sacerdotes ni otras personas cerca de allí, por lo que solo ese hombre había podido usar la magia.

Era un impuro. Eso significaba que había decidido aprender a usar la magia. Que estaba resuelto a robar esa magia a los Ángeles. Que no le importaba que vieran esa impureza en su alma cuando muriese y la hicieran pedazos. ¿Qué podía impulsar a alguien a elegir semejante destino? Si había renunciado a su alma, ¿qué atrocidades no estaría dispuesto a cometer? ¿Cuán terribles podían llegar a ser, si dominaba la magia?

El miedo se apoderó de ella, pero la sensación se mitigó cuando se le ocurrió otra cosa. Si la Mancha rala que había dejado era indicativa de algo, el tipo carecía de habilidades mágicas. La Mancha que creaban los sacerdotes era distinta; un halo radiante.

En teoría, ella podía emplear la magia también. Todos los que eran capaces de ver la Mancha podían, aunque Rielle no tenía la menor idea de cómo hacerlo, y si la utilizaba, aunque fuera para salvar el pellejo, nunca conocería la otra vida.

Quizá se vería obligada a elegir entre la muerte y la muerte eterna.

Antes de que empezara a plantárselo, el hombre aminoró el paso al acercarse a una calle transversal, se asomó por detrás de la esquina y reanudó la marcha, obligándola a seguirlo. Estaba atento por si aparecía algo. O alguien. Rielle pensó al instante en los sacerdotes que había visto antes. En la calle, un día caluroso, cuando sin duda habrían preferido el ambiente fresco del templo. El corazón se le llenó de esperanza. ¿Buscaban al impuro? ¿Se hallaban cerca? ¿Estaba su salvación a solo unas esquinas de distancia?

¿Era esa la razón por la que él la había raptado? ¿La había hecho rehén, con la intención de amenazar con matarla si lo acorralaban?

Al aproximarse a otro cruce el hombre echó un vistazo por la calle transversal y volvió sobre sus pasos. Pasó junto a ella y le dio un tirón en la dirección por donde habían llegado. Rielle inspiró para pedir auxilio a gritos a quien lo había hecho huir, pero cambió de idea y exhaló. ¿Y si el tipo simplemente intentaba evitar a otras personas? Si gritaba, tal vez pondría a algún inocente en peligro.

El hombre continuó arrastrándola sin soltarle el brazo. Con los dientes apretados, Rielle repasó mentalmente todas las maldiciones que su primo le había enseñado. Las más leves le habían valido un bofetón por parte de su madre cuando las había probado por sí misma, creyendo equivocadamente que estaba sola. Al pronunciarlas para sus adentros se sintió más tranquila y el terror que la había debilitado se redujo a un miedo latente.

Para su sorpresa, el hombre empezó a conducirla por calles concurridas. Las personas con que se cruzaban los miraban con indiferencia o bien mostraban un interés calculador y mezquino que a ella le recordaba a algunos clientes de sus padres. Las paredes estaban pintadas, pero el enlucido presentaba grietas y desconchones. Los postigos colgaban torcidos de los marcos de las ventanas. Un olor casi tan desagradable como los hedores mezclados que emanaban de las pozas de teñido lo impregnaba todo. El humo aromático de los quemadores no bastaba para enmascararlo.

«Estoy en el barrio pobre —comprendió, tan asombrada como consternada por descubrir que habían llegado tan lejos—. Habremos dejado muy atrás a los sacerdotes».

A pesar de todo, el hombre no aflojó el paso. Procuraba avanzar por las calles más tranquilas y siempre echaba una ojeada antes de doblar una esquina o de salir a un cruce. Ese gesto empezaba a parecer obsesivo a Rielle cuando de pronto, al llegar a una intersección, el tipo reculó y, tras mirar en derredor, se refugió en el hueco de un portal. Le quitó el velo de la cabeza de un tirón y la volvió de cara al exterior, asiéndola por la cintura de la falda para evitar que huyera.

Rielle se quedó paralizada al notar la presión de un objeto duro contra el costado.

—Quietecita. No digas nada. No lames la atención.

La joven permaneció lo más inmóvil posible. Al dirigir la vista a un lado de la calle se percató de que las mujeres junto a las que habían pasado, que esperaban delante de las casas cada tres o cuatro portales, tampoco llevaban pañuelo. Su ropa era tan vaporosa que la piel bronceada se transparentaba a través de la tela sin teñir. Más lejos, un hombre reclinado contra la pared hablaba con una de ellas.

Una figura apareció en el espacio en el que se cruzaban las calles y el raptor sujetó a Rielle con más fuerza. El sacerdote parecía fuera de lugar con su túnica azul. La chica no lo conocía. Era más alto y mayor que Sa-Gest, y el color de sus vestiduras correspondía a una jerarquía superior. Cuando escrutó la callejuela su mirada pasó por encima de Rielle sin detenerse. Aunque ella esperaba ver repugnancia en su rostro, su expresión no denotaba más que diversión.

El sacerdote volvió la mirada hacia la calle transversal y sacudió la cabeza. Una oleada de esperanza recorrió a Rielle cuando dirigió de nuevo su atención hacia donde ella estaba y echó a andar hacia allí.

«Ayúdeme», pensó cuando pasó por delante, pero guardó silencio, consciente del cuchillo que tenía contra el costado. Él la observó de arriba abajo y siguió su camino.

Las otras mujeres, que no parecían en absoluto avergonzadas por su presencia, le dedicaban sonrisas tímidas. Rielle desvió la vista, asqueada. «Como si un sacerdote pudiera estar interesado en sus servicios». Oyó que el sacerdote se detenía a preguntar a una de las mujeres si había visto a un hombre delgado y mugriento escondido por allí. La mujer le respondió que mucha gente de la zona encajaba con esa descripción. El sacerdote se apartó de ella y continuó caminando por la callejuela.

Al mirar hacia la intersección Rielle pensó en la manera en que el sacerdote había meneado la cabeza al volver los ojos hacia la calle transversal. ¿Se trataba de un gesto dirigido a alguien que se encontraba más lejos en esa misma calle? ¿Otro sacerdote, tal vez?

Concibió una tenue esperanza. Un plan empezó a formarse en su mente. Era peligroso, pero decidió que valía la pena correr el riesgo.

—¿Se ha ido? —preguntó el raptor.

Rielle volvió a mirar. El sacerdote había desaparecido al torcer una esquina.

—Sí.

El hombre retiró el filo del arma de su costado y la aferró del brazo otra vez. La apartó de un empujón, se acercó al cruce y se dispuso a asomarse a la esquina.

—Me parece que está regresando —mintió Rielle—. Sí, ahí viene. —Él miró hacia atrás, pero ella dio media vuelta para seguirlo a toda prisa y taponarle la vista—. ¡Rápido! —susurró al tiempo que lo empujaba con suavidad hacia delante.

El hombre dio un paso hacia la intersección. La joven fingió tropezar y cayó de rodillas soltando un chillido. Al echar una ojeada por la calle transversal en la misma dirección en que el sacerdote había inclinado la cabeza vio a un sacerdote mayor —aquel con el que se había cruzado antes— que la observaba por encima del hombro. Mascullando una imprecación el raptor intentó obligarla a levantarse.

Una masa negra surgió en torno al sacerdote.

Era el halo de Mancha que tantas veces había visto Rielle; surcado por líneas radiales iguales a las que rodeaban a los Ángeles pintados en las paredes del templo, salvo porque estas eran blancas, como si ella hubiera estado contemplando las efigies sagradas durante un rato y luego, al cerrar los párpados, se le aparecieran invertidas.

Notó que la mano le soltaba el brazo. Por encima de ella oyó un grito ahogado que resonó en aquel espacio reducido. El cuchillo rebotó en los adoquines con un ruido metálico. Cuando la joven miró hacia arriba vio que el raptor se había llevado las manos al cuello, sujeto por una magia invisible y sacra.

Rielle supuso que era peligroso interponerse entre el sacerdote y su prisionero, así que se arrastró hasta la pared.

La Mancha se arremolinó en torno al raptor como una gota de tinta en el agua.

—No —dijo el sacerdote—. Eso no podemos tolerarlo.

El hombre suspendido en el aire profirió un alarido y se retorció. Con un nudo en el estómago Rielle se puso de pie y se encaminó de nuevo hacia la callejuela, pero se topó de frente con el sacerdote de la túnica azul.

Este entornó los ojos al reconocerla y apuntó con el pulgar hacia atrás.

—Quítate de en medio, pero no te vayas.

Rielle se alejó a paso veloz y aminoró la marcha cuando se hallaba cerca de las prostitutas. Miraban fascinadas al hombre que se convulsionaba al final de la calle. «Me ha dicho que no me vaya. ¿Dónde lo espero?». Cuando los gritos cesaron tras ella sintió alivio y algo de mareo.

Unas manos la agarraron por los hombros para evitar que perdiera el equilibrio. Al levantar la vista, sobresaltada, descubrió que el hombre que hablaba con una de las prostitutas había acudido en su ayuda. Le sonrió. «Qué sonrisa tan encantadora», pensó sin poder evitarlo. Era joven, pero no tanto como ella. Se fijó en su cabello negro y lacio, en la armoniosa disposición de sus cejas, pómulos y mentón, antes de bajar los ojos con recato. Le pareció muy guapo. ¿Quizá solo porque era el primer rostro amigable que veía desde hacía horas?

—Ha sido muy inteligente lo que ha hecho usted, Ais —declaró él.

Ella pestañeó con incredulidad.

—¿De veras?

—Sí. —Se volvió hacia el final de la calle—. Por lo visto se está dando por vencido.

Rielle siguió la dirección de su mirada. El raptor yacía boca abajo en el suelo. Lo flanqueaban los dos sacerdotes, envueltos en Mancha. Ella reprimió el impulso de apartar la vista. Era como si el espacio que los rodeaba hubiera quedado despojado de luz y color.

—¡Piedad! No era mi intención aprender nada —gimió el hombre tumbado—. ¡Me engañaron!

—Uno siempre tiene la libertad de elegir —replicó el sacerdote de más edad.

El raptor bajó la cabeza hasta apoyarla en el suelo.

—Valió la pena —dijo en voz tan baja que Rielle apenas alcanzó a oírla—. Aunque me muera ahora, habrá valido la pena.

—Levántate —le ordenó el sacerdote.

—Acaben con esto de una vez. Mátenme.

—Esa decisión no te corresponde a ti.

El sacerdote mayor hizo un gesto con la cabeza al más joven, que se acercó y obligó al prisionero a ponerse de pie. Acto seguido dirigió la vista hacia la callejuela. Rielle dio un respingo cuando sus miradas se encontraron. Dejando atrás al sacerdote joven, el de más edad se aproximó con el ceño fruncido.

—Me llamo Sa-Elem. ¿Te han hecho daño, Ais?

Rielle negó con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Rielle Lázuli.

El hombre elevó las cejas.

—La hija de Ens Lázuli. ¿Qué hacías en compañía del impuro?

—Me dirigía a mi casa después de las clases en el templo cuando me ha abordado. Me ha obligado a irme con él. Tenía un cuchillo.

—Ya no. —El sacerdote miró alrededor—. No podemos abandonarte en estas calles que no conoces, pero antes debemos encargarnos del impuro. Me temo que tendrás que acompañarnos al templo.

¿Recorrer todo el camino de vuelta al templo?

—Estoy... estoy segura de que me las arreglaré para orientarme. Solo quiero volver a casa. Mi familia estará preocupada.

El sacerdote frunció el ceño.

—Pero ¿de verdad no quieres que te escoltemos después del mal trago que acabas de pasar?

—Yo...

Rielle se detuvo. No sabía muy bien qué quería. El deseo de no caminar sola por la calle era tan imperioso como la necesidad de llegar a su hogar.

—¿Me permite acompañar a Ais Lázuli, Sa-Elem? —preguntó el hombre apuesto. El sacerdote lo miró con severidad.

—¿Y tú quién eres?

—Izare Saffre.

—El pintor. —El hombre mayor asintió y se volvió hacia Rielle—. Supongo que, al tratarse de una circunstancia excepcional, resultará aceptable, siempre y cuando la joven te acepte como acompañante.

Rielle movió la cabeza afirmativamente.

—Lo acepto.

—En ese caso asegúrate de llevarla directamente a su casa, Aos Saffre. Tendremos que interrogarla.

—Prometo que llegará sana y salva, y sin dilación.

La respuesta pareció satisfacer al sacerdote.

—No hará falta que abandones la seguridad de tu hogar, Ais Lázuli —le aseguró—. Iremos a verte en cuanto pongamos al impuro a buen recaudo.

Rielle asintió de nuevo.

—Avisaré a mi padre de que vendrán.

Tras efectuar una señal de bendición con la mano el sacerdote mayor regresó junto a su compañero, que sujetaba al raptor por el brazo con la misma fuerza con que él la había aferrado a ella. Se produjo un estallido de gritos y silbidos de aprobación, y Rielle, al darse la vuelta, vio a numerosos vecinos asomados a ventanas y puertas.

—Bueno, ya lo ha oído —dijo Izare dedicándole una sonrisa tan radiante como la anterior—. He de acompañarla directamente a casa. Sígame.

Cuando llevaban varios minutos caminando Izare se volvió hacia ella.

—Gracias a ti, la ciudad vuelve a estar a salvo.

Rielle apartó la vista.

—No tenía idea de que un impuro anduviese suelto por la ciudad.

—Los sacerdotes intentaban darle caza desde hace semanas. —Señaló una calle lateral—. Por aquí.

Unos momentos antes él la había hecho atravesar la Mancha que habían dejado los sacerdotes y que aún no se había disipado. A diferencia de lo que había ocurrido con anterioridad, Rielle no había topado con resistencia alguna. Aliviada, había seguido a Izare, un poco cohibida por la compañía del apuesto desconocido. De todos modos, aquellas calles eran tan estrechas que solo podían pasar dos personas a la vez, y Rielle no quería obstruir el paso a alguien que viniera de frente. Sin embargo, cuando llegaron a una vía más ancha Izare aminoró la marcha para avanzar a su lado.

«Es muy guapo —reflexionó ella—. Y no solo por haberme mostrado una cara amable después de una mala experiencia». Tenía el pelo liso y negro, y una tez impecable del mismo tono que las virutas de madera de borrasca que se utilizaban para elaborar un cálido tinte dorado pardusco. Cuando él la miró la joven se percató de que sus ojos eran de un amarillo verdoso leonado. Se movía con una elegancia natural, balanceando los brazos. El pintor volvió la vista al frente, y Rielle aprovechó para observarlo con más detenimiento, preguntándose qué rasgo de aquel rostro le confería tanto atractivo. ¿La altura de los pómulos? ¿El ángulo de la mandíbula?

Izare posó de nuevo la mirada en ella.

—¿Cómo te encuentras? Pareces haberte recuperado del susto con una rapidez increíble.

—¿En serio? —Rielle se encogió de hombros—. Estoy viva. Es motivo suficiente para alegrarse. Por otro lado...

—Por otro lado, ¿qué?

Ella sacudió la cabeza.

—También estoy un poco decepcionada.

—¿Decepcionada? —inquirió Izare enarcando las cejas.

—De mí misma. Siempre había imaginado que reaccionaría mejor si me sucediera una cosa así.

—Le has engañado para que se expusiese a la vista de un sacerdote. Ha sido un acto muy valiente.

—Sí, pero antes de eso ni siquiera he intentado hacerle frente. Me sujetaba con

demasiada fuerza.

—Los hombres suelen ser más fuertes que las mujeres —señaló Izare—. Difícilmente habrías conseguido vencerlo en una lucha. En cambio, has sido más lista que él. Habrías podido dejarte llevar por el pánico o abstenerte de hacer algo que pudiera enfurecerlo, pero, en vez de ello, has tenido el valor de actuar.

Rielle suspiró.

—Supongo que sí. Solo desearía... ser más fuerte.

Izare sonrió.

—Entonces serías toda membruda y musculosa. Debo decir que me alegro de que no lo seas. Eres... —Se detuvo de golpe, retrocedió un paso y la examinó—. No hermosa, pero de aspecto agradable. Bien proporcionada. Lo bastante alta para tener las extremidades estilizadas pero no escuálidas. Tu rostro... —Se le acercó y la observó con fijeza—. Tu rostro resulta interesante. No tiene una forma clásica, pero sí... única. Gratificante para quien se tome la molestia de mirarlo dos veces.

Nadie había osado hablarle con tanta llaneza a ella, hija de una familia acaudalada. Eso le produjo sentimientos encontrados: humillación, una indignación incipiente por aquellos comentarios tan directos y francos, diversión ante la acertada observación de que no era hermosa. Tenía la piel de un color marrón demasiado claro y la nariz demasiado recta. No obstante, mientras Izare describía su rostro había suavizado el tono, y su elogio le había provocado un escalofrío tan inquietante como placentero.

El pintor enderezó la espalda.

—Perdona. Te he avergonzado. Es una mala costumbre, adquirida a causa de mi profesión. Sigamos adelante.

—¿Tu profesión? Ah, eres pintor —recordó mientras reanudaban su camino.

—Así es.

—¿Qué pintas?

—Lo que la gente me paga por pintar. Por lo general espirituales, pero también algún que otro retrato.

Los espirituales eran las imágenes de fondo de los pequeños altares que había en todos los hogares de Fogo. Incluso los forasteros que no compartían las mismas tradiciones los compraban para que sus invitados pudieran practicar sus ritos. Tía Narmah había pintado el espiritual de la casa de Rielle, para el que había elegido una escena nocturna, pues a aquella hora los Ángeles estaban más serenos y comunicativos. El cielo era de un azul marino intenso que se obtenía a partir de un pigmento más caro y difícil de encontrar que el oro, procedente del lejano Surlan, lo que testimoniaba tanto la devoción de la familia como su riqueza.

En el mercado se vendían espirituales más baratos, pintados con sustancias de precios menos prohibitivos. ¿Eran algunos de ellos obra de Izare? Sin embargo, el sacerdote Sa-Elem había reconocido su nombre, lo que parecía indicar que sus creaciones eran de mejor calidad.

—¿Y pintas por placer también? —preguntó Rielle.

—Cuando tengo tiempo, sí.

—¿Qué pintas entonces?

—A mis amigos y a... bueno, a cualquiera a quien convenzo de que pose para mí.

¿Y tú?

—A mi tía, a los trabajadores... —contestó ella—. Los objetos que encuentro por casa. La vista del otro lado del río. Solo como pasatiempo, por supuesto.

Él parpadeó, sorprendido.

—¿Tú pintas?

—Sí, mi tía me enseña. Se le da muy bien.

Izare asintió, algo distraído al ver que salían del barrio pobre a una calle más ancha. En cuanto Rielle se percató de que era la vía del Templo se detuvo.

—Ah, ahora sé dónde estamos. Puedo seguir sola desde aquí, si tienes que volver al trabajo.

—Oh, cuando hago una promesa la cumplo —aseveró él, pero se quedó inmóvil, contemplándola con aire pensativo—. Me gustaría mucho pintarte un retrato, Ais Lázuli.

La joven lo miró fijamente, atónita, pero él le sonrió y tuvo que apartar la vista. Cuando subió la mano para cubrirse la cabeza con el velo y sus dedos no palparon la fina tela la acometió una sensación de alarma.

—¡Oh! ¡Mi pañuelo! Debo de haberlo perdido.

—Hace un rato lo llevabas puesto. —Izare volvió la mirada hacia la calle por la que habían llegado—. Iré a buscarlo cuando te haya dejado en tu casa.

—No, tengo que regresar. Si mi madre me ve llegar sin él se pondrá furiosa.

Dio un paso hacia el barrio pobre, pero Izare se interpuso en su camino.

—Creo que tienes una muy buena justificación. Además, Sa-Elem ha dicho que debías irte directa a casa. No es más que un pañuelo; no me cabe duda de que una chica como tú tendrá un montón de ellos.

Rielle se ruborizó ante esta referencia como de pasada a la fortuna de su familia. Pero lo cierto es que el pintor tenía razón. Respiró hondo y se encaminó de nuevo hacia su casa. Mientras andaban meditó sobre lo que Sa-Elem podría preguntarle cuando finalmente se presentara. Querría saber cómo había acabado en poder del impuro.

No podía contarle lo de la Mancha que había visto; de todos modos, tampoco creía que fuera necesario. Aunque no estaba prohibido percibir la Mancha —su tía había exagerado al asegurarle que se la llevarían lejos—, si los sacerdotes se enteraban de que poseía esa capacidad la mantendrían vigilada para cerciorarse de que no aprendiera a utilizar la magia. Que la noticia se difundiera podía perjudicar el negocio de su familia. La gente rehuía a quienes veían la Mancha. Algunos creían que esa facultad se transmitía por linaje y otros pensaban que era un castigo por tener inclinaciones pecaminosas. Por un motivo u otro, quienes la poseían veían limitadas

sus posibilidades de casarse.

Se estremeció al recordar los alaridos del impuro. No acertaba a imaginar por qué alguien querría aprender magia. Su uso era imposible de disimular, debido a la Mancha. Los sacerdotes acababan por descubrir a quienes lo intentaban y nadie sabía con certeza qué suerte corrían. Los impuros eran desterrados de Fogo a algún lugar situado al otro lado del desierto.

Sin embargo, Sa-Elem era solo una de sus preocupaciones. Su madre se horrorizaría al oír que habían arrastrado a su hija por el barrio pobre. Tal vez le prohibiría volver caminando sola del templo y enviaría a algún criado a acompañarla. Seguramente sería un tintorero, que confirmaría todos los prejuicios de sus compañeras de clase sobre lo mal que olían quienes se dedicaban a teñir telas. «Es un poco injusto. Todos los empleados se lavan cuando hace falta, pero algunos olores son persistentes». No obstante, su madre sin duda se acordaría en el último momento, y la persona a la que enviara no tendría tiempo de lavarse. Todo el mundo estaba atareado con los preparativos para la festividad, y sus padres no eran una excepción.

—¿Y bien? —dijo Izare rompiendo el silencio—. ¿Posarás para mí?

Rielle lo miró de soslayo, pues le divertía que se lo hubiera pedido de nuevo.

—Qué, ¿estás buscando una nueva cliente?

—No te cobraría por pintarte.

La chica se quedó mirándolo sin disimular su incredulidad. Él sonrió. «¿A qué está jugando? —se preguntó—. ¿De verdad quiere hacerme un retrato... o es que espera obtener algo de mí con esos halagos?».

—Dudo que mi madre diera su aprobación —repuso.

—Lo dudas. Ya es algo. La duda no descarta del todo la posibilidad.

—Tal vez habría sido más exacto decir: «Es imposible que mi madre dé su aprobación» —rectificó—. Por tanto, no puedo aceptar la oferta.

Aunque suponía que Izare se irritaría ante su negativa, él se limitó a asentir con un suspiro.

—¿Se te ocurre alguna situación en la que ella te permitiría posar para un retrato?

—Ahora mismo, no.

—Pues en cuanto se te ocurra avísame. ¿Esa de ahí es tu casa?

Al dirigir la vista al frente Rielle divisó las características paredes del taller de tintado. La melancolía se apoderó de ella.

—Sí.

—¡Y pensar que había pasado por delante tantas veces sin saber que dentro había una mujer tan fascinante!

La joven arqueó las cejas al oír el cumplido. El pintor sonrió de oreja a oreja.

—¿Me he pasado?

—La verdad es que sí.

Izare soltó una carcajada.

—Tienes hermanos varones, ¿a que sí? Todas las mujeres inmunes a las alabanzas

tienen algún hermano a quien culpar.

—Un primo. Mi hermano es mucho mayor que yo, así que no jugábamos juntos cuando éramos niños.

—Me gustaría conocer a ese primo tuyo.

—Si crees que estará de acuerdo en que me pintes un retrato te llevarás un chasco. Se ocupa de los pedidos del negocio; busca los tintes y las telas para importar, y se asegura de que los reciban aquí.

—¿Así que estás completamente sola?

—Por supuesto que no. Tengo a mi familia.

—Pero no hay nadie más de tu edad en tu casa.

Esas palabras le provocaron una inesperada punzada de tristeza. Era cierto que echaba de menos a Ari, y los hijos de los empleados de la tintorería que tenían su edad se pasaban casi todo el día trabajando en las pozas o cuidando de sus jóvenes familias, o bien se habían ido a vivir con sus flamantes esposos. «Y pronto tendré que hacer lo mismo si mi madre se sale con la suya». El principal objetivo por el que la enviaba a clases en el templo era para que encontrara esposo. Sus padres abrigaban la esperanza de que si se relacionaba con chicas de su edad y de la clase social adecuada, conocería entre sus hermanos y primos a un hombre que fuera un buen partido.

«Y salta a la vista que Izare no pertenece a la clase social adecuada».

Rielle sacudió la cabeza. «¿Cómo se me ha podido ocurrir una cosa así? Acabo de conocerlo. Ni siquiera sé si me cae bien. ¿Lo habré pensado porque es guapo o porque me dejo engatusar fácilmente por los elogios? —Frunció el ceño—. Además, ¿no estaba negociando con una prostituta cuando lo he visto por primera vez?».

Habían llegado al taller de tintado. Mientras caminaban hacia la puerta esta se abrió. Rielle dio un respingo al ver salir a su madre con paso apresurado.

—¡Rielle! ¿Dónde has estado? —Posó los ojos en Izare—. ¿Quién es usted? —preguntó en un tono más comedido.

Izare hizo una reverencia.

—Me llamo Izare Saffre. Me he ofrecido a acompañar a su hija después de su rescate por parte de los sacerdotes.

La mujer se quedó contemplándolo un momento antes de volver la vista hacia Rielle.

—¿Rescate?

—Me han... Me han... Es una larga historia. —Rielle suspiró—. Sa-Elem vendrá más tarde y te lo explicará.

Su madre enarcó las cejas y miró de nuevo a Izare.

—Bueno, me imagino que querrá usted...

—... marcharme ahora que su hija ha llegado a casa sana y salva. Salud, Ais Lázuli —se despidió Izare, y tras inclinarse ante Rielle dio media vuelta y echó a andar.

La madre de la joven lo observó alejarse, visiblemente intranquila.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Izare Saffre.

—Supongo que podemos localizarlo y ofrecerle una recompensa, si es verdad que te ha salvado.

«Por eso se ha ido a toda prisa. No quiere una recompensa. Después de todo, no ha sido él quien me ha salvado, sino los sacerdotes». Como de costumbre, su madre no había prestado atención. De hecho, parecía a punto de arrancar a correr tras él, por lo que Rielle la rodeó.

—Será mejor que me arregle un poco antes de que lleguen los sacerdotes.

Su tía Narmah estaba de pie frente a la puerta del taller con expresión ansiosa.

—¿Te han herido? —preguntó.

—No, a menos que consideres que la vergüenza es una herida.

—¿He oído bien? ¿Te ha ocurrido algo y vendrán los sacerdotes? ¿Por qué no llevas el velo?

Rielle sonrió.

—Sí, has oído bien, pero no hay por qué alarmarse. Vamos adentro y te lo cuento.

Los grumos y el polvo que cayeron del tarro al interior del mortero eran de un color marrón intenso. Narmah cogió la piedra lisa y redondeada y comenzó a moler el pigmento.

—Manos a la obra —indicó a Rielle.

Contemplando la gruesa losa pulida que tenía ante sí, la chica exhaló un suspiro.

—Me habías dicho que íbamos a pintar.

—Ya no hay tiempo para eso, pero podemos aprovechar el que nos queda para hacer algo útil.

Rielle retiró un tarro de un estante, midió una porción de la tiza que había dentro y la vertió sobre la losa de mezclar. Añadió savia de árbol, por fortuna ya pulverizada, y removió con una espátula. Para cuando por fin obtuvo una mezcla homogénea Narmah ya había filtrado el pigmento molido en un tarro más pequeño. Rielle lo cogió, tomó una medida del contenido, la agregó al montoncito de polvo y batió. Acto seguido echó un poco de agua y un chorrito de néctar a manera de conservante, y dio vueltas con la espátula hasta que todo el polvo se había humedecido. La mezcla se había convertido en una pasta arenosa color rojo sangre. Recogió la moleta, colocó la gruesa cabeza hacia abajo, sujetó el mango con ambas manos y comenzó a triturar.

Aunque era una tarea ardua y tediosa, Rielle descubrió que los movimientos la relajaban. Dejó que sus pensamientos se movieran en círculo, como sus manos. Los recuerdos del día acudían a su mente de forma desordenada: la barrera de Mancha rala que se había derramado en su camino, la sonrisa de Izare, el sacerdote que había pasado de largo ante ella en el barrio pobre, los alaridos y las convulsiones del impuro.

Interrumpió su labor. La pintura se había esparcido sobre la losa en una fina mancha rojiza. La empujó hacia el centro con la espátula y continuó desmenuzándola.

Había sido terrible presenciar el sufrimiento de aquel hombre, pero el sacerdote solo se lo había infligido para impedirle que utilizara la magia. Al fin y al cabo, había aprendido algo que sabía que estaba prohibido. Había robado a los Ángeles. Había recorrido el barrio pobre con Rielle a rastras..., aunque la joven solo podía elucubrar sobre el motivo. ¿Planeaba usarla como rehén si lo acorralaban? Decidió que era lo más probable. ¿Lo habrían dejado marchar los sacerdotes para que ella no resultara herida? ¿El impuro se la habría llevado consigo como garantía de que ellos no lo siguieran?

Se estremeció e hizo una pausa para arrastrar de nuevo la pintura hacia el centro.

A pesar de todo, no podía evitar sentir un poco de lástima por el impuro. Sin duda se había criado sabiendo que poseía la facultad de hacer algo que no estaba permitido, como ella. Pero eso era lo único que tenían en común. Él había sucumbido a la tentación. De niña, Rielle se preguntaba qué sería capaz de hacer con magia y lamentaba no tener la libertad para averiguarlo, pero siempre que contemplaba las imágenes de los Ángeles en el templo y en los espirituales, siempre que oía relatos sobre su bondad, la invadía un deseo tan intenso de conocer a uno que sabía que jamás haría nada que pudiera disgustarlos.

Al bajar la vista hacia las espirales de pintura cada vez más grandes recordó la Mancha creada por el raptor. ¿Se había percatado de que ella la veía? ¿Se lo diría a los sacerdotes? ¿Le creerían? Valiéndose de la espátula formó una pequeña masa de pintura en el centro y la apretó de nuevo con la moleta. Si ese hombre la había delatado y los sacerdotes le habían creído, ella no podía hacer nada al respecto.

Los clérigos practicaban ritos para eliminar de su alma la impureza ocasionada por el uso de la magia. En otra época ella había anhelado ordenarse y le había parecido injusto que las mujeres tuvieran vedada esa posibilidad, pero tal deseo se había apagado con el tiempo. La vida poseía otros atractivos: el amor, los hijos, la pintura... El rostro de Izare le vino a la memoria, y estuvo a punto de soltar una carcajada. Era un joven interesante, pero no como futuro esposo. Más que nada, ella tenía curiosidad por ver su obra.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Narmah.

Rielle sacudió la cabeza.

—Por nada.

—Así que por nada, ¿eh? Cuando alguien sonrío así siempre es por algo. —Había empezado a moler otra vez el pigmento y se detuvo para verterlo en el tarro a través del tamiz—. Es por ese joven que te ha acompañado a casa, ¿verdad?

—Sí y no. Me preguntaba por sus habilidades como pintor.

—¿Izare Saffre? Oh, es muy bueno.

Rielle dejó de triturar y clavó los ojos en su tía.

—¿Has visto sus pinturas?

Narmah sonrió.

—Sí, y tú también. Él pintó los frescos del templo de nuestra zona.

—¿En serio?

Un escalofrío le bajó por la espalda. El pequeño templo local había sido construido unos años atrás, a pocas calles del taller de tintado. Desde entonces la familia de Rielle asistía a las ceremonias y los sacrificios que se celebraban con regularidad en él. Ella habría preferido ir a clase allí también, pero las hijas de las familias con las que su madre quería que se codeara estudiaban en el templo principal.

Aquellos frescos habían asombrado a Rielle la primera vez que los había visto. Los Ángeles parecían tan reales que en ocasiones le daba la impresión de que estaban

a punto de cobrar vida y ponerse a hablar. El sol estaba coloreado de un modo tan ingenioso que la joven sentía el impulso de protegerse los ojos, y los nubarrones que se cernían sobre la escena encarnaban una amenaza tangible.

A su madre no le gustaban, pues a su juicio eran demasiado convencionales. Eso solo hacía que a Rielle le entusiasmaran aún más.

Centrándose de nuevo en la trituración, la joven empujó la moleta en círculos mientras notaba que sus sentimientos hacia Izare y su concepto de él cambiaban. Le costaba conciliar la impresión que le había causado con el descubrimiento de que había creado aquellas soberbias efigies religiosas. Le había parecido demasiado directo, demasiado descarado. Un pintor de espirituales debía mantener una actitud digna y devota. Pero tal vez lo que más lo degradaba a sus ojos era el recuerdo de haberlo visto charlando con la prostituta.

«Hummm —pensó—. ¿Qué hacía él allí?».

—Me ha propuesto hacerme un retrato —le reveló a su tía para ver cómo reaccionaba—. Le he dicho que mamá jamás daría su aprobación.

—No, no te la daría —convino Narmah—. Has hecho bien en rechazar su oferta. Rielle se encogió de hombros.

—Pero si te he pintado a ti, y a Ari, y a varios de los trabajadores de la tintorería.

—Son familiares, o personas que conoces, de confianza, con las que convives. Él es un hombre joven y tú eres una muchacha atractiva. La gente se imaginaría que está haciendo mucho más que pintar tu retrato. Y quizá esa sea su intención.

Rielle se echó a reír.

—Tienes mejor concepto de mi aspecto que nadie, tía. —«Excepto él», pensó. Se interrumpió para rascar la pintura de nuevo—. ¿Y si vinera aquí para pintarme?

Narmah enderezó la espalda y se apoyó las manos manchadas en las caderas.

—Eso no lo pienses siquiera. Además, aquí la artista eres tú.

—No soy la única. Si lo fuera, ¿cómo podrías enseñarme? —Rielle reanudó la molienda—. Además, si tan bueno es, ambas podríamos aprender algo observándolo.

Su tía arrugó el entrecejo.

—¿Por qué estás de pronto tan interesada en que te hagan un retrato?

—No lo estoy. Pero si pinta tan bien, y está dispuesto a hacerlo sin cobrar, ¿por qué no dejar...?

—¿Sin cobrar? —Las cejas de Narmah se elevaron—. Eso sí que es sospechoso. —Abrió la boca, la cerró de nuevo y ladeó la cabeza—. Me parece que..., sí. El sacerdote ha llegado. ¿Te has manchado de pintura? No. Pásame tu delantal.

Rielle se lo desató y se lo tendió a su tía.

—¿Tú no vienes?

—Sí, pero antes quiero terminar lo que estaba haciendo. Adelántate, anda. No hables más de la cuenta. No seas testaruda en tus opiniones; queda muy vulgar en una mujer. Y no te olvides del velo.

Rielle recogió su pañuelo de una silla cercana, salió de la habitación de su tía y

enfiló el pasillo. Le llegaban voces apagadas del recibidor, situado al final. Narmah había dejado la puerta entornada para oír al sacerdote cuando llegara.

Mientras caminaba Rielle meditó sobre lo que le diría. O, más bien, sobre lo que callaría. «Ni una palabra sobre la Mancha que he visto, ni sobre el atajo que he tomado por la calle de los Curtidores». Sin embargo, en el mismo momento en que lo pensaba cayó en la cuenta de que no podía mentir sobre la ruta que había seguido. Tendría que confesar que había decidido ir por el camino más corto. Nadie creería que el impuro la había raptado en la vía del Templo sin que nadie lo viera. El sacerdote buscaría rastros de Mancha en la avenida o bien la encontraría en la calle de los Curtidores, sabría que ella le había mentido y se preguntaría por qué.

Su madre montaría en cólera.

Por otro lado, su madre se había olvidado por completo de que iba sin velo en cuanto se había enterado de que el impuro se la había llevado a punta de cuchillo. Se había puesto pálida y le había dado un breve abrazo en una muestra de emotividad insólita en ella. «Hija mía —había dicho—. Podría haberte perdido».

Después Narmah había insistido en darle la clase de pintura de todos modos. En cuanto se habían hallado a solas había preguntado a su sobrina si había visto alguna cosa de la que no debía hablar.

Rielle había guardado silencio unos instantes para meditar sus palabras.

—Sí. He fingido no ver nada. Tampoco hablaré de ello.

—Buena chica.

Al llegar a la puerta Rielle se cubrió la cabeza con el velo, se ató los extremos detrás del cuello y respiró hondo antes de empujar la puerta que daba a la otra habitación. Había tres personas de pie en torno al espiritual: su madre, su padre y Sa-Elem. Unas salpicaduras oscuras en la piedra sobre la que el sacerdote había esparcido agua empezaban a desvanecerse. La Mancha. Ella hizo el esfuerzo de apartar la vista y sonreír cuando todas las miradas se volvieron hacia ella.

Sa-Elem le devolvió la sonrisa.

—Rielle Lázuli. ¿Te has recuperado del trance por el que has pasado?

—Creo que sí. —Se encogió de hombros—. Me encuentro bien.

—Ven, siéntate —la invitó su madre al tiempo que señalaba los bancos de piedra labrada que pertenecían a la familia desde hacía generaciones.

El sacerdote se quedó callado al fijarse en los cojines azules con bordados de hilo gris plateado a juego con el espiritual del fondo.

—Una labor magnífica.

—Rielle y mi hermana los cosieron y bordaron.

Sa-Elem sonrió a Rielle.

—Tienes mucho talento.

La joven inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. Sus padres recibían en aquella sala a los clientes importantes, por lo que se habían asegurado de llenarla con objetos que ofrecieran una buena imagen de sus productos. Sin embargo, ella

detestaba bordar, pues prefería trabajar con pintura que con hilo. Sa-Elem se sentó.

—Bien, Rielle, cuéntame cómo se produjo tu encuentro con el impuro.

—Volvía a casa después de las clases en el templo. Como hacía calor, decidí acortar el trayecto por la calle de los Curtidores. No había caminado mucho cuando me topé con algo sólido pero invisible... —Por lo general, las buenas maneras no le permitían conversar libremente con las visitas. Sus padres la habían enseñado que debía permanecer en silencio la mayor parte del tiempo, hablar solo cuando alguien le dirigiera la palabra y dar respuestas concisas y sin andarse por las ramas. Por fortuna, el arte de contar historias era muy valorado y se ejercitaba a menudo en las clases del templo. Al describir lo ocurrido intentó seguir los principios que había aprendido: dejar claro el lugar y el momento de la acción para orientar al oyente, retener su atención, llegar al desenlace del relato y establecer la moraleja—. Si no me hubiera desviado de la vía del Templo, nada de eso habría pasado —concluyó agachando la cabeza.

—Oh, la calle de los Curtidores no es más peligrosa que la vía del Templo —aseguró Sa-Elem—. Hay la misma incidencia de delitos en una que en la otra. Que no es que sea muy alta —añadió al advertir que la madre de Rielle soltaba un jadeo—. Y me apena decir que, aunque hubieses seguido caminando por la vía del Templo, eso no habría evitado las fechorías del impuro. En cambio, tus actos nos permitieron apresarlos, y te estamos agradecidos por ello.

Rielle bajó la vista con expresión recatada, pese a sus ganas de sonreír. No estaba metida en un lío. El sacerdote estaba complacido con ella.

Su madre se encogió de hombros.

—Menos mal que ha salido algo bueno de todo esto.

—Es el tercer impuro que aparece este año —comentó el padre de Rielle.

La joven alzó la mirada hacia él, sorprendida. Daba la impresión de que el hombre iba a decir algo más, pero al reparar en la extrañeza de su hija se quedó callado.

Sa-Elem asintió.

—No es usted el único que se ha percatado de ello. —Suspiró—. Me temo que tenemos un corruptor en Fogo.

—El impuro afirma que alguien lo engañó —terció Rielle, lo que le valió una mirada de desaprobación de su madre.

El sacerdote asintió, endureciendo el semblante.

—Se ha negado a hablar de ello. Pero ten por seguro que le arrancaremos la verdad.

La madre de Rielle extendió el brazo y la tomó de la mano.

—Me aseguraré de que mi hija no vuelva andando sola a casa de clase de ahora en adelante. El corruptor no tendrá la menor oportunidad de tentarla.

La expresión con que Sa-Elem la miró le heló la sangre a Rielle. Se volvió hacia su madre, horrorizada, temerosa de que Narmah se hubiera echado atrás y le hubiese

revelado su secreto. Entonces el sacerdote posó la vista en la joven y sonrió.

—Estoy convencido de que un corruptor no tendría el menor interés por Rielle.

Su madre se sonrojó al darse cuenta de lo que había dado a entender con sus palabras.

—No me refería a... Rielle no es...

—Claro que no —dijo él—. En cuanto a aquellos que sí corren peligro de que los tienten, pronto serán disuadidos. —Se puso de pie, y los demás lo imitaron, tal como dictaban las reglas de cortesía—. No les robaré más tiempo. También tengo que agradecer a Izare Saffre que acompañara a Rielle a casa.

—¿Lo conoce usted? —preguntó el padre de la joven, mientras guiaba al sacerdote hasta la puerta principal.

—Sí.

Para desilusión de Rielle, Sa-Elem no dijo nada más. Su tono no denotaba una opinión negativa o positiva sobre el pintor. Cuando los dos hombres salieron y cerraron la puerta tras ellos Rielle estuvo a punto de contarle a su madre que Izare era el autor de las imágenes del templo, pero cambió de idea al recordar cuánto las detestaba.

La puerta interior se abrió y Narmah entró en la sala. Miró en torno a sí con el ceño fruncido.

—¿He venido demasiado tarde?

—Sí —respondió la madre con los labios fruncidos.

—¿Ha ido todo bien? —inquirió Narmah, dirigiéndose a Rielle.

—Muy bien —contestó la madre antes de volverle la espalda.

Rielle miró a su tía a los ojos y asintió. Solo entonces se alivió la tensión de Narmah.

—En ese caso, tenemos que finalizar la clase de pintura antes de la cena. Vamos, Rielle, hay que terminar lo que hemos empezado.

Rielle retiró con suavidad la mano de la de su madre y salió de la habitación obedientemente detrás de su tía. Mientras avanzaban por el pasillo reflexionó sobre la reunión. Su madre no parecía haberse enfadado mucho porque ella hubiera tomado un atajo. La observación de Sa-Elem sobre la seguridad de la calle había contribuido a ello. Rielle no creía haber dicho nada que delatara su capacidad de ver la Mancha. Por otro lado, el desafortunado comentario de su madre quizá había despertado las sospechas del sacerdote. En ocasiones así, la joven deseaba que su madre no fuera tan propensa a saltarse la convención social según la cual las mujeres debían guardar silencio en compañía de personas ajenas a la familia y en asuntos de negocios, aunque, si no fuera por ella, nadie hablaría con las visitas. Su padre era demasiado reservado.

«Sa-Elem ha notado que me quedaba horrorizada por lo que ha dicho mi madre y cuando ella ha caído en la cuenta de lo que implicaban sus palabras se moría de vergüenza. El sacerdote debe de haberse percatado de que no es tan lista como se

cree. De hecho, sin duda ha comprendido que ella sería incapaz de guardar un secreto así, como siempre ha sabido tía Narmah».

Por otro lado, si Rielle hubiera estado en el lugar del sacerdote, habría tenido que contemplar la posibilidad de que no se tratara de un error y tomar nota mental de ello.

«Junto con otros miles de comentarios sin importancia. Seguro que los sacerdotes están entrenados para distinguir entre una observación fuera de lugar y un indicio real de un poder mágico».

No le quedaba otro remedio que creer eso y no darle más vueltas. Mientras seguía a su tía hacia el interior de su habitación decidió no pensar más que en la preparación de pinturas durante el resto de la tarde.

Cuatro días después Rielle se encontraba sentada entre las hijas de las familias más pudientes y antiguas de Fogo. Se echó atrás el velo para poder pasear la vista por la descomunal media bóveda pintada que se arqueaba sobre el altar, como solía hacer cuando Sa-Baro, su afable y viejo profesor, se ponía a perorar.

Aunque era más grande que la del templo de su localidad, el estilo de sus frescos era más anticuado y estático. El retablo estaba dividido en cuatro escenas. En la de la izquierda todo era idílico: árboles perfectos cargados de fruta proyectaban sus ramas por encima de campos sembrados y arriates cubiertos de hierbas y flores. Gotas de lluvia caían de nubes inverosímiles que apenas enturbiaban el azul claro del cielo. Había personas trabajando en la cosecha, recolectando frutos y plantas aromáticas, o de pie, enfrascadas en conversaciones como indicaban las pequeñas líneas onduladas que les salían de la boca abierta. La escena simbolizaba una época conocida como El Principio.

Sin embargo, conforme el observador desplazaba la mirada a la derecha la imagen se tornaba más oscura tanto en el colorido como en el tema. Representaba La Lucha. El cielo estaba cubierto de nubarrones. Los hombres combatían mano a mano o en grupos reducidos y más adelante se enfrentaban entre sí ejércitos enteros. De las manos de los magos brotaba una magia roja que envolvía a sus víctimas en llamas tortuosas. Las mujeres lloraban inclinadas sobre niños agonizantes ante la mirada de los sacerdotes, que tenían las manos ahuecadas y vacías en señal de que se habían quedado sin magia con la que sanarlos.

A continuación se apreciaba una escena de devastación. Árboles muertos y esqueletos salpicaban la tierra ennegrecida entre casas desvencijadas o en ruinas ocupadas por personas de aspecto demacrado y enfermo. Era la época de La Asolación. Sin embargo, al fondo, una figura luminosa se erguía en cabeza de una multitud refulgente: un sacerdote rodeado de sus seguidores. Si bien aún había nubes de tormenta en el cielo, se dispersaban y disminuían en la cuarta escena, en la que comenzaba La Restauración.

En esa última sección del retablo el cielo volvía a ser azul, pero el paisaje había cambiado. Cultivos y hierbas aromáticas volvían a crecer, aunque en medio de un terreno desértico. Había sacerdotes entre la gente, y dos de ellos con halos negruzcos flanqueaban a un hombre encadenado y de rodillas, rodeado por diminutas llamas rojas.

Por encima del cielo y de las nubes de tormenta la imagen se oscurecía hasta cobrar un tono azul intenso y radiante, con estrellas formadas por minúsculas líneas

plateadas que se entrecruzaban. En lo alto flotaban diez Ángeles envueltos en blancos halos de finas rayas plateadas. Tenían la tez lechosa, más clara que el exótico rosa rojizo de los sureños que de vez en cuando visitaban Fogo. Su cabello era azul, como el cielo nocturno. «Sería imposible tomar a uno de ellos por humano», pensó Rielle.

Los Ángeles situados más a la izquierda sonreían con serenidad sobre la escena de bonanza. Los que sobrevolaban el cuadro de locura humana lloraban y arrugaban el entrecejo. Los de la tercera sección parecían adustos y prudentes, y los de la última, jubilosos. A cada Ángel se le atribuía una de las grandes fuerzas, tanto beneficiosas como destructivas: nacimiento, muerte, sequía, salvajismo, docilidad, tormenta, fuego, nieve, justicia y amor.

Debajo las siluetas fantasmales de personas se elevaban hacia los Ángeles hasta desaparecer en sus halos resplandecientes. Sin embargo, por encima del hombre rodeado de llamas, el alma que ascendía al firmamento había quedado partida en dos por la mano del Ángel de la Justicia.

Rielle se estremeció al pensar en el impuro. Sabía que se merecía lo que le había ocurrido, si no por haber aprendido a usar la magia o por robar a los Ángeles, sí por haberla raptado y amenazado con un cuchillo. Aun así, no podía evitar compadecerlo. Se preguntaba si se había visto empujado a actuar de ese modo, y por qué. «Supongo que me gustaría creer que tenía una buena razón para ello, pues pensar que renegó de los Ángeles y que quería hacerme daño es peor».

Quizá esto quería decir que ella era una ingenua, que no soportaba la idea de que la gente podía hacer el mal sin motivo.

Las chicas que tenía alrededor suspiraron al unísono antes de comenzar a hablar entre ellas. Arrancada de su ensimismamiento, Rielle miró en torno a sí y cayó en la cuenta de que la clase había terminado. Esperaba que Sa-Baro no hubiese notado que estaba distraída. El profesor se había vuelto y se dirigía hacia la puerta que daba a la parte interior del templo, donde aguardaba Sa-Gest, el sacerdote más joven. Cuando este posó los ojos en Rielle sus labios se ensancharon en una sonrisa. Al acordarse de lo que sus compañeras rumoreaban sobre él la chica sonrió levemente y apartó la mirada de inmediato.

Las otras alumnas se levantaron, y Rielle se puso de pie y siguió a Tareme y a Bayla hasta el pasillo principal. Las dos jóvenes se encaminaron a toda prisa a la salida del templo. Una vez fuera formaron junto con otras muchachas un corro alrededor de Rielle, con los ojos muy abiertos y llenos de curiosidad.

—Bueno, ¿y qué sentiste?

—¿Tenías miedo?

—¿Te hizo algo?

—¿Usó la magia?

Rielle no alcanzó a responder a la primera chica, ni a ninguna de las siguientes, pues la batería de preguntas ahogaba sus respuestas. Iba a darse por vencida cuando una voz atronó por encima de las demás.

—Vuestro guirigay está perturbando la tranquilidad del templo. —Al volverse vieron a Sa-Baro de pie en el umbral y con los brazos cruzados—. Marchaos con viento fresco antes de que los Ángeles bajen a llevarse vuestras voces.

Mientras las muchachas se dispersaban en todas direcciones Tareme agarró a Rielle del brazo y, tirando de ella, bajó la escalera y dobló la esquina del edificio para resguardarse de la mirada del sacerdote. Su hermana gemela las siguió.

—¿Y bien? ¿Qué sucedió?

Rielle se lo contó, intentando reducir el relato a lo esencial. Buscó algún rostro conocido entre las pocas personas que había en el patio, pero no vio a ningún criado de la tintorería que hubiese acudido para acompañarla a casa.

Tareme y Bayla lanzaban expresiones tanto de espanto como de alivio.

—Parece que mantuviste la sangre fría —comentó Bayla—. Yo no me habría atrevido por nada del mundo a intentar engañarlo para que cayera en manos del sacerdote.

—Creo que estaba ya demasiado cansada para tener miedo —explicó Rielle—. Habíamos recorrido toda la ciudad... o al menos es la sensación que tenía.

—Bueno, no tienes por qué... —De pronto Tareme frunció el ceño, dirigió la vista hacia un punto situado detrás de Rielle, se arregló la bufanda y dedicó una gran sonrisa a las dos chicas—. A que no sabéis quién nos está observando. —Aferró a Bayla por el brazo a fin de impedir que se volviese para echar un vistazo—. No, no miréis todavía.

Rielle se quedó paralizada con el cuerpo medio torcido hacia atrás.

—¿Quién? —preguntó Bayla en tono apremiante.

—A ver si lo adivináis —dijo Tareme—. Moreno, guapo, soltero.

—¿Un hombre? —inquirió Bayla.

—Pues claro. —Tareme soltó una risita—. ¿Quién es? ¿Os doy más pistas?

—Sí —respondieron a la vez Bayla y Rielle.

—Tiene talento, es famoso, ha trabajado en algunos templos.

A Rielle el estómago le dio un vuelco.

—¡Oh! No será Izare Saffre, ¿no?

—¡Sí! —exclamó Tareme, y sus ojos centellearon de emoción.

—Pero... ¿por qué nos mira? —quiso saber Bayla.

—Cuando los sacerdotes atraparon al impuro él estaba allí —le informó Rielle—. Se ofreció a acompañarme a casa.

Tareme se llevó la mano a los labios con brusquedad.

—¡Ángeles míos! ¿Y tú aceptaste?

—El sacerdote no lo desaprobó, así que... sí.

Las dos jóvenes reprimieron un grito tapándose la boca con la palma.

Tareme lanzó otra mirada por encima del hombro de Rielle.

—Sigue ahí y no nos quita la vista de encima. Debe de estar esperándote. —Agarró a Rielle del hombro y la hizo girar en redondo—. Dile que se acerque.

—No. Pero...

Cuando Rielle despegó los ojos del suelo advirtió que, en efecto, Izare se hallaba a unos veinte pasos de distancia. Sus miradas se encontraron; él sonrió y echó a andar hacia ella.

—Ais Lázuli —la saludó—. Volvemos a coincidir en el mismo lugar en el mismo momento.

Rielle notó que le ardían las mejillas.

—Así es, Aos Saffre —respondió.

Izare amplió la sonrisa y asomó por detrás de la joven.

—Veo que estás con unas amigas. ¿Me las presentas?

Rielle se volvió, y descubrió a Tareme y Bayla sonriendo de oreja a oreja. Realizó las presentaciones pertinentes, pero apenas había terminado cuando alguien las llamó por sus nombres. Las gemelas se apartaron para dejar espacio a su hermano, quien miró sonriente a Rielle al reunirse con ellas. A la joven se le cayó el alma a los pies.

—Ais Lázuli, me han contado que estás hecha toda una heroína —señaló Ako—. Te estás ganando fama de mujer de armas tomar.

—Me alegra que tú también lo pienses —contestó Rielle, intentando no poner énfasis en el «tú», sin conseguirlo.

El joven desplazó la mirada hacia Izare. Conteniendo un suspiro Rielle presentó a los dos hombres entre sí.

—Aos Saffre acompañó a Rielle a casa después de su mala experiencia —añadió Bayla mientras enlazaba el brazo con el de Ako—. Así que más te vale cuidar a tus hermanas de ahora en adelante.

Tareme puso mala cara a Bayla mientras Ako asentía.

—Por supuesto —convino él—. Salud, Ais Lázuli y Aos Saffre.

Ako ofreció el brazo a Tareme, que lo tomó de mala gana y fulminó a su hermana con la mirada mientras se ponían en marcha.

Rielle las observó alejarse, perpleja. ¿Por qué había propiciado Bayla una despedida tan rápida? Se había mostrado al menos igual de ansiosa que Tareme por conocer a Izare. Tal vez temía que su hermano las ofendiera o avergonzara delante de él. O a lo mejor la incomodaba que un miembro varón de su familia la viera en compañía de un hombre de clase social inferior.

—Bueno, Ais Lázuli —dijo Izare—, no irá usted a volver sola a casa otra vez, ¿verdad?

Rielle lo miró.

—No. Mi madre enviará a un criado. Y es posible que si me quedo aquí no me vea cuando llegue. Discúlpeme, Aos Saffre, pero será mejor que aguarde en un sitio donde pueda encontrarme.

Se encaminó hacia el centro del patio y el pintor la siguió.

—No veo a nadie esperando fuera o vigilando la puerta.

—Puede que haya llegado después de que Tareme y Bayla me trajeran aquí y

pensara que ya me había ido, aunque debería haber esperado por si me había entretenido dentro.

La joven torció el gesto al percibir su propio tono de irritación. Lo más probable era que sus padres hubiesen olvidado enviar a alguien. Cuando llegó al centro del patio escrutó las caras y las sombras, pero no vio a ningún conocido. Excepto a Izare. Tras permanecer un rato callados, se dio por vencida.

—En fin, más vale que me vaya a casa.

—En ese caso, más vale que te acompañe.

Rielle posó los ojos en Izare y al instante deseó no haberlo hecho. Aunque el pintor había mantenido una expresión seria, en cuanto sus miradas se encontraron le dedicó una de sus sonrisas arrebatadoras, y ella notó un revoloteo en el estómago.

—Supongo... —dijo con un hilillo de voz—. Supongo que no me queda otra alternativa que aceptar.

Izare se echó a reír.

—Dicho así parece una perspectiva muy desagradable.

Al sentir el calor que se le subía al rostro Rielle bajó la vista.

—No es eso... Lo que pasa es... que si voy contigo mi madre creerá que he dado esquinazo a la persona que ha enviado.

Izare soltó una risotada.

—¿Y por qué ibas a hacer semejante cosa?

La joven lo miró con los párpados entornados. Comprobó, divertida, que él se ruborizaba.

—Supongo que eso podía interpretarse como una invitación a hacerme un cumplido —reconoció Izare.

—¿O sea, que no lo era?

Él pintor abrió la boca para responder, pero la cerró, sacudió la cabeza y señaló el principio de la vía del Templo.

—Te prometo que me apartaré de tu lado en cuanto te encuentres lo bastante cerca de tu casa para estar a salvo pero lo bastante lejos para que nadie de allí vea que te he acompañado.

Tras respirar hondo y rezar a los Ángeles para pedirles fuerzas (aunque no sabía muy bien para qué) Rielle exhaló y movió la cabeza afirmativamente.

—Gracias, Aos Saffre.

—Llámame Izare —dijo él y echó a andar junto a la joven.

La vía del Templo estaba más transitada que en el cuartodía anterior, pues lucía el sol pero no hacía un calor bochornoso. Rielle escudriñaba el rostro de las personas con que se cruzaban para asegurarse de que ninguna de ellas fuera el criado enviado para acompañarla. Izare guardaba silencio, tal vez esperando que ella tomara la iniciativa de la conversación. ¿O quizá se había aburrido ya? Sin duda tenía mejores cosas que hacer.

—Espero que esto no te aleje demasiado de tu casa —comentó ella.

El pintor se encogió de hombros.

—Para nada. Vivo no muy lejos de ti, en la zona más humilde del barrio de artesanos.

Con «humilde» quería decir «pobre». Rielle desvió la mirada al recordar que la primera vez que lo había visto, él estaba hablando con una prostituta. Tareme y Bayla se escandalizarían si se enteraran.

—¿Por qué vives allí?

—El alquiler es barato. Por eso casi todos mis amigos viven allí también. Los ingresos de un artista son como un río que se desborda en una temporada y se seca en la siguiente..., salvo por que no son tan predecibles.

—¿No estoy robándole tiempo a tu trabajo? —preguntó la muchacha.

—No. Acabo de terminar un encargo y aún no he empezado el siguiente.

—¿Qué es lo último que has pintado?

—Un espiritual. Bastante grande. Tuve que convencer al cliente de que no me hiciera incluir la historia entera de los Ángeles.

—El resultado sería un espiritual gigantesco. Aunque, si cobraras por hora, te resultaría bastante lucrativo.

Él negó con la cabeza.

—Siempre se fija un precio para cada encargo.

—Entiendo. ¿En qué vas a trabajar después?

—Estoy esperando confirmación para realizar un retrato.

—¿Pintas muchos? ¿A quién has retratado? ¿A alguien que yo conozca?

Izare sonrió.

—A menos personas de las que quisiera. Sobre todo a amigos, aunque más de un cliente adinerado me ha encargado un retrato.

—¿Y a quién vas a pintar ahora?

—Oh, a alguien que conoces muy bien.

Rielle lo miró y, al reparar en su extraña expresión, se fijó mejor y percibió un brillo de picardía en sus ojos.

—Conque esperando confirmación, ¿eh? —Meneó la cabeza—. ¿No te había dejado claro que mis padres jamás lo consentirían?

—Sí —dijo él con una sonrisa de oreja a oreja—, pero ¿lo consentirías tú?

Rielle lo contempló enarcando las cejas.

—¿Me estás pidiendo que desobedezca a mis padres?

—Solo sería desobediencia si ellos te lo prohibieran, y no te lo prohibirán si no saben nada al respecto.

—Entonces ¿pretendes que los engañe?

Izare extendió las manos a los costados.

—No, pero seguro que no les pides permiso para todas las pequeñas cosas que haces a lo largo día. ¿Los consultas sobre la ropa que vas a ponerte, lo que vas a comer... o lo que vas a pintar?

A Rielle la complació tanto que se acordara de que ella también pintaba que a punto estuvo de olvidar que él le había hecho una pregunta.

—Los padres, más que instructores, son consejeros —le contestó—. Guían a sus hijos para evitar que tomen malas decisiones.

—¿De verdad crees que posar para un cuadro sería una mala decisión?

—Sí.

—¿Por qué?

La chica apartó la vista, incapaz de expresar el temor de Narmah de que Izare Saffre quisiera algo más que retratarla. Tocar un tema así sería demasiado atrevido y podría transmitir una impresión contraria a la que ella pretendía dar.

—Tienes que dejar que te pinte —declaró él con una vehemencia inesperada— o al menos que haga un esbozo. —Soltó una risita—. Además, cuando quiero pintar a una chica nunca dejo de insistir hasta que accede, así que, si no quieres volver a verme jamás, solo tienes que decir que sí.

«¿Así que si quiero volver a verte tendré que decir siempre que no?», deseaba preguntar Rielle, pero supuso que el joven se lo tomaría como una insinuación.

—Y cuando ella accede, ¿qué haces después? —inquirió en cambio, y notó un ardor en las mejillas al percatarse de que esa pregunta era tanto o más provocativa que la que había descartado.

Tras titubear unos instantes, Izare bajó la mirada.

—Ah... Por lo general nos hacemos amigos.

Esa repentina muestra de inseguridad hizo que una carcajada cosquilleara a Rielle en la garganta, pero la reprimió. Tal vez plantear preguntas atrevidas tenía sus ventajas, después de todo.

—Debes de tener muchas amigas, entonces.

—Sí. Es decir, no, pero... —Frunció el ceño y aminoró el paso para echar un vistazo hacia atrás—. Algo nos...

Rielle advirtió que el tránsito y el bullicio en la calle habían aumentado. Las personas que los rodeaban se detenían para mirar el templo, oculto tras una curva. Muchas emergían de calles laterales, y había caras y torsos asomados a las ventanas de las casas a ambos lados. Se oían los tañidos de una campana lejana, un sonido del que ella había cobrado conciencia mientras hablaba.

También cayó en la cuenta de que se hallaba casi a medio camino de su casa. Había perdido la noción del tiempo.

Izare se detuvo. De mala gana, Rielle dejó de andar también y se situó a su lado. El tintineo de la campana sonó más fuerte y una figura apareció tras doblar la esquina arrastrando los pies. A Rielle se le cortó la respiración cuando se percató de que el hombre caminaba con dificultad porque llevaba grilletes. Tenía las manos atadas a la espalda y una anilla en torno al cuello unida a una cadena sujeta por tres individuos que avanzaban detrás.

Rielle reconoció a Sa-Elem y a Sa-Gest, pero el tercer sacerdote, con el rostro

surcado de cicatrices, le era desconocido. La visión de los tres le provocó un escalofrío. Examinó al prisionero con más detenimiento.

Tardó un momento en reconocerlo: era el raptor. Llevaba unos pantalones sucios hechos jirones y unas sandalias, y estaba recubierto de mugre.

Rielle apenas había tenido tiempo de preguntarse cómo se había ensuciado así cuando la multitud alineada a los lados de las calles comenzó a arrojar proyectiles al impuro. Casi todos reventaban al impactar, pero lo vio crisar el rostro de dolor cuando algo lo golpeó con más fuerza. Uno de los sacerdotes lanzó un grito que ella no alcanzó a entender. Desde ese momento los objetos que volaban hacia el prisionero rebotaban o estallaban frente a él sin tocarlo. Unos pasos más adelante empezaron a dar en el blanco otra vez y el gentío renovó su ataque entre gritos de júbilo.

—¿Te encuentras bien? —le murmuró una voz al oído.

Sobresaltada, Rielle se volvió hacia Izare. La tensión que sentía se redujo cuando vio su cara de preocupación.

—Sí, creo que sí.

Él enarcó las cejas y ladeó la cabeza.

—¿Quieres algo para tirarle?

La joven siguió la dirección de su gesto y vio a una industriosa vendedora de alimentos que avanzaba por delante del impuro cargada con una cesta enorme.

—¡Fruta podrida, estiércol! —voceaba la mujer—. A un copi la bolsa.

Rielle sacudió la cabeza. La gente afluía de las calles laterales formando una muchedumbre desordenada que abrió un pasillo frente al impuro cuando este se hallaba a veinte pasos. Alguien propinó a Rielle un empujón al pasar, otro le dio un golpe por detrás, y se oyó a Izare maldecirlos.

—Me gustaría salir de esta aglomeración —dijo ella en voz muy alta, sin saber si él la oiría.

Una mano la agarró y le tiró de la muñeca, y la joven se quedó paralizada al recordar la presión del raptor en torno a su brazo, una sensación que aún la despertaba de sus pesadillas. Izare la miró y deslizó la mano hasta entrelazar los dedos con los de Rielle. Ella se estremeció de nuevo, esa vez por la agradable impresión de un contacto tan íntimo, y se dejó conducir a través del tumulto.

Las calles transversales estaban tan atestadas como la vía principal, si no más. Izare la guio hasta un portal y dijo algo a los dos jóvenes plantados delante que los persuadió para apartarse, aunque a regañadientes. Rielle comprendió por qué no querían moverse de allí cuando sus pies toparon con unos escalones. Mientras subía junto a Izare se volvió y descubrió que alcanzaba a ver por encima de las cabezas de la gente.

Y justo a tiempo para presenciar el paso del impuro. Avanzaba pesadamente, con la cabeza gacha para protegerla de la lluvia de frutos y heces. «O por vergüenza —pensó ella—. Es difícil saberlo». Se preguntó una vez más por qué aquel hombre

había hecho lo que había hecho.

Los sacerdotes iban detrás con actitud solemne y vigilante, atentos tanto al prisionero como a la muchedumbre. Incluso Sa-Gest ofrecía un aspecto intimidador. Rielle no pudo evitar pensar que buscaban entre el gentío señales de simpatía. O de culpabilidad.

De pronto el impuro se dobló en dos y un objeto duro repiqueteó en el suelo. Sa-Elem profirió un grito y dirigió un gesto a alguien.

«No sé adónde lo llevan, pero está claro que quieren que llegue allí sano y salvo», se dijo Rielle.

—¿Por qué no lo mantienen protegido todo el rato? —preguntó.

—Han de tener contenta a la multitud —explicó Izare.

—¿Siempre exhiben así a los impuros por la ciudad? —inquirió la joven al acordarse de que, según su padre, aquel era el tercer impuro descubierto en lo que iba de año.

—No siempre —respondió Izare—. Algunos desaparecen para siempre. Supongo que los sacan de la ciudad a altas horas de la noche o en un carromato cubierto.

—Y nadie sabe adónde los llevan.

El joven se encogió de hombros.

—Imagino que a algún presidio.

Rielle contempló el andar trabajoso del hombre encadenado. «¿Se convertirá en un preso o lo ejecutarán en algún otro lugar?». A los asesinos los ajusticiaban en público. ¿Y si el asesino era un impuro y había utilizado la magia para matar? Tal vez quitar la vida a un impuro era más complicado y peligroso de lo que cabía esperar. Quizá solo un sacerdote podía hacerlo. «Y prefieren que no consideremos a nuestros sacerdotes como verdugos».

Los clérigos y su prisionero ya habían pasado, y la gente empezó a marcharse por donde había llegado o a juntarse para seguir a los sacerdotes. Izare los observó alejarse.

Rielle cayó en la cuenta de que el pintor aún le sujetaba la mano. Sabía que debía soltarse, pero curiosamente tenía pocas ganas. Por otro lado, ahora que la multitud se había dispersado era más evidente que estaba permitiendo que él se tomara esa libertad. Con un suspiro retiró la mano.

Izare se mostró sorprendido unos instantes, como si hubiera olvidado que se estaban tocando. Bajó a la calle.

—En fin, ha sido todo un espectáculo. Y más bien desagradable.

Rielle lo siguió, llena de gratitud por su compañía. Le habría resultado aterrador quedarse atrapada en la aglomeración sola y ver de nuevo al raptor. «Además, Izare no espera que me quede callada ni le importa que haga comentarios inapropiados —advirtió—. Es más, parece gustarle».

—Hace que uno se pregunte por qué querría alguien aprender magia, ¿no crees? —aventuró la joven.

El pintor torció el gesto y echó a andar despacio para no alcanzar al gentío.

—La desesperación lleva a las personas a hacer cualquier cosa —contestó—. La gente comenta que... —Hizo una pausa para mirarla—. Me refiero a la gente de la calle. Dicen que lo hizo para sanar a su mujer moribunda.

Rielle clavó los ojos en él.

—Pero aseguró que lo habían engañado.

Izare se encogió de hombros.

—Las personas también dicen cualquier cosa que creen que puede salvarlas.

Inclinó la cabeza en dirección a la turba ya lejana.

—Pues alguien tiene que haberle enseñado.

—Alguien que sabe cómo evitar que lo pillen —convino Izare.

—¿Y por qué iba alguien a hacer algo así? ¿Por qué enseñar magia a alguien sabiendo que eso equivale a sentenciarlo?

—Por dinero —respondió Izare con expresión sombría—. Los que están dispuestos a robar a los Ángeles no tienen el menor escrúpulo en robar al prójimo. —Suspiró—. Y en esta ciudad hay demasiadas personas desesperadas y vulnerables de las que aprovecharse. Si los sacerdotes no encuentran al responsable, presenciaremos más procesiones humillantes.

Rielle contuvo un bostezo y, cuando recordó por qué estaba cansada, notó que se le volvía a acelerar el pulso. Se había despertado demasiado temprano esa mañana y, consciente de que —quizá— vería de nuevo a Izare, había sido incapaz de conciliar el sueño. Incluso en ese momento, en el marco apacible y sobrio del templo, notaba el corazón inquieto.

«Qué ridiculez —pensó—. Solo quiere pintar mi retrato. Y aunque quisiera algo más, aunque yo misma quisiera algo más, mis padres nunca lo considerarían un buen partido para mí».

Cuando el viejo Sa-Baro comenzó a hablar se esforzó por prestar atención.

—Como sin duda ya sabréis todas, el impuro apresado hace dos cuartodías, gracias a la valentía de una compañera vuestra —especificó, e hizo una pausa para inclinar la cabeza hacia Rielle—, no es el primero que ha sido descubierto en Fogo en el último año. Sa-Elem ha decidido que es necesario tomar medidas para recordar a la población cómo castigamos a quienes incumplen los edictos de los Ángeles. —Levantó varios fajos envueltos en papel—. Así que cogeréis un paquete cada una y formaréis grupos de cuatro. Dedicaréis la mañana a recorrer las calles repartiendo estos panfletos entre los ciudadanos de Fogo. ¿Alguna pregunta?

—¿Nos acompañarán sacerdotes? —inquirió una chica.

—No. No correréis peligro si permanecéis juntas, aunque hay lugares que deberíais evitar. He encargado mapas para cada grupo donde se indica adónde debéis ir y adónde no. Ahora levantaos y elegid a vuestras compañeras.

Rielle se puso de pie y siguió a Tareme y a Bayla hasta el final de la fila de asientos. Se oyeron gruñidos y protestas, pero ninguno muy fuerte. Hacía un buen día, cálido pero con una brisa que refrescaba las calles de la ciudad. Sería agradable repartir panfletos en vez de seguir la rutina de las clases, lecturas y preguntas que les formulaba el sacerdote para evaluar su aprovechamiento de las lecciones.

Una vez que se habían distribuido en grupos, Sa-Baro fue directo hacia Rielle y le entregó un paquete.

—Te he asignado la zona más cercana a tu casa —explicó en voz baja— para que no tengas que caminar un trecho largo sola cuando termines.

Rielle asintió, llena de afecto y gratitud hacia el anciano. ¿Sabía él que su madre se había olvidado por completo de enviar a un criado a buscarla el cuartodía anterior? La mujer había asumido una expresión de culpa cuando Rielle le había preguntado por lo ocurrido y acto seguido había fingido que no se le había olvidado, alegando que necesitaba a todos los empleados en la tintorería en aquel momento de mucho

trabajo y que la ciudad ya estaba a salvo puesto que el impuro había sido apresado.

¿O tal vez Sa-Baro la había visto irse del patio con Izare y había decidido asegurarse de que eso no volviera a suceder?

Cuando el hombre se alejó Rielle bajó la vista hacia el mapa y suspiró. «Sea esa la razón o no, el caso es que no veré a Izare hoy». Se irguió, y advirtió que Tareme, Bayla y una chica llamada Famire que se había unido a su grupo intercambiaban miradas ceñudas. Aquella ruta las obligaría a recorrer una mayor distancia para volver a casa y a acercarse demasiado al barrio pobre.

Izare no vivía lejos de allí. Tal vez sus caminos se encontrarían.

—Iremos al barrio de los artesanos —dijo a las demás—. Lo he visitado con mi hermano. Es un sitio bastante limpio y seguro. Hay pequeñas plazas en las que se reúne la gente y que serían ideales para repartir los panfletos.

Tareme sonrió.

—Bueno, entonces tú nos guías.

Poco después las chicas salían del templo en tropel. Rielle avanzó al frente de su grupo por la vía principal. Famire no tardó en quejarse de que le dolían los pies, así que Rielle aflojó el paso. Cuando por fin llegaron a la calle de los Curtidores la enfiló con decisión, pero por la acera opuesta a la que había elegido la última vez y procurando no mirar con detenimiento el lugar donde la Mancha se había interpuesto en su camino. Aun así, percibió una sombra allí, más pequeña pero tan oscura como antes.

Tras abrir el paquete Rielle distribuyó los panfletos entre ellas. Cada papel, coloreado para disimular su baja calidad, contenía una advertencia impresa en tinta negra que en las partes donde esta era más tenue dejaba traslucir la veta del taco de madera. Empezaron a repartirlos, Rielle con la solemnidad que la misión requería, Famire con desgana malcarada, y Tareme y su hermana con risitas y coqueteos.

Siguiendo las indicaciones del mapa Rielle se desvió de la calle de los Curtidores y condujo a sus compañeras a donde creía que se encontraba una de las plazas. Se equivocaba, pero pronto dieron con otra guiándose por el sonido de la música. En los cuatro lados había establecimientos que vendían comida y bebida, y dos músicos con instrumentos de viento y de cuerda respectivamente interpretaban canciones alegres e inconexas. Bajo los toldos sin adornos había mesas y bancos, muchos de ellos ocupados por una mezcla de clientes locales y extranjeros.

—Qué agradable —comentó Tareme—. Sentémonos a tomar algo.

Sin esperar la aprobación de las demás se acercó a una mesa vacía. Bayla se sentó junto a ella y Famire se dejó caer en un banco como si estuviera agotada. Rielle se unió a ellas y torció el gesto cuando las tres chicas soltaron los panfletos en medio de la mesa, encima de las manchas de bebidas derramadas.

Con un repentino ánimo jovial Famire pidió zumos a un camarero visiblemente divertido y complacido por tener como clientes a cuatro jóvenes de buena posición y solas. Cuando les sirvió las bebidas Rielle descubrió consternada que el zumo llevaba

alcohol. Tomó un sorbo, consciente de que su madre se enfadaría si llegaba a casa achispada.

—Cuéntanos, Rielle —comenzó Tareme—. ¿Qué tenía que decirte Izare Saffre el pasado cuartodía?

Al percatarse de que Famire levantaba la mirada de golpe al oír eso Rielle se encogió de hombros.

—Quería preguntarme si me había recuperado de mi encuentro con el impuro.

—Dudo que eso fuera lo único —dijo Bayla con una sonrisa traviesa.

—Se portó como todo un caballero.

Tareme arqueó las cejas.

—Era obvio que quería algo más que preguntarte por tu salud. Yo diría que hay algo de ti que le interesa, o no se habría quedado allí, esperándote. ¿Qué es?

Rielle sacudió la cabeza.

—Nada.

—Mientes fatal, Rielle. Cuéntanos o nos imaginaremos lo peor.

Rielle suspiró.

—No es lo que pensáis. Me pidió que posara para un retrato. Y yo, por supuesto, dije que no.

Las demás pusieron los ojos como platos.

—¡Oh! Pero ¿por qué? —preguntó Bayla—. Tengo entendido que es muy bueno.

—Muy bueno —convino Tareme.

—Mis padres jamás lo consentirían —señaló Rielle.

—¿Por qué? —inquirió Tareme—. ¿Qué tiene de malo posar para un retrato?

—Nada, mientras lleves la ropa puesta —comentó Bayla y rompió a reír.

Las chicas soltaron una risita, pero el intento de Rielle de imitarlas sonó forzado. Tareme le dio unas palmaditas en el brazo.

—Solo estamos haciendo el tonto. ¿A ti te gustaría que te pintara?

Rielle notó que se le encendía el rostro, aunque en realidad no tenía motivos para avergonzarse.

—Pues sí —reconoció—. Pero solo para que...

—¿Cómo es que los hombres pueden hacerse retratos sin que nadie se escandalice y las mujeres no? —interrumpió Bayla.

—Porque los pintores son hombres —respondió Famire.

Rielle se volvió hacia ella.

—Yo pinto. Mi tía también.

—Pero no es vuestro oficio —observó Tareme.

—Aunque lo fuera, no sería escandaloso —añadió Bayla.

—Sí que lo sería —replicó su hermana.

—Una mujer artista es algo poco convencional —argumentó Bayla—, pero una modelo está a solo un paso de convertirse en prostituta. Tanto una como otra venden su cuerpo a los hombres.

—¿Y si la artista es una mujer? —quiso saber Rielle.

Se quedaron pensativas.

—Entonces no me parecería tan grave —contestó Bayla.

Tareme sacudió la cabeza en señal de desacuerdo.

—Mi tía y yo nos pintamos la una a la otra —les dijo Rielle—. Con la ropa puesta, por descontado. ¿Eso está a un paso de la prostitución? ¿Es escandaloso?

—Sois... familia —dijo Tareme—. Y me imagino que ninguna de las dos cobráis por ello.

Rielle negó con un gesto.

—Entonces ¿hasta qué punto es importante el dinero? Si una mujer posa para un pintor varón y él no le paga, ¿sigue tratándose de algo parecido a la prostitución? ¿Y si fuera ella quien le pagara a él por posar?

Bayla rio entre dientes.

—¡Entonces él sería el prostituto!

Todas prorrumpieron en carcajadas ante tamaña absurdidad, y Tareme hizo una seña al camarero.

—¡Otra ronda!

—Para mí, no. —Rielle contempló los panfletos—. Aún nos quedan todos estos por repartir.

—Déjalos ahí —le dijo Famire—. Si la gente los quiere, ya los cogerá. Y si no, Sa-Baro no se enterará.

—Y si lo que te preocupa es volver borracha a casa, finge que estás cansada por haberte pasado toda la mañana entregando panfletos y vete directa a tu cuarto —le aconsejó Tareme—. Si no te acercas a nadie lo suficiente para que te huela el aliento, estoy segura de que no se darán cuenta.

A Bayla se le escapó la risa. Tareme la miró con severidad por unos instantes, y su hermana, sonrojada y tapándose la boca con la mano, volvió la vista hacia Rielle.

No fue la risilla sino la mirada lo que ocasionó que Rielle se pusiera tensa, pues confirmaba que Bayla se estaba mofando de ella. «No es la primera vez que Tareme se ve obligada a llamar la atención a su gemela por maleducada —supuso—. A lo mejor en privado las dos se ríen juntas».

Cuando les sirvieron la segunda ronda de zumos con alcohol le vinieron de pronto ganas de marcharse. Recogió un fajo de panfletos y se levantó.

—Bueno, yo no tengo tan claro que Sa-Baro no nos esté vigilando, y no quiero arriesgarme. ¿Quién se viene?

Tras intercambiar una mirada las chicas negaron con la cabeza. Enfadada, Rielle dio media vuelta y se alejó para no decir algo de lo que se arrepentiría más tarde.

Unas palabras de Bayla, pronunciadas en voz demasiado baja para estar dirigidas a ella, llegaron hasta sus oídos.

—Se suponía que debíamos permanecer juntas.

—Déjala que se vaya. Ha dicho que conoce bien esta zona —repuso Tareme.

—Seguro que sí —convino Famire.

Rielle eligió una calle al azar y avanzó un par de pasos por ella, pero su determinación la abandonó con la misma rapidez con que la había invadido. Sa-Baro les había indicado que no se separaran. Al echar un vistazo desde la esquina vio que las muchachas se reían de nuevo.

—Oh, todo el mundo sabe por qué está allí. No tiene ninguna posibilidad —dijo Famire.

Tareme asintió.

—Me da lástima. Solo podrá pescar a alguno de los que nosotras rechazamos por feos, tontos o crueles.

—Como Ako.

—No, de eso no hay peligro. Él no se casará mientras no lo obliguen, y nuestro padre jamás aprobaría que tomara por esposa a la hija de un tintorero. Si tuviéramos un hermano más joven tal vez se lo plantearía, si viera alguna ventaja económica en emparentar con su familia.

Rielle giró en redondo y echó a andar de nuevo. «En fin. Ya me lo imaginaba. No soy lo bastante buena para sus familias, salvo como prometida de los hombres a quienes nadie quiere. Todas esas clases en el templo y todos esos intentos de entablar amistad con mis compañeras han sido una pérdida de tiempo». Miró los panfletos y pensó en tirarlos, pero entonces sus ojos se fijaron en la palabra «impuro», lo que le recordó que por lo menos los sacerdotes intentaban hacer el bien.

Comenzó a ofrecer los panfletos a todos los transeúntes con que se cruzaba. Pocos los aceptaban. Aun así, su rabia disminuía con cada paso.

Pero ocupaba su lugar un miedo que se apoderaba poco a poco de ella.

La asaltaron recuerdos de cuando el raptor la arrastraba por calles como aquella. Rememoró la sensación del cuchillo contra el costado. Cuando los viandantes la observaban y se les iba la vista hacia la cara tela de su falda y su blusa ella se sentía cada vez más vulnerable y fuera de lugar. Aunque nunca se ponía joyas para ir a clase en el templo, no podía dejarse ver en compañía de las otras chicas con ropa de baja calidad.

Entonces, como una brisa fresca que se llevara por delante el calor sofocante del verano, le vino el recuerdo de Izare. Mientras la acompañaba a casa después de ver pasar al impuro encadenado le había explicado dónde vivía, lo cerca que la zona estaba de su casa y lo segura que era. Después le había hablado con cariño de sus vecinos, que eran todos artesanos y artistas brillantes o bien borrachos —o las tres cosas—, y de la audacia con que decoraban sus casas. Sus descripciones habían dado a Rielle ganas de conocer su barrio. Todo eso, claro estaba, formaba parte de los intentos de Izare por convencerla de que posara para él.

Y sin embargo, ella de verdad quería ver a esa gente.

Así pues, siguió andando en dirección a la zona en que el pintor vivía. Aunque esa parte de la ciudad estaba más poblada, menos personas aceptaban los panfletos;

no obstante los rechazaban con cortesía y, en su mayoría, con una sonrisa. Su ansiedad se aplacó un poco. Los tonos vivos de las paredes la animaron. Llegó a una zona en la que no solo estaban pintadas de colores, sino decoradas con motivos en torno a puertas y ventanas. Al dirigir la mirada a una callejuela vislumbró el contorno de un dibujo mucho más grande y no pudo resistir la tentación de acercarse a echar una ojeada. Era un árbol gigantesco pintado en la pared de cuyas ramas pendían objetos de toda clase.

Más adelante la callejuela desembocaba en lo que parecía otra plazoleta con paredes decoradas. Siguió a dos mujeres hasta el final y se vio inmersa en un espectáculo deslumbrante. Todas las casas estaban recubiertas con imágenes de personas, animales y plantas. Puertas y ventanas falsas se abrían a paisajes ignotos, e incluso a una vista de los Ángeles durmiendo en una nube. Rielle giró en círculo y fue asimilándolo todo lentamente.

—¿Te has perdido? —le preguntó alguien.

Al volverse advirtió que una de las mujeres a las que había seguido la miraba. La fuente era tan impactante como los murales, pues tenía la forma de una bestia de cuatro cabezas que escupían agua por la boca.

—No —respondió Rielle—. Pero... busco a Izare Saffre.

La mujer se fijó en el atuendo de Rielle y sonrió. Ladeó la cabeza hacia la derecha.

—Está en la tercera casa de esa calle.

—Gracias.

Rielle asintió y se marchó en la dirección que la mujer le había indicado.

Era una calle estrecha y repleta de sillas viejas, maltratadas y desaparejas. Algunas estaban ocupadas por un grupo de hombres y mujeres jóvenes que reían y bebían de unas tazas baratas de loza vidriada. Una estridente chiquillería de alturas desiguales correteaba entre las sillas. Cuando Rielle se encontraba cerca de la tercera casa vio unas efigies de Ángeles llamativas pintadas en el dintel con un estilo que le resultaba muy familiar junto con las palabras: «Izare Saffre, pintor».

En cuanto leyó su nombre se detuvo, paralizada por una duda repentina. ¿Y si ir allí no había sido buena idea? ¿Y si sus compañeras revelaban a Sa-Baro dónde había estado? ¿Y si su tía estaba en lo cierto respecto a los motivos auténticos de Izare? «¿Qué voy a decirle?».

—¿Ais Lázuli?

Dio un respingo y, al volverse, vio que uno de los jóvenes bebedores se dirigía hacia ella. Se quedó de piedra cuando le pareció reconocer a aquel hombre desaliñado.

—¿Aos Saffre? —preguntó dubitativa.

Él hizo una mueca y bajó la vista para mirarse.

—Ah, sí. Te pido disculpas por mi aspecto. Me he levantado hace poco.

—¿Hace poco? —bramó otra voz masculina. Un hombre alto se levantó y se

acercó hasta apoyarse en el hombro de Izare, quien se apresuró a sacudírselo de encima—. Ya hace un buen rato que lo sacamos a rastras de la cama. Pero, a decir verdad, no le hemos dejado volver a entrar para lavarse. Estábamos apostando sobre cuánto tardaría, si tenía que arreglarse deprisa para... —El hombre se interrumpió, adelantó a Izare y posó los ojos en Rielle—. Un momento... —La tomó de la mano—. ¿Quién es esta distinguida dama, Izare?

—Ella —respondió el pintor mientras la joven retiraba la mano— se llama Rielle Lázuli.

—Ah. —El hombre sonrió—. Bueno, ya entiendo por qué tenías tanta prisa por estar listo a tiempo.

Adoptó una expresión seria y concentrada mientras examinaba el rostro a Rielle, luego los brazos, los pies, y de nuevo la cara. Ella, a su vez, lo miró de arriba abajo y se fijó en que tenía la piel más oscura que la mayoría de los foguianos, barba de varios días y manchas de colores en la ropa y las manos. ¿Otro artista? Eso explicaría el curioso escrutinio analítico al que la había sometido. «Por lo menos Izare me trató como a una persona antes de considerarme modelo para una obra de arte».

—Este es Dorr —le dijo Izare—. Escenógrafo y actor de la Compañía del Cielo, a la que también pertenecen estos tres —añadió con los ojos vueltos hacia los bebedores.

—Artista y actor —lo corrigió Dorr, risueño—. Ven, te presentaré a los demás.

Rielle miró a Izare, que se encogió de hombros.

—No te librarás de él si no vas.

Tras seguirlos hasta la mesa Rielle sonrió e inclinó la cabeza cuando le presentaron a las dos mujeres y sus acompañantes varones. Greya, Jonare y Merem, todos ellos actores, habían acudido a celebrar que la función de esa noche había rendido buenos beneficios. Greya tenía la piel y el cabello claros, por lo que tal vez era medio sureña. Los otros dos parecían foguianos. Jonare sostenía en brazos a una criatura dormida. Aún quedaban rastros de maquillaje en el rostro de los tres, y el de Merem parecía indicar que había representado un papel femenino. Rielle estaba más acostumbrada a ver actuar a ese tipo de personas que a charlar con ellas. No estaba muy segura de si sus padres verían con buenos ojos que las tuviera como amistades, pero tampoco las considerarían peligrosas.

—Siéntate —le ordenó Dorr—. Bebe un poco de icuo.

Le tendió una taza, pero ella la rechazó cortésmente.

—Así que tú eres la chica del desierto de Izare —dijo Greya—. Lleva los últimos tres cuatrodías hablando de ti.

Rielle sintió un ligero escalofrío de placer, pero intentó disimularlo mirando a Izare con los ojos entornados.

—¿Qué os ha estado contando de mí?

Los artistas se echaron a reír.

—Nada malo —le aseguró Greya—. No lo había visto tan entusiasmado con un

rostro desde hace... —Frunció el ceño y después se encogió de hombros—. Bueno, hará un año más o menos.

—A esta hora tienes clases en el templo, ¿verdad? —preguntó Jonare.

—Por lo general, sí —respondió Rielle. Alzó el paquete de panfletos—. Los sacerdotes han decidido que debemos recordar a los habitantes de Fogo los peligros que entraña aprender magia.

Dorr cogió uno, lo leyó y se lo devolvió.

—No necesitamos que nos lo recuerden —farfulló—, después de su campaña de hostigamiento de hace...

—¿Te han enviado sola? —quiso saber Izare.

—No, íbamos en grupos, pero mis amigas estaban más interesadas en... —Contempló las botellas y las tazas vacías sobre la mesa—. Han decidido tirar los panfletos y entretenerse en otras cosas.

Dorr sonrió.

—Así que has seguido adelante por tu cuenta. Bueno, no hace falta que te preocupes por terminar el trabajo. Dados los últimos acontecimientos, difícilmente habríamos podido no enterarnos de lo malos que son quienes usan la magia.

—Aun así, debería repartirlos —repuso Rielle—, por si los sacerdotes nos controlan.

—¿Cómo pueden averiguar si los has repartido o no? —inquirió Greya—. No conseguirás que nadie de por aquí los acepte.

—Pues tengo que intentarlo.

La joven hizo ademán de levantarse.

—Espera. —Izare alargó el brazo y posó la mano sobre la suya—. ¿Te vas? Pero si aún no he comenzado tu retrato.

Rielle alzó los panfletos.

—No he dicho que haya venido para eso.

—Pero ¿cuándo se presentará una mejor oportunidad que esta?

Rielle abrió la boca para recordarle que a sus padres no les haría ninguna gracia, y Dorr le quitó los panfletos de las manos.

—Ya nos encargaremos nosotros de repartirlos. Tienes que dejar que te haga un esbozo por lo menos.

—Pero...

—No pasará nada si posas para un pequeño esbozo. Lo único que tienes que hacer es quedarte ahí sentada. Incluso puedes fingir que no te has dado cuenta.

Izare se levantó de un salto.

—Voy a buscar papel y carboncillo.

Mientras él entraba corriendo en su casa Rielle se dejó caer de nuevo en su silla. Los demás la observaban con sonrisas que ella no supo distinguir si eran de burla o de comprensión ante su desaliento. Si intentaba huir, ¿se lo impedirían?

«¿Debería intentarlo?».

Al pensar en la opinión de Famire, Tareme y Bayla se reavivó la rabia que había sentido antes. Estaba segura de que Narmah no estaría de acuerdo con ellas. ¡Posar para un retrato no era como prostituirse! A los amigos de Izare, que se maquillaban y actuaban frente a otras personas, las ideas de las muchachas del templo sin duda les habrían parecido remilgadas y ridículas.

La puerta de la casa de Izare se abrió de nuevo y él salió a toda prisa con una tabla a la que había fijado un fajo de hojas de papel. Tenía el cabello repeinado y reluciente de humedad, y se había puesto una camisa limpia. Rielle tuvo que reprimir una sonrisa al verlo.

Izare comenzó a rodear la mesa e hizo señas a Jonare de que se apartara. Esta se puso de pie de inmediato para cederle el asiento mientras el niño que llevaba en brazos murmuraba en sueños.

—Bueno, será mejor que distribuyamos esto por el barrio pobre —dijo Dorr a la vez que repartía los panfletos entre Merem y Greya.

Tras levantarse y despedirse de Rielle sus amigos prometieron a Izare que volverían más tarde para ver el dibujo y se marcharon. Jonare los siguió, después de llamar a otros dos de los niños del grupo para que se fueran con ella.

El sonido del carboncillo al rozar y deslizarse sobre el papel atrajo de nuevo la atención de Rielle hacia Izare. Lo observó trabajar intentando no moverse. Nunca se sentía tan cohibida cuando Narmah la dibujaba. Había un brillo de fogosidad en los ojos de Izare, pero, más que mirarla a la cara, la estudiaba. Trabajaba en silencio, tan concentrado en su tarea que ella casi tenía la sensación de estar sola.

De alguna manera eso le confirmó el valor para examinarlo a su vez con detenimiento. Si fuera a pintar sus ojos empezaría con un amarillo terroso que después cubriría casi por completo con motas de color verde cobrizo. Para la piel necesitaría un marrón intenso y para las sombras un poco de azul. El tono más apagado de la piedra de beri resultaría adecuado. La gemazul, un pigmento que se había utilizado en el espiritual de su familia, era demasiado cara para gastarla en sombras.

Izare se echó hacia atrás en su silla y asintió.

—Es un comienzo.

Rielle parpadeó, sorprendida.

—¿Ya has acabado?

El pintor alzó la vista hacia ella y le dio la vuelta a la tabla. A Rielle se le cortó la respiración. Allí estaba, mirándose como en un espejo; un espejo que reducía la imagen al negro del carboncillo y el blanco crudo del papel barato. Sin embargo, cada trazo era una floritura sencilla pero elocuente que expresaba a la perfección la curva de la mandíbula, cada rizo de las pestañas o cada pliegue del pañuelo.

—Eres muy bueno —declaró.

En vez de sonreír, como ella esperaba, Izare sacudió la cabeza.

—No es lo mejor que he hecho. ¿Me... me dejarías volver a intentarlo?

A Rielle se le erizó el vello de la piel.

—¿Has hecho cosas mejores? Eso tengo que verlo.

Izare posó los ojos en ella, luego los volvió hacia su casa y sonrió.

—Tengo varios cuadros aceptables dentro. Lo único que se interpone entre ellos y tú son una escalera, un par de paredes y tu desconfianza hacia mí.

La muchacha lo miró, dirigió la vista hacia su casa y volvió a fijarla en él.

—Afirmas que eres hombre de honor. Si me prometes que no harás otra cosa que mostrarme esos cuadros...

Izare se llevó la mano al corazón.

—Te prometo que cuando entres y salgas por esa puerta tu honor estará tan a salvo conmigo como en los dos últimos cuatrodías en que te he acompañado a tu casa.

Tras meditar esas palabras Rielle asintió y se levantó. Izare se colocó el esbozo bajo el brazo y la guio hasta su umbral. A pesar de la promesa, la joven tenía el corazón desbocado, aunque por una emoción menos fuerte que el miedo. Más que temor auténtico, era aprensión. O tal vez ni siquiera eso, pues una parte de ella disfrutaba con esa sensación.

Izare le abrió la puerta y Rielle entró en un vestíbulo reducido con una sola puerta a un lado. Al fondo, unos escalones conducían a la planta superior. Percibió un olor extraño en el aire, como de cera para madera, pero más penetrante. Al recordar que él había mencionado la escalera Rielle empezó a subir. Una vez arriba se encontró en una sala espaciosa. La luz entraba a raudales por las ventanas de un lado, apenas tamizada por finos visillos. La pintura de la parte más alta de las paredes estaba descascarillada y sucia, pero la parte de abajo estaba oculta tras numerosos objetos tales como estantes, ropa colgada de perchas, trozos de tela, tablas en diversos grados de preparación para pintar sobre ellas y cuadros vueltos.

Allí el olor era más intenso. Una mesilla cubierta de objetos más o menos conocidos atrajo la mirada de Rielle. Los frascos de pigmentos y la moleta para elaborar pintura eran de esperar. Aunque ella no trabajaba con caballete vertical, ya los había visto antes. Pero ¿qué eran aquellos utensilios que parecían palas pequeñas, aquellos tubos con los extremos retorcidos y aquel líquido amarillo oleoso?

Izare se acercó a una pared y dio la vuelta a un cuadro. En cuanto Rielle lo vio se quedó sin aliento. En comparación, el boceto que Izare acababa de hacer semejaba los toscos arañazos que un pájaro termitero dejaba en la corteza de un árbol. Era como si hubiera colocado en el caballete un espejo que capturaba intacta la imagen de quien lo contemplaba.

—A la cliente no le gustó, así que no me lo pagó —dijo él sonriente—. Era un retrato demasiado fiel.

Rielle se acercó y entendió el porqué. La mujer era de mediana edad y tenía una expresión desabrida.

—¿Cómo conseguiste...? La piel... No alcanzo a ver las pinceladas.

—Matizado —dijo Izare y, como si esa fuera explicación suficiente, cogió otro cuadro—. Este lo pinté por gusto. Su rostro me pareció interesante.

En efecto, la joven tenía unos ojos poco corrientes. Sin embargo, lo que más llamó la atención a Rielle fue su expresión. No acertaba a determinar si transmitía tristeza o satisfacción.

—Aquí hay otro.

El siguiente cuadro era de un anciano al que Izare había encontrado un día durmiendo en su portal. Rielle apenas se había recuperado de la crudeza de la imagen cuando él le enseñó otra, y luego otra.

Sin embargo, conforme se habituaba a la singularidad de los rostros también comenzó a percibir fallos: el cuello de una blusa en un ángulo poco natural; un velo que parecía demasiado tieso; una cabellera con una caída o una ondulación poco convincentes; ojos demasiado blancos. A su tía le encantaba recalcar que el blanco de los ojos no era blanco en realidad, sino de un color crema que reflejaba otras tonalidades y aparecía más oscuro y frío bajo las sombras de la frente.

A Izare no se le daba tan bien pintar la ropa, el cabello y los ojos como la piel. Pero lo que era capaz de lograr con la piel... había despertado en la joven una estimulante combinación de envidia y deseo.

Rielle volvió a examinar la mesa. Una paleta descansaba sobre una placa de vidrio para moler, con salpicaduras de colores esparcidas y fundidas entre sí. La pintura brillaba. Tocó la roja, que cedió bajo la presión de su dedo, aún fresca. Le quedó una mancha en la yema, así que la frotó con los otros dedos. Era lisa y espesa, y se le extendía como bálsamo sobre la piel. Incluso en una capa tan fina, el color seguía siendo vibrante. Relucía. Al olfatearlo no le sorprendió percibir el mismo olor que impregnaba toda la habitación, pero con más intensidad. Izare la observó mientras se situaba al otro lado de la mesa y sonrió cuando ella lo reconoció por fin.

—¡Aceite! Disuelves la pintura en aceite. —Tras escudriñar la mesa cayó en la cuenta de cuál era el ingrediente que faltaba—. En vez de en savia, agua y néctar.

Él asintió.

—Tarda en secarse, lo que me permite matizar los colores y no me obliga a mezclar pintura nueva constantemente. Puede aplicarse en pinceladas gruesas y opacas, o bien finas y traslúcidas.

—¿Me enseñarás cómo?

El pintor titubeó con expresión recelosa. Luego sonrió.

—Sí, si me prometes no contárselo a nadie, ni siquiera a tus familiares. Tengo que andarme con cuidado para no perder la ventaja sobre mis competidores. Muchos de ellos intentan pintar al óleo, pero no saben qué aceites usar ni cómo mezclarlos o aplicarlos.

—Yo también pinto —le recordó Rielle.

—No eres una competidora porque no vendes tus cuadros.

Eso no podía discutírselo, así que asintió.

—Además, no tengo tiempo de enseñártelo ahora —prosiguió él—. Tendrás que venir a que te dé clases. Lo cual tiene un precio...

Rielle asintió de nuevo.

—Me parece justo. ¿Cuánto me cobrarás?

—¿A ti? Nada. El precio es que poses para ese retrato.

A Rielle se le escapó una carcajada.

—Claro. ¿Cómo he podido pensar que sería otra cosa?

Izare rodeó la mesa.

—¿Y bien? ¿Aceptas?

Rielle contempló las pinturas y luego los colores que resplandecían en la paleta.

—¿Cómo? Mis padres jamás me lo permitirán, y aunque no se lo dijera... dudo que los sacerdotes me encarguen a menudo que reparta panfletos.

—Siempre vuelves a tu hogar por la vía del Templo, que no es una ruta directa. Te mostraré un camino más corto. Llegarás a casa un poco más tarde de lo normal, pero puedes aducir que tus amigas te han entretenido después de clase, que había demasiada gente en la calle o que estás cansada. —Hizo una pausa con el ceño fruncido—. Pero tu familia envía a un criado a acompañarte, ¿no?

—No —respondió Rielle—. Mi madre los necesita a todos, y según ella las calles vuelven a ser seguras ahora que el impuro no anda suelto.

Izare mantuvo el entrecejo arrugado.

—A mí no me parece bien que vayas sola por ahí. De hecho, estarás más segura si te recojo cerca del templo y me aseguro de que llegues sana y salva a casa después de la sesión de posado.

Su preocupación provocó una sonrisa a Rielle, si bien recordó de pronto la advertencia de Narmah.

—¿Y aquí dentro estaré segura también?

La expresión ceñuda de Izare se desvaneció.

—Por supuesto. Dime, ¿qué peligro podría representar yo para ti?

—Bueno..., mi tía cree que no te conformarás con un simple retrato. Que después querrás algo más.

El pintor arqueó las cejas.

—Ah. ¿Como qué?

¿Por qué estaba obligándola a ser tan explícita? Ella no pensaba acceder a nada hasta que él tuviera claros los límites de su acuerdo.

—Que me pidas que pose para un desnudo. ¿Me prometes no hacerme proposiciones inapropiadas?

Izare se echó a reír.

—Jamás se me pasaría por la cabeza pedirte que te quitaras la ropa, Ais Lázuli.

—¿Me lo juras?

—Te prometo no pedirte nada que no estés dispuesta a hacer.

—En ese caso posaré para ti a cambio de que me enseñes los secretos de la

pintura al óleo.

A Rielle el corazón le dio un vuelco cuando vio que Izare sonreía.

—¡Estupendo! Bueno, hoy ya no queda tiempo para una clase, pero sí para otro esbozo rápido. ¿Te sientas ahí, junto a la ventana, por favor?

Suspirando, aunque contenta en su fuero interno, la joven se acercó a la silla que le había señalado y se sentó.

A Rielle no la sorprendió que sus padres no se dieran cuenta de que llegaba a casa un poco más tarde cada cuartodía, pero sí que Narmah lo hubiera pasado por alto. La festividad estaba próxima y la familia entera se afanaba por atender los pedidos, lo que implicaba ocuparse de toda clase de tareas, desde la preparación de pigmento y tinte hasta la entrega de pinturas y telas. Quizá su tía estaba distraída por eso. O tal vez sí había reparado en sus retrasos, pero suponía que Rielle remoloneaba para empezar a trabajar más tarde. Narmah le dirigía una sonrisa comprensiva todas las mañanas, cuando la enviaban a despachar a los clientes, a limpiar el taller o a ayudar con los preparativos de la celebración familiar. De una forma u otra, la festividad le ocupaba todas las horas del día salvo las que dedicaba a comer, asistir a ceremonias y clases en el templo, y posar para Izare. En otras circunstancias, esto último habría acabado por aburrirla, pero pasar un rato sentada representaba un gran alivio para ella y le proporcionaba una excusa para mirarlo a él a placer.

Al advertir que a Izare se le iban los ojos hacia sus manos una y otra vez bajó la vista. Su madre le había encargado que comprobara la calidad y el color de cada lote de telas recién teñidas, que solían estar húmedas. Pese a todas sus precauciones, siempre tenía las yemas de los dedos manchadas.

—Supongo que debería haberte advertido que no incluyeras mis manos —comentó.

Izare se encogió de hombros.

—En cuanto tenga la figura bien trazada pediré a Jonare que pose para el color de la piel.

—He intentado blanqueármelas —suspiró Rielle.

—A mí no me molesta. —Alzó una mano salpicada de pintura—. Casi nunca estoy limpio del todo.

—La pintura se va más fácilmente que el tinte. Y no solo intento estar limpia para ti.

—¿Ah, no? —Enarcó las cejas—. ¿A quién tratas de impresionar?

—A nadie. Al contrario, trato de no causar mala impresión.

—¿Mala impresión? —Izare sacudió la cabeza—. Dudo que pudieras aunque quisieras.

Rielle reprimió una sonrisa.

—No todo el mundo opina lo mismo, Izare. Algunos miran por encima del hombro a una chica que se ha manchado trabajando en la apestosa tintorería.

—Pues son unos necios —aseveró él con firmeza desplazando rápidamente los

ojos de sus manos al retrato.

Rielle exhaló otro suspiro al pensar en Tareme y Bayla. Últimamente cuando llegaba al templo Famire estaba siempre con ellas. Estirada, perezosa y dueña de un sentido del humor cruel, la chica solía hablar a Rielle con condescendencia. Le habría resultado tolerable si las otras no hubieran empezado a imitarla. Esa mañana Rielle les había replicado con mordacidad y después había tenido que pedirles disculpas.

A Famire le divertía especialmente sugerir a Rielle maridos adecuados para ella con el pretexto de ayudarla. Primero enumeraba con toda amabilidad a los hombres que nunca en la vida se plantearían tomarla como esposa, luego sopesaba los defectos y las virtudes de los que quedaban y le preguntaba qué fallos estaba dispuesta a soportar.

En casi todos los cuatrodías Rielle habría deseado marcharse del templo lo antes posible aunque no hubiera estado ilusionada por ver a Izare.

El atajo que este le había indicado discurría por zonas del barrio de artesanos por las que ella nunca había pasado. La mayor parte de los edificios, ni lujosos ni humildes, eran una combinación de casa, taller y tienda. La familia de Rielle habría podido vivir allí si, como tintoreros, no hubieran estado obligados a instalarse fuera de la ciudad. Y eso significaba que no eran mucho más respetables que los artesanos que residían cerca de la casa de Izare.

Unos golpes en la puerta de abajo distrajeron a Izare, que puso cara de exasperación.

—Que los Ángeles los fulminen. Llegan demasiado temprano.

A Rielle se le cayó el alma a los pies al ver que limpiaba el pincel con un trapo y lo dejaba en un tarro con disolvente. Aunque los amigos de Izare le parecían más interesantes y agradables que sus compañeras del templo, él no trabajaba en el retrato cuando ellos estaban allí, y ella pasaba tan poco tiempo en su compañía... Por otro lado, apenas le había dado clases, y solo le había enseñado a preparar la pintura y a darle la consistencia adecuada.

Izare se dirigió hacia la escalera.

—¡Subid! —gritó.

Se oyó el sonido de la puerta al abrirse seguido de pasos y varias voces, algunas conocidas y otras no. El rostro de Izare se iluminó con una amplia sonrisa.

—¡Errek! ¡Has vuelto!

Un foguiano esbelto apareció en la escalera y abrazó a Izare. Detrás subieron Greya y Jonare, quienes lo saludaron con un beso en la mejilla, al igual que Merem. Los artistas y los actores que componían el círculo de amistades de Izare se prodigaban muestras de afecto que a Rielle le gustaban, aunque eran muy físicas para lo que ella estaba acostumbrada. A Narmah le parecerían inapropiadas y demasiado familiares.

El recién llegado llevaba una pesada garrafa de icuo, lo que descorazonó a Rielle. En cuanto se pusieran a beber se habría acabado el pintar. Cuando el hombre se

volvió para adentrarse en el estudio la vio y se detuvo, sonriente.

—¿Quién es?

—La última modelo de Izare —respondió Jonare mientras ella y los demás pasaban junto al pintor en dirección a los asientos de madera que solían ocupar cuando lo visitaban.

—Os presento a Ais Lázuli —dijo Izare al tiempo que la señalaba con un gesto ampuloso.

Los ojos de Errek se clavaron en el retrato y la sonrisa se le borró de la boca por unos instantes antes de volver, aunque un poco forzada.

«Envidia —advirtió Rielle—. Tiene celos del talento de Izare».

—Rielle. —Izare le hizo señas para que se acercara—. Quiero que conozcas a Errek. Acaba de regresar de Doem, donde ha estado pintando el espiritual del templo principal.

—Restaurando —lo corrigió Errek.

Rielle se levantó y se detuvo junto a Izare. La expresión de Errek cambió de nuevo. Esa vez ella reconoció en su semblante la intensa observación analítica de un artista.

—Es un honor conocerle —dijo.

Errek la tomó de la mano.

—Es un honor aún más grande para mí. —Sacudió la cabeza—. ¿Dónde encontrará Izare a semejantes beldades?

«Nos está alabando hábilmente a los dos al mismo tiempo», reflexionó Rielle.

—Por una vez no ha sido en el callejón de las Rameras —contestó con afabilidad.

Había aprendido a base de comentarios desacertados que la desaprobación que su familia sentía hacia la prostitución irritaba a los amigos de Izare, quienes contaban a algunas de las «mujeres trabajadoras» del barrio pobre entre sus amistades, pero no quería que el recién llegado la tomara por una de ellas. Errek soltó una carcajada y asintió con una expresión que indicaba que la comprendía.

Izare emitió un gemido de protesta.

—No todas mis modelos han sido rameras. Además, no puedo pasarme la vida pintando a mis cinco amigos, sobre todo cuando algunos de ellos se empeñan en irse a vivir a Doem durante dos años. En fin, Errek, ¿has venido para quedarte?

El recién llegado se colocó frente al cuadro.

—De momento, sí.

Examinó la obra con una concentración aún mayor. Rielle lo observó también y volvió a maravillarse ante la sutil mezcla de colores que componían las tonalidades de la piel y las audaces pinceladas que, vistas de lejos, sugerían un nivel de detalle que en realidad no existía. Aunque la incomodaba un poco que Izare estuviera pintándola sin velo, supuso que nadie vería el retrato aparte de él y sus amigos.

Errek retrocedió un paso.

—¿Cuánto te falta para terminarlo?

—Estará listo cuando esté listo —respondió Izare.

—Espero que no muy pronto —añadió Rielle—. Me prometió darme clases a cambio y apenas hemos empezado.

Errek irguió la espalda y se volvió hacia ella.

—Cuando termine, ¿me permitirás pintarte también?

La joven fijó la vista en él, perpleja, y luego miró a Izare, casi pidiéndole que le indicara cómo debía reaccionar. Este no parecía muy feliz, pero se encogió de hombros en señal de que la decisión le correspondía a ella. ¿Tendría algo de malo? Izare la estaba retratando, así que ¿por qué no Errek? Por otro lado, cuantos más cuadros de ella hubiera, más probable sería que algún conocido de sus padres viera uno y los informara. Pero no quería ofender al amigo de Izare cuando todavía estaba pendiente la cuestión de las clases.

—Bueno..., había pensado que después me tocaría a mí pintar a alguien —dijo pausadamente.

Greya sonrió de oreja a oreja.

—¡Oh, sí! ¡Me encantaría verla pintar!

Jonare y Merem asintieron.

—Pero ¿a quién pintarás? —preguntó Errek.

Rielle se disponía a mirar a Izare, pero se contuvo. «No, aún no. Ya se lo tiene lo bastante creído». En vez de ello, dirigió la vista hacia los demás. Jonare la miró a los ojos y asintió, de modo que Rielle la señaló.

—A Jonare.

Se volvió hacia Izare y notó un nudo en el estómago al ver que tenía el ceño fruncido. «Vaya. Espero no haber herido tanto su orgullo que se niegue a instruirme. O a acabar el retrato. O a volver a verme...».

—Aunque... quizá no al óleo todavía —agregó—, pues mi torpeza de principiante podría hacer quedar mal a mi maestro.

Izare entornó los ojos.

—No, pero no hay motivo para que no hagas un boceto preparatorio ahora mismo. Toma...

Se apartó, cogió una tabla, papel y un clarión, y se lo entregó todo.

Rielle se quedó contemplando el material. De pronto el corazón le latía a toda prisa, por lo familiar y reconfortante que le resultaba. Era consciente de que los demás la observaban y de que solo la considerarían una modelo de Izare entre tantas otras hasta que demostrara ser algo más. «Puedo hacerlo», se dijo.

Izare acercó una silla y la señaló en silencio. Rielle se sentó, se apoyó la tabla de dibujo en las rodillas y puso manos a la obra.

Por las ventanas entraba una luz apagada, pues el cielo estaba nublado. Jonare se quedó quieta y se relajó. Saltaba a la vista que estaba acostumbrada a posar para artistas. Rielle empezó por señalar las distancias entre los rasgos de la mujer con marcas tenues y acto seguido realizó trazos amplios y suaves con el borde del clarión

para rellenar las sombras. Añadió detalles, variando el grosor y la intensidad de las líneas. Trazos enérgicos y largos para el cabello. Un sombreado ligero para representar los pliegues del pañuelo que Jonare llevaba al cuello. Una línea tenue y sutil para el contorno de la nariz. Rellenó los ojos con toques delicados, dejando un resquicio para sugerir un reflejo, y difuminó los blancos con el fin de suavizarlos.

Tras agregar unos matices finales para pulir el dibujo respiró hondo y evaluó el resultado. Asintió y, cuando alzó la mirada, descubrió que Greya y Merem se habían levantado de sus asientos mientras ella estaba demasiado absorta en su tarea para percatarse de ello.

—Impresionante —comentó Greya.

La voz sonó cerca del hombro de Rielle. Al volverse vio a Greya, Merem y Errek de pie detrás de ella, junto a Izare. Merem lanzó un murmullo de admiración. Pero Izare y Errek guardaron un silencio absoluto.

—¡Enséñamelo! —exigió Jonare. Rielle dio la vuelta a la tabla y reparó en que la mujer abría mucho los ojos—. ¡Eres toda una artista! —exclamó.

—Sí, lo es —convino Izare cruzando los brazos—, pero le queda mucho por aprender.

Rielle se encogió de hombros.

—Si creyera que no me queda nada por aprender no estaría aquí —le recordó.

Cuando sus miradas se encontraron, él suavizó su expresión.

Errek le dio unas palmaditas en los hombros a su amigo.

—Me parece que a lo mejor eres tú quien tiene algo que aprender de ella —dijo.

Izare entrecerró los párpados de nuevo, pero no contestó, pues volvieron a sonar unos golpes en la puerta de la calle. Mientras se dirigía hacia la escalera el sonido de la puerta al abrirse resonó en el vestíbulo, seguido por unos pasos apresurados. Una cabeza asomó por detrás de la barandilla de la escalera y se volvió para localizarlos. Era Dorr.

—Los sacerdotes están llevando a cabo una inspección —les avisó.

Se oyeron varias palabrotas proferidas a la vez. Al darse la vuelta Rielle vio expresiones de fastidio. Izare fue directo hacia su retrato y retiró la abrazadera que lo sujetaba al caballete. Jonare se levantó y posó la mano sobre el brazo de Rielle.

—Será mejor que te vayas.

A Rielle se le encogió el corazón. Si los sacerdotes la encontraban allí se lo dirían a Sa-Baro. Aunque estaba segura de que el profesor la creería cuando le asegurara que no se traía nada reprobable entre manos, él estaría obligado a informar a sus padres. Buscó a Izare con la mirada y lo vio escondiendo el retrato entre varias pinturas inacabadas apoyadas contra la pared. A continuación cogió un espiritual casi terminado y lo colocó en el caballete.

—Nos vemos el próximo cuartodía, entonces —dijo Rielle, y le devolvió la tabla y el clarión.

—Sí. —Izare arrugó el entrecejo—. Debería acompañarte a casa, pero si nos ven

juntos...

—Yo iré con ella —se ofreció Jonare—. Ningún impuro se atreverá a meterse con las dos.

Rielle sintió que se le tensaba aún más el nudo en el estómago.

—¿Por eso están realizando una inspección? ¿Ya hay otro impuro suelto por Fogo?

Izare dejó el dibujo a un lado y la tomó de la mano.

—Sí, pero estarás a salvo con Jonare.

Dio un paso al frente y, antes de que Rielle cayera en la cuenta de lo que estaba haciendo, le plantó un beso en la mejilla. Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo y de pronto no pudo evitar fijar la vista en el suelo, consciente de que tenía el rostro encendido y el corazón acelerado.

—Vamos —la apremió Jonare sujetándola del brazo—. Será mejor que nos demos prisa.

Dejándose guiar por la mujer Rielle prácticamente se tambaleó hacia la escalera y miró atrás una última vez antes de bajar en pos de Jonare. Izare le sonrió, pero sus ojos delataron su preocupación.

Salieron a una calle sumida en penumbra. Rielle se quitó el pañuelo del cuello y se apresuró a cubrirse con él la cabeza. Las nubes, de un gris poroso, prometían una lluvia que no llegaba. La gente circulaba a paso veloz, encorvada y lanzando miradas hacia atrás. Rielle oyó unos gritos y, aunque no entendió las palabras, percibió el tono de advertencia.

—El impuro estará ya muy lejos cuando lleguen los sacerdotes —murmuró.

—Oh, dudo que sea del barrio de los artesanos. —Jonare se encogió de hombros—. Nadie quiere convertirse en la persona que confirme lo que se rumorea sobre nosotros.

—¿Qué se rumorea?

Jonare la contempló con incredulidad.

—Que los artesanos tienen más tendencia que nadie a convertirse en impuros.

Rielle la miró fijamente.

—Nadie me había hablado de eso.

La mujer esbozó una sonrisa triste.

—Eso es porque has crecido protegida. O tal vez porque los tintoreros no tienen la misma fama.

Caminando con rapidez Jonare condujo a Rielle por unas calles estrechas que la muchacha conocía y luego por otras que no. No se cruzaron con ningún sacerdote.

—Me alegro de haber dejado a los niños con mi hermana hoy —dijo Jonare—. Les encanta jugar con los vecinos de Izare, pero los sacerdotes les dan miedo.

Rielle volvió a mirarla con extrañeza, pero la mujer no reparó en ello.

—A Izare también le gusta tenerlos de visita. Se le dan bien los niños. Será un buen padre cuando llegue el momento, ¿no crees?

Rielle contuvo un suspiro al ver que Jonare le lanzaba una mirada fugaz. No era la primera vez que una de las amistades de Izare le pedía su opinión sobre su idoneidad como esposo o padre. No tenía claro si con ello pretendían prevenirla o alentarla. Por desgracia, eso se traducían en que casi todas las conversaciones que mantenía con ellos versaban sobre Izare, así que Rielle optó por cambiar de tema.

—¿De manera que tu hermana cuida de tus hijos mientras tú actúas?

—Sí, y yo cuido a los suyos mientras trabaja.

—¿A qué se dedica?

—Oh, a cosas distintas. Lava ropa, cocina...

Jonare echó un vistazo alrededor y aflojó el paso. Rielle la imitó y cayó en la cuenta de que los otros transeúntes ya no parecían tensos ni agobiados.

—Bueno, ¿qué te ha parecido Errek? —inquirió Jonare.

Rielle se encogió de hombros.

—Ha sido un encuentro demasiado breve para formarme un juicio sobre él, pero parece simpático. Su actitud y la de Izare... ¿Hay algún conflicto entre ellos?

Jonare se echó a reír.

—Solo rivalidad. Los dos son artistas de talento. Y los dos son jóvenes y apuestos, ¿no crees?

—¿Errek? No es ni por asomo tan apuesto como Izare.

La amiga de Izare arqueó las cejas y sonrió.

—Ah. Bien. Me alegra oír eso.

Rielle le escudriñó el rostro y de pronto comprendió.

—¿Te gusta Errek?

—Sí. —Jonare suspiró—. Pero sospecho que yo no le gusto tanto como él a mí.

—Pero ¿y tu esposo?

La sonrisa de Jonare se ensanchó.

—¿Esposo?

Rielle se ruborizó al percatarse de su indiscreción.

—El padre de tus hijos, quiero decir.

—Oh, sus padres no saben lo que hace su madre, ni les importa. Para uno de ellos, eso es bueno, y para el otro... —Se encogió de hombros—. Incluso cuando estaba vivo era tan inútil como una red de pesca en el desierto.

—Lo siento...

—No tienes por qué. Seguro que ahora mismo está incordiando a los Ángeles —dijo cuando doblaban una esquina—. La vía del Templo ya no queda lejos.

Las casas que se alzaban ante ellas resultaban familiares a Rielle. Enfilaron una calle que desembocaba en la vía del Templo, aunque a una distancia considerable de su casa. Sin embargo, podía atajar por una callejuela lateral para salir más cerca.

—Ya sé dónde estamos. —Rielle se volvió hacia Jonare—. Puedo seguir sola desde aquí, si quieres regresar.

—Debería, por si los sacerdotes registran la casa de mi hermana —exhaló Jonare

—. Que los Ángeles los maldigan.

Rielle torció el gesto ante la vehemencia que destilaba la voz de la mujer. La incomodaba estar con personas que no respetaban a los sacerdotes tanto como su familia, quizá porque temía que tuvieran motivos para ello.

—Gracias por acompañarme hasta aquí.

Jonare sonrió.

—Ha sido un placer. ¿Puedo quedarme con el esbozo de mí que has hecho?

Rielle asintió.

—¡Por supuesto!

La mujer le dio unas palmaditas en el brazo.

—Estoy deseando ver un cuadro pintado por ti.

—Y yo —dijo Rielle con una mueca—. Aunque me pregunto si Izare cumplirá con su parte del trato.

Con una risotada, Jonare se apartó de ella.

—Cumplirá. Está haciendo lo posible por que tengas motivos para seguir visitándolo una vez que termine tu retrato.

Tras guiñarle un ojo dio media vuelta y se alejó con paso decidido por donde habían llegado.

Rielle la observó marcharse. Se llevó la mano a la mejilla en la que Izare la había besado. Otro escalofrío le bajó por la espalda al recordarlo. No había sido un beso distinto de los que daba a otras mujeres a manera de saludo o despedida, pero ¿y si Jonare tenía razón respecto a que él quería seguir recibiendo sus visitas?

Se volvió y echó a andar hacia su casa. Daba igual que el interés de Izare por ella fuera más allá de una modelo a quien pintar o de una alumna a la que instruir. Sus padres jamás lo verían con buenos ojos.

«¿O tal vez sí? ¿Tan distintos son los oficios de pintor y de tintorero? Unos y otros trabajamos con el color. De hecho, las habilidades de Izare resultarían útiles en una tintorería. Mis padres respetan la pericia de Narmah y me han animado a pintar. Quizá yo podría persuadirlos de que incorporar a otro artista a la familia sería positivo, sobre todo porque no he conseguido encontrar esposo entre los...».

De pronto se vio envuelta en sombras y se detuvo dando tumbos. Al mirar en torno a sí advirtió que se hallaba en la confluencia de varias callejuelas, demasiado reducida para considerarla una plaza. Unas franjas y unos borrones negros lo empañaban todo. Al percibir el extremo de la turbiedad se dirigió hacia allí a ciegas.

Cuando emergió y se le aclaró la vista descubrió que se encontraba frente a una anciana ajada apoyada en un bastón.

La mujer la observaba con fijeza.

—No está sucia —dijo—. Solo está vacía.

El corazón de Rielle, que ya le latía a toda prisa, dio un vuelco. Miró en derredor y la invadió un gran alivio al comprobar que no había nadie cerca que hubiera presenciado su reacción frente a la Mancha. Nadie excepto la anciana.

—Te asusta, ¿verdad? —dijo esta sonriendo—. Preferirías no verla, pero no puedes evitarlo.

Lo que significaba que ella también la veía. «No me delatará, pues revelar mi don implicaría revelar también el suyo». Rielle retrocedió, aunque solo unos pasos, por temor a adentrarse de nuevo en la Mancha. La mujer rio y avanzó hacia ella dando golpecitos en el suelo con el bastón.

—Huye, entonces. Huye de algo que no es nada. Lo que ocasionó esto se marchó hace ya mucho. Y tengo entendido que fue por una buena razón. Le salvó el pellejo a alguien. No puede decirse que eso no sea bueno, ¿no?

«¿Qué está...? ¿Quién...? ¿Será ella la corruptora?».

A Rielle se le heló la sangre. Giró sobre los talones y arrancó a correr.

Las paredes a ambos lados pasaron junto a ella a toda velocidad hasta quedar atrás. Tuvo que parar en seco para evitar una carreta cargada. Se hallaba en medio del tráfico de la vía del Templo. Al echar una ojeada hacia atrás no vio más que una calle desierta. La anciana no la había seguido.

«¿Cómo va a ser ella, con la edad que tiene?». Por otro lado, si era una impura — y la corruptora, ni más ni menos—, solo ella y los Ángeles sabrían lo que era capaz de conseguir con la magia. Amedrentada, Rielle cruzó rápidamente al otro lado de la vía del Templo con el fin de alejarse de aquella calle, aunque para ello tuvo que esquivar varios vehículos.

«La denunciaré. Informaré a los sacerdotes». Sin embargo, no podía hacer eso sin confesar que ella misma era capaz de ver la Mancha. Realizando inspiraciones profundas pero breves para serenarse se encaminó a paso veloz hacia su casa.

Cuando Rielle y su familia llegaron al templo el cielo se había despejado pero las calles aún olían a lluvia. Aunque algunos de los participantes en la procesión estaban empapados, no iban a permitir que eso les impidiera disfrutar del comienzo de la fiesta de los Ángeles. La familia de Rielle mantenía sus ropas secas, pues se había resguardado bajo un palio de tela encerada de colores vivos que los criados de la tintorería habían sujetado sobre sus cabezas mientras caminaban hacia el centro de la ciudad.

En ese momento estaban desmontando el palio y enrollando la tela. Para alivio de Rielle ella y su familia iban a unirse a la multitud. De niña le encantaba formar parte del espectáculo, pero ahora que era toda una señorita la avergonzaba. Examinó su atuendo y suspiró. Todas las prendas eran nuevas, confeccionadas con una tela teñida de un caro y estridente tono naranja rojizo. La blusa estaba bordada con escenas del templo. Rielle tenía que reconocer que Narmah había realizado una labor preciosa, si bien demasiado llamativa para su gusto. Por lo menos había conseguido convencer a su tía y su madre de que un exceso de joyas desviaría injustamente la atención de la obra de Narmah.

Miró a su hermano, ataviado con ropa de un azul cielo no menos intenso. Este le sonrió. Inot regresaba todos los años para asistir a la festividad, y a ella siempre la impresionaba lo mucho que había crecido. La diferencia de edad entre ellos, de siete años, parecía cada vez mayor. Se llevó una desilusión al ver que él no había traído consigo a sus dos hijos ni a su esposa, Wadinee, pues ella se encontraba en avanzado estado de embarazo del tercero.

Cuando sus padres echaban a andar hacia el templo Inot y Rielle los siguieron. Avanzaban serpenteando entre la muchedumbre y sujetando cada uno un estandarte teñido con los colores de la familia. La gente les abría paso por respeto hacia sus padres, los tintoreros más competentes e importantes de Fogo, aunque Rielle no podía evitar preguntarse si también se apartaban por su costumbre de evitar el trato con ellos. Su padre acabaría por detenerse cuando aquellos que tuviera delante no se hicieran a un lado. «Es una manera de saber qué lugar ocupan los habitantes de Fogo en la jerarquía social —reflexionó Rielle—. Cuanto más te permite el gentío acercarte al templo, más elevada es tu posición».

Cuando se detuvieron le sorprendió que su padre hubiera conseguido adentrarse tanto en la multitud antes de que le cerraran el paso definitivamente. Los familiares de Bayla y Tareme se hallaban cerca, aunque las chicas no estaban con ellos. Se produjo un cortés intercambio de saludos. La madre de Rielle preguntó por Ako y por

las muchachas. Rielle alcanzó a oír las palabras «jóvenes» y «fiesta».

—¿No piensas ir a esa fiesta? —le preguntó su madre en voz baja una vez que finalizó la conversación.

—Suponía que querías que me quedara aquí con vosotros, como siempre —contestó Rielle.

Aunque le daba igual que no la hubieran invitado, sabía que a su madre sí le importaría.

—Oh, deberías habérmelo consultado. Hummm, tal vez no sea demasiado tarde para que aceptes la invitación.

El vocerío de la gente empezaba a apagarse.

—Como no pensaba ir, no he preguntado dónde era.

—Si quieres, te lo averiguo...

—¡No! —Rielle agarró de la mano a su madre, quien la miró con el ceño fruncido—. Ahora no. Creo que la ceremonia está a punto de empezar.

En realidad no había visto el menor indicio de ello, pero por fortuna la puerta del templo se abrió poco después y unos clérigos salieron. Sa-Koml, el sumo sacerdote, se dirigió a la multitud para hacer su habitual resumen de lo sucedido durante el año.

Rielle se fijó en los otros sacerdotes y se le escapó una sonrisa al ver a Sa-Baro, que contemplaba radiante al público. «Le encantan las celebraciones», pensó al recordar el entusiasmo con que les leía textos sobre los festejos y banquetes del pasado. También reconoció a Sa-Elem, que permanecía erguido mirando al gentío con seriedad. Paseó la vista por los asistentes. Rielle no pudo evitar imaginar que estaba estudiando a aquellos que a lo largo del año le habían dado motivos para sospechar que poseían poderes mágicos.

Entonces sus miradas se encontraron, o eso le pareció a ella. El hombre se encontraba un poco lejos para que pudiera estar segura. Sa-Baro se quedó quieto unos momentos y asintió ligeramente antes de apartar los ojos. La joven lo miró con fijeza, preguntándose si ese gesto había sido producto de su imaginación y resistiendo la tentación de echar un vistazo hacia atrás para comprobar si estaba dirigido a otra persona. ¿Le había hecho una señal a ella? En caso afirmativo, ¿por qué?

Sintiéndose observada por alguien más volvió los ojos de forma instintiva hacia el hombre situado junto a Sa-Elem. Ahora daba la impresión de que Sa-Gest, el clérigo más joven, era quien la miraba. Aunque este había desplegado una sonrisa, a ella no le pareció amistosa, quizá porque ya se sentía insegura y cohibida. Se ajustó el velo en torno a la cara y desvió la vista hacia su padre con la esperanza de que el sacerdote —si de verdad la observaba— creyera que había mirado en otra dirección porque alguien la había llamado.

Sa-Koml, que había terminado su recapitulación del año, guio a los presentes en una oración de agradecimiento. Rielle susurró unas palabras adicionales de gratitud hacia los sacerdotes y los Ángeles por haberla salvado del impuro. «Y por haberme permitido conocer a Izare», añadió para sus adentros. Sa-Koml no había mencionado

a los nuevos impuros a los que los sacerdotes intentaban dar caza ni al corruptor que estaba enseñándoles magia. El propósito de la festividad era celebrar las cosas buenas de la vida, no recordar las malas.

Una vez finalizada la oración cientos de estandartes se alzaron por encima de la multitud. Rielle rompió el precinto del suyo y notó que se aflojaba y se desplegaba entre sus manos. Lo levantó, sonriendo al ver el arcoíris que su insignia y la de sus padres añadía a aquel mar de colores familiares. Todos entonaron un canto y empezaron a dar vueltas alrededor del templo; una para dar las gracias, varias más para llamar a la suerte.

Mientras caminaban tiraban monedas en unas rejillas que se destapaban una vez al año para la ceremonia. Las piezas caían a los túneles subterráneos que discurrían bajo el patio, donde más tarde las recogerían los sacerdotes para costear mejoras en la ciudad. No todos los ciudadanos participaban en ese ritual; la población entera no cabía en aquel patio, desde luego, y era un alivio para los foguianos más pobres no tener que hacer donativos. Alrededor del patio la gente se apiñaba en portales o ventanas para mirar. Los padres sostenían a los niños en alto o se los sentaban sobre los hombros.

Un rostro familiar entre los espectadores captó la atención de Rielle, cuyo corazón redobló sus latidos. Izare le sonrió y agitó la mano. Ella le devolvió la sonrisa. Él le indicó por señas que se acercara. Ella negó con la cabeza.

—¿A quién saludas? —preguntó su madre.

Rielle se volvió y experimentó alivio al ver que su madre estaba escrutando las caras de quienes los rodeaban. Jamás se le habría pasado por la cabeza que su hija pudiera conocer a alguien de fuera de la aglomeración.

—A un amigo —respondió Rielle.

—Ah, pues deberías reunirte con ellos.

—Pero ¿qué pasa con...?

—No, no. Ya encontrará Narmah a alguien que nos ayude con el banquete. Estoy segura de que la fiesta de tus amigos será aún más espléndida que la nuestra. —Le quitó el estandarte—. Te quiero en casa antes del anochecer.

Rielle cedió a la fuerza de la mano que le empujó el hombro. Se alejó, con el pulso acelerado por el miedo y la emoción. Si se iba con Izare, tendría varias horas por delante para estar con él. «¿Podré hacer eso sin que me pillen? Si mamá les pregunta más tarde a los padres de Bayla sobre la fiesta, se enterará de que no he aparecido y se preguntará adónde he ido».

Por otro lado, esas fiestas solían alargarse bastante. Rielle podría alegar que se había quedado en un rincón tranquilo, charlando con una o dos personas a las que acababa de conocer y cuyos nombres no recordaba. Si comentaba que alguno era guapo o simpático, su madre se distraería especulando sobre quién podía ser.

La parte exterior de la muchedumbre se movía más deprisa que el centro, por lo que Rielle se dejó llevar hasta que llegó a la esquina en la que había avistado a Izare.

Tras separarse del gentío escudriñó los rostros. No vio el menor rastro de él. ¿Se había desplazado a otra zona del patio en un intento de seguir a la muchedumbre?

De pronto una mano la tomó por el brazo, y ella se dio la vuelta, sobresaltada. Greya le sonreía.

—Vaya, estás fabulosa —comentó esta.

—Gracias —contestó Rielle.

Aun así, a su juicio quien estaba fabulosa era Greya. Alta, pálida y grácil, destacaba entre la multitud.

—Él está por allí —señaló Greya, y empezó a guiarla.

Mientras se abrían paso entre la gente Rielle advirtió que su guía atraía muchas más miradas masculinas que su propia vestimenta chillona. Las reacciones que suscitaba en los hombres eran dispares. Algunos contemplaban admirados la belleza de sus piernas largas y estilizadas mientras que otros arrugaban el entrecejo, pues solo se fijaban en la claridad de su tez y su cabello, señales de que tenía sangre extranjera. A Rielle la asaltó una sensación de peligro.

—Bina —espetó alguien mientras avanzaban por una zona de la aglomeración.

Rielle soltó un grito ahogado, horrorizada por el insulto. En lenguaje coloquial significaba «albina», y era una manera de dar a entender que su coloración era una deformidad.

—Qué grosería —dijo Rielle.

Greya se encogió de hombros.

—No es más que una palabra. Que la consideren un insulto es más insultante para los albinos que para mí.

Rielle comprendió de súbito que Greya debía de sufrir esa clase de hostigamiento continuamente. ¿Cómo conseguía armarse de valor para salir al escenario? Tal vez permanecía cerca de sus amigos y confiaba en que la protegieran.

—¿Cuándo viniste a vivir a Fogo? —preguntó Rielle.

—Nací aquí. Mi padre era actor de una compañía ambulante y lo sedujo una cantante local. Yo lo veía cada vez que venía a la ciudad. Cuando tuve edad suficiente para cantar y actuar me fui de gira con él hasta que me hice mayor.

De modo que también le corría sangre foguiana por las venas. Rielle, llena de admiración, alzó la vista hacia Greya. Todos los conocidos de Izare tenían un pasado de lo más interesante y poco común. Las mujeres eran muy seguras de sí mismas y expresaban su opinión sin vacilar.

—¿Por qué regresaste aquí? —quiso saber Rielle.

—En el grupo había un hombre que quería encamarse conmigo. No me gustaba. Le dije al director que o se largaba el tipo de la compañía o me largaba yo. —Se encogió de hombros—. Mira, ahí está Dorr.

El apuesto actor se reunió con ellas. Sintiéndose más tranquilas en su presencia siguieron adelante para ir al encuentro de Izare, Jonare y Errek. Izare sonrió de oreja a oreja en cuanto la vio y la saludó con un beso en la mejilla que la dejó muda pero

contenta durante varias respiraciones. Los demás la felicitaron por su «vestuario».

—Seguirán así durante una hora, más o menos —aseguró Dorr, y echó una ojeada al gentío que los rodeaba—. Tengo hambre. ¡Y sed!

—¿Volvemos a la fuente? —preguntó Izare.

—¡A la fuente! —convinieron todos.

Los seis echaron a andar por una ruta que Rielle ya conocía bien y que desembocaba en la plazuela próxima a la casa de Izare. Los vecinos habían sacado sillas y mesas hasta ocupar toda la superficie y estaban sirviendo un festín, al que Izare contribuyó con unos platos de frutos secos y unas botellas de icuo barato. Era un convite humilde y rústico en comparación con aquellos a los que Rielle solía asistir, pero no le importaba. La compañía resultaba mucho más interesante.

Izare y sus amigos le presentaron a tantos vecinos que ella dudaba que pudiera retener ninguno de sus nombres. Un par de mujeres se presentaron descaradamente como prostitutas, aunque Rielle sospechaba que habían decidido escandalizarla al ver su ropa lujosa. Un trío de acróbatas apareció y deleitó a los niños con una exhibición de equilibrismo y volteretas. Alguien se puso a cantar, los músicos sacaron sus instrumentos y la gente comenzó a bailar.

Transcurrieron las horas. A medida que las sombras se alargaban los visitantes empezaron a marcharse, y los vecinos se acomodaron en las sillas para charlar y beber icuo.

—Monya, ¿dónde está Dinni? —preguntó Dorr a una mujer, y esta hizo una mueca.

—Sigue enfadada. Ha dicho: «¿Por qué tengo que dar las gracias a los Ángeles por arruinarnos?».

—¿Tan desesperada es su situación? —inquirió Jonare en voz baja y preocupada.

—No tanto, si se pone a trabajar en una nueva escultura pronto. Podrá terminarla antes de la boda de su cliente si se da prisa y pedimos prestado el dinero para el material.

—¿Ha empezado ya? —preguntó Izare.

La mujer lo miró y sacudió la cabeza.

—Se encariña mucho con ellas. Es como pedirle que cambie a un hijo por otro.

—¿Quieres que hable con ella?

La mujer asintió.

—Eso podría ayudar, pero hoy no. Mañana. O pasado. —Alzó la vista hacia una casa—. Será mejor que vaya a ver cómo se encuentra.

El grupo se sumió en el silencio cuando la mujer se marchó. Rielle se mordió el labio, desconcertada por la conversación pero temiendo quedar como una entrometida si hacía alguna pregunta al respecto. Cuando Errek se puso a hablar con Merem, Greya se inclinó hacia Rielle.

—La esposa de Monya es escultora —le explicó por lo bajo—. Estaba a punto de finalizar el encargo más importante que le habían hecho. Había trabajado muchas

mediatemporadas en él. Lo hicieron pedazos.

A Rielle se le cortó la respiración al pensar en todo ese esfuerzo malogrado.

—¿Quiénes? ¿Unos ladrones?

Greya sacudió la cabeza.

—Los sacerdotes, durante la última inspección.

—Pero... ¿por qué? ¿Les resultaba ofensivo?

—No.

—Entonces ¿por qué?

Greya se encogió de hombros.

—Tal vez no se mostró lo bastante servicial con ellos —aventuró Dorr—. O quizá no les ofreció un donativo lo bastante generoso.

Rielle frunció el ceño y dedujo que los supuestos donativos eran algo muy distinto. Pero ¿por qué pedían sobornos los clérigos? ¿Los escultores necesitaban que hicieran la vista gorda ante algo? «¿Como un impuro, por ejemplo?».

—No es por el dinero —agregó Jonare sin dirigirse a nadie en particular—. Es por su relación con Monya.

«O sea, que cuando Greya se ha referido a Dinni como la esposa de Monya no ha sido por error —pensó Rielle—. Es un poco raro, pero no me parece que ellas merezcan un castigo tan severo».

—¿Quiénes eran los sacerdotes? —inquirió.

Por toda respuesta los demás intercambiaron miradas y sacudieron la cabeza. Izare esbozó una sonrisa triste y negó con un gesto.

—No te servirá de nada denunciarlos —le dijo—. Todo seguirá igual, y solo conseguirás que sepan que has hablado con nosotros.

—Los sacerdotes siempre nos harán la vida imposible a los artesanos —añadió Dorr encogiéndose de hombros—. Ya estamos acostumbrados.

—¿Porque la gente nos cree más propensos a convertirnos en impuros? —Rielle negó con la cabeza—. Nunca había oído eso hasta que Jonare me lo dijo. Es ridículo.

—¿Ah, sí? —murmuró Dorr—. Muy pocos de nosotros se harán ricos. La pobreza empuja a la gente a cometer actos desesperados. Como dijo el gran poeta Barlha: «Apenas una sombra de diferencia distingue a los artistas de rameras y esclavos».

—En Keya conocí a unas prostitutas que utilizaban la magia para no quedarse embarazadas —dijo Greya. Levantó la mirada y sonrió al ver las expresiones de incomodidad que había suscitado su revelación—. Allí también está prohibido usarla, claro está.

—¿Cómo evitan que las detecten? —quiso saber Jonare.

Greya expresó su ignorancia con un gesto.

—La Mancha siempre impregna lugares, no a personas. Supongo que lo hacían en algún sitio al que los sacerdotes nunca iban.

—¿Les hablaste de ellas a los clérigos? —inquirió Dorr.

—No, la gente de allí suele pasar por alto las pequeñas transgresiones, sobre todo las que se hacen con buena intención.

Un escalofrío recorrió el cuerpo a Rielle, y la asaltó el recuerdo de aquella anciana. «Tengo entendido que fue por una buena razón. Le salvó el pellejo a alguien. No puede decirse que eso no sea bueno, ¿no?». Se estremeció.

—Bueno, ya hemos hablado bastante de magia por hoy —dijo Izare—. Se supone que estas fiestas son una ocasión para estar alegres. —Miró a Rielle y ladeó la cabeza—. Tal vez debería aprovechar que ella está aquí para trabajar un poco.

A la joven el corazón le dio un brinco. Al ver que el pintor arqueaba una ceja con expresión inquisitiva asintió.

—Sería una lástima dejar pasar la oportunidad. Además, cuando se acaben las festividades mi tía querrá que vuelva a casa más temprano.

—Idos, pues —los animó Dorr y sonrió—. Y no te preocupes: no permitiremos que tu icuo se desperdicie.

Izare se puso de pie.

—Dejadme al menos una botella.

—¡Una botella! —exclamó Jonare—. Date por satisfecho si te guardamos una taza.

Rielle se levantó y dedicó una sonrisa a todos.

—Por si cuando terminemos ya os habéis ido, os deseo un buen año.

Para su sorpresa, ellos intercambiaron miradas de complicidad entre risitas. Se le encendió el rostro al darse cuenta de cómo habían interpretado sus palabras.

—Cuando terminemos de pintar —precisó con firmeza y puso cara de exasperación al comprobar que las sonrisas se ensanchaban—. Que los Ángeles protejan mi reputación.

Dio media vuelta y siguió a Izare hasta su puerta.

—O que por lo menos se aseguren de que te diviertas ensuciándola —le gritó Errek.

Rielle se volvió para fulminarlo con la mirada, lo que solo provocó más carcajadas.

Izare no parecía en absoluto molesto. Abrió la puerta de su casa y se hizo a un lado para dejarla pasar. La joven dio un paso hacia la escalera, pero una mano la asió y detuvo su avance. Al volverse oyó que la puerta se cerraba y notó la calidez de los dedos de Izare sobre los suyos.

Sin embargo, nada de eso tenía la menor importancia en comparación con lo que expresaban sus ojos.

Era una mirada intensa, pero analítica como cuando la pintaba. Denotaba incertidumbre y vacilación, algo que Rielle nunca había visto en él. De pronto un brillo extraño, casi de locura, asomó a los ojos de Izare mientras la atraía hacia sí. El tirón, más fuerte de lo que ella esperaba, la hizo perder el equilibrio. No obstante, en vez de caer contra él, notó que la sujetaba por los hombros... y apretaba los labios

contra los suyos.

Su cuerpo entero quedó paralizado, menos el corazón, que ejecutó una cabriola insólita e imposible. Antes de que pudiera recuperarse de la impresión, Izare se separó de ella y le escudriñó el rostro.

—Perdona —dijo Rielle, y se echó a reír al percatarse de que su voz no se había tornado más grave, sino que Izare había pronunciado la misma palabra justo en ese momento—. Me has sorprendido —añadió.

—¿Ha sido una sorpresa grata? —preguntó él.

La sangre y el calor fluían velozmente por todo su cuerpo, una sensación en absoluto desagradable.

—Sí —dijo despacio.

Estar preparada para el beso siguiente no hizo que este resultara menos estimulante, pero desde luego sí más... interesante. Empezó a imitar las acciones de él, pues era evidente que ya había besado antes. Continuaron así durante un rato, sin que apenas hubiera pausa entre un movimiento y el siguiente. Rielle se preguntó como un acto tan sencillo podía tener matices tan sutiles y resultar tan profundamente excitante incluso mientras se prolongaba. Sus sentidos se proyectaron poco a poco hacia el exterior, hacia el roce de la mejilla de Izare contra la suya, el tacto de su espalda, la forma en que él movía los dedos para enredárselos en el cabello (¿dónde había quedado el velo?), deslizárselos por la parte de atrás de la oreja y por el cuello, sujetarle los hombros entre las palmas, ceñirle los brazos...

... y, de alguna manera, pasar con suavidad de allí a sus pechos.

Se quedó inmóvil y, aunque no se apartó de él, dejó de besarlo. ¿Por qué había encendido eso una chispa de indignación en ella? ¿Por qué sonaba una voz de alarma en su interior? Rielle sabía que debía soltarse, que aquello la estaba llevando a hacer cosas que no debía, pero a la vez deseaba saber qué se sentía al hacerlas.

Izare le acarició los pezones con los pulgares. No era una sensación desconocida —no le había pasado inadvertido que esas zonas de su cuerpo se habían vuelto más sensibles en los últimos años—, pero ahora fluía hacia dentro, a través de ella, intensificándose hasta hacer vibrar todo su ser, despertando sensaciones en otras zonas que también exigían atención.

Por otro lado, se hallaba en un contacto tan estrecho con Izare que no pudo evitar advertir un cambio físico equivalente, y bastante más obvio, en el cuerpo de él.

Repentina e inoportunamente, le vinieron a la memoria las palabras de su tía: «La gente se imaginaría que él está haciendo mucho más que pintar un retrato».

Le sujetó las muñecas con delicadeza y retrocedió un paso. Izare no intentó impedirselo. Rielle se percató de que tenía la respiración agitada, al igual que él. Se contemplaron durante largo rato, hasta que el pintor esbozó lentamente una sonrisa.

—¿Subimos?

La joven asintió.

—A pintar. Tienes un retrato que completar.

—Y te debo unas clases.

—Sí, clases. De pintura.

Él no se movió.

—¿Crees que tu familia se dará cuenta si sigues llegando a casa un poco tarde después del templo?

—Tal vez. Ya lo veremos. Más vale que aprovechemos al máximo el tiempo de que disponemos.

La sonrisa de Izare se hizo más amplia.

—En efecto. Eso haremos.

—Así que mamá quiere casarte con el hijo de alguna familia ilustre de Fogo.

Cuando Rielle alzó los ojos vio que Inot le sonreía con expresión comprensiva.

—Sí.

—No ha habido suerte, ¿eh?

—Claro que no.

Lo oyó reír entre dientes.

—No seas pesimista —dijo Inot—. El amor puede ser muy persuasivo.

—¿Para mí o para el pobre desdichado?

Su hermano soltó una risotada.

—Para cualquiera de los dos.

Se quedó callado. Rielle le lanzó una mirada furtiva y advirtió que tenía el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa?

Él posó los ojos en ella.

—Narmah me ha contado lo del impuro. —Sacudió la cabeza—. Eso no te habría pasado si hubieras estado con alguien.

Rielle sintió un escalofrío de consternación.

—Fue mala suerte y ya está. No hay impuros deambulando por la ciudad en todo momento.

—Los impuros no son el único peligro que existe para una joven.

—¿Por eso has decidido acompañarme?

—Sí. También tengo que visitar a un amigo, pero me aseguraré de salir a tiempo para recogerte.

A Rielle se le cayó el alma a los pies y desvió la vista para disimular su decepción. «Pero no se quedará mucho tiempo en Fogo. Volveré a ver a Izare dentro de unos cuartodías. De todos modos, sabíamos que yo tendría que acortar mis visitas cuando terminaran los preparativos para las festividades». Aun así, le dolía pensar que no lo vería en todo el día. Acto seguido se sintió culpable por desear que su hermano se marchara antes.

—¿Fue muy dura la travesía del desierto esta vez? —preguntó para cambiar de tema.

Inot se encogió de hombros.

—Solo hubo una tormenta de arena. Y ni rastro de bandoleros.

—¿La tormenta fue tan terrible como aquella de la que me hablaste, la de hace unos tres años, creo?

Lo asediaba a preguntas sobre su vida fuera de la ciudad cada vez que regresaba a casa, pues sabía que era poco probable que ella pudiera salir de Fogo algún día. Además, era una buena excusa para darle conversación, ya que, debido a su diferencia de edad, no tenían mucho en común. «Gracias a él, ya sé cómo atravesar el desierto sin perderme, curar una mordedura de tibba, encontrar un pozo y cuidar del kapo». Esos conocimientos serían tan útiles para ella como para Inot aprender a elaborar pintura y a preparar tablas, pero él siempre la dejaba parlotear sobre ello de todos modos.

Sin embargo, esa vez la joven no quería hablarle de pintura. No había aprendido nada nuevo en el último año salvo a mezclar la pintura al óleo de Izare, y si Narmah se enteraba de eso tal vez intuiría quién se lo había enseñado. En lugar de ello, Rielle lo incitó a hablarle de viajes, de los lugares de los que procedían las telas y los tintes que compraba, de su familia. Cuando llegaron al templo él repitió su promesa de ir a buscarla y se alejó con grandes zancadas.

Rielle entró y vio que la mayoría de las chicas ya había llegado. Para su alivio Famire no estaba allí. Tareme y Bayla se habían enfrascado en una conversación sobre algún suceso escandaloso que había tenido lugar en la fiesta del otro día. No interrumpieron su cotilleo, pues o bien no sabían que Rielle no había sido invitada o bien les daba igual.

Sa-Baro no tardó en aparecer e indicar a las chicas que ocuparan sus sillas. Una vez que se sentaron les dirigió unas palabras.

—La fiesta de los Ángeles, una celebración de gratitud, marca el final de un año y el principio de otro. Cuando empieza el nuevo año los sacerdotes ofrecemos a los ciudadanos la oportunidad de plantear asuntos que les preocupan, y, como parte de esa tradición, los profesores invitamos a los alumnos a opinar sobre su aprendizaje y su futuro. —El viejo clérigo sonrió—. Espero que mis compañeros sacerdotes tengan razón cuando afirman que mi labor es la más sencilla.

»Hablaré con vosotras de una en una. Las demás leeréis el capítulo sobre el Ángel de la Justicia. Bayla, tú serás la primera. Ven conmigo.

Bayla se levantó y siguió a Sa-Baro hasta un cubículo lateral destinado al culto privado. Tras intercambiar miradas las otras chicas abrieron el Libro de los Ángeles. Rielle las imitó, pero, a juzgar por los susurros que se empezaron a oír enseguida, pocas de ellas estaban leyendo en realidad.

Rielle había leído muchas veces los relatos del libro y, aunque tenía sus favoritos, le estaba costando concentrarse en la lectura. Cada vez que Sa-Baro regresaba con una de las muchachas y elegía a otra, notaba una tensión creciente. ¿Qué la inquietaba tanto? No tenía mucho que decir sobre las clases. No le resultaban difíciles, y Sa-Baro no parecía descontento con su progreso.

Comprendió que no era nerviosismo lo que sentía, sino más bien impaciencia. Tenía la sensación de que se hallaba ante una oportunidad única para solucionar algo, aunque no sabía muy bien qué. Tal vez podía mencionar la hostilidad de las otras

chicas. ¿Qué conseguiría con ello? Los sacerdotes no podrían infundirles el deseo de tratarla como a una igual.

Si no era con sus compañeras con quienes quería arreglar las cosas, entonces ¿con quién? Su vida familiar era tan buena como cabía esperar, y si tenía quejas al respecto debía exponérselas al sacerdote local, de todos modos.

¿Con quién más tenía trato? La respuesta le vino a la mente de golpe.

«Con Izare y sus amigos».

No podía hablar de ellos al sacerdote, pero sí de una cuestión relacionada. Sin embargo, tendría que andarse con tacto.

El tiempo empezó a transcurrir más despacio. Rielle lo aprovechó para cavilar sobre cómo debía enfocar el asunto y qué temas debía evitar. Cuando Sa-Baro por fin pronunció su nombre un escalofrío de aprensión le recorrió la espalda. Se puso de pie y siguió al profesor hasta la capilla privada.

En la pared había colgado un espiritual grande y de aspecto bastante antiguo. Las figuras estaban tan desproporcionadas y eran tan poco realistas que casi resultaban cómicas. Por otro lado, los colores eran vibrantes. Por lo menos el retablo estaba pintado con pigmentos de buena calidad. Sa-Baro le indicó uno de los asientos y se sentó en otro.

—Bien, Rielle. Asistes a mis clases desde hace ya un año. ¿Estás satisfecha con la educación que recibes aquí?

—Sí —asintió.

—¿Te gusta venir? Tienes que recorrer un camino mucho más largo que antes.

—Sí, pero las clases me parecen más interesantes.

Sa-Baro sonrió y adoptó de nuevo una expresión seria.

—He notado que últimamente se te ve aliviada cuando terminan las clases.

Rielle bajó la vista hacia sus manos y suspiró.

—Mis padres me envían aquí con la esperanza de que encuentre esposo entre los familiares de las otras chicas —declaró.

—Seguramente es verdad.

Ella lo miró a los ojos.

—Es verdad. Mi madre me lo ha dicho de forma explícita. No es precisamente una mujer sutil. —Suspiró otra vez y volvió a bajar la mirada—. Lo que también es verdad es que ha sido una pérdida de tiempo. He oído sin querer conversaciones entre mis compañeras, y sus insinuaciones e indirectas, algunas más corteses que otras, me han dejado claro que ninguna de sus familias me consideraría un buen partido para sus hijos varones.

El sacerdote asintió.

—Ah, eso no es del todo cierto. Todo el mundo quiere que sus hijos mejoren la posición social de la familia, y el matrimonio es el medio más eficaz para conseguirlo con que cuentan las jóvenes... todas las jóvenes. Las mujeres te ven como una competidora. Los hombres no.

Rielle sacudió la cabeza.

—Si alguno de ellos está dispuesto a casarse con una mujer de categoría social inferior lo disimula con maestría, o bien su familia le impide conocerme o relacionarse conmigo.

Sa-Baro alzó los hombros.

—Tal vez prefieren que el primogénito destinado a heredar la fortuna familiar se despose con una mujer de su misma posición o consideran prioritario establecer una alianza con otra familia.

Rielle se quedó callada unos instantes.

—Los únicos hombres disponibles que me han presentado —murmuró— eran libertinos, jugadores o borrachos, o bien padecían alguna limitación física o mental. Podría haberme planteado aceptar a uno de estos últimos si no se hubieran comportado como si yo no fuera digna de ellos.

Sa-Baro la contempló con los ojos entrecerrados, pensativo. Que no la contradijera la alentó a continuar.

—Son mis padres quienes se empeñan en que me case con alguien de posición social superior, no yo —aseguró—. Yo aceptaría a alguien de mi categoría o incluso de categoría inferior, siempre y cuando fuera honrado y amable.

El clérigo sonrió.

—Tu humildad y tu sentido práctico te honran.

La joven exhaló un suspiro.

—¿Lo cree así? A decir verdad, si para ello he de soportar un desprecio constante como el de las chicas, prefiero no emparentar con esas familias.

Sa-Baro frunció el ceño y dirigió la vista hacia el pasillo principal.

—Comentaré su comportamiento con sus padres. No te preocupes, no te mencionaré, solo les daré a entender que se ha percibido una falta de modales general. —Se volvió de nuevo hacia Rielle—. Bien, ¿hay algún hombre que te parezca adecuado como esposo?

Ella se ruborizó al oír la pregunta y desvió la mirada. «¡Eso no puedo decírselo!». Mentir a un sacerdote era una transgresión terrible. Por otro lado, su respuesta no tenía por qué ser concreta.

—Tal vez alguien con un oficio —dijo—. Un oficio parecido al de mis padres, quizá. Si sus intereses beneficiaran los de ellos, a lo mejor no les importaría que no perteneciera a una familia de rango superior. Un tejedor o un sastre, posiblemente. O alguien con habilidades que complementaran las de los tintoreros, como un artista, por ejemplo.

Sa-Baro movió la cabeza afirmativamente.

—O quizá, más que un tejedor, el dueño de un telar. ¿Un artista? No hace falta que aspire a tan poco. —Arrugó el entrecejo—. ¿Por qué un artista?

—Entienden de color, como todo buen tintorero.

La arruga en el entrecejo del sacerdote se hizo más profunda. Observó a Rielle en

silencio por unos instantes.

—¿Has hablado con Izare Saffre después del día que el impuro fue capturado? —preguntó bajando la voz.

Rielle parpadeó, sorprendida. ¿El mero hecho de pronunciar la palabra «artista» había bastado para despertar en él la sospecha de que se estaba viendo con Izare? «No puedo mentirle —pensó—. Pero tampoco confesaré la verdad a menos que me vea obligada a hacerlo».

—Me acompañó a casa el cuartodía siguiente..., el día que mi madre olvidó enviar a un criado.

—¿Y recientemente?

La joven negó con la cabeza, pues había decidido que estaba justificado suponer que con «recientemente» quería decir los últimos dos o tres días.

El profesor asintió y apartó la vista.

—Menos mal. Estoy seguro de que tus padres no darían su aprobación a Izare.

Rielle puso cara de exasperación.

—¡Que los Ángeles me valgan! Ese es el problema, ¿no se da cuenta? —Al ver que Sa-Baro desorbitaba los ojos, alarmado, añadió—: No estoy hablando de Izare. Me refiero a que las familias con que mis padres quieren emparentarme no me darían su aprobación, pero mis padres tampoco darían su aprobación a nadie que no perteneciera a esas familias. Empiezo a pensar que no es más que una excusa para mantenerme ocupada hasta que sea demasiado vieja para casarme y no tenga otro futuro que el de convertirme en la amorosa tía de mis sobrinos y en cuidadora de mis padres y mi tía cuando sean mayores.

El profesor se relajó.

—No creo que esa sea su auténtica intención. Aun así, hablaré con ellos sobre el asunto, si lo deseas.

Inspirando profunda y lentamente Rielle asintió. Tal vez él conseguiría persuadirlos de que consideraran al menos la posibilidad de dejar que ella se casara con alguien que no fuera un miembro de las familias. Quizá, con el tiempo, suavizarían aún más su postura, a lo mejor hasta el punto de considerar a Izare un esposo apropiado. «Aunque él tampoco ha dado señales de que quiera casarse conmigo. ¡Es demasiado pronto para eso!». Tal vez nunca se volvería a presentar la ocasión de que Sa-Baro intentara convencer a sus padres de que contemplaran planes menos ambiciosos para ella, lo que resultaría conveniente aunque su relación (o lo que fuera) con Izare no llegara a fructificar.

—Sí. —Exhaló e hizo un gesto afirmativo—. Gracias. —Entonces sonrió—. De todos modos, me gustaría seguir estudiando aquí, a pesar de las otras chicas. Me gustan las clases.

Le costaría mucho más encontrar un pretexto para ver a Izare si ya no tenía que volver a casa andando desde el templo cada cuartodía.

Sa-Baro le dedicó una sonrisa radiante.

—¡Vaya, ese es el mejor cumplido que puede recibir un profesor! Antes tendré que encargarme de otras cuestiones, así que estaré ocupado durante uno o dos cuatrodías, pero después veré qué puedo hacer.

—No lo retoques más —dijo la sombra detrás de su hombro.

Rielle alzó la vista del cuadro en que estaba trabajando.

—¿Te parece que está terminado?

Una extraña media sonrisa curvó los labios de Izare.

—Creo que sí, pero tengo otros motivos para querer que te desocupes.

La joven intentó asumir una expresión altiva de suspicacia, pero esta acabó disolviéndose en una sonrisa. Con una risita, Izare se inclinó para besarla y le quitó el pincel de la mano. Rielle lo oyó repiquetear en el suelo cuando el pintor calculó mal la distancia a la que se encontraba la mesa.

—Entonces... ¿está acabado? —preguntó de nuevo al cabo de un rato.

Él se volvió para contemplar el pequeño cuadro, que representaba una cesta con fruta.

—¿Se acaba alguna vez un cuadro? Siempre encuentro detalles que arreglar. Por lo general lo doy por terminado cuando se me acaba el tiempo o el dinero. O cuando empieza a aburrirme. Te ha quedado muy bien. Solo te hace falta un poco de práctica y una mano que te guíe. —Dio un paso hacia atrás y asintió—. Creo que si sigues retocándolo te arriesgas a estropearlo. Es un error de principiante bastante común.

Rielle dio un resoplido.

—No soy una principiante.

—Para esta clase de cuadros, sí. Son menos detallados que los que acostumbras pintar.

—Y sin embargo crea la ilusión de que es más realista.

Izare suspiró.

—Me vuelve loco que hayas comprendido eso. Que me comprendas... a mí.

El corazón de Rielle dio un brinco y palpité varias veces con fuerza antes de recuperar su ritmo normal. «No te emociones demasiado —pensó—. No ha dicho que tú lo vuelvas loco».

Pero le fue imposible resistir una oleada de emoción cuando volvieron los besos. Al poco se habían desplazado hasta el conjunto de sillas viejas. Aunque cada movimiento que los obligaba a separar los labios los importunaba, la nueva posición les ofrecía nuevas posibilidades para apretar partes de su cuerpo entre sí. A Rielle le encantaba el tacto de la piel de Izare bajo sus dedos, cálido y terso. Ella había sido la primera en explorar su cuerpo bajo la tela, deslizándole las manos bajo la camisa. No había previsto que él podía hacer lo mismo, pero para entonces ya no tenía mucho sentido protestar. Además, las consecuencias resultaron ser de lo más agradables.

Le paró los pies cuando empezó a quitarle la ropa. Él lanzó un suspiro melancólico ante aquella muestra de recato o dominio de sí misma.

—Sabes que no puedo yacer contigo, ¿verdad? —le había dicho la joven el día de la festividad, antes de marcharse.

—¿No puedes o no quieres? —había preguntado Izare con una sonrisa.

—No quiero.

Pero le habían dado ganas de añadir «aún».

—Lo sé. —Izare se había puesto serio—. Te deseo, pero por nada del mundo quiero que te sientas dolida o deshonrada por mi culpa, Rielle. Y eso es lo que ocurrirá si tienes que elegir entre tu familia y yo.

«Creo que me enamoré de él en ese momento —pensó Rielle—. Al menos de forma consciente».

Los dos dieron un respingo cuando sonó un portazo procedente de abajo. Al oír a continuación unos pasos rápidos ella se apartó del pintor de un salto y se apresuró a arreglarse la ropa. Izare se levantó de la silla con elegancia, se dirigió hacia el hueco de la escalera alisándose la camisa y miró hacia abajo.

—¿Qué ocurre, Errek?

Los pasos cesaron.

—Hay sacerdotes rondando por aquí. Podría tratarse de otra inspección. —Errek hizo una pausa—. ¿Rielle está contigo?

—Sí. —Izare suspiró—. Gracias por avisar.

Rielle se acercó a la barandilla y dedicó una sonrisa al amigo de Izare.

—Gracias, Errek.

El hombre se encogió de hombros.

—Solo quería echar una mano a nuestra nueva amiga.

Errek dio media vuelta y descendió hasta la puerta, donde se detuvo para despedirse con la mano antes de salir.

—Vaya. Pediría a los Ángeles que los maldijeran, si no fuera porque es dudoso que maldigan a sus propios sacerdotes —refunfuñó Rielle.

—Pídeles que maldigan a los impuros a los que buscan —dijo Izare en tono sombrío—. O a quien les esté enseñando a usar la magia. Él tiene la culpa de que registren nuestras casas tan a menudo. —Se volvió y la estrechó entre sus brazos para darle un beso intenso pero rápido—. Vete. Y ten cuidado; podrían estar persiguiendo al nuevo impuro.

A Rielle el estómago le dio un vuelco.

—¿No vienes conmigo?

El pintor reflexionó por un momento y asintió.

—Antes esconderé un par de cosas.

La joven se ató el pañuelo al cuello mientras observaba a Izare cambiar unos cuadros de lugar. Introdujo el retrato que había hecho de ella en el hueco que había en la parte de atrás de un espiritual. Cuando se detuvo ante el cuadro que Rielle había

pintado, ella sacudió la cabeza.

—No te preocupes, es solo un boceto para practicar.

—Podrían deducir que estoy dando clases —arguyó él.

—¿Y qué? No pueden saber a quién se las das.

Izare giró sobre los talones y la apremió con gestos a bajar la escalera.

—Aun así, no debemos entretenernos más. Ponte bien el velo y mantén la cabeza gacha. Adelántate, ya te alcanzaré luego.

Aunque Rielle habría preferido caminar junto a Izare, su presencia detrás de ella le resultaba tranquilizadora. Él iba tarareando al andar para que ella supiera que no estaba lejos. Cuando se aproximaban a la vía del Templo la joven notó que le tocaban el codo. Se volvió y se detuvo al ver que Izare le había dado alcance.

—Ahora más vale que regrese.

Rielle asintió e Izare sonrió. Esperó que la besara, pero como había personas cerca él se limitó a guiñarle un ojo antes de volverse y alejarse a paso veloz. Mientras la joven proseguía su camino hacia casa el desencanto la reconcomía por dentro. Como si el tiempo que pasaba con él no fuera ya lo bastante breve, tenían que venir los sacerdotes a obligarla a marcharse temprano.

«¿Temprano? No puedo volver temprano a casa. —Se detuvo en seco—. Narmah y mis padres podrían darse cuenta y preguntarse por qué no llego a esta hora todos los cuartodías».

Pero ¿y si de verdad era la búsqueda de un impuro lo que había llevado a los sacerdotes a aquella zona de la ciudad? Al pensar en la última ocasión en que había visto una Mancha se le helaron las entrañas. No había ocurrido muy lejos de allí. Se estremeció cuando el recuerdo de la vieja loca le vino a la mente. Dio un rodeo para evitar aquella confluencia de calles. Cada vez que iba a pie a casa se acordaba de las cosas raras que le había dicho la anciana. No conseguía sacarse de la cabeza sus intrigantes palabras sobre «buenas razones».

La posibilidad de que hubiera tenido un encuentro con la corruptora la atemorizaba. Pero también le daba rabia que la vieja hubiera causado tantos problemas y arruinado tantas vidas. Sin embargo, ese sentimiento no tardó en ceder el paso a la culpa. «Debería haberle hablado de esa mujer a Sa-Baro. Podría haberle repetido lo que ella me dijo. No habría tenido que confesar que había visto una Mancha». Por otro lado, las crípticas afirmaciones de la anciana no demostraban más allá de toda duda que ella fuera la corruptora. Quizá no era más que una vieja loca que poseía el don de percibir la Mancha... Y que revelaría a los sacerdotes que Rielle también lo poseía. ¿Y si a los clérigos les parecía demasiada casualidad que Rielle se hubiese topado tanto con el impuro como con la corruptora y empezaban a sospechar que guardaba alguna relación con ellos?

A pesar de todo, valía la pena exponerse a eso si de ese modo contribuía a que encontraran a la corruptora.

Rielle prosiguió su camino. «Necesito pruebas antes de correr ese riesgo. Tengo

que verla utilizar la magia». Sin embargo, era poco probable que la mujer la empleara a la vista de otras personas, a menos que la impulsara a ello con alguna estratagema. «¿Y si finjo que quiero aprender magia y luego me echo atrás o simulo que no lo consigo?».

Eso sería peligroso. La corruptora sabía usar la magia. Rielle no quería ni imaginar qué le haría si caía en la cuenta de que intentaba engañarla. Además, si la anciana era la corruptora lo más seguro era que nunca se dejara ver dos veces en el mismo sitio por temor a que la apresaran.

«De modo que, si ella sigue allí, eso demostraría que no es la corruptora».

Aminoró el paso. En realidad, no perdería nada con echar un vistazo. Esa duda, al menos, podía despejarla. Si la mujer era la corruptora no estaría allí. En caso contrario no era más que una vieja desquiciada pero inofensiva. Rielle solo tenía que procurar no reaccionar ante la Mancha, si aún duraba, para que nadie más se percatara de ello.

Como si quisieran decidir por ella, sus pies la llevaron en una dirección distinta. Cuando llegó tenía el corazón acelerado. Concentrándose en respirar más despacio relajó los hombros y salió con paso tranquilo a la plazuela.

Sus sentidos se activaron. La Mancha seguía allí, aunque más pequeña e irregular. Una mujer atravesaba la plazuela con aire decidido, pero solo era unos diez años mayor que Rielle y no levantó la vista al pasar. Unos pasos más allá del cruce la muchacha volvió la cabeza atrás para mirar de reojo una vez más a la mujer y echó un vistazo a la entrada de las otras calles. No había nadie. Con un suspiro de alivio giró en redondo...

... y vio que un ser de rostro ajado y familiar se interponía en su camino.

—¿Buscas a alguien? —siseó la mujer, sin hacer caso del chillido de Rielle.

—¡No! —exclamó Rielle, y la rodeó.

La anciana no se movió para cerrarle el paso, pero seguía todos sus movimientos con una mirada impasible. Rielle echó a andar a toda prisa.

—Ella puede ayudarte —dijo la mujer en voz baja.

Rielle se paró de golpe, sorprendida. «¿Ella?».

La anciana no era la corruptora. «Pero la conoce. Está aquí para descubrir a impuros potenciales y conducirlos hasta ella», supuso.

La mujer podría indicarle cómo encontrar a la corruptora. Rielle se dio la vuelta despacio. No fue capaz de mirarla a los ojos, pero eso debía de ser habitual entre aquellos que buscaban conocimientos de magia.

—¿Cómo? —susurró.

—Solo ella puede decírtelo.

La anciana se le acercó y alargó el brazo hacia ella. Recelosa, Rielle abrió la mano con la palma hacia arriba. Un papel enroscado cayó en ella. La mujer se inclinó hacia su oído.

—Compra un pañuelo amarillo y pregunta dónde está la panadería. Ella te

encontrará —murmuró y se apartó.

Rielle contempló el papel antes de cerrar los dedos sobre él. La mujer se alejó por una calle lateral arrastrando los pies. La plaza continuaba desierta.

«¿Qué debo hacer?».

Llena de incertidumbre, desplegó el papel. Tenía dibujado un mapa, una pequeña parte del plano de la ciudad. No contenía ni una palabra. Ni un solo nombre de calle. Tampoco incluía lugares de referencia que ella pudiera identificar. «¿Cómo se supone que debo guiarme por esto?».

Entonces reparó en el punto amarillo. ¿Era allí donde debía comprar el pañuelo? Sus ojos se posaron en una marca negra en la que confluían varias calles. «Ah. Muy astuto. Solo alguien con la capacidad de ver la Mancha entendería el significado de eso».

La tienda, si de eso se trataba, no estaba lejos. «No tengo que entrar. Debo limitarme a encontrar información que pueda resultar útil a los sacerdotes». Respiró hondo y puso un pie delante del otro. El mapa no indicaba una ruta concreta; tenía diferentes opciones. Eligió las calles más tranquilas y oscuras que no conducían a su destino directamente.

«¿Y si es una trampa tendida por los sacerdotes para averiguar quién sucumbiría a la tentación?». Tal vez no la creerían cuando les explicara que su intención era ayudarlos.

«Supongo que si ese es su propósito esperarán a que el objetivo caiga en la trampa y a que quede fuera de toda duda que ha aprendido magia».

Cuando llegó al lugar marcado en amarillo en el mapa aflojó el paso. En efecto, había una tienda donde se vendían pañuelos. Unos toldos de colores resguardaban del sol la fachada y la mercancía estaba atada a unas barras a lo largo de la pared formando una especie de fleco multicolor. Se encontraba en la esquina de una plazoleta delimitada por tiendas de joyas, enseres para el hogar y telas. Había algunos residentes de la zona por allí: un músico, un zapatero remendón que atendía a un cliente y dos niños que vendían flores. Cuando Rielle se acercó a examinar los pañuelos una mujer apareció en la puerta.

—¿Hay algún color que prefiera? —le preguntó.

Rehuyendo la mirada de la mujer Rielle tocó un pañuelo de un azul bastante similar al que se asociaba con los Ángeles, aunque no idéntico. En vez de borlas, tenía cascabeles plateados en las esquinas.

—«Medianoche en el mar, oigo las olas cantar...» —arrullaba una voz.

Rielle se volvió y vio que el músico la miraba mientras rasgaba las cuerdas de un baam de caja muy redondeada y entonaba una balada popular.

—No le haga caso —le dijo la vendedora de pañuelos—. Siempre hace lo mismo. Al principio parece un poco raro, pero es inofensivo, y a algunas clientas les gusta. Entonces... ¿el azul?

—No. —Rielle fingió reflexionar mientras su mano se acercaba vacilante a uno

de los pocos pañuelos amarillos que había. El pulso se le aceleró. ¿Adivinaría la mujer sus intenciones a partir de su elección?—. El azul me gusta, pero el pañuelo es... para otra persona.

—El amarillo es un color brillante y alegre. Aun así, no sienta bien a mucha gente. Creo, para ir sobre seguro, que será mejor que le regale este.

Mientras la mujer desanudaba un pañuelo del color de las hojas secas, el canto del músico se transformó en el lamento de alguien que se había perdido en el bosque. Rielle pensó que nunca había visto un bosque. Ni el mar. Sacudiendo la cabeza señaló el pañuelo amarillo.

—Conozco bien a esa persona —aseguró—. Le gusta el amarillo.

La vendedora parecía dispuesta a discutir, pero, para alivio de Rielle, se encogió de hombros.

—Bueno, si cambia de opinión tráigamelo y le daré otro, si este está en buen estado.

Rielle asintió. Sintiendo un hormigueo en la piel regateó el precio, porque habría resultado sospechoso no hacerlo. Mientras contaba las monedas la melodía del músico volvió a cambiar, y un escalofrío le bajó por la espalda.

—«Tu amor es como la luz del sol...» —cantó él, disfrutando visiblemente aquel juego.

La vendedora plegó el pañuelo con delicadeza y lo envolvió en una tela barata. Rielle la observaba conteniendo la impaciencia y el nerviosismo. En cuanto llegó el momento en que por fin podía marcharse se alejó a toda prisa. Solo cuando dobló la primera esquina y advirtió que se hallaba en un callejón estrecho cayó en la cuenta de que no había preguntado por la panadería. Soltó una maldición entre dientes y miró hacia atrás.

Una mujer que avanzaba unos pasos por detrás de ella alzó la vista y sonrió. Llevaba ropa del color del desierto y tenía el rostro curtido. Aunque era un poco más joven que Narmah presentaba surcos más profundos entre las cejas y en torno a la boca. Ante la mirada directa y valorativa de la mujer a Rielle le flaquearon las piernas.

—Qué bonito pañuelo has comprado —comentó la desconocida sin quitarle ojo—. Es mi color favorito.

Su tono de voz rebosaba expectación. Rielle se quedó helada, con el corazón desbocado. «¡Es ella! ¡Tiene que ser ella! Y ahora ¿qué hago? ¿Huir?». Se imaginó aprisionada por la magia y flotando en el aire, retorciéndose de dolor, como le había ocurrido a su raptor. Inspirando despacio y de forma entrecortada le ofreció el pañuelo envuelto.

La mano que extendió la mujer estaba cubierta de anillos. Cogió el paquete y señaló algo situado detrás de Rielle. Cuando esta se dio la vuelta vio que un carrolargo tan ajado como ella obstruía casi por completo la boca de una callejuela próxima. Estaba cubierto por un toldo del mismo color que el atuendo de la mujer.

Esta la tomó del brazo.

—Vayamos adentro.

El corazón le latía con fuerza, pero la joven dejó que la condujera a la parte posterior del vehículo. La corruptora apartó una colgadura. Al echar una ojeada Rielle vio un interior sorprendentemente confortable repleto de cojines y pequeños baúles de viaje. Se debatió en la duda. Si entraba antes que la mujer quedaría atrapada, pues esta se interpondría entre ella y la salida.

Tras esbozar una sonrisa la corruptora subió la pequeña escala y entró a cuatro patas. Se volvió para mantener abierta la colgadura.

—¿Lo ves? No hay ningún peligro.

Rielle respiró hondo, exhaló lentamente y se obligó a subir tras la mujer. Esta se acomodó sobre los cojines, lo bastante cerca de la muchacha para tocarla si alargaba el brazo. Se contemplaron en silencio durante largo rato.

—¿Lo pasaste bien en las festividades? —preguntó la corruptora.

Rielle asintió.

—¿Las celebraste con la familia o con amigos?

—Ambos —contestó la joven.

—Naciste en Fogo, ¿verdad?

Rielle asintió de nuevo.

—¿Alguna vez has salido de la ciudad?

Cuando Rielle negó con la cabeza la mujer se quedó callada, observándola.

—¿Dónde están las indicaciones que te han dado?

Sin decir nada Rielle le tendió el papel. La mujer lo cogió y lo guardó bajo un cojín.

—No eres muy parlanchina —comentó la corruptora—. Eso es bueno. En fin, dime en qué puedo ayudarte.

Desde que había decidido seguir el mapa Rielle había dado mil vueltas a lo que diría cuando llegara ese momento. Necesitaba pruebas de que la mujer enseñaba magia, pero esta daba por sentado que todo aquel que acudía a ella precisaba ayuda desesperadamente. Rielle debía pedirle algo de lo que más tarde pudiera desdecirse sin despertar sospechas. O algo que no fuera urgente. Recordar lo que Greya le había contado sobre las mujeres de su tierra que utilizaban magia le había dado una idea. Mantuvo la mirada baja.

—No... No lo necesito ahora mismo. Es solo que... He oído que hay maneras de evitar que una mujer... conciba.

La corruptora sonrió.

—Hay muchas. ¿Has probado alguna?

Rielle negó con un gesto.

—He oído que algunas perjudican la salud, otras no funcionan siempre y otras tienen efectos permanentes.

—Y algunas están prohibidas. Pero si has venido a verme será porque estás

dispuesta a pasar eso por alto.

Rielle agachó la cabeza y asintió.

—¿Crees que vale la pena correr ese riesgo para evitar un embarazo?

Con un mohín Rielle volvió a asentir.

—¿Estás segura? Las molestias y la deshonra que tener un hijo podría acarrear sobre ti o sobre otras personas no son nada en comparación con lo que te harán si descubren de qué medio te valiste para evitarlo.

—Lo sé —dijo Rielle—, pero cuando esté casada ya no lo necesitaré. De hecho..., es posible que tampoco lo necesite antes.

La mujer suspiró y se inclinó hacia delante.

—No estarás embarazada ya, ¿verdad?

Rielle resistió el impulso de recular ante las manos que se extendían hacia ella.

—No... Creo que no —titubeó mientras notaba el calor de una palma contra su vientre.

—Bien —dijo la corruptora con la vista fija en un punto situado más allá de su mano.

Dos cuchillos se clavaron en la carne de Rielle. La joven soltó un grito, asió las muñecas de la mujer y la apartó de un empujón. Estaba convencida de que, al bajar la mirada, vería unas heridas sangrantes, pero tenía la ropa intacta, sin ninguna sustancia roja que la empapara por debajo.

—¿Qué me has hecho? —exigió saber.

La mujer la miró con expresión severa y divertida.

—Lo que me has pedido.

—Creía que me enseñarías...

—¿Qué? ¿Un truco que puedas utilizar cada vez que copules con un hombre? Los lugares frecuentados por ti y otras personas son los peores para emplear la magia, pues allí es más fácil que alguien detecte la Mancha. Lo más seguro y eficaz es usar la magia una sola vez. Ahora solo tendrás que recurrir a ella cuando desees anular los efectos de mi intervención.

Rielle la miró horrorizada. «¡Me ha hecho estéril!». Y la única manera de remediarlo era por medio de la magia. El dolor en su vientre se había mitigado y ahora era más parecido al que a veces sentía en los días de su ciclo en que sangraba. «Debería irme, huir antes de que me haga más daño». Sin embargo, se quedó inmóvil al recordar la profunda tristeza que destilaban las mujeres sin hijos que había conocido y el comentario de Jonare de que a Izare le encantaban los niños.

«Solo tendría que utilizar la magia una vez —se dijo, y cruzó los brazos sobre el abdomen, cerró los ojos y realizó varias respiraciones profundas—. Solo una».

Alzó los ojos hacia los de la corruptora.

—Dime qué tengo que hacer.

Al principio Rielle caminaba presa del aturdimiento.

«¿Qué he hecho? Cuando muera los Ángeles sabrán que he usado la magia y me harán pedazos el alma».

Pero solo había utilizado una cantidad insignificante de magia, la suficiente para demostrar que había aprendido lo que la corruptora le había enseñado. Lo bastante para generar una bola de Mancha diminuta, del tamaño de un puño. ¿Le perdonarían los Ángeles una falta tan leve? ¿Comprenderían que solo había ido en busca de la corruptora con el fin de entregarla a los sacerdotes?

¿O el mero hecho de emplear la magia, con independencia de su propósito, bastaría para cerrarle las puertas a cualquier posibilidad de seguir existiendo después de la muerte? «¿Habré hecho el sacrificio supremo por el bien de los demás, de personas que me temerían y me rechazarían si se enterasen?».

Le parecía increíble que aún fuera primera hora de la tarde y el sol le calentara el rostro. Tenía la sensación de que debía ser de noche y que la ciudad estaría sumida en una oscuridad propicia para cometer actos prohibidos y clandestinos. Había gente por doquier. Los que la miraban fruncían el ceño, como si alcanzaran a entrever su alma impura por debajo de la piel. O tal vez el sentimiento de culpa se evidenciaba en su semblante.

«Es imposible que lo sepan —se dijo—. Solo los Ángeles lo saben. Nadie más lo sabrá jamás. Aparte de la corruptora». Ni siquiera se planteó revelar a los sacerdotes lo que había hecho. Bastaba con que supieran que había localizado a la corruptora...

... quien delataría a Rielle cuando la apresaran.

«No la creerán —pensó—. Pero sin duda me preguntarán si era verdad. Y negarlo sería mentir. Si les digo la verdad me enviarán a otro lugar. Lejos de Izare y de mi familia». Y ¿qué sentido tendría entonces haber aprendido a contrarrestar los efectos de lo que le había hecho aquella mujer?

Un destello de rabia eclipsó el miedo por unos instantes. «¡No tenía derecho a hacer eso!». Pero entonces comprendió lo astuta que había sido la corruptora. Sus víctimas no podían traicionarla sin exponerse a que su propio crimen saliera a la luz. Solo una persona verdaderamente dispuesta a sacrificarlo todo estaría a salvo de una trampa así.

«Tal vez los Ángeles me perdonen», pensó. Los sacerdotes se valían de la magia continuamente, aunque se purificaban después. Rielle lamentó no saber en qué consistían esos ritos. Le picaba la piel y se moría de ganas de darse un baño, pero dudaba mucho que bastara con una limpieza física para purificarse. Seguramente la

expiación requería ofrendas y plegarias, como las penitencias que los clérigos imponían a quienes buscaban el perdón por otros errores o faltas, pero en un grado más severo. Ella podía hacer ambas cosas, y con mayor devoción, aunque sin llegar a un extremo tal que los sacerdotes sospecharan de sus motivos.

Por fin llegó a la vía del Templo. La corta distancia que tenía que recorrer hasta la tintorería parecía haber aumentado. Al cabo de un rato llegó y abrió la puerta. Un criado que estaba atendiendo a un cliente le lanzó una mirada extraña y recelosa. La muchacha hizo caso omiso, intentando una vez más desterrar la certeza de que su alma impura estaba a la vista de todos, y se dirigió hacia la puerta de las habitaciones privadas de la familia. Sonó una campanilla que indicaba que se requería la presencia de otro sirviente.

La puerta de la sala de recepción se abrió y su madre asomó la cabeza, pero en vez de buscar al cliente con la vista la clavó directamente en Rielle.

—Por fin apareces. Entra aquí ahora mismo.

Rielle se quedó paralizada, contemplando a su madre, y se le cayó el alma a los pies al percibir la ira en su voz y su rostro. «¿Cómo se ha enterado?».

—Que entres —la apremió su madre.

«Es imposible que lo sepa», se dijo Rielle. Hizo un esfuerzo por avanzar y pasó al interior de la sala. Su padre se encontraba allí, de pie, con los brazos cruzados y una expresión ceñuda. Narmah estaba sentada detrás, con la cabeza gacha y la frente arrugada como siempre que Rielle cometía un error o una tontería.

—¿Por qué llegas tan tarde? —inquirió su madre en tono imperioso.

Rielle se volvió hacia ella.

—Me habían hablado de una tienda que vende pañuelos bonitos —dijo—. Se me ha ocurrido ir a comprar uno.

Su madre entornó los ojos.

—Mientes.

—¡No! —protestó Rielle—. Te... te llevaré allí. La mujer de la tienda se acordará de mí.

—Eso no importa —terció su padre—. Sa-Baro dice que la ha visto marcharse. Da igual adónde haya ido después.

Rielle frunció el entrecejo y desplazó la vista de una cara a otra.

—¿Ha venido Sa-Baro?

—Sí —respondió su madre—. Nos ha contado a quién visitas camino de casa. A ese artista.

La consternación se apoderó de Rielle, seguida de un alivio traicionero. Ellos no sabían lo de la corruptora. ¿Cómo iban a saberlo? Pero en cambio estaban al corriente de sus encuentros con Izare. Juntó las cejas. ¿Cómo se habían enterado?

—Rielle, querida... —Narmah se puso de pie, se le acercó y la tomó de las manos—. No dudo que ese joven sea encantador. Tal vez no te importe que su posición social esté muy por debajo de la nuestra, pero la vida de los artistas es dura, incluso la

de los que triunfan. Sus ingresos son muy irregulares y rara vez reciben encargos de envergadura. Viviríais casi siempre en la pobreza. ¿De verdad quieres criar hijos en esas condiciones?

Rielle abrió la boca, pero permaneció callada. Necesitaba un rato para pensar, y si fingía haberse quedado sin habla tal vez ganaría un poco de tiempo. ¿Qué acababan de comunicarle? ¿Que Sa-Baro les había dicho que ella se veía con Izare? ¿O tal vez no? Nadie había pronunciado aún el nombre de Izare. Quizá Sa-Baro había sacado conclusiones precipitadas después de la conversación que había mantenido con ella.

—Lo estáis malinterpretando todo. —Se volvió hacia su madre—. Le dije a Sa-Baro que queríais que me casara con un miembro de las familias importantes, pero que estas procuraban que yo no conociera más que a los solteros menos codiciables. Se mostró de acuerdo en que es más conveniente que me case con un hombre de mi nivel social en vez de con alguien de rango superior pero aficionado a la bebida, al juego, a la crueldad o a las mu...

—Oh, no exageres —la interrumpió su madre—. Si fueran tan malas personas sus familias no serían ricas. Todas tenemos que soportar los defectos de nuestros esposos. Qué más da si al tuyo le gusta darse algunos caprichos, mientras pueda permitírselos.

A Rielle se le encogió el corazón. ¿De modo que eso era lo que su madre quería para ella? ¿Que aguantara a un esposo despreciable para vivir en la opulencia y aumentar el prestigio de la familia, renunciando a la felicidad? ¿Serviría de algo discutir? Se dirigió a su padre.

—Insinué que quizá sería más adecuado un hombre con un oficio. Tal vez alguien que pudiera trabajar aquí. Y, lo reconozco, sugerí un artista, pero solo como ejem...

—¿Pretendes que acojamos aquí a ese artista? —preguntó su padre.

—Solo lo puse como ejemplo. Cada vez esá más claro que tengo que contemplar todas las opciones, considerando de dónde vengo.

Que su padre no le reprochara esa alusión a la categoría social de la familia indicaba que no la estaba escuchando.

—¿Me estás diciendo que ese artista con el que te han visto los sacerdotes que te han seguido, el tal Izare, no es alguien con quien quieres casarte? —preguntó él—. ¿Qué hacías hoy con él, entonces?

Rielle vaciló. Así que no conocían la razón por la que visitaba a Izare. Pero Sa-Baro... Sa-Baro la había seguido. La humillación de sentirse traicionada cedió enseguida el paso a la ira. La reprimió apretando los dientes. Ya tenía asumido que era demasiado pronto para que ellos aceptaran la idea de que se casara con Izare.

—Me está enseñando a pintar —respondió con firmeza—. Le pedí que me diera unas cuantas clases, eso es todo.

—¿Sin pedirnos permiso?

Rielle se soltó de la mano de Narmah.

—Sí. Pocos días después de que me raptaran Izare se ofreció a acompañarme a casa cuando vosotros no pudisteis prescindir de un solo criado para enviarlo a

buscarme. Y en cambio me obligáis a tratar con gente que nos mira por encima del hombro y con hombres que han intentado aprovechar su influencia con el fin de deshonrarme.

Su padre arrugó el entrecejo.

—¿De verdad han...?

—Está mintiendo —resopló su madre—. No se atreverían.

Su padre la miró con aire dubitativo, pero no lo bastante. Enderezó la espalda y se volvió hacia Rielle.

—Tienes razón respecto a que deberíamos haber enviado a un sirviente para que te acompañara a casa. Solo puedo alegar en nuestra defensa que parecías recuperada. Supuse que estabas dotada de sentido común y fortaleza de ánimo, y que la ciudad era lo bastante segura para que siguieras volviendo a casa sola. Pero veo que el incidente con el fugitivo te ha nublado el juicio. Ahora ves amenazas y posibilidades donde no las hay.

—No es... —empezó a replicar Rielle.

—Sí, Rielle —convino Narmah con una sonrisa comprensiva—. Si las chicas se han mostrado tan crueles contigo, e Izare tan atento, no me extraña que hayas llegado a poner en duda los planes que tenemos para ti. No debes juzgar al conjunto de los miembros de las familias poderosas de Fogo por los actos de unos cuantos. Seguro que no todos son tan malos como dices. No me cabe duda de que en algún lugar hay un hombre bueno esperándote. Ya lo conocerás, pero él no te aceptará si arruinas tu reputación con ese artista.

Rielle notó un nudo cada vez más tenso en la garganta. Alzó las manos en un gesto de exasperación.

—¡Solo quería unas clases de pintura!

—Aunque eso fuera cierto, la gente no se lo creería —señaló su madre—. Sa-Baro nos ha prometido no hablar con nadie de tu relación con Izare y asegura que no ha oído rumores sobre ti. Tienes una segunda oportunidad.

«¿De veras? Lo más probable es que difunda la noticia por toda la ciudad, a juzgar por lo discreto que ha sido hasta ahora. —Tragó saliva, a pesar del nudo—. Y después ¿qué? Las familias se negarán a tratar con nosotros o aprovecharán el escándalo para endosarme a un hijo al que ninguna mujer aceptaría de buen grado como esposo».

—No saldrás de esta casa sola. A partir de ahora irás y vendrás del templo acompañada para que estemos seguros de que el tal Izare no nos perjudique —añadió su padre—. Aunque para ello tengamos que contratar a alguien más.

A Rielle el corazón empezó a latirle a toda prisa. «No volveré a ver a Izare. Ni siquiera tendré la oportunidad de despedirme».

Narmah le dio unas palmaditas en el brazo.

—Lo siento, Rielle. Con el tiempo lo olvidarás.

Irritada, Rielle se situó fuera del alcance de su tía. «No —pensó—, él me olvidará

a mí. Seguramente sabía que esto podía pasar. Ya habrá endurecido su corazón contra ello».

Recordó lo que él le había dicho el día de la fiesta. Tenía la sensación de que habían transcurrido muchas mediatemporadas desde entonces. «Te deseo, pero por nada del mundo quiero que te sientas dolida o deshonrada por mi culpa, Rielle. Y eso es lo que ocurrirá si tienes que elegir entre tu familia y yo».

Si no hubiera sentido nada por Rielle, habría podido llevársela a la cama, aprovecharse de ella y luego echarla, consciente de que nadie lo obligaría a tomarla por esposa. Pero, a pesar de que sabía que algo acabaría por separarlos, se había contenido, pues no deseaba que el inevitable final le hiciera daño a ella.

«Pero ya me lo ha hecho. O me lo hará. No será solo un dolor egoísta del corazón, sino el de saber que me entregarán al primer hombre que acceda a cargar conmigo. Mi madre cree que cualquier defecto de personalidad, por espantoso que sea, puede tolerarse a cambio de dinero y posición social. Y está claro que mi padre siempre opinará que las cosas no son tan terribles como yo las pinto».

Apenas podía respirar. Sabía que esa sensación de ahogo se debía al pánico. Era el miedo de un animal encerrado en una jaula, condenado a un cautiverio de por vida, debatiéndose entre la angustia y la esperanza de quedar en libertad gracias a un descuido de su captor.

Libertad. Se imaginó que salía por la puerta y corría hacia la ciudad. A los brazos de Izare. Si no para siempre, al menos para decirle adiós.

¿Por qué no? Nadie se interponía entre ella y la puerta. Tal vez era su última oportunidad.

Los demás no se movieron cuando se alejó a toda prisa. Alcanzó a entreverlos de pie, con los ojos desorbitados por la sorpresa, antes de esquivar a los dos clientes del taller y abrir la puerta principal de un empujón.

Se sumergió en el bullicio de la vía del Templo, que estaba más transitado que cuando ella había llegado. Avanzó haciendo eses entre carretas y peatones. La euforia de su evasión se trocó en incertidumbre. «¿Qué estoy haciendo? ¿No puedo huir de mi familia! —pensó, pero no se detuvo—. Necesito tiempo para pensar —se dijo—. Para estar segura de que, si regreso, será por decisión propia».

Cuando llegó al otro lado de la vía se encaminó hacia la calle transversal más cercana. Oyó un grito a su espalda. Al volverse avistó a tres hombres frente a la puerta de la tintorería: su padre y dos criados. Uno de ellos la divisó y la señaló.

Rielle dobló la esquina sin dejar de correr. Las calles cercanas a la tintorería eran amplias y rectas. Aunque no se perdería allí, sus perseguidores tampoco. Sería más fácil burlarlos cuando llegara a las zonas humildes.

A pesar de que temía que alguien le cerrara el paso de repente o la alcanzara por detrás, toda la gente que veía eran desconocidos que la miraban con una ligera curiosidad, a lo sumo. Las calles, cada vez más estrechas e intrincadas, dejaron de resultarle familiares, si bien sabía que no sería así por mucho tiempo. Pronto estaría

cerca de la casa de Izare... Comprendió al instante que era previsible que acudiera a él. Su padre y los criados la buscarían allí.

Se detuvo. ¿Encontraría a Izare antes que ellos? Su padre seguramente no sabía dónde vivía el pintor. Quizá Sa-Baro se lo había dicho, pero aun así alguien que no conociera bien ese barrio tardaría un rato en localizar su casa. Rielle debía llegar antes que él.

Y después ¿qué? No podría quedarse allí. Su padre se presentaría y ordenaría a los criados que se la llevaran a casa a rastras. ¿Adónde más podía ir?

¿Lo ayudarían los amigos de Izare? Que ella supiera, no tenían motivos para negarse. Dirigió sus pasos hacia la vieja casa en que Greya y Merem compartían habitaciones. Izare se la había señalado un día mientras la guiaba por la ciudad. Caminaba despacio, echándose el velo hacia delante a fin de ocultar su rostro y comprobando que las calles estuvieran despejadas antes de torcer una esquina.

Cuando llegó al edificio se paró unos instantes para superar la indecisión. Unas grietas profundas evidenciaban que el enlucido de barro se había aplicado hacía años. Había chiquillos mugrosos y harapientos apiñados en los portales y unos vecinos mayores que la observaban con expresión especulativa. Respiró hondo, hizo de tripas corazón y cruzó el umbral. Subió la escalera, se detuvo ante la que creía que era la puerta correcta y escuchó el sonido de voces apagadas al otro lado. Luego inspiró profundamente y llamó.

Tras un silencio se oyó un murmullo y el chirrido de madera contra madera. Unas pisadas se acercaron, y alguien habló mientras la puerta se abría hacia dentro.

—No está aquí... —Merem se interrumpió y abrió mucho los ojos al verla—. ¡Rielle! —exclamó.

—¿Rielle? —repitió una voz femenina. Greya se acercó, le sonrió y le hizo señas de que se entrara—. Pasa.

Una vez que Rielle estuvo dentro Merem cerró la puerta, y tanto él como Greya alzaron la vista al techo. Estaba recubierto de yeso agrietado y descascarillado. Un trozo de él descendió y giró para revelar un rostro conocido.

—Rielle —dijo Izare sin sonreír. Su cabeza desapareció en la oscuridad de arriba, y en su lugar aparecieron un par de zapatos. Se dejó caer al suelo y se apoyó en Merem para recuperar el equilibrio.

A Rielle se le escapó una sonrisa. Izare tenía el cabello y la ropa cubiertos de polvo. Sin embargo, cuando la miró ella notó que el buen humor cedía el paso a una inquietante mezcla de temor, alegría y duda. Él parecía... indeciso. Receloso.

—Los sacerdotes saben que has estado viniendo aquí —aventuró.

La joven asintió.

—Sa-Baro ordenó que me siguieran. Se lo ha contado a mis padres. Dicen que no puedo seguir viéndote.

Izare fijó los ojos en ella, y las comisuras de sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba.

—Y sin embargo, aquí estás.

—Sí.

La expresión ceñuda de Izare se desvaneció. Se deslizó los dedos por el pelo y, al percatarse del polvo que tenía en la cabeza y la ropa, comenzó a quitárselo con la mano.

Rielle miró hacia arriba.

—¿De qué te escondías?

—De tu familia. De los sacerdotes.

—Así que ya lo sabías.

Él se encogió de hombros.

—No se trataba de una inspección, sino de una visita de Sa-Gest para advertirme que no volviera a acercarme a ti.

La joven se percató de que no había tenido en cuenta lo que podía pasarle a Izare.

—¿Ha roto algo?

El pintor negó con la cabeza.

—Tenía demasiada prisa. O bien supuso que ya se ocuparían de eso los criados de tu familia.

—No creo que mi padre sea capaz de hacer una cosa así.

¿O tal vez lo era? Ella apenas había empezado a asimilar la idea de lo que los sacerdotes les hacían a los artesanos durante las «inspecciones». De pronto no le resultaba tan difícil imaginar que su familia se vengara de Izare. Torció el gesto al pensar en los cuadros que él guardaba en su casa y esperó que hubiera tenido tiempo de esconder algunos antes de marcharse. Sobre todo el retrato de ella que había pintado.

La asaltó el sentimiento de culpa. Le había ocasionado muchos problemas, aunque en parte él se los había buscado. ¿Cómo podía pedirle que sufriera más, o un castigo peor? ¿Cómo iba a pedírselo a sus amigos?

—¿Vendrán aquí? —preguntó.

Se volvió hacia Greya, quien asintió.

—Probablemente.

—Debería irme. —«Pero ¿adónde?», pensó. Los miró uno a uno—. ¿Adónde puedo ir?

—Depende de cuáles sean tus planes —dijo Merem.

—No lo sé. —Rielle sacudió la cabeza—. No deseo causar más molestias. Pero... no quiero volver a casa. Creo que... solo necesito tiempo para pensar.

El silencio se impuso en la habitación. Izare sonrió.

—Conozco un lugar que podría resultar adecuado. —Dio un paso al frente y tomó a Rielle de la mano—. Aunque lo único que quieras sea despedirte —murmuró.

Rielle posó los ojos en él y se le enterneció el corazón.

—¿Y si quiero algo más?

Izare esbozó una de aquellas sonrisas que le dedicaba antes de besarla.

—Vayamos paso a paso.

La joven se sonrojó.

—No me refería... Al menos no...

—Lo sé. —Le puso un dedo en los labios y se volvió hacia los demás—. Os veré mañana.

Sin soltar la mano de Rielle cruzó la puerta, bajó la escalera y salió a la luz del sol.

—Debemos darnos prisa, pero sin llamar la atención —le dijo—. El secreto es no dar la impresión de que estamos huyendo, sino de que tenemos que llegar a algún sitio.

Siguió una ruta tortuosa que a veces incluso describía un círculo completo. Los minutos y las zonas de la ciudad se sucedían de forma rápida y confusa. Al principio a Rielle la aterraba la posibilidad de toparse con sacerdotes o con su padre y los criados, pero conforme transcurrían las horas sin que nadie les saliera al paso concibió la esperanza de que conseguirían eludir la captura. Ya se encontraban lejos de las calles conocidas, pero no en una zona tan mísera o amenazadora como las peores del barrio pobre.

Cuando Izare se detuvo por fin se hallaban ante una posada de aspecto sólido pero poco llamativo. Todo parecía tranquilo y gris a la mortecina luz del ocaso.

—Aquí estaremos bien —dijo antes de abrirle la puerta.

Ella entró y guardó silencio mientras él hablaba con la mesonera. Tras echar un vistazo a una habitación Izare regateó el precio. Explicó a la mujer que Rielle estaba de visita en Fogo y no podía quedarse en casa de su familia, pues tenía una pariente aquejada de una enfermedad contagiosa. Quizá partiera al cabo de unos días, o quizá se quedara más tiempo. Aunque la mesonera asentía y murmuraba las frases compasivas de rigor, a Rielle le pareció que no se creía una palabra. Sus sospechas se vieron confirmadas al ver que la mujer se marchaba sin hacer comentarios ni oponer objeciones a que Izare se quedara en la habitación.

Rielle estaba demasiado cansada para preocuparse por lo que la mesonera pensara de ella. El cuarto era diminuto; apenas había espacio para una cama, una mesa pequeña y una silla. Rielle no llevaba consigo más que lo puesto y la talega, que pesaba bastante menos de lo habitual desde que había comprado el espantoso pañuelo amarillo con el que la corruptora se había quedado a manera de pago.

«La corruptora. Magia». Al notar que le fallaban las rodillas se dejó caer en la cama.

—Ha sido un día horroroso —jadeó.

Izare acercó la silla a la cama y se sentó.

—No todo. No parecías disgustada por como ha empezado.

La clase de pintura. Era como si hiciera días de eso. Rielle alzó la vista y él le dirigió una sonrisa torcida. «Claro, no sabe lo que ha sucedido después de que me fuera de su casa. Ni lo sabrá. Jamás». Se esforzó por adoptar una expresión más

alegre.

—No. Tú eres lo único bueno que me ha pasado.

Bajó la mirada de inmediato para que sus ojos no delataran lo que había hecho.

Izare alargó el brazo, deslizó dos dedos manchados de pintura bajo el mentón de Rielle y le levantó la cabeza para que lo mirara a la cara.

—Si lo intentas verás que hasta los momentos más oscuros tienen su lado positivo.

Se agachó y la besó.

La joven pensó que tal vez no le faltaba razón, mientras la habitación parecía iluminarse y la sensación opresiva de la penumbra se evaporaba. Conforme el beso se prolongaba y él la atraía hacia sí, un pensamiento le vino a la mente.

«Al menos no hay peligro de que me quede embarazada».

En vez de sentirse horrorizada experimentó un alivio cargado de cansancio por tener una cosa menos de la que preocuparse. Por otra parte, si hacía lo que estaba planteándose, dejaría de ser una prometida virtuosa para quien decidiera tomarla por esposa.

Solo si se atrevía, claro está...

¿Y por qué no? Al fin y al cabo, si sus padres la llevaban a casa por la fuerza y la obligaban a casarse con un miembro de una familia de rango, este sería un necio o un monstruo al que ninguna mujer querría. No podría quejarse de que ella también tuviera un defecto de personalidad.

Además, estaba harta de considerarse una mercadería celosamente conservada. Quería ser como las amigas de Izare: atrevida y libre de las obligaciones impuestas por su clase social.

Izare se echó hacia atrás y frunció el ceño cuando Rielle se puso de pie y se acercó a la pequeña ventana. Daba a una pared, tan cercana que habría podido tocarla con solo extender el brazo. Aun así, cerró la persiana. Él soltó una risita cuando ella se volvió para mirarlo.

—Corre el cerrojo —dijo Rielle.

Izare arqueó las cejas. Mientras él daba media vuelta para hacer lo que le había pedido la joven se quitó el velo y lo extendió sobre la mesa. Acto seguido se despojó de la blusa. La sensación del aire sobre su piel expuesta resultaba de lo más estimulante.

Cuando él se volvió de nuevo se quedó inmóvil.

—Vaya, vaya —dijo por lo bajo—. Así que te has decidido.

Rielle asintió.

—Sí. Si tú... Es decir, si no quieres que me quede, lo entenderé. Podría meterte en un buen lío.

Izare alzó la vista hacia su rostro y redujo la distancia entre ellos. Mirándola a los ojos asintió.

—Claro que quiero que te quedes. Te quiero.

A Rielle se le hizo un nudo en la garganta.

—Yo también te quiero —susurró.

Izare la contempló con ojos brillantes, pero con expresión seria.

—¿Estás segura de que deseas hacer esto?

—Sí.

Él suspiró y le deslizó los dedos por los desnudos brazos.

—No pienso más que en ti. Tú eres lo único que deseo. —Desplegó una sonrisa —. Aparte de muchos encargos de clientes adinerados para que nos hagamos ricos y podamos tener una familia grande y feliz.

Rielle hizo una mueca de disgusto e intentó disimularla, pero era demasiado tarde.

Izare arrugó el entrecejo y sacudió la cabeza.

—Perdona. No era mi intención... ¿Por qué sigo hablando?

—Eso: ¿por qué? —preguntó la joven.

Él la besó, la atrajo hacia la cama, y durante un rato ninguno de los dos dijo mucho más.

TERCERA PARTE

Tyen

Al mirar hacia arriba Tyen se preguntó si los aerocoches volaban en círculo por encima de la niebla. El único indicio de que había amanecido era que el brillo difuminado en torno a las lámparas de la estación de trineorraíl parecía cada vez más tenue. Que se formara niebla había sido un golpe de suerte para él, aunque algo húmedo, pues la estación era pequeña y no disponía de una sala de espera donde pudiera resguardarse de las búsquedas aéreas.

Pronto todo eso daría igual. Como el largo vuelo le había aclarado las ideas, había decidido que debía regresar a la Academia para demostrar su inocencia. Pero no sin antes dejar a Vella en un lugar seguro.

Casi había luz suficiente para leer. Tyen había estado ansioso por hablar con ella desde que habían salido de la Academia. Pilotar el aerocoches de Kilraker y mantenerse ojo avizor por si alguien lo perseguía había requerido toda su atención durante la noche. Como el cielo estaba despejado, había un tráfico considerable en el que había podido ocultarse. Más de una vez le había dado la impresión de que otro vehículo lo seguía, y había suspirado aliviado al verlo descender o virar en otra dirección.

Abrió la bolsa póg de Kilraker. Era la pieza más pequeña del equipaje que Drem había sujetado con correas a la carlinga del aerocoches. Valiéndose de la magia, le había resultado sencillo apartar al criado del vehículo sin hacerle daño y soltar amarras. Sin embargo, no había tenido tiempo de desatar el equipaje. Aunque había estado tentado de deshacerse de él en pleno vuelo, había decidido registrarlo a fondo para buscar pruebas de que Kilraker le había tendido una trampa. Tras aterrizar en un aeródromo a las afueras de Belton había efectuado una inspección rápida, si bien concienzuda, pero solo había encontrado ropa, artículos de aseo personal y correspondencia, aparte de una suma considerable de dinero.

Había guardado todo lo que le había parecido de valor en la bolsa póg y con parte del dinero había pagado a un cochero para que llevara el resto del equipaje al hotel de la Academia más cercano. Había estado a punto de dejarlo todo tirado en el aeródromo, a merced de los ladrones, pero entonces ya sabía que regresaría a la Academia y que, para cuando diera la cara allí ante los profesores, le convenía más quedar como una persona considerada que rencorosa.

No obstante, antes de que llegara ese momento tenía que recopilar toda la información posible sobre las intenciones de Kilraker. Quizá Vella había leído algo en la mente de este que le serviría para poner de manifiesto su inocencia. La extrajo de la bolsa, esperando que la humedad del aire no la afectara. Repasó sus planes

mentalmente y abrió el libro por la primera página. Se le alegró el corazón al ver que empezaban a formarse unas marcas negras.

—Te expones a un peligro muy grande, Tyen.

Él sacudió la cabeza.

«No me queda más remedio —replicó—. Tengo que decirles la verdad sobre Kilraker para limpiar mi nombre. ¿Qué otra alternativa tengo? ¿Seguir huyendo?».

—Es una alternativa.

«Creo que no sería lo correcto. Si existe la más mínima posibilidad de convencerlos de que soy inocente debo intentarlo. Pero no te preocupes, no dejaré que se apoderen de ti. Encontraré un lugar donde esconderte».

—Gracias.

«Pero antes necesito que me cuentes todo lo que sepas sobre el plan de Kilraker para robarte. Dime qué leíste en su mente».

—Al principio, cuando me apartó de ti, pensó que, a juzgar por lo que Miko le había dicho, tal vez yo era la oportunidad que él y Tangor Gowel habían estado buscando para alcanzar la fortuna y la fama. Pero como el profesor Delly me había visto Kilraker disponía de poco tiempo antes de que tuviera que entregarme al rector. Así que regresó a su habitación y me interrogó sobre muchas cosas. En especial le interesaba obtener pistas acerca de dónde estaban ocultos los grandes tesoros de la antigüedad, pero también quería saber si había conocimientos mágicos perdidos en la noche de la historia que pudieran serle útiles. Decidió robarme de la cámara y de inmediato se le ocurrió que tú eras la persona a quien podría cargarle las culpas más fácilmente. Entonces se encargó de que el mayor número posible de profesores me tocara, con el propósito de averiguar sus secretos, antes de que yo pasara a manos del rector Ophen.

»La siguiente ocasión en que le leí el pensamiento ya me había sacado de la cámara. Se había ganado la complicidad de Gowel y su plan para incriminarte ya estaba en marcha. Me hizo más preguntas, esa vez sobre la disminución de la magia en el mundo, sus causas y posibles soluciones. Le atraía la idea de que ser él quien resolviera el problema, pues eso lo haría aún más rico y famoso. No tenía mucha prisa y alguien lo interrumpió, tal vez tú.

Cuando dejaron de aparecer palabras Tyen reflexionó sobre lo que había leído. La voluntad de Kilraker de dejar la Academia para ir en busca de riquezas era una novedad para él. Se le formó un nudo de rabia en el estómago al descubrir que

Kilraker había concebido su maniobra para achacarle el robo de forma tan rápida y simple.

¿Le serviría algo de aquello para probar su inocencia y la culpabilidad de Kilraker? El hecho de que su rivalidad con Gowel fuera simulada podría suscitar dudas sobre su honradez, pero no demostraba nada. Además, había algo que no encajaba...

«Kilraker y Gowel ya fingían ser enemigos antes de saber que tú existías. Según Miko, aquella noche en Palga discutieron después de que me marchara. ¿Por qué habrían de hacerlo?».

—No fingían ser enemigos. Sus discrepancias eran reales, pero no ocasionaron una ruptura. Gowel proponía a Kilraker que dejara la Academia sin más y se uniera a él, pero este no quería cortar sus vínculos con la institución si no era imprescindible. Quería tener su fortuna asegurada antes de renunciar al apoyo de la Academia.

«¿Cuánto tiempo llevaba esperando y planeando su marcha?».

—Cinco años.

«¿Puso esos planes por escrito en algún sitio?».

—Tomaba notas sobre posibles localizaciones de tesoros en una libreta.

«Tal como haría cualquier arqueólogo. No, necesito algo más concluyente. ¿Escribió algo sobre sus maquinaciones para hacerme quedar como culpable?».

—No. Llevaba un diario, pero tenía buen cuidado de no mencionar nada incriminatorio.

«Y entre las cosas que le dijiste, ¿hay alguna que pruebe que te tuvo en sus manos después de que te robaran? ¿Algo acerca de los otros profesores?».

—No, no me preguntó nada sobre ellos. No tuvo tiempo antes de que lo interrumpieran.

Con un suspiro, Tyen apartó la vista. Tal vez el profesor había escrito algo revelador después de eso, pero tendría que persuadir a los miembros de la Academia de que confiscaran su diario sin que Kilraker se enterara y lo destruyera antes, y confiar en que el profesor se hubiera relajado en su empeño de no consignar información que pudiera utilizarse en su contra. Miró la página.

«¿Ha hecho Kilraker alguna otra cosa que la Academia no aprobaría, que pueda convencerlos de que no es de fiar?».

—Ha conservado algunos de los objetos de valor encontrados por él y sus alumnos. En algunas ocasiones se ha apropiado de ideas y trabajos de investigación de sus alumnos, y también de los de un compañero cuando era estudiante.

«Dudo que sea el único. Ha quebrantado normas, pero ninguna que pueda despertar recelo entre los otros profesores». Tyen suspiró. Lo que necesitaba eran pruebas de que Kilraker había entrado en la cámara o había planeado el robo. Eran pruebas que no podría encontrar en ningún sitio más que en la Academia. Pero primero debía dar con un buen lugar donde esconder a Vella. Le vino a la cabeza la casa de su padre. Tendría que viajar a través de Belton para llegar a ella y hacer transbordo a otra línea de trineorraíl...

—Habrá profesores esperándote allí —le advirtió Vella—. Te apresarán cuando llegues o bien esperarán a que te vayas con el fin de averiguar qué le has contado a tu padre y si has dejado algo en su casa. Y si le envías algo por correo, lo interceptarán.

Tyen torció el gesto. Ella tenía razón. ¿Había alguien más de quien pudiera fiarse? ¿Alguna alternativa que no fuera tan obvia?

—Visitarán a todos los miembros de tu familia, a todos los amigos que has tenido. A cualquiera que sepan que podría contar con tu confianza.

«Podría entregarte a los periódicos... o a la policía».

—No te conviene revelar los secretos de la Academia a la prensa, y la policía obedece a la Academia en cuestiones de magia.

«¿Y a un coleccionista rico? —pensó, pero enseguida negó con la cabeza—. No, no conozco bien a ninguno. No querría que acabaras en manos de alguien sin escrúpulos».

—Por otro lado, alguien con escrúpulos me devolvería a la Academia cuando se enterara de que soy robada.

Tyen masculló una maldición. Vella estaba diciéndole cosas que él ya sabía pero que no había reconocido para sus adentros. Contempló la única otra posibilidad que se le había ocurrido.

«Podría enterrarte en algún sitio».

—Si creyeras que es una buena idea ya lo habrías hecho. Pero sabes que lo más seguro es que en cuanto pongas un pie en la Academia te encierren por ladrón.

«Lo que te condenaría a quedarte allí donde te hubiera enterrado —concluyó Tyen—. Para siempre, si me pasara algo. Entonces ¿qué estoy haciendo, Vella? ¿Qué probabilidades hay de que consiga mi propósito?».

—Muy bajas. No tienes pruebas de que Kilraker me sustrajera de la cámara, ni siquiera de que planeara hacerlo, mientras que él cuenta con testigos que vieron que te apoderabas de mí en el túnel. Le robaste el aerocoché y fuiste, lo que te convierte en ladrón por partida doble.

Tyen exhaló otro suspiro. «Ojalá te consultaran a ti para esclarecer los hechos. Pero ni siquiera intentarán determinar si eres una fuente veraz. Creen que representas un peligro para mí, pero ahora soy yo quien te ha puesto en peligro. Estarías más segura con un nuevo dueño».

—Lamento decírtelo, pero estás en lo cierto. Sin embargo, no dispones de mucho tiempo para encontrar a tu sustituto.

Tyen se frotó los ojos, notando que la falta de sueño le pesaba sobre los hombros.

«Necesito más tiempo. Supongo que debo aplazar mi retorno a la Academia. Ir a algún lugar donde los profesores no me encuentren. Tengo que... Tendré que...».

Un pitido lejano desgarró la niebla. Tyen alzó la vista al reconocer la bocina del trineorraíl. Era temprano, y el sonido procedía de la dirección equivocada.

«¿O quizá no? Si quiero evitar que me capturen, he de seguir huyendo. Y eso significa alejarme de Belton».

Un bramido más fuerte hizo vibrar el aire, y una sombra descomunal emergió de la bruma. Irradiaba calor. El vapor brotaba siseante de la máquina. Al pasar, el Hollín se arremolinaba por encima, en el aire, conforme se absorbía magia para calentar el agua de la caldera. El gigantesco vehículo redujo la velocidad hasta detenerse.

Al mirar a derecha e izquierda Tyen vio que se habían apiñado algunas personas, meras siluetas en la niebla. Él se había sentado deliberadamente en un extremo del andén, lo más lejos posible de otros viajeros. Los que se hallaban más cerca mantenían la vista fija en la máquina.

Tyen se levantó, cruzó la vía, rodeó el trineorraíl y subió al furgón de cola. Estaba vacío, ya que muy poca gente tenía necesidad de salir de la ciudad tan temprano por la mañana. Tomó asiento.

Se oyó un pitido, y el vehículo se puso en marcha con una sacudida. Tras guardarse a Vella en el bolsillo del abrigo Tyen comenzó a urdir una historia para convencer al revisor de que, desorientado por la neblina y poco acostumbrado a madrugar, había comprado un billete para viajar en la dirección contraria a la que pretendía.

Poco después, Tyen se había sumido en el desconsuelo al tomar conciencia de todo aquello a lo que había renunciado, todo lo que estaba dejando atrás. Su padre se preocuparía por él. Y se avergonzaría, si creía a la Academia cuando lo acusaran de robo. «Le escribiré una carta cuando me encuentre lo bastante lejos. Pero tendré que asegurarme de que ellos no puedan rastrear el lugar desde donde la envíe».

Pensó en sus amigos, pero la punzada de remordimiento no fue tan fuerte como esperaba. Miko lo había traicionado. Neel no mostraba lealtad más que a sí mismo y su familia. Hacía años que Tyen no veía a sus amistades anteriores a su ingreso en la Academia, y le incomodaba pensar que pudieran llegar a considerarlo un ladrón.

¿Qué sucedería con las pertenencias que había dejado en la Academia? Suponía que se las mandarían a su padre. Al hacer inventario mental de sus posesiones pensó en su escritorio, cubierto de insectoides incompletos, y el corazón le dio un vuelco.

Recordar que había dejado a Bicho le resultó especialmente doloroso. Era absurdo encariñarse con un artilugio mecánico, absurdo que le diera más pena abandonarlo a él que a cualquier otra cosa o persona. Quizá volvería a ver a su padre algún día, aunque solo fuera cuando este lo visitara en su celda. En cambio, ¿quién sabía qué sería del pequeño insectoide? Dudaba que quien se adueñara de él supiera apreciar el trabajo que había invertido en crearlo. Las autoridades de la Academia tal vez lo tirarían a la basura.

La Academia. Tyen notó una opresión en el pecho. Sus sueños de convertirse en profesor prácticamente le habían sido arrebatados. Solo había estudiado unos pocos años de los ocho que se exigían para ejercer como mago o historiador. No eran suficientes para aumentar sus posibilidades de conseguir un empleo mejor que el de operador de máquinas. Por otro lado, era menos probable que acabara aburrido y solo con un trabajo rutinario que aburrido y solo en prisión.

La puerta entre los vagones se abrió, y a Tyen se le aceleró el pulso al ver entrar a un hombre uniformado con una perforadora de billetes y un morral. El anciano reparó en Tyen y se acercó con el paso seguro y tranquilo de alguien acostumbrado al vaivén del vehículo.

Tyen sacó su billete y fingió sorpresa al percatarse de que no estaba bien. El revisor bajó las cejas.

—¿Adónde le ha dicho al vendedor que iba usted?

Tyen intentó pensar una respuesta creíble. ¿Había alguna población en aquella línea con un nombre lo bastante parecido a Belton para que el vendedor pudiera haberse equivocado? El hombre soltó un gruñido ante la vacilación de Tyen.

—Le ha dicho que iba a la ciudad, ¿verdad?

—Eso creo —respondió Tyen con una mueca—. No me acuerdo bien.

—Pues no debe de viajar usted mucho o sabría que los billetes a Barral han bajado de precio. Han bajado mucho. —Abrió el morral y comenzó a rebuscar en él—. Tendrá que abonar dos plates con cuatro por la diferencia.

Tyen se extrajo la cartera del abrigo y le pagó.

—¿A qué hora llegaremos?

—Si todo va bien, a las dos y cuarto. Haremos una parada más larga en Ventomolino hacia las doce para que los pasajeros puedan estirar las piernas —informó a Tyen, y le entregó un billete nuevo.

—Gracias —dijo el joven.

Se guardó la cartera y siguió con la mirada al revisor, que regresó a la puerta y desapareció en el otro vagón. Entonces se hurgó en el otro bolsillo para sacar a Vella, pensando que cuando el hombre volviera le compraría todos los mapas y horarios posibles de la red de trineorraíles para leerlos con ella en la mano. Sintió un cosquilleo en la punta de los dedos y una vibración le atravesó el forro del abrigo.

—¡Bicho! ¡Sal de ahí! —Una mezcla de alivio y alegría lo invadió mientras el insectoide le trepaba por el brazo. Tuvo que parpadear para contener las lágrimas que le asomaban a los ojos—. Qué ridiculez —masculló para sí.

Pero de pronto significaba mucho para él descubrir un objeto conocido, saber que no había perdido todo aquello que valoraba.

«Bueno, no todo», rectificó. Después de ordenarle a Bicho que se metiera otra vez en el bolsillo por si reaparecía el revisor introdujo la mano detrás del insectoide y sacó a Vella.

«Bueno —pensó, dirigiéndose a ella—. ¿Adónde debería ir?».

—*A algún lugar situado fuera del alcance de la Academia.*

El muchacho soltó una risita. «O, lo que es lo mismo, fuera del alcance del Imperio. No hay muchos sitios que escapen a su control o que no hayan firmado un tratado que los compromete a entregar delincuentes».

—*Pero hay algunos.*

«Sí. Lugares muy, muy apartados y de difícil acceso, como las tierras del Lejano Sur, que se extienden al otro lado de la Sierra Latitudinal Inferior, la cual Gowel exploró hace poco. O los desiertos de la isla Grande, al oeste, aunque están infestados de feroces piratas de las arenas. Y el archipiélago de Peora, también conocido como las islas de los Caníbales».

—*El Lejano Sur me parece menos peligroso. Los habitantes de Castillo de la Torre eran hospitalarios con los forasteros, según Gowel.*

Tyen asintió. Se arrepentía de no haberse quedado a escuchar más historias del explorador aquella noche en Palga. Al hacer memoria, recordó que Gowel había

dicho que la magia era muy abundante allí y había descrito una ciudad excavada en un gran peñasco, donde la gente se desplazaba de un lado a otro en jaulas o volando. Tyen no tenía idea de cuántas de esas cosas eran ciertas. El oscujo había corrido como el agua, y los aventureros eran dados a las fanfarronadas y las exageraciones.

«¿Has estado allí?».

—*Sí, pero hace mucho tiempo. Estaba mucho menos desarrollado de lo que afirmaba Gowel, y no tuve noticia de que hubiera un sitio llamado Tyeszal, Castillo de la Torre. Era un país formado por muchos reinos pequeños enfrentados entre sí. Aun así, eso es preferible a los piratas y los caníbales.*

«Ojalá tuviera una copia del plano de Gowel».

—*Estabas en contacto conmigo cuando lo viste* —le recordó Vella. Aparecieron líneas en la página y formaron un mapa que Tyen solo conservaba en la memoria a medias.

Sonrió. «Esa sí que es una habilidad útil. Me hará falta un aerocoche para llegar allí. Supongo que, si tengo tiempo y consigo el material necesario, podré construir uno».

—*Entonces mi consejo es que viajes al Lejano Sur.*

Tyen miró por la ventana del vagón. La noche anterior había viajado hacia el nordeste. A juzgar por la hora y la inclinación de las sombras, estaban dirigiéndose hacia el este. Tendría que cambiar de trineorraíl. ¿Y después? Embarcarse tal vez en un barco que partiera hacia el sur, rumbo a Vendania.

Aunque poseía unos conocimientos aceptables de vendanés, no hablaba otros idiomas. Por fortuna, el leraciano se entendía en muchas regiones, tanto dentro como fuera del Imperio. Cuando llegara al Lejano Sur la comunicación se convertiría en un problema, pero si Gowel había podido arreglárselas, él también podría.

El tren comenzó a aminorar la marcha. Al percatarse de que se aproximaban a una estación Tyen pasó algo del dinero de Kilraker de la bolsa a la cartera, aprovechando que en ese momento no había nadie que pudiera ver el gran fajo de billetes que llevaba. Una vez que el vehículo se detuvo subieron algunos viajeros y cuando el revisor se acercó Tyen le pidió planos de la red de trineorraíles. Sin embargo, el hombre solo llevaba un mapa de la línea en que se encontraban. Tyen, con Vella en una mano, lo examinó todo con detenimiento, desde el trazado de la ruta hasta la lista de estaciones y el horario impreso al dorso.

Tras confirmar que Vella había almacenado la información se la guardó de nuevo en el bolsillo. Como por el momento no tenía otra cosa que hacer, contempló el paisaje. Las casas y las fábricas de las afueras de la ciudad se habían ido espaciando y en su lugar habían aparecido edificios solitarios y eriales cubiertos de maleza. Pronto estos cedieron el paso a su vez a campos de cultivo, interrumpidos de vez en cuando por algún caserío. Se oían menos pitidos para avisar a los guardabarreras que

detuvieran el tráfico de las carreteras que iban a atravesar. Cansado por haberse pasado la noche pilotando el aerocoche, Tyen se dio cuenta de que se había quedado dormido cuando el revisor lo despertó zarandeándolo con suavidad para decirle que habían llegado a Ventomolino y que debía darse prisa si quería bajar para «estirar las piernas».

Por fortuna, el aseo de caballeros se encontraba cerca y, cuando subió de nuevo al tren, vio que dos aprendices de la panadería local estaban vendiendo pastelitos. Se mostraron complacidos cuando les compró los dos últimos triángulos de hojaldre que les quedaban. Les dio una propina generosa.

Las siguientes dos horas transcurrieron despacio. El trineorraíl paraba menos a menudo y avanzaba más deprisa entre estaciones. El terreno se tornó más accidentado y la vía más tortuosa. Cada vez que miraba hacia atrás en una curva vislumbraba la estela de Hollín que se elevaba tras ellos. Cruzaron un valle escarpado por un impresionante puente de acero antes de zambullirse en la oscuridad de un túnel durante un rato. Al salir al otro lado avanzaron entre casas cada vez más reducidas y juntas que de pronto dejaron paso a edificios grandes: fábricas y almacenes. El muchacho consultó el mapa y contó las estaciones que faltaban para llegar a Barral, una ciudad que, a juzgar por los talleres y las máquinas que se sucedían al otro lado de la ventana, vivía de la producción industrial. Nubes de Hollín encapotaban el cielo, y su parte superior parecía desvanecerse poco a poco conforme la magia fluía desde lo alto.

La vía se curvaba gradualmente hacia dos figuras romboidales que flotaban en el aire, a lo lejos. Recordó haber visto en el mapa que había un aeródromo cerca de la estación principal de Barral. Era lógico que hubiera un enlace entre los dos medios de transporte para que los viajeros pudieran pasar de uno a otro, aunque al estar tan cerca sin duda competirían por la magia disponible. El tamaño de las lejanas cápsulas parecía indicar que se trataba de aerocarruajes grandes utilizados para transportar a varias personas a través de grandes distancias, y no de vehículos particulares. Mientras el trineorraíl se acercaba uno de ellos descendió y se perdió de vista tras los tejados.

El revisor volvía más a menudo a medida que las paradas se hacían más frecuentes. Tyen lo llamó para preguntarle si en Barral podía tomar un trineorraíl que lo llevara hasta la costa del sur. El hombre asintió.

—La línea Goldman. Es más corta que esta. La construyó el señor Goldman para su disfrute privado, y cuando la donó al Imperio para que fuera pública la prolongaron por el norte hasta Barral y por el sur hasta Bahía de Sacal. O, mejor dicho, hasta la carretera del Valle. Para conectar esa línea con esta habrían tenido que derribar algunas casas de gente rica y hacer pasar la vía por la finca del Gran La' Gillweather, y ni el mismísimo emperador habría podido obtener su permiso para ello. —Soltó una risita—. Tendrás que tomar un monoasiento hasta la estación de Goldman.

Tyen sabía que Bahía de Sacal era un puerto secundario. Dio las gracias al revisor, que no volvió a pasar por su lado hasta que el trineorraíl se detuvo bajo la bóveda acristalada de la estación principal de Barral. Tyen siguió las señales que indicaban dónde podían alquilarse vehículos. Mientras esperaba su turno en la fila vio que el hombre que tenía delante leía un periódico. Entre las columnas de texto aparecía el dibujo de un rostro. Había algo en él que le resultaba familiar, así que lo miró más de cerca. Al leer el titular impreso debajo se le heló la sangre.

¡PELIGROSO MAGO ESCAPA DE LA ACADEMIA!

Según ha informado hoy el Departamento de Policía al *Diario de Leracia*, se ha iniciado la búsqueda de un ex alumno de la Academia. Tyen Fundehierro, cuya imagen mostramos arriba, está considerado un mago peligroso. Si ve usted a este hombre, no se acerque a él: denúncielo...

El texto quedó tapado por un anuncio de sombreros de mujer cuando el hombre pasó la página. Tyen miró alrededor buscando un puesto de periódicos, pero no había ninguno cerca. Resistió el impulso de correr a comprar uno para averiguar qué más decía el artículo sobre él. Más valía que no perdiera su puesto en la cola.

«Cuanto antes prosiga mi camino, mejor», se dijo.

¿Hasta dónde se habría propagado la noticia? El *Diario de Leracia* se imprimía por la noche y se repartía por todo el país de madrugada. La distribución más rápida era la que se llevaba a cabo por medio del trineorraíl. Tal vez los periódicos habían viajado en el mismo tren que Tyen, y aquel hombre acababa de comprar su ejemplar, o quizá habían llegado antes, y la cara y la información sobre el delito de Tyen lo habían precedido.

Un sinfín de posibilidades, a cual más terrible, se agolparon en su mente. Los trenes directos de Belton a Bahía de Sacal alcanzarían su destino horas antes que él. Tal vez la línea Goldman ni siquiera circulaba de noche, lo que lo obligaría a buscar alojamiento y lo retrasaría varias horas más.

Y cuando llegara no solo la policía estaría esperándolo. El periódico lo llamaba «mago peligroso». Las autoridades sin duda habían pedido ayuda a los magos poco después de que Tyen huyera en el aerocoche de Kilraker. Estarían buscándolo en todos los lugares por donde podría intentar salir de Leracia. Entre ellos, Bahía de Sacal.

Sintió un hormigueo en la piel. Quizá ya había alguien esperándolo allí, observando a la gente que bajaba de los trenes procedentes de Belton. ¿Estarían vigilando la estación en ese mismo instante? Echó un vistazo en derredor, temiendo ver a hombres uniformados aproximándose con paso decidido, pero nadie le prestaba atención. Que hubiera conseguido llegar hasta la fila para los monoasientos le parecía... extraño. La Academia ya debía de haber encontrado el aerocoche de Kilraker y deducido que aquella era la línea en la que probablemente había viajado Tyen.

Sin embargo, allí nadie podía saberlo aún. El trineorraíl era el transporte más rápido, por lo que solo uno que llegara después que el de Tyen podría comunicar la noticia de que aquella era la línea que había tomado. Faltaba por lo menos una hora para que eso ocurriera.

Si alguien vigilaba la estación, ¿lo reconocería? Se fijó en su ropa. Estaba limpia y era de corte moderno, aunque no cara. Iba vestido como cualquier alumno de la Academia, pero puesto que esta estaba en Belton, dudaba que en Barral mucha gente llevara una indumentaria similar. Necesitaba cambiar de apariencia cuanto antes.

Para no llamar la atención tenía que parecer una persona cualquiera. Común y corriente. Vestir, por ejemplo, como un empleado de una fábrica. Miró en torno a sí con la vana esperanza de que hubiera una tienda adecuada cerca, pero no le sorprendió no encontrar ninguna. Tendría que consultar al cochero del monoasiento.

—¿Podemos ayudarle? —dijo una voz a su espalda.

Al volverse vio que tenía detrás a un par de mujeres de la edad de su padre. Por sus vestidos supuso que eran de clase media más bien alta. Refunfuñó para sus adentros cuando ellas lo miraron con una de aquellas sonrisas indulgentes que las señoras dedicaban a quienes les recordaban a sus hijos. Como su madre había muerto siendo él un niño nunca sabía muy bien cómo reaccionar ante esa clase de atenciones.

—Es nuevo en la ciudad, ¿a que sí? —dijo la mujer más alta—. Un visitante, tal vez. ¿Adónde se dirige? Los cocheros de monoasientos no son de fiar, ¿sabe? Le llevarán por el camino más largo y le cobrarán cinco veces más.

A Tyen le vino un destello de inspiración. Quizá un par de mujeres de la ciudad exageradamente atentas era justo lo que necesitaba.

—Pues sí —respondió—. Voy un poco perdido, y tengo una entrevista de trabajo dentro de una hora. ¿Serían tan amables de indicarme dónde puedo comprar unos zapatos resistentes y presentables?

La mujer baja sacudió la cabeza.

—Las mejores tiendas están en el paseo, pero las más cercanas...

Hizo una pausa para intercambiar una mirada con su acompañante, quien apuntó con el dedo a la acera de enfrente.

—Hay varias tiendas en el aeroparque.

—Le acompañaremos. Tenemos tiempo.

Haciendo oídos sordos a las débiles protestas de Tyen lo guiaron al otro lado de la calle y hacia un edificio nuevo e imponente que limitaba con el aeroparque por un lado. El muchacho se percató de su error en cuanto entraron. La ropa que se vendía allí estaba diseñada para pasajeros de aerocarruajes que disponían de un par de horas muertas antes de proseguir su vuelo hacia Leracia. Aunque eran prendas previamente confeccionadas y no hechas a medida, los estilos y los precios reflejaban la elevada posición social de quienes viajaban en aerocarruaje. Los billetes estaban fuera del alcance de los obreros, y de casi todos los estudiantes de la Academia.

Al pensar en ello se le ocurrió una idea. Una posibilidad que tal vez resolvería

todos los problemas que tenía en ese momento.

Apenas media hora después lucía un elegante traje de lana, zapatos y sombrero nuevos. Había guardado la ropa vieja en la bolsa póg y, mientras el dependiente estaba distraído con otra cosa, había pasado rápidamente el dinero de Kilraker a un maletín de piel nuevo, junto con Vella y Bicho. Tras dar las gracias a las dos señoras solícitas y pagarles el pasaje de vuelta a casa regresó al aeroparque para comprar un billete. Como aún faltaba un cuarto de hora para el embarque recurrió a los servicios de un barbero que había instalado su establecimiento junto al mostrador de billetes para atender a clientes que quisieran estar impecables a su llegada a Barral o a Leracia.

Tenía el pulso acelerado por el miedo y la expectación. Nunca había viajado en aerocarruaje, y hacerlo a costa de Kilraker le producía un cosquilleo de satisfacción. A diferencia del aerocoche del profesor, el aerocarruaje poseía una carlinga en cuyo interior podían viajar varios pasajeros resguardados del aire frío. Contenía dos filas de asientos individuales separadas por un pasillo. Tyen intentó disimular la emoción cuando subió a bordo y un sobrecargo lo acompañó hasta su asiento. Como había sido el último viajero en embarcar, le tocó sentarse no muy lejos de la cola.

Al punto experimentó una sensación vertiginosa cuando soltaron amarras y el aerocarruaje se elevó con suavidad. Al mirar por la ventanilla hacia la cubierta de cristal de la estación Tyen vio que había llegado otro trineorraíl del que salía una riada de pasajeros. Una de aquellas figuras lejanas se detuvo para echar un vistazo alrededor. Aunque era imposible reconocer a alguien desde aquella altura Tyen no pudo evitar imaginar que era Kilraker. Otra figura se le acercó, y ambos se volvieron hacia los monoasientos que se aproximaban para recoger viajeros.

«O tal vez están mirando más allá, hacia el aeroparque», pensó Tyen. El zumbido de las hélices sonó más fuerte cuando el piloto las hizo girar más deprisa. En el momento en que el aerocarruaje viró hacia el sur Tyen perdió de vista la estación. Se apartó de la ventanilla y se reclinó en su asiento, esperando parecer más relajado de lo que estaba.

«Solo me preocupaba si conseguiríamos huir, no si tendríamos dificultades para salir de Leracia», confesó Tyen.

—Al menos eso ya no es un problema.

«Llegaremos a Vendania hacia la medianoche».

—¿Habrá enviados de la Academia esperándote?

«Seguramente. Tienen contactos allí, y el tratado suscrito por ambos países los obliga a detener a todos los criminales de Leracia y enviarlos de vuelta a casa».

—Pero supones que no esperarán que llegues en aerocarruaje.

«Ningún mensaje que mande la Academia llegará antes que nosotros, pues tendría que viajar por mar o en el aerocarruaje siguiente al nuestro. Es una suerte que Leracia sea una isla. Si estuviera conectada por trineorraíl no tendríamos la menor posibilidad de anticiparnos a un mensaje o a la distribución del *Diario de Leracia*».

—Además, crees que el retrato que aparece en él no se te parece mucho.

«Se me parece un poco, pero no soy muy distinto de la mayoría de los hombres leracianos de mi edad. Por una vez, tener un aspecto normal y poco llamativo será una ventaja para mí. Me pregunto cuántos jóvenes serán abordados o rehuidos por personas que los tomen por magos peligrosos. Espero que a ninguno le ocasionen muchas molestias por mi culpa».

Suspiró. ¿Cuánto esfuerzo invertiría la Academia en encontrarlo? ¿Llegaría un momento en que ya no valdría la pena gastar más tiempo y dinero en la búsqueda de un ex alumno y un libro que en un principio no querían conservar?

—Mucho esfuerzo, teniendo en cuenta los secretos que guardo sobre ellos.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

«¿Tan terribles son?».

—Desde el punto de vista de los profesores, sí. En otras épocas y lugares esas cuestiones se habrían considerado nimias y poco importantes, pero aquí, en la actualidad, la gente se las toma más en serio.

«No me cuentes nada».

—No podré evitarlo, si haces una pregunta cuya respuesta revele esa información sobre ellos.

«En ese caso... avísame antes de contestar para que pueda apartar la mirada».

—¿Te preocupa que, si descubres sus secretos, ellos no te permitan recuperar tu vida anterior aunque demuestres tu inocencia?

«Sí».

—No obstante, también sabes que no te creerán si les aseguras que no has leído sus secretos en mí.

Tyen reprimió una maldición. Vella tenía razón, pero eso quería decir que... Sintió un hormigueo en la piel. Su situación era aún peor de lo que pensaba. Estaban dispuestos a destruir el libro para proteger su intimidad, aunque eso implicara perder un valioso artefacto mágico.

Pero el robo no era un delito lo bastante grave para que lo condenaran a muerte. A menos que Kilraker lo incriminara por algún asesinato o la Academia convenciera al emperador de acusarlo de traición.

«No, dudo que lleguen a ese extremo». Pero, al margen de lo que decidieran, querían garantizar que Tyen no pudiera divulgar sus secretos, lo que significaba, en el mejor de los casos, que lo encarcelarían.

«No podré volver jamás», pensó.

—Si no quieres correr esa suerte, no —convino Vella.

Tyen sintió una contracción dolorosa en el pecho y, por un segundo, no podía respirar. De pronto recordó que había otros pasajeros. Esforzándose por relajarse y coger aire despacio examinó a sus compañeros de vuelo con el rabillo del ojo. Se le heló la sangre al percatarse de que el hombre del otro lado del pasillo parecía estar observándolo. ¿Le había llamado la atención por su nerviosismo?

Como no quería volverse para mirar al desconocido a los ojos Tyen alzó la vista hacia la ventanilla con la esperanza de verlo reflejado en el cristal. En efecto, allí estaba él, sentado en la otra fila. Y sus miradas se encontraron de inmediato.

El hombre bajó los ojos al periódico doblado que tenía sobre las rodillas.

El corazón de Tyen dejó de latir unos instantes, pero cuando se fijó mejor comprobó aliviado que el periódico no era el *Diario de Leracia*. A juzgar por las imágenes y los titulares sobre carreras de aerocoches, se trataba de un periódico deportivo.

«Si alcanzo a ver su material de lectura, ¿puede él ver el mío?».

Miró el reflejo de Vella, sus palabras invertidas en aquella fantasmagórica imagen especular. Había juzgado que no era arriesgado conversar con ella porque no tenía a nadie detrás que pudiera leerla por encima de su hombro, y no se le había pasado por la cabeza que el texto pudiera resultar visible de otras maneras.

«Lo siento, Vella». La cerró, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta y fingió contemplar el paisaje por la ventanilla. Aunque el desconocido lanzaba alguna que otra mirada en su dirección, en general permanecía absorto en el periódico.

Las horas siguientes transcurrieron lentamente. Tyen observó que, muy abajo, en

el suelo, las sombras se alargaban conforme el sol descendía poco a poco hacia el horizonte. La oscuridad acabó por envolverlo todo excepto las ventanas solitarias de las alquerías, iluminadas desde dentro, o los cúmulos de luces que revelaban la presencia de aldeas. Como había tantas personas en la estrecha carlinga del aerocarruaje el ambiente estaba caldeado, aunque una ligera corriente indicaba que un sistema de ventilación garantizaba que el aire se mantuviera fresco. A Tyen le extrañó que la conversación entre dos pasajeros sentados en la parte delantera sonara tan apagada, pero concluyó que era porque se había acostumbrado al ruido de las hélices.

Al cabo de un rato un conjunto más grande de puntitos luminosos apareció justo delante del aerocarruaje. Más allá se extendía una superficie negra desprovista casi por completo de luces. Tyen supuso que se trataba del mar. La contempló acercarse, aguardando con expectación el momento en que dejarían atrás la costa y su tierra natal.

Cuando el zumbido de los motores se atenuó de golpe los demás pasajeros y él levantaron la vista y miraron alrededor, sorprendidos. El sobrecargo comenzó a recorrer el pasillo desde la parte delantera.

—Haremos una escala no prevista en Bahía de Sacal —les informó.

A Tyen se le cayó el alma muy por debajo del suelo del aerocarruaje.

—¿Por qué? —inquirió un pasajero.

—Aún no lo sabemos. —El sobrecargo se encogió de hombros—. La comunicación por medio de señales de luces es bastante limitada.

—¿Estaremos mucho rato allí?

—No lo sabremos hasta que conozcamos el motivo de la parada.

—¿Podremos bajarnos?

—Sí, pero no se alejen mucho del aerocarruaje. No queremos retrasarnos más de lo necesario.

Tyen respiró hondo y exhaló, intentando controlar los nervios para pensar con claridad. La sensación de que el corazón le latía más rápido de la cuenta empezaba a resultarle demasiado familiar. Estaba deseando consultar a Vella, pero no se atrevía.

«Espero que el sobrecargo esté diciendo la verdad respecto a que ignoran la razón —pensó—. Si supiera que entre los viajeros hay un hombre buscado por las autoridades, insistiría en que nos quedáramos a bordo».

Pero eso daría igual si había policías esperando en Bahía de Sacal cuando el aerocarruaje aterrizara. Tyen estaría atrapado. A menos que... ¿No había visto una puerta en la parte de atrás en el momento de embarcar?

—¿Se encuentra bien?

Tyen se sobresaltó al percatarse de que el sobrecargo estaba inclinado sobre él.

—Pues...

—¿Se ha mareado un poco, tal vez? No se preocupe, le pasa a mucha gente. —El joven se llevó la mano al bolsillo y sacó un papel marrón doblado—. Tenga. Por si acaso.

Cuando el sobrecargo se alejó Tyen examinó el obsequio. Al desplegarlo comprobó divertido que se trataba de una bolsa con la superficie interior cubierta de un barniz brillante. Supuso que era para que no lo dejara todo hecho una pena si le venían arcadas.

Dirigió la vista hacia atrás, más allá del sobrecargo, que estaba ocupado en algo cerca de la cola de la carlinga. En efecto, había otra puerta, con un letrero grande: «Solo personal de servicio». Tyen miró de nuevo la bolsa y un plan de huida empezó a cobrar forma en su mente. Era un plan desesperado, pero era mejor que nada.

El aerocarruaje descendió hacia Bahía de Sacal con tal lentitud que Tyen se preguntó si el piloto estaba atormentándolo deliberadamente. Habría preferido oír que el mensaje había cambiado, o que lo habían malinterpretado, y que volarían directos a Vendania como estaba previsto inicialmente, pero si iban a aterrizar quería acabar con aquello lo antes posible. Mientras sobrevolaban la ciudad intentó memorizar la configuración del paisaje. El aeropuerto, bien iluminado, atraía la mirada y hacía que todo a su alrededor pareciera más oscuro. Al fijarse en la disposición de las farolas y las luces de las casas vio que el área urbana, en forma de media luna, abrazaba la bahía. Las calles seguían la misma curvatura. Incluso desde el aire se apreciaba que la ciudad formaba una pronunciada cuesta hasta el mar excepto en su parte central, donde el escaso terreno llano se había reservado para el aeródromo y un pequeño espacio público. Las calles laterales no eran perpendiculares a las vías principales, sino oblicuas, a fin de que no fueran tan empinadas para los vehículos, mientras que las escaleras formaban caminos más directos para los peatones. Las propias casas semejaban escalones, pues cada una asomaba por encima de su vecina. Tyen supuso que la vista desde el mar sería muy bonita.

El aerocarruaje se detuvo al fin por encima de la plataforma de carga del aeropuerto, flotando en el aire como si estuviera a punto de cambiar de idea. El sobrecargo se dirigió de nuevo a toda prisa a la parte de atrás, y Tyen oyó sonidos de escotillas que se abrían y cables que se desenrollaban. La carlinga dio una sacudida cuando engancharon las amarras y vibró mientras la acercaban al muelle por medio de manivelas. La cubierta de la plataforma de carga pasó frente a la ventanilla de Tyen y este vislumbró a un pequeño grupo de personas que esperaban. En su mayoría eran empleados de la compañía de aerocarruajes preparados para dar la bienvenida a los pasajeros, pero los demás llevaban uniformes de policía.

Tyen se agachó hacia delante con la bolsa de papel entre las manos para que no pudieran verlo desde fuera. Cuando el aerocarruaje se posó en tierra y los demás pasajeros se levantaron él apartó la mirada de la ventanilla. Tras recoger el maletín y la bolsa póg apoyó el hombro contra el respaldo del asiento y se llevó una palma a la frente.

El sobrecargo acudió rápidamente.

—¿Se siente mal?

Tyen asintió.

—Necesito un poco de aire —dijo.

El joven torció el gesto con empatía.

—Aguante. Pronto podrá salir.

Tyen dirigió la vista a un punto situado detrás de él.

—¿Eso se abre?

El sobrecargo echó un vistazo a la puerta y frunció los labios.

Inflando las mejillas, Tyen miró alrededor, con el maletín y la bolsa de papel en una mano y el morral póg en la otra. Dejó que la bolsa de papel le resbalara entre los dedos.

—Sí, sí, venga por aquí —dijo el sobrecargo. Le hizo señas de que lo siguiera y se encaminó hacia la puerta de servicio—. Baje la escalera. Si alguien le pregunta qué hace allí, dígame que Dila Clavero le ha enviado. El aseo de caballeros está al final del pasillo a la derecha.

—Gracias —jadeó Tyen.

Cerró la boca y tragó el aire que había contenido en la boca al pasar. La puerta daba a una estructura de metal descubierta por la que los empleados podían acceder al aerocarruaje. Salió a una plataforma. Bajó de la pequeña torre por una angosta escalera de caracol y acabó debajo de la plataforma de carga, fuera de la vista de la policía que aguardaba arriba y del sobrecargo. Echó una ojeada rápida al sitio en el que se hallaba. Era una zona para los encargados de amarrar y dar mantenimiento a los aerocarruajes, y estaba desierta salvo por cinco hombres reclinados contra una pared cercana. Lo observaron bajar a toda prisa por la escalera, pero no parecían muy preocupados por su presencia.

—El baño de hombres está por allí —le gritó uno señalando un espacio entre el edificio principal del aeroparque y otro más pequeño—. La segunda puerta. No vaya muy lejos o acabará en el barrio de los trabajadores del puerto.

Tyen se tocó el ala del sombrero en señal de agradecimiento y se alejó a paso veloz en la dirección que le habían indicado. Una vez en el pasillo se volvió hacia atrás para asegurarse de que nadie lo seguía y los empleados no lo miraban, y siguió adelante hacia el rectángulo de luz donde terminaba el edificio más pequeño.

Al llegar allí se detuvo y escrutó la zona que se extendía al otro lado. Una calle estrecha pero limpia atravesaba su camino. A la izquierda esta desembocaba en una vía más ancha, que supuso que era la que discurría frente a la entrada para viajeros del aeroparque. A la derecha se prolongaba un breve trecho hasta topar con una pared. Justo delante había un callejón angosto y oscuro. Cruzó la calle y se internó en las sombras.

Sintió que se había quitado un ligero peso de encima. Había burlado a los policías, pero ¿cuánto tardarían en enterarse de que un pasajero indispuerto había salido por la cola del aerocarruaje para utilizar el aseo de abajo y no había vuelto? En cuanto lo supiera deducirían que había huido en aquella dirección y lo seguirían.

Además, iba vestido como un hombre rico en la que seguramente era una de las

zonas más pobres de la ciudad.

Si algún vecino lo veía sabría de inmediato que no era de allí. Aunque podía valerse de la magia para defenderse de ladrones, con ello solo conseguiría llamar aún más la atención. Por otro lado, el *Diario de Leracia* sin duda había llegado hacía horas, por lo que solo era cuestión de tiempo que alguien atara cabos y relacionara al mago forastero con el fugitivo buscado por la Academia.

«Tengo que cambiarme de atuendo otra vez», pensó. Necesitaba ropa y un lugar donde esconderse mientras discurría cómo salir de Bahía de Sacal.

«Empecemos por lo más importante», se dijo. Caminaba sin apartarse de la penumbra e intentando no hacer ruido. De cuando en cuando oía voces procedentes de las casas situadas a los lados, pero no había un alma en la calle. Tal vez los trabajadores del puerto eran muy madrugadores. O quizá sabían que no era buena idea deambular por allí de noche. Entre dos casas apareció una escalera descendente. Como estaba solitaria, y él tenía que alejarse de esa calle que conducía directamente al aeroparque, comenzó a bajar por ella. Tuvo que ir despacio, pues los escalones no estaban en buen estado y había adoquines sueltos ocultos en las sombras. La escalera cruzaba otra calle estrecha. Estaba vacía, así que Tyen enfiló por ella.

Al poco rato avistó a un hombre de pie en el portal de una casa. En vez de detenerse y dar media vuelta, lo que habría despertado sospechas, Tyen continuó andando, fingiendo que no lo había visto. Al pasar notó que el hombre no apartaba la mirada de él. Una veintena de pasos más adelante oyó unas pisadas que lo seguían.

Dobló por la siguiente escalera, aunque estaba ocupada por unos niños, que interrumpieron sus juegos para observarlo. Como esa vez no podía aparentar no haberlos visto sonrió mientras los rodeaba.

Incluso antes de llegar a la calle siguiente lo oyó. Aminoró la marcha y se percató de que se acercaba a una vía transitada de la zona. Se le encogió el corazón cuando advirtió que la escalera acababa allí. No tenía otra alternativa que caminar por esa calle o regresar. Al echar una ojeada hacia atrás vislumbró las siluetas de los niños que aún estaban sentados en los escalones. Detrás de ellos había otra figura que descendía hacia él.

«¿El hombre del portal?». Un escalofrío le bajó por el espinazo.

Tal vez sería mejor confundirse entre la multitud, aunque destacara por su ropa cara. Tyen miró de nuevo al frente y continuó su descenso. Por unos instantes se planteó la posibilidad de detenerse para ponerse la chaqueta de estudiante que llevaba en la bolsa, pero al fijarse en la gente que pasaba al pie de la escalera supo que no serviría de nada. Seguiría pareciendo mucho menos pobre que los habitantes de la zona.

Cuando llegó a la esquina se detuvo para inspeccionar la calle. Los transeúntes iban y venían. Muchos tenían aspecto de trabajadores que volvían a casa al final de la jornada. Se había formado un grupo pequeño y algo disperso frente a una casa de bebidas. Había varios establecimientos de ese tipo diseminados a lo largo de la calle.

Al oír que las pisadas se aproximaban por detrás Tyen inspiró profundamente y echó a andar. Intentó parecer tranquilo y decidido, y cuando algunos clientes de las casas de bebida arquearon las cejas al reparar en él fingió indiferencia. Otros rostros se volvieron hacia él al pasar, pero hizo caso omiso.

Una vez que los dejó atrás no tenía otra opción que seguir adelante. Las casas de bebida dejaron paso a tiendas con los postigos bien cerrados. A lo lejos divisó un hueco entre dos edificios que esperó que correspondiera a una escalera que subiera de nuevo. Antes de llegar tenía que pasar frente a una casa de bebidas más pequeña. Al acercarse cayó en la cuenta de que en realidad era un hotel barato con una taberna en la parte delantera. Aunque la idea de una cama donde dormir resultaba tentadora, no se atrevió a entrar. La noticia de que había un viajero rico alojado en el hotel seguramente llegaría a oídos de la policía antes del final de la noche.

Se percató de que los clientes de aquel local eran bastante menos ruidosos. Unas cuantas personas reunidas frente a la puerta se despedían unas de otras antes de partir en direcciones distintas, sin apenas dirigirle una mirada. En cambio, los empleados lo observaban con curiosidad. Cuanto antes dejara esa calle, mejor. Fijó la vista en el hueco de la escalera de más adelante y apretó el paso.

—¡Ren! —gritó una mujer a su espalda. Oyó que alguien se le acercaba corriendo por detrás—. ¡Espera, Ren! ¡Soy yo, tu hermanastra pequeña, Sezee!

El corazón le dio un vuelco cuando una mano lo asió del brazo. Pensó en resistirse, en zafarse y salir pitando, pero los buenos modales que le había inculcado su padre, sumados al temor de llamar aún más la atención al soltarse, lo hicieron volverse.

Se fijó de inmediato en tres detalles: la mujer era una desconocida, extranjera y bastante hermosa.

—Perdona, muchacha, te has equi... —empezó a decir.

—Oh, Ren, te reconocería en cualquier parte. Pero tú no me has visto desde que era niña, y estoy a contraluz. —Sonrió y enlazó el brazo con el suyo—. Ven, vamos bajo la farola.

Desconcertado ante la franca familiaridad y la certidumbre de la joven, Tyen no sabía qué hacer. En la otra acera el pequeño grupo se había separado en dos partes; una había entrado en el hotel; la otra se alejaba. Ninguna de las dos mostró el menor interés por aquel aparente reencuentro. Menos de cien pasos por detrás se acercaba un puñado de hombres que sí parecían interesados.

La joven se inclinó hacia él.

—Ven conmigo —murmuró—. No se atreverán a entrar en el hotel detrás de ti.

Tyen obedeció. No había tiempo para cavilaciones. O la chica pretendía conducirlo a una trampa o bien salvarlo de un atraco. Reparó en que no llevaba ropa andrajosa ni provocativa, por lo que, si era prostituta, no era una común y corriente. A la luz de la farola parecía tener la tez de un color marrón claro y cálido, así como una cabellera negra lustrosa. Lo guio al otro lado de la calle hasta la entrada del hotel,

donde él le abrió la puerta. Cuando entró, los otros clientes alzaron la vista una vez y luego otra al fijarse en su elegante indumentaria. Sezee —si de verdad se llamaba así— le soltó el brazo en el acto y avanzó serpenteando entre las mesas como si no le cupiera la menor duda de que él la seguiría.

Como no podía volver afuera, Tyen caminó tras ella hasta una mesa pequeña próxima a las ventanas de la fachada ocupada por una mujer mayor. Parecía ser de la misma raza que la joven, tal vez de las islas Occidentales. En cuanto el muchacho percibió el olor de la comida le rugieron las tripas y se alegró de que ellas no alcanzaran a oírlo por el bullicio que reinaba en la sala. Sezee, su salvadora, se sentó y empujó un plato y un vaso vacíos hacia el centro de la mesa.

—¿Te acuerdas de la tía Veroo, Ren? —le preguntó.

Quizá tenía un buen motivo para seguir con aquella farsa. Tyen se inclinó ante la mujer.

—Ha... ha pasado mucho tiempo.

—En efecto —respondió ella, y aparecieron unas arrugas de buen humor en las comisuras de sus ojos—. Le conseguiremos una silla.

—No se molesten —replicó él. Echó un vistazo por la ventana. Los matones se habían marchado. No había policías a la vista. Por el momento—. No puedo quedarme mucho rato.

Desoyendo sus protestas, Sezee se levantó y se dirigió a una mesa cercana para preguntar si podía llevarse una silla desocupada. La pareja que estaba sentada allí la miró con suspicacia, pero como el gesto de ella llamó su atención sobre Tyen, su expresión de desagrado se esfumó y ambos asintieron.

—Gracias —dijo Tyen.

Cogió la silla mientras Sezee ocupaba su asiento de nuevo. Se inclinó hacia él y bajó la voz.

—Perdona mi indiscreción, pero ¿qué haces en esta zona de la ciudad?

—Confieso que me había perdido —respondió el muchacho.

—¿O sea, que acabas de llegar a la ciudad? —aventuró Sezee—. ¿Estabas buscando tu hotel?

—Sí.

—¿Qué hotel era?

Tyen se encogió de hombros.

—Cualquiera que tuviera una habitación disponible. No había reservado en ningún sitio.

La chica sonrió de nuevo.

—Tienes un espíritu aventurero. Eso me gusta, aunque tal vez eres demasiado aventurero si creías que podías pasearte por estos barrios con esa pinta. —Se le acercó aún más—. Y ahora ¿qué harás?

—No lo sé —admitió—. Me temo que tendré que arriesgarme y volver al centro de la ciudad, antes de que se ocupen todas las habitaciones.

—Podrías alojarte aquí. No es un sitio glamuroso, pero tiene fama de limpio. — Sezee dirigió la vista a un punto situado detrás de Tyen antes de posarla de nuevo en él—. Me preguntaba si... te importaría seguir haciéndote pasar por mi rico hermanastro leraciano Ren.

El muchacho la miró a ella y luego a la mujer mayor. Mientras que Sezee parecía esperanzada y quizá un poco avergonzada, Veroo tenía el ceño fruncido. ¿Se trataba de alguna artimaña? ¿Habían deducido quién era e intentaban retenerlo?

Por otro lado, si estaban dispuestas a fingir que eran parientes tuyas, sin duda podrían ayudarle a pasar inadvertido.

—¿Por qué quieres que haga eso? —preguntó.

—Desde que llegamos esta mañana hemos intentado encontrar un lugar decente donde quedarnos, pero en todos los hoteles de Bahía de Sacal nos aseguraban que estaban llenos, a pesar de lo que decían sus letreros. —La expresión ceñuda de Veroo evidenciaba lo poco probable que le parecía eso—. Nos han recibido así muchas veces. No sé si es porque somos forasteras, porque somos dos mujeres que viajan sin un acompañante masculino o por las dos cosas.

Tyen pestañeó al comprender lo que eso significaba.

—¿No tenéis habitación aquí?

—No. Por fortuna, no han tenido inconveniente en servirnos comida y bebida. Estábamos a punto de irnos cuando he visto que esos hombres te seguían.

—¿Queréis que os acompañe para probar suerte en otro hotel?

La chica se encogió de hombros.

—Ya hemos probado en todos los demás. Así que, si no nos ayudas, tendremos que encontrar un lugar tranquilo donde sentarnos a esperar a que amanezca.

Que era lo mismo que Tyen había planeado hacer. Pero, a diferencia de él, no eran fugitivas, sino dos mujeres inocentes e indefensas.

Pensó que lo mejor sería dejarlas con sus problemas, hallar un sitio donde esconderse y un disfraz nuevo. Al mirar por la ventana no vio a ningún policía. A nadie que pareciera estar buscándolo. ¿Aún no tenían claro por dónde se había ido? ¿Les daba miedo internarse de noche en el barrio de los trabajadores del puerto? Para peinarlo a fondo tendrían que ir de casa en casa, lidiando con los ocupantes irritados. Tal vez esa tarea resultaría más fácil durante el día.

—El gerente no estaba por aquí cuando has entrado —le dijo Sezee—. Si pidieras una habitación para ti y dos mujeres...

—Crees que me la daría —conjeturó él.

Sezee asintió.

—Vale la pena intentarlo. Por tu apariencia, dudo que se atreva a decirte que no.

Era cierto. Y por la misma razón, no le convenía quedarse allí. Aun así, lo menos que podía hacer era dejarlas instaladas en una habitación. Tal vez el hotel tenía una puerta trasera por la que podría salir, evitando la concurrida calle a la que daba la parte de delante. Si además conseguía de alguna manera mudarse de ropa...

—¿Cuántas noches queréis quedaros? —preguntó.

—Solo esta. Nos vamos mañana por la mañana.

—¿Qué aspecto tiene el gerente?

—Es corpulento y calvo. Y huele a hierba de pipa.

Tyen lo encontró al fondo de la sala, fumando con dos hombres igual de voluminosos y desprovistos de pelo. Cuando el gerente lo vio enarcó las cejas con expresión divertida.

—¿Tiene un par de habitaciones libres? —inquirió Tyen.

El hombre parpadeó, perplejo, y se puso de pie.

—Nos queda una. Es una doble normal. Nada muy lujoso.

Tyen sacudió la cabeza.

—Somos tres, y las señoras necesitan una para ellas solas —dijo al tiempo que hacía ademán de marcharse.

—Bueno, si no le importa compartir habitación con otro huésped, tengo una cama libre en otra doble.

Tyen se volvió hacia él fingiendo reflexionar.

—De acuerdo —dijo con un suspiro—. Tendremos que conformarnos con eso.

El hombre le exigió que pagara por adelantado y se negó a rebajarle el precio. Tyen insistió en inspeccionar la habitación de las mujeres antes de pagarle nada. En cuanto el hombre lo dejó solo exploró rápidamente los pasillos cercanos y encontró una puerta que, aunque cerrada con llave, parecía ser una salida. Luego regresó a la taberna. En vez de molestarse el gerente esbozó una sonrisa irónica cuando descubrió que las mujeres eran Sezee y Veroo.

—¿Qué relación tiene con ellas? —preguntó a Tyen mientras ellas se aproximaban.

—Mi padre viajaba mucho cuando era joven —contestó el muchacho con sequedad.

El gerente soltó una risita y contó de nuevo las monedas que Tyen le había dado antes de entregarle dos llaves.

—Son habitaciones contiguas. La de usted es la número cinco.

Sezee entró en su cuarto detrás de Veroo, y de pronto se volvió y sorprendió a Tyen con un beso en cada mejilla.

—Gracias. Espero que consigas dormir.

Dirigió la vista hacia la puerta de la habitación número cinco e hizo una mueca. Desde el otro lado llegaban los sonoros ronquidos del otro ocupante.

—Que tengáis un buen viaje... —dijo Tyen cuando recuperó el habla—. Vayáis a donde vayáis.

—Me temo que, en comparación con el modo en que nos han tratado aquí en Leracia, cualquier cosa nos parecerá agradable. Tú al menos has demostrado que algunos leracianos son personas decentes. Espero que mañana encuentres hotel sin más contratiempos —le deseó y, con una sonrisa, cerró la puerta.

Los ronquidos cesaron cuando Tyen abrió la puerta de su habitación, pero al cabo de un momento se reanudaron con brío. Su compañero de cuarto parecía unos años más joven que él. Se respiraba en el aire un olor que le resultaba conocido, aunque no acertaba a identificarlo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz que entraba por un ventanuco empezó a distinguir más detalles. Había algo sobre la cama vacía. Se acercó en silencio.

Una camisa. Unos pantalones. Listos para utilizarse al día siguiente. En el suelo había un par de zapatos. Botas de trabajo. De pronto reconoció el olor. Betún. Sacudió la cabeza ante semejante golpe de suerte, conteniendo el repentino impulso de reír. Despacio, intentando hacer el menor ruido posible, se quitó la ropa elegante, se puso la del desconocido y se guardó a Vella en el bolsillo. A continuación extendió sobre el colchón sus caros pantalones y su chaqueta de lana, sobre la que colocó la fina camisa. El desconocido se llevaría una sorpresa mayúscula al descubrir que su modesta vestimenta se había transformado en un lujoso traje durante la noche.

Sus botas eran una talla demasiado grande para Tyen. Le pidió disculpas en su fuero interno por las ampollas que le ocasionarían sus zapatos nuevos, algo compungido al cobrar conciencia de que en realidad estaba robándole. Así le resultó más fácil desprenderse de la bolsa póg y su vieja ropa de estudiante. Pero se quedó con el maletín. Aunque su aspecto era muy nuevo, ya se encargaría de estropearlo un poco.

Colgados de un gancho en la parte de atrás de la puerta había una chaqueta y uno de aquellos sombreros que utilizaban los cocheros de monoasientos y los cuidadores de mornis, y que, además, olía a dichos animales. Tras coger ambas prendas Tyen abrió la puerta y se escabulló al pasillo. Como no quería hacer más ruido del necesario dejó la puerta entornada.

Se cruzó con un hombre ebrio que salía del aseo de caballeros haciendo eses y que apenas reparó en su presencia. Al llegar a la puerta trasera cerrada con llave Tyen apoyó la mano en la pared contigua y absorbió un poco de magia del interior, donde el Hollín que quedara pasaría desapercibido a menos que alguien con la facultad de percibirlo lo buscara deliberadamente. Valiéndose de la magia seccionó el pestillo y se aseguró de que el daño no resultara visible. Abrió la puerta y se asomó al exterior.

Soltó una palabrota entre dientes. Tenía ante sí un par de escalones empinados y un pequeño embarcadero de madera rodeado de agua. La fachada del hotel formaba parte de un dique continuo y curvo que se extendía a cada lado, interrumpido solo por algunas ventanas y los muelles pequeños que sobresalían de las casas vecinas.

No era consciente de que se hallaba tan cerca de la orilla del agua.

Unas voces que sonaban a su espalda captaron su atención. Era un diálogo en voz muy alta, pero no entre unos borrachos irrespetuosos con el descanso de los otros huéspedes. Tyen se volvió para escuchar y reconoció la voz del gerente.

—... Si usted se equivoca, él no se pondrá muy contento. ¿Quieres hablar con las dos mujeres que lo acompañan? Según él, son parientes.

—No. Si no es la persona que buscamos, no habrá necesidad de molestarlas.
A Tyen se le heló la sangre. La segunda voz le resultaba muy familiar.
«¡Kilraker!».

Salió por la puerta, la cerró y bajó por la escalera. Disponía de muy poco tiempo para decidir qué hacer antes de que descubrieran su ausencia. Con la respiración agitada miró a derecha e izquierda y comprendió que tenía muy pocas opciones.

O quizá ninguna.

Tyen oyó unas pisadas al otro lado de la puerta que se acercaban, luego se alejaban y volvían a acercarse. Miró hacia un lado y se preguntó si poseía una destreza mágica suficiente para levitar hasta el embarcadero más próximo. Toda levitación requería una superficie estable respecto a la que orientarse y darse impulso. No sabía si esa superficie podía ser de agua.

Por unos instantes se arrepintió de no haber aprendido a nadar, pero luego cayó en la cuenta de que un chapuzón estropearía todo el dinero que llevaba salvo las monedas y podría dañar a Vella. Aunque consiguiera llegar hasta el siguiente embarcadero, estaría completamente a la vista de Kilraker y la policía cuando salieran por la puerta del hotel.

Algo se movía bajo el lado más alejado de aquel embarcadero. Al fijarse mejor reconoció la forma de una barca de remos. Eso le produjo un destello de esperanza. Se acercó al borde del muelle del hotel y bajó la vista. En efecto: allí también había una embarcación pequeña amarrada. Una escalera de mano descendía hasta el agua. Se colgó la correa del maletín del hombro y bajó con cuidado. Asió la cuerda a la que estaba atado el bote y tiró de ella para acercarlo. Cuando puso los pies en la barca esta cabeceó, haciendo que se cayera de bruces y se golpeará el pecho contra el banco. El casco rebotó contra un poste y quedó de nuevo debajo del embarcadero.

De arriba le llegó el sonido de una puerta que se abría. Tyen se quedó petrificado, sin atreverse a mover un músculo, ni siquiera para mirar hacia arriba.

—No es posible que haya salido por aquí —dijo alguien.

—No —convino una voz más conocida.

—Debe de haberse marchado. Ya me parecía que había algo raro en él.

—Si se ha ido, no andará lejos. Hay que darse prisa —dijo una tercera voz más suave desde el interior del edificio, y la puerta se cerró.

Tyen se permitió el lujo de volver a respirar, pero permaneció inmóvil por si alguien se había quedado fuera. No oyó pasos en la escalera ni en el muelle. Alzó la mirada y se fijó en los huecos entre los tablones, pero no vio el menor indicio de que hubiera alguien allí. Se incorporó apoyándose en los brazos y meditó sobre su siguiente paso.

No podía volver a entrar, ni siquiera cuando se hubieran marchado Kilraker y los policías. Las mujeres y el gerente lo reconocerían, y el dueño de la ropa que llevaba la identificaría. No, tendría que irse de allí en el bote.

Pensó en esperar por si alguien salía de nuevo al embarcadero, tal vez para buscar más a fondo, y lo sorprendía alejándose a remo. Pero si salían, quizá se les ocurriría

echar un vistazo por debajo del muelle. No, más valía que partiera enseguida.

Enderezó la espalda, localizó los remos y soltó la amarra. Empezó a remar torpemente, intentando sin éxito no salpicar y lamentando no haber tomado mejor nota del perfil de la costa al observar el trazado de la ciudad desde el aire. Quedarse cerca de allí o desembarcar junto a las casas vecinas sería un despropósito, pues la policía aún estaba rastreando la zona, así que decidió adentrarse en la bahía. Por fortuna, era una noche tranquila y las olas apenas eran leves ondulaciones sobre la reluciente superficie. Había barcos amarrados a lo largo del litoral de Bahía de Sacal. Tyen se preguntó si podría embarcar clandestinamente en uno, pero al acercarse vio que había marineros a bordo y que algunos parecían estar mirando en su dirección.

¿Era muy sospechoso que un hombre estuviera remando solo en una barca en medio de la bahía y en plena noche? No tenía ni idea. Los miembros de las tripulaciones podían ser leracianos o extranjeros. Algunos quizá acababan de llegar y aún no sabían nada acerca del peligroso mago buscado por la policía, pero el muchacho no tenía manera de distinguir entre unos y otros.

Sintiéndose demasiado expuesto cambió de rumbo y se dirigió de nuevo hacia la orilla con la esperanza de que lo tomaran por alguien que volvía a casa después de hacer una visita a altas horas de la noche. Estaba jadeando de extenuación, y al cabo de un rato tuvo que detenerse para descansar. Aprovechó la oportunidad para escrutar la bahía y vislumbró el arrecife que la rodeaba cuya silueta negra se recortaba contra unas nubes ligeramente más claras. Desde el aerocarruaje había advertido que una sola carretera comunicaba la ciudad con el exterior por tierra. La única forma de salir de allí por mar era a través de la boca de la bahía que daba acceso al estrecho entre Leracia y Vendania. No era un buen lugar por el que navegar con un bote tan pequeño.

Se le cayó el alma a los pies al comprender que estaba acorralado. Las cuatro vías de huida de Bahía Sacal —por tierra, mar, trineorraíl y carretera— habían quedado reducidas a una sola que además era fácil de controlar. Hacerse pasar por un pasajero rico de un aerocarruaje ya no le daría resultado, y habría demasiada vigilancia en el aeropuerto para robar algún vehículo. Apostarían guardias en la carretera principal y el puerto, y registrarían todos los trineorraíles y barcos.

Los navíos eran los medios de transporte más numerosos y variados. Había desde cargueros hasta barcos de pasajeros, pasando por pequeñas embarcaciones privadas, buques de flotas mercantes, veleros y vapores propulsados por magia. Bahía de Sacal era un puerto muy transitado, pero no estaba considerado uno de los principales. Los buques de pasajeros más grandes, que funcionaban con magia, no hacían escala allí. Dado que eran lo bastante resistentes para capear tormentas solo atracaban en ciudades importantes como Belton. Además, Tyen sospechaba que la bahía era demasiado poco profunda para los barcos más modernos. Aunque las embarcaciones pequeñas privadas o de pasajeros podían utilizar el puerto, seguramente la mayor parte del tráfico era de mercancías. Y, a juzgar por la cantidad de luces que se

balanceaban en las oscuras aguas, el volumen de ese tráfico era enorme.

A pesar de que no sabía mucho de barcos, consideró que el hecho de que la mayoría de ellos estuviera fondeada en la bahía podía significar que tenían que aguardar a que subiera la marea para acceder a una dársena. Desde el aerocarruaje se había percatado de que había dos, una cerca del aeroparque y otra más lejos del centro de la ciudad. Si estaba en lo cierto respecto a la marea, las naves amarradas allí dispondrían de un tiempo limitado para descargar y cargar. A las tripulaciones no les haría mucha gracia esperar mientras la policía las registraba de una en una.

Una situación así quizá le brindaría una oportunidad. Tal vez durante el caos podría subir a bordo de alguna embarcación sin que lo descubrieran.

Escudriñó la otra dársena con la mirada. Desde su posición estratégica alcanzó a ver que el dique sobre el que estaba construido el hotel bordeaba la orilla del agua y tenía la superficie más clara allí donde la marea llegaba pocas veces o no llegaba nunca. Los edificios construidos encima eran de alturas y formas diversas. Frente al aeroparque se extendía un muelle grande para los buques de pasajeros. En el extremo derecho el muelle se dividía en una sección superior y una inferior. La inferior estaba sostenida por postes y en la superior se alzaban varios edificios de mayor tamaño. ¿Eran almacenes? Los barcos de carga necesitaban un lugar donde guardar las mercancías entrantes y salientes. Tyen supuso que aquella era la zona de carga.

Comenzó a remar de nuevo. No podía quedarse toda la noche allí, en el bote, y tenía que encontrar un sitio donde esconderlo en tierra. Cuando llegó al embarcadero estaba temblando de agotamiento. Varias filas de pilares sostenían un largo muelle de madera. Encontró una escalera y, esta vez con cuidado, desembarcó para agarrarse a ella. Con un impulso mágico empujó el bote hacia la oscuridad de debajo del muelle.

En cuanto la barca desapareció entre las sombras Tyen subió al embarcadero. Los maderos crujían bajo sus botas, pero el sonido se confundía con los otros ruidos del muelle. Caminó hasta el primero de los elevados almacenes, situados al final. Intentó abrir la alta y ancha puerta doble, pero estaba firmemente cerrada para evitar la entrada de intrusos nocturnos. Siguió andando para probar con las demás y, al comprobar que todas estaban bien aseguradas, comenzó a temer que no hubiera acceso a la dársena salvo a través de los edificios.

En el otro extremo encontró un hueco estrecho entre el último almacén y un edificio vecino, obstruido por una verja. Después de gastar las pocas energías que le quedaban para trepar por ella se quedó apoyado contra una pared hasta que consiguió hacer acopio de voluntad para seguir adelante dando tumbos. ¿Hacía cuánto que no bebía una gota ni probaba bocado? Desde aquella mañana, cuando viajaba en tren. Tenía la impresión de que habían transcurrido meses. ¿Podía correr el riesgo de ir en busca de comida? No. Más valía que se quedara allí si quería buscar un buque por la mañana. Pero ¿estaría a salvo? Encontró un recoveco repleto de cajas rotas y sacos vacíos, y se sentó a pensar.

Algo lo agarró del hombro y lo sacudió.

Cuando abrió los ojos parpadeó sorprendido al ver que la luz del sol inundaba el pasadizo. Un hombre de piel curtida y correosa tras una vida entera a la intemperie le sonreía.

—Despierta, muchacho —le dijo—. ¿Qué haces aquí?

Tyen se frotó la cara y se alisó el cabello a fin de ganar tiempo para despabilarse y discurrir una respuesta.

—Quería ver si... podía comprar un pasaje.

—Sí que has venido temprano, ¿no?

—Pues... —Tyen miró alrededor—. Sí.

—El muelle de pasajeros está en la ciudad.

El anciano se volvió y comenzó a gesticular mientras le daba indicaciones.

—Espere... Me dijeron que si quería un pasaje barato probara suerte aquí.

—Entonces tendrás que hablar con el encargado del puerto. La cola está en esa dirección.

Tyen salió del recoveco y siguió al hombre por el angosto pasadizo sin rechistar. Si para embarcarse en una nave tenía que entrevistarse con el encargado, no le quedaba otro remedio que correr ese riesgo. Se había formado una fila de personas que quizá aguardaban a que les dieran acceso a la dársena. En su mayoría eran hombres —marineros, supuso Tyen—, pero también había una mujer con dos niños vestidos con ropa de viaje. Hacia el final divisó a dos mujeres que por algún motivo le provocaron un hormigueo de aprensión. ¿Acaso eran...? Sería demasiada mala suerte que...

Tyen alzó la vista mientras el viejo y él se acercaban, y ellas abrieron mucho los ojos en cuanto lo reconocieron. Al llegar Tyen les dedicó una sonrisa forzada y una reverencia.

—Buenos días, señoras.

—Buenos días —respondió Sezee.

—Espera aquí —le indicó el anciano, y, al darse la vuelta, Tyen lo vio girar en redondo y alejarse con grandes zancadas.

—Creía que ya no volveríamos a verte —añadió Sezee en voz más baja.

Tyen la miró. Tenía que irse, pero no de una forma tan apresurada que diera a entender que algo iba mal.

—No podía pegar ojo —explicó—, así que fui en busca de un alojamiento más confortable.

—¿Después de hacerte con un atuendo más discreto?

Sezee posó la mirada en su vestimenta y arqueó las cejas.

—Me avergüenza reconocerlo. —Bajó la vista—. Confiaba en que el trueque resultara beneficioso para ambas partes.

Cuando la miró a los ojos Sezee entornó los párpados con una expresión entre suspicaz y divertida. «Han estado haciendo conjeturas sobre mí —supuso Tyen—. No pueden haber pasado por alto la batida que la policía ha realizado en el hotel».

Si la joven hubiera querido desenmascararlo habría podido hacerlo desde un primer momento. Pero no lo había hecho. ¿Por qué? ¿Le estaba agradecida por haberlas ayudado la noche anterior? ¿Había decidido no inmiscuirse en asuntos de los leracianos? ¿Había quedado embelesada por el misterio que envolvía a un renegado audaz e incomprensible, como las heroínas de las novelas románticas ñoñas? Esa última posibilidad le parecía dudosa. Nunca había conseguido fascinar a una mujer, mucho menos seducirla.

—Bueno, será mejor que me... —empezó a excusarse.

—¿Ya se va? —lo interrumpió Veroo—. ¿No quería comprar un pasaje?

Tyen se encogió de hombros.

—Pues...

—Necesitaré papeles. —La mujer alzó su bolsa y comenzó a hurgar en su interior—. ¿Tiene papeles?

—Sí —contestó Tyen, pese al nudo que sentía en el estómago.

Tenía papeles, pero estaban a su nombre. Al echar una ojeada en torno a sí advirtió que el caos que creía que podría aprovechar brillaba por su ausencia. De pronto la idea le pareció una absoluta locura. Se mordió la lengua para que no se le escapara una maldición. Su plan de huida jamás daría resultado.

—Pero no puede utilizarlos —aventuró Veroo—. ¿Qué le parecen estos?

Extrajo de su bolsa una cartera de piel como aquellas en las que los viajeros guardaban sus billetes y documentos, y se la entregó. Intrigado, el joven la abrió y examinó el único que contenía. Era una identificación.

—Aren Coble —leyó en voz alta—. Porteador.

La descripción correspondía a un hombre más alto y joven nacido en un distrito del norte, pero al menos los colores de la piel y del pelo coincidían con los suyos.

—¿Estás segura de lo que haces? —preguntó Sezee por lo bajo.

Al alzar la vista, Tyen vio que la joven miraba a Veroo con el ceño fruncido.

Esta hizo un gesto de indiferencia.

—Como bien has dicho, se trata de una pequeña venganza.

Sezee soltó un ligero bufido.

—Ahora la temeraria eres tú. ¿En qué me convierte eso a mí?

—¿En la menos compasiva?

—De eso, nada.

—Bueno, siempre podemos alegar que él nos engañó, si alguien lo reconoce.

Veroo sonrió a Tyen, pero con expresión desafiante.

—Es verdad —convino él—. Estoy totalmente en sus manos. Y quedaré en deuda con ustedes.

—Solo si esto sale bien —murmuró Sezee—. A cambio, debes aceptar dos condiciones.

—Tres —intervino Veroo.

—Correrás con tus propios gastos. Eso puedes hacerlo, ¿no? —preguntó Sezee.

Tyen asintió.

—¿Qué más?

—No harás daño a nadie.

—Por supuesto que no.

—Y nos contará la verdad —finalizó Veroo—. Nos dirá quién es y qué ha hecho.

—Me parece justo. Acepto sus condiciones.

Sezee esbozó una sonrisa.

—Bien, Aren. Como ya habrás notado, eres nuestro porteador. Así que recoge nuestras bolsas y no hables a menos que te dirijamos la palabra.

Tras dedicarle una mirada altiva echó a andar. Veroo la siguió, dejándole a él las maletas. El muchacho se percató de que habían abierto la verja y la cola había empezado a avanzar. Se apresuró a recoger el equipaje y alcanzar a las mujeres.

Un hombre con una libreta les salió al paso y les preguntó su nombre y ocupación.

—Somos Sezee y Veroo Anoil de las islas Occidentales. Hemos reservado un pasaje a Darsh en el *Lucero*.

El hombre les hizo señas de que siguieran adelante sin apenas dignarse mirar a Tyen. Atravesaron la verja hacia el muelle, que bullía de actividad. Las puertas de los almacenes estaban abiertas, y los estibadores iban y venían de los barcos cargados con mercancías. Tyen y las dos mujeres tenían que esquivar a hombres que llevaban objetos muy pesados mientras se abrían paso por el puerto. Sezee caminaba con paso seguro y Veroo se mantenía cerca con aire protector mientras Tyen se esforzaba por no rezagarse, batallando contra una debilidad como la de la noche anterior que hacía que le temblaran las piernas y la cabeza le diera vueltas.

En vez de dirigirse al encargado del puerto Sezee fue directa al buque y ascendió antes que los demás por la pasarela desmontable hasta cubierta. Los tripulantes los miraron pero no parecieron extrañarse. Todos menos uno continuaron con su tarea de subir barriles a bordo y bajarlos a la bodega por una escalera de mano. El hombre que los supervisaba sonrió y se acercó a recibir a las mujeres.

—Capitán Taga —lo saludó Veroo.

Entablaron una conversación en un idioma que Tyen no reconoció, por lo que intentó adivinar el sentido general fijándose en las expresiones y los gestos. Aunque Sezee era la que más hablaba, las intervenciones ocasionales de Veroo parecían indicar que ella era la que llevaba la voz cantante en realidad. Era evidente que el capitán Taga ya las conocía, pero, aunque tenía la tez más oscura que el leraciano medio, sus rasgos eran característicos de un hombre del Gran Archipiélago, no de las islas Occidentales.

Al oír su nuevo nombre, Aren, Tyen miró a Sezee con expectación, pero esta siguió charlando con el capitán. Tras echarle una mirada rápida Taga se encogió de hombros y le tendió la mano.

—Enséñale tus papeles, Aren —dijo la joven sin volverse hacia él.

—Sí, señá Sezee.

Tyen se sacó la cartera de debajo del brazo y se la pasó. Taga echó un vistazo superficial al documento y volvió a encogerse de hombros. Con una sonrisa arrebatadora Sezee le hizo una pregunta. El capitán sacudió la cabeza. Tras un breve y vano intento de engatusarlo la chica suspiró, extrajo su monedero y contó lo que Tyen supuso que era el precio de su pasaje. Una vez saldada esa cuenta le hizo señas de que la siguiera y se alejó. El muchacho recogió las maletas rápidamente y echó a andar en pos de Sezee. El capitán soltó una risita cuando pasó junto a él.

—Hay que ser valiente para viajar con esas dos.

Preguntándose a qué venía eso, Tyen, siempre detrás de las dos mujeres, avanzó por la cubierta que se mecía con suavidad y recorrió un pasillo de techo bajo hasta un camarote diminuto con una litera. Debido a este último esfuerzo, o quizá al alivio que lo invadió por haber encontrado al fin una manera de salir de Bahía de Sacal, se sintió mareado de nuevo.

—Aren, deja las bolsas aquí —le ordenó Sezee con una expresión que él no supo si era una sonrisa o una mueca—. Lo siento, pero tendrás que dormir con la tripulación.

El muchacho abrió la boca para mostrar su conformidad, pero el mundo había empezado a inclinarse de forma alarmante.

—¿Aren? —dijo Veroo—. ¿Te encuentras mal?

Él sacudió la cabeza, lo que solo empeoró las cosas. Una oscuridad entorpecedora lo envolvió. Alguien lo cogió de los brazos y lo guio hacia... algún sitio.

—Por lo menos elegiste un lugar privado para tu desmayo.

Tyen crispó el rostro cuando esas palabras aparecieron en la página. Levantó la mirada hacia el mar, y la melancolía volvió a apoderarse de él. Más allá del horizonte, a un día y una noche de navegación, se encontraba su país. Cada hora se alejaba más y más de su hogar. La incertidumbre de su futuro le producía temor, y la única manera de mitigarlo era centrarse en su propósito y en cómo superar los obstáculos que se interponían en su camino.

Se había levantado temprano para pasar un rato a solas con Vella. Aunque ella se había puesto al corriente de todas las penalidades vividas desde que habían desembarcado del aerocarruaje en el momento en que Tyen la había tocado, quería relatarle la aventura paso a paso para poner en orden sus pensamientos. Bajó la vista de nuevo hacia la página.

«No fue un “desmayo”, sino un vahído —protestó él—. Aun así, no fue una gran muestra de virilidad por mi parte». ¿Cuál había sido el comentario de Sezee? «En vuestras novelas, son las mujeres las que se desploman al menor susto». Con «vuestras» quería decir «leracianas». Sin embargo, le había pedido perdón por mofarse de él al enterarse del tiempo que llevaba sin comer ni beber. «Los héroes literarios no sufren esos percances —había añadido sin el menor rastro de sarcasmo—. El mundo real no es tan cómodo».

Aunque Tyen había perdido el conocimiento solo unos instantes, la actitud de las mujeres hacia él había cambiado. Veroo había ido en busca de comida y agua, y había tardado tan poco en volver que el muchacho imaginó que se lo había arrebatado todo a la primera persona con que se había topado. Sezee lo interrogó sobre sus síntomas, su duración y la primera vez que los había experimentado.

Por fortuna, el trozo de pan y la taza de agua le habían devuelto las fuerzas. Ellas habían insistido en que se quedara en su camarote y durmiera un poco. Como le convenía permanecer oculto hasta que el buque zarpara de Bahía de Sacal, Tyen no se había negado. Se había quedado despierto en la cama, con retortijón de tripas a causa de la ansiedad, hasta que el navío había empezado a subir y bajar al ritmo del oleaje, lo que se las había revuelto aún más pero por razones muy distintas. Había salido a cubierta con la esperanza de apaciguar el mareo hasta que le resultara tolerable. Desde entonces, salvo por la noche que había dormido en un coy en la cabina de la tripulación, cuyo balanceo parecía contrarrestar el mareante vaivén del barco, había pasado casi todo el tiempo en cubierta.

«¿Cuánto debo revelar a Sezee y a Veroo?», le preguntó a Vella.

—Has prometido contarles la verdad.

«Sí, pero no les he prometido contarles TODA la verdad».

—Un hombre más innoble simplemente les mentiría.

«Estoy dispuesto a convertirme en un hombre innoble, si con ello salvamos el pellejo. Pero preferiría no mentir. No me acordaría de qué he dicho ya a quién».

—Ya habrán deducido que huyes de la policía y la Academia. Quizá hayan visto en el Diario de Leracia el titular que advierte que anda suelto un mago peligroso. Sin embargo, el artículo no especificaba que habías robado algo.

«Así que no hace falta que les explique eso. Pero supondrán que hay una razón para que la Academia me persiga. El robo es un delito menos grave que otros que podrían imaginarse».

—Si no estás dispuesto a mentir, a ellas les bastará con asediarte a preguntas hasta sonsacarte todos tus secretos.

Era un problema que Vella conocía muy bien. Por fortuna, las mujeres no habían tenido ocasión de hacerle preguntas. El camarote que compartían era demasiado reducido para que tres personas se apretujaran en él a conversar en privado, y además a los otros pasajeros les habría parecido extraño, quizá escandaloso, que dos mujeres y su porteador hicieran algo así. Por otro lado, Tyen no estaba seguro de que las paredes fueran lo bastante gruesas. En cubierta siempre había tripulantes. Por el momento, el muchacho había cumplido dos de las condiciones que le habían impuesto Sezee y Veroo: no había hecho daño a nadie y había pagado su propio pasaje. Que había resultado ser para la corta travesía hasta Vendania.

—Aren.

La voz de Sezee se oyó por encima del constante ulular del viento. Al volverse, Tyen la vio abrirse paso hacia él entre marineros y obstáculos diversos. Cerró a Vella y la deslizó dentro del bolsillo interior de su chaqueta.

—Señá Sezee.

Ella sonrió ante aquel tratamiento que se empleaba para dirigirse a una mujer de rango superior.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has dormido bien?

Él se encogió de hombros.

—La ventaja de no haber disfrutado de más de una hora de sueño en dos días es que luego dormir en un coy parece un auténtico lujo.

—Conque un coy, ¿eh?

—Sí. Y además me ha ayudado con el mareo.

Sezee hizo un mohín.

—¿Crees que nos dejarían probarlo?

—¿Habéis pasado mala noche?

La joven asintió, y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Pero pronto llegaremos a Darsh y las cosas mejorarán. Bueno, todas las formas de viajar tienen sus incomodidades, pero mientras las sufro prefiero tener algo con que recrear la vista aparte de una extensión interminable de agua.

—¿Has viajado por aire alguna vez?

—Aún no. —Sezee suspiró—. Confiaba en que se nos presentaría la oportunidad mientras estuviéramos en Leracia. Supongo que podemos añadir ese fracaso a nuestra lista de decepciones.

—¿Estás autorizada para revelar a un humilde porteador el propósito de vuestra visita a Leracia?

—Supongo que sí. —Sus labios se curvaron en una sonrisa torcida—. Creo que te parecerá divertido. Veroo quería ingresar en la Academia. Yo decidí acompañarla por la aventura.

Tyen frunció el entrecejo.

—Deduzco que no la aceptaron.

—No. Apenas le prestaron atención —respondió Sezee con expresión de disgusto—. Al parecer, cuando afirman que las mujeres de buena posición social y económica son bienvenidas no se refieren a las extranjeras. O a ninguna mujer, si lo que pretende es aprender magia. Por lo visto es peligroso transmitirnos esos conocimientos, pues tenemos la cabeza llena de supersticiones y un cuerpo incapaz de soportar el esfuerzo.

Tyen crispó el rostro. Había oído opiniones parecidas de boca de los profesores más conservadores, pero como la Academia tenía alumnas había supuesto que ellos no ejercían una gran influencia en el proceso de admisión.

«Por otro lado, no conozco a ninguna chica que estudie magia. Hasta ahora daba por sentado que ninguna había demostrado aptitudes suficientes para ello».

—Lo... lo siento —titubeó.

—¿Por qué te disculpas? —inquirió la joven elevando las cejas pero entornando los ojos—. ¿Tienes tú algo que ver con esa política?

—Pues... no, pero... —tartamudeó, y se interrumpió cuando un miembro de la tripulación pasó por su lado.

Sezee sonrió.

—Te sientes obligado a disculparte en nombre de tus compatriotas —concluyó. Apartó la vista con un gesto de indiferencia—. Da igual. Ellos se lo pierden. Nunca he visto que un revés mine la determinación y la curiosidad de Veroo. Ya encontrará otras maneras de acrecentar sus conocimientos y destrezas. Además, no cabe duda de que ha sido toda una aventura. —Lo miró de nuevo—. Sospecho que la tuya, en cambio, acaba de comenzar.

Tyen asintió.

—¿Volveréis directamente a casa?

—Sí, a menos que nos enteremos de que existe otro lugar donde se puede aprender magia. No conocerás alguno, ¿verdad?

—No. —Tyen arrugó el ceño al recordar que, al describir las tierras del Lejano Sur, Gowel había hablado de un sitio llamado Castillo de la Torre donde vivían unos magos que dominaban técnicas desconocidas para la Academia—. Hace poco, sin embargo, oí a un explorador contar una historia sobre los parajes situados al otro lado de la Sierra Latitudinal Inferior. Según él, hay una pequeña escuela de magos allí.

A Sezee se le iluminó el rostro.

—¿Instruyen también a mujeres?

—No lo sé.

El entusiasmo de la joven se apagó con la misma rapidez con que se había encendido, pero asumió un semblante pensativo.

—Aun así, podríamos averiguarlo.

—No es un lugar muy accesible. Las montañas son infranqueables por tierra y difíciles de cruzar por el aire, aunque, según todos los cálculos, el territorio del otro lado es inmenso.

La chica desplegó una sonrisa.

—Me encanta cuando hablas como un académico.

Al oír una risita ahogada Tyen se dio la vuelta y vio a otro marinero pasar a toda prisa.

—Bueno, no es raro que un porteador se ilustre escuchando a sus patronos —contestó Tyen con la esperanza de que el hombre no sospechara que había un pasajero fingiendo ser otra persona, aunque seguramente ya estaba demasiado lejos para oírlo.

—Estoy deseando que tú nos ilustres a nosotras. —Sezee enarcó las cejas en un gesto significativo—. Cuando Veroo y yo tengamos un momento para interrogarte sobre tus motivos para abandonar a tu patrono anterior. —Se le acercó ligeramente—. ¿Crees que podrías enseñarle algunas técnicas? —preguntó por lo bajo.

Él arrugó el entrecejo. La Academia tenía normas muy estrictas respecto a la enseñanza de la magia. Solo los miembros de la institución podían recibir instrucción mágica, y los estudiantes no tenían permitido impartir clases. Infringir otra regla más no mejoraría sus posibilidades de que lo aceptaran de nuevo como alumno... Pero entonces recordó la conclusión a la que había llegado en el aerocarruaje sobre lo que le ocurriría con toda seguridad si caía en manos de la Academia.

—Depende...

No terminó la frase, pues otro tripulante se encontraba lo bastante cerca para oírlo.

Una sonrisa se dibujó en la boca de Sezee.

—Claro que sí. En fin, ya veremos si podemos permitirnos que sigas a nuestro servicio cuando llegemos a nuestro destino.

Tyen abrió la boca para protestar, pero cambió de idea. El dinero de Kilraker — que había tenido que confiarles a ellas, ya que él dormía con la tripulación— no duraría eternamente. Por otra parte, la perspectiva de permanecer en compañía de

aquellas mujeres, ya fuera como profesor o como porteador, no le parecía del todo desagradable.

—Háblame más de vuestro país —pidió.

Sezee pestañeó, sorprendida, pero un brillo de comprensión asomó a su mirada. Se volvió para acodarse sobre la borda y dirigió la vista más allá de la arboladura del barco.

—Somos de Bleze, la mayor de las islas Occidentales —dijo—. Vivíamos en Loire, una de las fortalezas más grandes que había antes de la conquista por parte de los leracianos, hace más de cincuenta años. Ahora es nuestra ciudad principal.

—¿Conquista? A mí me enseñaron que los isleños nos habían cedido la soberanía sobre sus tierras de manera pacífica.

—Vuestros historiadores no consideran que la anexión por ocupación sea una forma de conquista, pero nosotros sí. Es una táctica tan eficaz como insidiosa. Pero estoy segura de que no tienes ganas de hablar de las vilezas cometidas por el Imperio leraciano en el pasado, así que me ceñiré al presente. El principal medio de subsistencia de las islas Occidentales es la agricultura. Mi abuelo, un colono leraciano llamado Tomel Gardafuego, amasó una fortuna gracias a sus plantaciones de lal, y aún cultivamos una de las mejores variedades del mundo.

—Tendré que probarlo.

—Desde luego. Es excelente. Te estarás preguntando cómo es que la nieta de un colono leraciano tiene la tez morena como yo. Verás: el bueno de Tomel Gardafuego consiguió la mitad de sus tierras al casarse con la hija de la reina de las islas Occidentales. De modo que la tía Veroo es su vástago undécimo y más joven, así como hija de la heredera depuesta al trono de Bleze.

—Pero... ¿depuesta? La familia real sigue estando reconocida en las islas Occidentales.

—Solo una rama, que no es la legítima. Los colonos reconocieron al primer hijo varón de la reina como soberano, pero hasta entonces la corona se heredaba por línea materna.

Tyen sacudió la cabeza al pensar en cómo habían tratado al pueblo de Sezee —aunque después de visitar Mailand no le extrañaba que hubiera otro país descontento con los métodos de control del Imperio— y al caer en la cuenta de que, a ojos de los isleños, Veroo pertenecía a la realeza. Al igual que Sezee, su sobrina. Ahora él entendía de dónde procedían su audacia y su seguridad en sí misma. Aunque ella jamás ejercería la misma autoridad que sus antepasados, su familia seguía siendo poderosa.

De pronto la sociedad leraciana, que no permitía que las mujeres poseyeran otra cosa que ropa y joyas, le parecía mucho más primitiva e incivilizada. «Tal vez por eso las leracianas se rigen por un protocolo y unas normas de urbanidad tan complicadas. Les da una sensación de control y respeto. Resulta curioso, pues, que las mujeres de Leracia me dejen confuso y en cambio me encuentre a gusto con Sezee».

¿Serían todas sus compatriotas iguales que ella? Tal vez Sezee tenía de por sí un carácter resuelto y extrovertido. Como Vella, en muchos aspectos. Lo que no dejaba de ser una coincidencia interesante...

—Si sois de la realeza, ¿cómo es que os han dejado partir y viajar solas?

Sezee no respondió. Estaba mirando algo situado detrás de él con expresión ceñuda.

—Eso está volando demasiado bajo.

Tyen echó un vistazo por encima del hombro y divisó un aerocoche que pasaba zumbando, lo bastante cerca para advertir que el piloto tenía el rostro vuelto hacia ellos. Habían avistado unos cuantos vehículos aéreos desde que habían zarpado de Leracia, pero aquel estaba volando a muy poca distancia del barco. Presa de un súbito temor, Tyen volvió la espalda hacia el aerocoche.

El buque había estado navegando a lo largo de la costa norte de Vendania desde que él había subido a cubierta esa mañana. No tardarían en llegar a Darsh, la capital. Y cuando arribaran era posible —probable, de hecho— que hubiera magos de la Academia y agentes de la policía local observando a quienes desembarcaban.

Se le formó un nudo en el estómago. El viaje por mar le había ofrecido una tregua, la oportunidad de comer y dormir. Pero eso estaba a punto de terminar.

—¿Qué harás cuando lleguemos? —preguntó Sezee.

—No lo sé —confesó Tyen.

—Será mejor que permanezcas abajo por el momento. Procura que no te vean. — Se apartó de la borda—. Vayamos a buscar a Veroo y pidamos algo de comer.

Durante las horas siguientes Tyen intentó imaginar que aquello no era más que un viaje interesante que había emprendido. Después de comer Sezee le insistió en que se quedara en el pequeño camarote para descansar y vigilar sus pertenencias mientras Veroo y ella contemplaban el acercamiento a Darsh desde cubierta. Le dio mil vueltas en la cabeza al problema de desembarcar sin que lo descubrieran. ¿Bastaría con fingir que era el porteador de las mujeres? ¿Había alguna otra manera de bajar a tierra pasando desapercibido? ¿Podría sobornar a algún miembro de la tripulación para que intercambiara la ropa con él y a los demás para que le dejaran simular que estaba ayudando a descargar mercancía?

Si Kilraker o algún otro miembro de la Academia capaz de reconocer a Tyen estaban allí, ningún disfraz daría resultado. ¿Podría valerse de la magia para huir? Ya había escapado de Kilraker antes. Quizá podría hacerlo de nuevo. Pero, aunque lo consiguiera, no tendría cerca un aerocoche que robar. Solo buques. Y un buque necesitaba a más de una persona que lo manejara.

Finalmente la puerta del pasillo se abrió, y se oyeron unos pasos ligeros y rápidos que se aproximaban.

—¡Aren! —susurró Sezee en tono apremiante.

El muchacho se levantó y salió al pasillo.

—¿Sí?

Ella le posó la mano en el brazo.

—Estamos atracando en el muelle. El puerto está plagado de policías de Darsh y de unos hombres que creemos que son de la Academia. ¿Cuánto dinero llevas?

Tyen cogió el maletín y lo abrió, inclinándolo de tal forma que la chica no viera a Bicho.

—No sé. Un par de cientos de levíes, creo.

—¿Estás dispuesto a dar cien al capitán a cambio de que te esconda?

Tyen se quedó sin aliento. No era una suma pequeña, y renunciar a ella le complicaría bastante la supervivencia, pero si lo apresaban, no habría supervivencia alguna. Asintió.

—Quédate aquí.

Sezee se alejó a toda prisa. Cuando la puerta del pasillo se cerró tras ella Tyen se desplomó contra la pared, presa de la náusea. «¿Y si el plan sale mal? —pensó—. ¿Y si el capitán se queda con el dinero y me entrega de todos modos?».

La puerta se abrió, y esa vez entró un miembro de la tripulación. Sonrió débilmente a Tyen.

—Sígueme.

¿Significaba eso que el capitán había accedido? Cuando el hombre pasó de largo por el pasillo Tyen vaciló unos instantes. Después se encogió de hombros y lo siguió. ¿Qué otra opción tenía sino confiar en él?

Al final del pasillo se hallaba la puerta del retrete. El hombre la abrió, agarró el asiento de la letrina y tiró de él hacia arriba. La taza entera se desprendió del suelo con un chasquido similar al descorche de una botella. El marinero retrocedió un paso y señaló el agujero con la cabeza.

—Hay asideros. Procure no darle un golpe al tubo de desagüe. Alguien de fuera podría verlo moverse.

Tyen había leído en los libros de historia que en los barcos antiguos se castigaba a los tripulantes rebeldes encerrándolos en la cavidad situada bajo la letrina, con resultados previsiblemente desagradables. Intentando disimular su consternación, se acercó al agujero y miró hacia abajo. Una ancha tubería de cobre esmaltado por la que se evacuaban los residuos se curvaba hacia la izquierda. No había mucho espacio alrededor, pero en el hueco de debajo, que estaba limpio, había un hombre en cuclillas. Las paredes, de madera basta, tenían clavados tacos en los que podía apoyar las manos y los pies quien tuviera que descender a reparar la letrina.

Tras dejar caer el maletín, Tyen pisó el primer asidero, se apretó contra el tubo para rodearlo y descendió lo más deprisa posible. En cuanto su cabeza se encontró por debajo del suelo, el marinero, sin decir palabra, empujó la taza para colocarla de nuevo en su sitio. Tyen se acurrucó en aquel hueco estrecho y oscuro, escuchando los pasos del hombre que se alejaba apresuradamente.

El aire le parecía cada vez más cálido y viciado. En vez de acostumbrarse al olor de la tubería que tenía tan cerca de la cabeza, descubrió que el hedor se intensificaba

en aquel espacio tan reducido. Oía las pisadas apagadas de muchos pies y de vez en cuando un golpe seco, tal vez de algún embalaje del cargamento. De repente se impuso el silencio. Cuando las señales de vida se reanudaron la naturaleza de los ruidos había cambiado, y cuando unos pasos se acercaron a la habitación de arriba esa diferencia se hizo atterradoramente patente. En vez del golpeteo sordo de las suaves suelas de partal que llevaban los marineros por su buen agarre se oía el repiqueteo de los tacones de cuero de unas botas utilizadas por personas cuyo trabajo las obligaba a caminar por las calles adoquinadas de las ciudades.

La policía de Vendania había subido a bordo, sin duda acompañada de hombres de la Academia. Lo estaban buscando. Las pisadas se acercaron. El suelo crujió por encima de su cabeza. Aguardó a que la puerta se cerrara, pero eso no ocurrió. Había supuesto que una mirada superficial bastaría para convencer al buscador desprevenido de que el retrete estaba desocupado. ¿Significaba eso que el hombre sospechaba que algo se ocultaba en aquel angosto espacio? ¿Lo estaba examinando con más detenimiento por ver si descubría alguna trampilla? ¿Conocía, al igual que Tyen, el castigo que se imponía antiguamente a los amotinados?

Percibió el tenue sonido de un líquido que corría dentro de la tubería, junto a su oreja. Un hombre habló arriba, y Tyen tardó un momento en desempolvar sus conocimientos de vendanés para traducir mentalmente.

—¿Qué haces?

—Comprobar que funciona.

—Hay una ley que prohíbe usar el retrete en el muelle.

—¿Vas a arrestarme?

—De acuerdo... Pero date prisa.

Tyen soltó el aliento contenido cuando los sonidos cesaron y unas pisadas se alejaron de la letrina. Acto seguido otras recorrieron el camino inverso, cuando le tocó el turno al segundo hombre. Una vez que los dos terminaron de hacer sus cosas y se marcharon Tyen no oyó más pasos resonando en el buque. Se produjo un largo silencio y luego se reanudaron los ruidos de descarga de mercancías, lo que lo tranquilizó un poco.

No podía hacer otra cosa que esperar a que alguien acudiera a liberarlo. Como no aparecía nadie, supuso que pensaban dejarlo allí hasta que el buque volviera a estar cargado y se apartara del muelle. Esperaba que no pretendieran pasar la noche atracados.

En cierto momento le pareció oír una voz femenina conocida al otro lado del casco. Cayó en la cuenta de que Sezee y Veroo debían de haber desembarcado para proseguir su viaje a casa. Ya nunca tendría la oportunidad de darles las gracias. Tal vez podría enviarles una carta. Aunque no tenía su dirección, si la familia de Sezee era tan célebre como ella afirmaba, seguramente la recibirían de todos modos.

La idea de no volver a verla lo entristeció. No se le había presentado la ocasión de cumplir la última condición que le habían impuesto para ayudarlo: contarles la verdad sobre por qué había huido de Leracia. Habría sido agradable saber que alguien más en el mundo conocía toda la verdad sobre aquel asunto, aparte de Kilraker. O casi toda, por lo menos. Tal como Vella le había recomendado, no pensaba hablarles de lo que había robado. Todo ello reforzó su determinación de hacerle llegar una carta a su padre de alguna manera.

Le habría gustado conocer los términos exactos del acuerdo entre Sezee y el capitán Taga. ¿Hacia dónde zarparía este a continuación? Tyen esperaba que no pusiera rumbo a Leracia otra vez. ¿Había aceptado Taga los cien levíes como soborno o había exigido más? Puesto que Sezee ya no estaría presente para confirmarlo o desmentirlo, el hombre podría decirle cualquier cifra a Tyen, quien no tendría forma

de saber si mentía o no. Tal vez Tyen conseguiría fugarse otra vez de la Academia, pero no sobreviviría mucho tiempo sin dinero.

Oír a los policías hablar en vendanés le había recordado también que, si aún conservaba algo de dinero, tendría que cambiarlo por moneda local. Aunque los levíes leracianos se utilizaban en todo el Imperio, suponía que le resultaría más fácil ocultarse de las autoridades si se mezclaba con la gente humilde del lugar. Por otro lado, cambiar dinero implicaba dejar rastros escritos que la Academia podría seguir, sobre todo si le pedían que mostrara alguna identificación. Gracias a Sezee y Veroo, disponía de unos documentos alternativos (de pronto recordó que nunca le habían explicado por qué), pero si la Academia averiguaba que se hacía pasar por Aren Coble le serían tan poco útiles como los auténticos.

Conforme se alargaba la espera se aburrió. Desistió de intentar recoger su maletín del suelo, pues hacía mucho ruido al rozarlo contra las paredes. Se acordó de que había guardado a Vella en el bolsillo de su chaqueta y la sacó. Después de posar la mano ahuecada sobre ella e invocar magia suficiente para crear un brillo tenue se abismó en la lectura de historias de otros mundos y magos poderosos. Volvió a la realidad bruscamente cuando el barco comenzó a moverse.

Iban a hacerse a la mar. Se disponía a meter otra vez a Vella en el bolsillo de su chaqueta, pero cambió de idea y en cambio se la acomodó debajo de la camisa. De ese modo, pasara lo que pasara después, ella podría verlo y oírlo.

No tuvo que esperar mucho. Una vez más resonaron unos pasos arriba, en el pasillo. Se oyó el sonido de la puerta de la letrina al cerrarse y luego el chirrido de la taza cuando alguien la levantó. Tyen vislumbró el techo de la letrina a través del agujero. Entonces un rostro conocido se asomó para mirarlo.

—Oh, no parece tan terrible como me imaginaba —declaró Sezee.

Tyen sonrió, sorprendido y aliviado.

—¡Os habéis quedado a bordo!

La chica se encogió de hombros.

—Sí y no. Hemos bajado a hacer una visita corta a la ciudad como las turistas que se supone que somos y hemos vuelto.

—Gracias. Espero no haber estropeado demasiado vuestros planes de viaje.

—Para nada. Además, aún no nos has aclarado por qué huyes de la Academia. ¿Vas a salir o te encuentras demasiado cómodo allí abajo?

No sin cierto esfuerzo, Tyen consiguió arrimar el maletín a la pared con la punta de la bota y agacharse lo suficiente para cogerlo. Después de alzarlo y tendérselo a Sezee salió del agujero. A su lado estaba el mismo miembro de la tripulación de antes, sujetando la taza de la letrina. En cuanto los dos se apretujaron para pasar por su lado la bajó de nuevo para colocarla en su sitio.

—Quédense aquí abajo —les aconsejó—. El capitán quiere tener una charla con un ustedes cuando estemos mar adentro.

Se alejó a toda prisa por el pasillo, cruzándose con Veroo, que estaba delante de

su camarote, y desapareció por la escotilla que daba a cubierta.

—Muy bien... —Sezee tomó a Tyen del brazo—. Ha llegado el momento de que nos expliques por qué te persiguen los de la Academia.

Sin resistirse, Tyen dejó que ella lo condujera hasta la puerta del camarote. Veroo, lejos de sonreírle al verlo acercarse, lo miró con los ojos entornados. Sezee, aparentemente tan animada como antes de cambiar sus planes por él, señaló una de las camas.

—Siéntate —le ordenó como una niña mandona... o una princesa.

El muchacho obedeció.

—Habla.

Tyen soltó una risita.

—¿Cuántos detalles queréis?

—No tantos como para que no hayamos sacado nada en claro cuando llegue el capitán Taga.

—Está bien. Soy... era... alumno de la Academia. Estudiaba historia y magia. Encontré algo en una expedición de investigación reciente. Era... complicado determinar su valor. Se suponía que debíamos entregar todos nuestros hallazgos, pero es una norma que la gente suele saltarse, y yo... sabía que la Academia no vería en ese objeto el potencial que yo veía y confiaba en encontrar el modo de convencerlos. Entonces alguien lo robó... No yo, sino el profesor Kilraker, un hombre que contaba con mi admiración y confianza. Se las arregló para hacerme quedar como culpable.

Sezee lo observaba con atención mientras hablaba y también cuando se quedó callado. Entonces sacudió la cabeza.

—Pero si no tienes ese objeto, nadie puede acusarte de haberlo robado.

—Sospecharán que lo he escondido. O vendido.

—Las sospechas no son pruebas, según las leyes de Leracia. Y si estás tan seguro de que ese profesor lo robó, ¿por qué no lo denuncias? —Arqueó las cejas—. ¡Ah! El objeto tampoco obra en poder del ladrón, ¿estoy en lo cierto?

Tyen asintió.

—¿Aún lo tienes tú?

—Solo me has pedido que te diga por qué me busca la Academia.

—Nuestra condición para ayudarte era que nos contaras la verdad.

—Pero no toda la verdad —replicó él.

—Eso es...

—Sezee —la interrumpió Veroo—, déjalo.

La mujer joven se volvió hacia la de más edad, quien sacudió la cabeza. Sezee clavó la vista en Tyen con el ceño fruncido y los párpados entrecerrados. Bajó la mirada hacia el maletín que aún sostenía entre las manos, y de pronto abrió mucho los ojos.

—¿Se trata de ese insecto mecánico que vigila tu dinero?

Él la miró, impasible.

—No has podido resistir la tentación de echar un vistazo, ¿eh?

Veroo sonrió al ver que las mejillas de Sezee enrojecían.

—Es posible —contestó esta—. No éramos totalmente ajenas al hecho de que quizá estábamos ayudando a un hombre que pretendía jugárnosla.

—¿Y qué te reveló su contenido?

La chica proyectó el labio inferior hacia fuera.

—Nada que no hubiéramos adivinado ya. Tienes dinero. Eres de la Academia.

—¿Qué hay en el maletín que indique que soy de la Academia?

—Utensilios de afeitado que llevan la letra A.

—Vaya.

Sonrió, meneando la cabeza. Nunca se había fijado. Alargó el brazo hacia el maletín y Sezee se lo devolvió de mala gana.

—Bien —dijo con una sonrisa—. ¿Tengo razón?

Él alzó la vista.

—¿Respecto a que se trata de Bicho? No.

Al percibir el sonido de su nombre Bicho se rebulló. Tyen reflexionó sobre la suposición de Sezee de que lo tenía allí para cuidar de su dinero. No era mala idea. Cuando tuviera un momento realizaría algunas modificaciones en el insectoide para que pudiera cumplir esa función. Lo más sencillo sería acoplarle un sistema de alarma. Las instrucciones serían similares a las que le había dado para que le avisara cuando Miko se acercaba a su habitación. Aunque también podía instalarle agujas o cuchillas en las patas delanteras para que picara a quien metiera la mano.

—Le he dicho al capitán que le pagarías la mitad ahora y el resto más tarde —le informó Veroo.

Tyen alzó la vista hacia ella y asintió.

—Gracias. Gracias a las dos por vuestra ayuda. —Hizo una pausa—. ¿Qué habéis acordado con él exactamente? ¿Hacia dónde vamos?

—Hacia el sur —respondió Veroo—. El capitán Taga comercia a lo largo de la costa. Parece un hombre más o menos honrado, tanto como puede serlo un capitán mercante independiente.

—¿Y vuestros planes para volver a casa? —preguntó Tyen.

—Bueno... —dijo Sezee en el tono de alguien que estaba a punto de intentar venderle una idea que se le había ocurrido—. Te diriges hacia el Lejano Sur, y puesto que...

El corazón de Tyen dejó de latir unos instantes.

—Un momento. ¿Qué te hace pensar que me dirijo al Lejano Sur?

La sonrisa de Sezee se ensanchó.

—Pero es verdad, ¿no?

—Tal vez.

—Después de todo, es una de las pocas partes del mundo que no se encuentran bajo la influencia del Imperio leraciano.

Tyen negó con un gesto.

—No debería ir allí, si es una opción demasiado obvia.

—Vayas a donde vayas, en cuanto alguien descubra quién eres te entregará a la Academia.

—Si es que alguien lo descubre.

—Cuanto más te alejes de Leracia, más se destacarán tus diferencias respecto a las personas que te rodean. En el Lejano Sur, eso dará igual. No tienen convenios con el Imperio.

—Lo cual no quiere decir que vayan a impedir que la Academia me capture y me lleve de vuelta a Leracia.

—Quizá lo hagan. Y la Academia debería encontrarte primero. Me parece que tendrás más posibilidades de burlar a tus perseguidores allí que en ningún otro lado. Además, ¿no dices que la única manera de llegar al Lejano Sur es por aire?

—Sí.

—Sabes manejar un aerocoche.

—¿Ah, sí?

—¿No es algo que aprenden todos los alumnos de la Academia?

—No.

Sezee se quedó callada unos instantes y arrugó el entrecejo.

—¿Sabes manejarlos?

El muchacho sonrió.

—Sí.

—¿Y podrías construir uno?

Movió la cabeza afirmativamente.

—Entonces ¿nos llevarás contigo? —inquirió ella risueña.

Tyen desplazó la mirada de Sezee a Veroo, quien esbozó una sonrisa, aunque mantenía una expresión severa y decidida.

«Es lógico —pensó él—. Quiere ir en busca de la escuela de magia que mencionó Gowel». La idea de que esa mujer adquiriese todos los conocimientos que la Academia le había negado le producía una extraña satisfacción.

—Será un placer —les dijo.

Sezee entrelazó las manos y pronunció una palabra extraña. Se volvió hacia Veroo y esta repitió la palabra a regañadientes. Tyen supuso que era una exclamación de satisfacción o victoria en su lengua natal. De pronto Veroo volvió la cabeza a un lado con brusquedad.

—Se acerca el capitán —les previno.

En efecto, la escotilla de cubierta se abrió, y Tyen oyó pisadas que se aproximaban. Se puso de pie cuando Taga apareció.

—Bien —dijo este—. Así que ahora debo llamarle Tyen Fundehierro.

—Sí, capitán —respondió Tyen.

—Acompáñeme a mi camarote. —Le hizo una seña y retrocedió unos pasos,

hasta una puerta situada al otro lado del pasillo. La abrió y dejó pasar a Tyen—. ¿Le han hablado las mujeres de nuestro acuerdo?

—Sí.

El capitán entró detrás de Tyen en una habitación pequeña con una mesa y dos sillas a un lado y una cama al otro. Cerró la puerta, dejando fuera a Sezee y Veroo.

—¿Ha matado usted a alguien?

Tyen lo miró, primero con perplejidad y luego un poco ofendido. Supuso que era una pregunta razonable, aunque el capitán no sabría si él respondería la verdad.

—No.

—¿Ha robado algo?

Tyen suspiró.

—Es... complicado. Lo que me acusan de haber robado... Me tendieron una trampa para incriminarme. Pero sí robé un aerocoche para escapar, y dio la casualidad de que había una suma considerable de dinero a bordo.

El capitán lo contempló en silencio durante un rato y al final asintió.

—Cincuenta levíes.

Tyen parpadeó, sorprendido de que no hubiera más preguntas. Abrió el maletín, extrajo varios fajos de dinero y contó la mitad de la cifra que las mujeres habían pactado como soborno.

—Gracias —dijo tendiéndole el dinero.

El capitán lo aceptó.

—No quiero problemas con la Academia —le advirtió—. Usted permanecerá a bordo y se esconderá cada vez que arribemos a puerto.

—Por supuesto.

—No navegaremos más al sur de Carmel.

Tyen asintió.

Unos golpes en la puerta desviaron la atención del capitán Taga.

—Adelante.

Un miembro de la tripulación entró.

—Un aerocoche. Al parecer nos sigue —informó.

El capitán frunció el ceño y se volvió de nuevo hacia Tyen.

—Quédese aquí.

Seguido por el marinero, abandonó la habitación, pasó junto a las mujeres y salió a cubierta.

Tyen miró en torno a sí y vio un pequeño ojo de buey al fondo del camarote. Se acercó con sigilo, pero al otro lado no alcanzó a ver más que nubes, aves y una pequeña parte de la cubierta. El buque alteró ligeramente su rumbo y el vaivén se intensificó, obligando a Tyen a agarrarse para no caer. Al cabo de unos minutos se dio por vencido y se dirigió hacia una silla.

Tal vez tendría que pasar el resto de su vida así, ocultándose y aguardando a que alguien le explicara qué sucedía. Era una pequeña molestia que soportaría de buen

grado siempre que lo salvara de caer en las garras de la Academia. No podía hacer otra cosa que quedarse sentado, en silencio, y confiar en que estaba a salvo.

CUARTA PARTE

Rielle

A su pesar, Rielle apartó las manos manchadas de pintura de Izare de su cintura y se escabulló de su abrazo.

—Ya es suficiente. Vuelve al trabajo.

Él adelantó el labio inferior en un puchero.

—Pero...

—Tú me lo pediste —le recordó ella, retrocediendo hacia las sillas—. Dijiste que te distraía demasiado y que debía ahuyentarte. No quiero tener la culpa de que te retrases en la entrega del espiritual. De que te retrases aún más, quiero decir.

Sonriente, Izare la siguió.

—Pero si lo terminé anoche.

Rielle echó un vistazo al caballete. El dorso de la tabla que él estaba pintando daba a la escalera, por lo que no había tenido oportunidad de ver los progresos que había hecho. Manteniéndose fuera del alcance de Izare, se acercó a la parte delantera.

Era un retablo basado en la leyenda de Sa-Azurl, el Sacerdote Descreído, que había preferido dudar de la existencia de los Ángeles a creer que no habían salvado su aldea de una inundación, si bien había salido de su error y al morir había sido acogido por ellos. Rielle le había propuesto el tema, pues el hombre que lo había encargado, un viejo viudo melancólico que pertenecía a una de las familias más antiguas de la ciudad, era muy autocrítico. La suposición de que una historia de perdón lo conmovería había resultado acertada.

Como en todos los espirituales de Izare, el fondo y el formato eran tradicionales, pero las figuras eran de un realismo tan extraordinario que parecían a punto de parpadear.

El pintor aprovechó su embelesamiento para rodearla con los brazos desde atrás y apoyarle la barbilla en el hombro.

—¿Qué opinas?

—Es precioso, como siempre.

—Como siempre —repitió él. Suspiró—. Y siempre es lo mismo. Me gustaría cambiar tantas cosas... ¿Por qué tiene que haber siempre una historia? ¿Por qué tienen que ser siempre escenas que se desarrollan al aire libre?

—¿Cómo sería el espiritual que te gustaría pintar?

Él emitió un murmullo, que Rielle sintió vibrar en su pecho.

—Como un retrato. Un hombre, o una mujer, que en vez de mirar al espectador como si supiera que la observan estuviera absorta en sus pensamientos. Rezando, tal vez. Quizá a un Ángel. A lo mejor sin darse cuenta de que un Ángel, apenas visible

entre las sombras, la observa.

Rielle se estremeció.

—Deberías intentarlo.

Izare se apartó.

—¿Y arriesgarme a que los sacerdotes encuentren en ello un motivo de indignación? —Se encogió de hombros—. Ya que estamos, mejor me dedico a pintar mujeres desnudas. Así al menos me divertiré además de ganar dinero. —Dirigió la vista a la ventana—. Hablando de ingresos, será mejor que inicie la ronda de visitas a los templos para intentar conseguir más encargos.

A Rielle se le formó un nudo en el estómago, no a causa de la ansiedad, pero sí de algo parecido. Izare la hizo girar para mirarla frente a frente.

—No te preocupes. Ya te he dicho que los clientes cambian de idea muy a menudo. Siempre que he buscado encargos nuevos los he encontrado. Lo que pasa es que hace mucho que no los busco. Eso es todo.

La joven sonrió.

—Tal vez yo también debería intentar conseguir alguno.

—Aún no. —Se acercó a una caja donde guardaba pequeñas muestras cuadradas de escenas espirituales—. Sé que te gustaría vender tu obra, pero la gente se porta de forma extraña con las mujeres artistas. Tal vez les parecería indecente contratarte. Quizá convenga más que me ayudes con los espirituales sin que ellos se enteren, pero antes debes adquirir más destreza con la pintura al óleo.

Rielle contuvo un suspiro. Movi6 la cabeza afirmativamente y se dirigió a la mesa.

—Entonces más vale que siga practicando.

Él hizo una mueca.

—Sí, pero... mejor hoy no. Me queda poca pintura.

Ella dio media vuelta y fue hacia las sillas. Arrellanada junto a la ventana, contempló a Izare mientras este reunía sus cosas. Además de la caja de muestras, cogió papel barato y clari6n. Tras atarse la talega de dinero al cintur6n se acercó a Rielle para besarla.

—No te importa quedarte sola, ¿verdad? —le preguntó, como siempre que se disponía a salir de la casa.

—Claro que no —contestó ella, y lo siguió con la mirada mientras se dirigía hacia la escalera.

Era mentira, y él lo sabía. Si los sacerdotes o su familia se presentaban para llevársela a casa a rastras, Rielle no podría impedirselo. Pero Izare tampoco habría podido.

«Casi me ofende que no lo hayan intentado —pensó—. Supongo que mis padres me han dado finalmente por perdida. Como ningún miembro de las familias importantes quiere casarse conmigo, carezco de valor para ellos».

Se había alojado en la posada durante dos cuatrodías, mientras Izare se ocultaba

en las habitaciones de Greya y Merem. Los sacerdotes lo habían localizado allí pero, aunque lo habían interrogado a fondo, no habían intentado arrancarle el paradero de Rielle. Cuando quedó claro que él no les facilitaría la información lo habían dejado en paz.

Como Izare no podía permitirse pagarle el alojamiento durante más tiempo, Rielle se había mudado a su casa a altas horas de la noche y desde entonces no se había atrevido a salir. Él había acordado con varios vecinos de confianza que la avisarían si avistaban sacerdotes en los alrededores. La joven tendría que alejarse de la zona y regresar en cuanto estos se hubieran marchado.

Tras oír que la puerta de abajo se cerraba miró por la ventana y observó a Izare alejarse con paso decidido por la calle. Parecía alegre y despreocupado. Para ella era fácil tranquilizarse cuando lo veía tan relajado. Además, no quería reventar aún la burbuja de felicidad en la que se encontraba.

No era una burbuja perfecta. Echaba mucho de menos a su tía Narmah y se sentía culpable por haberle ocultado tantas cosas. No podía apartar de sí los remordimientos por haber decepcionado a sus padres, su hermano y su primo, y por haber causado un escándalo que había mancillado el buen nombre de todos ellos. Además, no era tan necia como para creer que la vida con Izare sería fácil.

Estaba resuelta a ayudarlo, consciente de que ahora tenía que proveer de alimento y ropa a dos personas. Desde que se había instalado allí, llevaba mentalmente la cuenta de sus gastos y, durante las clases que Izare se empeñaba en seguir dándole, le insistía en que fijara un precio justo para los diferentes tipos de cuadros. Buscaba maneras de serle útil, como moler pintura y preparar las tablas, aunque él no tenía suficiente trabajo por el momento para que eso supusiera un ahorro de tiempo. Se figuraba que, cuando tuviera ocasión de salir de la casa sin correr peligro, tal vez podría ir a buscar material de pintura y comida. Quizá aprendería a cocinar. Aunque él parecía preferir los platos preparados que vendían en panaderías y casas de bebida, era caro comerlos todos los días. Tal vez algún amigo de Izare podría enseñarle, aunque antes tendría que limpiar el rincón mugriento de la planta baja que pasaba por cocina y esperar que hubiera cazuelas entre las pilas de platos sucios y todo aquel desorden.

Torciendo el gesto se dijo que era más importante pulir sus habilidades, pues ni con la limpieza ni con la cocina ganarían dinero. Ya que no podía pintar, dibujaría. Se levantó, encontró clarión pero no papel, y comprendió que Izare se había llevado todo el que había. Con un suspiro se sentó de nuevo junto a la ventana.

«Bueno, tampoco queda nada por aquí que no haya dibujado ya».

Sintió una punzada de culpabilidad. Había gastado casi todo el papel de Izare sin saberlo. Él le había llevado unas hojas a la posada para que matara las horas que se pasaba allí escondida. Después había hecho varios dibujos de él, los rincones de su casa y la vista de la ventana para ejercitarse. Aunque sabía que el papel bueno era costoso, Izare usaba uno barato y de baja calidad, y no le había avisado que estaba

agotando las reservas. Rielle se había fijado demasiado tarde en que él reutilizaba las hojas varias veces, raspando el clarión, dibujando encima y aprovechando ambos lados.

«¿Será posible elaborar papel en casa? —se preguntó—. ¿Sería más barato que comprarlo?». Tomó la determinación de averiguarlo en cuanto tuviera la libertad de salir de aquellas cuatro paredes.

Un movimiento al otro lado de la ventana captó su atención, y el corazón le dio un vuelco cuando vio a uno de los chicos de Jonare correr hacia la puerta de Izare. Al inclinarse hacia el vidrio reparó en que su madre lo seguía, flanqueada por su hija y dos sobrinas, y con un bebé en una bandolera que llevaba sobre el pecho. La puerta de abajo se abrió y se cerró de golpe.

—¡Zar! —llamó el muchacho mientras subía la escalera a la carrera.

Cuando llegó a la planta superior y se detuvo, escrutando la habitación con la mirada, Rielle sonrió.

—Izare ha salido a buscar nuevos clientes —le informó, tratando de recordar su nombre.

El chico fijó la vista en ella, desconcertado por toparse con una extraña en un lugar conocido. La puerta de la calle se abrió de nuevo.

—¡Perri! —lo riñó Jonare—. ¡Te he dicho que me esperaras!

Perri giró sobre sus talones y bajó la escalera a toda prisa. Rielle se puso de pie y se acercó a la barandilla.

—Hola, Jonare.

La mujer alzó la vista y sonrió.

—Hemos pensado que te vendría bien un poco de compañía.

—Gracias. —Rielle la invitó con un gesto—. Subid.

Dos de las chicas llevaban una cesta entre ambas. Jonare se hizo cargo de ella, dejándolas libres para subir disparadas al estudio de Izare. Rielle crispó el rostro cuando empezaron a corretear de un lado a otro, y se abalanzó hacia el espiritual terminado para evitar que cayese al suelo cuando una de ellas chocó con el caballete. Lo dejó a un lado en lo que esperaba que fuera un lugar seguro.

Jonare se acercó a las sillas y se sentó con una exhalación. Suponiendo que le tocaba a esta cuidar de las gemelas de su hermana, Rielle se sentó en el borde de un taburete, preparada para salvar cualquier otro objeto que ellas pudieran derribar y pensando que, aunque agradecía la compañía, la súbita irrupción de cinco niños era un poco perturbadora después del aislamiento de los últimos cuatrodías.

—Así que ha ido a la caza de encargos —comentó Jonare asintiendo—. Hacía un tiempo que no tenía que hacerlo. Por lo general los clientes se disputan su trabajo.

—¿De veras? —preguntó Rielle.

Tal vez la situación no era tan mala como le habían hecho creer.

Jonare arrugó el entrecejo.

—Sí. Pero la gente se vuelve más austera después de las festividades. Se gasta

mucho dinero en ellas.

—Veo que no elegí un buen momento para mudarme aquí. —Rielle suspiró—. Soy una boca más que alimentar ahora que el trabajo escasea. He estado intentando pensar cómo puedo ayudarlo.

El bebé se había despertado y comenzaba a inquietarse. Jonare se remangó la blusa para amamantarlo. Rielle desvió la mirada hacia los niños y se levantó de golpe para sacarle un tubo de pintura de la boca a una de las chicas. Por fortuna, no se había abierto por los extremos.

—La pintura no se come —la reprendió—. Es veneno, y podrías ponerte muy enferma.

Al volverse reparó en la expresión de extrañeza de Jonare.

—¿Veneno? Izare nunca nos lo había dicho.

Rielle se encogió de hombros.

—A lo mejor no lo sabe. —Le sujetó las manos a la niña, que las había alargado hacia los objetos más vistosos de la mesa de trabajo—. Tal vez sea más seguro que vayamos abajo.

Jonare asintió, se levantó y ordenó a los niños que la siguieran. Bajaron en tropel a la planta inferior. La habitación que había allí era ligeramente más pequeña que el estudio, y los únicos muebles que contenía eran una cama, una silla desvencijada y una estrecha mesa de trabajo junto al hornillo. Aunque Rielle había hecho algunos intentos de adecentar un poco la habitación, solo había conseguido formar montones de cachivaches un poco más ordenados y menos polvorientos. Cuando los niños se pusieron a brincar sobre la cama miró en torno a sí en busca de una silla mejor que ofrecer a la invitada, pero no la encontró. Tal vez allí los chicos estarían más seguros, pero todos los asientos para adultos estaban en la planta de arriba. Pensó en proponer a Izare que bajara algunos.

—Supongo que tendré que sentarme en la cama —dijo al tiempo que le acercaba la silla a Jonare.

Esta se encogió de hombros y se sentó.

—¿Tan peligrosa es la pintura realmente? Un día Mele se embadurnó la cara de pintura azul. Nos hizo gracia y le dijimos que parecía un Ángel.

Rielle torció el gesto.

—Bueno, depende del color. Los rojos y los verdes son los peores. Mi familia sigue unas normas muy estrictas para la manipulación de tintes y pigmentos. No queremos... no quieren que los trabajadores caigan enfermos o mueran.

—Izare siempre tiene pintura en las manos.

—Es difícil pintar sin ensuciarse un poco. Intento convencerlo de que se lave cuando termine, pero la pintura al óleo solo se quita con jabón, y él dice que es más barato secarse las manos con paños.

Jonare movió la cabeza afirmativamente.

—Que pruebe con ceniza, que absorbe el aceite. Luego basta con aclarar.

—¿En serio? —Rielle volvió la vista hacia el hornillo—. ¿Sabes cocinar?

—Claro. Pero solo platos sencillos.

—¿Podrías enseñarme?

La mujer sonrió, divertida.

—No habías tenido que aprender hasta ahora, ¿verdad?

Rielle negó con un gesto.

—Solo lo esencial para ayudar a preparar los banquetes. Creo que sería más barato cocinar que pagar a otros por hacerlo.

Jonare asintió.

—Desde luego que es más barato. Y me imagino que pronto tendrás que saber cómo alimentar a un crío.

Rielle apartó la mirada al ver la sonrisa de Jonare, notando que se le encendía el rostro y el corazón se le encogía.

—No hasta que nos casemos —murmuró.

—¿No? —Jonare soltó una risotada—. ¡Dudo que tengas elección! —Como Rielle no respondió, se inclinó hacia ella y le dio unas palmaditas en la rodilla—. Tranquila. Nunca lo había visto tan enamorado, y es el tipo de hombre que trata bien a las mujeres, pero formalizar el asunto no es barato.

Rielle frunció el ceño.

—No hace falta dinero para casarse.

—Hace falta un sacerdote dispuesto a casarte —señaló Jonare—. Y, por estos barrios, «dispuesto» significa «bien untado».

—¿Qué? ¿En serio? —Rielle sacudió la cabeza—. Me parece increíble que los sacerdotes sean tan corruptos. Sa-Baro...

Seguramente el anciano sacerdote no le pediría dinero, pensó, pero tal vez se negaría a officiar la boda y le aconsejaría que regresara a casa con su familia.

«¿Se negaría también si yo estuviera encinta? Siempre dice que los padres deben hacerse cargo de sus hijos, incluso de los nacidos fuera del matrimonio. Si formáramos una familia, no querría separarnos».

Pero no podía quedarse embarazada, al menos mientras no pusiera remedio a lo que la corruptora le había hecho. Y eso implicaba utilizar la magia.

El sonido de una puerta al abrirse y cerrarse, seguido por unos pasos que subían, atrajo su atención. Se puso de pie y se acercó a toda prisa a la puerta de la habitación. Al asomarse advirtió que Izare casi había llegado a lo alto de la escalera.

—Estamos aquí abajo —le dijo.

—¡Zar! —exclamó una vocecita.

Rielle se vio apartada a empujones cuando cuatro niños salieron en tromba de la habitación y subieron corriendo los escalones. Izare desplegó una gran sonrisa. Perri fue el primero en alcanzarlo y, como recompensa, Izare lo levantó en volandas.

—Cada día pesas más, hombrecito —le dijo antes de bajarlo. Dejó que el muchacho lo tomara de la mano y lo guiara de vuelta a la planta baja. Al llegar junto

a Rielle le plantó un beso antes de entrar en la habitación—. Vaya, vaya. Dos mujeres en mi dormitorio. Eso podría llegar a gustarme.

Jonare soltó un resoplido suave.

—No si conocieras nuestros planes. Voy a enseñar a Rielle a cocinar.

Izare arqueó las cejas y se volvió hacia ella con aire reflexivo.

—Bueno, no tengas prisa por salir a comprar ollas y sartenes —le dijo—. Tardaré un poco más de lo que esperaba en encontrar trabajo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Jonare adoptando de pronto un tono grave y serio que hizo que a Rielle se le cayera el alma a los pies.

—Nada, solo que los sacerdotes de la ciudad me han comunicado lo descontentos que están conmigo —dijo desplazando la vista de Jonare a ella—. Se niegan a dar mi nombre a clientes potenciales, disuaden a la gente de que me encargue cuadros, y cierta familia exige a los responsables de su templo local que borren el mural y pinten uno nuevo.

A Rielle se le escapó un grito ahogado.

—¡No pueden hacer eso! Sería un enorme desperdicio de dinero y se perdería algo hermoso y sagrado. Además, te costó tanto trabajo...

Con una sonrisa, él se le acercó y la abrazó por la cintura.

—No me importa. Ya cobré por ello, y tengo algo aún más hermoso y sagrado aquí mismo.

Rielle no pudo evitar sonreír al oírlo. La burbuja de felicidad la envolvió de nuevo. Hasta que se acordó de que, según Jonare, los sacerdotes pedían dinero por celebrar casamientos. Si su familia podía persuadirlos de que sustituyeran un mural entero del templo, dudaba que aceptaran desposarla con Izare, ni siquiera a cambio de un soborno.

Su única esperanza era que con el tiempo los sacerdotes dejaran de ceder tan fácilmente a los deseos de su familia. El problema era qué harían mientras tanto si Izare no conseguía trabajo.

—No solo pinto espirituales —le recordó Izare, quien sin duda había leído la preocupación en su semblante—. Saldremos adelante.

Ella asintió, y parte de la tensión que la atenazaba se disipó. Al pensar en el retrato que él le había hecho, que evidenciaba su falta de destreza para pintar ropa, sonrió. «Hay una cosa que puedo hacer para ayudarlo, si me deja. Solo tengo que convencerlo de que soy capaz».

Mientras contemplaba las pilas de platos sucios, paños con manchas de pintura y ropa por lavar Rielle se preguntaba por dónde empezar. Separar los objetos que valía la pena conservar de los que había que tirar sería un buen comienzo. Se planteó elegir los primeros en función de si estaban limpios o no, pero se percató de que ninguno lo estaba.

Sin embargo, salir a buscar agua sería demasiado arriesgado. Cuando regresara Izare le pediría a él que lo hiciera. Entonces ella quemaría parte de la basura en la estufa para calentar el agua y aprovecharía la ceniza, tal como le había recomendado Jonare, para lavar los platos.

No se atrevía a empezar, pues temía que al retirar un cacharro la pila entera se viniera abajo. ¿Tan malo sería eso? La mayor parte de los platos estaban agrietados y desportillados de todos modos. El problema era que no podían permitirse unos nuevos.

«Será mejor empezar desde arriba», se dijo. Dio un paso al frente e intentó levantar una camisa vieja que cubría la mitad del desorden. Estaba tan tiesa a causa de la mugre y la pintura al óleo que, cuando consiguió desprenderla, conservaba la forma de algunas de las cosas que tenía debajo. Una de ellas era un plato con rodajas mohosas de melón de sol. Rielle susurró una breve plegaria a los Ángeles. Con razón olía tan mal aquel rincón de la habitación.

Alguien llamó a la puerta principal. Rielle volvió la mirada hacia allí, la posó de nuevo en el melón recubierto de una costra azul y, con un suspiro, dejó la camisa donde estaba. Salió a paso veloz de la habitación, con la esperanza de que la visita, fuera quien fuese, accediera a ir a buscar agua.

Cuando la pesada puerta de la calle se abrió hacia dentro reveló un rostro familiar y bondadoso contraído en una expresión adusta y determinada.

—Ais Lázuli —dijo Sa-Baro—. ¿Puedo pasar para hablar contigo?

Por unos instantes la joven no pudo responder, al principio porque se había quedado petrificada de espanto, después porque tuvo que morderse la lengua para no maldecirse por haber abierto la puerta y finalmente porque no estaba segura de lo que debía hacer. Al sacerdote no le habría costado el menor esfuerzo entrar por la fuerza valiéndose de la magia, pero no lo había hecho. Es más, había pedido permiso para entrar.

Si ella se negaba a hablar con él, ¿se marcharía? Sintió la tentación de probarlo, solo para ver qué ocurría.

Al pensar en Narmah, sus ganas de rebelarse se aplacaron.

—¿Ha venido para llevarme a casa? —preguntó.

Tal vez era cosa de su imaginación, pero le pareció que Sa-Baro suavizaba la expresión por una fracción de segundo. El hombre negó con la cabeza.

—¿Por qué habría de creerle?

—Te lo juro —contestó él con solemnidad—. Te lo juro por los Ángeles.

Rielle abrió la puerta del todo y le indicó con un gesto que entrara en la habitación de la planta baja. En cuanto Sa-Baro cruzó el umbral desplazó los ojos de la cama a los trastos amontonados, sin duda comparándolos en su mente con la exquisita decoración de la sala de visitas de la tintorería. Ella tiró al suelo un montón de ropa sucia que estaba encima de la vieja silla y la señaló con la mano, aunque imaginaba que el sacerdote, con su impecable túnica azul, parecería totalmente fuera de lugar allí sentado. Sa-Baro sacudió la cabeza.

—No me quedaré mucho rato. —Se volvió hacia Rielle—. ¿Te va todo bien?

—Sí —respondió ella—. ¿Mi familia está bien?

Él asintió.

—Preocupada por tu bienestar, claro.

—Claro.

Al pensar en Narmah, y no en su madre, la joven consiguió evitar que su voz rezumara sarcasmo.

Sa-Baro bajó la vista al suelo, con el ceño fruncido, y luego la clavó en Rielle.

—Disculpa mi franqueza, pero ¿has...? ¿Es Izare tu amante?

Ella le sostuvo la mirada, sorprendida por lo fácil que le resultaba, tal vez porque su respuesta habría sido distinta si él hubiera cumplido su promesa.

—Sí —dijo.

Sa-Baro desvió los ojos y negó con la cabeza.

—Muchacha necia...

Una oleada de ira la recorrió.

—Si cometí una necedad, fue usted quien me empujó a ello por traicionar mi confianza.

El sacerdote entornó los párpados.

—¿Cómo osas juzgarme cuando llevas tanto tiempo mintiendo?

Rielle negó con un gesto.

—No le he mentado a nadie.

—¿Ah, no? Pero has ocultado la verdad a tu familia y a mí. ¿Cómo iba a aconsejarte bien si no sabía todo lo que te preocupaba?

Rielle cerró la boca. Sa-Baro tenía razón. ¿Habría compartido con sus padres sus sospechas sobre su relación con Izare si ella le hubiera confesado el cariño que le había cobrado? Tal vez habría intuido que ella optaría por dejar a su familia si la alternativa era perder a Izare.

Seguramente el sacerdote había supuesto que lo que había entre los dos era algo más superficial. No había imaginado que la perspectiva de tener que casarse con uno

de los hijos indeseables de las familias importantes bastaría para impulsarla a huir, pues había dado por sentado que la joven no tendría adónde ir.

O quizá no se le había pasado por la cabeza que Rielle pudiera renunciar al lujo en el que se había criado para vivir con un artista pobre.

Sa-Baro suspiró.

—Tu tía quiere verte. ¿Estás dispuesta a encontrarte con ella?

A Rielle el corazón le dio un vuelco.

—Sí.

—Quiere tender puentes —explicó el sacerdote—, que hagas las paces con tus padres. ¿Estás abierta a esa posibilidad?

—Sí... Con condiciones.

—No me cabe duda de que ella también tendrá algunas. —Movió la cabeza afirmativamente—. Se lo comunicaré.

Se dirigió hacia la puerta. Rielle se apartó para dejarlo pasar y salió de la habitación tras él. Sa-Baro solo se detuvo una vez para mirarla con tristeza antes de marcharse.

Cuando se cerró la puerta Rielle respiró hondo y soltó el aire, deseando que se llevara consigo la rabia y los remordimientos. Se debatía entre la esperanza y el miedo. Sería estupendo ver a Narmah. Siempre y cuando se tratara realmente de una reunión con ella y no de un intento por parte de su familia de llevársela por la fuerza a casa.

De pronto una reflexión surgida de la nada se impuso sobre todas las demás.

«He hablado con un sacerdote sin pensar una sola vez en cómo aprendí magia».

Se estremeció. No había pensado en otra cosa que en la traición de Sa-Baro. La próxima vez quizá no tendría tanta suerte. Le resultaría difícil mirar a un sacerdote a los ojos mientras le venía a la mente lo que había hecho. Esperaba que los muchos años que llevaba ocultando su capacidad de ver la Mancha la ayudaran a guardar su nuevo secreto.

Pero por el momento tenía problemas más urgentes. Dejando a un lado esa preocupación recorrió la habitación de la planta baja con la mirada y, al verla a través de los ojos de Sa-Baro, se sintió avergonzada. A Izare no le molestaba aquel desbarajuste, y no tenía criadas que pusieran orden en la casa. Nada cambiaría allí a menos que ella tomara cartas en el asunto.

Como era evidente que los sacerdotes sabían dónde estaba y que no pensaban llevársela con su familia contra su voluntad, nada le impedía ir a buscar agua por sí misma. Enderezó la espalda, caminó hasta una pared y levantó la jofaina de metal que Izare y ella usaban para asearse y lavar la ropa. Tras depositarla sobre el hornillo cogió el cántaro grande con el que Izare transportaba agua desde la fuente y se dirigió hacia la puerta principal.

En cuanto puso un pie en la plazuela empezó a picarle la piel. Hacía dos cuartodías que no salía al aire libre. Los vecinos sabían que estaba allí. Los había

sorprendido mirando las ventanas de la casa de Izare y los había oído preguntar por ella. Aunque no llevaba la ropa fina que antes solía ponerse —Jonare le había mandado unas faldas y blusas de antes de su primer embarazo—, tenía la sensación de que llamaba mucho la atención. Al llegar a la fuente llenó el cántaro y volvió a entrar a toda prisa.

Cuando regresó a la fuente no le sorprendió encontrar allí a Monya llenando unas botellas de vidrio.

—Hola, Rielle —la saludó la mujer, que había alzado la vista hacia ella con una sonrisa—. ¿Va todo bien? He visto al sacerdote cuando se iba. Ha pasado con un disimulo tan poco común por nuestros puestos de vigilancia que no nos hemos dado cuenta.

Rielle sonrió a su vez.

—Estoy bien, gracias por preguntar. No me ha hecho ningún daño. Solo quería hacerme unas preguntas. ¿Cómo estáis Dinni y tú?

Monya se mostró complacida.

—Vamos tirando. Dinni está esculpiendo de nuevo, gracias a la generosidad de nuestra última cliente. Al enterarse de lo que había pasado, en vez de hacer su donativo anual a la festividad, utilizó el dinero para pagar material de repuesto.

—Parece una cliente simpática.

Monya asintió.

—Los es. Es una gran amante del arte y defensora de las mujeres. Debería presentártela.

—Eso estaría bien. —Quizá aquella cliente no tendría inconveniente en encargarle un cuadro a otra mujer.

—Qué, ¿limpiando un poco?

—Sí, aunque seguramente será algo más que un poco.

—Tam, la vieja tejedora que vive allí... —dijo, e inclinó la cabeza hacia una casa cercana—, le lavaba la ropa a Izare cada cuartodía a cambio de unos pocos copis.

—¿Sigue haciéndolo?

—Cree que tú te encargas de eso ahora, pero si prefieres que la lave ella seguro que estará encantada de hacerlo.

Rielle asintió y tomó nota del cambio de tono que parecía indicar que Monya le estaba dando a entender algo más. Seguramente la anciana necesitaba el dinero. Por desgracia, ella no sabía si Izare podía permitírselo en aquellos momentos.

—Consultaré a Izare —dijo—. Ha salido a intentar conseguir nuevos encargos.

Monya se quedó pensativa.

—Hacía tiempo que no tenía necesidad de hacerlo.

—Eso he oído. —Rielle hizo una mueca y bajó la mirada hacia el cántaro—. Será mejor que ponga manos a la obra.

Se encaminó de regreso a la casa e hizo dos viajes más hasta que la jofaina estuvo llena. Horas después había despejado la mesa de trabajo de la cocina, apilado los

objetos reutilizables y restregado los platos con ceniza y un trapo viejo. Echó la basura que no podía quemar en un foso poco profundo que estaba en un callejón y que todos los vecinos destinaban al mismo uso. Cuando se llenaba se organizaba una colecta para pagar a unos basureros que lo vaciaran.

Estaba vertiendo el agua sucia que quedaba en un cubo para tirarla por el desagüe de fuera cuando la puerta de la calle se abrió y entró Izare, cargado con un objeto rectangular envuelto en tela y con una barra de pan bajo el brazo. Se detuvo unos instantes en el umbral de la habitación de la planta baja, contemplando a Rielle, antes de dejar las cosas que llevaba y dirigirse rápidamente hacia ella.

—Deja que te ayude con eso.

Cogió el cubo y lo llevó afuera.

—¿Ha habido suerte? —le preguntó ella cuando volvió.

Izare sacudió la cabeza.

—Monya me ha contado que has tenido visita.

—Sa-Baro.

Izare abrió mucho los ojos. Dio un paso hacia Rielle y la tomó de las manos.

—¿Qué ha hecho?

—Nada. Solo me ha preguntado si estaba dispuesta a encontrarme con mi tía.

El pintor adoptó una expresión meditabunda.

—¿Y qué le has dicho?

—Que sí.

—Podría ser una trampa. Tal vez ha venido con la intención de pillarte por sorpresa y te ha dicho que tu tía quería verte solo para que te quedaras aquí mientras él iba a informar a tu familia de tu paradero. Podrían estar viniendo en este momento.

Rielle se encogió de hombros.

—Ya han pasado horas. Si ese hubiera sido su propósito, ya habrían venido. No, me consideran mercancía estropeada. Ningún miembro de las familias importantes querrá casarse conmigo ahora. Será mejor para ellos que me mantenga alejada en vez de convertirme en una carga que les recuerde constantemente el escándalo que provoqué.

—¡No! —Se acercó las manos de Rielle a los labios para besarle una después de la otra—. No estás estropeada, ni has sido jamás un objeto que se pueda vender o intercambiar.

Ella inspiró profundamente, se armó de valor y lo miró a la cara.

—¿Quieres tú casarte conmigo?

Izare sonrió.

—¿Que si quiero? ¡Sí! ¿Me lo puedo permitir? Aún no.

Rielle retiró las manos.

—Jonare me ha dicho lo del soborno que cobran los sacerdotes. Si consigo que mis padres aprueben nuestro matrimonio, los clérigos no se atreverán a pedirlo.

—Pero tus padres no lo aprobarán.

—Tal vez sí, si con ello consiguen limpiar un poco la mancha negra en el honor de la familia.

Las comisuras de la boca de Izare se curvaron ligeramente hacia arriba.

—¿De modo que quede gris en vez de negra?

La broma la hizo sonreír.

—También daría mejor imagen que su hija única no viviera en la pobreza.

Izare arrugó el entrecejo.

—No necesito su caridad.

—No quieres su caridad —lo corrigió ella—. Yo tampoco. Pero tampoco quiero que pases hambre por mi culpa. —Bajó la vista hacia el paquete que él había dejado sobre la cama—. ¿Qué has comprado?

Con una mueca, él lo desenvolvió, revelando varios fajos de papel barato, una botella de aceite y algunos frascos de pigmento.

—Debe de haberte salido caro.

—Sí... Pero no te preocupes. Hay un tipo de obra de arte que siempre genera ingresos, aunque no puedo realizarla si no tengo pintura. —Sonrió—. Empezaré mañana. Pero por el momento... me da la impresión de que ya has trabajado bastante por hoy. Tienes las manos enrojecidas. Deja que yo me ocupe de la ropa. —Recogió el montón de prendas sucias que la joven había dejado caer sobre la cama y se dirigió hacia la puerta—. Enseguida vuelvo.

Rielle abrió la boca para protestar, pero la cerró sin decir nada. «La vieja Tam también necesita dinero —se recordó—. Tal vez algún día tengamos que pedirle un favor».

Al despertar Rielle descubrió que había tirado las mantas al suelo y yacía totalmente destapada y desnuda. No le importó mucho. Izare ya la había visto sin ropa muchas veces, y la temperatura en la habitación de la planta baja era lo bastante alta para que se sintiera a gusto. Además, tenía demasiado sueño para molestarse en recoger una manta. Notaba el cansancio en partes de su cuerpo donde no sabía que fuera posible sentirlo hasta que había pasado aquella primera noche con Izare.

Al pensar en ella, y en las numerosas ocasiones posteriores, sonrió.

Entonces le vinieron ganas de despabilarse del todo. Abrió un ojo, miró la mesa de trabajo de la cocina, que estaba limpia y sostenía una pila ordenada de los platos menos desportillados. Aunque saltaba a la vista que a Izare no le molestaba el caos que había antes, parecía contento con lo que ella había hecho. O quizá le gustaba la idea de saborear comida preparada en casa.

Habían dedicado unas horas a recoger la habitación y fregar el suelo. Después Izare le había volcado encima sin querer un cántaro de agua limpia, por lo que Rielle había tenido que quitarse la ropa mojada, lo que a su vez había dado lugar a actividades que los habían mantenido ocupados hasta altas horas de la noche.

¿Estaba él despierto? Rielle intentó escuchar su respiración. En vez de ello oyó unos sonidos de roces y golpes suaves que le resultaron muy familiares. Al darse la vuelta vio que, en efecto, Izare estaba de pie tras su caballete, de cara a ella, pintando.

—No te... —le dijo—. Vuelve a ponerte como...

—¿Qué haces?

Cogió una manta y se envolvió en ella.

—Pinto.

—Ya me había dado cuenta.

Se levantó y, arrebujándose en la manta, se le acercó. Tras rodear el caballete se volvió y posó la mirada en una tabla apenas más grande que sus dos manos unidas. Aunque la cama estaba trazada de forma esquemática, la mujer acostada en ella empezaba a cobrar vida de forma casi mágica, como todas las figuras que él pintaba.

—Ya me lo había advertido Narmah —masculló.

—¿Que te fugarías para vivir conmigo y que me vería obligado a pintar mujeres desnudas para pagar el alquiler? —preguntó Izare arqueando las cejas en un gesto desafiante.

Rielle entrecerró los ojos.

—¿Piensas vender cuadros en los que yo aparezca desnuda?

Él se puso serio.

—Claro que no. Nadie sabrá que eres tú. No se te ve la cara y... —Sonrió—. No hay nadie más que pueda reconocer el resto.

Al examinar la pintura de nuevo Rielle se fijó en que la mujer tenía la cabeza vuelta de modo que no se le distinguía el rostro. Su rostro. Solo se insinuaba el perfil de un pecho. La figura se encontraba prácticamente de espaldas. Lo que significaba que las nalgas estaban plenamente a la vista. Frunció el ceño. «No me gusta». Pero necesitaban el dinero.

—¿Alguien querrá comprar esto? —preguntó.

—Ya lo creo. Aunque se vendería aún más fácilmente si fuera más atrevido.

—Si me mostrara a mí de frente.

—Sí. Podría taparte la cara. O pintar una cara distinta.

La joven se imaginó posando desnuda y la repelió la idea de permanecer tanto rato expuesta.

—¿No puedes pintarme de memoria?

Izare soltó una risita.

—Al contrario de lo que piensas, no he pasado tanto tiempo contemplando cuerpos femeninos desnudos en mi aún corta vida. Y desde luego ninguno tan hermoso como el tuyo.

Ella alzó las cejas.

—Adulador. No creas que he pasado por alto tu confesión de que has pasado algo de tiempo contemplando cuerpos femeninos desnudos.

—Son gajes del oficio. ¿Cómo voy a representar la belleza si nunca la he visto? —Dejó a un lado el pincel y la paleta—. ¿Y cómo puedo verla a diario y resistir el impulso artístico de plasmarla en una pintura? —Alargó la mano con un movimiento serpenteante y, antes de que Rielle pudiera esquivarlo, agarró el borde de la manta. Le dio un tirón para que se escapara de entre sus dedos y separó los brazos, dejando su cuerpo al descubierto—. ¿No crees que sería muy egoísta por mi parte ocultar al mundo esta hermosura?

Ella se tapó los senos.

—Pero ¿y si no quiero que me compartas con otros como si fuera una... una...?

—¿Una ramera? —Sacudió la cabeza—. No. Esto es totalmente distinto. Cuando una cantante canta, ¿eso la degrada? Cuando un cuentacuentos narra sus historias, ¿eso lo humilla? Por más veces que yo te pintara, seguirías inviolada por el pincel. Seguirías siendo tú. —La atrajo hacia sí y cubrió el cuerpo de ambos con la manta—. La Rielle de verdad. —Se inclinó para besarle el cuello—. La de carne y hueso. — Los besos, sorpresas suaves que descendían hacia las sombras proyectadas por la manta, le aceleraron el pulso a la joven—. La que es solo mía.

Rielle se mordió el labio, debatiéndose entre las ganas de discutir y el deseo de no decir una palabra más, y estuvo a punto de hacerse sangre cuando alguien aporreó la puerta de la calle. Izare se quedó inmóvil, luego, soltando una maldición, salió de debajo de la manta.

—El muy mamarracho llega antes de tiempo. Bueno, al menos no ha entrado sin llamar.

Se levantó, y Rielle se apresuró a envolverse de nuevo en la manta.

—¿Quién es?

—Errek. Va a presentarme a unos clientes para los que no quiere trabajar. A algunos les guarda rencor y hay otros de los que no se fía.

Se acercó al caballete y lo colocó detrás de la puerta de la habitación, de modo que quedara oculto cuando esta estuviera abierta.

—Si él no se fía, ¿por qué habrías de fiarte tú?

Izare volvió a su lado.

—Insistiré en que me den un adelanto. Así, aunque no me paguen el resto, al menos tendré algún ingreso. —Le estampó un beso, sonrió y dio media vuelta—. Si me topo con Jonare le diré que estás lista para las clases de cocina.

A Rielle se le escapó una breve carcajada.

—Tendrá que traer las cacerolas. Y los ingredientes.

Él se volvió, sonriente, antes de cerrar la puerta detrás de sí. Rielle oyó el sonido de la puerta principal al abrirse y la voz apagada de Errek. Un portazo resonó en el hueco de la escalera y se impuso el silencio.

Con un suspiro se vistió para ir a buscar agua con que lavarse. Una vez limpia y vestida, se dirigió hacia el caballete y examinó la obra de Izare.

Aunque seguramente no llevaba mucho rato pintándola, había captado su esencia con maestría. La figura desnuda era tan luminosa que el ojo casi pasaba por alto que el resto de la escena apenas estaba esbozada. «Es perfecto tal como está. Ojalá pudiera conservarlo».

Pero necesitaban dinero. Y, para venderlo, el cuadro tenía que estar acabado.

«Bueno, puedo hacer algo al respecto. Dudo que Izare se queje si trabajo en él. No está precisamente ansioso por labrarse una reputación como pintor de obras indecentes».

Levantó el caballete, lo devolvió a su lugar y puso manos a la obra.

Como era un cuadro pequeño y ella solo tenía que terminar el fondo y las telas le bastaría con la pintura que ya estaba preparada. Una extraña mezcla de satisfacción y nerviosismo se apoderó de ella. Aunque no estaba lo bastante familiarizada con el material para manejarlo con seguridad, le resultaba estimulante concentrarse en un nuevo reto y cada logro era como una victoria. Al cabo de unas horas hizo una pausa y decidió que, aunque no estaba quedando enteramente a su gusto, los progresos eran lo bastante notables para que Izare los viera sin enfadarse.

Mientras se limpiaba las manos con un paño sonaron unos golpes suaves pero apremiantes en la puerta principal. Al abrir vio a un muchacho pequeño y mugriento que aguardaba inquieto.

—Vienen unos sacerdotes —le avisó el chico en un susurro audible antes de alejarse a todo correr.

Sa-Baro había dicho que regresaría para indicarle el lugar y la hora en que debía reunirse con Narmah. Se volvió hacia la habitación, complacida porque el sacerdote comprobaría lo limpia que estaba ahora. El caballete le tapaba la vista.

«¡El cuadro!». Se moriría de vergüenza si Sa-Baro lo viera. Se abalanzó hacia él, lo recogió junto con el caballete y las pinturas, y subió la escalera. Dejó el caballete en el suelo, retiró el desnudo y miró alrededor buscando un lugar donde esconderlo. Los montones de cuadros apoyados contra las paredes eran mucho más pequeños que cuando ella se había mudado allí, y el retrato que él le había hecho había desaparecido. Izare le había dicho que lo había trasladado junto con muchos otros a un lugar más seguro. Al recordar que él acostumbraba ocultar pinturas en el marco de otras más grandes, fue rápidamente hacia el montón de cuadros más cercano y comenzó a darles la vuelta hasta que encontró uno con el recubrimiento del dorso rasgado. Manteniendo abierta la hendidura con cuidado de que la pintura fresca no se corriese introdujo el desnudo.

Justo cuando Rielle se enderezaba se oyeron unos golpes fuertes procedentes de abajo. Respiró hondo, hizo de tripas corazón y bajó hasta la puerta. Tal como temía, el recuerdo de la corruptora y la conciencia de lo que había aprendido acudieron a su mente. Abrió la puerta, intentando dominar la vergüenza y el miedo.

Aunque el hombre que entró iba vestido de azul no era Sa-Baro. Rielle tardó un momento en caer en la cuenta de dónde había visto antes esa cara. El sacerdote se llamaba Sa-Elem, y era quien había apresado y castigado al impuro que la había raptado. Otro hombre se abrió paso detrás de él, sin brusquedad pero sin cortesía, y le rozó el pecho a Rielle con el hombro. La joven retrocedió y lo fulminó con la mirada. Sa-Gest, el sacerdote joven que caía tan mal a las chicas del templo, le sonrió con un extraño brillo de satisfacción en los ojos.

El sacerdote de más edad miró a su acompañante con expresión ceñuda, pero no dijo nada. Se volvió hacia ella.

—Ais Lázuli, ¿está Aos Saffre en casa?

—No, Sa-Elem.

Él asintió.

—Entonces ¿es esta tu primera inspección?

¿Inspección? De modo que no estaban allí para transmitirle un mensaje de Sa-Baro.

—No, han registrado la tintorería en varias ocasiones, aunque creo que ya hace muchos años de la última vez.

El clérigo dirigió la vista hacia la habitación.

—Me imagino que tus padres te han mantenido alejada.

—Así es. —Siguió a los dos hombres, que se encaminaron hacia la habitación—. ¿Puedo ayudarles en algo?

El hombre echó un vistazo en derredor e hizo un gesto a Sa-Gest.

—Ve a la planta de arriba.

Rielle se apartó para dejar pasar al joven, precaviéndose contra un nuevo intento de rozarse con ella.

—¿Has visto algo sospechoso por los alrededores? —inquirió Sa-Elem.

A Rielle se le cortó la respiración al comprender a qué se refería.

—¿Otro impuro?

—Sí. —Parecía a punto de sonreír—. Aunque aquí corres más peligro que en la tintorería, es tan probable que él o ella se oculte en esta zona de la ciudad como en cualquier otra parte de los barrios bajos.

—Eso me tranquiliza —comentó Rielle con una risa irónica—. No, no he visto nada sospechoso, aunque no he salido salvo para ir a buscar agua de la fuente y para sacar la basura.

Sa-Elem movió la cabeza afirmativamente.

—Bien. Si ves algo, avísanos. —Se acercó al hueco de la escalera—. ¿Has terminado? —gritó.

Sa-Gest tardó unos instantes en contestar.

—Sí.

Rielle oyó unos pasos que se dirigían hacia la escalera, aparentemente desde algún lugar próximo al montón de cuadros. Se esforzó por respirar despacio y no mostrarse excesivamente preocupada. El sacerdote joven apareció y comenzó a bajar con las manos ocultas en las mangas de su túnica. Sa-Elem apartó la vista y se dirigió hacia la puerta. Sa-Gest aprovechó para mirar a Rielle con una gran sonrisa.

El estómago le dio un vuelco a la joven. Sin reprimir el impulso de arrugar el entrecejo, dio varios pasos hacia atrás para estar lo más lejos posible de él cuando pasara por delante. Sa-Elem abrió la puerta a su acompañante, salió tras él y cerró sin decir una palabra más.

Rielle, con el corazón desbocado, contó hasta cien antes de subir la escalera a toda prisa. Al recorrer la habitación con la mirada, no vio nada que estuviera fuera de lugar. Fue hacia la ventana y oteó la calle. Los sacerdotes se habían ido.

Se acercó rápidamente a las pinturas y encontró el cuadro en el que había escondido el desnudo. Abrió con cuidado la hendidura en la tela y echó una ojeada al interior.

La pintura no estaba allí.

Se sentó en el suelo y se cubrió la boca con las manos. ¿Cómo había sabido él dónde buscar? ¿Qué haría con el cuadro? Seguía allí sentada cuando Izare regresó un rato después. Como Rielle no respondió a su saludo él subió y corrió a su lado. La joven le comunicó la terrible noticia con voz ahogada.

—Tranquila —dijo Izare al tiempo que la estrechaba entre sus brazos—. Nadie imaginará que eres tú.

—Pero él debe de haberlo adivinado.

—¿Y qué? No puede demostrarlo. Si se lo enseña a alguien, la otra persona pensará que lo compró para quedarse con él, cosa que un buen sacerdote no debería

hacer. Como tú pintaste buena parte del cuadro, puedo negar que sea obra mía. Un artista experimentado sabría distinguir tu estilo del mío. —Le frotó los hombros—. Por lo menos no ha roto nada ni se ha llevado algo más valioso.

Ella alzó la vista.

—No creo que pueda volver a posar para ti.

—No hará falta —aseguró Izare con una sonrisa—. Tengo un encargo.

La esperanza le elevó la moral a Rielle como una ráfaga de aire fresco.

—¿De qué se trata?

—De un retrato. —Su sonrisa se ensanchó—. Es la primera vez que alguien me aborda por la calle y me pide uno sin más referencia que mi reputación.

—¿Podrá pagarte?

—Sí.

—¿Quién es?

—Una joven de una de las familias importantes. Más o menos de tu edad.

La esperanza de Rielle se desvaneció y el alma se le cayó a los pies.

—¿Cómo se llama?

—Famire, y vendrá el próximo cuartodía por la tarde para su primera sesión de posado.

El pañuelo que cubría la cabeza a Rielle despedía un ligero olor a perfume barato y sudor de otra persona. Izare se lo había pedido prestado a Greya, ya que Rielle solo tenía el velo que se había puesto el día que había huido de la tintorería, y no era del color adecuado.

El que llevaba ahora era de color rojo oscuro, y de cuantos poseía Famire era el de tono más apagado. Confiaban en que, si alguien estaba observando la casa de Izare cuando Rielle saliera, al ver llegar más tarde a una mujer vestida de forma parecida supondría que se trataba de ella. Sería mejor que la gente no se enterara de que Famire visitaba a Izare, pues de lo contrario imaginaría que estaba pintando otro retrato escandaloso.

Rielle se sentía aliviada en parte por no tener que estar presente. La compañía de Famire siempre le había resultado desagradable, incluso cuando estaba de buen humor; además la chica nunca había expresado más que antipatía hacia Rielle. Le costaba creer que de verdad quisiera un retrato. Era más probable que su intención fuera regodearse con la estrechez en que vivía su antigua compañera.

Para consuelo de Rielle, Izare se había planteado la posibilidad de que Famire no estuviera siendo sincera con él y le había pedido la mitad del precio del cuadro por adelantado. Si Famire estaba realmente interesada en ver por sí misma la lamentable situación de Rielle, tendría que inventarse un pretexto para marcharse una vez que hubiera echado una ojeada a la casa, en vez de quedarse y pagarle la primera sesión.

Resultó que Rielle tenía una buena excusa para ausentarse. Sa-Baro la había visitado la noche anterior para informarle de que su tía la esperaba en una tienda de zumos la tarde siguiente, si aún estaba dispuesta a entrevistarse con ella.

La tienda, que no quedaba lejos de la casa de Izare, formaba parte del mismo grupo de establecimientos que la panadería a la que él solía ir. Rielle se acercó con cautela, intentando permanecer oculta. Alrededor de la plazuela vio los asientos y las mesas habituales. Divisó a su tía; estaba sentada en un banco adosado a la pared de la tienda de zumos. Las entrañas se le retorcieron por el sentimiento de culpa, pero se le pasó enseguida, en cuanto reparó en que la mujer no estaba sola.

«Mamá. Sa-Baro no me previno de que ella también estaría aquí».

Tal vez su madre había descubierto el plan de Narmah de reunirse con Rielle y había insistido en acompañarla. O quizá tramaba alguna otra cosa. Como Izare le había sugerido, Rielle se alejó a hurtadillas y se aproximó a la tienda desde otra dirección, mirando alrededor por si había trabajadores de la tintorería. Escudriñó los escaparates de los comercios próximos, pero no descubrió a nadie conocido.

Notando un hormigueo en la piel, inspiró profundamente, se armó de valor y salió a la plazuela. La expresión ceñuda de Narmah desapareció cuando la vio acercarse. Se levantó como impulsada por un resorte y se dirigió a su encuentro con los brazos abiertos.

—¡Ah, sobrinita mía! ¿Estás bien? —La tomó de las manos y la miró de arriba abajo—. Te veo distinta.

—Es por el velo —dijo Rielle—. No es mío. ¿Cómo estás, tía? Narmah torció el gesto.

—Preocupada por ti. —Se inclinó hacia Rielle y añadió en voz baja—: Todos estamos preocupados por ti. Incluso tu madre, aunque no le gusta demostrarlo.

Rielle dirigió la vista por encima del hombro de Narmah hacia su madre, que estaba sentada muy erguida y las observaba con cara de desaprobación. Solo sintió una ligera punzada de culpa ante la mirada acusadora que la mujer le lanzó. «Soy una hija pésima —pensó—. Debería estar más compungida por los problemas que he causado, pero no lo estoy». La tintorería de los Lázuli era la mejor de la ciudad y siempre produciría ganancias, pero al aspirar a casarla con el hijo de una familia importante de Fogo su madre había apuntado demasiado alto en su opinión.

—Ven, siéntate —ordenó Narmah, y guio a Rielle de la mano hasta una silla colocada frente al banco.

—Madre —saludó Rielle, solo por cortesía.

La mujer clavó los ojos en ella y luego los apartó.

—Así que no era solo por las clases...

Rielle frunció el entrecejo, hasta que se acordó de la excusa que había alegado cuando le habían reprochado sus visitas a Izare.

—Era sobre todo por las clases —replicó—. Ahora me doy cuenta de que ya estaba enamorada de Izare, pero no tenía intenciones de... de fugarme.

Su madre la miró de nuevo.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

—Porque la alternativa era peor.

—¿Quién te lo dijo? ¿Tus compañeras del templo? —Su madre sacudió la cabeza—. Otra razón por la que no debí enviarte allí. Te han metido ideas absurdas en la cabeza, sin duda para evitar que te fijaras en algún hombre en el que ellas estuvieran interesadas.

—No fueron solo las chicas del templo —repuso Rielle—. Cada vez que asistía a una fiesta o una reunión, me quedaba más claro que no encajaba en ese ambiente. Y Sa-Baro opinaba lo mismo.

—Sa-Baro jamás...

—Da igual —interrumpió Narmah en un tono severo y resuelto que Rielle nunca había oído en ella—. Lo hecho hecho está. Lo importante es qué haremos ahora. —La madre de Rielle cerró la boca y asintió. Narmah se volvió hacia su sobrina—. Tomaste una decisión valiente, pero no implica que tengas que romper los lazos con

tu familia. Si tus padres te eximieran de la obligación de casarte, ¿volverías a casa?

—Tal vez. ¿Y si quisiera casarme con Izare?

Mientras su madre negaba con la cabeza, Narmah juntó las cejas.

—Sin duda eres consciente de que vivirías en la pobreza. ¿Qué sería de vuestros hijos? ¿De dónde sacaríais el dinero para alimentarlos y vestirlos?

—Nos las arreglaríamos. Puede que él no sea rico, pero tampoco es tan pobre como imagináis. Es un hombre saludable, inteligente y trabajador. —Se encogió de hombros—. Como la mayoría de las personas de esta ciudad que crean y venden cosas. Además, aunque estuviera dispuesta a dejarlo, ¿creéis que algún hombre de las familias importantes querría tomarme como esposa?

—Lo dudo —respondió su madre con expresión adusta.

—Entonces no pierdo nada casándome con Izare.

Narmah encorvó la espalda, pero asintió.

—Bueno, si estás decidida..., tal vez pueda convencer a tus padres. ¿Te instalarás en casa hasta el día de la boda? Si Izare te quiere tanto como tú a él, seguro que estará dispuesto a esperarte.

—¿Qué sentido tendría? —farfulló su madre—. Eso no salvará su honor. —Miró a Rielle con los párpados entornados—. ¿Ya estás embarazada?

La joven le lanzó una mirada airada, y el sonrojo cedió el paso a la rabia, seguida de una vaga sensación de espanto cuando recordó a la corruptora.

—No.

—Es demasiado pronto para saberlo con certeza —murmuró Narmah mientras miraba alrededor para asegurarse de que nadie las oía hablar. Luego se inclinó hacia su hermana—. ¿Y qué si lo estuviera? ¿Querrías que el niño creciera sin apellido y sin padre?

La madre de Rielle ensombreció el semblante, pero sacudió la cabeza. Narmah devolvió la atención a su sobrina.

—¿Considerarás la posibilidad de volver a casa?

La joven bajó la vista hacia sus manos resacas y enrojecidas de limpiar. No le importaba trabajar, pero no ganaba dinero con ello. Había muy pocas maneras en que podía ayudar a Izare y demasiadas en las que resultaba una carga para él. Había descartado hacía tiempo su vieja fantasía de presentarlo a la familia para que se ganara su afecto y ellos le ofrecieran empleo en la tintorería. Tal vez debía recuperarla.

—Lo pensaré.

Una sonrisa luminosa se dibujó en los labios de Narmah, pero se desvaneció cuando la madre se puso de pie con brusquedad.

—En fin, esto no nos ha llevado a ningún sitio —comentó y, dirigiendo una última mirada de desaprobación a Rielle, echó a andar.

—Espera, aún no hemos pagado y... —Narmah suspiró y negó con la cabeza—. Está enfadada, pero ya se le pasará. A diferencia de tu padre, puede compaginar el

enfado con un sentido práctico.

Rielle experimentó un arranque de afecto hacia su tía al ver reflejada la determinación en su rostro.

—Gracias, Narmah.

Su tía sonrió de nuevo.

—Será mejor que me vaya. Cuídate.

Tras hacer una breve caricia en la mejilla a su sobrina, se alejó a toda prisa para pagar a la propietaria de la tienda y seguir a su hermana.

La entrevista había durado menos de lo que Rielle esperaba. Se preguntó qué hacer a continuación. Izare no quería que regresara antes de que Famire se hubiera ido. Si dos mujeres con un pañuelo rojo llegaban a su casa, resultaría evidente que una de ellas no era Rielle. Decidió sentarse otra vez, pedir una taza de zumo y meditar la propuesta de Narmah.

¿Sus padres la dejarían casarse con Izare si volvía a casa durante un tiempo? ¿Y si cambiaban de opinión sobre él después de su regreso?

«Sería más difícil para ellos echarse atrás si yo estuviera encinta». Alumbrar un hijo fuera del matrimonio estaba mucho peor visto que simplemente tener un amante. Era absurdo, porque lo primero solía derivarse de lo segundo. La ley no obligaba al padre a mantener a sus hijos ilegítimos, lo que con frecuencia resultaba tan duro para los niños como para la madre. Pensó en Jonare y su hermana, que se turnaban para cuidar una los hijos de la otra a fin de que ambas pudieran trabajar. ¿Cómo habrían salido adelante sin esa ayuda mutua?

Tomó un sorbo de zumo. Era tan empalagoso que se arrepintió de haberlo pedido, pero hizo un esfuerzo por beberse de todos modos. «En caso de que me mudara de vuelta a la tintorería, sería mejor que ya estuviera embarazada. Si permaneciera en casa de Izare, él acabaría preguntándose por qué no me he quedado en estado». Tanto en un caso como en el otro, tendría que enmendar lo que la corruptora le había hecho. Lo que significaba usar la magia.

—Que los Ángeles me perdonen —susurró.

La última vez que había utilizado magia, de hecho la única, estaba tan dolorida, conmocionada y aterrada que había seguido las instrucciones de la corruptora sin rechistar. Lo que estaba planteándose ahora era algo deliberado.

Sin embargo, lo haría para reparar el daño causado por aquella mujer, devolver las cosas a su estado natural, deshacer el mal.

¿Estarían de acuerdo con ella los Ángeles? La alternativa era quedarse estéril toda la vida. Aunque la idea de alumbrar un hijo tan pronto la asustaba un poco, prefería tenerlo ya que no tenerlo nunca.

Los Ángeles no serían tan crueles de negarle eso, ¿o sí? Sin duda comprenderían que había intentado ayudar a los sacerdotes a encontrar a la corruptora y había pagado un precio muy alto por fracasar, ¿no?

«Pero entonces también se percatarían de que no he revelado a los sacerdotes lo

que descubrí, de que no estoy dispuesta a sacrificarme para librar a la ciudad del mal».

De pronto sintió náuseas y no fue capaz de terminarse la bebida. Se levantó, pagó a la dueña de la tienda y comenzó a caminar. Como todavía faltaba un buen rato para que pudiera volver a casa vagó por las calles de la ciudad. No estaba acostumbrada a disponer de tiempo libre. Aunque se había criado en una familia acomodada, siempre tenía que estudiar, pintar o ayudar en el taller. Llegó a la conclusión de que no le gustaba estar ociosa. Su mente inactiva comenzaba a rumiar preocupaciones. Eran horas desperdiciadas que habría podido aprovechar para ganar dinero.

Cuando dobló una esquina alzó la vista y se quedó de piedra al reconocer la calle. Un hombre apoyado en la pared rasgaba las cuerdas de un baamn. Cerca de allí, la brisa hacía ondear unos pañuelos sujetos en la fachada de una tienda. No había encaminado sus pasos hacia la plaza a propósito. De hecho, estaba acercándose desde una dirección diferente, por lo que no era consciente de adónde se dirigía. Y eso significaba que...

Se le heló la sangre. Se volvió lentamente hacia la derecha.

El callejón en el que ella había subido al carromato de la corruptora estaba vacío.

Aliviada, pero con el corazón latiéndole con fuerza, Rielle desanduvo el camino y enfiló la primera calle transversal que encontró. Una vez que puso distancia entre ella y el escenario de su impurificación, empezó a respirar con más tranquilidad.

«Claro que la mujer no está allí. Seguro que cambia de lugar constantemente por si alguno de sus clientes informa a los sacerdotes, o por si alguien acude a ella para traicionarla, como hice yo».

Sacudió la cabeza. Aquella era otra razón por la que su intento de localizar a la corruptora había sido un estúpido error. La mujer le había dicho que un impuro no debía regresar a un lugar donde se hubiera generado Mancha. La magia debía utilizarse en sitios desagradables para que la gente no los explorara muy a fondo o no se quedara mucho tiempo en ellos; sitios oscuros, porque para aquellos capaces de ver la Mancha esta era negra, aunque también podían percibirla de otras maneras; sitios donde la presencia del impuro no causara extrañeza.

El único sitio oscuro y desagradable al que Rielle podía ir sin que a nadie le pareciera raro era el foso de basura del callejón lateral próximo a la plaza. Apestaba tanto que los vecinos llegaban y se iban lo más rápidamente posible. Quienes pasaban más tiempo allí eran los basureros, que paleaban los residuos en una carreta para llevárselos de la ciudad. Si Rielle usaba la magia allí justo después de que se marcharan, la Mancha se disiparía antes de que regresaran.

Sin embargo, el callejón estaba muy cerca de su casa, así que tendría que volver cada vez que sacara la basura. Si la Mancha era detectada, las sospechas recaerían sobre los artesanos de la zona, lo que reforzaría los prejuicios contra ellos.

Pero ella ya formaba parte de esa comunidad. Si se iba a otra parte y alguien descubría que había empleado la magia, la imagen de todos los artesanos resultaría

perjudicada en cualquier caso. Para encontrar un lugar apartado de su hogar tendría que deambular por zonas de la ciudad donde nadie la conocía y donde, por tanto, llamaría la atención. Más valía que se quedara donde su presencia y sus movimientos resultaban tan familiares que pasaban inadvertidos.

Sus pies la llevaban hacia la casa de Izare. Al fijarse en el ángulo del sol que bañaba los edificios, calculó que, si andaba despacio, no llegaría demasiado temprano. Cuando se acercaba a las calles que conducían a la plazuela vislumbró a uno de los niños del barrio. Este accedió de buen grado a llevar un mensaje a Izare y regresar con otro. El recado consistía en una sola palabra: «¿Ahora?».

El chico volvió corriendo y, jadeando, le dio la respuesta: «¡Sí!». Tras aceptar la moneda que Rielle le ofrecía, desplegó una sonrisa y se alejó a paso veloz. Aliviada, la joven se dirigió hacia casa, preguntándose como tantas veces durante la tarde si la espera realmente había sido necesaria. Suponía que Famire, tras tomar nota de unos cuantos detalles sobre la nueva vida de Rielle para describírselos a las otras chicas del templo, habría dicho que no quería el retrato después de todo.

En cuanto abrió la puerta de la calle percibió un olor a aceite lo bastante intenso para convencerse de que Izare había estado trabajando... o al menos preparando pintura. Un vistazo a la planta baja bastó para revelar que el pintor no estaba allí, así que empezó a subir la escalera.

Cuando llegó al estudio vio a Izare de pie frente a un nuevo cuadro. Este se volvió hacia ella, pero Rielle no se fijó en su expresión porque la imagen que él tenía delante captó y acaparó toda su atención.

Famire la miraba con los labios fruncidos en una sonrisa maliciosa. No llevaba velo y, aunque la ropa apenas estaba esbozada, la cantidad de piel expuesta de su cuello y un hombro evidenciaba que tenía una parte de la blusa desabrochada. Izare aguardó en silencio mientras Rielle contemplaba el retrato.

—Horrible, ¿no crees? —dijo al fin.

Rielle consiguió despegar los ojos del cuadro y posarlos en él. Tenía una sonrisa pesarosa, pero no de inseguridad. «Parece avergonzado. Supongo que debería agradecerle que no intente disimularlo».

—Así que se ha quedado —fue lo único que se le ocurrió decir. Una obviedad.

Izare asintió.

—Y me ha pagado la mitad por adelantado.

Rielle dirigió la vista de nuevo hacia el retrato, pero descubrió que no soportaba seguir mirándolo. Apartó los ojos, intentando no imaginar cómo había llegado Famire a tener ese aspecto y por qué parecía tan satisfecha de sí misma.

«Eso no quiere decir que haya pasado algo. No es más que una pintura. Además, necesitamos el dinero».

Pero ese pensamiento no la hizo sentir mejor. ¿Y si una de las condiciones de Famire era que él hiciera algo más que pintarla? ¿Y si esa era la verdadera razón por la que él había sugerido a Rielle que pasara la tarde fuera?

—¿Qué tal ha ido la reunión? —preguntó Izare.

Ella se encogió de hombros.

—Bastante bien. Voy... voy a buscar algo de beber.

Izare no dijo una palabra mientras Rielle bajaba de nuevo. Cuando entró en la habitación oyó que él se movía. El cántaro que ella había llenado en la fuente esa mañana estaba vacío. Lo recogió, se volvió hacia la puerta y se quedó paralizada al ver el cubo de la basura medio lleno.

«Si yo estuviera embarazada, él no se atrevería a tocar a otra mujer por miedo a que me fuera a vivir con mis padres y le impidiera conocer a su hijo».

La idea le dejó un mal sabor de boca. ¿Acaso ella no era más que eso, una especie de vasija en la que traer niños al mundo? ¿Todo su valor residía en la capacidad de concebir? Durante una temporada había sido una heroína por haber ayudado a los sacerdotes a capturar al último impuro, pero eso había durado poco. Había sido fuente de inspiración y pasión para Izare, pero ahora no era más que otra boca que alimentar. Había soñado con pintar junto a él, pero nadie le encargaría jamás un cuadro. Nadie sabía que se le daba bien, y a nadie le importaba.

«Oh, deja de compadecerte. Viniste aquí porque quisiste. A Izare debió de costarle mucho esfuerzo adquirir destreza y reputación, y es evidente que para conseguirlo ha tenido que realizar tareas que no le interesaban. Yo tendré que hacerlo también, aunque esas tareas sean las de criar hijos».

Además, si todo salía bien, contaría con el apoyo de su familia. Al pensar en ello casi se le escapó una sonrisa. Narmah estaría encantada de cuidar a los pequeños mientras Rielle trabajaba.

«Pero eso nunca ocurrirá si no arreglo las cosas».

Irguió la espalda, dejó el cántaro en el suelo, recogió el cubo y salió de la casa.

Conforme se acercaba al callejón del foso de basura crecía el miedo en su interior. Se aferró a su determinación. Le alegró comprobar que no había nadie allí y que habían vaciado el foso hacía solo un par de días. La mayoría de la gente arrojaba la basura en la parte delantera para no tener que adentrarse en la callejuela, por lo que acababa formándose un montón de residuos que se esparcían hasta la calle. Arrugando la nariz al percibir el olor, Rielle tiró el contenido del cubo en la parte de atrás del agujero.

Miró alrededor. No había donde sentarse. No era un sitio tan oscuro como ella creía, y empezó a dudar que fuera tan difícil percibir la Mancha allí. Por otro lado, seguramente los ojos se le habían adaptado a la penumbra, mientras que alguien que llegara de la calle estaría deslumbrado por el sol.

—Que los Ángeles me perdonen —susurró—. Solo quiero enderezar la situación.

Se dirigió hacia el fondo del callejón y, esperando que nadie entrara en ese momento, cerró los ojos e hizo memoria sobre lo que la corruptora le había explicado. Había pasado algunas noches en vela, preocupada de que se le olvidaran las instrucciones y repasando una y otra vez en su mente lo que se suponía que no

debía saber.

«Cuando ves la Mancha no la percibes con los ojos —le había asegurado la mujer—, sino con la mente. Lo que percibes es la nada, una ausencia. La magia que ya no está. Y eso ¿qué significa?».

Significaba que, salvo donde había Mancha, la magia estaba por todas partes. En torno a ella. En su interior. No le había hecho falta más que un ligero cambio de perspectiva para captar ese algo en lugar de la nada. Incluso el recuerdo de aquella revelación bastó para que Rielle percibiera la magia que la rodeaba en ese instante. Era como tomar conciencia del sol, pero no a través de la piel, sino de la mente.

No tenía más que proyectar sus sentidos para absorberla.

La magia distribuida regularmente en el espacio se convirtió en energía condensada y sujeta a su voluntad. Se percató de que estaba temblando, pero no por la energía que acumulaba, sino por el pánico.

«Acaba con esto antes de que venga alguien y se pregunte qué estás haciendo», se dijo.

«Tu organismo sabrá lo que necesita —le había dicho la corruptora—. Aliméntalo y sanará por sí mismo».

Centró la conciencia en su cuerpo, encauzó la magia hacia su vientre y la liberó. Un intenso picor le invadió el abdomen y sintió ganas de rascarse muy por debajo de la piel. Al cabo de unas cuantas respiraciones, esta sensación desapareció.

Después... nada. Se sentía igual que antes. Si algo había cambiado era tan sutil que no lo notaba.

—¿Rielle?

Sobresaltada, abrió los ojos de golpe. En la entrada del callejón un joven la miraba.

—Hace un rato que te has ido. ¿Estás molesta? —preguntó.

Izare. Percibir la preocupación en su voz la reconfortó. Acto seguido experimentó un alivio traicionero. Él debía de creer que ella había ido allí a desahogar la rabia o a llorar por el retrato de Famire. «Bueno, si eso es lo que cree no va muy desencaminado», pensó.

—No —respondió, aun sabiendo que Izare se daría cuenta de que era mentira y la malinterpretaría. Rodeó el foso para reunirse con él y se percató de que llevaba el cántaro—. Solo estaba pensando.

Izare la abrazó.

—No te preocupes por Famire. Es fea y mezquina. Se ha pasado todo el rato criticando a otras personas. He tenido que imaginar cómo debe de ser su boca cuando no la tiene toda torcida.

—Aunque iba medio desnuda —le recordó Rielle, resistiendo la tentación de volver la mirada hacia el callejón para ver si había dejado rastros de Mancha.

Él la guio hacia la fuente.

—Medio desnuda, no. Solo con un poco de piel al descubierto. Ha sido idea suya.

Supongo que se imagina que tu retrato es así.

—¿Se lo has enseñado?

—No.

—¿Por qué?

Izare sonrió. Llegaron junto a la fuente y sumergió el cántaro.

—Porque ahora lo rodea un halo de misterio aún mayor. Al parecer, que renunciaras a todo para estar conmigo es un gesto muy romántico, así que hacerse un retrato en secreto es la nueva moda.

—¿En secreto? —Rielle frunció el ceño—. Dijiste que Famire tenía permiso de sus padres.

Izare soltó una risita.

—Lo dudo.

La tomó de la mano y la atrajo hacia la puerta de su casa.

—¿Y si se enteran y te denuncian? La gente dejó de encargarte espirituales porque irritaste a mis padres, pero ellos no son tan poderosos como la familia de Famire. Podrían conseguir que te expulsen de la ciudad.

Izare abrió la puerta y los dos pasaron al fresco interior.

—Los artistas siempre corremos riesgos. Pintar espirituales con un estilo distinto suponía un riesgo enorme, tal vez más grande que el de hacer un retrato privado que podría ayudar a una joven a atraer la atención del hombre con quien quiere casarse. Además, he de decir que este riesgo está mucho mejor pagado.

Se llevó la mano al cinto, debajo de la saya. Desató el cordón de su talega y la depositó en las manos de Rielle. Pesaba bastante y estaba a punto de reventar por las costuras. Cuando la joven la abrió el corazón le dio un vuelco. Las monedas de oro y plata emitían destellos suaves.

Si esa era la mitad del precio de la pintura, tal vez el riesgo valía la pena. «Otro riesgo que vale la pena», añadió en su fuero interno, pensando en la sanación que había llevado a cabo.

—Entonces tendrás que dejar que me quede cuando las pintes —dijo—. Necesitarás a alguien que convenza a los padres de que a sus hijas no les ocurrió nada escandaloso en esta casa cuando descubran que han estado viniendo.

Izare le dedicó una sonrisa.

—A Famire no le gustará, pero tendrá que aguantarse. En cuanto a ti... ¿podrás soportar su presencia?

Rielle suspiró.

—Prefiero soportarla que acabar desterrada por culpa de una tonta chiquilla rica.

Izare contempló el techo con el entrecejo fruncido. Rielle aguardó a que dijera algo, pero permaneció así, tumbado en la cama, con la cabeza apoyada en las manos y los ojos fijos en el cielo raso. Intentando mantener la vista apartada de su pecho atezado y esbelto, la posó en su rostro, decidida a no distraerse o echarse atrás. Izare había tenido varios días para considerar la propuesta de Narmah. Se había mostrado complacido por el deseo de su familia de establecer relaciones cordiales.

A Rielle le había parecido sensato por su parte que accediera a reflexionar un tiempo sobre el asunto, pero si ella no le daba pronto una respuesta a sus parientes, tal vez estos supondrían que había rechazado la oferta. Ahora, a medida que transcurrían los días sin que Izare se pronunciara, sentía que se le contraían las entrañas a causa de la incertidumbre y el miedo. De repente, como si hubieran alcanzado su límite, se expandieron con una furia ardiente.

—Dijiste que querías casarte —le recordó.

Izare se dio la vuelta de cara a ella.

—Y es verdad —le aseguró con dulzura—. Pero no quiero que te mudes. Me gusta tenerte aquí.

El corazón le dio un brinco en el pecho a Rielle, que desvió la mirada enseguida, pues no quería que él creyera que podía ganársela con unas pocas palabras, por muy maravillosas que fueran.

—Y a mí me gusta estar aquí, pero también me gustaría reconciliarme con mi familia. No estaríamos separados mucho tiempo. Seguramente mis padres querrán que nos casemos pronto. Cuanto antes se celebre la boda, antes quedará restaurada la respetabilidad de la familia... o, mejor dicho, remendada. Lo último que quieren es que su hija tenga un hijo fuera del matrimonio. —Lo miró—. Y a la hija tampoco la haría muy feliz.

Él sonrió, alargó el brazo y le posó la mano en el vientre.

—Según dicen, los sacerdotes rebajan el soborno cuando la novia está encinta.

Rielle se volvió, bajó las piernas de la cama y balanceó el cuerpo hasta incorporarse.

—Me da la impresión de que, decidamos lo que decidamos, no pasaremos mucho tiempo juntos tú y yo —se lamentó—. Es una pena que el dinero que Famire te dio no alcanzara para pagar tanto el alquiler como el soborno.

—Una de dos, o nos casamos y vivimos en la calle, o seguimos amancebados pero con una casa donde dormir y trabajar —dijo Izare—. Así es la vida de los artistas.

Rielle negó con la cabeza.

—Todavía me cuesta creer que los sacerdotes sean tan corruptos.

Se levantó con un suspiro y se acercó a las ventanas para echar un vistazo entre las lamas de los postigos cerrados. Por el ángulo de las sombras del exterior, supuso que era media mañana.

—Es más tarde de lo que creía. Será mejor que me lave y me vaya. Jonare me dijo que fuera antes de mediodía.

—Yo también he de irme. Tengo que reunirme con Errek en casa de Dorr.

Izare se desperezó de modo que los músculos se le deslizaron bajo la piel de formas en exceso interesantes, se quitó de encima la manta y se puso de pie en un solo movimiento ágil. Ella apartó la vista, pues aún no se había acostumbrado a la actitud pausada con que él se vestía por la mañana.

—¿Qué planes tenéis?

Izare se encogió de hombros y comenzó a ponerse la camisa del día anterior.

—Seguramente nos sentaremos a charlar. Jonare y tú podríais traernos luego el resultado de vuestra clase de cocina.

Rielle puso los ojos en blanco y le pasó el cántaro vacío cuando él terminó de atarse el cordón de los pantalones.

—Supongo que podríamos, si es mínimamente comestible.

El pintor cogió el cántaro y desplegó una sonrisa.

—No me cabe duda de que será un festín digno de los Ángeles.

Una vez que regresó con agua para la jofaina, ambos se asearon, se vistieron y salieron juntos. Al pasar junto al callejón del foso de basura Rielle resistió la tentación de escrutar las sombras para comprobar si la Mancha que sin duda había dejado era visible. Estaba segura de que percibía algo siniestro procedente de allí, pero lo atribuyó a una imaginación sobreexcitada por el nerviosismo.

«Ya está hecho —se dijo—. Con un poco de suerte, habrá funcionado y no tendré que volver a pensar en la magia y la Mancha nunca más».

Unas calles más adelante de la plazuela de los artesanos se separaron, después de que Izare aprovechara que no había nadie en la calleja estrecha que habían tomado para plantarle un beso breve pero firme. Sonriendo y recreándose con la sensación que sus labios le habían dejado, Rielle se encaminó hacia la casa de Jonare.

Sus pensamientos derivaron de inmediato hacia la conversación que habían mantenido esa mañana. Le había encantado oírlo decir que no quería que dejaran de vivir juntos. Ella tampoco quería, pero Izare tenía que comprender que a la larga convenía que se llevaran bien con su familia. Sería beneficioso para él, y no solo desde el punto de vista económico.

Empezó a pensar en cómo podría convencerlo, pero la mente se le quedó en blanco y se le heló la sangre cuando un hombre vestido con una túnica gris que le resultaba conocido salió de un portal para cerrarle el paso.

—Ais Lázuli —le dijo fijando la vista, como de costumbre, entre su mentón y su

cintura.

—Sa-Gest —respondió ella. Sintió un asomo de aprensión cuando acudieron a su mente pensamientos sobre magia, pero consiguió ahuyentarlos—. ¿Qué le trae por esta zona de la ciudad?

—Bueno... —dijo él y, tras una pausa, prosiguió—. Estaba... estaba buscándote.

—¿A mí?

La inquietud de Rielle se intensificó. ¿Había descubierto su secreto? ¿Había encontrado la Mancha? Pero si no había vuelto a la plazuela desde... Se le encogió el estómago cuando la asaltó el desagradable recuerdo de su visita. «Desde que robó el cuadro. El desnudo».

—Eres... eres muy hermosa, Rielle —dijo Sa-Gest al tiempo que se acercaba a la joven y alargaba la mano hacia ella.

—Gracias —contestó, muy tensa, y se inclinó hacia atrás para evitar el contacto de sus dedos, pero él los bajó y la agarró del brazo.

—No te vayas —murmuró y la atrajo hacia sí—. Puedo ayudarte, Rielle. Solo tendría que hablar con un par de contactos para facilitarte mucho la vida, si tú accedieras a hacer algo por mí.

La mirada de Sa-Gest se deslizó hacia arriba y se detuvo en su boca. Movi6 de nuevo los dedos hacia la joven, quien se apartó con un estremecimiento.

—¿Qué hace? —preguntó en voz alta, en un tono que estaba a medio camino entre el desconcierto y la indignación.

Él se detuvo para echar un vistazo alrededor, pero no la soltó. La calle angosta seguía desierta. «No por mucho rato —se dijo ella—. Si consigo ganar tiempo o zafarme...».

Aunque Sa-Gest era delgado, su mano la aferraba con fuerza. Si forcejeaba con él no lograría soltarse, pero seguramente sí lo conseguiría si lo golpeaba. ¡Pero no debía pegar a un sacerdote!

—No era más que una sugerencia. —Sa-Gest posó de nuevo los ojos en su boca y la agarró de la barbilla—. Solo te hacía una oferta. Puedes rechazarla, por supuesto, pero yo en tu lugar no lo haría. También podría complicaros la existencia, si quisiera.

Se agachó hacia Rielle, y esta cayó en la cuenta de que pretendía besarla. Poseída por la repulsión, liberó el brazo de un tirón. El clérigo perdió el equilibrio y dio un traspie hacia delante. La joven esquivó sus brazos extendidos, se echó hacia atrás y arrancó a correr.

No oyó pasos a su espalda, solo una risotada forzada.

—Te daré tiempo para que te lo pienses —le gritó Sa-Gest.

Después de doblar varias esquinas y atravesar varias calles Rielle salió a una vía más ancha. Con el pulso acelerado, más por el miedo que por el esfuerzo, se detuvo y miró hacia atrás. No percibió sonidos de persecución. No era de extrañar: el espectáculo de un sacerdote corriendo habría resultado tan insólito como alarmante. Sin duda comenzarían a circular rumores si la gente viera a un clérigo perseguir a una

joven. Además, le costaba imaginarlo tomándose tantas molestias.

«No, supone que sus amenazas me arrojarán a sus brazos».

Se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo reaccionaría Sa-Gest si no acudía a él? ¿Cuántos problemas más les ocasionaría a ella y a Izare? Respiró hondo y exhaló despacio. Tramara lo que tramara el sacerdote, tendrían que soportarlo. La idea de dejar que la besara, la tocara... o algo peor era impensable.

Presa de un escalofrío, prosiguió su camino. El corazón aún le latía a toda prisa cuando llegó a casa de Jonare. Los gritos de los niños brotaron del interior en cuanto la puerta se abrió. Jonare estaba ojerosa, pero sonrió.

—Adelante. Me he pasado media noche cuidando de Perri. ¿Cómo te va?

—Bien.

Jonare frunció el ceño.

—No lo parece. —Agitó la mano para animarla a entrar—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nos... Me... Sa-Gest me ha abordado cuando venía hacia aquí y... —Se interrumpió y sacudió la cabeza, no muy segura de si quería que alguien se enterase de aquel encuentro. No había pasado nada y quizá ese tipo de cosas sucedían continuamente. Después de todo, hasta hacía poco, ella ignoraba lo de las inspecciones y los sobornos—. Seguramente no es nada. ¿Está enfermo Perri?

Jonare la guio hasta su pequeña cocina.

—Oh, se pondrá bien. La fiebre ha remitido esta mañana y, como puedes ver, vuelve a ser el mismo de siempre. —Se volvió hacia Rielle y arrugó el entrecejo—. Pero está claro que a ti te pasa algo. —Señaló una silla y se sentó en un taburete—. Cuéntame.

Suspirando, Rielle tomó asiento.

—No sé si es algo malo o normal. Sa-Gest ha intentado... besarme y ha amenazado con hacernos la vida imposible si... si yo no accedía a hacer «algo» por él.

Se sonrojó y esperó no tener que concretar más.

—Ah —dijo Jonare y apartó la vista cuando su sobrina se acercó para pedirle algo. Tras responderle en voz baja, se volvió de nuevo hacia Rielle—. Si es el sacerdote del que me han hablado, tiene fama de acosar a las mujeres, sobre todo a las prostitutas. Cree que esa túnica que lleva le da derecho a conseguir lo que le dé la gana sin pagar. —Torció la boca en una sonrisa sombría—. Esta vez está apuntando más alto. Bastante más alto. Pero supongo que da por sentado que tu familia no querrá o no podrá hacer nada al respecto, o que aquí nadie te creerá o que querrás ahorrarte más problemas.

—¿Qué puedo hacer?

Jonare se encogió de hombros.

—Vete a casa. O haz lo que te pide.

La ira y la indignación la invadieron al oír el descarnado consejo de Jonare, pero consiguió dominarlas. Su amiga solo estaba siendo sincera, y eso era preferible a que

intentara consolarla con vaguedades.

—Seguro que hay alguna otra solución.

Jonare sacudió la cabeza.

—Los sacerdotes son los que mandan en esta ciudad. Tal vez creías que eran las familias, pero sin el apoyo de los sacerdotes, no serían nadie. —Se quedó pensativa—. Es posible que el clérigo esté haciendo esto para ayudar a tu familia y que su objetivo sea asustarte para que dejes a Izare. Tal vez han llegado a la conclusión de que solo lo abandonarás por su propio bien.

El corazón de Rielle dio un brinco.

—O sea, ¿que se trata de un farol?

—Quizá. ¿Podrías arriesgarte a que no lo fuera?

—Si lo es, me parecería una jugada extraña. Me reuní con mi madre y mi tía hace poco. Me dijeron que si volvía a casa, a lo mejor me darían su consentimiento para casarme con Izare. ¿Por qué habrían de decir algo así si su intención es asustarme para que lo deje?

—¿Qué opina Izare?

—No quiere que me vaya, ni siquiera por una temporada.

—¿Y tú?

—Si existe una manera de que estemos a bien con mi familia, sería lo mejor para todos. En especial a largo plazo. —Dio unos golpecitos en el asiento de la silla—. Tal vez debería contar a mis padres que los sacerdotes intentan meterme miedo para que vuelva a casa, a ver qué dicen.

Jonare frunció los labios mientras reflexionaba.

—Eso también es arriesgado. Si el sacerdote actúa por motivos puramente egoístas cumplirá su amenaza, y si tus padres no consideran a un clérigo capaz de algo semejante pensarán mal de ti por inventarte una cosa así.

—Dudo mucho que ellos me crean. Podría contárselo a Sa-Baro. —Rielle se dio cuenta de que no era buena idea incluso mientras hablaba—. No, es igual de improbable que se fíe de mí.

—Bueno, decidas lo que decidas, hay una cosa que no debes hacer —declaró Jonare.

—¿Cuál?

—Decírselo a Izare. —La mujer clavó en ella una mirada que entrañaba una advertencia—. Haría alguna tontería que lo metería en un lío con los sacerdotes, lo que empeoraría las cosas para él, para ti y también para tu familia.

«¿Que no se lo diga a Izare?!». ¿Cómo iba a ocultarle algo así? Además, tanto si ella regresaba a la casa de sus padres como si plantaba cara a Sa-Gest y se atenía a las consecuencias, Izare tendría que conocer la razón. Rielle miró fijamente a Jonare, pero aunque abrió la boca para protestar no salieron palabras de ella porque comprendió que, si se inclinaba por la tercera opción —por inconcebible que le pareciera—, decírselo a Izare quedaría totalmente descartado.

«No hará falta llegar a ese extremo», se dijo. Se levantó y miró la mesa de trabajo de la cocina, sobre la que había un despliegue de hortalizas, cereales y otros alimentos.

—Bueno, ¿qué vas a enseñarme a cocinar?

Un dolor que le era familiar arrancó a Rielle del sueño. Suspiró. A veces pensaba que los Ángeles debían de tener un sentido del humor cruel para atormentar a las mujeres con una incomodidad y una debilidad periódicas. Su tía siempre argumentaba que era su manera de indicar a una mujer que no estaba embarazada.

No estaba embarazada.

Ese pensamiento la despabiló del todo. Abrió los ojos y contempló el techo. Dentro de pocos días se reuniría con Narmah y sus padres. Izare la acompañaría. Había albergado la esperanza de convencerlos de que debía casarse con él lo antes posible. La noticia de que estaba encinta garantizaría la aprobación de todos.

Hizo una mueca. Aún era posible que accedieran. Tal vez querer estar con el hombre al que amaba, mantener buenas relaciones con su familia y salvar parte de su integridad sin tener un hijo tan pronto no era pedir demasiado.

«Pero ¿podré tener uno algún día?». La pregunta la atemorizaba. Si al menos le fuera posible explorarse por dentro para saber si los conductos que la corruptora había seccionado se habían regenerado... La mujer le había asegurado que eso sucedería de forma espontánea.

«A menos que... A menos que supiera que yo no sería capaz de hacerlo, lo que me obligaría a acudir a ella y pagarle por arreglarme».

Se estremeció. Buscar de nuevo a la corruptora no era una opción. Ya había puesto demasiadas cosas en juego la primera vez. Si la única manera de quedarse encinta era pedir ayuda a esa mujer, tal vez tendría que aceptar que la esterilidad era su castigo por haber usado la magia.

«Pero Izare...».

Él quería tener hijos. Muchos. ¿Cómo iba a negárselos? Se le encogió el corazón. ¿Por qué debía sufrir él las consecuencias de un error que ella había cometido?

«No te dejes llevar por el pánico aún —se dijo—. Esto podría ser normal. No todas las mujeres conciben en el primer ciclo».

Al pensar en aquel día recordó que la corruptora había hecho algo, permitió a la propia Rielle ver el cambio que había realizado. Si conseguía acordarse de cómo lo había hecho al menos sabría si la sanación había funcionado. Para ello no había sido necesaria la magia.

Cerró los ojos y posó las manos en la parte inferior de su vientre. Respiró más lentamente y se concentró en esa zona. Una oleada de esperanza la recorrió cuando descubrió que podía percibir... ¿Qué era lo que percibía? Cosas palpitantes, movedizas y retorcidas que no comprendía. Una confusión de elementos que

formaban parte de ella mezclados con otros que no. El dolor la distraía, reclamando su atención. Al concentrarse en él consiguió mitigarlo. Entonces la invadió una sensación mucho más familiar.

Instantes después se había levantado e intentaba contener el flujo con su provisión de paños limpios. Comprobó con alivio que Izare seguía dormido. No estaba acostumbrada a tener hombres cerca cuando lidiaba con eso, así que prefería que él estuviera ausente cuando se ocupaba de ello. Miró la cama y masculló una maldición al ver la sábana teñida de rojo. Entonces su cuerpo entero se quedó helado.

Por encima de la mancha flotaba una perturbación.

Mancha. Seguramente había utilizado magia al explorar su interior. Para lo que le había servido... Estaba paralizada. «Los lugares frecuentados por ti y otras personas son los peores para emplear la magia», le había dicho la corruptora. Por otro lado, no era más que una voluta minúscula. No tardaría en disiparse. Pero ¿qué debía hacer mientras tanto? Estaba totalmente a la vista, demasiado alta por encima de la cama para tapanla con las mantas.

Unos fuertes golpes en la puerta de la calle casi ocasionaron que el corazón se le saliera del pecho. Izare despertó sobresaltado. Miró alrededor, clavó los ojos en ella, pestañeando, y los desplazó hacia la puerta de la habitación de la planta baja. Masculló una maldición.

—Famire. Llega temprano. O se nos han pegado las sábanas.

Rielle consiguió recuperar el habla.

—Seguramente las dos cosas. Será mejor que te vistas y vayas a abrir.

Izare se volvió hacia la cama y Rielle se quedó sobrecogida al ver que se fijaba en la mancha roja, aunque solo torció el gesto con empatía y procedió a ponerse los pantalones del día anterior.

—Deja que la vieja Tam se encargue de eso. Iré a buscar agua y diré a Famire que suba.

Tras coger el cántaro salió de la habitación con el torso desnudo. Rielle crispó el rostro cuando oyó la voz de una joven; si bien se tranquilizó al reconocer a Famire, sabía que esta se escandalizaría o acaso disfrutaría más de la cuenta cuando viera el pecho descubierto de Izare.

Mientras contemplaba la Mancha y el rastro de sangre que había bajo ella tuvo un destello de inspiración. Si era día de colada, podría solucionar ambas cosas. Tras juntar todas las prendas que estaban por lavar las amontonó sobre la cama. Aún percibía la Mancha si la buscaba con sus sentidos, pero de no haber sabido que estaba allí no habría reparado en ella. Confiaba en que se hubiera desvanecido al cabo de unas horas, cuando le llevara la ropa a Tam.

Izare regresó con el cántaro, se puso una camisa y subió la escalera. Rielle se tomó su tiempo para asearse y vestirse, y después preparó un desayuno sencillo con pan, salazones y rodajas de melón. Aunque los dos estaban en ayunas, habría sido una grosería comer delante de una visita sin ofrecerle un plato. Mordisqueaba los

extremos del pan y del melón mientras trabajaba. Cuando terminó había recobrado la calma casi por completo. Solo se reavivaba su nerviosismo si posaba la vista en la pila de ropa sucia, así que intentó no mirarla.

Utilizando como bandeja un cuadro inacabado y desechado tiempo atrás, llevó la comida a la planta de arriba. Famire ya estaba en posición, con la ropa calculadamente desarreglada. Sus ojos se clavaron en Rielle.

—Pero si es la mujer del momento. Ais Lázuli. La comidilla del templo.

—Ais Famire —respondió Rielle—. ¿Cómo te va? ¿Cómo están las chicas?

Famire se encogió de hombros, de manera que la blusa se le bajó aún más. Izare emitió un leve bufido de irritación, y la muchacha se la subió de nuevo.

—Como siempre. Les diste algo emocionante de lo que hablar durante un tiempo. Oh, ¿eso es para mí? ¡Me muero de hambre! —exclamó, al ver la comida.

Con un suspiro Izare bajó el pincel, pero cuando volvió la vista hacia Rielle su expresión era de agradecimiento. Hizo un gesto en dirección a las sillas.

—Me temo que nos pillas sin haber desayunado —dijo—, pero puedes acompañarnos si quieres.

Famire se puso bien la blusa, pero no se ajustó los lazos. Mientras Rielle e Izare se sentaban se dejó caer en una silla.

—Esto de posar es más duro de lo que parece —comentó. Se inclinó hacia delante, sin esperar una respuesta, cogió un trozo de pan del plato y comenzó a apilar salazones encima—. Yo sí había desayunado, pero vuelvo a tener hambre.

Cuando terminó quedaba la mitad de la comida. Izare invitó a Rielle con un gesto de la cabeza a servirse a continuación.

—No tengo tanto apetito —mintió, diciéndose que ella había comido un poco durante la preparación y en cambio Izare no había probado bocado.

Este empezó a picotear aquí y allá, pero Famire despachó enseguida su primera ración y se sirvió una segunda, sin dejarle prácticamente nada. Un desayuno para dos personas había sido engullido por una sola que habría debido tener la cortesía de compartir, aunque no fuera consciente de que sus anfitriones se veían obligados a estirar el poco dinero con que contaban hasta recibir el siguiente encargo.

¿O quizá sí lo era? Famire apenas se había mostrado simpática o amable desde que Rielle había entrado en la habitación. Siempre la había tratado con animosidad y desdén, y Rielle no notaba el menor cambio en su actitud.

«Creía que me había librado de todo eso, y aquí está ella, otra vez en mi vida». Ese pensamiento la llenó de rabia.

—Sí que tienes hambre —observó—. Tu desayuno debe de haber sido muy frugal.

Famire hizo un gesto de indiferencia.

—Oh, no puedo comer mucho por la mañana.

—¿Tienes el estómago delicado?

—No, estoy acostumbrada a comer tanto o tan poco como me apetezca a

cualquier hora del día. —Famire extendió las manos a los costados—. Supongo que es porque me criaron así. Me cuesta imaginar lo que se siente al adaptarse a un estilo de vida diferente, como has hecho tú.

Rielle asintió con falsa comprensión.

—Ya, supongo que tu imaginación no da para tanto.

Izare se dio una palmada en un muslo.

—Creo que es hora de volver al trabajo.

—¡Oh, sí! —convino Famire—. Podré concentrarme mucho mejor ahora que no me distrae el hambre.

Rielle sonrió.

—Quedarse sentado sin moverse es una habilidad que no posee todo el mundo. Hay modelos buenos y modelos malos, según me ha explicado Izare. Con los buenos se consiguen mejores retratos, naturalmente.

Famire volvió la vista hacia Izare y esbozó una sonrisa.

—Izzy es tan estricto... No le gusta nada cuando me muevo. Lo que pasa... —Hizo una pausa para dedicarle una caída de pestañas—. Lo que pasa es que me cuesta quedarme quieta cuando alguien no me quita los ojos de encima.

—¿Porque te sientes cohibida?

—No, en realidad me gusta bastante.

—En ese caso tendremos que asegurarnos de que no disfrutes demasiado. Para que el retrato quede bien, por supuesto. —Rielle acercó una silla y se sentó—. Estoy segura de que tu padre no querría pagar por un retrato malo.

Famire echó la cabeza hacia atrás.

—Oh, papá no lo verá. Me dio el dinero para que me comprara un regalo, pero le da igual lo que compre mientras no tenga que llevarme de tiendas ni oírme hablar de ello.

«Así que tengo razón». Miró a Izare. Este le devolvió la mirada y sacudió la cabeza.

—Opino lo mismo que tu padre —dijo—, pero solo porque no puedo concentrarme si vosotras dos habláis. Lo siento, pero debo poner fin a vuestro reencuentro. Además —añadió vuelto hacia Rielle—, necesito que mi querida compañera me traiga una cosa.

Rielle abrió la boca para objetar, pero la cerró de nuevo. «Supongo que me lo merecía. No está precisamente en situación de pedir a Famire que se vaya».

—¿Algo de abajo? —preguntó.

Izare negó con la cabeza, dejó el pincel y caminó hacia ella.

—Necesito que compres comida y un poco de icuo, para Errek y los demás, que vienen esta noche. —Sacó unas monedas de su talega—. Y cómprate alguna chuchería —susurró—. Sé que mentías al decir que no tenías hambre.

Rielle asintió, aunque se le había helado la sangre. Él quería que saliera de la casa. Sola. Había evitado andar por la ciudad sin compañía desde que Sa-Gest la

había abordado. Una vez había avistado al sacerdote acechándolos desde las sombras de un callejón. En otra ocasión, cuando Izare y ella almorzaban fuera con sus amigos, Sa-Gest había pasado junto a ellos con aire despreocupado y la había mirado a los ojos unos instantes antes de que ella desviara la vista.

Mientras Izare la guiaba hacia la escalera cogió papel y clarión por el camino y se los puso en las manos junto con el dinero.

—Hace tiempo que no te veo dibujar —murmuró acercando la cabeza a la suya—. No permitas que yo sea el culpable de que lo dejes.

En ese momento Rielle sintió por Izare un amor más intenso que nunca. Cuando él la besó apretó los labios contra los suyos con firmeza antes de retroceder un paso. Aferrándose a esa sensación bajó y entró en el dormitorio. Mantuvo la vista apartada del montón de ropa sucia sobre la cama, guardó las monedas en su talega y se la ató por debajo de la blusa. Después de cerrar bien la puerta de la habitación se dirigió hacia la plaza.

Empezó a flaquearle el valor. De pie entre las sombras del portal paseó la mirada alrededor, buscando una figura delgada y cubierta con una túnica gris. Aunque no la encontró, el miedo siguió atenazándola mientras obligaba a sus piernas a alejarla de la seguridad de su hogar.

Cuando Sa-Baro la había visitado para concertar una segunda reunión esa vez con sus padres, Rielle había pensado en hablarle de Sa-Gest, pero Izare se encontraba allí, y la joven se había acordado de la advertencia de Jonare de que quizá cometería alguna locura. Además, no estaba segura de que fuera una buena idea contárselo a Sa-Baro. O a su familia. De todos modos, cuando volviera a vivir con ellos, Sa-Gest no se atrevería a seguir acosándola.

Por otro lado, en cuanto estuviera casada con Izare, volvería a ser vulnerable. Sa-Gest podría complicarles la existencia otra vez.

«Que los Ángeles me amparen», pensó, solo por costumbre, pues seguramente ellos la abandonarían a su suerte en cuanto echaran un vistazo a su alma impura.

Tantas preocupaciones ocupaban su mente y consumían mucha energía. Más valía no pensar en nada. Se concentró en caminar por la ciudad lo más rápidamente posible, cerciorándose de que no hubiera ningún sacerdote de túnica gris cada vez que enfilaba una calle más pequeña y menos transitada. Encontró varios sitios donde matar el tiempo hasta que Famire se marchara, pero centrar su atención en dibujar sería demasiado arriesgado porque Sa-Gest podría acercarse sin que ella se diera cuenta. Al final compró comida e icuo para la velada de esa noche, pero nada más, pues notaba demasiada agitación en su interior para ingerir algo, y se encaminó de regreso a casa.

Cuando llegó frente a la puerta de Izare un mareo repentino la obligó a colocarse la compra bajo el brazo y apoyarse en el marco. Aunque se le despejó la cabeza, aún le faltaban las fuerzas. Y tenía náuseas.

«Si no fuera imposible, diría que estoy embarazada», reflexionó. Ese pensamiento

hizo que los labios se le torcieran en una sonrisa amarga. ¿Le parecería igual de atractiva a Sa-Gest si estuviera toda hinchada por el embarazo?

¿Y qué le parecería a Izare? «No, él me ama». Sonrió al recordar sus palabras: «No permitas que yo sea el culpable de que lo dejes». No quería que ella renunciara a esa parte de su personalidad, la pintura, pero ¿a qué no estaría dispuesta a renunciar por él?

«¿Me entregaría a Sa-Gest?».

¿Yacería él con Famire para conservar el encargo que tan desesperadamente necesitaban?

«Pensar así no me está haciendo ningún bien», se dijo antes de abrir la puerta.

Había tres hombres de pie en el hueco de la escalera. Rielle se puso rígida de espanto cuando reconoció al hombre con el que llevaba todo el día temiendo encontrarse. Entonces vio a Izare y el miedo remitió un poco.

Y de pronto, al fijarse en el tercer hombre, se apoderó de ella una gran debilidad.

Sa-Elem. Eso solo podía significar una cosa: una inspección. Habían registrado la casa durante su ausencia.

¿Se habría desvanecido ya la Mancha? La puerta del dormitorio estaba abierta. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no echar una ojeada a la cama a través de ella. Al mirar de nuevo a los tres hombres se percató de que Izare había adoptado la expresión de tolerancia forzada que solía asumir durante las inspecciones. Sa-Elem la observó con frialdad. Sa-Gest le dedicó una sonrisa burlona.

—Ah... —titubeó Rielle—. Disculpen la interrupción, Sa-Elem, Sa-Gest. ¿Acaban... acaban de llegar, o están a punto de marcharse?

Dio un paso hacia ellos y entregó parte de la compra a Izare, que le sonrió.

«Buena señal —pensó—. No me habría sonreído si los sacerdotes hubieran descubierto...».

—Acabamos de llegar, Ais Lázuli —le respondió Sa-Elem. Se volvió hacia la puerta del dormitorio, y el corazón de Rielle dejó de latir unos instantes—. Me informan de que se ha detectado actividad sospechosa en esta zona.

—¿Actividad? —preguntó ella.

—El uso de magia —explicó Sa-Elem—. Se ha encontrado Mancha cerca del foso de basura, así que estamos registrando las casas de los alrededores.

Rielle perdió el equilibrio un instante y se sujetó en el marco de la puerta que tenía detrás.

—¿Estamos en peligro?

«Ángeles, por favor, que la Mancha haya desaparecido. Haré lo que sea. Aceptaré mi infertilidad...».

Los sacerdotes entraron en la habitación, seguidos por Izare. Rielle, que no quería quedarse sola con Sa-Gest, entró tras ellos. El sacerdote más joven aguardó en el hueco de la escalera, seguramente esperando que le ordenaran que inspeccionara las estancias de arriba.

Como en ocasiones anteriores Sa-Elem recorrió el dormitorio con la vista rápidamente. Alzó los ojos para examinar el techo y la bajó al suelo. Entonces se quedó inmóvil. Volvió la cabeza despacio, dirigiendo su atención hacia la cama. De repente comenzó a moverse. A Rielle se le secó la boca al ver que se acercaba a la cama y tiraba el montón de ropa al suelo con un barrido del brazo.

La Mancha seguía allí, una gota pequeña que flotaba sobre la sangre reseca. Sa-Elem levantó la mirada de la sábana y la clavó en Rielle. «No es una mirada acusadora —observó ella—. Sino de confirmación».

Sintió otro vahído. Unas manos la sujetaron por los brazos.

«Oh, qué humillante —pensó—. Voy a desmayarme».

Pero no se desmayó. Izare y Sa-Gest la acompañaron hasta la vieja silla. La joven estuvo a punto de soltar una carcajada por lo irónico que resultaba que el sacerdote ayudara a Izare a cuidarla. Entonces el clérigo le posó una mano en el hombro con firmeza, y ella comprendió que también lo había hecho para impedir que huyera. Izare, tras lanzar una mirada fugaz a Sa-Gest, se puso en cuclillas junto a Rielle.

—¿Has comido algo? —le preguntó.

Rielle no fue capaz de mirarlo a los ojos. Como no podía hablar, negó con la cabeza.

—Pues come algo ahora.

Izare se irguió y se acercó a la cama, donde ella había dejado caer lo que había comprado.

—Creo que eso puede esperar un poco —aseveró Sa-Elem sin mala intención y fijó los ojos en Rielle.

Con un gran esfuerzo, la chica consiguió alzar la vista hacia él.

—Puedes verla, ¿no? —inquirió Sa-Elem.

Rielle frunció el entrecejo, aparentando perplejidad o preocupación, mientras su mente funcionaba a toda prisa. ¿Y si lo negaba? Podía aducir que había estado a punto de perder el conocimiento porque apenas había probado bocado en todo el día, y no porque hubiera visto la Mancha o supiera que su delito sería descubierto. Pero cuando el sacerdote le dijera lo que había allí, ¿cómo explicarlo? Si ni ella ni Izare la habían producido, ¿quién más habría podido hacerlo? Tal vez habría resultado más fácil desviar las sospechas hacia otra persona si la Mancha hubiera estado en el estudio de la planta superior y no encima de la cama.

¿O tal vez no? Famire había estado en ese cuarto. El retrato de arriba parecería un indicio de que algo inmoral había sucedido allí durante la ausencia de Rielle.

Pero si insinuaba algo así, a Izare lo ofendería su desconfianza, y si Famire no había entrado en la habitación de abajo en ningún momento, él sabría que la chica no podía ser la causante.

—¿Qué ve usted? —preguntó Izare a Sa-Elem.

El sacerdote se volvió hacia él.

—Mancha. —Se agachó y trazó el contorno de la sombra con los dedos—. Aquí.

Izare se quedó mirando, con los ojos desorbitados de espanto.

—Allí. Tan cerca de... —Clavó la vista en Rielle con la frente tensa y surcada de arrugas—. Tú puedes verla —afirmó al tiempo que se acercaba a la joven para acuclillarse frente a ella de nuevo—. Te lo noto en la cara, Rielle. No es ningún crimen. —Le acarició la mejilla y deslizó los dedos por la curva de su mandíbula—. He conocido a otras personas que la veían. Te entiendo. Cuando te has pasado toda la vida disimulando es muy difícil romper con el hábito. No sé cómo ha llegado ahí, pero...

—No estaba esta mañana —afirmó Sa-Gest— cuando he efectuado el primer rastreo.

Izare parpadeó con lo que parecía un gesto de dolor. Se le ensombreció la mirada al comprender lo que había ocurrido, y en ese momento a Rielle le quedó claro que nadie había entrado en el dormitorio después de que ella se marchara. Izare sabía que nadie más que ella había podido producir la Mancha. El horror asomó al semblante del pintor, y Rielle tuvo la certeza de que jamás aceptaría lo que ella había hecho. Se aferró a sus brazos, como si así pudiera evitar que la verdad lo apartara de su lado, pero, en vez de alejarse, él le sujetó las muñecas con fuerza.

—¿Qué... qué has hecho? —preguntó en un tono cargado de angustia—. ¿Has... has...?

—El deseo de poner fin a un embarazo es una de las razones más habituales por las que las mujeres intentan aprender magia —declaró Sa-Gest con una voz rebotante de compasión fingida.

—¡No! —protestó Rielle. No podía soportar que Izare creyera una cosa así—. No había embarazo. Yo quiero quedarme embarazada. Ni siquiera he usado la magia a propósito.

—¿Intentabas recuperar la fertilidad? —quiso saber Sa-Elem.

—No, solo averiguar si el mal que ella había ocasionado se había reparado. —Levantó los ojos hacia el clérigo—. Me hizo daño para que yo tuviera que sanarme a mí misma. Fue una trampa.

Izare la soltó y se enderezó tambaleándose hacia atrás, pero Rielle apenas reparó en ello, pues le había venido un recuerdo a la memoria. «¡Me engañaron!», había alegado su raptor. Aun así, lo habían exhibido por toda la ciudad y lo habían enviado a ese lugar desconocido donde acababan los impuros. Vio que el semblante de Sa-Elem se relajaba al adoptar una expresión de tristeza y conmiseración. «Sabe que la corruptora hace estas cosas. Lo sabe».

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó el clérigo.

Rielle desvió la vista.

—Quería decírselo, pero no sabía cómo evitar... —Suspiró—. El resultado habría sido el mismo.

Sa-Elem no replicó. Se apartó de la cama y se situó frente a ella. Con él delante y Sa-Gest detrás, se sintió rodeada, enjaulada entre túnicas sacerdotales. El potencial

mágico de los clérigos, por más que estuviera bendecido por los Ángeles, ya no la maravillaba ni la reconfortaba.

—Ais Rielle Lázuli —dijo Sa-Gest—, tendrás que acompañarnos al templo.

QUINTA PARTE

Tyen

Tyen escrutó la negrura acodado sobre la borda. Nubes oscuras ocultaban las estrellas y las luces de la costa estaban muy por detrás del horizonte. Solo la cresta espumosa de alguna que otra ola interrumpía el horizonte azabache que se extendía más allá del brillo de las lámparas del buque.

—Qué noche tan tranquila y bonita para una fiesta —comentó una voz por lo bajo.

Tyen se volvió y sonrió a Sezee, que se colocó junto a él frente a la borda.

—Así es.

—En realidad no es el cumpleaños de Veroo, claro —dijo ella.

Tyen arrugó el entrecejo, extrañado por la mentira.

—No me mires así —dijo Sezee toda vez que se llevaba la copa a los labios para tomar un sorbo. En sus ojos negros había un destello de picardía—. Su cumpleaños de verdad cayó cuando nos encontrábamos en Leracia y no estábamos de humor para celebraciones. Así tendremos algo que hacer a bordo, y es mucho más agradable festejar ocasiones como esta con amigos.

—El capitán Taga ha compartido una botella de su mejor vino con nosotros —le recordó él.

La joven se encogió de hombros.

—Nadie lo ha obligado a hacerlo, teníamos una que habíamos adquirido en el puerto. Además, dudo que fuera el mejor de su bodega.

Tyen apartó la vista con un suspiro. Hacía semanas que no ponía un pie en tierra. Aunque las mujeres no tenían el menor inconveniente en comprarle cosas cada vez que el barco atracaba y habían enviado por correo una carta que él había escrito a su padre, envidiaba su libertad. Por otro lado, no se atrevía a gastar en exceso por temor a que sus fondos se agotaran demasiado pronto.

Sezee y Veroo, que sin duda habían adivinado la causa de su tacañería, le hacían regalos constantemente. Él había abandonado la costumbre de leer ficción tras ingresar en la Academia, pues tenía que estudiar mucho, pero el aburrimiento lo había impulsado a dar una oportunidad a las novelas que ellas habían comprado y que suponían que serían más de su gusto. Criticaban cada libro a fondo, y cada vez que el buque atracaba en un puerto buscaban una librería donde comprar más y vender los que ya habían devorado.

—Según Taga, estamos a pocos días de Carmel —observó Sezee—. ¿Qué debemos hacer entonces? ¿Buscar otro navío o quedarnos allí para construir un aerocoche?

Tyen había pensado en ello muchas, muchas veces desde el inicio de su travesía por mar.

—Para construir un aerocoche necesitare materiales concretos. Cuanto más lejos estemos de las ciudades y las poblaciones grandes, más nos costará encontrarlos.

—¿Qué te hace falta que no podamos encontrar en un pueblo o una aldea?

—Hélices.

—Están hechas de madera, ¿no? En los pueblos hay carpinteros.

Tyen la miró y sonrió ante su cara de determinación.

—Dudo que les pidan muy a menudo que hagan hélices.

—¿Podrías indicarles cómo?

—Sí, pero esa no es la cuestión.

Sezee frunció los labios.

—¿Te preocupa que un encargo tan insólito atrajera la atención de la Academia?

—Sí.

—¿Podrías fabricar tú mismo las hélices valiéndote de la magia?

—Tal vez, si contara con material de calidad. Pero al comprarlo quizá despertaríamos sospechas igualmente.

—¿No podríamos comprar un objeto de madera buena y modificarlo? —Se le achicaron los ojos al sonreír—. Ya habías pensado en todo esto, ¿a que sí?

—Desde luego. Me sorprende que a ti no se te ocurriera antes.

La joven lo miró de reojo con timidez.

—¿Quién dice que no?

Tyen rio entre dientes.

—He notado que no acostumbras callarte las preguntas que te vienen a la cabeza.

—Sí que me las callo. —Posó la vista en él con altivez—. Soy bastante capaz de callarme cosas, si creo que eso me proporciona alguna ventaja.

—¿Y qué ventaja te proporcionaba en este caso?

—Te habrían entrado aún más ansias por desembarcar. Pero habría podido preguntártelo de todos modos. En las últimas semanas has estado insoportablemente irritable.

Sezee se puso la mano sobre la frente a manera de visera cuando una lámpara del barco comenzó a brillar con mayor intensidad.

Tyen cruzó los brazos.

—¡No es verdad!

—Tyen... —lo interrumpió Sezee al tiempo que miraba con los párpados entornados algo situado detrás de él.

Tyen cayó en la cuenta de que ninguna lámpara podía emitir una luz tan cegadora como la que los bañaba en aquellos instantes. El corazón le dio un vuelco. Se volvió y se encogió ante el resplandor de una llama blanca que flotaba al otro lado de la cubierta del barco, tan luminosa que oscurecía lo que se hallaba detrás. «Lo que vuela detrás», se corrigió.

—CAPITÁN TAGA —atronó una voz—, SU PASAJERO TYEN FUNDEHIERRO ES UN FUGITIVO BUSCADO POR LA ACADEMIA. —La voz sonaba distorsionada, lo que parecía indicar que la persona estaba hablando a través de una bocina—. PONGA RUMBO A LA COSTA DE INMEDIATO.

A continuación se oyó el zumbido de unas hélices de aerocoche. El sonido retumbó en el cuerpo de Tyen, dándole la impresión de que se le fundía. Respiró hondo y obligó a su corazón desbocado a serenarse. «Bueno, alguien me ha encontrado. Pero aún no me han hecho prisionero».

—Pero... ¿de dónde ha salido? —exclamó Sezee.

—Debe de haber apagado las hélices cuando estaba a barlovento y dejado que la brisa lo empujara hasta aquí.

Tyen proyectó sus sentidos y al instante detectó el Hollín que rodeaba el aerocoche, que no había dejado una estela. El piloto tampoco había absorbido magia, para que Tyen no la percibiera.

Sonaron unas pisadas y cuando Tyen y Sezee se dieron la vuelta advirtieron que Veroo se dirigía hacia ellos.

—Es muy astuto —comentó—. Ha conseguido aproximarse sin que lo descubriéramos.

Tyen asintió.

—Muy astuto, pero yo en su lugar habría intentado vaciar de magia la zona que nos rodea antes de atraer la atención, a fin de impedir que lo atacemos. Sospecho que tiene un alcance bastante limitado. —Esa conclusión hizo que el desconocido le pareciera mucho menos amenazador. A menos que... Protegiéndose los ojos de la luz con la mano consiguió vislumbrar el aerocoche—. Además, creo que está solo.

Sonrió al percatarse de que la situación no era tan mala como había creído en un principio.

Sezee se inclinó ligeramente hacia él.

—¿Qué estabas pensando?

—Que podría inutilizar el aerocoche y obligarlo a regresar a la costa.

Alguien carraspeó detrás de ellos.

—Me temo que tendremos que seguirlo.

Al volverse se encontraron frente al capitán Taga.

—Pero... —empezó a protestar Sezee.

—No quiero problemas con la Academia —dijo el capitán mirando a Tyen. Después suavizó la voz y la expresión—. Lo siento. Me confiscarían el buque y me prohibirían comerciar en el Imperio leraciano.

—¿Va a rendirse sin más? Será traidor, el muy ca... —farfulló Sezee.

—¡Sezee! —Tyen la cortó lanzándole una mirada que, para su sorpresa, la hizo callar—. ¿Pretendes que pierda su medio de vida?

La joven frunció el ceño.

—¿Dejarás que navegue hasta la costa?

—Sí. —Inclinó la cabeza y anunció al capitán—: Tendrá que poner proa a tierra y pedir a sus hombres que nos lleven en un bote a un lugar adecuado para que desembarquemos.

El capitán Taga asintió.

—«Adecuado» no significa necesariamente poblado. Una bahía solitaria nos servirá.

Una chispa de comprensión asomó a los ojos del hombre.

—Hay unas cuantas hacia el sur —dijo antes de ponerse a bramar órdenes a la tripulación.

Tyen se sentó en un barril con los hombros caídos.

—¿Te importaría ir a buscar mi maletín? —pidió a Sezee—. Temo que, si desaparezo abajo, nuestro descubridor se ponga nervioso y haga alguna tontería.

Sezee lo contempló con incredulidad. Veroo le posó una mano en el brazo.

—Sabe lo que hace —aseguró la mujer mayor.

Sezee giró sobre sus talones con un resoplido, y se alejó por la cubierta dando grandes zancadas, seguida por Veroo. Mientras Tyen aguardaba a que regresaran observó trabajar a los marineros. El aerocoche rodeó el barco y avanzó tras él a una distancia prudente mientras se dirigía a la costa. Tyen procuró no mirarlo, pues no quería estar deslumbrado cuando llegaran a tierra. Se preguntó quién era el piloto. Tal vez habían sido imaginaciones suyas, pero había percibido cierto acento en las palabras que este había gritado. ¿Vendanés, quizá? ¿Los había seguido a lo largo de toda la costa? ¿Había sido el mismo que había sobrevolado en círculo el barco y se había retirado después de que zarparan de Darsh?

Sezee y Veroo salieron a cubierta cargadas con su equipaje y el maletín de Tyen. Este sonrió cuando ellas lo dejaron caer todo con un golpe seco junto al esqui que los tripulantes preparaban para bajarlo al agua cuando se encontraran cerca de la costa.

—¿No os quedáis a bordo? —les preguntó.

—No —respondió Sezee—. Iremos contigo.

—¿De vuelta hasta la Academia? —Arqueó las cejas—. ¿No queríais ir al Lejano Sur?

—Bueno, no podemos llegar allí sin un aerocoche, ¿verdad? Así que más vale que regresemos a casa.

Tyen miró a Veroo, quien esbozó una sonrisa sin decir nada. Él se encogió de hombros, recogió su maletín y examinó su contenido. Las mujeres le habían comprado ropa más apropiada para un porteador, incluida una segunda muda que guardaban en sus bolsas para que tuviera algo que ponerse mientras se estuviese lavando la primera. Ignoraba por completo qué había sido de las prendas que había robado.

Se echó la correa del maletín al hombro y guardó en él a Vella y su cartera. A una indicación suya, Bicho cambió de posición para interponerse entre el contenido y la

abertura del maletín. Tyen había pasado el rato en el buque modificándolo para que obedeciera la orden de custodiar objetos. Cuando se le acercaba algo el insectoide adoptaba una postura amenazadora, emitía un fuerte zumbido y le asestaba un pellizco con sus nuevas pinzas.

Permanecieron en silencio durante el resto del trayecto hacia tierra, contemplando al capitán, a la tripulación y las luces del litoral cuando aparecieron ante ellos. Al norte, el haz de un faro les recordó lo peligroso que podía ser aproximarse a la costa de noche. El piloto del aerocoche mostró cierta nobleza al volar por delante del buque, iluminando el agua frente a ellos, pero, a juzgar por la expresión ceñuda del capitán y el modo en que se protegía la vista, el brillo cegador del vehículo molestaba tanto como ayudaba.

Finalmente Taga ordenó que se detuvieran. Echaron el ancla, dispusieron las velas de modo que no se hincharan con el viento y bajaron el bote de remos del buque al agua. Dejaron caer una escala de cuerda por el costado del barco desde un hueco en la borda.

—Le pido disculpas una vez más —dijo Taga a Tyen. Se volvió hacia Sezee y Veroo—. ¿Están seguras de que no desean proseguir viaje con nosotros al menos hasta el siguiente puerto, donde podrán desembarcar con más comodidad?

—Estoy segura —contestó Sezee, aunque la voz le tembló con un deje de duda cuando echó un vistazo por encima de la borda.

—Estamos seguras —repitió Veroo con firmeza—. Gracias, capitán Taga. Espero que la Academia le crea cuando les diga que no tenía idea de quién era en realidad Aren Coble.

Tres hombres descendieron por la escala de cuerda desplegando una gran agilidad. Tal vez envalentonada por su ligereza, Sezee se acercó con repentina determinación. Se agarró de la borda de espaldas al mar y extendió un pie hasta el primer peldaño, apartando con una patada un pliegue de la falda que le estorbaba. Temeroso de que resbalara a causa de su vestimenta, Tyen invocó un poco de magia para atraparla en el aire si se caía. Sin embargo, Sezee llegó al final de la escalera sana y salva, y los marineros del bote la ayudaron a subir al inestable bote.

Veroo, que insistió en ser la siguiente en bajar, se remangó la falda hasta las rodillas y se la ató. Tyen no estaba seguro de qué dictaban las normas de cortesía en situaciones así: ¿el hombre debía ser el primero o el último en desembarcar por una escala de cuerda? Una vez que Veroo se encontraba a salvo a bordo del esquife, Tyen apoyó un pie en la escalera. Una mano le agarró el brazo y, al alzar los ojos, vio que Taga lo miraba con semblante adusto.

—Le deseo la mejor de las suertes —dijo el capitán. Señaló el aerocoche con un movimiento de la cabeza—. Y no sea muy duro con el piloto. Cree que está haciendo lo correcto. Ofrecen una recompensa considerable por usted.

Las mujeres no habían mencionado ese detalle. Tyen sonrió.

—Gracias por no embolsársela usted.

El hombre lo soltó y retrocedió un paso.

—No valía la pena jugarme mi reputación por ella.

Tyen encontró el primer peldaño e inició el descenso. No era tan fácil como había imaginado, lo que reforzó su admiración hacia Sezee y Veroo por haber conseguido bajar sin quejas ni contratiempos. Subir al bote de remos resultó aún más complicado, pues el oleaje era más fuerte de lo que parecía desde arriba. Al poco rato estaba bogando, empapado en sudor por aquel ejercicio inesperado. Sezee y Veroo se aferraban a la borda del esquife y a su asiento, con los ojos desorbitados por las sacudidas y los cabeceos de la embarcación. De vez en cuando una ola embestía el costado y los salpicaba de agua salada. Tyen advirtió que el equipaje de sus compañeras no parecía especialmente impermeable.

Sobre sus cabezas se oía el rumor del aerocoche que alumbraba sus maniobras.

Tras un paso aún más húmedo y agitado entre unos rompientes el fondo del bote vibró al rozar una superficie dura. Tyen miró hacia atrás. Habían llegado a una pequeña playa cubierta de guijarros. Los marineros saltaron del esquife y lo arrastraron lo más lejos posible del agua luchando contra la corriente. Una vez que la barca quedó inmóvil, Tyen se levantó para ayudar a Sezee a desembarcar y tuvo que sujetarla cuando tropezó con las piedrecillas resbaladizas. La joven soltó un chillido porque el embate de una ola los había empapado hasta las rodillas. El agua estaba tan fría que resultaba estimulante.

Veroo aún llevaba la falda anudada. Mientras Tyen le echaba una mano, los marineros recogieron el equipaje y lo llevaron fuera del alcance del oleaje. La mujer caminó a paso veloz sobre los lisos guijarros para evitar que otra ola la mojara.

A continuación los marineros empezaron a empujar el bote de vuelta hacia el agua. Tyen absorbió un poco de magia y la utilizó para desplazarlo. Los hombres corrieron tras la embarcación y, después de subir a bordo de un brinco, comenzaron a batallar con las olas que se les venían encima. Tyen invocó más magia e impulsó el esquife aún más lejos, pues quería que los tripulantes se hubieran marchado cuando el aerocoche aterrizara y tuviera que encararse con el piloto.

Sin embargo, el aerocoche permanecía en el aire. Cuando los marineros se hallaban a salvo al otro lado de los rompientes Tyen se puso la mano a modo de visera para intentar ver al piloto a través del fulgor. El sonido de las hélices cambió y la luz empezó a elevarse.

«O se está echando atrás o pretende dejarnos aquí para que venga alguien más a buscarnos —pensó Tyen—. Sea como sea, debería haberse marchado antes».

—Alejaos —indicó a Sezee y Veroo—. Escudaos con magia o parapetaos tras unas rocas.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Sezee, pero Veroo murmuró algo y se la llevó a rastras.

Tyen proyectó los sentidos y se apoderó de toda la energía que rodeaba el aerocoche. Usó una parte de ella para inmovilizar el aire que tenía alrededor a fin de

formar un escudo. Con la otra parte apresó la carlinga del vehículo y comenzó a atraerlo hacia tierra.

La luz parpadeó antes de apagarse. Tyen se preparó para un ataque, pero notó que la fuerza ascensional del aerocoche aumentaba. El piloto estaba empleando magia para elevarlo. «Insensato —pensó Tyen—. Si se resiste, acabaremos partiendo el vehículo en dos». Le lanzó una bola de aire inmovilizado y, para su sorpresa, vio que el hombre se precipitaba desde la carlinga y caía a la playa. Ni siquiera había creado un escudo en torno a sí.

Las hélices dejaron de girar, y en el silencio que siguió las imprecaciones del piloto resultaban audibles. Dos figuras emergieron de la oscuridad y se dirigieron rápidamente hacia él. Tyen abrió la boca para lanzarles un grito de advertencia, pero la cerró de nuevo. Veroo aún debía de estar escudándolas a las dos. Percibió que el aerocoche se tornaba más pesado conforme el aire de la cápsula se enfriaba. Centró su atención en ella y la condujo hacia abajo hasta que quedó flotando a varios pasos del piloto, junto al equipaje. Sezee se le acercó a toda prisa y Veroo permaneció agachada junto al hombre.

—Está vivo —dijo—. Veroo cree que se ha roto el brazo y que le saldrán algunos moratones bastante feos. Hemos avistado unas luces detrás del arrecife, así que el que esté allí arriba, sea quien sea, no tardará en encontrarlo. En fin... ¿Ya podemos subir al aerocoche?

A Tyen le hizo gracia su ansia. El alivio apaciguó el temor de que el piloto estuviera malherido, aunque no podía evitar sentirse culpable por lo que había hecho y por lo que se disponía a hacer.

—Sí, y sin perder un segundo.

Sezee lo ayudó a cargar y asegurar el equipaje en la carlinga, que ya tenía una bolsa sujeta con correas cerca del morro. Tyen la desató e inspeccionó el contenido: unos paquetes pequeños de comida, los documentos del hombre y ropa. Se guardó la comida y dejó la bolsa en el suelo.

—¡Veroo! —gritó Sezee—. ¡Vamos!

Al volverse, Tyen vio que Veroo guiaba al piloto playa arriba. El hombre cojeaba, pero no de forma muy pronunciada. Era unos años mayor que Tyen y claramente vendanés. Cuando Veroo llegó frente a una piedra lo ayudó a sentarse. Se apartó de él y se dirigió a toda prisa al aerocoche.

—No creo que nos cause más problemas. Lo tienes aterrorizado —señaló con aire divertido—. ¿Todo listo?

Tyen asintió.

—Subamos a bordo.

Se agacharon para pasar debajo de la barandilla de cuerda y se encaramaron a la carlinga. Él liberó el vehículo, dejando que se elevara de nuevo. Las mujeres se agarraron inquietas a los puntales que sostenían la cápsula cuando el aerocoche inició el ascenso.

—Sentaos —les aconsejó Tyen mientras caminaba hacia el morro. Tras ocupar el asiento del piloto echó una ojeada hacia atrás para comprobar que se habían acomodado. Estaban a los lados del puntal delantero de la cápsula, sentadas a horcajadas sobre la carlinga en forma de canoa—. Y sujetaos bien.

Envió un chorro de magia a la cápsula para calentar el aire, lo que los catapultó hacia arriba. El piloto los observaba desde tierra con la cabeza vuelta hacia el cielo. Tyen sintió una punzada de compasión.

«Perder un aerocoche ya es bastante malo, pero perderlo por semejante error de estrategia debe de doler bastante». El piloto habría tenido que exigir al barco que los llevara al puerto más cercano. O, al menos, haber contado con el apoyo de otro mago. Seguramente actuaba por su cuenta con la esperanza de obtener la recompensa y no se había planteado qué haría si Tyen demostraba ser un hechicero más poderoso.

«¿Qué habría hecho yo si él no hubiera sido imprudente y débil? ¿Habría estado dispuesto a matarlo?». No estaba seguro. Por lo que sabía, la Academia ofrecía una recompensa por su captura, no por su muerte. Si lo peor que podía ocurrirle era pasar el resto de su existencia en prisión, ¿habría estado justificado quitar de en medio a alguien para evitarlo? Una vida en cautiverio era una vida desperdiciada, pero peor era la muerte.

Suspiró. Había sido afortunado esa vez. Tras su último golpe de suerte había sufrido un revés. «Aún no estoy a salvo», se recordó. Puso las hélices en marcha e hizo que el aerocoche virase hacia el mar.

—Tyen...

Se volvió hacia Veroo, que se había acercado por la carlinga arrastrando los pies para que él pudiera oírla por encima del ruido de los motores.

—¿Sí?

—No irás a atravesar el mar ahora, ¿verdad?

—No, solo quiero poner distancia entre el piloto y nosotros. Tenemos que ir más hacia el sur, donde los continentes oriental y meridional están más cerca entre sí.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Unos días.

—¿Y cuánto dura la travesía?

—Tres jornadas si tenemos buen tiempo y el viento a nuestro favor.

Veroo frunció el ceño.

—Entonces tendremos que hacer escala en algún sitio para conseguir comida y ropa de abrigo para ti.

A Tyen se le encogió el corazón.

—Sí. Tendremos que extremar las precauciones. Aterrizar de noche para dormir y comprar alimentos en aldeas pequeñas.

—Y tendrás que enseñarme a pilotar para que podamos turnarnos.

Él negó con la cabeza.

—Las mujeres no pilotan.

—Tampoco aprenden magia —repuso Veroo—. ¿Me crees demasiado débil y emotiva para ello?

—No, en absoluto —respondió él con una carcajada—. Pero si la gente viera a una mujer a los mandos de un aerocoche, la noticia llegaría hasta Belton.

—Entonces puedes enseñarme cuando empecemos a cruzar el mar. Te será imposible pilotar tres días seguidos.

No le faltaba razón. Podía permanecer despierto tres días, pero cuando alcanzaran tierra de nuevo estaría agotado. No le convenía llegar en ese estado, sobre todo si tenía que efectuar un aterrizaje difícil. Por otro lado, enseñarla a pilotar cuando se hallaran lejos de la costa también entrañaba peligro. Un error grave los obligaría a posarse en el agua, a gran distancia de cualquiera que pudiera ayudarlos.

Pero era un riesgo pequeño comparado con el que tendrían que afrontar si quedaban atrapados en medio de un temporal. Bastaría con que la enseñara a pilotar en línea recta. El despegue, el aterrizaje y las maniobras suponían una mayor complicación porque requerían calcular muy bien los tiempos y eludir obstáculos, pero todo eso resultaba innecesario al sobrevolar el mar.

—Más vale que os pongáis cómodas, aunque no tanto como para quedaros dormidas, pues podríais caer. —Miró hacia atrás y vio que ambas lo contemplaban con expresión temerosa—. Volaré bajo para que no paséis mucho frío. Por lo demás... me temo que será una larga noche.

«Veroo le está pillando el truco a volar muy deprisa —dijo Tyen a Vella—. Los de la Academia fueron unos necios al rechazarla».

—*Negarse a compartir conocimientos de magia con los demás es un sistema de defensa común.*

«Pero ella es de un país que forma parte del Imperio, no de una potencia enemiga».

—*Es un territorio conquistado. La rebelión siempre es posible.*

«Yo creo que sería más probable si se le negara el privilegio de pertenecer al Imperio. Además, aunque todos los habitantes de las islas Occidentales con aptitudes mágicas aprendieran a utilizarlas, no habría suficientes magos para derrotar al Imperio leraciano».

—*¿Los habría si todos los pueblos colonizados por Leracia se unieran contra él?*

Tyen arrugó el entrecejo. «Tal vez, pero... Veroo no constituye una amenaza en sí misma. Es solo una mujer...».

—*Que podría entrenar a otros. Por otro lado, su sexo no representa un obstáculo en su país.*

«Ya, entiendo por dónde vas. Aun así, me parece una lástima que quieran privarla de instrucción, a ella o a cualquier otra persona con potencial mágico».

—*Lo es. Aunque quizá sea lo más sensato para proteger el Imperio, supone una limitación para la Academia. Restringir el conocimiento disminuye el ritmo del desarrollo. Cuantos menos magos gocen de la libertad para aprender y enseñar, menos tiempo se dedicará a la experimentación y a realizar nuevos descubrimientos.*

«Y sin embargo el último siglo ha sido una época de grandes avances».

—*Para el Imperio, sí. Cada vez que sometía tierras nuevas, absorbía nuevos conocimientos. Incluso los hallazgos pequeños, como una forma más eficiente de almacenar información, pueden desencadenar un gran cambio.*

«La imprenta, por ejemplo. En su forma primitiva era un sistema que empleaban las tribus ecuatoriales. Su inventor siempre insistió en que no podía atribuirse todo el mérito. —Tyen sonrió—. Me imagino que tú habrías producido el mismo efecto si él

se hubiera enterado de ese sistema leyendo tus páginas y no a través de las tribus».

—En efecto. Esa era la intención de Roporien. Casi todo lo que sabía lo había aprendido en sus primeros cien años de vida. Cuanto más envejecía, más tardaba en descubrir información nueva y llegó un momento en que le resultaba más provechoso esperar a que los genios nacieran, crecieran y llevaran a cabo descubrimientos que partir en su busca.

«¿Por qué Roporien continuaba buscando conocimientos nuevos?».

—Le enorgullecía saber más que los demás, tal vez incluso más que cualquier persona que hubiera existido. De esa manera nadie podría derrotarlo por estar mejor informado.

«Y sin embargo eso no lo salvó. Murió de todos modos. Por cierto... ¿cómo murió?».

—No lo sé. Ninguna de las personas con las que he tenido contacto lo sabía. Corría el rumor de que lo había matado un mago más poderoso. Un hombre al que llamaban el Sucesor.

«¿El Sucesor? ¿El hijo de Roporien?».

—No. Su sustituto. En muchos mundos se tiene la firme creencia de que, una vez cada mil ciclos, nace un hechicero tan poderoso como Roporien. Un ciclo es una unidad de tiempo un poco más larga que los años de este mundo. Cuando el Sucesor alcanza la plenitud de su poder da muerte al anterior. A esto se lo conoce como la Regla del Milenio.

«¿Crees que es cierto?».

—No albergo creencias, solo guardo información, y la que poseo no es suficiente para demostrar si la Regla existe.

«¿Mató Roporien a un mago poderoso cuando era joven?».

—Sí. Un hechicero más fuerte que cualquier otro que hubiera conocido intentó acabar con él. Roporien lo derrotó, pese a tener mucha menos experiencia en duelos de magia.

«Así pues, ¿el Sucesor de Roporien todavía anda por ahí?».

—Si mis cálculos son correctos, han transcurrido poco más de mil ciclos desde la muerte de Roporien. Si la Regla es una realidad, su Sucesor ya habrá sido vencido por el siguiente.

«¿Nunca fracasan los Sucesores?».

—No tengo constancia de que eso haya ocurrido jamás. Es posible que alguno muera antes de descubrir el secreto para volverse inmortal, ya sea a manos de un enemigo, por inexperiencia o por pura mala suerte.

Tyen alzó la vista de las páginas sin apenas fijarse en el mar que se extendía

debajo y alrededor del aerocoche, presa del repentino anhelo de conocer esos mundos y averiguar si el Sucesor de Roporien aún vivía. Aunque si el hombre era tan poderoso tal vez sería más seguro investigarlo sin tener que acercarse a él. Roporien había sido un hombre cruel. ¿Cómo sería su sustituto, o la persona que había remplazado a este? En cualquier caso, un Sucesor tenía que haber matado como mínimo a una persona.

—Tyen...

Levantó la mirada y vio que Sezee se abría paso hacia él a través del aerocoche. A diferencia de Veroo, ella no se había acostumbrado a viajar en aquella carlinga tan estrecha. Cuando se ponía de pie le producía vértigo la vista del mar desde tan arriba, por lo que iba de un lado a otro a cuatro patas. Antes de que emprendieran la travesía del océano se había puesto un corpiño y una chaqueta abrochada hasta arriba para abrigarse. Aunque eso impedía que la joven lo distrajera más de la cuenta ofreciendo una imagen provocativa al acercarse a gatas, también llevaba pantalones, por lo que observarla cuando se alejaba gateando era harina de otro costal.

Por otra parte Sezee había insistido en que tendieran unas redes resistentes entre la barandilla de cuerda de los lados y la carlinga para reducir las probabilidades de caerse por un costado del aerocoche. Aunque el retraso resultante había irritado a Tyen, este había acabado por agradecer la nueva medida de seguridad, más comfortable que las correas con que habitualmente se sujetaban los pasajeros mientras dormían.

Cerró a Vella y se la guardó en el bolsillo del abrigo.

—¿Me toca pilotar? —preguntó.

—Sí, pero quiero que veas una cosa. —Sezee se detuvo, se apoyó sobre la cadera y sonrió—. ¿Te has fijado en los geros?

Él echó un vistazo alrededor. En efecto, había varios ejemplares de diferentes especies aladas a la vista, planeando en lo alto o rozando la superficie del agua. Algunas eran migratorias o pasaban la mayor parte de su vida sobre el océano. Otras eran costeras y solo se acercaban al mar para alimentarse, lo que significaba que...

—Tierra —dijo Tyen, protegiéndose los ojos con la mano para tender la mirada hacia el oeste—. Ya no debemos de estar lejos.

—Así es. —Sezee sonrió—. Casi hemos llegado.

Él se puso de pie agarrándose del puntal de la cápsula para no perder el equilibrio.

—Oh, todavía nos queda un largo camino. Tenemos que atravesar una cordillera entera.

Pasó junto a ella con cuidado y se dirigió hacia la parte delantera del aerocoche, donde estaba sentada Veroo, con la falda remangada y las piernas enfundadas en medias colgando del borde del asiento.

—Tyen —lo saludó—. Las prácticas de combate formaban parte de tu entrenamiento como piloto, ¿verdad? ¿Tienes experiencia en batallas aéreas?

El joven se rio.

—Sí a la primera pregunta, no a la segunda. ¿Por qué lo preguntas?

Veroo apartó una mano del volante para apuntar al norte.

—¿Eso es lo que yo creo?

Tyen dirigió la vista hacia donde le indicaba y su corazón dejó de latir un instante. Tardó un rato en divisar la figura diminuta, y si no hubieran estado volando tan bajo le habría costado verla recortada contra el mar. Al igual que ellos, no se encontraba a más de unos cientos de varas por encima del agua. La cápsula de morro afilado parecía más grande que la de los aerocoches normales, aunque no tanto como la de un aerocarruaje. Pese a que Tyen la estaba mirando casi de frente, algo en la forma de los brazos de las hélices le resultaba familiar. Se le hizo un nudo en el estómago cuando comprendió de qué se trataba.

—Eso —dijo— es un Dardo, un vehículo de combate del Imperio. Está diseñado para volar a gran velocidad. Seguramente lleva a dos magos a bordo, uno para pilotar y crear un escudo y el otro para combatir en caso necesario.

—¿Nos habrán visto?

—Sin duda alguna.

—¿Querrán darnos caza?

—Sería prudente suponer que sí.

—¿Llegaremos a la costa antes de que nos alcancen?

—No lo sé. No nos queda más remedio que intentarlo. Aumenta la velocidad de las hélices.

Veroo lo miró por encima del hombro.

—¿Quieres que siga pilotando?

—¿Tienes tú formación o experiencia en el combate aéreo?

La mujer esbozó una sonrisa lúgubre y aferró de nuevo el volante con ambas manos. Tyen regresó hasta donde estaba Sezee.

—¿Lo has oído? —le preguntó.

La muchacha asintió con los ojos desorbitados.

—Casi todo. ¿Me abrocho las correas?

Tyen sacudió la cabeza.

—Si nos derriban, intenta saltar lo más lejos posible antes de que caigamos al mar para que el aerocoché no te arrastre hacia el fondo. ¿Sabes nadar?

—Claro —respondió ella con aire altivo—. En las islas todos aprendemos a nadar. ¿Y tú?

Torció el gesto.

—No. Si conseguimos cortar las sujeciones de la cápsula antes de que se hunda, la carlinga seguramente flotará. Es casi toda de madera.

—Pero la cápsula está llena de aire.

—Si nos estrellamos contra el agua, lo más probable es que deje de estarlo. —El zumbido de las hélices se había intensificado a un ritmo constante y la carlinga vibraba con fuerza—. Ya es suficiente, Veroo —gritó—, o el aerocoché se

desintegrará por las sacudidas.

Cuando dirigió la vista hacia el norte advirtió lo cerca que se hallaba ya el otro vehículo. Alcanzaba a distinguir suficientes detalles para confirmar sus sospechas. Se trataba de un Dardo y volaba a toda velocidad hacia ellos. Al echar una ojeada por encima del hombro de Veroo vislumbró una forma azulada e irregular por encima del horizonte. El corazón le dio un vuelco. Montañas.

El viento aún soplaba desde atrás, empujándolos hacia tierra. Desplazó la mirada entre los picos y el Dardo, una y otra vez, intentando evaluar el acercamiento de ambos. A medida que transcurría el tiempo las montañas crecían y se unían por la base para formar el litoral mientras el Dardo doblaba y luego triplicaba su tamaño. Meneó la cabeza. Sería una carrera ajustada. Aunque consiguieran llegar a tierra a tiempo tendrían que lidiar con dos magos experimentados en batallas aéreas. La única ventaja que eso les proporcionaría sería la posibilidad de aterrizar si el aerocoche sufría daños.

Por desgracia disponían de poco tiempo para prepararse. Tyen pasó a la parte de atrás y desató el maletín, que estaba sujeto a la carlinga, metió a Vella en él y se pasó la correa por encima de la cabeza para colgársela del hombro. Eso no salvaría a Vella ni a Bicho de un chapuzón, pero al menos así era menos probable que los perdiera que si los llevaba en el bolsillo. Decidió que, si sobrevivían a aquel trance, modificaría al insectoide para que pudiera nadar.

Acto seguido trasladó casi todo el dinero de Kilraker que le quedaba a la bolsa de Sezee. El agua estropearía los billetes y las monedas serían un lastre para él. De todos modos, la divisa del Imperio seguramente carecía de valor en el Lejano Sur, donde sin duda acuñaban la suya propia. Por unos segundos sintió que se ahogaba, preguntándose cómo sobreviviría en una tierra extraña sin dinero.

«Debería haber comprado oro y piedras preciosas». No había tenido tiempo ni ocasión para ello. Quizá podría usar el resto del dinero para sobornar a los magos a fin de que los dejaran marchar.

Sezee se había desanudado los cordones de las botas e intentaba atarlas entre sí y colgárselas del cinturón. Como ella era la que sabía nadar, Tyen decidió imitarla. Veroo no había hecho nada, pues sin duda pilotar el aerocoche requería toda su atención.

El joven volvió los ojos hacia el norte y el corazón le dio un brinco. El Dardo se aproximaba más rápidamente de lo que había calculado. Al verlo acercarse intentó ignorar el revoloteo que sentía en el estómago.

«¿Qué piensan hacer?». La Academia quería mantener a salvo sus secretos. Para ello tendrían que destruir a Vella y silenciar a Tyen. Los magos a bordo del Dardo sin duda habían oído la noticia del piloto que había ordenado a Tyen que desembarcara pero había acabado rompiéndose el brazo y perdiendo su aerocoche. Por lo tanto, sabían que su presa plantaría batalla. Tal vez la Academia había concluido que, si los hechiceros no conseguían capturar a Tyen, no tenía otra elección que ordenarles que

lo mataran.

Pero ¿qué sería de Sezee y Veroo? Dudaba mucho que las autoridades de la Academia estuvieran dispuestas a poner en peligro sus vidas, aunque no hubieran averiguado que pertenecían a la familia real de las islas Occidentales. Tal vez las consideraban cómplices y por tanto delincuentes, incluso rebeldes. Tyen podía haberles revelado los secretos de la Academia. Nadie se enteraría de su muerte si desaparecían en el mar, sin testigos y sin dejar rastro.

Tyen se estremeció. Decidió que más valía prepararse para lo peor. Ante esa perspectiva sintió que la carga de la responsabilidad se abatía sobre sus hombros como un abrigo pesado. Sezee y Veroo se encontraban allí por culpa suya. En aquel momento no estarían en un aerocoche robado que se dirigía al Lejano Sur si no lo hubieran ayudado. Tal vez se habrían enterado de la existencia de aquellas tierras por otras vías y habrían intentado llegar allí aunque no lo hubiesen conocido, pero habrían viajado en compañía de personas menos peligrosas.

«Debo asegurarme por lo menos de que lleguen sanas y salvas a la costa —se dijo—. Aunque eso signifique dejarme atrapar, o incluso dejarme matar». Pero ¿y Vella? Arrugó el entrecejo y asintió para sí cuando se le ocurrió la respuesta obvia. Debía encontrar la manera de dejarla disimuladamente entre las pertenencias de Veroo.

Una vez tomada esa decisión centró sus pensamientos en la batalla que se avecinaba y repasó en su mente lo que sabía acerca de la lucha con magia.

Todo se reducía a conseguir el mayor efecto con la menor cantidad posible de magia. Mover e inmovilizar eran las formas de emplear magia en batalla que menos energía consumían. Calentar y enfriar eran esas mismas acciones pero intensificadas, y cuanto mayor fuera el cambio de temperatura, más magia requería. Caldear el aire y arrojar la bola de «fuego» resultante era mucho menos económico que lanzar un proyectil al enemigo.

El arma más común en los aerocoches de combate era una provisión de flechas. Pequeñas y puntiagudas, apenas constituían un lastre para el vehículo, a diferencia de los cañones y sus balas, que pesaban demasiado. Un mago experimentado podía lanzar cientos de flechas de una vez. Todos los aerocoches de combate llevaban siempre a bordo una o dos ballestas por si el hechicero agotaba la energía o se internaba en una nube de Hollín, aunque no eran tan útiles porque solo disparaban las saetas de una en una.

Lamentablemente Tyen no disponía de proyectiles, al menos de ninguno que sirviera para causar molestias al enemigo. Si arrojaba sus zapatos, los de Sezee y Veroo, tal vez les producirían algunos moratones, pero tampoco contaban con un gran arsenal de ellos.

De todos modos lo mejor sería reservar la magia para la defensa, decidió. Lo primero que haría un atacante sería intentar apoderarse del aerocoche enemigo, como había hecho Tyen al robar aquel en el que viajaban. Para evitarlo, podía sujetarlo él mismo con magia, pero eso requería más energía que simplemente crear un escudo de

aire inmovilizado que los sentidos del enemigo no pudieran traspasar. Además, el escudo serviría también para repeler proyectiles.

Proyectó la mente hacia ambos lados, absorbió magia y utilizó una pequeña parte de ella para inmovilizar una fina capa de aire delante y por encima del vehículo, a unas veinte varas, por el flanco orientado hacia el Dardo. La hizo lo bastante resistente para frenar una flecha en vez de detenerla del todo, a fin de ahorrar energía, y la alineó con el aerocoche de modo que avanzaran a la par. El otro vehículo se hallaba tan cerca ya que Tyen alcanzaba a distinguir las siluetas de sus dos ocupantes y a percibir la estela de Hollín que dejaba el Dardo. Vio vaharadas de aquel vacío negro que brotaban de ambos lados mientras los magos se preparaban para el ataque.

Volvió la vista hacia la costa, que ahora era una franja verde bajo unas montañas que se habían tornado más oscuras y definidas, y tras las que asomaban montes más pálidos.

«No lo conseguiremos».

Notó un estremecimiento cuando algo atravesó la barrera. Una flecha cayó girando hacia el mar. Tyen masculló una maldición.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Sezee—. La has parado.

—Sí —convino él—, pero debería haberla atrapado. No tenemos nada que lanzarles.

—¿Y esto?

Apartó los ojos del Dardo y miró hacia abajo. Sezee sostenía una navaja de hoja curva y serrada. Era un arma de aspecto sorprendentemente aterrador.

—¿Siempre llevas eso encima?

—A veces resulta útil. Sobre todo cuando Veroo y yo nos separamos.

—¿Sabes utilizarlo?

—¿En una pelea? Sí.

Tyen negó con la cabeza.

—Pues guárdatelo. Aunque no sea más que para eso, tal vez lo necesites para cortar cuerdas o algo...

Una nueva sacudida hizo que alzara la vista. Otra flecha se precipitaba dando vueltas hacia el agua. Esa vez él proyectó sus sentidos, la capturó con magia y la elevó hasta su mano. Sin embargo, antes de que pudiera enviarla de vuelta hacia el Dardo, el aire entre los dos vehículos se llenó de finas líneas negras. Intentar atrapar varias a la vez, pensó, sería como tratar de coger un puñado de ramitas. Se conformó con apresarlas de una en una, pero solo había pillado tres cuando Veroo gritó:

—Perdemos altura.

Era un descenso sutil, pero, al fijarse bien, Tyen lo notó. Presa del desaliento, levantó los ojos hacia la cápsula. La parte delantera parecía intacta, aunque solo podía verla por debajo. Mientras examinaba la parte de atrás Sezee emitió un jadeo de sorpresa. Estaba mirando hacia arriba, apartándose de él a gatas.

Tyen siguió la dirección de su mirada y se quedó paralizado al ver una cuchilla

larga suspendida a menos de un palmo de su nariz. Estaba sujeta al extremo de una lanza que sobresalía del vientre de la cápsula.

Soltó una maldición cuando comprendió su error. Le habían enseñado que era mejor ahorrar energía protegiendo solo el costado del vehículo que se presentaba al enemigo. Para mover un objeto en línea recta a un mago le bastaba con darle un impulso hacia allí, mientras que si quería que siguiera una trayectoria indirecta tenía que controlarlo durante todo el recorrido, lo que requería más magia y concentración.

Pero era un esfuerzo que valía la pena si con un solo golpe se derribaba al adversario. Los hechiceros del Dardo habían desplazado la lanza detrás del aerocoche de Tyen y la habían propulsado a través de la cápsula. Como esta obstruía la vista por arriba era imposible que Tyen la viese acercarse.

Profirió otra imprecación y pidió disculpas a Sezee.

—Oh, no es momento para cuidar los modales —dijo ella—. ¿Vas a sacar eso?

Tyen negó con la cabeza.

—Si se ha quedado enganchada es porque debe de tener púas.

Invocó más magia y extendió la barrera en torno al aerocoche para formar una burbuja alargada. Al dejar de recibir el empuje del viento la velocidad del vehículo se redujo ligeramente.

—O sea, ¿que hay un agujero aún más grande en la parte de arriba?

—Probablemente.

Estaba tan decepcionado que sentía náuseas. No proteger el aerocoche por todos los flancos había sido una equivocación estúpida. «Pero es lo que me enseñaron. Nunca había luchado en una batalla de verdad», se recordó, si bien no le sirvió de consuelo.

—¡Tyen! —lo llamó Veroo en tono apremiante.

El joven giró sobre los talones y advirtió que el Dardo viraba hacia la costa, con la clara intención de cortarles el paso. Entonces se percató de que se encontraban más cerca de tierra de lo que se había atrevido a imaginar. Estaba cubierta de árboles, el bosque más grande que había visto en su vida, que se extendía hacia las montañas. Llegaba justo hasta la orilla del mar, donde un pequeño acantilado perfilaba la separación entre la tierra y el agua.

—No hay donde aterrizar —señaló Veroo.

—Ya encontraremos un claro. Abre todas las válvulas inferiores de la cápsula, calienta aire e introdúcelo a través de ellas.

—En eso estoy —respondió la mujer.

Por eso no caían a toda velocidad hacia el agua. Tyen devolvió su atención al Dardo, que se aproximaba por delante. Tentáculos de Hollín serpentearon en torno al vehículo conforme los magos absorbían la magia que Veroo y él necesitarían para pilotar y defender el aerocoche.

De pronto Tyen comprendió la estratagema de los hechiceros. Les darían alcance después de vaciar de energía el espacio por el que tendrían que pasar. La reacción

más obvia sería girar en redondo para evitar el Hollín. El Dardo volaría entonces en la misma dirección y los rodearía despacio para encerrarlos en un círculo de Hollín, describiendo una espiral, cada vez más cerca, hasta que Tyen y Veroo consumieran toda la magia que había dentro.

Podían intentar hacer el amago de empezar a virar hacia un lado y luego torcer rápidamente hacia el otro para atravesar la estela de Hollín del Dardo con la esperanza de escapar de la trampa. Sin embargo, el vehículo de combate era más veloz y no tardaría en rodearlos en sentido contrario.

Podían continuar zigzagueando así, pero con la cápsula desgarrada el aerocoche no tardaría en acabar en el mar. Necesitaban volar directamente a tierra.

«Eso nos obligaría a avanzar por la estela de Hollín del Dardo». Veroo y él tal vez lo conseguirían si, antes de llegar, acumulaban magia suficiente para pilotar el aerocoche y mantener activo el escudo. Tyen estudió la negrura con más detenimiento. A juzgar por el ancho del rastro, quizá él tenía un poco más de alcance que los dos hechiceros.

Pasó de nuevo junto a Sezee para quedarse cerca de Veroo mientras el Dardo se interponía entre el aerocoche y la costa. El mago que no pilotaba el vehículo se dirigió a la parte de atrás de la carlinga sujetando bajo el brazo un cilindro grande del que sacaba las flechas. Lanzaba varias en cada disparo e imprimía una trayectoria curva a una o dos de ellas para que impactaran en el escudo de Tyen desde un lado o por detrás.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Veroo.

—Sigue volando en línea recta.

—¿Hacia el Hollín?

—Sí. Absorbe toda la magia que puedas de todas direcciones antes de que lo alcancemos.

—Eso significa que no quedará nada para ti...

—No te preocupes por mí.

La oscuridad los envolvió cuando Veroo invocó magia unos momentos antes de que se adentraran en el vacío.

A Tyen siempre le había parecido que en el interior del Hollín el aire se enfriaba y los sonidos se apagaban. Le quedaba magia suficiente para mantener la barrera en su sitio mientras proyectaba sus sentidos en todas direcciones, más allá de los límites del vacío. Percibió magia a su alcance. Notó que se acercaba lentamente, fluyendo de manera natural para llenar el hueco que habían dejado los magos. Se apoderó de ella.

Con un grito ahogado Veroo lo miró. Él no apartó su atención del Dardo. Al fijarse bien, reparó en que incluso había conseguido sustraer la magia que se encontraba alrededor del otro aerocoche y al otro lado.

Se enderezó, sorprendido.

—Vaya... La cosa ha salido mejor de lo que esperaba.

—¿Son como tú todos los magos de la Academia? —inquirió Veroo.

Tyen sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea. Hay tan poca magia en Belton que solo nos permiten usarla en el recinto de la Academia, y nadie gasta más de lo necesario. —Se encogió de hombros—. Empiezo a sospechar que tal vez mis poderes estén por encima de la media.

—Estabas desperdiciando tu talento allí —dijo la mujer.

El muchacho parpadeó, recordando lo que había pensado sobre el hecho de que la Academia la rechazara a ella. Antes de que se le ocurriera una manera de expresárselo, Veroo dirigió la vista al frente y soltó una risotada de regocijo.

—¡Se les han parado las hélices! Están descendiendo.

A Tyen el corazón le dio un vuelco cuando comprobó que era cierto. Pero el Dardo estaba situándose al mismo nivel que ellos, lo que significaba que... Bajó la mirada. El mar estaba mucho más cerca que antes de que la cápsula fuera dañada. Inquietantemente cerca.

—Nosotros también —murmuró.

—Alcanzaremos la costa —le aseguró Veroo.

Tyen miró hacia delante y sacudió la cabeza ante su optimismo. Lo más probable era que se estrellaran contra los árboles o el acantilado bajo. Podía intentar elevar el aerocoche con magia, pero necesitaba tierra firme para darse impulso, y los puntales que sostenían la cápsula no estaban diseñados para soportar una tensión así. Si querían reparar la cápsula para poder cruzar la cordillera, cuantos menos desperfectos sufriera, mejor.

El ataque del Dardo había cesado. El piloto había abandonado su asiento y estaba junto a su compañero, moviéndose apresuradamente de un lado a otro.

—Estamos a punto de adelantarlos —dijo una voz detrás de Tyen. Al volverse vio a Sezee de pie y agarrada a la barandilla con tanta fuerza que se le habían puesto blancos los nudillos—. ¿Nos dispararán al pasar?

Tyen asintió.

—Seguramente. ¿Cuánta magia te queda, Veroo?

—La suficiente para dejarlos atrás, creo.

Se sintió aliviado al oírlo. Aunque podía pilotar y mantener activa una barrera al mismo tiempo, prefería no tener que hacerlo mientras permanecía concentrado en los movimientos de los hechiceros. Veroo cambió de dirección con la evidente intención de esquivar el Dardo.

—No, pasa lo más cerca de ellos que puedas —le indicó él—. Cuanto antes lleguemos a tierra, mejor.

El morro del aerocoche alcanzó la cola del Dardo. Los dos magos se encontraban a veinte pasos de distancia o menos. Se volvieron. Cada uno empuñaba una ballesta grande apoyada en los puntales de la cápsula. Dos flechas salieron despedidas hacia Tyen. Aunque consiguieron atravesar el aire inmovilizado de su escudo, su velocidad había disminuido tanto que se precipitaron hacia el mar. Él las atrapó con magia.

Los magos armaron las ballestas con dos saetas más e hicieron girar la manivela para tensar el resorte. Aunque Tyen no podía determinar si mantenían una barrera, era probable que hubieran encauzado toda la energía que les quedaba hacia ella. Hizo girar las flechas de modo que apuntaran al Dardo. Vaciló unos momentos. Los hechiceros no representaban un peligro para él en ese momento. No quería matar a nadie innecesariamente.

«Pero ¿qué sucederá cuando llegemos a la costa... si es que llegamos? ¿Me arrepentiré de no haber aprovechado esta oportunidad?».

Sin duda habían percibido que había absorbido magia. Sabían que era más poderoso. De haber estado en su lugar, él se habría retirado en busca de otros hechiceros.

Podía hacer algo para retrasarlos.

Lanzó las flechas hacia el Dardo, de forma que atravesaron su propio escudo y, cuando se aproximaban a la cápsula, les dio un último impulso. Toparon con un escudo débil, pero lo traspasaron y penetraron la cápsula del Dardo. Cuando los hechiceros dispararon más saetas él repitió la operación, pero esa vez la barrera del enemigo repelió el ataque. No lanzaron más. Cuando el aerocoche adelantó el Dardo, Tyen impelió hacia ellos las flechas que había atrapado antes. Sin encontrar la menor resistencia, estas salieron por el otro lado de la cápsula y cayeron al agua con un chapoteo.

—Se han quedado sin magia —observó Tyen.

Sonrió mientras Veroo y Sezee prorrumpían en gritos de júbilo. Los agujeros que había abierto ocasionarían que el Dardo descendiera lentamente, lo que les permitiría llegar a tierra pero los obligaría a dedicar horas a reparar su vehículo antes de ir a buscar refuerzos. Vio que uno de los magos dejaba la ballesta y se apresuraba a sentarse frente a los mandos. El viento seguiría empujando el Dardo hacia la costa. A fin de mantener a aquellos hombres fuera de combate un rato, absorbió más magia a barlovento del vehículo para asegurarse de que no pudieran seguir fácilmente el aerocoche ni atacarlo por detrás.

—He terminado —declaró Veroo.

Tyen oyó que las hélices giraban cada vez más despacio hasta detenerse.

—Quédate ahí y pilota —le ordenó cuando ella se disponía a levantarse del asiento.

Se concentró en caldear el aire en el interior de la cápsula y poner otra vez en marcha las hélices.

—¡Lo hemos logrado! —exclamó Sezee.

Al mirar hacia abajo Tyen se dio cuenta de que por fin sobrevolaban tierra firme. Exhaló un suspiro de alivio y volvió la vista hacia el Dardo. Aún parecía estar siguiéndolos, dirigido por medio del timón.

—Ah... Tyen —lo avisó Veroo.

Cuando miró de nuevo al frente avistó un muro de follaje que se interponía en su

camino.

—No veo ningún claro —dijo Veroo.

—Dirígete hacia el hueco más ancho que haya entre árboles.

Invocó más energía y, orientándola en relación con el suelo, envolvió con ella la carlinga y la desplazó hacia arriba. Los puntales crujieron al apretarse contra la cápsula, en la que se formaron bultos y ondulaciones.

El aerocoche se elevó un poco, pero demasiado lentamente. Las puntas de una rama alta chirriaron contra la parte del escudo que protegía las hélices, causando que el vehículo diera un bandazo. Cuando la rama penetró en la barrera Veroo hizo girar el volante para recuperar el rumbo hacia un espacio demasiado pequeño entre los árboles que tenían delante. El aerocoche atravesó la espesura, azotado por el ramaje, hasta emerger en una zona desprovista de vegetación.

Estaban frente a un precipicio alto y cubierto de árboles. Tyen advirtió que torcía hacia las montañas.

—Sigue el contorno del valle —indicó.

—No llegaremos lejos —le informó Veroo—. Tenemos que encontrar un lugar donde aterrizar.

—Lo sé, lo sé.

Escrutó el terreno, pero no localizó ninguna extensión despejada. Un hilillo de agua relucía al sol. Un río... Pero las arboledas llegaban hasta la orilla.

El aerocoche se inclinó al cambiar de dirección. Al colocarse de costado al viento su avance se tornó más movido y lento. A Tyen se le revolvió el estómago cuando empezaron a descender con rapidez. Tal vez el desgarrón en la cápsula se había hecho más grande.

—Tyen —dijo Veroo.

—Tú sigue volando mientras sea posible.

Sezee lo agarró del brazo.

—Aún nos siguen.

El joven miró hacia atrás. El Dardo asomaba por encima del barranco. «¿Por qué no se alejan a toda prisa? ¿Quieren esperar a ver dónde aterrizamos?».

—¡Tyen! —gritó Veroo.

Al volverse se encontró frente a una pared de fronda.

—¡Agarraos! —bramó al tiempo que fortalecía la barrera en torno al aerocoche.

Se internaron en el follaje, rozando ramas y hojas con el escudo, hasta salir bruscamente por el otro lado...

Y colisionar de frente contra el tronco del árbol que los esperaba allí.

Con el impacto Tyen se soltó de la barandilla. Oyó que Veroo dejaba escapar un grito ahogado, pero Sezee no emitió sonido alguno. Cayó de bruces y resbaló por el costado de la carlinga. Extendió los brazos, se agarró de un puntal y consiguió enganchar la pierna en el soporte de la barandilla. Los zapatos que llevaba atados al cinto le golpearon el pecho. La correa del maletín le rozó la nariz antes de salir volando por encima de su cabeza. Tyen intentó atraparlo, pero sus dedos se cerraron en el aire y el maletín se precipitó hacia el suelo.

—¡Bicho! —gritó—. ¡Vuela!

La solapa se abrió y el insectoide apareció con las alas borrosas por la velocidad a la que las movía.

—Vigila bolsa —ordenó Tyen.

El escarabajo bajó en picado, zumbando. No esperó a verlo posarse.

El aerocoche se había detenido por completo. El morro, o, mejor dicho, la parte delantera de su escudo, se había empotrado en el árbol, pero como la cola no estaba sostenida por nada empezó a caer. Tyen reforzó la barrera por debajo del vehículo, pero cuando este estaba casi horizontal se atascó con algo y, tras rebotar un par de veces, se quedó inmóvil.

Se puso de pie con dificultad, provocando un balanceo en el aerocoche, y extendió la vista alrededor. Sezee estaba acurrucada en las redes. Lo miró a los ojos y le dedicó una sonrisa sombría que él interpretó como señal de que estaba ilesa. Veroo se levantó entre refunfuños ininteligibles. Tyen suspiró, aliviado. El asiento del piloto, situado al frente de la carlinga, habría podido resultar muy dañado, pero la barrera la había protegido.

La parte de atrás de la cápsula se había posado sobre la rama de otro árbol. Sin embargo, solo el escudo de Tyen la mantenía allí.

—No hagáis movimientos bruscos —les recomendó—. El aerocoche aún podría caer.

Sezee echó una ojeada por el costado.

—¿Cómo vamos a bajar?

Tyen siguió la dirección de su mirada. Se encontraban a demasiada altura para saltar. Como la vegetación cubría el terreno resultaba imposible determinar si era liso o rocoso. Contempló la escala de cuerda que, como en todos los aerocoques, estaba atada a un puntal. Dudaba que llegara hasta el suelo. Examinó el árbol en el que se habían incrustado. Las ramas estaban demasiado separadas para descender por ellas. Pero tal vez una mezcla de las dos cosas...

—Bajaremos por etapas —decidió.

—Un momento. ¿Oyes eso? —preguntó Veroo.

Se quedaron callados. Percibieron un ruido rítmico y sordo apenas audible por encima del susurro del viento en las hojas.

—¿El Dardo? —se preguntó Sezee en voz alta.

—Seguramente. Si es así, estaremos más seguros en el suelo —dijo Tyen.

Valiéndose de la magia atrajo la escala hacia sí para no arriesgarse a desequilibrar la carlinga. Creó un agujero en la barrera y salió a través de ella a la maraña de ramas contra las que se había estrellado el morro del vehículo. Recorrió el tronco con la vista y eligió otra enramada al alcance de la escalera. Después de atar bien las cuerdas comenzó a descender hacia allí.

—¿Qué ha sido de aquello de «las damas primero»? —inquirió Sezee mirándolo desde arriba a través de las redes.

—¿Quieres ser la primera en poner a prueba mis nudos?

La joven sacudió la cabeza.

—No.

—Además, si te caes podré cogerte mucho más fácilmente si tengo los pies en una superficie firme. —Al llegar sin percances a la enramada, alzó los ojos hacia Veroo—. Te toca.

—Sezee debería ser la siguiente —repuso la mujer.

Tyen asintió.

—Pues súbete a una rama. No quiero tener que cogeros a las dos si el aerocoche se precipita.

Estabilizó el vehículo mientras Sezee gateaba por él hacia el árbol. Poco después ella descendía por la escala mientras Tyen apoyaba su peso en el último peldaño para evitar que oscilara. Veroo la siguió. Luego Tyen desató la escala con magia y la aseguró a otra rama para que pudieran bajar el trecho que les quedaba.

La sensación del suelo sólido bajo sus pies nunca había sido tan placentera. Mientras las mujeres descendían alzó la vista hacia el aerocoche. Al no recibir un flujo de aire caliente la cápsula empezó a desinflarse.

—¿Podrías bajarla sin dañarla aún más? —preguntó Veroo cuando se unió a Sezee y a él.

—Espero que sí.

Reparó en que la joven ya se había calzado. Se sentó sobre una raíz grande y empezó a ponerse los zapatos.

—¿Y podrás repararla? —quiso saber Sezee.

—Te responderé cuando haya visto los desperfectos.

Tras respirar hondo e invocar un poco más de magia utilizó la barrera que envolvía el vehículo como una mano ahuecada para sostenerlo y conducirlo suavemente hacia abajo. Resbaló de la rama con brusquedad, y Tyen dejó que se inclinara apartándose del árbol en el que había aterrizado para liberar la parte

delantera. A partir de ese momento tuvo que soportar todo el peso del aerocoche, lo que lo obligó a absorber más energía. Los puntales crujieron cuando lo depositó en el suelo y la cápsula se hundió sobre sí misma con un bufido.

Los tres se acercaron. Sezee se detuvo y apartó las hojas de una planta.

—Aquí está tu maletín. —Se agachó y retrocedió de golpe—. Y Bicho.

Tyen se encaminó hacia ella.

—Bicho —llamó.

Se oyó un zumbido familiar y el insectoide se elevó de entre la maleza. Voló hasta Tyen, que notó la presión de sus diminutas patitas metálicas sobre el hombro. Sezee lo contemplaba fascinada.

—Nunca te lo había preguntado... ¿Es macho o hembra?

Él pestañeó, desconcertado.

—Es solo... Bicho. No tiene... esto... partes masculinas o femeninas.

Sezee alargó el brazo y le acarició la cabeza.

—A juzgar por las bonitas alas, yo diría que es hembra. No las habrías hecho tan decorativas y coloridas si hubieras querido crearlo macho.

—A algunos hombres les gusta engalanarse —señaló Veroo— y vestir con colores vistosos.

—En Leracia no, y Tyen es leraciano.

Tyen meneó la cabeza.

—¿Por qué tiene que ser macho o hembra?

Sezee se encogió de hombros.

—Ya no oigo el rumor de las hélices —terció Veroo.

Guardaron silencio y aguzaron el oído. Tyen solo percibió los sonidos del bosque. Exhaló un suspiro.

—Habrán tomado nota de nuestra posición y estarán buscando un sitio más seguro donde detenerse para arreglar su cápsula.

Hurgó entre las plantas, encontró el maletín y lo recogió. Cuando abrió la solapa para comprobar si Vella había sobrevivido se le encogió el corazón al ver que no estaba dentro. Comenzó a buscar alrededor.

—¿Has perdido algo? —preguntó Sezee.

Por toda respuesta Tyen emitió un gruñido.

La joven comenzó a remover la vegetación.

—¿Qué buscas?

—Un libro.

—¿El que leías durante el...? ¡Ah! ¡Aquí está!

Se agachó y sus manos desaparecieron bajo las hojas de otra planta. Cuando se enderezó estaba sujetando a Vella. Examinó la vieja y desgastada cubierta, dándole vueltas entre las manos. Tyen se le acercó con una expresión de indiferencia y extendió la palma hacia ella. Respiró aliviado cuando Sezee, en vez de hojear el libro, se lo entregó.

—Gracias —dijo, y lo guardó en el maletín—. Ahora veamos el alcance de los daños sufridos por el aerocoche. Esperemos que el propietario llevara a bordo un juego de parches para la cápsula.

—¿Dónde podría estar? —preguntó Veroo.

—En la carlinga.

Las dos mujeres lo siguieron hasta el aerocoche. Una parte de la cápsula desinflada cubría los puntales formando pliegues, por lo que Tyen empujó la gruesa tela hacia el interior del armazón. Se le cayó el alma a los pies cuando aparecieron las puntas irregulares de madera.

—Es peor de lo que creía —dijo.

Tenía a la vista el agujero en la parte superior de la cápsula. No era tan grande como temía, pero el estado de los puntales era lamentable. Tendría que tallar unos nuevos y fijarlos de alguna manera. Sujetando en alto los bordes del agujero echó una ojeada dentro y encontró la lanza que había ocasionado el desperfecto. Tal como había supuesto, tenía púas en el fuste. Tiró de ella para sacarla y la dejó caer al suelo.

—Qué cosa tan siniestra —comentó Sezee fijando en ella una mirada recelosa—. Y pensar que ha estado a punto de agujerearte la cabeza...

Tyen se estremeció.

—Preferiría no imaginarlo.

—¿Esto es el juego de parches?

Veroo levantó una bolsa pequeña que Tyen identificó de inmediato como el equipo de reparación habitual que se vendía en Lawson e Hijos, la tienda de artículos para aerocoches.

—Sí. —Sacudió la cabeza y suspiró—. El arreglo llevará más tiempo que la recuperación del Dardo. Volverán antes de que hayamos terminado.

—Tyen —dijo Veroo en el mismo tono de advertencia que cuando se precipitaban hacia la espesura. Al volverse, él vio que la mujer tenía puesta su atención en un arroyo cercano—. Tenemos compañía.

Era imposible que los hechiceros del Dardo hubiesen regresado tan pronto. Tyen tardó un momento en distinguir las dos figuras que se hallaban de pie entre las moteadas sombras de los árboles, y le alivió comprobar que no se trataba de sus perseguidores. Un hombre unos diez años mayor que él lo miraba con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Junto a él había un joven con los ojos desorbitados que desplazaba la vista una y otra vez del aerocoche a su acompañante.

—¿Quiénes son? —susurró Sezee.

—No tengo ni idea —contestó Tyen.

Los dos llevaban ropa resistente y muy gastada. El mayor empuñaba un hacha. Debían de ser lugareños, quizá habitantes de los bosques. ¿Estarían dispuestos a ayudarlos? Aunque era arriesgado depositar su confianza en unos desconocidos, necesitarían comida y alojamiento, tanto si Tyen reparaba el aerocoche como si lo abandonaban. Respiró hondo y dio unos pasos hacia ellos.

—Buenos días —dijo—. Por favor, ¿podrían decirnos dónde estamos?

La arruga en el entrecejo del hombre se hizo más profunda.

—En el Verdazgo —dijo—. El extremo sur de Rymuah. —Entornó los párpados—. Eres leraciano.

Tyen asintió.

—Pero las mujeres no.

—Son de las islas Occidentales. —Tyen se volvió hacia cada una de las mujeres y las presentó—. Yo soy Tyen. Somos... —¿Fugitivos? ¿Prófugos? No podía revelarles eso—. Somos aventureros.

El hombre ladeó ligeramente la cabeza hacia la costa.

—Ya había visto a otros como tú antes. Pero es la primera vez que veo al Imperio intentar derribar a uno del cielo. —Caminó hacia Tyen con pasos pesados y le tendió la mano. Cuando el muchacho ofreció la suya, el hombre se la estrechó con fuerza y se la soltó—. Bienvenidos a Rymuah. Orn Lorgen —dijo—. Este es mi hijo Ozel.

Las mujeres se aproximaron, y padre e hijo les dedicaron leves reverencias. Observaron los pantalones de Sezee con inquietud. Tyen esbozó una sonrisa comprensiva.

—En fin... —dijo Orn—. Los hombres del Imperio os persiguen. —Señaló el aerocoche con un movimiento de la cabeza—. Lo han dejado bastante destrozado.

Habría sido inútil negarlo. Tyen asintió.

—Su aerocoche también ha resultado dañado. ¿De cuánto tiempo creéis que disponemos antes de que lo arreglen y vuelvan aquí? —preguntó Veroo.

—No del suficiente —dijo el hombre—. Hay una aldea al noroeste, no muy lejos. Los hombres del Imperio aterrizarán allí. Os queda un par de horas, a lo sumo.

—¿Habrán otros magos allí? —quiso saber Tyen.

Orn hizo un gesto afirmativo.

—Por aquí siempre ha habido desacuerdos sobre qué tierras pertenecen a quién, y sobre quién tiene derecho a talar los árboles y vender la madera. Los magos del Imperio resuelven esas disputas por nosotros. Siempre a su favor, por supuesto.

Sezee se volvió hacia Tyen.

—¿Podrías vencerlos en una lucha?

Él hizo una mueca.

—No lo sé. Depende de cuántos sean. —Y después ¿qué? No quería verse obligado a matar a nadie—. Deberíamos irnos. Podemos construir otro aerocoche.

—Eso llevaría tiempo —protestó la joven—. Informarán a la Academia de dónde estás y enviarán a más hechiceros con Dardos para darte caza. Cuando podamos volver a volar ya no será seguro para nosotros viajar por aire.

—Yo en vuestro lugar proseguiría el camino a pie y pondría tierra de por medio —dijo Orn—. Os aconsejaré sobre la mejor ruta.

—Gracias. —Tyen suspiró—. El problema es que no podemos llegar a nuestro destino a pie.

El hombre arqueó las cejas.

—¿Queréis cruzar la sierra? —Caminó hacia el aerocoche, seguido de cerca por el muchacho—. ¿Qué es lo que ha quedado dañado?

—Habría que cambiar algunos puntales y parchear la cápsula.

—¿Podrías ayudarnos? —preguntó Sezee—. Os pagaríamos.

El hombre frunció los labios y después infló las mejillas. Finalmente soltó el aire con un ligero resoplido y asintió.

—Creo que sí. Si consigo avisar a unos amigos que viven por aquí, lograrían desmontar el aerocoche y trasladarlo. Los del Imperio creerán que lo hacen para vender las piezas. Cuando se hayan ido podréis regresar y montarlo de nuevo.

Tyen contempló asombrado al hombre. Que estuviera dispuesto a tomarse tantas molestias por ellos era toda una lección de humildad. Lo miró a los ojos.

—¿Seguro que quiere ponerse en peligro ayudando a unos enemigos del Imperio? Orn movió la cabeza afirmativamente.

—No sé por qué huis de ellos, pero, si os persiguen, no quiero que os encuentren. Un enemigo del Imperio es un amigo de los rymuanos.

Tyen sonrió.

—Estoy pensando que debería adoptar una política similar.

—¿Adónde iremos mientras tanto? —preguntó Veroo.

Orn reflexionó unos instantes.

—Podéis quedaros en mi casa, si queréis. Está a unas horas de camino, pero en un sitio bastante escondido.

Cuando el hombre se alejó para inspeccionar el vehículo Sezee le dio un toque en el brazo a Tyen.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —murmuró.

El muchacho se encogió de hombros.

—No, pero incluso si Orn consiguiera reparar el aerocoche a tiempo ellos nos localizarán en cuanto volemós por encima de los árboles y reanudarán la persecución. Nos atraparán antes de que podamos atravesar las montañas.

—No, me refiero a si te fías de él.

—Me temo que no tenemos otra opción.

Sezee dirigió la vista a Veroo, quien asintió.

—Tiene razón. Deberíamos ir a buscar el equipaje.

Admitiendo su derrota con un suspiro Sezee se acercó al vehículo y comenzó a sacar las bolsas de la carlinga.

—No pensaréis cargar con todo eso, ¿verdad? —dijo Tyen.

Ella le lanzó una mirada desafiante.

—No, lo llevarás tú. Después de todo, te contratamos como porteador.

—Me parece que ha llegado el momento de dimitir.

Sezee bajó los ojos hacia las maletas.

—Pero... ¿no podrías transportarlas con magia?

Veroo rio entre dientes.

—¿Y dejar un rastro evidente de Hollín para que nos encuentren?

—Entonces llevaremos la maleta más pequeña —decidió Sezee—. Metamos en ella las cosas más importantes.

—Y rápido —añadió Veroo.

Al cabo de unos minutos las mujeres habían guardado algunos objetos en la maleta menos voluminosa. Tras entregársela a Tyen apretujaron las otras bolsas en la carlinga. El hombre dijo algo en voz baja al muchacho, y este asintió y se alejó corriendo.

—Seguidme —les indicó Orn y echó a andar.

Tyen se volvió hacia Sezee y Veroo, que lo miraron con expresión ceñuda, pero no rechistaron. Él enderezó la espalda, agarró con fuerza el asa de la maleta y se puso en marcha detrás del rymuano.

Orn marcó un ritmo constante, no muy apresurado pero con pocas pausas. Seguía un sendero tan angosto que en algunas partes sus zapatos apenas cabían en él. Lo cruzaban otras veredas, tan a menudo que Tyen se preguntó si el bosque era un laberinto inmenso. Con frecuencia veía huellas de algún tipo de animal. De cuando en cuando troncos caídos atravesaban el camino. Al principio Tyen se paraba para ayudar a las mujeres a pasar por encima, pero Sezee, que no llevaba una falda que la estorbara, superaba casi todos los obstáculos sin dificultades y permanecía cerca de Veroo con el fin de servirle de apoyo siempre que la necesitara. Tyen acabó por avanzar detrás de ellas, en la retaguardia, listo para echar una mano si se lo pedían.

Conforme avanzaban las subidas se tornaban más frecuentes que las bajadas y el sendero se volvía más empinado. Cruzaban rudimentarios puentes de madera para salvar estrechos riachuelos y más adelante barrancos de paredes verticales, cada vez más profundos y llenos de vegetación.

Pasaron largo rato sin hablar hasta que Sezee llamó a Orn y le preguntó si podían hacer una parada pronto para beber un poco. Él asintió y, al poco, se detuvo frente a un peñasco por el que corrían regueros de agua potable y fresca. Les ofreció unas tiras de cecina, y Veroo sacó a su vez unos consistentes pastelillos de nueces, cereales y frutos secos que había comprado antes de iniciar la travesía por mar. A Orn le gustaron más que a las mujeres la cecina.

La oscuridad cayó poco a poco en el bosque a medida que los últimos rayos del sol abandonaban las copas de los árboles. Cuando el ambiente refrescó se abrocharon los abrigo hasta arriba y extrajeron los guantes de sus bolsillos. Como la fronda filtraba la luz de las estrellas pronto empezaron a tropezar con raíces y piedras. Orn se detuvo de nuevo.

—Conozco bien el camino —dijo—, pero vosotros no podéis seguir adelante a oscuras. —Se dirigió a Tyen—. Hemos pasado entre dos brazos de la sierra, así que ellos solo podrían vernos si estuvieran justo encima de nosotros, y si llegaran a acercarse tanto oiríamos sus hélices.

Tyen asintió. Creó una llama minúscula y la hizo flotar a muy baja altura sobre el suelo. Cuando otra llama apareció junto a esta alzó la vista hacia Veroo. La mujer sacudió la cabeza y volvió los ojos hacia Orn con expresión significativa.

«De modo que sabe usar la magia», pensó Tyen. El hombre dirigió hacia Veroo la misma mirada especulativa que Tyen había fijado en él, sin duda porque este había dado por sentado que la llama era de ella. Veroo se encogió de hombros, y una tercera llama se encendió. Con una sonrisa, Orn echó a andar de nuevo por el bosque.

Aunque Tyen sospechaba que ya habían completado más de la mitad del recorrido, no tenía esa sensación. La fría oscuridad resultaba opresiva. El susurro constante del viento entre las hojas le recordaba en todo momento los árboles, que en aquel negror se habían convertido en una presencia imponente e invisible. El bosque también le parecía más ruidoso, preñado de sonidos que iban desde gruñidos graves y guturales hasta cantos y chillidos agudos.

Las curvas del sendero eran cada vez más cerradas y la cuesta cada vez más pronunciada. Oía la respiración trabajosa de las mujeres por encima de sus propios jadeos, hasta que el rugido del agua ahogó todos los sonidos. Más adelante la llama de Orn se elevó cuando él comenzó a subir por un tramo de escalones toscamente tallados en la piedra. Sezee y Veroo se detuvieron, resollando. Tyen las alcanzó, y le sonrieron y le hicieron señas de que pasara adelante.

Cuando llegaron a lo alto de la escalera, a Tyen le dolía la garganta por el aire que entraba y salía con violencia de sus pulmones, y le temblaban las piernas. Se detuvo dando tumbos y advirtió que Orn lo esperaba, sin más indicación de estar respirando más deprisa de lo normal que el aliento que se condensaba ante su rostro.

Entonces Tyen se percató de que el hombre se hallaba de pie frente al soportal de una casa construida en una grieta de una pared de roca. Al otro lado discurría un arroyo que se sumía en una abertura en el suelo. Era el origen del rugido.

Orn estaba en compañía de una mujer y dos hombres más jóvenes. Tyen los oía hablar, pero solo captaba la mitad de las palabras. Al percibir unas pisadas procedentes de atrás, apenas audibles bajo el ruido de la cascada, supo que Sezee y Veroo habían llegado. Como había recobrado la fuerza en las piernas dio media vuelta y les ofreció un brazo a cada una para que se apoyaran en él mientras se reponían del ascenso. El vapor de la respiración de los tres se combinaba en una sola nube mientras recobraban juntos el resuello.

Sezee fue la primera en moverse y avanzó con paso algo inestable. Veroo la siguió de inmediato. Tyen se unió a ellas mientras se aproximaban a Orn y hacia la casa. El rymuano y su familia bajaron de la plataforma para ir a su encuentro.

—Bienvenidos a mi hogar —dijo—. Ella es Ael, mi esposa, y ellos son Onel y Onid, mis hijos mayores.

A continuación presentó a Tyen, Veroo y Sezee a su familia.

La mujer sonrió.

—Pasad. Aquí estaréis a salvo. Podréis comer y descansar.

Después de la larga caminata todo pareció suceder de forma rápida y eficiente. Ael y uno de los hijos les prepararon una cena. Una niña pequeña apareció y se quedó mirando a Sezee con timidez antes de que la obligaran a volver a la cama. Cuando le preguntaron a Tyen por qué los perseguían los magos del Imperio él les explicó que un profesor de la Academia le había tendido una trampa para culparlo de un robo. Sezee agregó que lo habrían apresado si Veroo y ella no lo hubieran ayudado a escapar.

—¿Por qué habéis venido al sur? —inquirió Onel.

—Quieren ir al otro lado de la cordillera, claro —contestó Onid—, el único lugar que el Imperio aún no ha conquistado.

—Y por eso necesitáis reparar el aerocoche —concluyó Orn sonriente.

Tyen hizo un gesto afirmativo.

—O construir uno nuevo.

—Si todo sale bien, no hará falta —aseguró Orn—. He enviado a Ozel a buscar a Kel —explicó a su familia—. Entre él y los chicos podrán trasladar el aerocoche a un sitio seguro y recóndito.

Sezee sonrió.

—Muchas gracias por vuestra ayuda.

Tyen asintió.

—Estoy en deuda con vosotros por partida doble —declaró abrumado por la generosidad de aquellas personas—. Como ha dicho Sezee antes, podemos pagaros. Me queda algo de dinero, y dudo que sea moneda corriente en el sur.

—No es necesario que... —Orn miró a su esposa, quien le había propinado un codazo suave en las costillas. Con un suspiro, se volvió de nuevo hacia Tyen—. Si quieres, daremos un buen uso a las monedas que no necesites ayudando a la gente de la zona que se ha quedado sin trabajo o sin tierras por culpa del Imperio.

Tyen sonrió.

—No se me ocurre un uso mejor.

—Bueno, me parece que a todos os vendría bien una buena noche de descanso —decidió Ael.

La mujer se puso de pie e indicó a los demás que llevaran ropa de cama a la habitación delantera de la casa. Poco después la familia se dispersó en cuartos situados más al fondo de su extraño hogar, dejando a sus invitados tendidos sobre colchones en el suelo.

Que eran más confortables que la carlinga del aerocoche, advirtió Tyen. Sin embargo, aunque estaba cansado, permaneció despierto escuchando como la respiración de Sezee, y luego la de Veroo, se hacían más profundas conforme se adaptaban al ritmo más lento del sueño. Topar con Orn había sido otro golpe de suerte, pero ¿sería el preludio de otro revés, como en las dos ocasiones anteriores?

Antes de quedarse dormido se le ocurrió que casi toda su buena fortuna había consistido en conocer a personas que aborrecían tanto al Imperio que estaban

dispuestas a ayudarlo. Tal vez la suerte no entraba en juego.

Pero, en ese caso, ¿qué haría cuando llegara al Lejano Sur, donde la mayoría de la gente no había oído hablar del Imperio o no tenía motivos para odiarlo?

SEXTA PARTE

Rielle

Durante la primera hora más o menos después de confesar su delito Rielle se sintió ligera y, lo que era más extraño, libre.

Había vivido ocultando algo desde que tenía memoria, pero ya no había ninguna necesidad. Desde el día que Narmah había descubierto que su sobrina podía ver la Mancha —y Rielle guardaba pocos recuerdos más antiguos— había tenido que andarse con cuidado. Ahora que ya no le hacía falta tenía la sensación de que sus extremidades se movían con más facilidad, o el aire oponía menos resistencia o ella disponía de una energía que antes consumía guardando secretos.

Aunque sabía que ese efecto no le duraría mucho no se le pasó cuando entró en el templo o cuando Sa-Elem refirió su falta a los otros sacerdotes. Tampoco cuando lo siguió por los pasadizos que discurrían por debajo del edificio, custodiada por un clérigo joven. Solo desapareció cuando la puerta de su celda se cerró con un ruido metálico.

Sentada en el único mueble que había, un sencillo banco de madera, había dejado que el miedo y el sentimiento de culpa la invadieran, aceptándolos como un castigo tan merecido como inevitable.

Todas sus conjeturas sobre su destino se basaban en la suerte que había visto correr a otros. Sin embargo, no la habían sometido a torturas mágicas como a su raptor, seguramente porque no se había resistido al arresto ni había intentado recurrir a la magia. Si seguía colaborando con ellos, ¿le ahorrarían la procesión humillante por las calles de la ciudad antes de llevársela no se sabía adónde?

Sin duda los sacerdotes organizarían un traslado más discreto para la hija de unos mercaderes adinerados. Las grandes familias no querrían llamar la atención sobre la posibilidad de que los miembros ricos de la sociedad podían convertirse en impuros.

Por otro lado, quizá intentarían aprovechar la oportunidad para distanciarse de los Lázuli, señalando que los tintoreros eran artesanos y por tanto más propensos a sentirse atraídos por la magia. Después de todo, los tintes no eran más que otro tipo de mancha.

Eso acarrearía la ruina de la familia.

¿O tal vez no? Sus padres habían luchado toda su vida contra el estigma que implicaba ser propietarios de una tintorería. Su padre exigía a sus trabajadores una conducta ejemplar. Su madre, como Rielle sabía muy bien, podía ser implacable en sus esfuerzos por sacar adelante el negocio. Removerían cielo y tierra por proteger su reputación, y si eso significaba renegar de Rielle no dudarían en hacerlo.

Aunque le dolía imaginarlo, esperaba que lo hicieran. No quería que sus errores

los perjudicaran a ellos ni a sus empleados. Además, si le echaban la culpa a ella, no se la echarían a Izare.

O tal vez lo culparían de todos modos.

El chirrido de una puerta al abrirse la salvó de contemplar esa posibilidad. El sacerdote que la vigilaba cerró su libro y se puso de pie cuando apareció Sa-Gest con un farol en la mano. A Rielle se le hizo un nudo en el estómago.

—Vengo a relevarte —dijo Sa-Gest.

El guardia asintió. Tras recoger su lámpara salió sin siquiera mirar a la prisionera. El rostro de Sa-Gest permaneció inexpresivo hasta que la puerta se cerró, y entonces se relajó en una sonrisa perezosa.

Aunque a Rielle se le aceleró el pulso cuando el sacerdote se acercó a los barrotes intentó no mover un músculo de la cara para no evidenciar su miedo. Se alegró de que la celda fuera lo bastante grande para que él no alcanzara a tocarla si alargaba el brazo.

—Vaya, vaya —murmuró el clérigo—. Nunca había visto que una mujer llegara a semejantes extremos para evitarme. De hecho, me siento halagado.

Rielle clavó la vista en él sin decir nada. Riéndose de su propia broma, Sa-Gest aferró los barrotes. Cuando ella recordó lo engañosamente fuertes que eran esos dedos un escalofrío le recorrió la espalda. Con una amplia sonrisa, él sacudió la puerta. El estrépito la sobresaltó. El hombre sabía usar la magia. Podía abrirse paso hasta ella por la fuerza. Incluso era posible que tuviera la llave.

Pero no se atrevería. Los otros sacerdotes no permitirían que hiciera daño a una presa, aunque fuera una impura.

El clérigo le dedicó una sonrisa burlona.

—Solo comprobaba que estuviera bien cerrada. No me gustaría que te fugaras durante mi turno de vigilarte. —Se inclinó hacia Rielle—. Aunque, si se presenta la oportunidad, tal vez puedas convencerme de que te ayude —susurró—. A cambio de algunos favores.

La joven mantuvo una mirada impasible y serena. El clérigo no le estaría proponiendo un trato así si hubiera tenido la libertad de agredirla.

—Por otro lado —prosiguió—, si dices una palabra a alguien sobre mi visita y el favor que te he pedido, me aseguraré de que tú, tu familia y tu amante sufráis las peores humillaciones y...

Un golpe sordo y una voz que lo llamaba se solaparon con el final de su frase. Sa-Gest se soltó de los barrotes y retrocedió un paso con una sombra de alarma en el rostro y, recuperando la compostura, se volvió despacio hacia quien lo había interrumpido. Era el joven sacerdote que había custodiado antes a Rielle. Una arruga de irritación le surcaba la frente.

—Sa-Elem quiere hablar contigo ahora mismo.

Sa-Gest asintió.

—Gracias.

Se alejó con aire decidido pero a paso tranquilo. Cuando Rielle oyó que la puerta se cerraba respiró hondo y exhaló despacio.

El guardia le escrutó el semblante con los ojos entornados en actitud suspicaz o pensativa antes de extraer su libro de un pliegue de la túnica y continuar con la lectura, sin prestarle más atención.

Rielle caviló sobre la oferta y la amenaza de Sa-Gest. «Bueno, queda confirmado: obraba por su cuenta y no con el fin de asustarme para que volviera con mi familia». Se preguntó si eso mejoraba o empeoraba su situación. Decidió que la empeoraba. Nadie la creería si lo denunciaba por intimidación. Por lo menos esa celda le ofrecía un poco de protección contra el sacerdote, y una vez que se la hubieran llevado de Fogo él no ganaría nada complicándole la existencia a Izare.

Izare. El mero hecho de evocar su nombre era como una puñalada en el pecho que le producía un dolor desgarrador. ¿Qué opinaría de ella ahora? ¿La había creído o seguía pensando que había intentado abortar? Anhelaba explicárselo todo, hacerle comprender por qué había actuado así y decirle cuánto lo lamentaba.

«Oh, Ángeles míos. ¿Volveré a verlo algún día?». La ansiedad y la angustia eran insoportables. Cerró los ojos y se esforzó por dejar de pensar y de sentir. Al cabo de un rato descubrió que si se imaginaba a sí misma pintando los pensamientos dejaban de dar vueltas en su cabeza y conseguía instalarse en una calma frágil.

Sin embargo, el sonido de una puerta al abrirse de nuevo la arrancó de esa tranquilidad. Soltó una maldición entre dientes, preguntándose quién acudiría a atormentarla o a regodearse esa vez. Se le heló el corazón al ver aparecer a Sa-Elem. Este la miró a los ojos y apretó los labios en un gesto de desaprobación. Lo acompañaba un sacerdote mayor.

—Espera fuera —ordenó al guardia sin apartar los ojos de Rielle.

El joven clérigo cerró su libro y salió.

Sa-Elem levantó la silla, la llevó hasta la puerta de la celda y, tras dejarla en el suelo, indicó a su acompañante que se sentara. El recién llegado llevaba un cuaderno, una pluma y un tintero pequeño con una púa plana unida a un lado por un extremo. Se acomodó en la silla, abrió el cuaderno e introdujo en el lomo la púa del tintero.

Rielle no pudo evitar sentir una ligera fascinación. «Qué ingenioso. Podría emplear un sistema así para pintar al aire libre con...».

—Ais Rielle Lázuli —dijo Sa-Elem.

Se oyó el sonido de la pluma al rascar el papel cuando el otro hombre comenzó a transcribir su conversación.

—¿Sí, Sa-Elem? —respondió ella.

—Hace unas horas has confesado haber usado magia.

Esas palabras le provocaron una sensación fría y aterradora. Tragó saliva al notar que de pronto se le había secado la garganta. Habría sido inútil negarlo. Sa-Gest e Izare habían sido testigos. Uno podía mentir para salvarla y el otro para hundirla.

—Sí —dijo con un hilillo de voz.

—¿Cómo aprendiste a usarla? Habla despacio.

Era un alivio poder contar la historia entera. Era importante que todos supieran que, aunque había cometido una insensatez, sus intenciones eran buenas. Así que describió a la anciana que la había acosado cuando había topado con la Mancha. Luego explicó que las inspecciones la habían impulsado a regresar allí, pese a los riesgos que entrañaba, con la esperanza de que si ayudaba a los sacerdotes a encontrar a la corruptora estos dejarían en paz a los artesanos. Sa-Elem escuchaba en silencio mientras ella refería el segundo encuentro con la anciana, las indicaciones que esta le había dado, el episodio con la vendedora de pañuelos que no parecía saber en qué estaba metida y su tentación de darse por vencida.

—Pero entonces vi que ella estaba allí, detrás de mí. No había averiguado nada que pudiera ser útil para ustedes y temía que, si huía, ella dedujera que había intentado localizarla y usara la magia contra mí. Así que le seguí el juego y subí a su carromato.

—¿Un carromato? —la atajó Sa-Elem—. Háblame de ese carromato.

Rielle lo describió mientras el escriba registraba sus palabras a toda prisa.

—Si quiere, puedo dibujársela. Y también un retrato de la corruptora.

Sa-Elem dirigió la mirada hacia su acompañante y la bajó hacia el cuaderno. El escriba enarcó las cejas y sacudió la cabeza con suavidad.

—Te traeremos papel más tarde —decidió Sa-Elem—. Cuéntanos qué sucedió en el carromato.

—Le hice creer que buscaba un método para evitar quedarme embarazada, suponiendo que ella me indicaría que hiciera algo antes o después de... de que fuera necesario. Me preguntó si ya estaba encinta, me puso las manos en el vientre y yo... Todo ocurrió muy deprisa. Sentí dolor y ella dijo que había cortado algo en mi interior. —Se estremeció al recordarlo—. Me aseguró que tendría que aprender magia para arreglarlo, así que...

Se le hizo un nudo en la garganta que le impidió reconocerlo.

—Aprendiste —concluyó Sa-Elem—. Porque querías remediar el daño que ella había hecho.

—Sí. —Rielle frunció el ceño—. En realidad, no. En ese momento estaba demasiado asustada para negarme.

—Y sin embargo intentaste arreglarlo más tarde.

Rielle bajó los ojos.

—Sí.

—¿Por qué?

Ella suspiró.

—Había... muchas razones. Eso me habría permitido congraciarse a Izare con mi familia y conseguir que colaboraran.

—Y querías un niño.

Alzó la vista hacia él sorprendida.

—No.

—Entonces ¿era cierto que querías un método para evitar la concepción?

La joven arrugó el entrecejo.

—Bueno, si existiera una manera que no implicara utilizar magia o ponerme enferma, la habría probado. Lo lógico habría sido esperar a que Izare y yo ganáramos más dinero y nos lleváramos bien con mi familia antes de tener hijos.

El otro sacerdote levantó la mirada del cuaderno.

—¿Lograste contrarrestar los efectos de lo que ella te había hecho?

Extrañada por esta súbita muestra de interés Rielle se volvió hacia él.

—No lo sé. Intentaba averiguarlo esta mañana. Según ella, para explorar mi interior no hacía falta recurrir a la magia.

—¿Así que ha sido un accidente? —inquirió él tras escribir su respuesta.

—Sí.

—Esta mañana has utilizado magia por tercera vez —señaló Sa-Elem.

Rielle posó de nuevo los ojos en él y asintió.

—La segunda fue junto al foso de basura, cuando intentaste sanarte —aventuró el sacerdote.

Ella volvió a asentir.

Sa-Elem inspiró profundamente y soltó el aire entre los labios apretados mientras intercambiaba una mirada con el escriba. Rielle notó un cosquilleo en el espinazo. La expresión de ambos parecía revelar que consideraban significativa esa circunstancia, y eso no era bueno.

—¿Algo más? —preguntó Sa-Elem al hombre.

El escriba movió la cabeza afirmativamente y se dirigió a Rielle.

—¿Desde cuándo eres capaz de ver la Mancha?

Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Perjudicaría su respuesta a sus padres? Aunque la facultad de ver la Mancha no era un delito, se suponía que las familias debían informar a los sacerdotes si uno de sus miembros la poseía. Por otra parte, era una ley que muchos no cumplían.

—Desde que era niña —contestó.

—¿Podrías precisar un poco más?

Rielle agachó la cabeza.

—Después de la procesión funeraria de Sa-Imnu.

El escriba inspiró bruscamente e intercambió otra mirada con su acompañante. Esa vez parecían más perplejos que consternados. El escriba bajó la vista y continuó escribiendo con rapidez mientras Sa-Elem devolvía su atención a Rielle.

—¿Has usado magia en alguna otra ocasión aparte de en esas tres?

—No.

—¿Has vuelto a ver a la corruptora?

—No.

—Aparte de la corruptora y de ti, ¿sabía alguien que habías aprendido magia?

—No.

—¿Conoces a otra persona aparte de la corruptora que haya utilizado la magia?

—No.

—¿Alguien más sabía que podías ver la Mancha?

Rielle crispó el rostro.

—Mi tía.

«Lo siento, Narmah —pensó—, pero alguien tuvo que enseñarme a no reaccionar cuando la veía. Ángeles, por favor, que no reciba un castigo muy severo».

—¿Y tus padres? —preguntó Sa-Elem.

—No.

El sacerdote arqueó las cejas con incredulidad.

—Narmah creía que cuantas menos personas lo supieran, mejor.

—¿Quieres comentarnos alguna cosa más?

Rielle meditó unos instantes. Lo único que no había mencionado eran las amenazas de Sa-Gest.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó.

—Aún no está decidido.

—Pero es probable que me destierren.

—En efecto.

—¿Adónde?

—No podemos decírtelo.

La joven asintió y bajó la mirada.

—Sin embargo, aún faltan unos días —le advirtió Sa-Elem—. Si precisas... artículos de primera necesidad para mujeres, puedes pedirselos al guardia.

Rielle notó que le ardían las mejillas. Solicitar esas cosas a un hombre, un sacerdote por más señas, resultaría de lo más humillante. Pero las necesitaba, y prefería pedirselas al guardia, o a cualquier otra persona, que a Sa-Gest.

A un gesto de Sa-Elem el escriba guardó el cuaderno y el recado de escribir y se puso de pie. Sa-Elem devolvió la silla a su lugar. Rielle los observó alejarse, pensando que no la creerían si les hablaba de las amenazas de Sa-Gest. Por otro lado, si no existía la menor posibilidad de que dieran crédito a su acusación, ¿por qué se había sentido obligado a amenazarla?

¿Y si, contra lo que cabía esperar, la creían? Dudaba que los sacerdotes recibieran castigos demasiado rigurosos. Sa-Gest aún podría encontrar la manera de perjudicar a su familia y a Izare.

Agachó la cabeza. Si ella no estuviese por allí, Sa-Gest ya no tendría motivos para causarles problemas. Al parecer, lo mejor que podía hacer por Izare era irse muy, muy lejos.

A Rielle no le facilitaban todos los objetos esenciales que solicitaba. Al principio la lista le había parecido demasiado larga para que el joven sacerdote la memorizara, pero cuando más tarde pidió otro juego de ropa de cama, jabón y una muda limpia, y no le hicieron caso, comprendió que su concepto de «artículos de primera necesidad» no coincidía con el de ellos.

En cambio, sí le proporcionaron paños, agua y un cubo que olía levemente a los residuos del usuario anterior. Encontró la manera de mantenerse limpia y hacer sus necesidades sin desvestirse, de espaldas al joven guardia y al sacerdote mayor encargado de vigilarla durante el día. Sa-Gest no volvió a aparecer. Usaba el banco estrecho como cama. El rancho que le servían se reducía a un modesto cuenco de caldo con pan o gachas, probablemente lo mismo que comían los sacerdotes durante sus períodos de aislamiento y oración. Medía el transcurso del tiempo por las comidas, pues sospechaba que las horas llenas de preocupaciones que pasaba despierta y las que dedicaba a dormir tras caer rendida no coincidían con el día y la noche.

Sa-Elem regresó en una ocasión, con el escriba, para darle papel y clarión con que dibujar a la corruptora, así como para hacerle más preguntas.

—¿Qué día te reuniste con la corruptora?

—El día que Sa-Baro informó a mi familia de mis visitas a Izare —respondió.

—El día que dejaste su casa —observó él asintiendo—. ¿Antes o después?

—Antes.

Cuando el sacerdote había dado media vuelta para marcharse, con sus dibujos entre las manos, a Rielle se le habían agolpado mil preguntas en la garganta. Dudaba que él quisiera o pudiera responderle a alguna, pero tenía que intentarlo.

—¿Puede decirme algo? —barbotó al fin.

Sa-Elem volvió la vista atrás.

—Unos días más.

Tardó dos cuartodías en reaparecer, acompañado por un clérigo distinto. Los movimientos tensos y enérgicos de ambos parecían indicar que algo estaba a punto de suceder. El corazón de Rielle comenzó a latir a toda prisa con una expectación que le producía náuseas.

—Ha llegado la hora de tu audiencia —anunció Sa-Elem, confirmando lo que le decía su instinto—. Como suele hacerse en estos casos, tus allegados serán interrogados, pero en atención al rango y la buena disposición de tu familia hemos acordado celebrarla en privado.

La posibilidad de que la interpelaran ante una multitud de desconocidos le revolvió el estómago. No obstante, la gratitud y el alivio sirvieron de poco para mitigar sus náuseas. Quería exponer sus motivos y su versión de los hechos, reencontrarse con Izare y su familia, pero el precio que tendría que pagar por ello sería dar la cara, percibir su decepción y su ira. «Pagaría diez veces ese precio con tal de volver a ver a Izare».

Sa-Elem hizo girar la llave en la cerradura de la puerta y le indicó que fuera tras él. El guardia y el otro sacerdote los siguieron de cerca mientras recorrían los pasadizos subterráneos. Rielle se sentía incómoda por no se haberse peinado ni cambiado de ropa desde hacía días, y sabía que seguramente su olor así lo atestiguaba. El trayecto no duró mucho. Sa-Elem se detuvo frente a una puerta y la abrió para dejarla pasar.

Su primera impresión fue la de que había entrado en otra celda. Una sencilla reja que iba del suelo al techo separaba el rincón donde se hallaba de una sala grande, cuya forma y decoración recordaban las de la nave pública de un templo pequeño. Varias hileras de asientos de madera ocupaban el espacio principal, con un pasillo en medio. En vez de ventanas había lámparas de aceite colgadas en fila y, en el lugar desde donde el sacerdote solía dirigirse a los fieles, habían colocado una mesa alargada y cinco sillas.

Tres sacerdotes estaban sentados ante ella: Sa-Koml, el sumo sacerdote de Fogo, Sa-Baro y un clérigo al que Rielle nunca había visto. El resto de la sala estaba vacío. Por el momento.

Ella no había imaginado que fuera posible sentirse expuesta y atrapada a la vez.

—No te acerques a los barrotes y guarda silencio a menos que te dirijan la palabra —le advirtió Sa-Elem antes de cerrar la puerta.

Contempló de nuevo a los sacerdotes. Sa-Baro, que había estado observándola, apartó la vista en cuanto Rielle dirigió la mirada hacia ellos. Sa-Koml estaba concentrado en los papeles que tenía delante. El desconocido también la observaba, pero se volvió hacia Sa-Baro cuando este murmuró algo.

En ese momento ella reparó en la cicatriz que le marcaba el lado izquierdo del rostro y sintió un escalofrío al caer en la cuenta de que sí lo había visto antes. Acompañaba a Sa-Elem y a Sa-Gest cuando habían exhibido a su raptor por las calles antes de llevárselo de la ciudad.

«Será el encargado de trasladarme», supuso. Era el más joven de los presentes, aunque muchos años mayor que Sa-Gest. No pudo evitar examinar su semblante y sus gestos, intentando calar sus intenciones. ¿La trataría con dureza, amabilidad o indiferencia? Su postura no era tan tensa como la de los otros dos, pero, por otro lado, la mujer a la que iban a juzgar no era habitante de su ciudad ni ex alumna de su templo. Si sus funciones consistían en lidiar con los impuros, estaría acostumbrado a asistir a audiencias. A Rielle la reconfortó que su porte no fuera ni amenazador ni intimidatorio. Con todo, sabía que si se mostraba comprensivo con ella se sentiría

indigna de ello. La indiferencia le resultaría más fácil de soportar.

El corazón le dio un vuelco cuando oyó que una puerta se abría, pero no se trataba del portón principal. Sa-Elem y el escriba aparecieron por la entrada situada en el rincón opuesto de la habitación. Se unieron a los que estaban sentados a la mesa y Sa-Elem, después de decir algo en voz baja, levantó una campanilla y la agitó. Todos dirigieron la vista al frente de la sala.

El portón se abrió y entraron tres personas. A Rielle se le cayó el alma a los pies mientras sus padres y Narmah paseaban la mirada por la sala, los cinco sacerdotes y la jaula. Fue duro para ella ver sus rostros, y cuando se hallaban lo bastante cerca para distinguir sus facciones advirtió que tenían una expresión serena. Se detuvieron frente a los clérigos. Solo Narmah volvió los ojos hacia su sobrina, aunque permanecía de cara a la mesa.

—Ens Lázuli, Ers Lázuli y Ers Gabela —comenzó Sa-Elem—. Han sido citados aquí para asistir a nuestro examen de las circunstancias en que se produjo la impurificación de Ais Rielle Lázuli. No hemos venido a juzgarla. Ya ha confesado los delitos de aprendizaje y uso de la magia. ¿Han leído la transcripción de nuestra conversación?

—Sí —respondieron al unísono.

La pluma del escriba trazó una sencilla marca en la página de su libro de registros.

—¿Hay alguna parte de ella que crean que es falsa?

El padre de Rielle miró a la madre y a la tía, quienes sacudieron la cabeza.

—No.

—Así pues, Ers Gabela, ¿reconoce que sabía que Rielle podía percibir la Mancha desde una edad temprana y que ocultó esta información?

Narmah agachó la cabeza.

—Sí.

—¿Por qué?

—Sabía... sabía que su madre planeaba casarla con alguien de buena posición. Su capacidad lo habría hecho imposible.

—Imposible, no —replicó Sa-Elem—. Sus posibilidades no se habrían visto afectadas a menos que su facultad hubiera salido a la luz. Por eso no divulgamos la identidad de quienes la poseen.

Narmah alzó la vista con los ojos desorbitados de sorpresa y espanto.

—No lo sabía.

—Lamentable error, fruto de su desconfianza y su ignorancia —la reprendió él, aunque en un tono benevolente—. Su temor a los prejuicios sociales es comprensible, y puesto que su familia no ha ofrendado un hijo al templo no cuentan con la ventaja de su consejo. Hemos deliberado acerca de ello y hemos llegado a la conclusión de que no obró usted con mala intención. Consideramos que la pérdida de una sobrina muy querida es suficiente castigo.

Rielle crispó el rostro. «Ofrendar un hijo al templo» era una forma pretenciosa de decir que un miembro de la familia había decidido ordenarse sacerdote, y como la mayoría de los clérigos pertenecía a las familias importantes de la ciudad Sa-Elem había recalcado en esencia la categoría inferior de los Lázuli.

—Se marchará de Fogo para vivir con su hijo.

Conteniendo el aliento Rielle se inclinó ligeramente hacia los barrotes. Su madre había hablado con voz severa y fría. Narmah mantenía la vista clavada en el suelo, con una expresión que rezumaba amargura. Rielle notó que la rabia se encendía en su interior. Al castigar a Narmah, sus padres daban a entender que la culpaban de los errores de su sobrina. «Por lo menos estará con el primo Ari. —Se le encogió un poco el corazón—. A quien yo jamás volveré a ver. Ni a mi hermano. ¿Qué pensarán cuando se enteren?».

—¿Tienen algún dato que aportar a esta audiencia? —inquirió Sa-Elem.

Los padres de Rielle intercambiaron una mirada y negaron con un gesto, pero a Narmah se le hinchó el pecho cuando respiró hondo.

—Íbamos a reunirnos con ella —dijo—. Ella quería regresar a casa. Sabía que tal vez estaríamos dispuestos a aceptar al hombre con quien había decidido casarse.

—Lo sé —contestó Sa-Elem—. Sa-Baro los estaba ayudando —le recordó.

Rielle sacudió la cabeza.

—Se vio forzada a actuar así. ¿Por qué si no iba a arriesgarlo todo?

Se impuso un breve silencio durante el que Sa-Elem la miró con fijeza, tal vez solo para que ella tuviera la sensación de que la había escuchado. Luego se volvió hacia los otros sacerdotes, quienes negaron con la cabeza.

—Eso es todo —dijo dirigiéndose de nuevo a ella.

Cuando su familia dio media vuelta para marcharse Rielle experimentó una sensación de vacío en el estómago. Narmah se detuvo unos instantes para dirigir la vista hacia su sobrina con expresión franca y ansiosa. De golpe, siguió caminando. Rielle vio que su madre, que la tenía agarrada del brazo, la guiaba y tiraba de ella. Observó a su familia mientras se alejaba y desaparecía al otro lado de la puerta principal de la sala.

La campana volvió a sonar. Rielle aguantó la respiración, expectante, pero las tres personas que entraron a continuación eran trabajadores de la tintorería, personas a las que conocía de toda la vida, con cuyos hijos había jugado cuando era niña. A diferencia de sus familiares la contemplaron con una mezcla de curiosidad, indignación e incluso temor. Sa-Elem les preguntó si habían sospechado algo. Le respondieron que no.

La joven los observó marcharse con el pulso acelerado. Tres personas acudieron al siguiente toque de la campana. Se llevó una fuerte impresión cuando las reconoció.

Tareme, Bayla y Famire avanzaron hacia el frente de la sala mirando directamente a Rielle, si bien con una expresión distinta de la que ella esperaba. Tareme se quedó boquiabierto al ver a Rielle y a Bayla se le desorbitaron los ojos. Famire lucía una

sonrisa altiva, pero cuando Rielle le devolvió la mirada su gesto pareció forzado y poco convincente.

Sa-Elem pronunció la misma introducción y formuló las mismas preguntas de antes. Tareme y Bayla respondieron con sinceridad. Famire convino con ellas en que al principio no había sospechado que Rielle tuviera la capacidad de ver la Mancha, pero luego afirmó que se había planteado esa posibilidad más tarde. Cuando Sa-Elem le pidió que se explicara mejor ella volvió la vista hacia las otras chicas con expresión significativa. El sacerdote indicó a las gemelas que se retiraran.

Una vez sola Famire suspiró.

—Me enteré de que habían detectado Mancha cerca de la plazuela en la que vivía Aos Saffre. Sentí curiosidad. Hacía años que no percibía Mancha y quería saber si aún era capaz. Naturalmente, habría sido una descortesía no pasar a ver a mi vieja amiga Rielle. Como ya sabe, fue entonces cuando percibí la Mancha en su casa.

A Rielle se le heló la sangre. «¡Puede ver la Mancha!». Pero esa sensación cedió el paso a la ira, no por el descubrimiento de que Famire había denunciado la Mancha en la casa de Izare, sino por la mentira de que los había visitado por compromiso social y amistad. «No les ha dicho que iba para que Izare le hiciera un retrato».

Abrió la boca. La necesidad de explicar la verdad crecía en su interior con una fuerza incontenible.

«Pero si se lo digo, ¿qué será de Izare?». Perdería el encargo. Cerró la boca. De todas formas dudaba que Famire volviese para que él terminara el retrato. «No puede dejarse ver en compañía de alguien que ha estado tan unido a una impura, sobre todo si puede percibir la Mancha». Tomó aire para hablar, pero cambió de idea de nuevo. «Mientras nadie sepa lo del retrato —se dijo—, ella no se atreverá a pedir a Izare que le devuelva la parte que ya le ha pagado». Suspiró. Por lo menos la mentira de Famire protegería a Izare. «Y la verdad no me favorecería».

Apenas prestó atención a las demás preguntas de Sa-Elem o a las respuestas de Famire. Primero la amenaza de Sa-Gest, luego el verdadero motivo por el que Famire visitaba a Izare: ¿cuánta información que preferiría dar a conocer tendría que ocultar? El alivio por haberse quitado de encima el peso de los secretos no había durado mucho.

La campanilla la sobresaltó. Al echar una ojeada entre los barrotes de su jaula vio que Famire se había ido y que otras tres personas entraban en la sala. Su mirada se posó de inmediato en la figura situada en medio. Incluso de lejos y en aquel espacio mal iluminado lo reconoció. Su manera de caminar, aunque muy distinta de su andar relajado habitual, le resultaba de lo más familiar.

Volvió la vista hacia ella y no la apartó. Rielle vio que movía los labios. La persona a su izquierda apretó los dedos en torno a su brazo. La de su derecha le posó una mano en el hombro. De algún modo Rielle supo que la primera era Jonare y la segunda Errek, aunque no podía despegar los ojos de Izare.

Se llenó de añoranza. «Debo de estar loca. Están a punto de enviarme a prisión y

lo único que se me ocurre es imaginar cómo sería tocarlo de nuevo». Sentir la calidez de su piel contra la suya. Oír su voz. Ver su sonrisa.

Izare continuó contemplándola hasta que se detuvo frente a los sacerdotes y dirigió la vista hacia ellos. Rielle era incapaz de apartar la mirada de él. Esperó a que Sa-Elem repitiera la introducción, pero unas palabras distintas resonaron en la sala.

—Ais Lázuli, apártese de los barrotes.

Rielle parpadeó y notó el tacto frío del metal en sus palmas. Al bajar la vista se percató de que estaba aferrada a los barrotes con la cara encajada entre ellos. No sin cierto esfuerzo los soltó y retrocedió unos pasos.

«Tal vez lo mejor sea que no mire a Izare». Apoyó la espalda en la pared y fijó los ojos en el suelo.

Sa-Elem retomó la rutina. Una oleada de gratitud la recorrió cuando Izare respondió que había leído la transcripción de su conversación con Sa-Elem. «Sabe por qué lo hice. Sabe que no intenté matar a un hijo suyo». Oírle decir que no ponía en duda nada de lo que ella había declarado fue como comer tras un largo ayuno o como una brisa fresca en verano. La joven sonrió, sin apenas escuchar, mientras Sa-Elem proseguía con el interrogatorio, hasta que una pregunta diferente desentonó con la secuencia anterior.

—Aos Saffre, ¿convenció usted a Rielle de que usara la magia a fin de que reparara los daños que le había ocasionado la corruptora para que pudiera quedarse encinta?

A Rielle se le cortó la respiración. Se fijó en Izare. Estaba fulminando a Sa-Elem con la mirada. Jonare y Errek parecían igual de conmocionados.

«¿No ha confirmado Izare que todo lo que yo había dicho es cierto?».

Esperaba oír un desmentido airado, pero Izare suavizó su expresión.

—No —murmuró—. Y, de haberlo sabido, le habría dicho que no lo hiciera. Si me lo hubiera...

Rielle sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Oyó en su mente la voz de Izare completar la frase: «Si me lo hubiera dicho».

¿Por qué no se lo había dicho? Lo amaba. ¿Por qué no había confiado en él?

«Lo que yo había hecho y lo que implicaba para nuestro futuro era demasiado terrible. Él me habría rechazado». Y ella se lo habría merecido. No había deseado compartir la carga de su error con Izare. De todas las personas a quienes podía contárselo él era el más indicado, pero ni siquiera se lo había planteado. ¿Por qué?

«Porque no lo amo lo suficiente para arriesgarlo todo por él».

Oyó un nombre que la arrancó de su ensimismamiento. Cuando levantó los ojos de nuevo vio que los labios de Izare se torcían en un gesto de desprecio.

—Famire ha mentido —dijo—. Iba a mi casa para que le hiciera un retrato. Puedo demostrarlo, si quiere pruebas.

Rielle se sintió mareada. ¿Creía Izare que valía la pena quedarse sin cobrar con tal de castigar a Famire? «Yo no valgo la pena —tenía ganas de gritarle—. No te

sacrifiques por mí».

—Me gustaría ver esas pruebas —contestó Sa-Elem. Miró a Sa-Baro, que fruncía el ceño—. Tráigamelas al templo en cuanto tenga oportunidad.

De pronto en el fondo de la mente de Rielle dos piezas encajaron entre sí. Claro que les interesaría saber si Famire les había mentido. Mentir era un vicio preocupante en alguien capaz de ver la Mancha.

Sa-Elem exhaló un profundo suspiro.

—¿Tiene alguno de ustedes algún dato que aportar a esta audiencia?

Errek negó con la cabeza. Izare dirigió una mirada a Rielle que hizo que su corazón dejara de latir. «Si no lo amo, ¿por qué me siento así?».

—No —contestó él.

—Yo... —titubeó Jonare.

Izare se volvió hacia ella y arrugó el entrecejo.

—¿Sí? —dijo Sa-Elem.

La mujer contrajo el rostro.

—Rielle me contó algo hace unos cuatrodías. Me dijo que alguien le estaba haciendo chantaje.

Rielle se quedó sin respiración. No se le había pasado por la cabeza que Jonare pudiera hablarles de la amenaza de Sa-Gest. Al fin y al cabo, había aconsejado a Rielle que no se lo dijera a Izare para que no cometiera alguna locura. ¿Cómo iba a estar dispuesta a crear problemas a su amigo por el bien de su ex amante impura?

—¿Le dijo quién era el chantajista? —inquirió Sa-Elem.

Jonare se quedó pensativa. Desplazó la vista de Rielle a los sacerdotes. Si la mujer nombraba a Sa-Gest y lo castigaban por ello, creería que Rielle lo había delatado.

—No —mintió Jonare—. No me dijo quién era.

—¿La corruptora?

—No, se trataba de un hombre. De alguien poderoso.

—¿Un miembro de su familia, quizá?

Jonare se encogió de hombros.

—Supusimos que quizá era un intento de su familia de asustarla para que abandonara a Izare y regresara con sus padres. —Hizo una mueca—. Le aconsejé que no se lo contara a nadie. Ahora me arrepiento.

Izare observaba a Jonare con cara de enfadado. Ella le dirigió una mirada de culpabilidad.

—Lo siento. En aquel momento me pareció más prudente que no lo supieras.

Sa-Elem tamborileó con los dedos sobre la mesa y asintió.

—Si no tienen nada que añadir, pueden retirarse.

Aunque habría debido llenarse de alivio, Rielle se sintió vacía por dentro mientras miraba alejarse a los tres. Cada paso que Izare daba hacia la puerta del fondo lo acercaba al momento en que lo vería por última vez. Notó una opresión dolorosa en

el pecho y supo que no podía dejar que esa oportunidad irreplicable se le escurriera entre los dedos. Los sacerdotes la harían callar, así que tendría que darse prisa.

—¡Izare! —gritó. Él se detuvo en seco—. ¡Izare, lo... lo siento! Te...

—¡SILENCIO! —bramó Sa-Koml por encima de sus últimas palabras.

Pero Izare las había oído. Volvió la vista atrás, hacia Rielle. Sin embargo, el fondo de la sala estaba demasiado oscuro para que ella alcanzara a distinguir su expresión. Percibió un movimiento con el rabillo del ojo, en la zona donde se encontraban los sacerdotes. Errek agarró a Izare del brazo. Este dirigió la mirada al frente con brusquedad, caminó hasta la salida dando grandes zancadas y desapareció.

Cuando la puerta se cerró el silencio se impuso en la sala. Al volverse hacia los sacerdotes advirtió que Sa-Elem la observaba. Sa-Koml tenía una expresión adusta, pero el clérigo de la cicatriz parecía más bien un poco aburrido. Tras lanzar una breve mirada al escriba Sa-Elem se dirigió a sus acompañantes.

—Deseo que conste en el registro que creo que su estupefacción al descubrir que Rielle había usado magia era auténtica. La versión de la joven me parece verosímil, aunque sospecho que contiene omisiones.

El sacerdote de la cicatriz emitió un murmullo.

—Con frecuencia da la impresión de que se oculta información. A veces existe un intento deliberado de distraer o inducir a error.

Sa-Koml se encogió de hombros.

—Da igual. Ais Lázuli ha reconocido haber robado a los Ángeles tres veces. Al principio lo hizo contra su voluntad y más tarde de forma no intencionada, pero en una ocasión ese robo fue premeditado.

—La pena por los tres casos es de encarcelamiento en el templo de la Montaña, pero el último requiere además un castigo ejemplar: el destierro público de la ciudad —le recordó Sa-Elem.

Sa-Koml asintió con expresión sombría.

—Por deferencia a la familia hemos celebrado una audiencia privada, pero no podemos aplicar la ley de forma más flexible.

A Rielle le sobrevino un estremecimiento que la dejó débil y temblorosa. Se aferró a los barrotes para no caerse mientras la imagen del impuro cubierto de harapos se impuso sobre la visión de su entorno. Oyó el rugido de la multitud, vio los proyectiles que lanzaba...

Unas manos la asieron de los brazos. Sus rodillas cedieron y detrás de ella sonó el gruñido de alguien que aguantaba su peso. Respirando con dificultad consiguió que sus piernas la soportaran de nuevo y dejó que la persona que la sujetaba la ayudara a salir de la jaula.

En el pasadizo le flaquearon las fuerzas de nuevo. La voz de Sa-Elem atronó en el pasillo, pero ella no entendió sus palabras. Estaba flanqueada por dos personas que la sostenían y la guiaban a través de los corredores oscuros y fríos. Se oían puertas que se abrían y se cerraban. Goznes que chirriaban. La depositaron sobre una superficie

dura. Sonó el chasquido de un cerrojo, seguido por pisadas que se alejaban.

Consiguió recuperarse lo suficiente para que una palabra le viniera al pensamiento.

«¿Cuándo?».

¿Cuánto tiempo faltaba para que la exhibieran en una procesión por la ciudad? ¿Cuándo se la llevarían lejos de todas las personas y cosas que había conocido? Se repitió esa pregunta una y otra vez para sus adentros hasta que oyó que la puerta se abría. Al alzar la mirada se percató de que el guardia había estado allí todo el rato. Ahora Sa-Baro se encontraba junto a él. El guardia se marchó y el anciano sacerdote fijó la mirada en ella.

Se le acercó retorciéndose las manos, con las cejas juntas.

—Rielle —dijo—. Ais Lázuli. Lo siento mucho. Ahora sé cuán oportunos han sido mis actos. Si no hubiera hablado con tus padres en el momento en que lo hice, habrías confiado en mí lo suficiente para revelarme lo que te había sucedido. Tal vez no habrías huido de tu familia.

La disculpa le provocó un arranque de ira. Se levantó y se aproximó a la puerta, pero no lo bastante para que el sacerdote pensara que pretendía escapar.

—Así que yo no he tenido la oportunidad de pedir perdón, pero usted sí.

Él torció el gesto.

—Siempre es más conveniente no exponer a familiares y amigos a...

—Dígame una cosa —lo interrumpió—. ¿Cuándo partiré?

Sa-Baro crispó el rostro.

—Ah, no lo sé con exactitud.

Era mentira. Rielle lo dedujo porque le rehuía la mirada. Tal vez le habían advertido que no se lo dijera. Quizá temían que si ella lo sabía intentara fugarse, que utilizaría la magia. Después de todo, ¿qué tenía que perder? ¿Su alma? Ya estaba condenada.

—¿Sa-Baro? —dijo otra voz.

El sacerdote se dio la vuelta y Rielle vio que el de la cicatriz había entrado en la habitación. Sa-Baro asintió y se apartó de la puerta. Echó a andar hacia la salida, pero al cruzarse con el sacerdote de la cicatriz se detuvo.

—Sa-Mica —dijo por lo bajo—. Vigile bien a Sa-Gest.

El otro clérigo asintió.

—Así lo haré.

—¿Sabe que...?

—Sí. Tenga la seguridad de que el templo de la Montaña es el único lugar apropiado para hombres como él, aislados de las personas inocentes a las que podría hacer daño aquí.

Rielle se tambaleó hacia atrás y se encogió como si esas palabras la hubieran golpeado. «Sa-Gest vendrá con nosotros. Sa-Gest trabajará en la prisión». No podía respirar. Se desplomó en el banco.

Entonces comprendió lo que eso significaba. Sa-Gest no se quedaría en Fogo. Difícilmente podría causar problemas a Izare y su familia estando lejos. Una esperanza descabellada la invadió. En cuanto saliera de Fogo sería libre de denunciar las amenazas del sacerdote.

No obstante, él siempre podría volver a la ciudad o realizar gestiones desde la distancia. Representaría un peligro mientras viviera. Al menos podría asegurarse de que solo fuera peligroso para ella.

—¿Ocurre algo malo?

Levantó los ojos. Sa-Mica se hallaba de pie frente a la puerta con los párpados entornados por el recelo.

Rielle respiró hondo, intentó recuperar el dominio de sí misma y rio con amargura.

—¿Ocurre algo que no lo sea?

—Es por algo que ha dicho Sa-Baro, ¿verdad? Ya se ha ido. Puedes hablar.

Rielle desvió la vista para que Sa-Mica no pudiera ver la ira en su rostro. «Así que ahora puedo hablar, ¿no? Pues mala suerte. No diré una palabra. Al fin y al cabo me han ordenado que me quede callada, que no me queje ni critique, que permanezca en silencio toda la vida». Era un tipo de resistencia bastante penoso, pero era la única arma de que disponía.

Cuando su negativa a responder agotó la paciencia de Sa-Mica, este suspiró.

—Hay algo más detrás de todo esto. No creas que no lo descubriré.

Sin hacerle caso, Rielle se quedó inmóvil hasta que se marchó.

Lo máximo que Rielle consiguió esa noche fue dormir a ratos. Cada vez que alzaba la cabeza para echar un vistazo, el sacerdote joven seguía allí leyendo su libro. Su única manera de calcular el paso del tiempo era fijarse en cuánto había avanzado en la lectura. Era un libro voluminoso, pero Rielle no sabía a qué velocidad leía o si se saltaba partes cuando no lo miraba. En el momento en que se había acostado llevaba pocas páginas. Cuando abrió los ojos y advirtió que se acercaba al final supuso que el amanecer estaba próximo. Entonces deseó no haber pensado en ese sistema, pues se había pasado la siguiente medida desconocida de tiempo completamente despierta y esperando que la puerta se abriera.

Cuando por fin se abrió deseó que ese momento no hubiera llegado.

El guardia cerró el libro de golpe, se levantó y volvió hacia el visitante. El corazón de Rielle comenzó a latir a toda prisa cuando Sa-Elem entró. La joven bajó las piernas del banco y se incorporó. El sacerdote de la cicatriz apareció detrás de Sa-Elem. Se acercó con expresión resuelta y lúgubre e introdujo un fardo entre los barrotes.

—Quítate la ropa y los zapatos y ponte esto.

Rielle cogió el fardo. Al desenvolverlo sintió náuseas. Era un tubo alargado de tela, poco más que un saco, con un agujero a cada lado y otro en la parte superior. Las orillas no tenían dobladillo. Le vino a la memoria el recuerdo de su raptor vestido con unos pantalones sucios y hechos jirones, manchados por la fruta podrida y el fango que le arrojaban. Se le revolvió el estómago.

Se había terminado la espera. Se la llevarían de Fogo ese mismo día.

«Por lo menos iré tapada de hombros para abajo», pensó. Contempló a los sacerdotes nerviosa. ¿Acaso pretendían quedarse a observarla mientras se vestía? Tras intercambiar una mirada, le volvieron la espalda. Suspiró aliviada.

Se cambió deprisa, confiando en que no se darían cuenta de que se había dejado puesta la ropa interior. La áspera aspillerera solo le llegaba a las rodillas y le dejaba los brazos al descubierto. Tiritando, se puso el velo de nuevo y se dio la vuelta.

—Ya está —murmuró.

Se volvieron hacia ella. Sa-Elem abrió la puerta con la llave y le entregó un par de sandalias. Consistían en unas sencillas suelas de piel con cordeles a manera de correas. Se las calzó y las ató. Sa-Elem le hizo señas de que saliera de la celda, y cuando Rielle así lo hizo le quitó el velo. La joven abrió la boca para protestar, pero calló horrorizada cuando el sacerdote alzó una navaja. Antes de que pudiera alejarse, él se colocó tras ella, le agarró la cabellera con una mano y tiró con firmeza. Rielle

notó la presión y oyó el susurro de la hoja al cortar el pelo antes de que el clérigo le soltara la cabeza.

Notaba la ausencia de un peso al que estaba acostumbrada. Vio que Sa-Elem lo sostenía entre las manos, lustroso, negro y liso, antes de tirarlo en un cuenco de madera que llevaba el guardia. Se le formó un nudo en la garganta ante aquella pérdida. Entonces oyó un traqueteo metálico y un escalofrío le bajó por la espalda.

Sa-Mica se aproximó sujetando unas cadenas pesadas.

Rielle tragó con dificultad.

—Estoy colaborando —gimió—. No intentaré huir. ¿De verdad es necesario?

—Son para convencer a otros de que no supones un peligro para ellos —le explicó Sa-Mica.

La joven contempló las cadenas con un malestar creciente. Tras unos instantes de silencio Sa-Elem la tomó del brazo izquierdo y se lo levantó. Le puso una anilla en torno a la muñeca y lo aseguró con un trinquete. Después de que le colocaran otra en el derecho Sa-Mica se agachó para hacerle lo mismo en los tobillos. Unieron las dos cadenas entre sí por medio de una tercera. Por último el pesado y frío metal quedó ajustado alrededor de su cuello, con el tramo que serviría como correa colgando contra su espalda. La joven temblaba con violencia.

—Procura que la cadena de las piernas no toque el suelo para no tropezar —le recomendó el sacerdote de la cicatriz en un tono neutro, como si no estuviera dándole indicaciones para algo tan simple como bailar con falda larga.

Al bajar la vista le resultó fácil imaginar el aspecto patético que ofrecía. Igual que el raptor..., pero no del todo. A él le habían sujetado las manos a la espalda. ¿Estaban siendo amables con ella de un modo extraño, o simplemente se habían equivocado?

¡Qué más daba! El resultado final sería humillante de todas maneras.

Los dos sacerdotes se miraron. Sa-Mica asintió y se dirigió hacia la puerta. Sa-Elem posó una mano en el hombro de Rielle y la empujó con suavidad para indicarle que lo siguiera. Ella alzó un poco los brazos para que la cadena que los unía a sus piernas no rozara el suelo echó a andar.

Le resultó más fácil de lo que esperaba. El raptor caminaba arrastrando los pies con torpeza, dando pasos cortos. Aunque ella no podía dar una zancada entera, y menos aún correr, no le costaba mucho avanzar. Sa-Mica la guio por la puerta y los pasadizos subterráneos. Poco después llegaron a la escalera que subía al edificio de arriba. Rielle hubo de esforzarse en coordinar los movimientos de las cadenas para ascender. Los sacerdotes no la apremiaron.

Una vez en lo alto se vio rodeada por la magnificencia del templo. Un olor fresco y familiar invadió sus fosas nasales. Después de recorrer un pasillo corto cruzaron una puerta tallada hacia la nave principal, que afortunadamente estaba desierta salvo por un puñado de clérigos con cubos y fregonas. Un ligero chapaleo a su espalda le indicó que habían reanudado su labor de limpiar el suelo. Salmodiaban mientras trabajaban. Algo sobre eliminar la impureza del templo. «Muy apropiado», se dijo.

Delante de ellos Sa-Mica caminaba con paso majestuoso hacia la portalada. La salmodia no sonó más débil conforme avanzaban. ¿Los estaban siguiendo los sacerdotes? Rielle resistió el impulso de mirar atrás hasta que Sa-Mica aminoró la marcha para saludar a otros clérigos que se encontraban de pie ante la puerta. Cuando al fin volvió la vista sintió como si le hubieran propinado un golpe en el estómago. En efecto, la seguían. Estaban fregando el suelo que ella acababa de pisar. Era su impureza la que estaban eliminando.

Sin poder evitarlo alzó los ojos hacia el gigantesco mural situado al fondo de la nave. Se fijó en el Ángel que castigaba a los impuros y algo se marchitó en su interior, pero no fue capaz de apartar la vista. ¿Qué sentiría cuando le destrozaran el alma hasta hacerla desaparecer?

El sonido de la puerta al abrirse la sobresaltó. Tras arrancar la mirada del mural hizo el esfuerzo de volverse hacia lo que la esperaba en el exterior, pensando que no podía ser tan terrible como sus momentos finales. El sol que entraba a raudales en el vestíbulo la deslumbró, como tantas otras veces cuando salía del templo con las chicas después de clase. Como el día que el impuro la había raptado.

La retumbante voz de Sa-Koml, procedente de algún lugar cercano, anunció su delito y exhortó a los Ángeles y los ciudadanos de Fogo a que la expulsaran. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz, vio a una multitud que la observaba. Eso no la sorprendió, pero era una muchedumbre más pequeña de lo que esperaba, teniendo en cuenta lo numerosa que había sido la que había seguido al raptor. ¿Cuándo se habían enterado de que iban a desterrar a una impura? Seguramente hacía poco tiempo. Aun así las noticias se propagaban deprisa y pronto acudirían más personas a abuchearla.

Quienes la miraban mostraban más curiosidad que rabia, pero cuando se fijaron en su aspecto aparecieron en su rostro feas expresiones de desaprobación mezclada con una especie de júbilo escalofriante. Se vio a sí misma a través de sus ojos: encadenada, con el pelo trasquilado, vestida en parte con andrajos, reducida a una figura lastimosa para que ellos se imaginaran que estaban a salvo. Un recordatorio de lo que les sucedería si sucumbían a la tentación de robar a los Ángeles.

A un lado había una carretilla y, al reconocer a quien se encontraba detrás, Rielle se estremeció. Aunque Sa-Gest mantenía el semblante sereno tenía un brillo ansioso en los ojos. Desvió la mirada y se recordó que mientras él se hallara lejos de Fogo su familia e Izare estarían a salvo.

Sa-Elem sacó una campana de algún sitio y la balanceó. Los tañidos resonaron en el vestíbulo, tras ella, y se propagaron por todo el patio.

—En marcha —dijo él.

Rielle advirtió que la miraba con expectación. Entonces se acordó de que el raptor caminaba por delante de los sacerdotes. Ella también tendría que hacerlo.

«Eso significa que yo puedo marcar el ritmo —comprendió—. Mejor. Acabemos con esto de una vez».

Levantando la cadena comenzó a bajar la escalera. Tal como esperaba, la gente

reculó para dejarla pasar. Se dirigió hacia delante sin vacilar. Muchos se apartaron con tanta prisa que tropezaron con sus propios pies. Rielle se percató de que el regocijo malicioso se transformaba en miedo.

Algo pasó volando cerca de su cabeza. Se agachó, pero el proyectil la habría alcanzado de todos modos si la persona que se lo había lanzado hubiera tenido mejor puntería. Al ver de reojo otro objeto que se acercaba levantó las manos para interceptarlo. Sin embargo, las cadenas le impidieron alzarlas lo suficiente, y algo suave y húmedo le impactó contra la frente. El olor a fruta en descomposición le revolvió las tripas mientras el líquido le resbalaba por la cara. Se sacudió las gotas antes de que le entraran en los ojos.

El gentío prorrumpió en gritos de entusiasmo y comenzó a lanzarle más proyectiles. Rielle se detuvo, se agachó e intentó protegerse con los brazos, pero recibió varios golpes seguidos en la espalda y los hombros, unos más fuertes que otros. Cuando el ataque amainó se irguió y se obligó a seguir adelante. Una diana en movimiento sería más difícil de acertar. Resultaría imposible esquivar todos los proyectiles, pero quizá si permanecía alerta a los objetos que le lanzaban hacia el rostro conseguiría cubrírsele a tiempo.

La multitud pareció rodearla por completo, y cayó en la cuenta de que se había desorientado. Miró atrás y vio que los sacerdotes caminaban tras ella, Sa-Elem sujetando el extremo de la cadena y Sa-Gest empujando la carretilla. Un examen rápido pero cuidadoso de los edificios que tenía delante le reveló dónde comenzaba la vía del Templo, así que se encaminó hacia allí.

Entonces comprendió que no podía marcar el ritmo. Si caminaba muy deprisa la lluvia de fruta arreciaba. Como máximo podía andar a paso constante. La muchedumbre era cada vez más grande y cruel. Poco después de enfilarse la vía del Templo algo sólido chocó contra su hombro, arrancándole un grito de dolor.

—¡Nada de piedras! —atronó Sa-Elem a su espalda.

Avanzó unos pasos más antes de que nuevos objetos volaran hacia ella. Pero reventaron a un palmo de su cuerpo, como si se hubieran estrellado con un muro invisible. «¡Magia!». Se estremeció y resistió la tentación de mirar atrás. Sin duda uno de los sacerdotes tendría alrededor un cerco de Mancha semejante al halo de un Ángel. No tenía ganas de recordar ni una cosa ni la otra. Un trecho más adelante los objetos volvieron a golpearla, con el consiguiente alborozo del público.

Había ocurrido lo mismo cuando se llevaban al raptor de la ciudad. Una conversación le vino a la memoria:

«¿Por qué no lo mantienen protegido todo el rato?», le había preguntado a Izare.

«Han de tener contenta a la multitud», le había respondido él.

Dirigió la vista hacia los edificios, pero no consiguió distinguir si se hallaba cerca del lugar desde donde había presenciado el paso del impuro. El gentío bordeaba las calles. Había personas subidas a los escalones de los portales para ver mejor. Otros se asomaban a las ventanas. ¿Estaría Izare entre ellos? Escrutó los rostros y cayó en la

cuenta de que había estado buscándolo desde que había salido del templo.

«¿Habrá salido a mirar?». ¿O acaso se había escondido, temeroso de que la gente se volviera contra él por haberla acogido? Algo le goteó del cabello a los ojos y se lo secó con la mano. Al principio había albergado el deseo de que Izare acudiera a verla por última vez, pero ahora esperaba que no lo hiciera. Se le encogía el corazón ante la posibilidad de que él la viera trasquilada y encadenada.

¿La visitaría en prisión? ¿Y sus padres? ¿Estaban permitidas las visitas? Ignoraba si el templo de la Montaña estaba muy lejos o no. Nunca había oído hablar de él antes de la audiencia. Nadie sabía adónde llevaban a los impuros. Nadie excepto los sacerdotes, claro estaba.

Objetos contundentes la golpearon en cuatro ocasiones más. Aprendió a aprovechar la breve tregua siguiente para alargar sus zancadas y avanzar un mayor trecho, aunque los cordeles de las sandalias empezaban a rozarle los pies y le dolían los hombros por el peso de las cadenas.

Fue durante uno de esos escasos momentos de protección cuando llegó a un tramo de la vía del Templo en el que la multitud era menos densa a su izquierda. Unos pasos más adelante vio que no había nadie en ese lado de la calle. Enseguida comprendió por qué.

El muro de la tintorería se alzaba ante ella. Habían pintado unas palabras en la superficie. Se quedó paralizada de espanto.

ESCORIA IMPURA.

Otro proyectil duro impactó contra su frente y se le nubló la vista. Se llevó una mano a la cabeza y se tambaleó, pero consiguió mantenerse en pie. Más tarde le saldría un bulto. También notaba uno en la garganta, aunque no recordaba haber recibido una pedrada en el cuello. Le lagrimeaban los ojos por el dolor.

—No es culpa de ellos —dijo en voz alta aunque nadie podía oírla.

«No, la culpa es mía». Después de todos los años de trabajo duro que su familia había invertido en la tintorería para convertirla en la mejor de Fogo ella lo había estropeado todo con una equivocación estúpida e insensata.

El aluvión de objetos había cesado. Se atrevió a abrir los ojos y miró en derredor. Nadie había salido de la tintorería. La puerta principal, por lo general abierta de par en par para los clientes, estaba cerrada a cal y canto. Tras inspirar con dificultad y soltar el aire hizo el esfuerzo de reanudar la marcha.

«Saldrán a flote», se dijo. Esperarían a que pasara la tormenta para tapar aquellas palabras. Si hacía falta, pintarían encima una y otra vez. Después de todo, fabricaban pintura. Tenían grandes cantidades de ella. Además, repudiarían a Rielle en público. Seguramente ya lo habían hecho. Era una medida necesaria para sobrevivir a aquella situación.

Sus padres no la visitarían en la cárcel.

Le dolían los pies, la cabeza y todo lo que había en medio. Por lo menos aquello acabaría pronto. La tintorería se hallaba casi a las afueras de la ciudad. Apretó el

paso, haciendo caso omiso de los proyectiles que incrementaban la mugre que ya la cubría. La vía del Templo giraba bruscamente a la izquierda y empezaba a inclinarse hacia arriba. Más adelante divisó el puente del Norte y, más allá, las arenas del desierto matizadas de rosa y azul. De pronto la muchedumbre decidió gastar las frutas y hortalizas podridas que le quedaban y los puñados de fango que había recogido, pero cuando pisó por fin la superficie de madera del puente la lluvia de objetos cesó de golpe. Se detuvo un instante para echar un vistazo atrás. Los sacerdotes le lanzaron una mirada de reprobación, pero los ignoró.

Ante ella se extendía Fogo, su hogar. Siempre había deseado irse de allí, pero solo para acompañar a su hermano o a su primo en uno de sus viajes de negocios, no para siempre. Ya nunca volvería a ver su ciudad. El gentío la observaba, mofándose y dedicándole gestos obscenos. Rielle volvió la vista al frente y empezó a cruzar el puente.

Nadie más circulaba por él. Personas avisadas de su llegada aguardaban al otro lado. Oyó las pisadas de los clérigos que la seguían y los chirridos y traqueteos de la carretilla. Cuando llegó al final del puente nadie le gritó que se detuviera, por lo que continuó adelante por la carretera del desierto. Se prolongaba en línea recta hacia el horizonte, pero se desvanecía en el resol y el polvo mucho antes de alcanzarlo. También estaba vacía. Casi todo el tráfico que atravesaba el puente procedía de las casas construidas en la otra margen del río o de las ciudades situadas corriente arriba o corriente abajo.

Los bordes de la carretera estaban marcados con hileras de piedras. Aunque la superficie estaba pavimentada, conforme se alejaba de Fogo la arena la cubría cada vez más. Seguramente sería un alivio para sus pies, aunque empeoraría el rozamiento de las sandalias.

Los sonidos de la ciudad se apagaron y se hizo el silencio en torno a Rielle. El calor del sol que irradiaba la arena secó la suciedad que la cubría. Se sentía pegajosa y dolorida y ya estaba sedienta, pero no dejó de caminar. Se percató de que permanecía atenta a la respiración de los sacerdotes y los rechinidos de la carretilla, solo para cerciorarse de que aún los tenía detrás. Por fin, al cabo de largos minutos, oyó una voz.

—Alto, Rielle.

La joven obedeció y, al volverse, advirtió que la ciudad era una sombra baja tras los clérigos. Sa-Mica era el que había hablado. Los hombres cubrieron la distancia que los separaba de ella. Rielle se fijó en que Sa-Gest tenía la cara brillante de sudor por el esfuerzo de empujar la carretilla. Los sacerdotes no abusaban de su derecho a usar la magia que les otorgaban los Ángeles. Eso le produjo una pequeña satisfacción.

Sa-Elem se acercó y le quitó todas las cadenas salvo la que llevaba en torno al cuello sin decir una palabra. Sa-Mica retiró de la carretilla una jofaina de metal y la depositó en el suelo. Luego destapó una garrafa redondeada y vertió agua en la jofaina. Rielle percibió la tenue fragancia que utilizaban los sacerdotes que limpiaban

el templo. Sa-Mica dejó un montón de ropa junto a la jofaina.

—Lávate y cámbiate —ordenó.

Sa-Elem y él se volvieron de nuevo de espaldas a ella y Sa-Gest los imitó. Al mirar alrededor, la joven comprobó que no había nadie más en la carretera, ni a los lados. Tan deprisa como pudo se arrancó el vestido de arpillera, se arrodilló y se lavó todo el cuerpo. El montón de ropa consistía en una blusa sencilla, una falda y un velo de tela sin teñir. Se vistió, pasó la cadena por el cuello de la blusa y se agachó para echarse el agua que quedaba sobre el cabello. No había suficiente para eliminar toda la mugre, pero tendría que conformarse con eso. Tal vez más tarde podría quitarse la suciedad más rebelde restregándose con arena. Por lo menos el velo le ocultaría el pelo enredado y grasiento.

Cuando se puso de pie Sa-Mica pareció percibirlo porque se dio la vuelta y le entregó una mochila. Sa-Gest, tras él, estaba poniéndose una. Cuando se la echó a la espalda el peso sobre los hombros no le pareció muy grande, aunque le dolían por haber llevado las cadenas. Dentro de la mochila debía de haber una vasija con agua, ya que notó que esta basculaba.

Sa-Mica había vuelto a colocar la garrafa en la carretilla, pero había dejado el vestido de arpillera donde estaba. Hizo una señal con la cabeza a Sa-Elem.

—Ya está.

Sa-Elem asintió.

—Buen viaje, Sa-Mica. —Se volvió hacia Sa-Gest—. Espero que su estancia en la Montaña le siente bien.

Sin mirar siquiera a Rielle giró sobre los talones y se alejó con paso decidido hacia Fogo.

El sacerdote de la cicatriz se situó delante de Rielle.

—Tenemos una ración de agua cada uno. Si arrancas a correr puede que consigas burlarnos, pues es muy fácil perderse de vista entre las dunas. Si regresas a Fogo te identificarán por la cadena. Si huyes en cualquier otra dirección no tardarás en morir de sed. Sin agua, ni toda la magia del mundo te salvará aquí. —Señaló el desierto—. Camina —ordenó.

Por todas las historias de supervivencia en el desierto que su hermano le había contado, Rielle supo que el clérigo no mentía. Fijó la mirada en el horizonte desdibujado por el polvo y echó a andar.

SÉPTIMA PARTE

Tyen

Tyen sujetaba con fuerza el volante del aerocoche. Hacía un buen rato que ni Veroo ni Sezee decían una palabra, pues su conversación había llegado a su fin la primera vez que la cápsula había estado a punto de estrellarse contra una de las cimas nevadas. Él había perdido la cuenta de las ocasiones en que casi habían chocado contra alguna protuberancia de las altas montañas desde hacía... ya varias horas, seguramente.

Sus habilidades de piloto habrían parecido insuficientes a cualquiera que nunca hubiera intentado conducir un aerocoche. No era un arte de precisión, ni siquiera cuando hacía buen tiempo. Las hélices y el timón permitían un grado limitado de control, pero su eficacia dependía de las corrientes de aire. Volar a favor era lo más sencillo. Volar en contra era una cuestión de potencia contra la fuerza del viento. Para volar en sentido perpendicular a este, había que recurrir a la compensación y la intuición si se quería llegar al destino elegido.

Cuando la corriente tendía a cambiar de dirección de forma continua pilotar era como guiar a un borracho a través de un tupido bosque. Tyen podía virar ligeramente a la derecha para dejarse llevar por un viento que soplaba hacia allí, y de repente recibir una ráfaga por la izquierda. Había que echar mano de la magia a menudo para dar un empujoncito al vehículo y alejarlo de los obstáculos. Por desgracia, Veroo tenía muy poca experiencia para prever dónde y en qué momento sería necesario prestarle esa ayuda. Solo Tyen percibía los efectos de un cambio de viento y no sabía si el pilotaje sin magia sería suficiente.

Aunque la tentación de inflar más la cápsula para volar a mayor altura era fuerte, no se atrevía a intentarlo. Si se desmayaban por el aire enrarecido, la cápsula se enfriaría enseguida, ocasionando que el aerocoche descendiera, y tal vez él no recuperaría el conocimiento a tiempo para evitar colisionar contra las cumbres cubiertas de hielo.

Una cresta obstruía ahora su camino, puntiaguda e irregular como un cuchillo con el filo vuelto hacia ellos. Puso rumbo al punto más bajo y luego, como el viento empujó el morro del vehículo hacia la izquierda, giró el volante a la derecha para compensar.

—Más calor —pidió.

Al menos esa tarea había podido encomendársela a Veroo. Notó un ligero vértigo cuando el aerocoche comenzó a elevarse. Observó que se aproximaban a la cresta e intentó determinar si se acercaban demasiado rápidamente para ascender a tiempo. Más de una vez había hecho caer nieve de esa clase de obstáculos para agrandar el hueco por donde pasar, pero los picos de aquella pared vertical eran demasiado

estrechos y abruptos para tener nieve acumulada. Usar la magia para desplazarse a derecha e izquierda resultaba más fácil que mover todo el aerocoche hacia arriba.

La parte superior de la cresta se les venía encima. Parecía estar a la altura del morro, y, cuando se hallaban a solo unos cien pasos, al nivel de la base de la carlinga, el viento comenzó a soplar desde atrás, lo que aceleró su avance. Ya no había posibilidad de desviarse. Tyen creó un escudo bajo la carlinga y lo ciñó a la superficie para disponer de todo el espacio posible. Protegería el vehículo, pero si rebotaban contra los peñascos tanto la aeronave como sus ocupantes sufrirían daños.

Una racha repentina los empujó hacia la derecha, y Tyen masculló una palabrota. El vehículo se bamboleó mientras torcía rápidamente el volante a la izquierda. Una vibración recorrió el aerocoche cuando las rocas rasparon el fondo, rozando el escudo y reduciendo su velocidad. El muchacho contuvo la respiración.

De pronto se encontraban al otro lado de la cresta. Tyen exhaló un suspiro de alivio, y oyó que Sezee y Veroo hacían lo mismo detrás de él. Se volvió para sonreírles de oreja a oreja y ellas le devolvieron la sonrisa.

Cuando miró al frente cayó en la cuenta de que, por primera vez desde que habían despegado poco después del amanecer, no se alzaban cimas elevadas ante ellos.

—Lo hemos logrado —dijo—. Hemos cruzado la cordillera.

Un valle se ensanchaba a sus pies. Cuanto más se adentraban en él más suaves y llanas se tornaban sus vertientes, hasta ceder el paso a una llanura. Unos hilillos relucientes convergían para formar un río sinuoso. Aunque seguir el curso del valle era tentador, según la información que Vella guardaba del mapa de Gowel, Castillo de la Torre estaba construido en un saliente de un precipicio, al oeste del lugar por donde el aventurero había atravesado la sierra. Si habían seguido una ruta parecida a la de Gowel solo tenían que recorrer la cadena de montañas para llegar allí. Era el sitio donde había más posibilidades de que Veroo encontrara a alguien que la adiestrarse en la magia.

—Llevas horas pilotando. ¿Quieres que te releve?

Miró atrás y, al ver a Veroo de pie tras él, asintió. El trayecto desde allí no debía revestir mayor complicación; además, estaba deseando consultar de nuevo a Vella antes de que se encontraran con algún sureño. Hacía días que no se le presentaba la oportunidad de hablar con ella. Los hijos más pequeños de Orn habían mostrado una curiosidad insaciable respecto a sus pertenencias y las de las mujeres. Los habían pillado varias veces intentando hurgar en su maletín después de que él, tal vez imprudentemente, hubiera sacado a Bicho para enseñárselo. Aunque habían desistido cuando el insectoide había picado a uno de ellos, Tyen había decidido que más valía esconder a Vella en un lugar seguro.

Tras levantarse del asiento ayudó a Veroo a ocupar su sitio y le liberó la falda cuando se le enganchó en un perno que sobresalía. La mujer bajó la mirada, imperturbable ante el paisaje que se abría bajo sus botas.

—¿Hacia dónde pongo rumbo? —preguntó.

—Sigue las montañas.

—¿Mantengo esta altura?

—Vuela un poco más bajo, si quieres, pero fuera del alcance de las flechas — indicó Tyen—. No sabemos si todos los lugareños son hospitalarios.

Y ese era otro motivo para volar hacia Castillo de la Torre. Era uno de los lugares del Lejano Sur donde él sabía que los norteños serían bien recibidos, gracias a la visita de Gowel. Se dirigió hacia su rincón de lectura favorito, en la parte posterior, donde podía apoyar la espalda en los puntales. Sezee, que estaba sentada en la zona delimitada por las redes, le sonrió cuando pasó por encima de ella, pero no dijo nada.

Extrajo a Vella del maletín, se sentó a horcajadas sobre la carlinga, se reclinó contra los puntales y abrió la cubierta.

—Hola, Tyen. Veo que han sucedido muchas cosas desde la última vez que hablamos.

«Sí. —Recordó cuándo había mantenido la última conversación con ella—. Unos magos de la Academia nos persiguieron y atacaron, pero conseguimos llegar a la costa».

—Donde aterrizasteis encima de un árbol. No olvides que Sezee me encontró.

«Ah, tienes razón. —Sintió una punzada de curiosidad—. ¿Leíste muchas cosas en su mente?».

—Sí.

«No quisiera ser indiscreto, pero... ¿es importante que yo sepa alguna de esas cosas? ¿Algún secreto que pudiera impedirme establecerme en el sur? Por ejemplo... ¿Veroo es una espía de la Academia o Sezee planea robarme?».

—Veroo no es una espía, al menos a juzgar por lo que Sezee sabe. Ninguna de las dos representa un peligro para ti. Sezee, no obstante, está enamorada de ti.

Tyen se quedó mirando las palabras, releyéndolas una vez y luego otra. Sin poder evitarlo, alzó la vista hacia Sezee. Sintióse observada, la joven levantó los ojos, pero él agachó la cabeza de inmediato para rehuir su mirada.

«¿Desde cuándo?».

—Resulta difícil precisar el momento en que surgió el afecto. Sezee cobró conciencia de ello cuando hiciste bajar el aerocoché y lo robaste, pero le gustabas físicamente desde la primera vez que te vio.

La perplejidad dio paso a una curiosa mezcla de satisfacción e incredulidad. ¿Le gustaba físicamente a esa mujer guapa y segura de sí misma? ¿Estaba enamorada de él? Le parecía inconcebible.

«Aunque si Vella lo dice —pensó—, será verdad».

Sintió el impulso de posar de nuevo la vista en Sezee, pero lo resistió y adoptó

una expresión seria por si ella lo miraba. Cerró el libro, se lo guardó en el bolsillo y contempló las montañas, esperando dar la impresión de estar absorto en pensamientos banales.

«Así que Sezee me quiere». No era una sorpresa desagradable. Era una joven audaz, admirable. Y atractiva. En otro tiempo no se habría planteado establecer una relación romántica con una mujer que no fuera de Leracia, pero ahora ese prejuicio le parecía ridículo, otra de las arrogantes costumbres leracianas que no había puesto en duda hasta hacía poco. Comparada con todas las chicas que había conocido en su corta vida, Sezee era cariñosa y accesible, inteligente e interesante. Por otro lado, nunca había tenido ocasión de conocer a una leraciana tan bien como había llegado a conocerla a ella. Tal vez, si hubiera surgido la oportunidad, habría encontrado a otra cuya compañía le resultara igual de agradable. Pero esa oportunidad ya nunca surgiría... De todos modos le daba igual. Estaría orgulloso de tener a Sezee por esposa.

Sin embargo, incluso mientras lo pensaba, sabía que faltaba algo.

«Compañía agradable», «accesible» e «interesante» eran palabras mucho menos vehementes que las que había oído en boca de otros hombres cuando describían a las mujeres de las que estaban prendados. Palabras como «fascinante», «adorable» y «encantadora». Aunque Sezee le gustaba y la admiraba mucho, sus sentimientos hacia ella no eran lo bastante intensos para considerarlos un amor verdadero y apasionado.

Notó el peso de Vella en su bolsillo. La había metido allí en parte para quedarse a solas con sus pensamientos, y en parte para que ella no se los leyera, como si temiera que se pusiera celosa a pesar de que sabía que no era capaz de sentir emociones.

«Le prometí que buscaría una manera de liberarla —recordó—. ¿Cómo podría dedicar todos mis esfuerzos a cumplir esa promesa sin dejar de prestar a una esposa la atención que merece?». Se sentiría tan indigno como si estuviera siendo infiel. A las dos.

De pronto las palabras de Miko le vinieron a la mente. «Es como si fuera tu novia. Como si estuvieras enamorado de ella. De un libro. Es de locos».

¿Estaba enamorado de Vella? Se quedó abstraído, buscando en su interior las emociones que echaba en falta cuando pensaba en Sezee. Detectó algo. No era pasión, sino algo más parecido a la lealtad. Un instinto protector. Vella le importaba. Quería ayudarla.

«Y, por extraño que parezca —se dijo—, tengo muchas ganas de conocerla. No creo estar enamorado, pero... quiero tener la posibilidad de estarlo».

Respiró hondo, exhaló y aceptó la realidad sobre sus sentimientos. No amaba a Sezee. Tampoco a Vella, al menos en un sentido convencional, pero estaba decidido a protegerla y a encontrar un modo de librarla de su cautiverio. Consciente de que ella leería esos pensamientos en cuanto la tocara, la sacó de su bolsillo y abrió la cubierta de nuevo.

—¿Estás seguro, Tyen? Lo que sientes por ella podría acabar convirtiéndose en amor. Quizá estés renunciando a la posibilidad de ser feliz por ayudar a un objeto antiguo ocupado por una persona incompleta.

«Estoy seguro».

—Si cambias de idea, no me sentiré herida. Es posible que lo que pretendes hacer sea imposible.

«Lo sé. Pero quiero estar convencido de haber hecho todo cuanto estaba en mi mano por conseguirlo. Sabes que no puedes persuadirme de lo contrario. Tal vez encontremos la respuesta aquí, en el Lejano Sur. Y aunque sé que no tienes mucha información sobre este lugar, hay otras preguntas que puedes aclarar, como ¿cuál sería la mejor manera de entablar una comunicación amistosa con un pueblo que no habla nuestro idioma?».

Durante las horas siguientes Tyen continuó consultando a Vella sin hacer pausas salvo para otear el territorio que sobrevolaban. Sezee les llevó a Veroo y a él un poco de comida y agua antes de regresar a la seguridad de las redes.

—Le dan más miedo las alturas de lo que está dispuesta a reconocer —le dijo Vella.

Cuando Tyen alzó la vista hacia ella Sezee sonrió, pero cuando más tarde le lanzó una mirada furtiva la vio bajar los ojos, estremecerse y cerrar los párpados.

—¡Mirad! —gritó Veroo con un brazo extendido para señalar las montañas.

Tyen echó un vistazo por debajo de la barandilla en la dirección en que la mujer apuntaba. El sol cada vez más bajo bañaba la pared de un barranco en una luz cálida. La escarpada superficie, ondulada como una cinta sostenida sobre un extremo, se ensanchaba hacia el oeste. Los detalles se tornaron más nítidos cuando se acercaban y avanzaron a lo largo del precipicio. En algunas partes había fragmentos de la pared que habían quedado aislados debido a la erosión: aquí una punta estrecha, allá una columna unida a una cortina de roca y de vez en cuando una torre solitaria.

—¡Ya lo veo! —exclamó Sezee, y dirigió una gran sonrisa a Tyen—. ¡Castillo de la Torre!

Tyen frunció el ceño y buscó el castillo con la mirada. Supuso que debía de tratarse de una de las peñas más pequeñas. En cambio, sus ojos se posaron en unas líneas inusualmente rectas que surcaban el suelo, muy abajo: caminos, las orillas de campos cuadrados, y el límite del bosque con las formas características de los asentamientos y los cultivos humanos.

Todas las carreteras anchas conducían a un gran cúmulo de edificios que rodeaban una peña que en otro tiempo formaba parte del precipicio pero ahora se alzaba sola. Grandes aves volaban en espiral en torno a la torre. En las grietas de la roca se observaban numerosas aberturas, en las que entraban algunos pájaros tras descender en picado. Un movimiento en una de ellas captó su atención, y entonces se

percató por fin de lo que Sezee y Veroo habían descubierto.

Las aberturas eran ventanas o puertas de balcones. Había personas asomadas a unas y a otras, contemplando el aerocoche.

La gigantesca peña era Castillo de la Torre.

Aunque Gowel había explicado que estaba excavado en un pilar de roca, Tyen imaginaba que tendría forma de edificio. Cuando se aproximaron un poco más avistó varias cuerdas tendidas entre la torre y la pared del barranco. Se levantó y se colocó a Vella bajo la camisa para que ella pudiera continuar siguiendo su acercamiento. Pasó junto a Sezee y se quedó de pie cerca de la parte delantera de la carlinga.

—No vayas a chocar con las cuerdas —avisó a Veroo.

Esta asintió con aire ausente.

—Esas personas... —dijo—. ¡Están volando!

Tyen se fijó mejor y se le cortó la respiración al comprobar que Veroo tenía razón. Lo que él había supuesto que eran aves eran en realidad humanos que planeaban de una abertura oscura a otra. Vio a uno saltar desde un balcón, pero en vez de caer a plomo viró hacia un lado y rodeó la torre. Dejó tras de sí una tenue estela de Hollín increíblemente corta para la cantidad de magia que sin duda había utilizado.

—Son niños —observó Sezee detrás de él. Parecía escandalizada—. ¿Por qué niños?

—¿Porque como son más pequeños y ligeros no consumen tanta magia? —aventuró Tyen.

—Parece una diversión muy peligrosa.

—¿Lo percibes, Tyen? —preguntó Veroo levantando la mirada hacia él—. La magia...

En cuanto Veroo lo dijo él lo notó. La magia que envolvía la torre era sutilmente distinta. Allí estaba más condensada que en ninguna otra parte. Se propagaba hacia el exterior y un poco hacia el precipicio.

—¿Qué propones que hagamos? —inquirió Sezee.

Tyen contempló a la gente aglomerada en los balcones. Era imposible determinar si tenían una actitud amistosa o no. Si aquellos niños voladores podían alejarse de la peña armados no les costaría mucho dañar el aerocoche. Sin embargo, Gowel había dicho que eran cordiales.

—Volar en un círculo más alto que la torre para evitar las cuerdas del lado del precipicio.

—¿Te refieres a los puentes?

Miró de nuevo. La perspectiva había vuelto a confundir su percepción. Aquellas marañas de cuerdas eran más grandes y menos caóticas de lo que le había parecido en un primer momento. Muchas formaban puentes, en efecto, mientras que otras formaban sistemas de poleas, quizá para transportar objetos grandes. En la pared del precipicio alcanzó a distinguir caminos excavados en la piedra y la amplia entrada de una cueva a la que estaban sujetos los extremos de tres de los puentes. Se volvió

hacia Veroo.

—Aterrizaremos si nos invitan a bajar, aunque dudo que haya una explanada lo bastante grande para hacerlo. Supongo que podríamos amarrar el aerocoche, pero si hay mal tiempo podría hacerse pedazos contra la torre.

—¿Quieres pilotar tú?

Tyen sacudió la cabeza.

—No. Será más seguro que tú nos acerques y luego dejes que yo aterrice con magia. Yo me encargo de calentar el aire de la cápsula.

Se vislumbraban personas en casi todas las aberturas en la parte superior de la torre, desde la más pequeña hasta la más grande. Tyen reparó en que ninguna de ellas parecía empuñar armas. Caldeó la cápsula aún más, ocasionando que el aerocoche ascendiera. Cuando sobrepasaron la cima de la torre apareció ante ellos una zona extensa y llana, resguardada y oculta por paredes que la cercaban por tres lados.

Los hombres que ocupaban aquel espacio llevaban armadura y les colgaban del cinto fundas que correspondían a cuchillos largos o bien a espadas cortas. Sin embargo, no habían desenvainado. Formaban dos hileras que flanqueaban a un par de figuras centrales. Una de ellas era un hombre de baja estatura pero complexión fuerte que estaba entre la edad de Tyen y la madurez. Llevaba un abrigo largo de un verde oscuro e intenso con pieles en torno al cuello y los puños. El otro era un hombre de cabello cano y con un vientre ligeramente más abultado, vestido con un abrigo gris sencillo y sin adornos. Ambos tenían el rostro vuelto hacia el aerocoche. El más joven alzó la mano hacia ellos y agitó el brazo.

—Oooh, ese debe de ser el rey —exclamó Sezee.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tyen.

—Dijiste que tenían un rey. ¿Quién si no la persona al mando subiría a lo alto de la peña para recibirnos?

—Creo que nos está animando a aterrizar —añadió Veroo.

El hombre que Sezee suponía que era el rey había bajado el brazo con un movimiento amplio para señalar el espacio entre los guardias.

Tyen miró a Sezee.

—¿Aterrizamos? No nos queda otro remedio que esperar que lo que Gowel decía sobre la hospitalidad de esta gente sea cierto.

—O que su paso por aquí no les haya enseñado a ser menos hospitalarios con los norteños —añadió ella—. Por lo que nos has contado, no era un hombre especialmente honrado.

—No veo por qué habría de disgustarlos a propósito, si su objetivo era establecer relaciones comerciales.

Sezee asintió.

—Creo que vale la pena correr el riesgo. Si no les gustan los norteños, dará igual dónde aterricemos, ¿no? Más vale que intentemos hacer buenas migas con los de arriba y esperar que eso convenza a los demás.

El hombre del abrigo verde repitió el gesto.

—Llévanos hasta allí, Veroo —indicó Tyen, y se dirigió a toda prisa a la cola para desatar las amarras.

Veroo maniobró con gran habilidad, y el aerocoché se habría posado justo en el centro del recinto si una ráfaga de viento no lo hubiera empujado hacia un lado en el último momento. Tyen lo estabilizó con magia. Los guardias se acercaron corriendo para sujetar las cuerdas. Saltaba a la vista que no era la primera vez que lo hacían. Tyen dejó salir aire de la cápsula, pero no todo, por si habían malinterpretado las intenciones de los lugareños y tenían que alzar el vuelo rápidamente. Por otro lado, si los guardias los atacaban y rajaban la cápsula, estarían perdidos.

El presunto rey y su acompañante lucían sonrisas radiantes cuando la carlinga tomó tierra. Tyen fue el primero en desembarcar y, tal como Vella le había aconsejado, ejecutó una reverencia como si se hallara ante el emperador. A continuación dio media vuelta para ayudar a Sezee y a Veroo a bajar. Siguiendo su ejemplo, las dos inclinaron la parte superior del cuerpo.

El anciano dio un paso al frente.

—*Fienfenidos* a Tyeszal, *fisitantes* del norte —dijo. Hizo un gesto hacia el hombre más joven—. *Less* presento a Mzelssa Cryll, líder de Sseltee.

«Sin duda Gowel y su equipo enseñaron algo de leraciano a este hombre —pensó Tyen—. O al menos algunas frases formales». Realizó otra reverencia.

—Gracias por tan calurosa bienvenida —respondió, hablando despacio—. Es un honor conocerle, Mzelssa Cryll, líder de Sseltee. Soy Aren Coble, de Leracia. —Habían acordado que usaría el nombre que Sezee había inventado para él, solo por si se daba el caso de que la Academia adivinara que había cruzado las montañas—. Ellas son Veroo y Sezee Anoil, de las islas Occidentales.

El anciano tradujo esas palabras al rey. Cuando terminó, el joven monarca se acercó a Tyen y tendió las manos con la palma hacia arriba. Siguiendo las recomendaciones de Vella, este imitó el gesto con timidez, en señal tanto de su buena voluntad como de disculpa por su ignorancia de las costumbres locales. El rey, sonriente, apretó con suavidad las palmas contra las de Tyen antes de volverse hacia Veroo y Sezee.

Una vez concluido el saludo, retrocedió unos pasos, pronunció unas frases y miró al anciano cuando terminó.

—Cryll *dessea ssaber* a qué han *fenido* a Sseltee —les aclaró el anciano.

—En busca de conocimientos —explicó Tyen—. Veroo quiere adiestrarse en la magia, y Sezee viaja con ella para acompañarla.

Hizo una pausa, sin saber muy bien cómo describir lo que él quería.

—¿Y usted? —lo apremió el hombre.

—Busco lo mismo. Deseo aprender más sobre el Lejano... sobre Sseltee.

El anciano asintió.

—Como los últimos leracianos que estuvieron aquí.

—Sí. Ellos querían comerciar con ustedes. Yo solo deseo... aprender.

El rostro del hombre se iluminó.

—Un auténtico erafhei —dijo—. *Personas* que buscan saber por saber...

Se llevó el dedo a la frente y luego señaló todo cuanto los rodeaba.

—Los que aprenden por el placer de aprender —convino Tyen—. Auténticos pensadores.

El anciano posó la vista en el rey y se produjo un diálogo tras el que el joven se mostró bastante complacido, para alivio de Tyen.

—Cryll *fide* se queden días tres o más para *afrender* más sobre ustedes y sus lugares.

Tyen asintió.

—Sería un gran honor.

El anciano comunicó su respuesta al rey, quien, tras dedicar una sonrisa a cada uno de ellos, se alejó. Tyen miró al traductor y este extendió las manos para indicarles que permanecieran donde estaban.

—Cryll hablará con ustedes después. Les mostraré lugar donde descansar y dormir y explicaremos leyes de ciudad —dijo. Se llevó la mano al pecho—. Soy Ysser, hechicero de Cryll. —Observó el aerocoche—. Eso *necesitará*...

Hizo unos ademanes que expresaban con notable acierto el proceso de deshinchar y amarrar de la cápsula.

—Sí.

—*Nosotros* ayudaremos.

Era evidente que el viejo mago había presenciado alguna vez el desmontaje de un aerocoche o incluso participado en él. Cuando Tyen descargó las maletas de las mujeres dos guardias se aproximaron para cogerlas. Poco después la cápsula estaba desinflada, y la carlinga arrimada a una pared y atada a unas argollas de metal empotradas en la piedra. Bastante seguro de que el viento no se la llevaría, Tyen hizo un gesto con la cabeza al hechicero para indicarle su satisfacción y que estaban listos para entrar. Con una sonrisa, el anciano los guio hacia el interior de Tyeszal.

El inconveniente de vivir en una torre era que había que subir y bajar muchas escaleras. Ysser parecía empeñado en enseñárselo todo a Tyen, por lo que este había realizado muchos ascensos y descensos desde aquella mañana.

—Tyeszal tiene muchas entradas y *ssalidas* —comentó Ysser mientras guiaba a Tyen por otro tramo descendente—. Las... —dijo señalando los peldaños y mirando a Tyen.

—¿Escaleras? —preguntó este.

—¡Escaleras! Sí. —Pese a su avanzada edad, el mago aprendía palabras nuevas con la misma rapidez que un joven estudiante de idiomas. O quizá más deprisa—. Las escaleras son...

Describió círculos en el aire con el dedo, bajando el brazo poco a poco.

—La forma lenta de bajar —completó la frase Tyen.

Ysser asintió y apretó el paso. Al final del pasillo había una reja y al otro lado una especie de sala iluminada por un resplandor cálido que parecía proceder de lámparas. Tyen siguió al hombre hasta la reja y el corazón le dio un brinco al ver la sala en toda su extensión.

Era inmensa. Un techo liso y abovedado se extendía sobre sus cabezas, pero el suelo estaba muy, muy lejos. Castillo de la Torre era una estructura hueca.

El interior de las paredes estaba cubierto de balcones y escaleras. Grandes vigas se entrecruzaban unas plantas más abajo. De ellas colgaban poleas descomunales ceñidas por sogas gruesas como brazos. En aquel momento una plataforma de madera se elevaba lentamente por medio de uno de aquellos aparejos. Cuando llegó a la altura de un balcón dos hombres subieron a ella. Tyen no pudo determinar si funcionaba de manera mágica. No había Hollín dentro de Castillo de la Torre, pues la ley obligaba a quien usara la magia a obtenerla del exterior.

—Esto más *ráfido* que escaleras.

Tyen intentó contar los niveles, pero había tantos que se desdibujaban a lo lejos.

—¿Cuántos habitantes tiene Tyeszal?

El viejo extendió las manos, se señaló un dedo y volvió a extenderlas.

—Diez veces diez... ¿Cien?

Ysser extendió la mano una vez más.

—Diez por diez por cinco —supuso Tyen—. Quinientas.

—Muchas más abajo.

—La ciudad que se asienta en la base de Tyeszal.

—¿Ciudad?

—Lugar donde vive mucha gente.

—Ciudad —repitió Ysser para memorizar la palabra.

Los dos hombres que estaban sobre la plataforma ascendente bajaron de ella en el nivel superior. Mientras se acercaban se quedaron mirando a Tyen, pero no con expresión hostil. Ambos eran más bajos que él, como, al parecer, la mayoría de los sseltas, pero tenían la forma del rostro muy distinta. Tyen había visto a personas de aspecto similar al de ellos y a otras que no se les asemejaban, por lo que suponía que había diferencias regionales entre los pueblos del Lejano Sur.

Como habían hecho muchos otros, los hombres les tendieron la palma a Ysser y a él al pasar. Solo una y sin el menor esfuerzo por tocarles la mano, por lo que quizá se trataba de un saludo menos formal. Dado que el anciano devolvió el gesto, Tyen lo imitó. Uno de ellos llevaba bajo el brazo varios rollos de lo que parecía tela fina.

—¿A qué se dedican los habitantes de Tyeszal? —preguntó Tyen.

—Unos pocos ayudan Cryll *gofernar*. Muchos hacen. Muchos, muchos hacen.

—¿Hacen? Esos hombres... son sastres. Hacen ropa.

Se dio unas palmaditas en los suaves pantalones y la camisa larga y primorosamente bordada que los sseltas le habían proporcionado esa mañana.

Ysser asintió.

—Muchos hacen. Solo cosas buenas.

—Así que el castillo está lleno de artesanos y artistas, pero solo los mejores —concluyó Tyen.

—Y hacen magia. Hacen de Tyeszal lugar más mágico de Sseltee —aseveró el hombre, visiblemente orgulloso.

Un escalofrío le bajó a Tyen por la espalda. «Allí está otra vez, esa creencia de que al crear algo se genera magia». La idea ya no lo repelía tanto. Lo más probable era que Gowel estuviera en lo cierto y la magia tuviera algo que ver con las personas más que con alguna actividad en concreto.

—¿Hay menos magia abajo, en la ciudad? —inquirió Tyen.

Ysser se encogió de hombros.

—Menos magia *fara* tantas *feronas*. Muchos diez cientos de *feronas*.

Un poco menos de magia para una población mucho mayor, tradujo Tyen para sus adentros. Sintió un cosquilleo de emoción al caer en la cuenta de que aquella era una situación ideal para demostrar o refutar la teoría. Si no existía relación alguna entre la magia y la creatividad, aislar del resto de sus conciudadanos a un grupo formado sobre todo por artistas y artesanos resultaría en un empobrecimiento de la magia en su entorno, en comparación con la ciudad mucho más poblada de abajo. En cambio, en Tyeszal abundaba la energía. «¿Podría estar Vella en lo cierto y la Academia equivocada?».

—Te enseño. —El viejo hechicero guio a Tyen de nuevo hacia las escaleras—. Arriba de todo está casa de Cryll.

—El palacio.

—El *falacio* —repitió Ysser, memorizando la palabra.

«Voy a alojarme en un palacio —se dijo Tyen—. Miko no se lo creería. A Neel le daría envidia». Y su padre estaría tan asombrado como orgulloso. Al pensar en él, experimentó una punzada de tristeza y culpa. «Espero que haya recibido mi carta. Un día regresaré para verlo —se prometió—. Cuando la Academia se canse de buscarme. Pero, oh, cómo me gustaría poder mostrarle este sitio».

La habitación que le habían asignado tenía una decoración fastuosa. La noche anterior Sezee y Veroo le habían descrito su alcoba, al parecer igual de suntuosa. Habían cenado con el rey, su familia y varios personajes que debían de ser importantes a juzgar por su aspecto y su forma de hablar. Todos habían mostrado una gran curiosidad, pero su incapacidad para hablar leraciano y la de los visitantes para hablar sselta habían obligado a Ysser a traducir para unos y otros, hasta que al final de la velada parecía tenso y fatigado. A la mañana siguiente, cuando el hombre se había presentado en la habitación de Tyen, volvía a estar animado y lleno de energía, decidido a guiar a su invitado en un recorrido por el castillo. Sezee y Veroo no los habían acompañado, bien porque habían rechazado la oferta, bien porque habían hecho otros planes o bien porque tenían otro guía. Fuera como fuese, ya se lo contarían esa noche durante la cena.

Aunque Ysser aflojó el ritmo al subir la escalera comenzó a andar con zancadas más largas cuando llegaron a la planta superior a aquella en la que estaba la habitación de Tyen. Este lo siguió al interior de una amplia sala con las paredes cubiertas de vitrinas repletas de objetos, algunos de aspecto familiar, otros desconocidos. Una de ellas contenía una colección de esqueletos y huesos humanos y de animales, y otra estaba llena de animales disecados. Los instrumentos y las vasijas de formas diversas recordaron a Tyen las salas de experimentación de la Academia. Al menos la mitad de las vitrinas estaba ocupada por rollos de papel y libros, y también había varios apilados en el suelo.

En el centro se encontraba una mesa sobre la que había desplegado un plano, con las esquinas aprisionadas bajo un tintero, una piedra, una copa y un zapato. Tyen se habría detenido a examinarlo, pero un objeto más grande y extraño llamó su atención. Como el aerocoche, tenía una estructura de madera forrada casi por completo de tela y con una especie de timón en la cola, pero arriba, en vez de una cápsula, tenía otro armazón recubierto de tela que formaba ángulo recto con el primero. Era más ancho que alto, con la parte delantera curva y la posterior acabada en punta. Si Tyen no hubiera estado en lo alto de un castillo excavado en una peña y muy lejos del mar, habría supuesto que era algún tipo de embarcación y que la superficie plana podía girar hacia arriba para recoger el viento. Había ruedas sujetas a la carlinga, y el artilugio entero descansaba sobre una plataforma de madera que descendía hacia una gran puerta de dos hojas.

—Mig —llamó Ysser y añadió rápidamente unas palabras en sselta.

Una cabeza asomó por detrás de la carlinga del vehículo. Tyen alcanzó a ver los

ojos desorbitados de un muchacho antes de que la cabeza desapareciera de nuevo. Unos instantes después el chico, a quien no parecía faltarle mucho para llegar a la edad adulta, salió tímidamente y a gatas de su escondite.

—Te *fressento* Mig —dijo Ysser. Se volvió hacia el muchacho, y Tyen oyó su nombre falso: «Aren Coble». El mago lo miró de nuevo—. Mig es... —Se interrumpió y se señaló la frente—. Bueno aquí...

—Listo —aventuró Tyen—. Astuto. ¿Tu aprendiz?

Ysser frunció el entrecejo.

—¿Le enseñas magia?

El anciano enderezó la espalda y sacudió la cabeza.

—No. No tiene magia. Así que es... listo. —Extendió el brazo para tocar el vehículo—. Él hizo esto.

—¿Para qué sirve?

—Vuela. Sin magia. Sirve *fara*... —Pronunció una palabra en sselta y simuló con la mano el planeo de un ave—. Hace *fara* mucha gente en Tyeszal *fara* que *fuedan ssalir* más *ráfido*.

Con una sonrisa se dirigió hacia la puerta. Mig se acercó a toda prisa para ayudarlo. Tras descorrer el cerrojo tiró de las dos hojas hacia dentro y la luz del sol inundó el recinto. Las aseguraron a las paredes para que no las moviera el fuerte viento que entraba y hacía susurrar los rollos de papel dentro de las vitrinas.

Ysser le hizo señas de que lo acompañara y salió. Tyen lo siguió y se paró en seco al ver que estaba en un balcón sin una barandilla que lo protegiera de una larga caída hasta el suelo, que estaba muy, muy abajo. Aunque por lo general no lo incomodaban las alturas, la falta de protección y las rachas que lo golpeaban habían despertado en él un miedo instintivo.

Como si no estuviera ya lo bastante desorientado, una chica alada pasó volando muy cerca con los brazos bien extendidos. El rastro de Hollín que dejó empezó a menguar. Tyen nunca lo había visto desvanecerse tan deprisa. Calculó que habría desaparecido al atardecer.

Regresó al interior de la sala y examinó el vehículo volador. Haría falta mucha precisión para hacerlo entrar de nuevo por aquellas puertas. Y sin una cápsula que lo elevara...

—¿Cómo volvéis a subirlo? —preguntó Tyen imitando el gesto con la mano pero hacia arriba.

—Deshacemos y... —dijo el hechicero mientras fingía que transportaba algo bajo el brazo.

Tyen asintió en señal de que había entendido. El vehículo realizaba vuelos sin retorno, cosa que ningún piloto querría hacer por capricho si costaba tanto esfuerzo llevarlo de vuelta a su sitio. Pero supuso que podía subirse por las rampas si se desmontaba en partes lo bastante pequeñas.

Al acercarse advirtió que en la carlinga había un asiento sencillo frente a un juego

de palancas. Se preguntó cuánta destreza haría falta para controlar la dirección y al mismo tiempo evitar que el vehículo descendiera. No podía quedarse inmóvil en el aire. En ese sentido parecía mucho más limitado que un aerocoche.

El muchacho contemplaba en silencio, rezumante de vergüenza y orgullo, mientras Tyen examinaba su invento. Cuando este intentó hacerle una pregunta, Mig se mostró incómodo. Se planteó cómo podía ganarse su simpatía y entonces se acordó de Bicho. Se había colgado el maletín del hombro antes de salir de su habitación, tanto por costumbre como para no separarse de sus bienes más preciados. Abrió la solapa, miró a Mig y sonrió.

—Bicho —dijo—. Vuela.

El insectoide se rebulló de inmediato y, con un zumbido de las alas, levantó el vuelo. El muchacho abrió mucho los ojos, dio un salto hacia atrás y se quedó boquiabierto mientras Bicho revoloteaba en torno a la cabeza de Tyen.

—Descansa —ordenó Tyen, y el insectoide se posó en su hombro.

Lo cogió y se lo puso en la palma abierta. Ysser y el chico se acercaron para estudiarlo con idénticas expresiones de fascinación y entusiasmo.

Tyen llevaba poco rato explicándoles cómo funcionaba cuando un pitido atrajo su atención hacia el balcón. Una chica de la edad de Mig estaba de pie ante las puertas abiertas sosteniendo entre los dientes lo que Tyen imaginó que era un silbato. Llevaba un ajustado uniforme de aeronauta de color verde, lo que aparentemente indicaba que era mensajera del rey. Contempló a Tyen con una curiosidad descarada a la que él supuso que tendría que acostumbrarse por su condición de forastero, luego escupió el silbato, tendió la mano a Ysser y dijo algo. Tyen reconoció la palabra «Cryll».

El anciano se volvió hacia él con una sonrisa de disculpa.

—Debo irme. ¿*Fuedes* ir solo a cuarto?

Tyen asintió.

—Ya encontraré la manera de llegar.

El muchacho pareció desilusionado cuando Tyen guardó el escarabajo mecánico en el maletín.

—Bicho, duerme —dijo, y en el acto el insectoide se hizo un ovillo y sus patas quedaron inmóviles.

Salió detrás de Ysser y regresó a su habitación por su cuenta. Cuando llegó se encontró con un almuerzo generoso servido en la mesa. Al verlo le rugieron las tripas, aunque el desayuno tampoco había sido precisamente frugal. La visita debía de haber durado mucho más de lo que creía.

Una vez que hubo saciado su hambre se levantó y se dirigió a uno de los ventanucos. Calculó que era media tarde. Tras pasar un rato contemplando el mundo que se extendía mucho más abajo regresó a la silla.

¿Qué debía hacer? Aunque nadie le había indicado que se quedara en la habitación, como sabía que estaba alojado en el palacio no se atrevía a pasearse por los alrededores sin guía o sin una confirmación de que su exploración no molestaría a

nadie. Podía ir en busca de Veroo y Sezee, pero seguramente se hallaban en medio de un recorrido del castillo. Ya se reuniría con ellas cuando terminaran.

De modo que sacó a Vella del maletín y la puso al corriente de lo que había visto y averiguado.

«El rey nos autoriza para quedarnos unos días. ¿Qué me aconsejas?», preguntó Tyen.

—Si os quedáis mucho tiempo estaréis abusando de su hospitalidad. Además, deberíais ir cambiando de lugar por si la Academia decide atravesar la cordillera para perseguiros —respondió ella.

Si los magos tomaban, en efecto, esa decisión tardarían varios días en prepararse para un viaje así. Los Dardos eran demasiado grandes y pesados para semejante travesía, así que tendrían que encontrar un par de aerocoches más pequeños y aprovisionarlos.

—Tal vez el rey o Ysser puedan indicarte en qué lugares de Sseltee seríais bien recibidos —dijo Vella— y recomendarte una solución al problema del dinero. Disponéis del aerocochete, por lo que la cuestión del transporte está resuelta, pero tendréis que comprar alimentos y, allí donde haga falta, pagar por el alojamiento.

«Sí, tendré que preguntarles si aceptarían mi dinero, o lo que queda de él, a cambio de moneda local». Había entregado las monedas más pesadas y casi todos los billetes de Kilraker que aún no había gastado a los habitantes de los bosques que los habían ayudado a reparar el aerocochete.

—Quizá alguien compre el dinero por considerarlo un artículo curioso.

«Me pregunto cómo piensan solventar este asunto Sezee y Veroo. Si a esta la aceptan en la escuela de magia, ¿cómo piensan mantenerse?».

—Por lo que leí en su mente, Sezee tiene unas joyas que está dispuesta a vender y confía en poder ganar dinero como cantante.

«¿Como cantante? ¿Ella canta?».

—Sí.

Tyen frunció el ceño. Durante todo ese tiempo no había oído cantar a Sezee. Lo asaltó una gran curiosidad por escucharla. Quizá se lo comentaría más tarde. Se concentró de nuevo en la cuestión de qué hacer a continuación.

«Pediré a Ysser mapas y sugerencias de lugares que explorar —dijo—. Tal vez... Tal vez debería mostrarte a Ysser antes de partir. Aprenderías mucho de él. Pero ¿puedo confiar en que te devolverá? Apenas lo conozco. Parece buena persona... Claro que también lo parecía Kilraker antes de que me tendiera la trampa. ¿Y si Ysser

intenta robarte o habla al rey de ti y él decide que tienes que pertenecerle?».

—*Debes sopesar las ventajas y los riesgos.*

Tyen sacudió la cabeza. Sería imprudente fiarse del anciano tan pronto. Tendría que buscar su propio camino. Podría ir con Veroo a la escuela de magia. Según Gowel, sus hechiceros no estaban tan avanzados como los de la Academia, pero si quería encontrar la manera de que Vella revirtiese a su forma humana más valía que aprovechara cualquier oportunidad que surgiera para recibir educación mágica.

«¿Sería esa la mejor manera de incrementar mis habilidades y conocimientos?», se preguntó.

—*La mejor manera sería abandonar este mundo y sus limitaciones, e ir en busca de los mejores maestros de todos los mundos.*

Tyen soltó una risita. «No es un consejo muy útil».

—*¿No? Puedo enseñarte a viajar entre los mundos. Solo tienes que encontrar la magia necesaria.*

«Pero no hay suficiente en este mundo, ¿o sí?».

—*Puede que la haya. Hay más magia aquí en Tyeszal que en ninguna otra parte de este mundo en la que haya estado en esta época.*

Tyen sintió un hormigueo al pensar en ello. ¿Viajar por los mundos? ¿De verdad era posible?

—*Por otro lado, a los habitantes del lugar tal vez no les parecerá bien que consumas tanta energía de la que han generado. Quizá haya otros sitios en el sur donde se cree magia que nadie utiliza.*

«¿Me estás diciendo que, en lugar de ir a la escuela, debería buscar uno de esos sitios para poder abandonar este mundo?».

—*Sería la mejor manera de afinar tus destrezas y...*

Unos golpes en la puerta desviaron su atención. Respirando hondo, se puso a Vella debajo de la camisa y se acercó a abrir.

En cuanto el pestillo dio un chasquido alguien empujó la puerta hacia dentro. Sezee irrumpió y examinó el cuarto con expresión valorativa. Aunque desde que habían llegado se había vestido con ropa local, ahora llevaba su chaqueta de abrigo, bufanda y guantes.

—Bonita habitación. La nuestra es más grande, pero tiene dos camas. ¿Dónde has estado todo el día?

Tyen la siguió al centro del dormitorio.

—Ysser me ha llevado a dar una vuelta por el castillo. Bueno, hasta que lo han interrumpido porque el rey quería hablar con él...

Sezee giró en redondo y lo miró fijamente.

—¿Una vuelta? ¿Y no has ido a buscarnos?

Tyen la miró a los ojos.

—Eh... Pues no. Bueno, esperaba que nos acompañarais, pero como no habéis aparecido he pensado que estabais recorriendo el castillo con otra persona.

Sezee frunció los labios, sonrió y se encogió de hombros.

—Sí, eso hemos hecho. Pero habría sido más agradable recorrerlo juntos, ¿no crees? Cuando hemos preguntado si podías venir con nosotras han ido a buscarte, pero ya no estabas. ¿No has preguntado si podíamos acompañarte?

—Pues... Eh...

Ella se acercó a la ventana chasqueando la lengua.

—Bueno, ya no importa. He venido a decirte adiós.

Tyen se quedó mirándola, sorprendido.

—¿Adiós? —repitió.

Sezee se volvió hacia él.

—Sí. Veroo y yo nos vamos. Un grupo de sselas jóvenes partió rumbo a la escuela hace dos días, cosa que al parecer sucede dos veces al año, pero viajan despacio, así que creo que los alcanzaremos hacia la medianoche.

—¿Os marcháis ya?

—En cuanto termine esta conversación. —Se le acercó dirigiendo la vista hacia todas partes excepto a su rostro—. Tardaremos unos meses en llegar a la escuela, lo que nos dará tiempo para aprender el idioma.

—Pero...

Sezee alzó los ojos hasta posarlos en los suyos.

—Pero ¿qué?

—¿Tan pronto? Acabamos de llegar, y yo...

La joven sonrió, o más bien curvó los labios sin el menor brillo de humor en los ojos.

—Tú ¿qué?

—No he decidido qué hacer después.

La media sonrisa de Sezee se desvaneció y una arruga apareció entre sus cejas. Dio un paso hacia Tyen y alargó el brazo hacia su cara. Le acarició la mejilla con la suave piel de sus guantes.

—Mi querido Tyen —dijo por lo bajo—. Eso confirma mis sospechas. Si sintieras por mí lo que siento yo por ti no habría decisión alguna que tomar.

Él bajó los ojos, con el corazón encogido a causa de la tristeza y el sentimiento de culpa.

—Lo siento —fue todo cuanto se le ocurrió decir.

Sezee suspiró.

—No tienes por qué disculparte. No estoy enfadada. ¿Por qué iba a estarlo? Pero no es divertido estar con alguien a quien quieres cuando el sentimiento no es mutuo. —Se le entrecortó la voz y, cuando Tyen alzó la mirada, vio que parpadeaba mucho.

Se apartó de él—. Iremos a la escuela. Tú no puedes. Si la Academia te sigue hasta aquí será el primer lugar donde te buscará. Estaba escrito desde el principio que nos separaríamos. Ha sido una gran aventura, Tyen. Veroo y yo te estamos agradecidas por ello. Nos trajiste al otro lado de las montañas infranqueables. Enseñaste a Veroo a pilotar.

Tyen la siguió y la tomó de la mano.

—Mi deuda con vosotras es más grande por haberme ayudado a salir de Leracia y a huir de la Academia. Por favor, transmítele también mi agradecimiento a Veroo por haberse turnado conmigo para pilotar. Lo hizo muy bien. Creo que tiene una facilidad natural para ello.

Sezee sonrió, le dio un apretón suave en la mano y la retiró enseguida.

—Se lo diré. Se pondrá muy contenta... Y triste por no haber tenido oportunidad de despedirse.

Tyen arrugó el entrecejo.

—¿Dónde está?

—Haciendo las maletas. De verdad que tenemos que marcharnos cuanto antes si queremos alcanzar a los nuevos alumnos. —Se volvió hacia la puerta, se detuvo unos instantes y miró hacia atrás—. Por cierto, el rey nos ha ofrecido una tasa de cambio bastante generosa. Quiere tener algo de dinero leraciano a mano para cuando se presente el próximo grupo de norteños. Creo que eso es una señal bastante clara de que debes marcharte lo antes posible, Tyen. Y no le digas a nadie adónde vas.

Él asintió.

—Así lo haré.

La joven lo contempló unos momentos con el semblante triste y consiguió esbozar una sonrisa. Sin decir una palabra más se dirigió hacia la puerta. Avanzó unos pasos y se fue.

Tyen fijó la vista en el reverso de la puerta. «¿Soy un loco por dejarla marchar?», se preguntó. Estuvo a punto de salir tras ella y pedirle que esperaran a que recogiese sus cosas para acompañarlas. Pero aún le resonaba en los oídos su advertencia: «No le digas a nadie adónde vas».

Esa noche interrogaría a Ysser para averiguar todo lo posible sobre el Lejano Sur y le diría que estaba ansioso por emprender su exploración cuanto antes: si no al día siguiente, al otro. Tendría que evitar especificar su destino o bien mentir sobre él.

Pero por el momento no le quedaba otra cosa que hacer salvo aguardar a que Ysser regresara. El anciano era la única persona que dominaba lo suficiente el leraciano para explicarle lo que necesitaba saber, y en aquel momento estaba en una audiencia con el rey. Nervioso, decidió distraerse enseñando a Bicho a atrapar en el aire los objetos que lanzaba hacia la cama. No podía evitar imaginar a Sezee y Veroo bajando por escaleras interminables hasta la ciudad, pese a que sabía que seguramente habían descendido en una de las plataformas de madera que se desplazaban por el centro de la torre. Aunque a Sezee no le habría hecho gracia.

Ninguna gracia. «Hmm, me pregunto si su miedo a las alturas tendrá algo que ver con su ansia por partir».

Por fin alguien llamó a la puerta. Tras agarrar a Vella y ordenar a Bicho que entrara en el maletín fue a abrir. Un mensajero lo saludó con la palma abierta. Aunque las voladoras eran todas chicas, los mensajeros que trabajaban en el interior de la torre eran todos chicos. El recién llegado sacó un papel.

—El Cryll solicita que le acompañe para cenar —leyó, pronunciando despacio y con sumo cuidado—. Traiga a Bicho. Sígame.

Tyen se colgó el maletín del hombro, salió de la habitación y asintió. El muchacho dio media vuelta y echó a andar por el pasillo.

Mientras seguía a su joven guía Tyen meditó sobre cómo enfocar el interrogatorio de Ysser. Si quería asegurarse de que nadie supiera adónde iría no podía demostrar demasiado interés por ninguno de los lugares que el anciano le recomendara visitar. O quizá debía aparentar curiosidad por destinos que no le interesaban e indiferencia por los que le llamaban la atención. Por otra parte, la próxima vez que recibieran la visita de miembros de la Academia el anciano descubriría que Aren Coble era en realidad Tyen Fundehierro y quizá deduciría que su desinterés había sido fingido.

El muchacho, con la desconsideración propia de la juventud, subió corriendo el último tramo de escalera a una velocidad envidiable. Tyen lo siguió, pero una vez arriba tuvo que pararse a recuperar el aliento. Había guardias apostados a lo largo del pasillo que conducía a las estancias donde el rey recibía a las visitas. Lanzaron a Tyen miradas recelosas, por lo que este apretó el paso.

El chico no lo guio al comedor, sino hacia una puerta de dos hojas grandes y ornamentadas. Un guardia abrió una de ellas para dejar pasar a Tyen. El muchacho señaló el vano antes de alejarse a toda prisa para llevar su siguiente recado. Tyen, con la respiración aún agitada, cruzó el umbral.

La sala en la que entró era de dimensiones reducidas, pero las compensaba con su magnificencia. La luz de la tarde, teñida de un rojo intenso por el ocaso, penetraba por los altos ventanales. El color se reflejaba en el dorado de los cuadros y las molduras, dando la impresión de que la estancia estaba en llamas. Además, proyectaba sombras rojizas sobre sus ocupantes, por lo que Tyen tuvo que entornar los ojos para distinguir sus rostros.

En cuanto lo hizo se le heló la sangre.

—Tyen Fundehierro —dijo el profesor Kilraker—. Te hemos buscado por todas partes.

OCTAVA PARTE

Rielle

Los mercaderes habían instalado el campamento alrededor del pozo. La luz de la hoguera arrojaba sobre la arena sombras de hombres deformadas que se alargaban hasta juntarse con las de los kapos de largas patas que aún llevaban la carga atada a sus estrechos lomos. Incluso el vapor que emanaba de la cacerola que el cocinero acercaba a sus compañeros proyectaba sombra.

Sa-Mica giró sobre los talones y bajó de nuevo hacia la carretera. La duna por la que habían pasado semejava de lejos una medialuna pálida. Nadie podía evitar que el viento alterara el paisaje de arena, pero la carretera discurría en línea recta, por lo que, cada vez que las dunas la cubrían, bastaba con seguir adelante para encontrarla al otro lado.

—¿No nos uniremos a ellos? —preguntó Sa-Gest.

—No descansarían tranquilos sabiendo que hay una impura cerca —replicó Sa-Mica.

—¿Y acercarnos para llenar las cantimploras?

—Eso puede esperar a mañana.

—La mía ya está vacía.

—Debes racionar más el agua.

—Lo habría hecho si lo hubiera sabido, pero...

Sin hacerle caso, Sa-Mica se desvió del camino y comenzó a escalar una duna con Rielle a la zaga. Sa-Gest vaciló un momento antes de seguirlos a toda prisa. Al llegar a la cima el sacerdote de la cicatriz se detuvo a mirar en derredor. El brillo de las estrellas bañaba el desierto en un azul frío e intenso. Suavizaba los contornos de todo y convertía la granulosa textura de las dunas en esculturas delicadas. Sa-Mica esperó a que Sa-Gest los alcanzara, resollando, antes de iniciar el descenso por el otro lado. Cuando llegaron abajo Rielle notó que la arena cedía el paso a un terreno firme.

—Dormiremos aquí esta noche —anunció Sa-Mica.

Se quitó la mochila. Rielle sintió un dolor agudo en los hombros cuando intentó hacer lo mismo. Se quedó inmóvil esperando a que remitiera, preguntándose de qué otra manera podía aliviarlo. Se sentó y notó que el peso era más liviano cuando la base de la mochila se apoyó en el suelo. Meneó los hombros hasta conseguir liberarlos de las correas. Tras estirar los brazos y frotarse para desentumecerse, extrajo la estera de dormir y la extendió en el suelo, a unos pasos de la de Sa-Mica.

Llevaban tres días caminando. Todas las noches acampaban junto a un pozo y dormían sobre esteras sin nada que los separara del cielo estrellado salvo sus ropas. Al amanecer tomaban un desayuno rápido antes de reanudar la marcha. Sa-Mica solo

ordenaba un alto para almorzar, y ni siquiera se detenían cuando se ponía el sol. La jornada no finalizaba hasta que llegaban a un pozo que a Sa-Mica le pareciera adecuado para descansar, cosa que solía ocurrir después del atardecer o hacia la medianoche.

Los cordeles de las sandalias le habían rozado los pies a Rielle hasta hacerla sangrar. La gruesa cadena que llevaba en torno al cuello también le hacía daño y le pesaba tanto que le ocasionaba dolor de cabeza, pero no podía hacer nada para remediarlo. Aunque el velo le protegía gran parte del rostro del sol le ardían las zonas de piel que llevaba expuestas: las manos, los pies y el cuello.

Sa-Mica se acercó y le abrió la mochila. Cada uno llevaba su estera de dormir y su cantimplora, pero el resto de las provisiones estaba repartido entre ellos. Rielle se había percatado de que Sa-Mica extraía más comida de las mochilas de ella y de Sa-Gest que de la suya propia. Tal vez guardaba objetos de otro tipo. O tal vez había decidido que consumieran primero los alimentos que llevaba ella para que se sintiera menos tentada de huir.

Rielle tocó la cadena que le ceñía la garganta. Como recordaba las anécdotas y los consejos de su hermano no tenía la menor intención de internarse sola en el desierto con una reserva de agua para menos de un día. De todos modos, ¿cómo podría escapar de los sacerdotes? Se turnaban para vigilarla por la noche. Incluso si Sa-Gest se quedara dormido durante la guardia, seguramente no estaría despierta para verlo. En cuanto se acostaba se sumía en un sueño profundo que solo se interrumpía al despuntar el alba.

Quizá temían que recurriera a la magia para darse a la fuga, pero ¿qué posibilidades tenía ella, ignorante e inexperta, de vencer a dos clérigos? Ninguna.

Sin embargo, pese que la huida era inviable, pensar en ella hizo que afloraran la tristeza y la desesperación que la embargaban desde que la habían apresado. Aunque sabía que no podría sobrevivir en el desierto este no se extendía hasta el infinito. Los mapas de su familia indicaban que se alzaba una larga cordillera al otro extremo. El lugar al que la llevaban se llamaba «templo de la Montaña», no «templo del Desierto». Tal vez, con un poco de suerte, a Sa-Gest se le cerrarían los ojos mientras la custodiaba y podría escabullirse sin que ninguno de los dos la descubriera.

«¿Usaría la magia en caso necesario?».

Ya había impurificado su alma. ¿Qué importancia tendría que la impurificara un poco más? Los Ángeles la harían pedazos de todos modos cuando muriera.

«No tengo nada que perder salvo mis últimos años de vida». Ya había llegado a esa conclusión hacía unos días y desde entonces no había dejado de pensar en ello. Había perdido a su familia, su amante, su futuro y el favor de los Ángeles. Incluso aunque consiguiera escapar, el terrible sentimiento de culpa seguiría pesando sobre ella. Una parte de sí ansiaba recibir un castigo, si eso arreglaba las cosas de alguna manera. «Además, aún amo a los Ángeles y no quiero robarles lo que les pertenece por derecho».

Sa-Mica interrumpió sus reflexiones al ofrecerle un trozo de pan duro, una tira de cecina y un puñado de alubias saladas.

—La comida de mañana será más fresca —le prometió mientras le servía lo mismo a Sa-Gest, más una ración de fruta en conserva.

A Rielle le dio un vuelco el corazón. ¿Significaba eso que se acercaban al final del desierto? No se atrevía a preguntarlo.

Aquellos alimentos eran tan secos que se alegró de haber guardado la mitad de su agua. Cuando terminó de cenar aún le quedaba un cuarto del contenido de la cantimplora. Se disponía a meterla en el bolsillo exterior de su mochila, pero Sa-Mica extendió la mano hacia ella.

—Dámela.

Rielle obedeció. El sacerdote ofreció la cantimplora a Sa-Gest, quien apuró lo que quedaba a grandes tragos. Cuando Sa-Mica se la devolvió, la joven restregó energicamente la boca de la vasija con la falda. Sa-Gest entornó los párpados, pero no dijo nada.

La primera noche había estado demasiado consciente de que el sacerdote no le quitaba los ojos de encima. Cada vez que se volvía en su dirección él le dedicaba una sonrisa burlona, así que intentaba rehuir su mirada. A la mañana siguiente la habían despertado unas voces. Había advertido que los dos clérigos mantenían una conversación y se había despabilado del todo al oír su nombre.

—... Ningún tipo de daño. Descubrirás que tu nuevo superior no será tan indulgente como los que has tenido antes.

—Jamás he forzado a una mujer —alegó Sa-Gest.

—Prefieres conseguir que accedan a tus deseos por medio de ardidés. Sí, ya sé por qué estaban tan ansiosos por enviarte conmigo.

Hubo una pausa.

—Decían que la vida allí resultaría más acorde con mi carácter.

—Es posible, pero aun así tendrás que atenerte a las normas.

—Entiendo.

—Y por sentido común deberías saber que es más fácil tratar con un impuro cuando este colabora. Es evidente que ella te tiene miedo. Guarda las distancias a menos que yo te indique lo contrario.

Aun así, Sa-Gest no había dejado de lanzarle sonrisitas cuando Sa-Mica tenía la atención puesta en otro lado, pero ya no se le acercaba. Sin embargo, ese diálogo la había llenado de preguntas y dudas. Al parecer, Sa-Gest había causado otros problemas además de amenazarla, y algunos sacerdotes lo sabían y quizá hacían la vista gorda. Pero también daba la impresión de que esa clase de comportamiento no sería tolerado en la prisión. En ese caso, ¿por qué a Sa-Gest no lo desalentaba la perspectiva de vivir allí? Esas incógnitas corroían a Rielle cuando no tenía la mente ocupada en otras cosas.

Tal vez saber que él estaría en la prisión era lo que la hacía pensar tanto en huir.

Al ver que Sa-Mica sacaba una lámpara pequeña y un libro la invadió una mezcla de expectación y temor. Cada noche el sacerdote leía en voz alta un relato en un libro pequeño titulado *Encuentros con Ángeles*. Ella nunca había oído hablar de él ni conocía las historias que contenía. Aunque agradecía cualquier cosa que la distrajesen de sus pensamientos, sospechaba que el propósito de esas lecturas era recordarle el destino final que la esperaba, pues a menudo versaban sobre los impuros. A pesar de todo, el hombre tenía una voz profunda y melodiosa que ella habría podido escuchar durante horas; además, no todos los cuentos acababan mal.

La lámpara se encendió. Rielle oyó a Sa-Gest suspirar tras ella.

—«El Escriba» —comenzó Sa-Mica—. «Hace muchos años vivía un hombre llamado Lem. Era escribiente de documentos y tenedor de libros, oficio que le había enseñado su padre, que a su vez lo había aprendido del suyo y este del suyo. Sin embargo, Lem tenía la mano más firme y una mayor pericia que cualquiera de sus antepasados. Envanecido por los cumplidos y los elogios de los clientes se volvió ambicioso. Hizo voto de aprender todo cuanto podía aprenderse sobre el arte de la bella escritura. Dejó a su padre y a su joven esposa con el objetivo de convertirse en el mejor calígrafo del mundo.

»Viajó a lugares remotos durante muchos años. Visitó muchas tierras y conoció a gentes muy diferentes de él. Allá a donde iba buscaba a quienes elevaban el manejo de la pluma a la categoría de arte, y todos compartían con él sus conocimientos.

»Aprendió a tallar plumas de caña y madera, de hueso y de péndolas. Incluso conoció a un joyero que le enseñó a forjarlas en oro y plata y también a labrarlas en cristal o gemas. Cada plumilla realizaba trazos de cualidades distintas, su forma imprimía un carácter único y sutil a cada letra, y él las manejaba todas con maestría.

»Aprendió a fabricar papel a partir de hierbas y hojas, cuero y pelo, barro y tela. Incluso aprendió a escribir sobre piel viva, a trazar palabras en los brazos, las piernas y la espalda de quienes deseaban decorarse así el cuerpo. Cada tipo de papel era más o menos receptivo a la aplicación de la tinta; unos eran permeables, otros resistentes, y él los comprendía todos».

Sa-Mica hizo una pausa. El desierto parecía silencioso, aunque nunca lo era del todo. El tenue silbido del viento siempre estaba presente, al igual que los cantos y chirridos de insectos. La lista de ingredientes para elaborar tinta había avivado el interés de Rielle, pero, al volver al presente, se le hizo un nudo en el estómago. ¿Le permitirían dibujar en prisión? El clarión era bastante fácil de conseguir, pero el papel era caro. Además, ¿qué dibujaría? ¿Vería alguna otra cosa aparte del interior de su celda?

Tras beber un sorbo de su cantimplora Sa-Mica se aclaró la garganta y prosiguió con el relato.

—«Transcurrieron veinte años, y él anhelaba regresar a su hogar, junto a su familia. Pero sabía que no había aprendido todo lo posible sobre su arte, como había jurado hacer. Había oído historias sobre una forma de escribir que se practicaba hacía

mucho tiempo, antes del inicio de la Restauración. Era una técnica prohibida, pues requería el uso de magia.

»Si volvía a casa tendría que reconocer que había incumplido su voto o bien mentir. Era devoto, pero también orgulloso. Un hombre de su integridad no se ocultaba tras semejantes engaños. No sabía qué era peor, si la derrota o la falsedad. Entonces, por designio propio o bien por sugerencia de otro, abrigó la idea de que bastaba con aprender la técnica de escritura prohibida, sin necesidad de practicarla».

Sa-Mica alzó la vista hacia Rielle y la desvió para buscar su cantimplora. Ella lo observó beber un solo trago antes de tapparla con cuidado y dejarla a un lado.

—«Regresó a los lugares donde había oído hablar de ese método o leído sobre él en busca de más información. Razonó que, si no descubría nada, al menos podría volver a casa con la satisfacción de haber adquirido todos los conocimientos sobre su arte que estaban a su alcance. Pero el secreto prohibido no se había perdido, y, a su lado, el saber que había acumulado durante los últimos veinte años parecía trivial e insignificante. Y es que, si se empleaba esa técnica, no había tinta que se desvayera, papel que se pudriera o se quemara, conocimiento que se destruyera o historia que se olvidara». —Sa-Mica soltó una risita—. Según me ha dicho una fuente fidedigna, esto es una exageración. Seguramente Lem adornó el relato para que su decisión pareciera más noble. —Después de tomar otro sorbo de agua continuó leyendo—. «Asombrado por semejante invención, Lem aprendió con avidez a usarla. Una vez convencido de que había alcanzado el objetivo que se había propuesto regresó a su hogar. Allí se encontró con que su padre, viejo y cansado, deseaba traspasar su negocio, y sus hijos habían crecido y se habían casado. Lem puso manos a la obra y amasó una gran fortuna haciendo un buen uso de casi todo lo que había aprendido, y para garantizar el patrimonio familiar instruyó a sus hijos.

»Sin embargo, con el tiempo aumentó su frustración por la tinta que se decoloraba y el papel que amarilleaba. La certeza de que su habilidad y su esfuerzo podían preservarse para siempre contra el paso de los años era como un abrojo en su ropa que no era capaz de encontrar. Por encima de todo lamentaba el deterioro de su obra cumbre, un ejemplar decorado del Libro de los Ángeles. ¿Cómo iba a incurrir en la desaprobación de los Ángeles si usaba la magia para inmortalizar sus hazañas y su sabiduría que permitirían salvar incontables almas en el futuro?

»Concibió una obra de tal belleza y esplendor que infundiera el perdón, tal vez incluso la gratitud, en el corazón de los Ángeles. Se propuso poner en práctica el conocimiento prohibido con el fin de crear un ejemplar del Libro de los Ángeles que existiera para toda la eternidad.

»Se esmeró en cada página, descuidando a su familia, su negocio e incluso su aspecto. Buscó lugares donde la Mancha de su creación pasara inadvertida. Cuando ya no pudo encontrar ninguno y corría el riesgo de que lo descubrieran se marchó en busca de un paraje más seguro. Encontró una casa solitaria en una montaña a la que pocos viajeros se aventuraban a llegar. Allí trabajó, año tras año, sustentándose de

hierbas y magia. Olvidó cómo comunicarse con los demás y empezó a ahuyentar a los pocos caminantes que pasaban por allí. Cuanto más embellecía el libro, más feo y enfermo se tornaba él.

»Un día un gran sacerdote se acercó por aquel sendero peligroso y cubierto de maleza. Unos sueños lo habían impulsado a salir de su hogar y seguir aquella vereda. Al llegar supo por qué lo habían enviado los Ángeles. La casa existía en medio de un gigantesco vacío, pues Lem había arrasado con toda la magia para crear su libro. Se preparó para una gran batalla, pues temía encontrar a un hechicero temible dentro. En vez de ello se encontró con un anciano desmejorado y el Libro de los Ángeles más hermoso que jamás hubiera visto.

»Cuidó del anciano hasta que este recobró la salud. Cuando el sacerdote se enteró de todo aquello a lo que había renunciado por el libro se apartó de él, espantado. Le contó los sueños que lo habían llevado hasta allí, y Lem se regocijó, pues creyó que los Ángeles lo habían enviado para recoger el libro. No obstante, el clérigo se negó a tocarlo o llevárselo. Desazonado por lo que había descubierto, e inseguro respecto a lo que debía hacer, se marchó para consultar a los miembros de su orden.

»Lem se ató el libro a la espalda y lo siguió, obligando a su envejecido cuerpo a apresurarse. Cuando alcanzó al sacerdote este contempló el volumen con renovado terror. Al volver la mirada Lem vio que un rastro de Mancha se extendía detrás de él. El libro estaba absorbiendo magia.

»Por fin Lem se dio cuenta de la farsa que había perpetrado. Utilizando la magia por última vez destruyó el libro y arrojó las páginas al viento. Acto seguido se desplomó, convencido de que pronto los Ángeles le destrozarían el alma.

»El sacerdote, al comprender que Lem era un hombre bueno y piadoso en el fondo, se entristeció. Lo llevó a cuevas de vuelta a la casa de la montaña y lo ayudó a transformarla en un monasterio. Allí Lem vivió el resto de sus días enseñando a los sacerdotes el arte de escribir para que transmitieran la sabiduría de los Ángeles por medios más modestos. Y cuentan que cuando murió Ellos lo perdonaron, pues su obra y la de sus discípulos habían generado más magia de la que él había robado y su arte había inspirado a miles de almas. Pero solo aquellos que pasan a sus dominios saben si es verdad». —Sa-Mica bajó el libro, cerró los ojos y permaneció en silencio por un momento. Luego apagó la lámpara de un soplido, cerró el libro y lo guardó—. ¿Alguna pregunta? —inquirió en voz baja.

Rielle pestañeó. El sacerdote la miraba a ella, no a Sa-Gest. Tras meditar sobre el relato se disponía a negar con la cabeza, pero cambió de idea. Una pregunta la inquietaba desde que habían partido de Fogo; quizá había llegado el momento de formularla.

—¿Cuántas jornadas de camino nos quedan?

El lado de la boca del clérigo que no tenía cicatriz se torció hacia arriba.

—Muchos cuartodías, pero no todos serán a través del desierto. —Se tendió sobre su estera—. No te he oído rezar, Rielle. Algún día tendrás un encuentro con un

Ángel. Hacer caso omiso de ellos no alterará el resultado.

Rielle tragó saliva. Tenía la boca seca, y Sa-Gest se había bebido toda su agua. Se acostó y caviló sobre la observación de Sa-Mica. Había intentado rezar en la celda del templo, pero las palabras se le habían atragantado. Le había parecido presuntuoso suplicar a los Ángeles después de lo que había hecho. Su crimen era imperdonable, así que ¿de qué habría servido implorar piedad?

Pero tal vez no debía perder toda esperanza. Al fin y al cabo había robado menos magia a los Ángeles que Lem, y a él lo habían perdonado.

Por otro lado, él había creado más magia a través de su arte. Aunque a Rielle le habían enseñado que los actos de creación generaban energía, siempre había supuesto que solo las mayores obras del ingenio humano la producían en una cantidad significativa. ¿Había creado magia al pintar y dibujar? Si la dejaban dibujar en prisión, ¿podría restituir la que había robado?

Tanto si la oración era inútil como si no, no podía hacerle ningún daño. Sin embargo, en cuanto abrió la boca la idea de que Sa-Gest la escuchara le heló la voz en la garganta. Así que, en vez de ello, recitó una sencilla plegaria que se enseñaba a los niños para alabar a los Ángeles y desear buena fortuna a su familia.

Por el momento tendría que conformarse con eso.

Ocho —¿o quizá nueve?— jornadas más tarde dejaron atrás el desierto. Hacía unos días había aparecido en el horizonte una cadena de cumbres cuya altura aumentaba conforme se acercaban. Ante ellos el camino serpenteaba entre las formaciones rocosas de la falda de las montañas, que semejaban garras, antes de ascender por las curvas generosas de la ladera y desaparecer tras un pliegue de las pendientes más altas.

Esa etapa del camino no empezaría hasta el día siguiente, por fortuna. El sol brillaba bajo en el cielo y, más adelante, no muy lejos, un oscuro cúmulo de edificios ensombrecía la orilla del desierto. Era la hora en que la gente regresaba a su casa. Cuando Rielle y sus guardianes entraron en la aldea los vecinos se detenían a mirarlos y, tras fijarse en la cadena que la joven llevaba al cuello, seguían adelante a paso más ligero.

Había ocurrido lo mismo en las otras poblaciones por las que habían pasado. Rielle no sabía si los sacerdotes llevaban a muchos prisioneros a la cárcel por aquella ruta, pero debían de ser bastantes porque los lugareños la identificaban de inmediato como impura. En un poblado tres jóvenes los habían seguido, increpándola. En otro los aldeanos habían salido de sus casas para proferirle silbidos y maldiciones. Sa-Mica le había indicado que caminara entre Sa-Gest y él. Al principio ella había supuesto que era para evitar que arrancara a correr y quizá que tomara a un lugareño como rehén, pero pronto cayó en la cuenta de que era sobre todo por su propia seguridad.

Al parecer en aquella aldea lo peor que recibiría eran miradas de odio, y casi todas lanzadas desde puertas y ventanas. La carretera principal era la única vía y estaba flanqueada por viviendas. El templo se alzaba al final. Aunque la torre sobresalía por encima de las casas, el resto del edificio era desproporcionadamente pequeño, lo que le confería una presencia inestable y amenazadora. Guiados por Sa-Mica rodearon el templo hasta dos construcciones bajas de ladrillo, una con dos alas transversales y alargadas a cada lado, el otro enclavado en el patio que se extendía en medio de estas y apenas más grande que la celda en que habían encerrado a Rielle en Fogo.

Al fijarse en la verja en la fachada del edificio pequeño se percató de que la semejanza no era casual. Todos los templos en los que se habían alojado hasta entonces contaban con una celda, pero era la primera vez que veía una que estaba aislada de las otras edificaciones.

Un sacerdote salió de la parte central del edificio principal y se dirigió a su

encuentro. Miró a Sa-Mica con expresión afable, pero su sonrisa desapareció al instante cuando posó los ojos en Sa-Gest y en Rielle.

—Bienvenido de nuevo, Sa-Mica —dijo—. Veo que me iré a dormir tarde esta noche.

—Solo un poco más tarde de lo habitual, Sa-Jeim. Él es Sa-Gest, que ocupará un puesto en la montaña. Nos turnaremos para montar guardia.

Sa-Jeim saludó al joven sacerdote con una inclinación de la cabeza. Tal vez era una ilusión producida por la penumbra del atardecer, pero algo en la mirada calculadora que dirigió a Sa-Gest provocó un escalofrío a Rielle. No estaba segura de si había percibido en ella antipatía, envidia o ambas cosas.

—En ese caso, será mejor que os instaléis —dijo sacando un manajo de llaves de un pliegue de su túnica y señalando la celda.

Rielle se quitó la mochila y se la entregó a Sa-Mica. El sacerdote de la aldea abrió la verja y ella entró dócilmente. Mientras Sa-Gest se quedaba vigilándola los otros clérigos se dirigieron hacia la casa.

Aunque el interior de la celda era oscuro, las paredes irradiaban el calor acumulado durante el día. No contenía nada salvo un banco al fondo construido con los mismos ladrillos que las paredes. El suelo de piedra estaba cubierto de la arena que el viento había arrastrado a través de la verja. Olía a orina rancia y, como no había luz suficiente para distinguir si el banco estaba limpio, la joven cogió unos puñados de tierra y los tiró sobre él esperando que absorbieran cualquier residuo que quedara.

Sa-Gest aguardaba fuera, junto a la verja, con la mochila a sus pies. Al poco rato Sa-Mica llegó con comida y bebida para ambos. La cena de Rielle consistía en gachas y una taza de agua. Hizo el esfuerzo de no mirar la de Sa-Gest, pero olía a carne y a agil, el licor con hierbas y especias que los sacerdotes destilaban para su propio consumo y que, según decían, poseía cualidades curativas. Aunque las gachas eran insípidas, por lo menos no eran secas y duras como los alimentos con los que se habían sustentado durante muchos cuartodías.

Al punto Sa-Mica regresó cargado con un cubo, una estera de dormir y una silla. Tras entreabrir la verja para entregar a Rielle las dos primeras cosas envió a Sa-Gest a dormir a la casa. Le dio la espalda mientras ella hacía sus necesidades, antes de acomodarse en la silla y extraer su pequeño libro. Era noche cerrada, por lo que encendió la lámpara de leer y la sujetó sobre las páginas.

Rielle extendió la estera sobre el banco, se sentó y escuchó su voz profunda.

—«Hace más de cien años vivía una viuda pudiente llamada Deraia que tenía cinco hijos. Aunque podía permitirse emplear a criados que se encargaran de todas las faenas domésticas, gustaba mucho de cocinar y gozaba de justa fama por ello.

»Un día una peste terrible se abatió sobre su país. Cuando el primer vástago de Deraia cayó enfermo la mujer recurrió a los conocimientos de sanación que en su familia se transmitían de madre a hija, pero no surtieron efecto y el niño murió.

»Cuando la enfermedad aquejó a su segundo hijo acudió a los médicos de la ciudad, conocidos por su sabiduría y pericia, fruto de siglos de estudio, pero ellos jamás se habían encontrado ante esa dolencia, por lo que la criatura falleció.

»Cuando la tercera hija contrajo el mal Deraia pidió auxilio a los sacerdotes, pero para entonces el templo estaba repleto de víctimas de la peste y, como no había suficientes clérigos para atenderlas a todas y ellos no querían favorecer a ricos o a pobres, seleccionaban a los pacientes por sorteo. Su hija no resultó seleccionada y murió.

»Cuando el cuarto hijo enfermó Deraia rezó a los Ángeles durante tres días y tres noches, hizo ofrendas y realizó todos los ritos, pero, a pesar de su devoción, el niño pereció.

»Cuando la última hija que le quedaba con vida cayó enferma Deraia consultó el libro más antiguo que le había sido legado. En él descubrió conocimientos de magia ocultos desde hacía mucho tiempo, aprendió a aplicarlos y salvó a la niña.

»Más adelante la invadió un gran sentimiento de culpa porque su hija había sobrevivido mientras otras criaturas morían. Como sabía que su alma ya estaba condenada decidió que no tenía nada que perder si socorría a más niños. Así pues, curó a los hijos de familiares y amigos, sin revelarles su método y persuadiéndolos para que guardaran en secreto su intervención.

»No obstante, cuantos más niños salvaba, más grande e intensa era su sensación de culpa. ¿Por qué habían de sufrir los más desfavorecidos y no sus amigos ricos? Por consiguiente, se adentró sola en las zonas más pobres de la ciudad y al poco tiempo corrían rumores sobre la señora que curaba con su contacto, aunque nadie explicaba cómo.

»Pero cuando la noticia llegó a oídos de los sacerdotes estos adivinaron lo que ocurría y prepararon una trampa para atraparla. Cuando encontraron a Deraia reconoció su crimen y se sometió voluntariamente a la justicia. Sin embargo, había hecho tanto bien que, en vez de aglomerarse para presenciar su destierro de la ciudad, la gente acudió a protestar y a intentar impedirlo.

»Temerosos de que estallara una rebelión contra la sabiduría de los Ángeles, los clérigos pidieron consejo a los diez sacerdotes más respetados del mundo. Estos se reunieron y contrapusieron las buenas acciones de la viuda al robo de magia que había perpetrado. Sabían que si no la mantenían bien vigilada continuaría valiéndose de la magia. Eran conscientes de que si no recibía un castigo otros intentarían emularla. Debían aplicarle una pena que el pueblo encontrara aceptable.

»Decidieron que Deraia, y después su hija, tenían que restituir la magia que la mujer había robado. Cuando le comunicaron la resolución y le preguntaron en qué deseaba trabajar reflexionó sobre ello con detenimiento. Sus únicas habilidades eran la sanación y la cocina. Si no podía ayudar a la gente con la primera, la ayudaría con la segunda.

»Así pues, durante el resto de su vida Deraia y su hija cocinaron para los pobres y

recaudaron dinero para el templo. Se dice que los platos que preparaban eran extraordinarios, pues para generar magia no basta con mezclar ingredientes siguiendo una receta de forma mecánica. La gente acudía desde lejos para probarlos.

»Quienes la custodiaron estaban convencidos de que la viuda y su hija habían pagado con creces su deuda para con los Ángeles antes de morir, por lo que confiaban en verlas en el reino espiritual».

Sa-Mica cerró el libro y, como de costumbre, cerró los ojos durante un rato. Rielle permaneció en silencio, pero muchas preguntas se le agolparon en la cabeza.

«¿Qué se propone?». Aunque no todas las historias que le había contado eran sobre personas que utilizaban la magia y alcanzaban el perdón, la mayor parte lo era. ¿Intentaba decirle que podía redimirse? En caso afirmativo, y si ella enmendaba su error, ¿qué sucedería después? ¿La dejarían en libertad una vez que hubiera pagado su deuda?

Sin embargo, cuando le hacía preguntas sobre la prisión, Sa-Mica no le proporcionaba detalles. Unas noches atrás se le había ocurrido que quizá él no podía hablar del tema en presencia de Sa-Gest, aunque no acertaba a imaginar por qué.

—¿Alguna pregunta? —inquirió Sa-Mica.

—Ninguna que no se haya negado a responder ya —contestó Rielle, incapaz de disimular la esperanza en su voz.

—En ese caso, que los Ángeles velen por ti esta noche —dijo el sacerdote y se puso de pie.

Rielle suspiró, meneando la cabeza. ¿Por qué se lo preguntaba, si no estaba dispuesto a responder? «Tal vez porque no le planteo las preguntas adecuadas». El hombre soltó una risita. Era un sonido reconfortante, pero también una extraña muestra de simpatía, considerando sus papeles y situaciones respectivos.

—Unos pocos días más, Rielle. —Sopló para apagar la lámpara—. Duérmete.

A pesar de la dureza de la cama la joven perdió la conciencia de cuanto la rodeaba desde el momento en que apoyó la cabeza en la estera hasta que la luz y el ruido la despertaron.

Le dolía todo el cuerpo. «¿Cómo es posible que haya amanecido y yo esté tan cansada?». Abrió los ojos y frunció el entrecejo al comprobar que la celda seguía a oscuras. No obstante, veía su sombra en la pared, encima del banco, proyectada por una luz tenue procedente de fuera. Aunque ella no se movía, la sombra sí, por lo que era la fuente del resplandor la que se desplazaba.

Entonces oyó la respiración al otro lado de la verja: agitada, algo ronca. Volvió la cabeza y al instante se arrepintió.

Sa-Gest se apretaba contra los barrotes. Su mirada era vehemente y le destellaron los dientes, iluminados por una luz que flotaba entre ambos. Sujetaba un objeto pequeño y cuadrado en una mano. El otro brazo se movía con sacudidas cortas y compulsivas. Al bajar la vista, Rielle vislumbró lo que él estaba sujetando entre los dedos crispados y se quedó paralizada. El sacerdote se rio por lo bajo.

—Ven y échame una mano —la invitó—. Y cuando lleguemos allí, me aseguraré de que te traten... en fin... mejor. —Contuvo el aliento—. Ah... Demasiado tarde.

Con los músculos tensos porque estaba a punto de levantarse, Rielle consiguió esquivarlo en el último momento. Sa-Gest le había apuntado a la cara. De haber intentado acertar alguna otra parte de su cuerpo tal vez ella no habría conseguido eludirlo a tiempo. Aun así, la simiente salpicó la estera de dormir.

Rielle soltó un jadeo de repugnancia y enseguida deseó no haberlo hecho, pues le revelaba que había conseguido asquearla. Tragando bilis, la joven dio la vuelta a la estera y la tiró al suelo, esperando que la arena la secara.

«Qué hombre tan desagradable y repulsivo».

—Olvídalo —dijo Sa-Gest. Rielle mantuvo la mirada apartada mientras él se guardaba el miembro y se arreglaba la túnica—. Estoy seguro de que se presentarán otras oportunidades. No te vendría mal adquirir algo de destreza en estas lides antes de que lleguemos a nuestro destino. En la montaña se te pedirá eso y mucho más.

Rielle irguió la cabeza de golpe y, sin poder evitarlo, lo miró a los ojos. Sa-Gest asintió con una sonrisa.

—Has oído bien. Intento hacerte un favor. Quiero que estés preparada cuando lleguemos allí. Y que tengas amigos. —Soltó un resoplido—. No creas que Sa-Mica te ayudará. Se marchará para recoger a otro impuro.

«Ignóralo —se dijo Rielle—. Intenta asustarte. Por otro lado, ¿y si...? No, no puede ser verdad». Reparó en que Sa-Gest aún sostenía el objeto cuadrado. Al advertir que ella desviaba su atención hacia él, el sacerdote sonrió y le dio la vuelta para mostrarle de qué se trataba. La luz mágica se reflejó en una superficie recubierta de una especie de pasta brillante. En cuanto vio los colores y las formas pintados en ella Rielle se quedó helada de espanto.

Era el desnudo que Izare había empezado a pintar. El que ella había terminado. El que había desaparecido tras la inspección de la casa de Izare por parte de Sa-Gest y Sa-Elem. La pintura se había corrido en los bordes por donde él seguramente lo había cogido cuando aún no se había secado. Llena de rabia, intentó arrebatárselo, pero Sa-Gest lo retiró rápidamente con una carcajada.

—No, no te lo daré. Aún lo necesito. Me ha hecho compañía más de una noche —aseveró—. No es tan bonito como el retrato de tu rostro, claro, pero ese no me cabía en la mochila.

A Rielle se le cortó la respiración. «¡El retrato!». No lo había visto desde el día que había huido de su familia. ¿Se lo había llevado Sa-Gest cuando los sacerdotes habían ido a buscarla a casa de Izare? «Seguramente. No volví a verlo después de eso. ¿Por qué no me lo dijo Izare? —pensó con los puños apretados—. Si tuviera que matarlo para fugarme no me remordería la conciencia».

Un escalofrío la recorrió. Huir ya no era solo una fantasía, sino algo que ansiaba. Todo lo que le habían hecho y lo que le habían quitado estaba justificado, pero si tenía que pasar el resto de su existencia bajo el control de ese hombre... Eso no lo

merecía. Nadie lo merecía.

Entonces ¿por qué no ahora? ¿Por qué no invocaba magia e intentaba liberarse? Sa-Mica estaba en la casa. Plantar cara a un sacerdote era mejor que enfrentarse a dos...

—¿Qué está pasando aquí?

Sa-Gest se apartó de los barrotes de un salto y la celda quedó a oscuras de pronto. Una figura iluminada por detrás por la luz procedente de la casa se acercaba a paso veloz. Aunque tenía el rostro en sombras, Rielle reconoció de inmediato a Sa-Mica por su forma de andar. Sa-Gest se volvió y se encogió de hombros.

—Nada.

—¿Qué tienes ahí? —inquirió Sa-Mica en tono autoritario—. No, he visto lo que sujetabas y no era eso. Dámelo.

Algo cambió de manos entre los dos sacerdotes. Otra chispa apareció, y Rielle entrevió el cuadro entre los dedos de Sa-Mica antes de que la luz se extinguiera. De golpe unas llamas envolvieron el objeto, que cayó al suelo. Rielle se quedó mirándolo. La única pintura en la que Izare y ella habían colaborado había quedado reducida a cenizas, pero se sentía aliviada.

—Necio —espetó Sa-Mica—. Dame una buena razón para que no te envíe de vuelta a Fogo.

—No la he tocado —alegó Sa-Gest—. Solo estaba... hablando con ella.

—¿Le hacías chantaje o te mofabas?

—¡Ni lo uno ni lo otro! Solo...

—Ve a acostarte. Despierta a Sa-Jeim y dile que necesitamos que empiece su guardia antes de lo previsto. Mañana cargarás con la mochila de ella además de con la tuya.

Sa-Gest se alejó encorvado. Poco después el sacerdote local salió de la casa bostezando. Sa-Mica se apartó ligeramente y empezó a hablar con él por lo bajo. Rielle aguzó el oído para captar las palabras.

—Lamento... esto —dijo Sa-Mica.

—¿Está ella...?

—No. Creo que él lo sabe. Ignoro cómo se ha enterado.

Luego la voz del sacerdote de la cicatriz se tornó inaudible.

Sa-Jeim sacudió la cabeza y murmuró algo. Rielle se inclinó hacia la verja, cerró los ojos y escuchó.

—¿... Haces esto?

—Porque debo hacerlo —respondió Sa-Mica con voz enérgica.

Se quedó inmóvil y dirigió la mirada hacia Rielle.

—Me infunde esperanza comprobar que tú, que naciste y te criaste en ese espantoso lugar, eres mejor hombre que la mayoría —dijo Sa-Jeim con firmeza antes de hacer una pregunta que ella no alcanzó a oír. Sa-Mica negó con la cabeza. Con un suspiro Sa-Jeim echó a andar hacia la celda—. ¡Tarde o temprano te arrancaré la

verdad, Sa-Mica! —gritó por encima del hombro, si bien suavizando la amenaza con un tono afectuoso.

Cuando el viejo sacerdote se aproximó Rielle vislumbró sus facciones a la luz de las estrellas y se estremeció por lo que advirtió en ellas.

Compasión.

NOVENA PARTE

Tyen

Tyen se frotó la cara, bostezó y se reclinó contra los puntales del aerocoche. Había sido una noche ventosa, y le había costado dormir con las sacudidas y bandazos de la cápsula.

Al bajar la mirada vio a las niñas volar alrededor de la torre y recordó lo que Ysser le había dicho de ellas. La primera voladora había llegado a Tyeszal unos cientos de años atrás. Era hija de unos acróbatas ambulantes que actuaban por dinero, y cuando el rey de aquella época la había visto volar había asignado a la familia una habitación en la torre y les había pagado para que se quedaran y enseñaran la técnica a otras niñas. Poco después se descubrió su utilidad como mensajeras, y, como ocurre con todas las tareas pequeñas al servicio de la realeza, surgieron leyes y tradiciones para restringir la selección de aprendices, el método de entrenamiento y la duración del empleo.

Era igual de fascinante contemplar la estela de Hollín que dejaban tras de sí las voladoras. Cada vez que pasaban a toda velocidad Tyen se maravillaba por la rapidez con que la magia llenaba el vacío.

«Así deben de funcionar las cosas en otros mundos —pensó por centésima vez y, como siempre, deseó poder consultar a Vella para saber si era cierto y se preguntó si la había perdido para siempre—. Al menos no está en poder de Kilraker y Gowel», se dijo. Miró los dos aerocoches firmemente amarrados a los lados de la plataforma, pensó en el enfrentamiento que se había producido en la sala de audiencias del rey ssetla y se preguntó una vez más si habría podido hacer algo de forma diferente.

Kilraker, Gowel y otros dos leracianos habían intentado rodear a Tyen en cuanto este había entrado, pero su plan de acorralarlo se vio frustrado. Ysser se había interpuesto entre ellos y se había llevado a Tyen hacia donde se encontraba el rey. Estaba sentado en un diván ancho y profundo en el que habrían cabido cuatro o cinco personas; un trono en el que el soberano podía invitar a las visitas selectas a sentarse también. Tyen había extendido las palmas, pero el rey no había correspondido a su gesto.

—¿Conoces estos hombres? —había preguntado Ysser.

Tyen había asentido.

—¿Te llamas Tyen Fundehierro en vez de Aren Coble?

—Sí.

—Dicen tú robar una cosa. ¿Es cierto?

—No —había respondido Tyen, pero enseguida había rectificado—. Sí. —Ante la expresión de perplejidad de Ysser, se lo había explicado—. El profesor Kilraker robó

un objeto a la Academia —dijo al tiempo que se volvía para señalar a su ex profesor con un movimiento de la cabeza—. Hizo que pareciera que yo era el ladrón. Se lo quité, pero no pude devolverlo a la Academia. Era demasiado valioso, y ellos querían destruirlo.

Se disponía a añadir que había robado el aerocoche (dos, de hecho) cuando Ysser lo interrumpió.

—¿Destruir?

—Romper. Matar.

Ysser asintió. Tradujo sus palabras al monarca, quien frunció el ceño y desplazó la vista entre Tyen y los profesores antes de hablar.

—¿Qué objeto es? —tradujo el mago.

Kilraker puso cara de pocos amigos.

—Tyen...

—¿No os lo han dicho? —le preguntó Tyen a Ysser.

—No.

Sin duda Kilraker había confiado en no tener que revelar la naturaleza de Vella, por si los sselas decidían examinarla y descubrían los secretos que contenía. Tyen había tomado una conciencia aguda del maletín que llevaba colgado al costado mientras calibraba sus posibilidades de conservar a Vella. Había deducido que los cuatro leracianos eran hechiceros. Kilraker y Gowel no habrían lastrado sus aerocoche con hombres que no supieran usar la magia. Si la situación desembocaba en una pelea, Tyen dudaba poder ganar. Pero ellos no lo habían atacado. Supuso que si lo hacían sin contar con la aprobación real se arriesgaban a dificultar las futuras relaciones comerciales entre el Imperio y los sselas.

—El rey quiere tratarte bien —le había dicho Ysser—, *fero* no desobedecerá leyes de otra tierra si no conoce buena razón. Esos hombres deben demostrar su acusación. Hasta entonces guardaremos el objeto que robaste en lugar seguro.

Así que Tyen le había entregado a Vella y le había explicado qué era: un libro que recopilaba y almacenaba información de aquellos que la tocaban.

A Kilraker y Gowel no pareció hacerles mucha gracia.

Ysser había envuelto el libro en una tela antes de tomarlo de manos de Tyen y dárselo al rey. Este había extraído de un bolsillo de su casaca una bolsa de un material traslúcido que se cerraba con un cordón. La había mantenido abierta de modo que Ysser pudiera meter a Vella y había tirado del cordón con fuerza. Luego la había colgado del respaldo del trono.

—*Fermanecerá* aquí hasta que decidamos qué hacer —había traducido Ysser.

A continuación este había descrito a grandes rasgos cómo se desarrollaría la audiencia en la que se decidiría si entregarían a Tyen y el libro a los profesores. Kilraker había advertido al monarca que Tyen era poderoso y que sería difícil evitar que huyera, antes de ofrecerle su ayuda para reducirlo. El rey no la había aceptado. La discusión que se había producido después había finalizado con la declaración de

Ysser de que Tyen debía quedarse en su aerocoche, desprovisto de hélices y de timón y amarrado a la peña.

Era una forma de cautiverio extraña pero eficaz. Aunque Tyen podría cortar la cuerda y dejarse llevar por el viento, Kilraker no tardaría en seguirlo y apresarlo. Los guardias que vigilaban todos sus movimientos eran una garantía contra cualquier intento por su parte de hurtar a Vella. Ysser seguramente había adivinado que no se marcharía mientras hubiera alguna posibilidad de que recuperase a Vella. Mientras lo guiaba hacia el exterior, donde se hallaba el aerocoche, el mago había mirado a Tyen de reojo.

—¿Por qué la llamas «ella»? —le había preguntado.

—En otro tiempo fue una mujer. La transformaron contra su voluntad. Una parte de ella vive en ese libro. He prometido encontrar una manera de devolverla a su forma humana.

—Es un... Creo que lo llamáis *emfeño* noble.

Tyen había asentido.

—¿Sabes cómo podría conseguirlo?

—Me entristece decir no.

Le habían proporcionado ropa de abrigo y mantas adicionales, y todos los días Ysser o algún otro hechicero *ssetta* le hacía llegar cestas de comida desde abajo por medio de magia. Tyen tenía que mantener caldeado el aire en el interior de la cápsula, pero la única dificultad que eso comportaba era despertarse en plena noche para ocuparse de ello.

Lo habían hecho bajar a la torre dos veces para responder a algunas preguntas. En ambas ocasiones lo había tranquilizado ver la bolsa colgada por encima del extraño trono del rey, con Vella a la vista en su interior. En la última entrevista Ysser le había asegurado que pronto tomarían una decisión, por lo que, cuando la puerta del palacio se abrió y el viejo mago apareció con dos guardias, a Tyen se le llenó el corazón de esperanza. Dejó escapar un poco de aire de la cápsula y el aerocoche empezó a descender. Los dos guardias tiraron de las amarras para guiar el vehículo hasta la plataforma.

Cuando Tyen se apeó Ysser le sonrió.

—¿Encuentras *fien*? —le preguntó.

—Sí, aunque anoche pasé un poco de frío.

El hechicero movió la cabeza afirmativamente.

—Me *freocufaba* por ti.

Le indicó con un gesto que lo siguiera y echó a andar de vuelta hacia la puerta.

El ambiente en el interior era más cálido, por lo que Tyen se quitó el abrigo forrado de piel que le habían dado, el gorro y la bufanda. En lugar de detenerse frente a la puerta de la sala de audiencias Ysser pasó de largo y se dirigió hacia otra. La habitación en la que entraron era más reducida que otras que Tyen había visto en aquella planta, pero su decoración no era menos elaborada. Había dos grandes

divanes similares al trono del rey colocados uno frente al otro y, entre ellos, una mesa baja y alargada.

En uno de los divanes estaba sentado Gowel.

El aventurero sonrió. Tyen frunció el ceño y se volvió hacia Ysser.

—¿Qué pasa aquí?

—Gowel quería *haflar* contigo —dijo el anciano—. Estaré cerca, *fero* no oiré conversación. *Avissad* si me necesitáis —agregó lanzando a Tyen una mirada significativa.

Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Tyen clavó los ojos en Gowel y este agitó la mano en dirección al otro diván.

—Siéntate, Tyen —dijo.

—¿Por qué habría de escucharte?

El aventurero le dedicó otra sonrisa.

—Porque voy a darte la oportunidad de comprar tu libertad.

—No renunciaré a Vella.

—No te pido que lo hagas.

Tyen lo miró con los párpados entornados antes de acercarse al diván y tomar asiento.

—¿Por qué he de fiarme de ti?

Gowel rio entre dientes.

—Cierto, ¿por qué? Tal vez porque el trato que te propongo hace que valga la pena correr ese riesgo.

Tyen soltó un bufido.

—Un trato que entraña un gran riesgo es una apuesta.

—Supongo que sí. —La sonrisa de Gowel se ensanchó—. Has madurado mucho desde nuestro último encuentro, joven Fundehierro. Ya no eres tan ingenuo. —Se frotó las manos y se inclinó hacia delante para mirarlo con fijeza—. El caso es que no hemos venido al sur para encontrarte. Teníamos otro objetivo. Tu búsqueda era una buena tapadera para nuestro auténtico propósito.

Tyen guardó silencio, pero su mente empezó a funcionar a toda prisa. Si Gowel no mentía, ¿qué lo había impulsado a viajar hasta allí? ¿Había descubierto algo en el Lejano Sur que había decidido no revelar a nadie hasta que pudiera regresar con Kilraker y un puñado amigos? Después de todo, Kilraker había estado dispuesto a renunciar a sus contactos y un trabajo seguro en la Academia para unirse al aventurero antes de enterarse de la existencia de Vella. También había estado dispuesto a incriminar a Tyen por robarla.

—Gracias al libro sabes que existen otros mundos —dijo Gowel—. Mundos con más magia que el nuestro. Sabes que es posible viajar entre ellos por medio de la magia y que no hace falta más energía para desplazar a varias personas que a una sola.

Un escalofrío le bajó a Tyen por la espalda. Ignoraba ese último detalle.

—Pensamos que, por lo tanto, sería como excavar un túnel —prosiguió Gowel—. Basta con invertir la energía para abrir un pasadizo lo suficientemente grande para una persona, y los demás podrán seguirla, uno detrás de otro. Hace varios días intentamos crear un túnel estrecho para enviar objetos o animales pequeños, suponiendo que requeriría menos magia. ¿Quieres saber qué sucedió?

Tyen no pudo evitar inclinarse hacia delante, a su pesar.

—¿Qué?

—No funcionó —dijo Gowel con una risita—. Un mago no puede enviar objetos a través de una barrera que separa dos mundos, tiene que viajar con ellos. Kilraker ya lo imaginaba. Después, consiguió desplazarse a cierta distancia de este mundo. Se desvaneció ante nuestros ojos. Pero al alejarse y volver agotó toda la energía que había conseguido acumular. Necesitábamos una fuente de magia más abundante.

—Y por eso vinisteis aquí —concluyó Tyen.

—Sí. —Gowel paseó la mirada por la habitación—. Tal vez sea porque las supersticiones de nuestros antepasados estaban en lo cierto respecto al origen de la magia o tal vez porque esta gente no tiene máquinas que engullan energía constantemente. No tiene importancia, o pronto no la tendrá, pues planeamos explotar la magia de otro mundo. Creemos que si un hechicero se detiene a medio camino entre este mundo y el siguiente podrá canalizar magia de uno a otro. O, si eso no funciona, quizá sea posible llegar hasta el otro mundo, acumular energía y traerla a este. Si los otros mundos poseen reservas mucho mayores de magia, podrías reunir más de la que hace falta para regresar aquí y después liberarla.

Tyen sintió un escalofrío.

—Cuando dices «podrías» no te estás refiriendo a mí concretamente, ¿no?

Sonriente, Gowel negó con la cabeza.

—Kilraker tal vez conseguiría absorber magia suficiente aquí para llevar a cabo el plan, pero, después de la lucha que mantuvisteis en la Academia, sabemos que tienes más alcance que él. Tendrías más posibilidades de conseguirlo. Y quizá no tengamos una segunda oportunidad. Necesitaremos casi toda la magia que rodea la torre.

El hormigueo que Tyen había empezado a notar en la base del estómago desapareció de golpe.

—¿Queréis hacerlo aquí? ¿Habéis preguntado al rey si le parece bien que consumáis toda la magia que envuelve su hogar?

—Por supuesto —contestó Gowel—. Nos ha dado su aprobación. Eso convertirá Castillo de la Torre en un lugar increíblemente poderoso. La magia que traigas fluirá desde aquí para reabastecer al resto del mundo, y este lugar será siempre el que la tenga en mayor abundancia. —Se dio una palmada en una rodilla y se inclinó hacia Tyen—. ¡Piénsalo! Seremos héroes, los hombres que impidieron que se agotara la magia en este mundo. Piensa en todas las máquinas que nos permiten proporcionar ropa y alimento a más gente y en los magos que sanan a los enfermos. Piensa que las ciudades de Leracia son cada vez más vulnerables. ¿Cuánto tardarán las naciones

extranjeras menos civilizadas pero con reservas menos explotadas de magia en intentar aprovecharse de esa debilidad? Todas las conquistas del Imperio leraciano se perderían... ¡y tal vez el Imperio mismo se derrumbaría!

Tyen tenía el pulso acelerado, pero intentó controlar la emoción. Quizá sería mejor para las naciones extranjeras liberarse del dominio del Imperio. Pensó en el pueblo de Sezee y Veroo, obligado a cambiar sus costumbres para adaptarse al concepto leraciano de sucesión real. Pensó en Oren y los habitantes de Darsh, a quienes les talaban los bosques y les arrebataban las tierras. Se acordó de los mailandeses, cuyas tradiciones eran pisoteadas por los arqueólogos y estudiantes que saqueaban sus tumbas.

Por otro lado, ese cambio no se produciría sin guerras ni muertes. Las máquinas prestaban un gran servicio, y sería una lástima que los avances de la época quedaran relegados al olvido. Si se introducían reformas poco a poco, de modo que la gente tuviera tiempo para acostumbrarse, ¿se evitarían los conflictos?

Tal vez si él se las arreglaba para importar magia a un ritmo controlado lo conseguiría. Pero también era posible que no diera resultado. Quizá gastarían toda la magia que rodeaba Castillo de la Torre para después descubrir que no podían reponerla. ¿Era realmente consciente de ese riesgo el rey?

«Tendré que asegurarme de que lo sea, antes de prestarme a esto».

Si accedía debía confirmar que eso era todo lo que Gowel quería... Por otra parte, ¿qué pasaría con Vella?

—¿Qué gano yo con esto? —preguntó Tyen.

Una arruga se formó entre las cejas de Gowel. Se reclinó contra el respaldo del diván.

—Te daremos tu libro y te dejaremos marchar. Tendrás que prometer que nunca volverás al norte. No revelaremos a la Academia que estás en el Lejano Sur.

Ya podía olvidarse de convertirse en héroe. Saltaba a la vista que Gowel y Kilraker nunca habían tenido la intención de compartir el mérito con él. Eso podría aceptarlo, siempre que fuera libre de buscar una solución para Vella.

—Lo haré, pero antes de intentar nada quiero recuperar a Vella —dijo.

—Puede que a Kilraker no le parezca bien.

—Tenéis ventaja numérica, y la Academia no os acusa a vosotros de un delito que no cometisteis. No he olvidado lo que sucedió la última vez que os ofrecisteis a ayudarme.

Gowel frunció los labios y asintió.

—De acuerdo. Intentaré convencerlo. —Se levantó y se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo y se volvió hacia Tyen con expresión seria—. Yo siempre he querido que seamos aliados, no enemigos. Aunque lamento lo que te hicieron, tal vez haya resultado ser lo mejor para ti. Habría sido una pena que alguien tan poderoso como tú se hubiera quedado para siempre en la Academia, limitado por la falta de magia y las normas.

—En vez de eso, estoy limitado por la falta de instrucción —señaló Tyen.

Gowel se encogió de hombros y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

—No hay nada que no puedas aprender por tu cuenta —aseguró antes de salir al pasillo.

Tyen suspiró.

«¿Soy un necio por prestarme a hacer esto?», se preguntó. En cuanto recuperara a Vella la consultaría, y juntos podrían intentar encontrar trampas o fallos en el plan de Gowel y Kilraker.

Tras una larga espera la puerta se abrió otra vez y entró Ysser. El anciano sonrió.

—Te *ferdonan* —anunció.

Tyen sacudió la cabeza.

—No creo que tenga nada que ver con el perdón. Si Kilraker está de acuerdo me devolverán a Vella y mi libertad a cambio de que los ayude. ¿Han explicado lo que pretenden que yo haga?

—Sí —contestó el hechicero sonriendo—. Te *llefarás* la magia de fuera de la torre, *fiajarás* a otro mundo y regresarás con mucha más magia.

—Sí, pero nos llevaremos mucha magia. Seguramente toda. Y es algo que nunca hemos hecho antes. Si no da resultado quedará muy poca energía en Tyeszal. Es un riesgo considerable.

Ysser asintió con semblante adusto.

—Sin riesgo no *descufrimos* cosas nuevas. Tyeszal ya creará más magia. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Eres *fuena fersona* al *fensar* en nosotros. Me alegra que seas libre. Te llevaré a habitación *fara rofa* nueva y comida. Mañana te traeré libro.

Unos golpes leves en la puerta despertaron a Tyen. Se levantó de la cama como un rayo y se abalanzó hacia ella dando traspiés. El sopor que le nublabla la mente se disipó en cuanto recordó los planes que Kilraker tenía para ese día.

«Voy a intentar llegar a otro mundo —pensó—. O al menos recorrer parte del trayecto hacia él».

Abrió ligeramente la puerta y vio que Mig, el joven protegido de Ysser, lo aguardaba al otro lado. Tras dedicarle una sonrisa este se alejó a toda prisa sin decir una palabra.

«Lo han enviado a despertarme», supuso Tyen. Contempló la luz que entraba por la ventana. Su intensidad le provocó dolor de cabeza. Se había quedado hasta altas horas de la noche conversando con Ysser, quien había compartido con él un licor dulce de la aldea costera en la que había nacido. Cuando Tyen por fin se había arrastrado hasta la cama estaba deseando adoptar al anciano como abuelo o convertirse en su aprendiz. O ambas cosas.

Miró en torno a sí, sin prestar atención a los finos ropajes que los sselts le habían dejado y buscando las sencillas prendas de porteador que Veroo y Sezee habían comprado para él hacía ya una eternidad... o al menos esa era la sensación que tenía. Las encontró, recién lavadas y pulcramente plegadas sobre un cofre. Le parecía un atuendo más práctico para viajar entre mundos.

Otro golpe en la puerta anunció la llegada de un criado que le llevaba el desayuno. Tyen se puso a comer con avidez, pero cuando le vino de nuevo a la mente la misión que había accedido a realizar se le contrajo el estómago, por lo que apenas pudo picotear la comida que quedaba.

La tercera persona en visitarlo fue Ysser, que entró en la habitación desplegando una gran sonrisa.

—¡Un gran día para ti! —exclamó—. Kilraker me ha *fedido* que te dé esto cuando te reúnas con él. —Se sacó del interior del abrigo una bolsa cerrada con un cordón que a Tyen le resultaba muy familiar—. Te la doy ahora. *Fuedes freguntarle* cómo *fiajar* otros mundos. Si malo... muy arriesgado... —Adoptó una expresión severa—. Entonces yo te ayudo a huir de Tyeszal sin que nadie vea, y ser libre.

Tyen se quedó mirándolo lleno de asombro.

—¿Harías eso por mí?

Ysser asintió y le tendió la bolsa.

—Tu historia real.

—¿Has hablado con ella?

—Mig hablado con ella. Dice que Kilraker malo contigo.

Tyen cogió la bolsa con el ceño fruncido.

—¿Te sigue pareciendo bien que ellos lleven a cabo el experimento aquí y consuman gran parte de vuestra magia?

—Sí. Tomarás magia de fuera, así que nos queda magia de dentro. La magia que traerás la *fondrás* fuera también. —Ysser dio unos golpecitos al libro guardado en la bolsa—. Ella dice que te enseñará cómo antes que intentes con Kilraker. —Dio un paso hacia la puerta—. Ahora yo *frefaro* mi habitación para vosotros.

—Gracias —dijo Tyen.

Abrió la bolsa y le dio la vuelta de modo que Vella le cayó en la mano. El peso que tan bien conocía y la suavidad de la cubierta de piel le produjeron un gran alivio. Estaba intacta. Volvía a ser suya.

La abrió.

«¿Te encuentras bien, Vella?».

Se formaron palabras en la página.

—Sí. Así que has cerrado un trato con Kilraker y Gowel.

«Sí. ¿Conseguiré viajar a otro mundo?».

—Tal vez. Eres poderoso, y aquí la magia abunda.

«¿Podré detenerme a medio camino y atraer magia de otro mundo hacia este?».

—Lo dudo. No tengo constancia de que nadie lo haya hecho.

«¿Y viajar a otro mundo, absorber magia y traerla aquí?».

—Eso es del todo viable, si el otro mundo es rico en magia y tú tienes alcance suficiente.

«¿Y si una de esas dos condiciones no se cumple?».

—Tendrás que gastar parte de la energía que absorbas en el otro mundo para regresar. Si no traes a este mundo más magia de la que te has llevado el esfuerzo habrá sido inútil.

«Si traigo menos magia habré empobrecido este mundo».

—Y si en el otro mundo no hay energía suficiente quizá no puedas regresar jamás.

Tyen notó que un escalofrío le recorría la espalda. Se quedaría atrapado allí.

«¿Sabes algo acerca de los mundos más cercanos a este?».

—Sí, pero son conocimientos de hace más de mil años.

Durante ese tiempo podían haber cambiado muchas cosas, pensó Tyen. Así había ocurrido en su propio mundo.

«Supongo que no lo sabré hasta que llegue. Es un riesgo que debo correr».

—No es tu única opción. Ysser te ayudará a escapar de Kilraker y la Academia si se lo pides.

«No. Si existe una posibilidad de impedir que se agote la magia en este mundo debo intentarlo por el bien de sus habitantes... y también por ti. Si se acaba la

energía, perecerás. —Se acercó a una silla y se sentó—. Explícame cómo viajar entre dos mundos, Vella».

—Primero debes cobrar plena conciencia del mundo en que te encuentras. Luego has de absorber magia y empujar el mundo para alejarlo de ti. Cuando empieces a lograrlo lo notarás.

Tyen se situó en el centro de la habitación, se concentró en la magia que lo rodeaba e invocó cuidadosamente un poco de energía de más allá del muro exterior.

«¿En qué dirección debo empujar? ¿Hacia arriba, hacia abajo? ¿Hacia delante?».

—Nada de eso. No tomes como referencia las direcciones físicas de este mundo. Debes empujar de manera que te alejes del mundo en sí. Pero primero tienes que aprender a percibirlo.

Tyen así lo hizo. De inmediato cobró mayor conciencia de la presión del suelo contra sus pies, así como de los sonidos tenues que se oían dentro y fuera de la habitación. Sin embargo, se trataba de sensaciones físicas, y él buscaba algo más. Lo único que detectó fue magia. ¿Era un ente físico? Abrió los ojos para leer.

—No lo es. Las fuerzas físicas no la afectan.

«Pero si libero magia, esta fluye hacia fuera. ¿Es una manera de empujar?».

—No la que te interesa.

«Ya lo suponía».

—Percibir el mundo no es tan distinto de percibir la magia. Tiene una presencia que ha estado allí desde que naciste, como un ruido al que te has acostumbrado, así que debes aprender a detectarla.

Tyen soltó una carcajada y negó con la cabeza. «¡Eso es muy vago! —se lamentó—. ¿No podrías darme instrucciones más concretas?».

—Son las limitaciones que me impone la forma de libro —dijo Vella—. Solo puedo explicarte las cosas con palabras que ya entiendes y tú solo puedes leerlas. En otros mundos es una práctica común que los magos experimentados enseñen esta técnica a sus discípulos dejando que les lean el pensamiento mientras la aplican.

Tyen tuvo un destello de inspiración. «Pero cuando escribían sobre ello ¿cómo describían el acto de viajar entre mundos?».

—Como dar un paso atrás respecto al mundo. O como retroceder hasta ocultarse tras una cortina.

Eso tampoco pareció muy revelador a Tyen. Aun así, tenía que intentarlo. Cerró los ojos de nuevo e imaginó que se movía hacia atrás. Intentó recular unos pasos físicamente con la esperanza de que se tradujera en un desplazamiento paralelo, pero nada ocurrió. Trató de inmovilizar con magia el aire que tenía ante sí para luego impulsarse contra él, pero acabó cayendo de espaldas. Con un suspiro bajó la vista

hacia la página abierta.

—*No lo conseguirás hasta que aprendas a percibir el mundo* —dijo Vella—. *Quédate quieto, ten paciencia. Abstráete de lo físico y lo irrelevante.*

Tyen siguió esas indicaciones. Notó el suelo bajo los pies, así como la temperatura del aire que entraba y salía de sus pulmones. Al centrarse en sus otros sentidos percibió los olores de la comida que aún no se habían desvanecido y el regusto en la boca. Sus oídos captaron sonidos tenues: el viento al otro lado de la ventana, pasos en el pasillo. Permaneció de pie con los ojos cerrados hasta estar seguro de que no quedaba nada por percibir. Entonces se dio por vencido y volvió a consultar a Vella.

«¿Con qué otras palabras lo han descrito los magos?».

—*Como apartarse de una roca de un empujón cuando uno está nadando* —dijo ella.

Tyen soltó un bufido. Como no sabía nadar esa analogía no le resultaba demasiado útil. A menos que se imaginara que hacía fuerza contra la pared de una bañera estando sumergido...

«No es tan diferente de ejercer presión contra un obstáculo para evitar que el aerocoche choque contra él», comprendió de pronto. Eso significaba orientar el vehículo respecto a una superficie sólida contra la que impulsarse. «La diferencia es que, en este caso, intento orientarme a mí mismo respecto al mundo».

Sin cerrar los ojos centró su conciencia en los límites de su cuerpo. Era una sensación más familiar para él, pues formaba parte de las estrategias de batalla básicas. En combate uno tenía que saber inmovilizar el aire que lo rodeaba para rechazar un ataque físico sin pensar ni vacilar, por lo que a todos los alumnos se les enseñaban ejercicios que agudizaban la conciencia del espacio y se les animaba a practicarlos con regularidad.

Sin embargo, esa vez no estaba repeliendo una agresión física. Esa vez era el mundo el que permanecía inmóvil y el que debía rechazarlo a él. Así pues, Tyen debía tomar conciencia del mundo como si de su cuerpo se tratara.

Cuando proyectó su mente percibió magia. Como en Leracia, esta siempre estaba en movimiento, pero se arremolinaba lentamente en torno a él como una niebla traslúcida. En Leracia descendía de las alturas para colmar el vacío que creaban las máquinas. En Tyeszal se desplazaba hacia los lados. Ysser había comentado algo al respecto la noche anterior. «Dijo que la magia fluía hacia el norte. Creía que se refería a que los conocimientos de magia del Imperio estaban más desarrollados, pero lo decía en un sentido más literal».

La energía se desplazaba hacia el norte porque tenía una tendencia natural a equilibrarse, como el agua a alcanzar el mismo nivel, y había menos magia en zonas septentrionales que en el sur. Mucha menos. No era de extrañar que el rey considerara

que valía la pena arriesgarse a agotar la magia de Tyeszal. El norte la estaba atrayendo hacia sí de todas maneras. Si Tyen conseguía su propósito no solo ayudaría al Imperio, sino también al Lejano Sur.

Respiró hondo con renovada determinación. Meditó sobre la magia que fluía alrededor. Si era capaz de invocarla, ¿podría hacer otras cosas con ella, como inmovilizarla?

Se concentró en la magia que había absorbido y ejerció su voluntad. Sintió una sacudida. La energía no dejaba de moverse, pero el flujo tiraba de él, por lo que tenía que consumir más magia para mantenerse firme. Sonrió. Eso significaba que podría orientarse respecto a ella, aunque no se tratara de un objeto sólido ni inmóvil.

Se percató de que había más luz en la habitación. Bajó la vista. Sus pies se deslizaban lentamente sobre el suelo, pero no tenía la menor sensación de movimiento.

«¿Era eso lo que se suponía que debía pasar?», se preguntó.

—Sí, lo era —respondió alguien. Una voz de mujer.

Sobresaltado, perdió la concentración. El brillo de la habitación se extinguió de inmediato. Percibió con toda claridad el momento de su retorno. Era como si su cabeza hubiera atravesado la superficie de un estanque y hubiera emergido al aire.

Bajó la mirada hacia Vella. Unas palabras aparecieron en la página.

—*Enhorabuena. Has salido de este mundo por primera vez.*

Tyen sonrió de oreja a oreja. «¡Lo he conseguido! Pero ¿quién me ha hablado?».

—*Yo. En el espacio entre los mundos, mi conexión con la mente de quien me sujeta es diferente.*

«Podrías haberme avisado».

—*No era información de vital importancia en este momento.*

«Además, no te había preguntado si eso pasaría».

—*Era una pregunta que no se te habría podido ocurrir.*

«¿Sucederá eso siempre que estemos entre dos mundos?».

—Sí.

«¿Es algo parecido a leer la mente?».

—*No. La única ventaja es que oirás mi voz. Y será un inconveniente si hace que pierdas la concentración. La fuerza de los mundos te atraerá hacia ellos si no opones resistencia. Pero cuanto más lejos te encuentres, más débil será esa fuerza. Mientras viajas no respiras, pero no eres consciente de ello. Si tardas demasiado te asfixiarás.*

«¿Me asfixiaré? ¡Tampoco me habías avisado!».

—*Habrías estado demasiado preocupado para concentrarte. Cuando te has alejado solo un poco de este mundo una distracción te hace volver rápidamente, por lo que no hay*

peligro.

«Entonces ¿debería respirar hondo antes de partir hacia otro mundo?».

—Sí.

«¿Qué les ocurre a quienes se asfixian entre dos mundos?».

—*Su cuerpo acaba siendo expulsado al mundo más cercano.*

¿Aparecía gente muerta de la nada? Tyen se estremeció al recordar las historias espeluznantes que había oído cuando era niño. Tal vez había un atisbo de verdad en ellas. Cuanto más descubría sobre los viajes entre los mundos, más peligrosos le parecían.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

«Debe de ser Ysser, que ha vuelto para llevarme con Kilraker. ¿Hay alguna cosa más que deba saber?».

—*Nada importante.*

Tyen cerró a Vella y se la colocó debajo de la camisa antes de ponerse la chaqueta y abrochársela. Cuando se volvió hacia la puerta su maletín le llamó la atención. ¿Debía llevárselo consigo? ¿Y a Bicho? Tal vez sería mejor que dejara al insectoide en el castillo, por si pasaba algo. Estaba seguro de que a Mig le gustaría quedarse con él. Por otro lado, le había enseñado a obedecerlo solo a él y no había tenido tiempo de cambiar eso. Tal vez Kilraker decidiría llevarlo de vuelta a la Academia como prueba de que se había encargado de Tyen, para cobrar la recompensa.

Si resultaba muy evidente que estaba listo para emprender el viaje, los profesores podrían creer que no tenía intención de regresar, así que abrió el maletín y se guardó a Bicho en un bolsillo interior de la chaqueta. Después se dirigió a paso veloz hacia la puerta.

Mig ya lo aguardaba de nuevo al otro lado. Le hizo señas de que lo acompañara y echó a andar a toda prisa. Tyen cerró la puerta y lo siguió.

Se preguntó por unos instantes si el rey estaría presente, pero llegó a la conclusión de que era poco probable. Nadie sabía aún si el plan saldría bien. Los experimentos con magia siempre eran potencialmente peligrosos. No le sorprendió ver que nadie salvo Ysser, Kilraker, Gowel y sus dos amigos lo esperaban en la habitación del anciano. Este se dirigió a su encuentro.

—¿Estás *frefarado*?

Tyen asintió.

—Creo que sé lo que debo hacer.

—Bien. —El mago le dio unas palmadas en la espalda—. No corras riesgos. Solo absorbe magia y libera magia fuera de muros de Tyeszal.

Tyen se volvió hacia Kilraker, quien entornó los ojos. Sujetaba una cuerda en la mano.

—Fundehierro —dijo.

—Profesor —respondió Tyen—. ¿O acaso ya no debo llamarlo así?

—Aún no me he retirado oficialmente —dijo Kilraker.

Tyen le dedicó una sonrisa forzada.

—Bueno, tal vez debería llamarte «Kilraker» para que te vayas acostumbrando.

—El hombre crispó los dedos en torno a la cuerda—. Espero que no estéis pensando en atarme con eso —añadió Tyen.

—Aunque es una idea tentadora, no es ese nuestro propósito. Teníamos curiosidad por ver si podías llevarte un extremo contigo.

Tyen se encogió de hombros.

—No creo que pierda nada con intentarlo.

Se acercó a Kilraker y lo miró a los ojos, intentando leer en ellos sus pensamientos. ¿Ni un asomo de culpa por haberlo obligado a dejar la Academia? ¿Ni un indicio de disculpa? Kilraker le devolvió la mirada con frialdad. Por lo menos no había señales descaradas de malicia en su expresión. Más bien parecía impaciente y receloso, como si Tyen fuera el que tendía a traicionar la confianza de los demás.

Kilraker le tendió un extremo de la cuerda. Tyen cerró los dedos en torno a él y retrocedió unos pasos.

—Bueno —dijo—. Queréis que viaje a otro mundo, o al menos que me aleje lo suficiente de aquí para absorber magia de él y traerla a este. ¿Hay alguna otra cosa que queréis que intente?

—No —dijo Kilraker—. Concéntrate en tu tarea.

Tyen se volvió hacia Gowel y los demás, y todos sacudieron la cabeza. Por último miró a Ysser.

—¿Han entrado todas las voladoras?

El anciano sonrió y asintió. Mig se encontraba un paso por detrás de él con el rostro encendido de emoción.

«No hay por qué esperar. Es hora de comprobar si puedo viajar hasta un mundo nuevo».

Tyen respiró hondo y proyectó su mente al exterior de la peña. Una vez que llegó lo más lejos posible absorbió magia desde el punto más distante y liberó una columna de magia entre las paredes de Tyeszal. Aunque era consciente de que estaba absorbiendo más energía que nunca antes, retenerla no le suponía el menor esfuerzo.

Respiró hondo y se concentró en la magia acumulada dentro de la torre. Ahora que esta estaba rodeada de vacío la energía fluía con suavidad hacia el exterior, en todas direcciones, lo que le proporcionaba un punto de referencia más estable respecto al que orientarse. Entonces empujó.

De nuevo surgió un resplandor alrededor. La habitación se desdibujó, como invadida por una bruma que se hubiera formado espontáneamente, o como si sus ojos perdieran la capacidad de distinguir colores. Al igual que en la niebla, los sonidos parecían más débiles y apagados. Al bajar la vista hacia sus manos advirtió que también se difuminaban hasta desaparecer, lo mismo que la cuerda.

Cuando levantó la mirada vio que las manos de Kilraker intentaban sujetar el otro

extremo. Sus dedos lo estaban atravesando. Tyen recordó las palabras de Gowel: «Un mago no puede enviar objetos a través de una barrera que separa dos mundos, tiene que viajar con ellos». Era evidente que todo aquello que el mago estaba tocando era transportado junto con él. Y era una suerte, pues de lo contrario tal vez Tyen llegaría al otro mundo sin ropa. O sin Vella.

Pero debía de haber algún límite. No estaba llevándose consigo a Kilraker, solo la cuerda. El profesor tenía el ceño fruncido. Dijo algo, pero su voz sonó demasiado débil para que Tyen alcanzara a entender las palabras. Los demás se encogieron de hombros. La expresión de Kilraker se endureció. Ysser abrió mucho los ojos y se le acercó con grandes zancadas. Posó una mano sobre el brazo del profesor y comenzó a hablarle con firmeza.

«¿Qué se traerá Kilraker entre manos?», se preguntó Tyen reduciendo el impulso para observar.

Kilraker se quitó de encima la mano de Ysser con un gesto brusco que desequilibró al anciano. Mig lo agarró por los hombros para evitar que cayese al suelo. La sorpresa de Ysser cedió el paso a la ira. Se aproximó de nuevo.

—¡No! —exclamó en voz lo bastante alta para que penetrara hasta Tyen—. ¡No tomes del interior! ¡Va contra nuestra ley!

—O todo no nada —bramó Kilraker.

Un tenue repique llegó a los oídos de Tyen. Con los ojos desorbitados Ysser miró al techo y luego a Kilraker. Su expresión era suplicante, pero Tyen no oyó lo que decía. Alargó el brazo para aferrar a Kilraker por el hombro, pero su mano lo atravesó.

Dejó de empujar y notó que empezaba a retroceder poco a poco. Kilraker había salido del mundo. ¿Por qué? ¿Lo estaba siguiendo? ¿Por qué estaba Ysser tan enfadado y asustado?

«¿Debo volver, Vella?».

—Si vuelves es posible que la magia que has gastado tarde mucho en regenerarse —respondió ella.

Oír su voz, tan cristalina y humana, alegró el corazón a Tyen.

Tenía que seguir adelante. Cuando comenzó a propulsarse de nuevo vio de pronto que Kilraker se tambaleaba y se inclinaba para agarrarse de Gowel. Como su mano no pasó a través del aventurero, Tyen supuso que había regresado a su mundo. ¿Se le había acabado la magia?

De repente la habitación desdibujada se iluminó con aún más intensidad cuando un cuadrado blanco apareció a un lado. Las puertas del balcón estaban abiertas. Mig salió corriendo a través y subió al vehículo volador. Golpeó el costado con la mano y abrió la boca en un grito mudo. Ysser dio unos pasos hacia él y se detuvo un momento para volver la vista atrás. Fulminó a Kilraker con la mirada, levantando el brazo para señalarlo, y sus labios articularon palabras que Tyen no distinguió, aunque el tono era claramente acusador. Acto seguido miró al frente y corrió hacia el

vehículo. Una vez que estuvo a bordo este se deslizó hacia delante y desapareció en el cuadrado de luz.

Tyen se detuvo de nuevo, convencido de que Ysser no habría utilizado la máquina sin una buena razón. Al fijarse de nuevo en Kilraker y los demás vio que iban de un lado a otro haciendo eses y con el rostro demudado de espanto. Los objetos de la habitación se movían, oscilando o cayendo al suelo.

«¿Qué está pasando?».

—Tal vez la torre está siendo atacada —aventuró Vella—. Sseltee no tiene enemigos poderosos, pero es posible que alguien esté aprovechando la repentina escasez de magia en Tyeszal.

«¿Cómo podrían saberlo? —se preguntó. Quizá un traidor los había informado—. Tenemos que regresar y devolver la energía para que puedan defender la peña». Dejó de resistirse a la fuerza que lo atraía hacia su mundo y comenzó a retroceder lentamente. «¿Puedo acelerar la vuelta?».

—Sí, solo tienes que...

Un sonido grave, lo bastante fuerte para penetrar en el espacio entre los mundos, envolvió a Tyen. Algo cruzó su campo de visión tiñéndolo todo de gris. Notó que cada vez estaba más cerca de su mundo.

El gris se desvaneció y el paisaje tan familiar de una tierra remota se abrió ante Tyen.

Pero no estaba enmarcado por una ventana o una puerta.

Se impuso el silencio. Tyen bajó la vista. Una nube turbia y baja se expandía por debajo de él. El instinto lo llevó a inmobilizarse donde estaba.

Tyeszal había desaparecido. En el sitio donde un rato antes tenía apoyados los pies no quedaba nada más que aire. Más abajo se levantaba una gran humareda. Se quedó contemplándola, demasiado impresionado para pensar. Una oleada de terror lo recorrió.

«Ya no están. Toda la gente... ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?».

—No lo sé.

Recordó el repique que había alarmado tanto a Ysser. ¿Había sido una señal de alerta? En ese caso, tal vez los ocupantes de Tyeszal lo habían oído y sabían que algo malo estaba a punto de ocurrir. Pero ¿qué?

Algo que Kilraker había hecho. Le vinieron a la memoria las palabras de Ysser: «¡No tomes del interior! ¡Va contra nuestra ley!». Sin duda el profesor había absorbido magia del interior de la torre con la intención de seguir a Tyen.

Ahora había muerto. Al igual que Gowel y todos aquellos que no habían conseguido evacuar la peña. Dudaba que alguien hubiera tenido tiempo de huir, excepto Ysser y Mig. Y tal vez otras personas que también contaban con un aerocoche planeador. Miró en torno a sí y sintió alivio al avistarlos volando en círculos en torno a la nube de humo mientras descendían. Sin embargo, había demasiado pocos vehículos para suponer que los quinientos habitantes de la torre se

encontraban dentro.

La humareda empezaba a disiparse, revelando un tocón aproximadamente la mitad de alto que la torre derrumbada. Hueco, con tramos curvos de escaleras a la vista en su interior. Tyen vislumbró también varias cuerdas colgadas por fuera. «¡Los puentes!». Alzó la vista hacia el precipicio. En el abismo entre el barranco y la peña donde antes estaban tendidos los puentes ahora pendían las sogas. Unos movimientos apenas perceptibles atrajeron su atención hacia las largas filas de personas a lo largo de los estrechos caminos excavados en la pared del barranco. Personas que miraban fijamente hacia abajo, personas apiñadas, personas que se tapaban la cara, incapaces de soportar la visión de lo que sucedía al fondo del abismo.

Tyen notó una opresión en el pecho. Deseó no haber viajado nunca a ese lugar... Pero ¿cómo podía saber lo que haría Kilraker? Ya no había vuelta atrás. Aunque tal vez, si regresaba...

—Te vas a caer.

«Podría intentar utilizar la magia para frenarme». Pero todo lo que le habían enseñado sobre seguridad aeronáutica se lo desaconsejaba. Tendría que orientarse respecto al suelo, que estaba demasiado lejos.

«¿Qué puedo hacer?».

—Desplázate lo más rápidamente hasta el mundo siguiente antes de que te asfixies —le indicó Vella—. Se te está agotando la magia. Cuanto más tiempo permanezcas aquí, menos energía te quedará para llegar a otro mundo.

«Pero toda esa gente... Debería ayudarlos».

—No puedes quedarte aquí, no puedes volver. No te queda otra alternativa que intentar alcanzar el siguiente mundo.

Vella estaba en lo cierto. Tenía que abandonar el espacio entre los mundos antes de ahogarse. Solo podía confiar en que le quedara magia suficiente para llegar al mundo más cercano y en que este fuera abundante en magia, a fin de poder absorber la que necesitaba para regresar.

Tyen cerró los ojos y se dio impulso para alejarse de aquella escena de destrucción hacia lo desconocido.

DÉCIMA PARTE

Rielle

Aunque a Rielle las largas caminatas por el desierto le habían parecido agotadoras, en comparación con el incesante ascenso a las montañas habían sido un paseo. Se había fijado en que Sa-Mica había aminorado la marcha y alargado las zancadas, y había descubierto que, al imitarlo y concentrarse en dar un paso pausado tras otro, le resultaba un poco más fácil. Sa-Gest se detenía constantemente para recobrar el aliento y después se apresuraba para alcanzarlos, o bien se quedaba tan embobado con el paisaje que tropezaba con piedras que habían caído al camino desde las laderas de arriba.

Cada vez que se detenían para descansar Rielle oteaba el desierto maravillada. Nunca había visto el mundo desde un lugar tan elevado. El sendero sinuoso descendía hasta la aldea como una cinta pálida antes de desaparecer entre las arenas. Las dunas no estaban distribuidas al azar por el desierto, sino que formaban curvas semicirculares, todas orientadas en la misma dirección. Le venían ganas incontenibles de plasmar aquello en un cuadro. Veía en su mente los pigmentos que mezclaría para conseguir los colores y los tonos adecuados.

Al final del primer día superaron el nivel de la cima de las colinas. Tenían a su derecha una caída pronunciada y una pared de roca se alzaba a su izquierda. Como el atardecer los sorprendió caminando aún, Rielle se preguntó si acamparían en el sendero o seguirían avanzando toda la noche.

Cuando los últimos rayos de sol se extinguían doblaron un recodo del camino y llegaron a una pequeña cabaña construida contra la pared de piedra. Aunque por fuera parecía demasiado reducida, cuando Sa-Mica encendió su lámpara y los guio al interior descubrieron que se había ampliado el espacio excavando en la roca. Era lo bastante grande para albergar dos camas estrechas con una pequeña distancia entre ellas. Al fondo un arroyo goteaba por la pared hasta una pila que se desbordaba y desaguaba por un sumidero.

Los sacerdotes durmieron en las camas. Sa-Mica dejó que Rielle se acostara sobre las tres esteras, de modo que el suelo no le resultó tan incómodo como el banco de ladrillo en que había dormido la noche anterior. Aun así, por la mañana estaba tan dolorida y entumecida como la primera noche después de salir de Fogo. Sus piernas no estaban acostumbradas a caminar cuesta arriba.

Se levantaron temprano, pero avanzaron despacio. Al cabo de un rato los músculos de Rielle entraron en calor, lo que le permitió andar con más facilidad, si bien la melancolía se había apoderado de ella y se negaba a abandonarla. Aunque ya no estaban en el desierto, no le resultaría más fácil sobrevivir allí si conseguía

escapar.

La idea de huir le rondaba la mente en todo momento. La presencia constante de Sa-Gest reforzaba su convicción de que, aunque se había ganado el castigo, nadie merecía que lo sometieran a ese tipo de manipulaciones depravadas durante el resto de su vida. Cada vez estaba más segura de que los Ángeles no podían tener semejantes designios. Y si los tenían, no quería reunirse con ellos en la otra vida. Preferiría dejar de existir por completo.

A lo largo de la mañana el camino los condujo por el lado izquierdo de un escarpado valle que se extendía entre las estribaciones de dos montañas. Rielle divisó unos edificios al fondo, lo que le provocó un escalofrío y un pánico creciente. ¿Se aproximaban al final de su viaje? ¿Llegarían a su destino sin que se le presentara la oportunidad de intentar alcanzar la libertad? En ese caso, ¿qué debía hacer? ¿Esperar que las insinuaciones de Sa-Gest fueran una mentira para amedrentarla y obligarla a obedecerlo? «Entonces ¿por qué Sa-Mica se niega a revelarme nada?».

No fue hasta que se encontraban muy cerca cuando cayó en la cuenta de que no podía tratarse de su destino. Los edificios eran casas, tenían las puertas y las ventanas abiertas, y la gente entraba y salía de ellas sin impedimento alguno. Entre todas aquellas personas no había ningún sacerdote. No era más que una aldea.

Cuando los primeros lugareños los vieron acercarse Rielle se preparó para que le lanzaran miradas e imprecaciones, pero, en vez de ello, prosiguieron con sus ocupaciones. Unos pocos saludaban a Sa-Mica con una inclinación de la cabeza al pasar. Aunque su falta de interés habría debido suponer un alivio, Rielle sospechó que era una señal de que se aproximaban a la prisión. ¿Por qué si no estarían tan familiarizados los aldeanos con la llegada de una impura para no prestarle atención?

Por otro lado, más que una aldea parecía un caserío. Había nueve viviendas orientadas hacia la parte alta del camino. La más grande se alzaba en medio, con un murete en la parte delantera que cercaba unos bancos y unas mesas de madera, y unas vigas gruesas que sostenían un cobertizo. Las mesas estaban desocupadas. Para sorpresa de Rielle, Sa-Mica los guio a través del hueco en la pared y se sentó ante una de ellas.

Un hombre bajo y fornido salió de inmediato del edificio. Vestido con ropa de abrigo y un mandil de piel, parecía un herrero. Lanzó a Rielle una mirada fugaz, observó a Sa-Gest más largamente y dedicó una sonrisa a Sa-Mica.

—Bienvenido, Sa-Mica —dijo—. ¿Van camino de la montaña?

—Así es, Breca —contestó el sacerdote de la cicatriz—. Tomaremos lo de siempre.

El hombre rio entre dientes.

—Como si se pudiera elegir.

Desapareció en el interior. La vista del valle, sin edificios que la taparan al otro lado del caminó, atrapó la atención de la joven. Intentó memorizar los detalles. Tal vez si quería expiar su falta trabajando podría intentar reproducir aquel paisaje en vez

de limitarse a pintar su prisión.

Allí hacía más frío, y ahora que se encontraban en reposo comenzó a tiritar un poco. Breca salió con tres platos de comida humeante. En cada uno había una ración generosa de pan, carne al horno y tubérculos. Sa-Gest arrugó el entrecejo al ver que el hombre servía a Rielle lo mismo que a Sa-Mica y a él, pero el sacerdote de la cicatriz comenzó a comer sin decir nada, y ni siquiera hizo una pausa cuando Breca regresó con tres escudillas de icuo.

Todos comieron en silencio. La carne le pareció deliciosa a Rielle, aunque tal vez solo porque hacía mucho tiempo que ansiaba probarla. Narmah... Cuando ese nombre le vino a la mente sintió una punzada de culpa y tristeza. Narmah le había dicho, cuando había tenido su primer período, que comer carne con regularidad la ayudaría a combatir la sensación de debilidad que solía acompañarlo. Pensar en ello le produjo una ligera inquietud que rápidamente degeneró en aprensión cuando contó los días que llevaban caminando. No había vuelto a tener el período desde antes del viaje. La mala alimentación y el esfuerzo al que no estaba acostumbrada podían ser la causa del retraso. Se bebió el icuo con rapidez, intentando ahuyentar de su mente la otra posibilidad.

Antes de lo que le habría gustado Sa-Mica les ordenó reanudar la marcha y abandonar el caserío. Otra consecuencia de haber pasado tanto tiempo sin alimentos nutritivos era que el icuo la había afectado más de lo habitual. Tal vez ese era el objetivo. Quizá querían mantenerla relajada o escasa de reflejos para que no intentara escapar en el último momento. Pero conforme los efectos se le pasaban poco a poco comprendió que no era así. Incluso a pesar de su cansancio, estaría sobria antes de que llegaran.

El sendero serpenteaba mientras ascendía por el extremo del valle antes de descender bruscamente por una grieta en el lado izquierdo hasta una cañada más profunda. Rielle vio que el camino seguía adelante, excavado en la empinada y ondulante pared del lado derecho, ocultándose tras los pliegues de esta y reapareciendo más adelante. Al dirigir la mirada aún más allá advirtió que la pared se tornaba vertical y se adentraba aún más en el valle. La forma serrada situada en el punto más lejano tenía los bordes demasiado regulares para ser natural.

«El templo de la Montaña —pensó, y se estremeció ante aquella visión. La aflicción creció en su interior hasta hacerla sentir enferma e hinchada—. Donde pasaré el resto de mis días».

Una parte de ella se rebeló, y tuvo que resistir el impulso desesperado de bajar corriendo por el camino. «Sería inútil —se dijo—. No podría dar más de dos pasos antes de que Sa-Mica me detuviera». Notó el peso de la cadena que llevaba en torno al cuello. Se obligó a bajar la vista y contar los pasos. Intentó mantener la mente en blanco. Como no lo consiguió, trató de rememorar todos los relatos que Sa-Mica le había contado. Se imaginó que se disponía a pintar el valle desde el caserío: elegía colores, molía pigmentos, los mezclaba siguiendo la fórmula de Izare, preparaba la

tabla, combinaba pinturas, comenzaba a aplicarlas...

Un grito la arrancó de su ensimismamiento. Sa-Mica se detuvo y miró hacia atrás. Rielle se volvió y vio a un joven que se acercaba a toda prisa. Concibió una esperanza irracional. ¿Acudía a salvarla? «No seas ridícula». Aunque no lo reconoció, el hombre iba vestido con ropa similar a la de aquel que les había servido la comida, Breca. Aguardaron en silencio hasta que los alcanzó.

—Sa-Mica... —jadeó—. Un individuo llamado Dorth ha llegado poco después de que se marcharan y ha preguntado por usted. Le espera en la posada de Breca.

El sacerdote frunció el ceño. Posó los ojos en Rielle, luego en Sa-Gest y después en el mensajero. Por último suspiró y asintió.

—Enseguida voy. —Hizo un gesto en dirección al caserío—. Por favor, vuelva y dígame que iré a verlo, pero que no puedo entretenerme mucho rato.

El hombre se alejó con rapidez.

Sa-Mica se colocó de cara a Sa-Gest.

—Esperad aquí. Regresaré en cuanto me hayan comunicado el mensaje —dijo, y luego añadió algo en voz muy baja.

—Así lo haré —respondió Sa-Gest, y le sostuvo la mirada con una expresión que rezumaba respeto y obediencia.

Satisfecho, Sa-Mica echó a andar tras el mensajero a un paso más ligero que antes ya que avanzaba cuesta abajo. Rielle lo observó hasta que desapareció detrás de una curva. Vio de soslayo que Sa-Gest la miraba, pero lo ignoró. El corazón le latía a toda velocidad. ¿Era esa la oportunidad que había estado esperando?

La prisión se encontraba frente a ellos. A su izquierda se abría un precipicio y a la derecha se alzaba una pared escarpada. Solo tenía vía libre para huir por el camino de vuelta al caserío, donde seguramente se toparía con Sa-Mica.

—No hace falta que esperemos en el sol —comentó Sa-Gest antes de quitarse la mochila y acercarse a la pared de piedra frente a una repisa natural angosta.

Se sentó a la sombra de un saliente. Era lo bastante ancho para dos personas. Dio unas palmaditas al espacio que había junto a él.

Rielle se desprendió de su mochila, se aproximó a una zona de la pared situada a varios pasos de Sa-Gest y encontró una superficie relativamente lisa contra la que apoyarse. Tendió la vista hacia el valle. El sacerdote, cansado de torcer el cuerpo para contemplarla, se dio por vencido e hizo lo mismo.

La pared que se erguía en el otro extremo del valle era igual de empinada, pero, sin caminos labrados en la roca, ofrecía un aspecto anodino. Rielle deseó que Sa-Mica los hubiera dejado esperando en un sitio con una vista más agradable. Los pájaros descendían en picado y se elevaban por encima de sus cabezas y sobre el valle. La joven no tenía ni idea de a qué especies pertenecían. Un ave de gran tamaño describió varios círculos en lo alto antes de abatirse sobre un pájaro pequeño que volaba en una bandada. Acto seguido atravesó el valle planeando y quedó reducida a un punto diminuto antes de posarse en la pared del fondo. Al fijarse mejor Rielle se

percató de que había construido un nido allí.

—Nos falta poco ya —dijo Sa-Gest tamborileando con los dedos sobre sus rodillas con un ritmo rápido e impaciente.

A Rielle se le cayó el alma a los pies. El sacerdote estaba aburrido, y cualquier cosa que se le ocurriera para pasar el rato tenía muchas posibilidades de resultar desagradable para ella, incluso si él obedecía la orden de Sa-Mica de que no la tocara.

—Dentro de poco conocerás la verdad —continuó Sa-Gest—. Entonces te arrepentirás de no haber seguido mi consejo.

Rielle no le hizo caso. No conseguiría que él dejara de mofarse, pero si su intención era provocarla se lo pondría lo más difícil posible.

—No me crees, ¿verdad? —preguntó Sa-Gest con una risita—. Oh, menuda sorpresa te espera.

Contempló el valle unos momentos. Cuando Rielle empezaba a pensar que había encontrado otra cosa con la que distraerse se puso de pie y se volvió hacia ella.

—No es demasiado tarde, ¿sabes? Sa-Mica se demorará un rato en llegar a la aldea y volver. Si sigues mis instrucciones, habremos terminado antes de que regrese.

Rielle apartó la vista. Sa-Gest rio entre dientes. Pasó por delante de ella, dio media vuelta y pasó de nuevo. Fijó los ojos en la prisión.

—Estamos tan cerca... —murmuró como para sí. Giró en redondo y caminó cuesta abajo con paso tranquilo—. Ya no tienes adónde ir. El camino termina en el templo de la Montaña. Dudo que puedas escalar esa pared que tienes detrás. Tu única otra opción es despeñarte por el barranco, cosa que no te permitiré. Además, me encantará tener una excusa para sujetarte. —Dejó de andar de un lado a otro y cruzó los brazos—. Así que ya no veo ningún motivo para seguir ocultándote la verdad. Después de todo, deberías tener la oportunidad de prepararte para tu nueva vida.

Dio un paso hacia Rielle.

La joven mantuvo la mirada desviada y se armó de valor para oír la mentira que Sa-Gest había inventado con el fin de hostigarla.

—¿Quieres saber qué les ocurre a los impuros? —preguntó—. Depende de su sexo. A los hombres les permiten consagrar su vida a los Ángeles y ordenarse sacerdotes. Tienen que someterse a un ritual purificador largo y desagradable, por supuesto, y viven siempre vigilados. Pero a las autoridades les interesa que los impuros se ordenen. Eso mantiene fuerte el potencial mágico de nuestros linajes. —Se acercó ligeramente a Rielle—. Pero las mujeres, claro está, no pueden ser sacerdotisas. —Dio otro paso hacia ella—. Pero pueden fortalecer nuestros linajes de otras maneras.

A la joven se le heló la sangre pese a su determinación de no creerlo. Mantuvo la compostura, con los dientes apretados.

Sa-Gest se le aproximó un poco más.

—Verás —prosiguió, bajando el tono—, la razón por la que no matamos a los impuros, el motivo por el que os traemos tan lejos y guardamos en secreto vuestro

paradero radica en que el templo de la Montaña no es más que un prostíbulo inmenso para engendrar sacerdotes.

Las náuseas la invadieron. Aquello no podía ser cierto. Sa-Gest estaba burlándose de ella otra vez. Intentaba asustarla para que accediera a sus deseos.

—Así que no te preocupa, ¿eh? Sa-Mica ha hecho bien su trabajo, con sus relatos y su bondad fingida. La verdad es que es admirable.

Para alivio de Rielle, Sa-Gest se alejó. La tensión que ella sentía remitió un poco. Si el sacerdote intentaba tocarla, le pararía los pies. Él se agachó junto a su mochila, la abrió y sacó un papel o pergamino doblado y amarilleado por el tiempo. Se enderezó y se volvió hacia Rielle.

—Te lo puedo demostrar. Esto es una carta del superior del templo de la Montaña que enviaron conmigo cuando me entregaron al templo de Fogo siendo yo un muchacho. Dice que mi padre eligió a mi madre por su enorme potencial mágico. Mi padre era un sacerdote de alto rango y mi madre una presa. En la carta consta que el hijo de ambos debería convertirse en un sacerdote poderoso.

La desplegó y se la tendió a Rielle. Con un nudo de pavor en el estómago, la joven la leyó y la releyó. Luego la examinó con detenimiento. ¿Podía tratarse de una falsificación? El papel era impecable. La tinta estaba tan desvaída como correspondía a una tinta de buena calidad de aquella época, pero las palabras trazadas con ella la llenaron de espanto: «... la mujer llamada Derina, impura enviada de Fogo hace cinco años... Le puso el nombre de Gest... Se le permitía cuidar de él, pero, puesto que este no es un lugar adecuado para criar a un niño...».

—¿Por qué crees que estaba tan ansioso por volver al templo de la Montaña? —dijo Sa-Gest—. Nací y crecí allí.

Rielle sacudió la cabeza. No era posible. Era demasiado inverosímil. Demasiado terrible.

—¿Por qué crees que Sa-Mica no te ha dicho nada? No habrías venido voluntariamente. Te cuenta esas historias para ganarse tu confianza y hacerte creer que se preocupa por ti. Es más fácil lidiar con una presa sumisa que con una que se resiste.

Era exactamente lo mismo que Sa-Mica le había dicho a Sa-Gest el segundo día de viaje.

El sacerdote soltó una carcajada.

—Piénsalo bien. ¿Por qué habría yo de querer regresar a una prisión remota en lo alto de las frías montañas si no hubiera una compensación?

Rielle recordó la respuesta de Sa-Mica a la advertencia de Sa-Baro respecto a Sa-Gest: «Tenga la seguridad de que la montaña del Templo es el único lugar apropiado para hombres como él, aislados de las personas inocentes a las que podría hacer daño aquí».

Sa-Gest dobló la carta y se dispuso a guardarla.

—Me dieron esto para asegurarse de que supiera cuál de todas las presas era mi

madre. Ni siquiera yo soy tan depravado.

Sus palabras apenas le resultaron audibles a Rielle porque la sangre le palpitaba en los oídos. Aunque la había escandalizado descubrir lo generalizada que estaba la corrupción entre los sacerdotes desde que había conocido a Izare, aquello le parecía tan cruel como inmoral. No podía imaginar que hombres como Sa-Baro aprobaran esas prácticas... A menos que no estuvieran informados al respecto.

Pero la carta demostraba que los clérigos de Fogo lo estaban. Era imposible que Sa-Mica no lo supiera. ¿Qué había dicho el sacerdote de la aldea situada en la falda de las montañas? «Me infunde esperanza comprobar que tú, que naciste y te criaste en ese espantoso lugar, eres mejor hombre que la mayoría». Después había añadido que le arrancaría la verdad a Sa-Mica.

La verdad: que la prisión era un lugar donde se obligaba a las mujeres a concebir los hijos de los sacerdotes. Un destino que ella iba a...

—Pero si yo no puedo tener hijos... —protestó mientras su determinación de quedarse callada se venía abajo.

Sa-Gest irguió la espalda.

—¿Ah, no? ¿Arruinaste tu vida y la de todos tus seres queridos al recurrir a la magia, y aun así no conseguiste sanarte? —Negó con la cabeza y se acercó a Rielle—. Los sacerdotes intentarán arreglarte. Si eso no funciona... —Se encogió de hombros—. Entonces supongo que te convertirán en sustituta para cuando todas las mujeres estén gordas y feas por el embarazo. Es lo que suelen hacer con las infértiles.

Rielle negó con un gesto.

—No puede ser verdad.

«No puede ser verdad».

—Ya lo creo que es verdad. —Sa-Gest desplegó una sonrisa—. Estoy deseando ver la cara que pones cuando lleguemos y lo compruebes por ti misma. —Se frotó la entrepierna—. Sa-Mica aparecerá en cualquier momento. Me temo que has desaprovechado la oportunidad de congraciarte conmigo.

El corazón de Rielle dejó de latir unos instantes. Dirigió la vista al camino. Si pedía explicaciones a Sa-Mica, ¿tendría esta alguna justificación para la carta que Sa-Gest le había enseñado? ¿Y si no la tenía? ¿Y si le mentía, pero al llegar ella descubriría que Sa-Gest decía la verdad?

Entonces sería demasiado tarde. Ya era demasiado tarde. No tenía adónde huir. El sendero conducía a la prisión por un lado y a Sa-Mica por el otro. No podía escalar la pared. La alternativa era saltar por el precipicio. Pensó en el futuro que la esperaba.

«No tengo futuro. Ningún futuro. Prefiero desaparecer para siempre que convivir con Ángeles que permiten estas cosas».

Cerró los ojos y proyectó la mente como la corruptora le había enseñado. Esa vez no absorbió magia de un lugar cercano, sino que exploró sin restricciones el aire y las rocas que la rodeaban. Necesitaría mucha energía para neutralizar a Sa-Gest, y no le haría falta ocultar la Mancha. Expandió la conciencia hasta que se sintió mareada.

Entonces abrió los ojos y atrajo toda la magia hacia su interior.

El mundo quedó envuelto en sombras.

Sus sentidos se adaptaron más deprisa de lo que se habrían acostumbrado sus ojos a una habitación oscura. Sa-Gest se encontraba de pie frente a ella con una expresión que pasó del regocijo a la perplejidad. Extendió ambos brazos como si quisiera tocarla. Rielle no tenía idea de cómo dar forma a la energía que se arremolinaba en su interior, así que imaginó una ventolera como las que a veces azotaban Fogo y la lanzó contra él.

El aire se desgarró con un ruido tan atronador que le dolieron los oídos. Sa-Gest bajó la cabeza bruscamente, y salieron despedidos con los brazos y las piernas hacia delante. Rielle parpadeó, y al momento siguiente el sacerdote había desaparecido.

Se produjo un silencio. Un silencio tan absoluto que temió haberse quedado sorda. No le preocupaba mucho, pues tenía la intención de morir. Se impulsó para apartarse de la pared, dio un paso vacilante al frente y luego otro, acercándose al borde poco a poco. Miró en derredor en busca de Sa-Gest, pero no se encontraba en el camino.

El vacío de la Mancha estaba por todas partes. No alcanzaba a ver el final.

«Lo he empujado. ¿Habrás caído por el barranco?».

Cuando se hallaba cerca de la orilla del precipicio miró hacia abajo. El fondo estaba muy, muy lejos. Buscó el cuerpo de Sa-Gest, pero podía ser cualquiera de los puntos oscuros que salpicaban el suelo del valle.

«En caso afirmativo, he matado a alguien. Peor aún: he matado a un sacerdote. Con magia». Era un crimen por el que la condenarían a la pena de muerte. Tampoco le preocupaba. Se acercó al abismo, intentando armarse de valor y fuerza de voluntad para inclinarse hacia delante y dejarse caer.

—Rielle.

Se sobresaltó de forma tan violenta que perdió el equilibrio. El terror se adueñó de ella mientras resbalaba, pero algo la apartó del borde y la empujó hasta el camino. Se tambaleó, consiguió estabilizarse y, cuando giró en redondo, se encontró frente a Sa-Mica.

Estaba a varios pasos de distancia, doblado en dos y con las manos apoyadas en las rodillas, intentando recuperar el aliento.

—¿Dónde... está... Sa-... Gest? —resolló.

La joven abrió la boca para responder, pero la cerró de nuevo. Le bastaba con dar un paso hacia un lado para ser libre. Pero antes obligaría por fin a Sa-Mica a responder a una pregunta.

—¿Es verdad que los sacerdotes del templo de la Montaña obligan a las mujeres a tener hijos con ellos?

Sa-Mica crispó el rostro en un gesto de dolor y culpa. Rielle sintió que se le fundían las entrañas. Sa-Gest no había mentado.

—Antes lo hacían —precisó él enderezándose—. Ya no.

«¿Antes? ¿Qué engaño es este?».

—Sa-Gest me ha dicho que...

—Sa-Gest no sabe la verdad. He dejado que lo crea para que viniera de buena gana. No podría controlar a dos prisioneros al mismo tiempo.

—¿Prisioneros? ¿Iban a encarcelarlo?

Sa-Mica asintió.

—Por intimidar a las mujeres con fines sexuales. —Hizo una pausa—. Intentaba hacerte chantaje, ¿no?

—Sí. Dijo que nos causaría problemas a Izare y a mí si yo no... colaboraba con él.

El sacerdote miró alrededor.

—¿Dónde está?

Rielle tragó saliva y dirigió la vista hacia el abismo. Sa-Mica se acercó a la orilla con los ojos desorbitados. Tras otear durante unos momentos sacudió la cabeza, pero al alzar la mirada se quedó rígido, contemplando el otro lado del valle.

—Oh, Ángeles míos. De modo que realmente has sido tú quien ha usado la magia... —murmuró antes de volverse para clavar la mirada en ella.

—Sí. Otra vez —reconoció Rielle con voz trémula. Mucha más magia de la que jamás podría reponer—. Tenía que evitar que él me impidiera...

Se estremeció. Aunque lo que Sa-Mica había dicho fuera mentira, estaba condenada. «He matado a alguien con magia». Pero un traicionero escalofrío de esperanza la recorrió. ¿Y si no era mentira?

—Has vaciado toda esta ladera —afirmó al tiempo que la señalaba—. No queda magia que invocar. Cuando me he encontrado con el límite de la Mancha he absorbido toda la energía que he podido.

Rielle asintió en señal de que comprendía lo que le estaba diciendo. Podía impedir que saltara por el precipicio. Podía llevarla por la fuerza al templo de la Montaña. El miedo despertó en su interior y le retorció el estómago. Cuando el clérigo empezó a aproximarse a ella la tristeza volvió a invadirla.

—¿Por qué has creído a Sa-Gest, si sabías que diría cualquier cosa para coaccionarte? —inquirió él.

—Tenía una carta con información sobre sus padres.

Apuntó a la mochila de Sa-Gest.

El sacerdote hizo una mueca.

—Ah, eso. Se suponía que no debía traerla consigo. —Suspiró—. ¿Cómo puedo convencerte de que el templo de la Montaña ya no es el lugar que él te ha descrito? Tamaña maldad no podía perdurar. Los Ángeles no lo habrían permitido.

—Entonces ¿por qué no me habló usted de eso?

—¿Por qué habría de hacerlo? Mientras no tuvieras nada que temer era más importante asegurarme de que Sa-Gest se comportara como era debido.

—¿Me lo habría dicho si él no hubiera estado con nosotros?

—No a menos que hubieras oído algo acerca del pasado de la prisión. —Su boca se curvó en una sonrisa sombría—. Hay algo que continúa siendo cierto: tenemos que seguir trayendo aquí a los impuros, y no sirve de nada aterrorizarlos con historias sobre la suerte que corrieron sus predecesores. —Posó la vista en un punto situado detrás de la joven—. Debes confiar en mí, Rielle. O, por lo menos, no perder la esperanza.

La joven oyó un ruido y miró hacia atrás. Cuatro sacerdotes, con arrugas de preocupación en la frente, bajaban por el camino desde el templo.

—¿Qué esperanza puedo albergar ahora? —repuso, y se volvió de nuevo hacia Sa-Mica señalando alrededor con un gesto amplio—. Soy más impura que nunca y... acabo de matar a un sacerdote. Con magia. Me ejecutarán.

La comisura de los labios de Sa-Mica que no estaba surcada por la cicatriz se elevó ligeramente.

—Te has defendido contra un criminal que ya habíamos decidido expulsar de la orden. En cuanto a la magia... Puede restituirse, aunque te llevará mucho más tiempo que antes. Sea como sea, la decisión corresponde a la máxima autoridad del templo. —Salvó la distancia que los separaba—. Fue él quien puso fin a la maldad. Serás juzgada, Rielle, pero te prometo un juicio justo y misericordioso.

Rielle le escrutó el rostro en busca de algún signo de engaño, pero no lo encontró. «¿Qué otra alternativa me queda?». Ninguna, como de costumbre. Había gastado toda la magia que había robado y no había más que pudiera absorber. Era imposible que venciera a cinco sacerdotes.

Sa-Mica hizo un gesto hacia el camino y Rielle echó a andar, muerta de miedo y desesperación.

El vacío —la Mancha— se extendía casi hasta el templo. En los últimos cien pasos, más o menos, dejaron atrás la negrura. Todo se iluminó, y Rielle se sintió avergonzada por haber creado tanta fealdad y oscuridad.

De pronto, se le ocurrió que podía volver a absorber magia si le hacía falta. Eso provocó en ella una oleada de descabellada determinación. En caso necesario lo haría. Si Sa-Mica le había mentido, no tenía nada que perder.

El templo de la Montaña resultaba tan imponente visto de cerca como desde la distancia. Las paredes eran una prolongación de la cara vertical del barranco, interrumpidas por ventanas minúsculas dispersas por la superficie. La entrada era una abertura grande y rectangular con unos goznes rotos de los que en otro tiempo debía de colgar la hoja. El camino no llegaba hasta la puerta. Un puente de madera cruzaba el foso profundo que separaba una cosa de otra.

Rielle alzó la mirada y vislumbró rostros asomados a algunas ventanas, casi todos masculinos. El semblante de las pocas mujeres que vio reflejaba lo mismo que el de los hombres: curiosidad. Cuando Sa-Mica, ella y su escolta atravesaron el umbral entraron en un patio. Varias personas de ambos sexos se ocupaban de tareas domésticas comunes como extraer agua de una fuente y hervirla para lavar ropa. Un sacerdote parecía estar fabricando muebles mientras una mujer hilaba. Todos interrumpieron sus actividades para contemplar a Rielle. La joven vio expresiones inquisitivas, sonrisas e intercambios de miradas de complicidad.

No parecía una prisión. Por otro lado, un lugar tan remoto necesitaría criados que se encargaran de la limpieza y la cocina para que los sacerdotes pudieran dedicar toda su atención a los presos.

Se estremeció al recordar lo que eso significaba, según Sa-Gest.

Se acercaron a la pared del fondo, donde había dos puertas con tallas intrincadas y de aspecto relativamente nuevo. Un sacerdote estaba apostado frente a ellas. Tras sonreír a Rielle miró a Sa-Mica.

—Bienvenido otra vez, Sa-Mica. Me temo que quiere veros a los dos de inmediato.

Sa-Mica asintió.

—Ya me lo esperaba.

El hombre se hizo a un lado y abrió una puerta.

—¿Va todo...?

—Pregúntamelo cuando salga.

—De acuerdo.

Entraron en un suntuoso vestíbulo. A la derecha había varias puertas cerradas y a la izquierda otras dos decoradas profusamente. Sa-Mica se detuvo frente a estas últimas. Tras situarse a su lado Rielle volvió la vista atrás y se percató de que estaban solos. El sacerdote de la cicatriz acercó la mano a la puerta, hizo una pausa, respiró hondo y exhaló despacio. Un escalofrío de alarma le bajó a Rielle por la espalda al comprender que Sa-Mica estaba armándose de valor.

—Se llama Valhan. No tengas miedo —le aconsejó—. Recuerda los relatos que te he leído.

Empujó para abrir la puerta y pasó al interior de una nave del templo seguido por Rielle. Era más pequeño que el templo al que acudía su familia. Filas de cinco asientos flanqueaban un angosto pasillo. La fría luz de las montañas entraba por las cuatro ventanas estrechas de cada lado. Al fondo había un espiritual descolorido.

En el lugar desde donde el sacerdote solía dirigirse a los fieles había una silla. Cuando Rielle posó la mirada en su ocupante se quedó petrificada. Tenía una vaga conciencia de que Sa-Mica se había detenido junto a ella y oyó que la puerta se cerraba a su espalda, pero toda su atención estaba puesta en lo que veía. Y sentía.

El ocupante de la silla irradiaba unas líneas muy finas de Mancha que aparecían y se desvanecían en torno a él. Los espacios entre ellas parecían blancos, por contraste. Tenía el cabello negro, pero allí donde la luz lo alcanzaba los mechones emitían un brillo de un azul intenso e irreal. La mandíbula, los pómulos y la frente tenían formas delicadas y a la vez inconfundiblemente masculinas. Su piel, incluso más pálida que la de Greya, estaba totalmente libre de arrugas e imperfecciones. Sus ojos, negros y antiguos, se clavaron en los de la joven. Lo veían todo sin revelar nada.

A Rielle se le escapó un grito ahogado. Su incredulidad entró en conflicto con cuanto le habían enseñado. Perdió. Después de todo, los había pintado muchas veces, a él y a sus iguales. ¿Cómo no iba a reconocerlo y aceptar lo que era?

El temor se apoderó de ella, pero, para su sorpresa, remitió con la misma rapidez y cedió el paso a la serenidad, la aceptación y el embeleso. No había forma humana de escapar de aquello. Y, hacía menos de una hora, había estado dispuesta a reunirse con los que eran como él.

Él alzó una mano y le hizo una seña de que se acercara. Rielle obedeció, pero conforme se aproximaba la asaltaron nuevas dudas. ¿Debía darse prisa o caminar despacio? ¿Ejecutar una reverencia, arrodillarse o hacer algo más? Nadie la había instruido en el protocolo que había que observar en presencia de un Ángel.

—Inclínate —le susurró Sa-Mica, que avanzaba a su lado—. Pero no bajes la vista. No le gusta que ocultes tu rostro.

Cuando se detuvieron frente al Ángel Rielle hizo lo que se le había indicado. Sa-Mica siguió su ejemplo. El Ángel desplazó la vista hacia el sacerdote.

—Lord Valhan —dijo Sa-Mica—. Ella es Rielle Lázuli, oriunda de Fogo.

El Ángel volvió a fijar su enigmática mirada en la joven.

—La que ha vaciado de magia la montaña.

Su voz, aunque no tan profunda como la de Sa-Mica, era melódica y tenía un acento extraño. Además, hablaba en un tono pausado, sin el menor deje interrogativo en sus palabras. Era un Ángel. Debía saberlo todo.

—Sí —contestó Sa-Mica—. Estaba escoltando a otro... a un sacerdote que debía ser despojado de su rango, pero a quien no le había revelado su destino para que viniera por su propia voluntad. Nació aquí y creía que seguíamos siendo como antes. Cuando me hicieron volver al puesto de abastecimiento cometí la insensatez de dejarlo a solas con Rielle. Le contó lo que creía que era la verdad, y ella... Me parece que actuó en defensa propia.

Rielle bajó los ojos. ¿Por qué estaba Sa-Mica refiriéndole todo eso al Ángel si este seguramente ya lo sabía?

—¿Dónde está ese sacerdote?

—Muerto. Ella lo empujó al precipicio.

—¿A propósito?

El Ángel se volvió hacia Rielle, a quien le dio un vuelco el corazón.

—No. Yo... Creo que él no esperaba que yo intentara... nada.

—O quizá no eras consciente de tu propia fuerza.

El Ángel sonrió. Aunque Sa-Mica le había advertido que no lo hiciera, Rielle, incapaz de respirar, tuvo que desviar la mirada. «Lo que daría por tener la oportunidad de pintar esa sonrisa».

—Pero ya habías usado la magia antes —continuó el Ángel—. Dime por qué. Cuéntamelo todo, Rielle Lázuli. Desde el principio.

Y ella se lo contó. Explicó que su tía le había enseñado a disimular su facultad de ver la Mancha. Saltó en el tiempo hasta el día que el impuro la había raptado. Le habló de su afecto por Izare y de las ambiciones de sus padres. De vez en cuando el Ángel hacía comentarios sobre sus pensamientos, detalles que pretendía omitir o eludir, por lo que la joven descubrió que podía leerle la mente. Cada vez que lo hacía, las delicadas líneas radiales de Mancha se tornaban lo bastante definidas para que ella las percibiera antes de que desaparecieran poco a poco.

Al cabo de un rato ya no le quedaba más historia que contar.

—Lo siento —dijo agachando la cabeza, avergonzada—. No debería haber intentado localizar a la corruptora ni reparar el daño que me hizo.

—Buscarla fue un acto valiente —aseveró el Ángel—. Y tus intenciones eran altruistas. Tu error fue no informar a los sacerdotes. Aun así, es comprensible que no quisieras avisarlos. Cuando las leyes son inflexibles pueden ocasionar justo lo que se supone que deben prevenir. Según las leyes de este país deberías morir por haber matado a Sa-Gest con magia. Eso sería injusto y un gran desperdicio de talento. —Se inclinó ligeramente hacia delante, y Rielle resistió el impulso de rehuir la mirada de sus ojos negros. Apenas alcanzaba a distinguir la frontera entre córnea y pupila—. Quedas perdonada, Rielle Lázuli. Y te hago una propuesta: si juras no volver a emplear la magia, salvo para defenderte, te ofrezco una segunda vida. No podrás

regresar a tu hogar. No deberás comunicarte con aquellos a quienes has dejado atrás. Viajarás a una tierra lejana donde serás una forastera a quien nadie conocerá. Tendrás que trabajar para restituir la magia que has robado. Y no podrás hablar de mí a nadie. ¿Podrás cumplir esas condiciones?

Abrumada, Rielle no pudo hacer otra cosa que asentir. Era un castigo más indulgente de lo que merecía. Más indulgente de lo que había imaginado que podía ser.

—Hoy has descubierto una habilidad muy poderosa —le advirtió Lord Valhan—. Su recuerdo se convertirá en una tentación difícil de resistir.

La joven se estremeció.

—La magia no ha hecho más que acarrearle disgustos. No me sentiré tentada de utilizarla de nuevo.

—Te doy permiso para usarla si tu vida corre peligro y no te queda otra opción. —El Ángel se enderezó y miró a Sa-Mica—. Schpetza será un lugar acorde con sus aptitudes. La llevarás allí.

El sacerdote de la cicatriz asintió. A Rielle le vinieron a la mente las palabras que le había dirigido cuando entraban en la sala: «Recuerda los relatos que te he leído». Se llenó de determinación. Decidió que pintaría todos los días del resto de su vida, primero para reponer la magia que había consumido y después en señal de gratitud hacia el Ángel. Inclino la cabeza.

—Gracias, Lord Valhan.

—Retiraos —dijo el Ángel—. Descansad. Comed. Os espera un largo viaje.

Sa-Mica hizo una reverencia. Rielle lo imitó y atravesó la sala tras él, aguantándose en todo momento las ganas de volver la vista hacia el Ángel. Solo cuando el sacerdote se detuvo para abrir la puerta se atrevió a lanzarle una mirada furtiva. El Ángel —Valhan— los observaba con los codos apoyados en las rodillas. Aunque una sombra le ocultaba los ojos, Rielle alcanzó a ver la tenue sonrisa que se le dibujaba en los labios.

Arrancó la vista de él y, consciente de que la experiencia más increíble que jamás había vivido estaba a punto de convertirse en un simple recuerdo, salió de la sala en pos de Sa-Mica. El sacerdote cerró la puerta y miró a Rielle.

—¿Cómo estás?

—Asombrada. —Respiró hondo y exhaló—. E inmensamente agradecida.

Sa-Mica asintió.

—No será fácil iniciar una nueva vida en un lugar desconocido.

Rielle pensó en Greya, que soportaba que la gente la mirara con curiosidad y hostilidad a todas horas por ser forastera y tener un aspecto diferente. Movi6 la cabeza afirmativamente.

—Lo sé. Pero es mejor que estar encerrada o muerta. Y tendré la oportunidad de enmendar mis errores de la manera correcta. ¿De verdad me ha dicho que puedo utilizar la magia para proteger mi vida?

—Sí, pero solo como último recurso.

—Eso contradice todo lo que nos han enseñado.

—Todo lo que te han enseñado a ti —la corrigió Sa-Mica—. En Fogo las normas son especialmente estrictas. En otros países no tanto.

—¿Y en ese lugar..., Schpetza?

—También allí sería conveniente que guardaras en secreto tus poderes.

Rielle asintió.

—Bueno, me he pasado tantos años guardando secretos que creo que me costaría quitarme la costumbre, de todos modos.

Sa-Mica sonrió.

—Vamos a conseguirte una habitación, y a pedir que te preparen un baño y te den una muda limpia. No tardaremos en volver a dejar atrás esos lujos.

UNDÉCIMA PARTE

Epílogo

Tyen

La primera impresión que Tyen tuvo del nuevo mundo fue la imagen de una figura blanca que flotaba en el aire por encima de una mancha gris, con un haz desordenado de rayas verticales negras entre una y otra. Cuando la visión se tornó más nítida las rayas se convirtieron en los troncos y las ramas de un árbol, y la mancha gris, en el cielo. Era una bonita escena, pero estaba cabeza abajo.

Por desgracia, él estaba materializándose a una altura considerable.

Sin embargo, ya no podía evitar emerger en ese mundo. No le quedaba suficiente magia para resistir su atracción. Levantó la vista e intentó calcular a qué distancia se hallaba del suelo. Tal vez podría...

Sintió que un aire gélido le rozaba la piel a gran velocidad. Se preparó instintivamente para el impacto inclinando la cabeza sobre el pecho y protegiéndosela con los brazos.

Se quedó sin aliento cuando golpeó el suelo, primero con los hombros y luego con el resto del cuerpo.

Perdió la noción del tiempo a causa de la repentina necesidad de respirar a grandes bocanadas. Un dolor punzante le atravesó la cabeza.

«¿Qué está pasando?».

Vella no respondió. Como ya no se encontraban en el espacio entre los mundos, ya no podía oír su voz. El dolor remitió poco a poco hasta que le permitió pensar.

«No se puede respirar entre un mundo y otro —recordó—. Y he estado un buen rato allí».

Un dolor de índole distinta remplazó el de su cabeza y se le extendió por el espinazo. El frío.

Con cierta dificultad, pues tenía una parte del tronco hundida en la nieve, consiguió ponerse de pie. Se sacudió los copos que tenía en los hombros y la espalda, y echó un vistazo alrededor. Estaba rodeado de montañas. Se encontraba en lo alto de una colina que formaba parte de un ancho valle. Había árboles en todas direcciones, desnudos salvo por la ligera capa blanca que cubría sus ramas.

Empezó a tiritar. A pesar del frío, se desabrochó la chaqueta y sacó a Vella.

«¿Reconoces algo?».

Vio que se formaban palabras.

—Aún no. El paisaje no tiene ningún elemento característico. Esta especie de árboles se da en todos los mundos. Lo que más me ayuda a identificar un mundo son las estructuras creadas por humanos, aunque después de mil años es posible

que no queden muchas en pie.

Tyen se encogió de hombros. «Supongo que da igual. Solo necesito acumular magia y volver a casa». Destellos de lo que había visto le vinieron a la mente. Esos recuerdos poseían una cualidad onírica, como si lo hubiera presenciado todo a través de una bruma blanca. Y así había sido, aunque no literalmente. Sacudió la cabeza y se frotó los brazos para entrar en calor. «Lo que no entiendo es por qué Ysser no nos advirtió lo que ocurriría si absorbíamos magia del interior de Tyeszal. ¿Por qué no habría de prevenirnos?».

—Habría revelado un punto débil del castillo del que un enemigo se habría podido aprovechar fácilmente.

«Así que debían guardarlo en secreto. Entonces ¿por qué accedió el rey a que lo intentáramos dentro de la torre?».

—Como dijo Ysser, era la zona de Sseltee con una mayor concentración de magia. También dijo que valía la pena correr el riesgo.

Tyen suspiró. Como la energía circulaba hacia el norte desde la torre, atraída por la explotación excesiva por parte del Imperio, la idea de que los leracianos pudieran solucionar el problema creado por ellos mismos sin duda había resultado atractiva, sobre todo si además convertían Tyeszal en el lugar del que emanaba la magia. El control de un recurso escaso habría hecho a los sseltsas ricos y poderosos.

«Dudo que lo único que los movía a ello fuera el dinero y el poder. Ni Ysser ni el rey parecían esa clase de personas. Creo que asumieron el riesgo por el bien de su pueblo». Pero se habían enterado a través de Vella de que Kilraker había traicionado a Tyen. «¿Por qué confiaban en que él respetaría sus normas sobre la acumulación de magia dentro de la torre?».

—Porque tú confiabas en ello.

Esas palabras le sentaron como un puñetazo en el pecho. «O sea, ¿es culpa mía?».

—No. Tú no conocías los planes de Kilraker. No absorbiste la magia del interior de la torre. Si alguien tiene la culpa es Kilraker por no haber hecho caso de sus condiciones y haber tomado energía de dentro de la peña.

Tyen sacudió la cabeza al pensar en la cuerda que el profesor se había empeñado en sujetar.

«¿Qué pretendía hacer?».

—Mantenerte controlado, tal vez. O salir propulsado detrás de ti.

«¿Cómo es que no se ha visto transportado junto conmigo?».

—Aunque los objetos inanimados se desplazan junto con el viajero, los seres vivos deben ser transportados por él de forma consciente. La corta distancia que Kilraker consiguió

recorrer fue gracias a la magia del interior de la torre que había absorbido.

«Qué idiota». La imagen de la oscura nube de polvo y del tocón al que había quedado reducida la torre le vino a la memoria. Se le hizo un nudo en el estómago. Había muerto mucha gente. «Por lo menos Ysser y Mig lograron salvarse, al igual que los otros propietarios de vehículos planeadores y quienes consiguieron cruzar los puentes. ¿Por qué vivían en un lugar tan vulnerable?».

—La gente se acostumbra a los peligros constantes cuando no son evidentes. Tienden a olvidarse de ellos. Eso les permite vivir cerca de volcanes u otras amenazas naturales sin temor a los desastres inevitables.

Alguien debía de haber construido el castillo así. Tal vez no habían cobrado consciencia del error hasta que ya era demasiado tarde. Además, que el rey abandonara la sede de un poder simbólico tan obvio lo habría hecho parecer débil a ojos de su pueblo.

«Llevaban cientos de años instalados allí y mi visita ha ocasionado que todo se venga abajo. Debería volver. Necesitarán mi ayuda. Seguro que puedo echarles una mano de algún modo. Podría colaborar en la reconstrucción. Y en el cuidado de los heridos».

Pero no era médico. Ni siquiera aprendiz de médico. Tampoco estaba seguro de que hubiera heridos que cuidar. Sin duda todos los que se encontraban dentro de la torre cuando se hundió habían muerto. Los demás estarían enfadados. Culparían al Imperio y a los visitantes leracianos que habían provocado el derrumbamiento. Ysser les aseguraría que no era culpa de Tyen, por supuesto. Pero ¿y si no le creían? ¿Y si achacaban lo ocurrido a Ysser? Era más probable que eso sucediera si Tyen regresaba y se reunía con el mago. Por otro lado, estaba el problema de materializarse en el lugar donde antes se encontraba el palacio, por encima de las ruinas de la torre. «¿Es posible controlar el lugar en el que aparece uno cuando llega a un mundo?».

—Sí, pero para enseñarte a hacerlo necesitaría tiempo. Y magia. Más vale que aprendas el método en un mundo donde abunde la energía que en uno que tenga poca.

¿Se encontraban en un mundo rico en magia? Tyen se concentró en percibir energía. Estaba allí, pero no detectó que se moviera. Proyectó sus sentidos un poco más allá, invocó un poco y la usó para crear una llama.

Un resplandor acompañado de calor lo cegó. Se tapó la cara y se volvió bruscamente hacia otro lado. Luego redujo el flujo de magia a un hilillo. Incluso así el brillo de la llama era insoportablemente intenso. La extinguió y tuvo que esperar a que sus ojos se recuperaran antes de poder leer de nuevo a Vella.

«Deduzco que eso significa que estamos en un mundo abundante en magia».

—Sí. Hubo una época en que tu mundo fue igual de potente.

«¿Podría volver a serlo si transporto magia desde aquí?».

—*Si solo empleas ese método, no.*

«¿Cómo, si no...? Ah. A la manera tradicional. Generando magia a través de la creatividad de la gente». Era el sistema al que volverían cuando la magia se agotara y las máquinas dejaran de funcionar. Su mundo no estaba condenado a quedarse sin energía para siempre.

—*Sí. Veo que por fin me crees.*

Tyen sonrió.

«Sí, creo que sí. Me...».

Un movimiento llamó su atención. Al bajar la vista hacia el bosque divisó unas figuras oscuras que avanzaban entre los troncos de los árboles hacia él. Los reconoció de inmediato como seres humanos y un cosquilleo de aprensión lo recorrió.

«¿Qué hago? ¿Vuelvo al espacio entre los mundos?».

—*Podrías. O podrías averiguar qué quieren. Eres un mago poderoso. Pese a tu falta de experiencia y entrenamiento, no deberías tener dificultades para defenderte de la mayoría de las personas, hechiceros incluidos.*

Tyen absorbió un poco de magia y la retuvo. Algo lo hizo vacilar cuando se disponía a propulsarse para abandonar ese mundo. Observó a la gente que se aproximaba y se detenía para mirarlo temerosa desde abajo y se percató de que sentía curiosidad. Se acordó de lo que Vella le había respondido cuando le había preguntado cuál era la mejor manera de perfeccionar sus habilidades y conocimientos: «*La mejor manera sería abandonar este mundo y sus limitaciones, e ir en busca de los mejores maestros de todos los mundos*».

Si había hechiceros en un mundo con tales reservas de energía debían saber mucho de magia. Tal vez podían enseñarle. Quizá sabrían como devolver a Vella su forma humana.

Examinó las razones para regresar a su mundo. Podía ayudar a los sseltas. «Quienes seguramente me atribuirán la responsabilidad de lo sucedido: restituir la magia. Que el Imperio engullirá con la misma velocidad con que yo la lleve. Volvería a ver a mi familia y mis amigos. Pero no puedo visitar a mi padre. Neel nunca fue realmente un amigo y Miko me traicionó. Sezee no quiere estar cerca de mí. E Ysser ya tiene bastante de que preocuparse sin que yo le cause más problemas».

Inspiró profundamente y exhaló. Su aliento formó una nube de vapor ante él.

«Regresaré —decidió—. Pero no de inmediato. Puedo hacer muchas cosas lejos de mi mundo. Tal vez descubrir cosas que llevar allí algún día».

Los desconocidos se hallaban a solo unos cien pasos de distancia. Llevaban ropa negra con bordes blancos. Cuando alcanzó a distinguir más detalles se percató de que eran pieles de animales con el pelo hacia dentro. Sin embargo, las formas no eran irregulares, sino cortadas a medida y con motivos intrincados bordados con hilos de

colores. Había tanto hombres como mujeres, pero todos empuñaban armas. Aunque solo se trataba de lanzas, arcos y espadas cortas, parecían bastante peligrosas. Tras invocar un poco de magia Tyen inmovilizó el aire a su alrededor para formar un escudo y se guardó a Vella bajo la camisa.

Los hombres formaron una fila a veinte pasos de él. Uno de ellos pronunció unas palabras irreconocibles intercaladas con chasquidos.

Tyen efectuó una reverencia, aunque ignoraba si el gesto significaba algo para esa gente.

—Buenos días —saludó—. ¿Podrían decirme dónde estoy?

Los hombres parecieron desconcertados, pero su líder permaneció impassible. Tyen proyectó la mente y percibió una vibración en el extremo de sus sentidos. Se concentró en ella.

El líder volvió a hablar y Tyen entendió entonces que tenía miedo, si bien estaba determinado a proteger a su pueblo de aquel extraño que de alguna manera había conseguido adentrarse en su territorio sin que lo descubrieran. Quería saber el nombre de Tyen y por qué estaba allí.

Aturdido y lleno de asombro, este contempló al hombre.

De algún modo le estaba leyendo la mente.

Rielle

La ciudad portuaria de Llura era tan húmeda como Fogo árida. Sa-Mica afirmaba que no era más cálida, pero a Rielle le costaba creerlo. Sudaba constantemente, y apenas soplaban brisas que la secaran y refrescaran. La humedad lo impregnaba todo. Crecía moho por todas partes —en los edificios, en la ropa, incluso en la gente—, y en las charcas de agua estancada se criaban insectos que revoloteaban en gran número por la noche y obligaban a la gente a dormir bajo sofocantes pabellones de tela ligera y tejida a mano para que no les picaran.

Rielle nunca había imaginado que el mundo fuera tan distinto al otro lado de las montañas. Al principio la había fascinado que la selva estuviera tan llena de vida. Las plantas abundaban por doquier y crecían a gran altura. Los colores la deslumbraban, pero el calor y los ruidos incesantes pronto le resultaron insoportables. Tras dos cuatrodías de camino habían llegado a una minúscula aldea cuyos habitantes tenían la tez tan oscura que Sa-Mica y ella destacaban entre ellos como Greya en Fogo, aunque eran mucho más amables con los forasteros que los foguianos. Prosiguieron su viaje acurrucados en la proa de una barca de río, pero, como allí no había árboles que dieran sombra, el sol abrasador les quemó la piel. Cuatro cuatrodías después —una mediatemporada entera— desembarcaron en Llura. Rielle estaba ansiosa por llegar a la ciudad y la costa, convencida de que sería un lugar más seco y silencioso. Se llevó una enorme decepción.

Aunque Sa-Mica se había puesto a buscar un buque de inmediato, había tardado un cuatrodía en encontrar uno que se dispusiera a navegar en la dirección que ellos querían. Ahora, cinco cuatrodías después de su encuentro con el Ángel, la joven estaba a punto de emprender su primer viaje por mar.

Estaban esperando a que les concedieran permiso para subir a bordo bajo el extenso toldo de una tienda que vendía el manjar local, conocido como «fruto de mar». Aquellos animales en forma de bolas se cocían al vapor dentro de su concha y tenían un sabor sorprendentemente dulce, con un desconcertante regusto a lodo. Los lugareños los espolvoreaban con especias que a Rielle le parecían demasiado fuertes, pero a Sa-Mica le gustaba el picor, pese a que lo hacía sudar de forma aún más copiosa.

El mar había sido tanto una revelación como una desilusión para ella. Su enormidad la maravillaba y asustaba a la vez. Ahora que se disponía a embarcar en un buque no dejaba de pensar en todas las historias que había oído sobre barcos que se hundían o encallaban, lo que aumentaba su nerviosismo por estar a punto de iniciar una nueva vida en un lugar donde no conocería a nadie y ni siquiera hablaría el

idioma. Al mismo tiempo anhelaba viajar a cualquier parte, con tal de que fuera lejos de allí.

Suspiró y se enjugó la frente.

—Cuanto antes zarremos, mejor. No creo que pueda soportar un momento más este calor.

Sa-Mica soltó un gruñido en señal de que estaba de acuerdo.

—Tal vez lo echas de menos cuando lleguemos a nuestro destino. ¿Has visto la nieve alguna vez?

—No.

—A primera vista es muy bonita, pero el frío resulta desagradable. Y puede ser peligroso. Sigue los consejos de los lugareños.

Rielle pensó en los viajeros extranjeros que su hermano había descubierto una vez muertos de sed a unos pocos cientos de pasos de un pozo. No habían reparado en los insectos que volaban alrededor para beber. Le había explicado que todos los lugares tenían sus peligros ocultos. Lo más prudente era escuchar siempre a los habitantes de la zona, aunque sus recomendaciones parecieran extrañas o absurdas.

Se volvió hacia Sa-Mica para relatarle la historia. Como escolta, él se había comportado de otra manera —con más consideración—, pero seguía siendo un hombre de pocas palabras. Estaba acostumbrado a viajar solo o con los impuros que llevaba al templo de la Montaña por única compañía. Cuando el aburrimiento se apoderaba de ella, le hacía preguntas sobre el viaje y su destino para incitarlo a conversar. Pero a veces no conseguía arrancarlo de sus pensamientos, y la expresión ceñuda que el sacerdote tenía en ese momento le resultaba familiar.

Al hacer memoria, Rielle recordó un diálogo que habían mantenido un día que Sa-Mica estaba más comunicativo.

—¿Todos los artistas poseen aptitudes mágicas que contrapesan su talento? —le había preguntado.

—No.

—Entonces ¿por qué tengo yo este poder?

—No lo sé. Según Valhan, la magia no será siempre tan escasa en este mundo. Un día, dentro de muchas generaciones, los mortales volverán a tener la libertad de usarla.

Pero eso ocurriría cuando ella ya llevara mucho tiempo muerta y probablemente sus descendientes también, si llegaba a tenerlos. Le había venido el período durante el viaje en barca por el río, lo que confirmaba que lo que había retrasado su ciclo era la mala alimentación y el cansancio. Aunque la aliviaba no tener que preocuparse por una complicación tan grande como cuidar de un bebé cuando intentara establecerse en un nuevo país, una parte de ella se sumió en una profunda tristeza por el futuro que había perdido; por Izare y Narmah, que nunca sabrían que había conocido a un Ángel ni que sus equivocaciones y malas decisiones habían sido perdonadas.

«Un día, si consigo pagar mi deuda, me reuniré con ellos en el reino de los

Ángeles y les contaré historias que les costará creer».

—Rielle —dijo Sa-Mica poniéndose de pie—, quédate aquí. —Dio un paso hacia las fachadas de las tiendas, se detuvo y, sin apartar la vista de lo que fuera que había captado su atención, añadió—: Si no vuelvo, coge mi mochila y sube a bordo. No te preocupes si el barco suelta amarras. Conseguiré más provisiones en el templo de aquí.

«¿Si no vuelve...?». Se le desbocó el corazón al ver que Sa-Mica se alejaba con aire resuelto. Más adelante el sacerdote aflojó el paso, echó un vistazo a una callejuela transversal y desapareció tras doblar la esquina. Rielle se quedó sentada, rígida, incapaz de relajarse. Sa-Mica había sido una presencia tranquilizadora durante tanto tiempo que la perspectiva de quedarse sola la asustaba. Sobre todo en un país desconocido.

—¿Ha terminado? —preguntó una voz por detrás de su hombro.

Rielle dio un respingo y alzó la mirada. La mujer huraña que los había atendido se encontraba de pie detrás de ella, contemplando las conchas vacías de los frutos de mar.

—Sí.

—Hay otros clientes esperando.

Rielle miró a su alrededor y advirtió que todas las mesas estaban ocupadas y que un grupo pequeño de hombres la miraban con mala cara. Volvió los ojos hacia la boca del callejón. No había el menor rastro de Sa-Mica.

La mujer soltó un resoplido de impaciencia.

Con un suspiro, Rielle recogió su bolsa y la de Sa-Mica y se alejó. Como el toldo ya no la resguardaba del sol, avanzó a lo largo de las fachadas de las tiendas hacia el callejón. Se percató de que había otro toldo más próximo a la esquina. ¿Era peligroso lo que había llamado la atención a Sa-Mica? Su actitud así parecía indicarlo. Pero seguramente lo que estaba siguiendo lo había llevado lejos de allí. A Rielle le ardía la piel. Se colocó en la sombra y dejó las mochilas en el suelo.

—... Era yo —dijo una voz femenina cercana, procedente del callejón.

—¿Tú me enviaste el mensaje a la posada de Breca? —preguntó Sa-Mica.

Rielle se quedó helada. El sacerdote no se había alejado por el callejón. Solo estaba al otro lado de la esquina.

—Sí. ¿Has recibido confirmación?

Al percatarse de que estaba escuchando a escondidas una conversación ajena, Rielle se dispuso a recoger las bolsas...

—¿De que la corruptora de Fogo es Yerge?

Y volvió a quedarse paralizada.

—Sí —dijo la mujer—. La has recibido, ¿verdad?

—Ya lo sabía. Una de sus víctimas dibujó un retrato suyo. No todos los impuros aprovechan la segunda oportunidad que se les brinda, Mia. Yerge no es la única que se ha convertido en corruptora. Y tú...

—Valhan la envió allí, Dav. Le pidió que lo hiciera.

—¿Cómo puedes saberlo? —inquirió Sa-Mica con incredulidad.

—Porque ella me lo dijo —respondió la mujer.

Sa-Mica guardó silencio. Rielle se enderezó despacio. Si levantaba las mochilas y se alejaba, ¿la oirían ellos?

—No me crees —afirmó la mujer.

—No. ¿Por qué iba Valhan a hacer algo así?

—Ya conoces mi sospecha.

—¿La de que quiere formar un ejército de magos y dominar el mundo? —dijo Sa-Mica con voz burlona.

Era evidente que ya había oído antes esa hipótesis.

—Es una posibilidad. Estoy segura de que puedes pensar otras.

—Creo que simplemente ofrece a los impuros una segunda oportunidad.

—O está incrementando la fuerza y el número de sacerdotes, ya que en eso es en lo que se convierten los impuros.

—Las mujeres no —señaló Sa-Mica—. ¿Por qué intentan captar los corruptores tanto a mujeres como a hombres?

—Tal vez él no se atreve a centrarse en un solo sexo por temor a atraer la atención. Yerge creía que buscaba a alguien con facultades excepcionales.

—Entonces ¿busca a una persona o a un ejército? —preguntó Sa-Mica con ironía.

—Mófate cuanto quieras, Dav. Aunque no creas que él esté ocultando algo, sabes que no es infalible. Si estás en lo cierto, ha dejado marchar a impuros que se han lanzado de inmediato a corromper a otros.

Sa-Mica suspiró.

—Una segunda oportunidad no es más que eso. Tal vez él sepa lo que piensa una persona en el momento en que está en su presencia, pero no puede controlar su futuro ni sus decisiones.

—¿Así que incluso los Ángeles tienen limitaciones?

—Tal vez. Quizá él sea el único que las tenga. Es de carne y hueso. Creo que adoptó una forma humana para enfrentarse a la maldad que imperaba en el templo de la Montaña.

—¿Y eso le ha impuesto limitaciones? Bueno, eso explicaría por qué se esconde. Cuando llegué esperaba que él arreglara algo más que el templo de la Montaña —aseveró la mujer con amargura.

—¿Qué más necesitas, Mia? Te liberó de ese lugar.

—Siempre espero más. Nunca es suficiente para mí estar a salvo cuando otros corren peligro, ya sea por tus actos, los suyos o los de otra persona. ¿No te lo enseñó esa cicatriz que te dejé?

Sa-Mica no respondió.

—En fin, ¿hacia dónde te diriges ahora? Me da la impresión de que al sur. ¿Por qué te envía él allí?

—No... me envía allí. Voy a regresar al templo de la Montaña.

—¿Y la chica? Tiene pinta de fogueiana. El sur es un lugar muy remoto para iniciar una nueva vida.

—Quiere alejarse lo más posible de aquí. Seguro que eso puedes entenderlo.

—Perfectamente. ¿Me la presenta...?

—No, Mia.

—Solo quiero hablar con ella.

—¿Y corromper su mente con tus ideas de reforma y rebelión? No creo que ni siquiera tú seas tan cruel. Deja que se vaya y encuentre la paz que anhela.

—Muy bien. Me he alegrado de verte, Dav. Deberíamos reunirnos más a menudo.

Se oyeron pisadas que se alejaban. Rielle exhaló un suspiro de alivio y agarró las mochilas. Sa-Mica salió a paso veloz del callejón y se sobresaltó al verla.

—¿Cuánto rato llevas ahí? —preguntó.

—Desde que la camarera me ha insistido en que me fuera. —Señaló hacia la tienda con un gesto de los hombros—. Vaya. Así que la mujer que me enseñó a usar la magia había sido puesta en libertad por Valhan.

Sa-Mica frunció el entrecejo y cogió su mochila.

—Sí. No es la única que lo ha traicionado. —Desvió los ojos, rehuendo la mirada de Rielle—. Me alegra que te haya enviado al sur.

—Yo nunca enseñaría magia a nadie.

El sacerdote volvió a mirarla.

—No, creo que no. Pero no es eso lo que temo —afirmó, y dirigió la vista hacia el callejón.

—¿La temes a ella?

—Temo su causa. Ella y otras mujeres quieren que él les entregue a los hijos que alumbraron. Las comprendo, pero también entiendo por qué él no ha accedido. Implicaría sacar a la luz lo que ocurrió en la montaña, lo que provocaría el caos y quizá pondría otras vidas en peligro.

—Así que ella duda de sus intenciones. Entonces tal vez sea comprensible que crea que él está reclutando a corruptores para formar un ejército.

Sa-Mica asintió.

—Pero no es verdad, claro —agregó Rielle.

—No —contestó el sacerdote con un deje de duda.

Rielle frunció el ceño.

—Pero no tiene sentido. ¿Contra quién querría luchar? Los Ángeles no tienen enemigos. Y, aunque los tuvieran, son todopoderosos. Además... al combatir se consume mucha magia, ¿no?

Sa-Mica sonrió.

—Son todas preguntas pertinentes y sensatas, Ais Lázuli. La idea de que Valhan está buscando a alguien con poderes mágicos excepcionales tampoco tiene ningún sentido. Nunca he visto a nadie capaz de absorber energía desde una distancia tan

grande como tú. Y sin embargo, él te ha enviado lejos.

—Supongo que no soy lo bastante excepcional.

Sa-Mica juntó las cejas, y Rielle supo que estaba reflexionando sobre sus palabras. La joven le posó una mano en el brazo.

—No es una hipótesis seria —dijo—. ¿Qué es más probable, que un Ángel se haya convertido en corruptor y esté reclutando impuros para una guerra contra un enemigo desconocido o que, como siempre, haya personas que saquen conclusiones fantasiosas e improbables cuando no entienden algo?

El sacerdote suspiró y asintió.

—Tienes razón. Yo no lo entiendo todo, pero sé más que ellos y solo veo a un Ángel que se enfrenta a un mal y sus consecuencias. Además...

Arrugó la frente y se quedó callado.

—¿Lo ves? —Le dio un ligero apretón antes de soltarlo—. No debemos preocuparnos de un Ángel corrupto, sino de si otros creen lo que afirma esa mujer y... —Se interrumpió al avistar un hombre que caminaba hacia ellos—. ¿Es un miembro de la tripulación?

Sa-Mica no se volvió para echar un vistazo. Tenía la mirada perdida en la distancia, con los ojos muy abiertos. Entonces soltó una maldición y dio media vuelta de cara al marinero.

—Es hora de embarcar —dijo este antes de girar sobre los talones y alejarse.

Sa-Mica apoyó una rodilla en el suelo y abrió su mochila. Con movimientos rápidos hurgó en su interior hasta extraer una carpeta de piel.

—Llévate esto. Contiene dinero, así como los nombres y las señas de personas que te ayudarán.

Le puso la carpeta en las manos.

—¿Qué? ¿Por qué me das esto?

Sa-Mica la agarró del brazo y tiró de ella, dirigiéndose con paso rápido hacia el barco.

—No iré contigo.

—Pero creía que... Creía que habías mentido a esa mujer.

—Y le he mentado, pero acabo de enterarme de que debo regresar junto a Valhan cuanto antes.

—¡No puedo viajar sola!

Llegaron a una rampa que subía a la cubierta del buque. Sa-Mica se colocó frente a Rielle y la aferró de los hombros, inclinándose para mirarla a los ojos.

—Lo siento, Rielle. Desearía acompañarte, pero no puedo. Tienes dinero y sentido común. Utilízalos. Y recuerda que Valhan te ha dado permiso para usar la magia en defensa propia.

—Pero... ¿por qué?

—Porque ante todo le debo lealtad a él. Tú eres perfectamente capaz de salir adelante por tu cuenta. Vete. Busca un lugar tranquilo y lleva una buena vida. —Le

apretó los brazos y sonrió—. Te deseo lo mejor, Rielle Lázuli. Adiós.

Sa-Mica la soltó, se echó la mochila a la espalda y se alejó con grandes zancadas. Rielle lo observó sortear los obstáculos del muelle. El sacerdote no miró atrás una sola vez. Al poco rato lo perdió de vista. «Regresa junto al Ángel».

—Adiós, Sa-Mica —susurró.

Temblando por la impresión y el miedo, obedeció su última orden y subió por la rampa hacia la cubierta del buque y el principio de su nueva vida.

Agradecimientos

Muchas gracias al equipo de Orbit y a todo el personal responsable de las ediciones extranjeras, que siempre consiguen transformar mis historias en libros maravillosos y con quienes es un placer colaborar.

Quiero expresar mi gran admiración y gratitud hacia alguien que me inspira además de apoyarme, mi agente Fran. Doy las gracias, también, a sus encantadores ayudantes, así como a los demás agentes de muchas partes del mundo, con una mención especial para Kate, Arabella y Lora.

Les estoy muy agradecida a mis primeros lectores Paul, Fran, Liz, Kerri, Donna y Ellen. Deseo dedicar un reconocimiento y un saludo a los amigos que leyeron y comentaron conmigo las ideas sobre la primera versión de *El Ángel de las Tormentas*, que escribí hace muuucho tiempo, en la década de 1990, y en la que está basada esta serie. No sé si reconocerán la historia, pero siempre recordaré su entusiasmo con gratitud.

Por último, como siempre, doy las gracias a los lectores y admiradores, los nuevos y los veteranos. Espero que les guste este nuevo universo que he creado para que lo exploren... desde la seguridad del otro lado de la página.